

CIENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — **E. Muse:** Realidad y sentido de la campaña mundial contra el hambre. — **S. Petofi:** La ofrenda. — **D. Rivero:** Salvochea. — **M. Celma:** Camus el grande. — **P. R. Troise:** Crónica anticipada para un libro. — **F. Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **E. Malatesta:** Libertad para todos. — **A. Guillén:** España en la Edad Moderna. — **Aves errantes.** — **G. Lucas:** París-Seúl, sin retorno. — **Diamantinas de Víctor Hugo.** — **M. Bakunin:** El trabajo intelectual. — **Cosme Paules:** Esqueleto de cuento. — **Conceptos que quedan.** — **R. Liarte:** La creación revolucionaria. — **La fraternidad.** — **R. Roeker:** El Socialismo y el Estado. **P. Kropotkin:** La revolución.

180

Enero - Febrero 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4 P 5523



NUESTRA PORTADA

La bellisima escultura que decora la cubierta de CENIT, obra del escultor Viladomat, además de su valor artistico, tiene otro de entrañable para nosotros.

Cuando, en 1937, el pueblo de Cataluña quiso corresponder a lo que era ayuda y solidaridad del pueblo mejicano con los que en España se batian por la libertad del mundo haciendo frente a la ofensiva conjugada del fascismo alemán, italiano y español, es esta escultura la que fue enviada como obsequio al Presidente de los Estados Unidos Mejicanos, general Lázaro Cárdenas.

El gesto de hacer entrega al Presidente de esta obra de arte de uno de los mejores escultores españoles, además de dirigirse, a través de la persona de Cárdenas, a Méjico entero, tuvo otras consecuencias: la obra se salvó de los peligros que la hacian correr los bombardeos sobre Barcelona; Cárdenas correspondió al movimiento sentimental del pueblo catalán, extendiendo, prestando su protección sobre todos los refugiados que, perdidas la revolución y la guerra, fueron a recalar a las playas mejicanas. En aquellos dias aciagos, sin la mano solidaria y la ayuda personal del Presidente, la reacción mejicana hubiera quizá conseguido llevar a campos de concentración, como en Francia, a los españoles que a Méjico acudian en busca de refugio.

CENIT se honra hoy reproduciendo esta obra exquisita, en la que el arte y el genio de Viladomat se emparentan con los de los más grandes artistas que produjeron primero la Grecia antigua, más tarde el Renacimiento italiano, luego a través de Canova, Rodin, Bourdelle, el nuevo renacimiento del siglo XIX.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Enero - Febrero de 1968

N.º 180

EDITORIAL

Un alto en el camino



CUANDO se carece de orientación es imprescindible hacer un alto en el camino. No de otra manera se orientan los pasos para reemprender la nueva caminata. Hacer lo contrario es andar a tientas. Perderse y desorientar a los demás. Salir de un hoyo para desembocar en una encrucijada. La ciencia de andar es tan vieja como la humanidad misma. Y sin embargo, el hombre no hace más que tropezar siempre en el mismo obstáculo.

No hay crimen mayor que predicar lo que no se cree. El hombre sincero, aunque se equivoque, merece una disculpa porque no yerra intencionadamente. El error es humano y como humanos todos estamos expuestos a cometer desatinos y equivocaciones. La ignorancia es vencible. Se puede corregir y enmendar. Lo que ya no se vence tan fácilmente es la maldad. Ni el interés creado o por crear. Quienes propagan la confusión y alimentan rencores en los corazones honrados, ni sienten ni practican un ideal generoso y libre.

Por todas partes se habla de regenerar a la nación-mártir. No; España no es una nación degenerada ni corrompida. Es una sociedad sometida por el Estado genocida, por el poder absolutista, por la timba de políticos desalmados que desgobiernan y arruinan al país de la fantasía y el ingenio. Por saber perfectamente lo que desea y cual es la organización moderna que pretende darse a sí misma, España viene padeciendo los asaltos más despiadados de las castas plutocráticas y del capitalismo internacional. Bien hay que decirlo de alguna manera. Nuestro país es una comunidad sana y vigorosa que anhela vivir una vida libre en un clima de lealtad y de honradez máximas. La dignidad dicen que nació en Iberia y que se hizo honor en Castilla para que en España se convirtiese en honor personal y colectivo. No se trata, pues, de regenerar a una nación que es ejemplo de virtudes familiares, individuales y cívicas, sino de hacer un pueblo nuevo, de crear una sociedad nueva, presidida por la tolerancia, el respeto y la fraternidad, conforme al carácter y al temperamento de los españoles merecedores de tal apelativo. Que quien ha vendido y traicionado mil veces a los pobladores de su territorio, y a su territorio mismo, no merece ser ciudadano de España ni del mundo.

No habrá otra, ni más sociedad que la que salga de la conciencia, el cerebro y del esfuerzo de todos los españoles. Ese debe ser el primer cuidado de todo hombre libre, ya que de ese fondo de seriedad y esa rara solidez de carácter debe brotar una sociedad abierta a todos los horizontes de renovación y de justicia social.

Las castas plutocráticas que sostienen al régimen franquista nos han situado en un pozo negro y hay que salir de él sin demora. Lo primero que importa es erradicar la concepción principesca y medieval. Cabe restaurar la antigua personalidad federal, creando un hombre nuevo que lleve en sí mismo la coraza protectora contra todo absolutismo. Las clases pudientes, los generales, las jerarquías católicas y financieras no supieron pelear en ningún momento por ideas de progreso y evolución. Creyeron torpemente que siempre tenían ganada la batalla. De ahí las clásicas fanfarronadas de los pronunciamientos, expresión de esa política siniestra que dice: «A Dios rogando y con el mazo

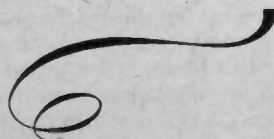
dando». Ha sido la suya la imposición constante sin contar con nadie ni con nada. Para hacer frente a semejante metodología suicida, la clase obrera ha tenido que pelear gallardamente; no le ha quedado más recurso de protección y defensa que la acción directa. Esta postura social está doblemente justificada en España, ya que frente a la señera voluntad impuesta por los de arriba, alcanza toda su grandeza moral la fuerza organizada, de manera inteligente y eficaz por los de abajo. Los grandes abusos acarrearán los grandes amaneceres sociales que son luminarias que alumbran el camino de la emancipación de los explotados.

La guerra civil provocada por las capas reaccionarias ha costado al pueblo español más de un millón y medio de vidas; el desmantelamiento de la tierra; el hundimiento de la economía y de sus grandes reservas y la pérdida de un tesoro intelectual, juvenil y humano de una grandeza sin par. La responsabilidad directa del crimen nefando recae sobre los aterradores de conciencia. La plutocracia ha quemado hasta el último cartucho para que jamás conozca el mundo la verdad angustiosa sufrida por nuestro país. Franco y sus mesnadas han venido asesinando sistemáticamente a los hombres de avanzada. Calles convertidas en patios de ejecución; a la salida de las poblaciones, a la vera de las cunetas, levantáronse los cementerios «A mayor Gloria de Dios». Pero los muertos hablan y acusan. Los revolucionarios tenemos la memoria larga y no perdonaremos nunca los enormes atropellos cometidos en nombre de un Dios monstruoso y vengativo.

Si Franco y sus secuaces se han mantenido durante tres decenios en la dirección del poder despótico ha sido debido a una deuda de sangre, de genocidio. Fácil es comprender que las «altas personalidades de la buena sociedad», pongan tanto empeño en crear dificultades a toda solución general, a fin de frenar la evolución de nuestro querido pueblo. Hay miedo a las responsabilidades. El pasado acusa y la «conciencia» señala un camino donde se lee: Todo crimen tiene su reparación. El mayor crimen de Franco es especular constantemente con la guerra civil. No ha dejado prosperar ninguna solución incruenta. Se ha puesto de espaldas a la paz y la concordia que pidiera el país una y mil veces. Y ahora es tarde. Demasiado tarde. El sistema inquisitorial y bárbaro trata de pervivir para poner a salvo prebendas y privilegios. Nosotros tenemos el deber de destruir las viejas instituciones plutocráticas para que salga victorioso el pueblo, la clase obrera, el hombre libre y dueño de sus propios destinos.

¿Quién está llamado a salvar al pueblo de los males que sufre en sus propias carnes? En primer lugar las personas decentes y honradas que nada tienen que ver con el franco-falangismo; en segundo lugar los españoles amantes de una era de justicia y fraternidad; y en última instancia la clase obrera intelectual, uniendo sus esfuerzos para conducir la nave de España por derroteros venturosos y felices. La clase obrera es la más calificada para emprender esta tarea de dimensiones históricas. La España nueva que todos anhelamos edificar no puede ser obra de un milagro, ni la acción de uno o varios partidos. Somos los trabajadores organizados un solo sector del pueblo, el más nutrido e importante para propiciar su liberación. Hay que orientarse en plena tempestad para llegar a buen puerto.

Corresponde a la juventud obrera, campesina y estudiantil ocupar la vanguardia de la lucha, sabiendo cumplir con el deber que el tiempo le ha asignado. La joven generación tiene sed de libertad, hambre de justicia, deliquios de entendimiento popular. No quiere que España sea por más tiempo el furgón de cola del tren del progreso internacional. Ambiciona una era de seguridad en que puedan pensar por propia cuenta sin que los mentores de la mediocridad le dicten sus pensamientos pobres y ruines. Hoy, la juventud dialoga en España al margen del Estado totalitario y contra el Estado usurpador. La aportación de las juventudes que luchan contra el franquismo, es la base más firme para decidir la pelea y la contienda a nuestro favor. No confiemos a los demás lo que debemos hacer nosotros mismos. Un alto en el camino ayuda a reponer fuerzas y energías. La acción directa, múltiple y popular, ha de salvarnos a todos. El combate, en suma, es la táctica del luchador que no quiere perder la batalla definitiva. La C. N. T. debe poner en juego, una vez más, todos sus resortes para ser lo que no puede dejar de ser: alma de la calle, conciencia del trabajo, cerebro de la revolución multitudinaria española e internacional.



Realidad y sentido de la campaña mundial contra el hambre

por EMILIO MUSE

Con este lento ritmo de progreso no es posible contener el despertar de enormes masas de poblaciones desvalidas de todo el mundo, cuya demanda de independencia política sólo constituye un aspecto. El progreso ha de ser más rápido si el mundo entero ha de evitar el desastre. — B. R. Sen, director general de la F. A. O.

TODOS los días el mundo provee de un nuevo motivo de asombro. Así es de rica y cambiante la vida. Desde hace algún tiempo provoca nuestro asombro una titulada «Campaña mundial contra el hambre», conducida por la Organización para la Agricultura y la Alimentación (F. A. O.) con la aprobación de la Asamblea general de las llamadas Naciones Unidas (U. N. O.).

Dado que, según estos mismos organismos, dos terceras partes de la humanidad se hallan subalimentadas, y la mitad vive y muere en hambre permanente, dicha Campaña, a primera vista, parecería obligar a una aprobación general. No obstante, se nos ocurre que el hambre no es una mancha de langosta que puede combatirse mediante una campaña de tal naturaleza. El hambre, es decir, la miseria, es la base sobre la cual se apoya y de la cual se nutre todo el andamiaje de un sistema. Nos creemos con derecho a desconfiar de que la F. A. O. y los Estados miembros de la U. N. O. aspiren a echarlo abajo. Interesa, pues, indagar esta causa de asombro su dosis de realidad a su acopio de fantasía, lo que hay dentro y fuera de la campaña, o detrás.

Los nuevos descubridores del hambre

EL investigador brasileño Josué de Castro inicia su obra «Geografía del hambre» (Peuser, 1950), de esta manera: «El tema de este libro es bastante delicado y peligroso. A tal punto delicado y peligroso que se ha constituido en uno de los tabús de nuestra civilización». En otro importante trabajo suyo, «Geografía del hambre» (Raigal, 1955), escribe en sus páginas 25-26: «La literatura occidental, indisolublemente ligada al patrimonio mental de esta cultura, sirviendo a sus intereses y deslumbrada por su falso esplendor, se hizo, pues, cómplice del silencio que ocultó a los ojos del mundo la verdadera situación de enormes masas humanas que luchan dentro del círculo de hierro del hambre. Pocos fueron los escritores valientes que se

aventuraron a violar el tabú y a tratar a la luz de la publicidad las negruras de ese mundo subterráneo del hambre y la miseria».

En ambas obras De Castro señala que la bibliografía sobre el tema es escasa no obstante su importancia y su realidad universal. Apenas cita a unos cuantos autores del siglo pasado. Los escritores valientes de que habla serían Kut Hamsun, Panait Istrati, George Fink, John Steinbeck y otros, es decir, contemporáneos que abordaron la miseria en obras de carácter literario.

Quince años después de publicada su «Geografía», Josué de Castro constata una situación completamente distinta: «Nunca se habló tanto del hambre en el mundo, ni estuvo tanto en el tapete esta cuestión». (Revista «El Correo», mayo 1963). Evidentemente, para este autor se ha producido un vuelco fundamental, tan fundamental, que ha considerado necesario aclarar a los lectores de la revista que, «aunque llega a parecer que otrora no hubiera habido hambre y que sólo en el siglo XX se conociera esa calamidad», en realidad «el hambre siempre existió al lado de la riqueza y la abundancia», y que creer lo contrario «es una impresión errónea».

Dicho artículo es escrito tres años después de haberse aprobado en la U. N. O. la Campaña mencionada, y a propósito de ello dice: «La aprobación de esta resolución de la F. A. O. expresó, a mi entender, la victoria de las ideas de un pequeño grupo de pioneros que desde hace años luchan porque el mundo entero reconozca la necesidad de afrontar resueltamente este problema fundamental para el futuro de la humanidad».

Hemos preferido iniciar esta nota citando a Josué de Castro y no a los organismos de la U. N. O. por varias razones. En general, y por lo menos sobre estos problemas, para los funcionarios de los organismos internacionales la historia parece tener comienzo válido recién a partir de la fundación de la difunta Sociedad de Naciones. Además, por muy interesantes y reveladores que resulten algunos de sus raptos, son copartícipes de un política oficial. De Castro, en cambio, comenzó a ocuparse del problema del hambre mucho antes de ser presidente de la F. A. O., y aunque todavía la integra, piensa y escribe como un investigador independiente. Por otra parte, conoce a los escritores revolucionarios de las más distintas posiciones. Por esto mismo es menos comprensible y justificable la inmensa laguna que vamos a señalar en su obra.

Sin embargo, por tratarse de otro hombre de

ciencia y dada la notable similitud de pensamiento, transcribiremos algunas palabras dichas por André Mayer en octubre de 1955; «Esta encuesta (se refiere a la realizada por la F. A. O. sobre alimentación de los pueblos) ha tenido máxima resonancia, puesto que llamaba la atención sobre una situación de la que sólo se tenían ideas vaguísimas y respecto a la cual, a mi entender, no se había tenido, hasta entonces, mucho interés en poner al descubierto. ¿Qué reveló esta investigación? Una extraordinaria desigualdad en las disponibilidades alimenticias de los hombres». (Alimentación y Sociedades, F. A. O., 1956, p. 21).

Cada hombre que se asoma al mundo tiene derecho a sentirse como su descubridor. Esto es bellamente fresco y en alguna medida es real puesto que cada uno lo descubre a su manera. En un recuento histórico, sin embargo, hay el deber de no omitir una corriente social que cubre y revoluciona toda una época.

Esto es, precisamente, lo que tales apreciaciones implican. Se ha olvidado o se ha subestimado la acción y el pensamiento de un vasto movimiento histórico cuya crítica permanece cierta y cuya presencia continúa viva en nuestro tiempo. De tal manera, el mérito de sucesivas generaciones de pensadores y militantes queda asignado a un puñado de contemporáneos.

En lo que se refiere a la obra de los escritores mencionados por De Castro, por muy estimable que nos parezca, apenas es una parte de una vasta literatura. En cuanto a los pioneros de que habla en su artículo, consideramos que se magnifica su actividad: ellos sólo están procurando que el mundo del privilegio se dé cuenta de la necesidad y de la conveniencia de conocer y abordar ciertos problemas, exactamente como lo hacen especialistas de otras materias. Independientemente de la sinceridad de algunos, todos están cooperando en la elaboración de un plan de **contrarrevolución pacífica** destinado a obtener reformas que dinamicen y salven las actuales estructuras. Ya volveremos sobre el particular.

Un tabú largamente violado

MASSEYEFF, en «El hambre» (Endeba, 1960, pág. 34), recuerda que uno de los más viejos testimonios del hambre es también uno de los más viejos documentos de la historia humana. Inscrito en un monolito, dice así: «Yo lamento, desde lo alto de mi llevado trono, la inmensa desgracia de vernos privados durante siete años de la marea del Nilo en el curso de mi tiempo. El grano es raro. Faltan los víveres y toda clase de alimentos. Cada uno se ha transformado en ladrón de su vecino. La gente querría correr y no puede caminar. Los niños lloran, los jóvenes flaquean como los viejos. Sus almas están quebradas, sus piernas torcidas se arrastran miserablemente, sus manos permanecen cruzadas sobre el pecho».

Desde aquel remoto monolito en el que ya figuran grabadas algunas de las consecuencias físicas y sociales del hambre, hasta el momento de la

creación de la difunta Sociedad de Naciones, suponemos que podrían encontrarse innumerables testimonios acerca del problema. Pero lo que interesa aquí no es el hambre causada epidémicamente por un accidente cualquiera, sino el hambre crónica producida por la imposición constante de un sistema.

Sin intentar salir del ámbito de la civilización occidental, y sin trasponer el mojón que representa la revolución francesa, el gran violador de este tabú, y de muchos otros, fue ese enorme movimiento ideológico conocido bajo el nombre genérico de Socialismo. En su fabulosa labor crítica del régimen del privilegio, del sistema del beneficio, no tiene ni necesita nombre y apellido. En esta parte crítica se identificaron y se confundieron todas las tendencias, las autoritarias y las libertarias. Desde sus más brillantes teóricos hasta sus más modestos militantes y anónimos partidarios, a través del libro, el periódico, la asamblea o el acto en la plaza pública, millones de hombres y mujeres gritaron al mundo la aberración de la miseria y enarbolaron la bandera de la revolución social para remediarla. La sola lista de los hombres martirizados por reclamar su derecho a la vida conmoviera al verdugo más despiadado.

Con toda seguridad, ellos no fueron deslumbrados por el falso esplendor de una civilización fundada en el terror y en la rapiña ni siguieron las huellas de una intelectualidad servil. El socialismo, como movimiento, crece y se desarrolla en la medida en que el capitalismo asciende al poder político y extiende su dominio por el mundo. Desde la cumbre se imprime un tipo de producción económica y de relación social a esta época, pero desde las entreñas del pueblo madura una nueva concepción de la vida que se le opone. Esta famosa civilización occidental tiene así un doble carácter: es capitalista y conservadora por imposición de la cúspide, y es socialista y revolucionaria por aspiración de la base. Desde esta base socialista, la revisión fue total.

Quizá sea oportuno, muy oportuno, recordar algunas palabras de Proudhon. Fueron escritas hace más de un siglo, en un capítulo sobre el problema de la población, combatiendo con buen humor la sombría teoría de Malthus (**Sistema de las Contradicciones Económicas**, Tupac, 1945, p. 570): «El fenómeno más espantoso de la civilización, el que mejor comprobado está por la experiencia y el menos comprendido por los teóricos, es la Miseria. Ningún problema se ha estudiado con más atención y laboriosidad que éste: el pauperismo se sometió al análisis lógico, histórico, físico y moral; se lo dividió en familias, géneros, especies y variedades, como si fuese un cuarto reino de la naturaleza; se disertó largamente sobre sus efectos, sus causas, su necesidad, su propagación, su destino y su medida; se le hizo su psicología y terapéutica, y sólo los títulos de los libros que con este motivo se escribieron, llenarían un volumen. En fuerza de hablar de él, se llegó a negar su existencia; y gracias si después de esta larga investigación, se empieza a comprender que la miseria pertenece a la

categoría de las cosas indefinibles, de las cosas que no se entienden.»

La miseria es el producto de la totalidad del sistema

D ECIDIDAMENTE, como en tiempos de Proudhon, no se quiere entender la miseria.

En *Encuesta Mundial sobre la Alimentación* (FAO, 1946, p. 9), leemos estas observaciones: «La pobreza es la causa principal de la mala nutrición. Así, para el mundo en general se puede decir: «Dime lo que ganas y te diré lo que comes». Hay excepciones, pero, por regla general, las naciones prósperas gozan de buena nutrición, las no prósperas viven mal; y los grupos más pobres, en esos países, son los que viven peor.» Desde luego, no se menciona la causa real de esta pobreza.

En *El Desarrollo Económico mediante Productos Alimenticios* (FAO, 1962, pag. 1) hay esta sentencia: «El hambre, la pobreza y el estancamiento forman un círculo vicioso.»

Como se ve, en esta segunda cita la pobreza está enlazada a lo que ahora se denomina más comúnmente subdesarrollo. Así, ella sería el resultado de una etapa del desarrollo económico.

Esto surge todavía más claro en *El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación* (FAO, 1961) donde B. R. Sen expresa: «La FAO siempre ha insistido en que la solución definitiva del problema del hambre y la desnutrición en los países poco desarrollados sólo puede encontrarse haciendo más productivas sus agriculturas.»

Mediante este incompleto círculo vicioso (hambre-pobreza-subdesarrollo) la FAO y también otros organismos de la UN pretenden simplificar el problema al nivel de la escuela primaria, reduciendo por otra parte su escala mundial al ámbito de las regiones subdesarrolladas, para terminar extrayendo muy astutamente la conclusión fundamental de que hay que «ayudar» a esas regiones para que superen sus dificultades. Pero, como no es conveniente «reproducir formas primitivas de capital» (CEPAL), han de abrirse las puertas a las inversiones estatales y privadas extranjeras.

El hambre, la pobreza, la miseria, no son desgracias exclusivas de los países subdesarrollados, sino la consecuencia fatal de cualquier régimen de explotación económica, y también de opresión política del hombre. Allí donde uno recibe un salario, otro se queda con un beneficio. Allí donde uno soporta una autoridad, otro goza de un privilegio. En los países que hoy se consideran más ricos por el volumen de su producción y por el nivel de sus ingresos, grandes masas siguen sufriendo la pobreza y la inseguridad, la desocupación y la rutina del centavo. Es cierto que, globalmente, han superado el nivel pavoroso de hace un siglo, pero el nivel de vida también es dinámico: las tres comidas diarias en que se detiene la audacia de tantos directores, no llenan la vida del hombre, no adormecen las necesidades y las ansias largamente postergadas. El hombre es algo más que un conjunto de vísceras. En ese terreno, tales pueblos encuentran

hoy tantas barreras como hace un siglo las tenían para las necesidades más elementales.

En toda el área del denominado Tercer Mundo, la miseria alcanza desde luego los extremos más aterradores. Pero esto no se debe, como se pretende, exclusivamente al régimen de la tenencia feudal o semifeudal de la tierra, al cultivo irracional del suelo, a la insuficiencia técnica, a la falta de capital, a la carencia de conocimientos, sino a todo eso y a mucho más a la vez. El dominio colonial semicolonial, o el que se ha ejercido a través y con la complicidad de las oligarquías nativas, sometió a esta vasta región al esquema centralista y expoliador de la división internacional del trabajo, convirtiéndola en simple proveedora de materias primas. El monocultivo, lo monoextracción, han provocado una interminable escuela de deformación económica, con abandono de viejas prácticas agrarias y extinción de pequeñas industrias locales en muchos casos. Todo intento de desarrollo económico, de diversificación en la producción, ha sido controlado, anulado o cercenado. Los bosques fueron talados, las tierras fueron arrasadas. Como un símbolo que atestiguará todo el daño que los centros coloniales e imperialistas ocasionaron a las tierras del mundo, en África se ha levantado un monumento a la mosca Tsé-Tsé: ella ha impedido que en una región del continente penetrara esta civilización de rapiña.

Es claro, como dice el director de la FAO, que es necesario aumentar la productividad de sus agriculturas, pero ésta es apenas una parte de la solución.

El hambre es inseparable de la miseria, la miseria es inseparable de la desigualdad, la desigualdad es inseparable de la política de fuerza. Este es el verdadero círculo de hierro que hay que romper si se quiere elevar las condiciones generales de la vida de la gente. Pero este círculo no se rompe limando suavemente uno de sus eslabones, interdependientes y solidarios entre sí. La cadena ha de ser destruida en su totalidad. Y esta empresa no puede cumplirse con reformas epidérmicas ni transitorias y aisladas medidas de emergencia. Para que sea real y permanente hace falta una verdadera revolución que ponga toda la tierra y todo el sistema de producción al servicio de la colectividad.

No parecen enterderlo así los funcionarios internacionales. En *Aún hay Millones de Hambrientos* (FAO, 1957, p. 2), al referirse a los problemas que plantea el aumento de la población, se expresa: «Los problemas complejos no pueden abordarse objetivamente y de modo directo y expeditivo, y quien quiera que lo intentare no tardaría en comprobarlo para su propia desesperación. Lo mejor que cabe hacer con ellos es desenmarañar el complejo, reduciéndolo primero a sus componentes más simples y ocupándose aisladamente de cada uno de los que admitan una solución rápida.»

Este criterio no resiste el análisis, pero ahora ni queda lugar ni vale la pena demostrarlo. Ya veremos que otros técnicos, también de la FAO, no pensaron lo mismo en algún momento de más sinceridad.

Antecedentes y recursos de la campaña mundial

COMO acertadamente decía Josué de Castro, nunca el tema del hambre estuvo tanto sobre el tapete como ahora. Los medios de publicidad, con insólita frecuencia, se refieren al problema. Los gobiernos, las iglesias, las cámaras de comercio, las entidades culturales, las sociedades de beneficencia, todos parecen haber descubierto el hambre y se han sumado casi entusiastamente a la Campaña Mundial. Como es natural, no podían faltar esos bien nutridos abrigos de visión, almas caritativas que gustan asomarse sobre el dolor universal. El tema se ha llevado incluso a las aulas, como cuando se ilustra sobre las ventajas del ahorro. En fin, se está tratando al hambre como un hecho accidental que puede ser salvado con la distribución de algunos cargamentos y la enseñanza de recetas de cocina.

Veamos rápidamente algunos antecedentes de esta campaña.

Hace cuatro años, la FAO lanzó la idea. El 27 de octubre de 1960, la Asamblea General de la UN aprobó por unanimidad, mediante la Resolución 1496, el suministro de alimentos a las poblaciones necesitadas. Esta resolución refrendó la Campaña propuesta y abrió la puerta a la elaboración de medidas concretas. El 10 de abril de 1961, EE. UU., por intermedio de su delegado Mc Govern, propone en el seno del Comité Consultivo Intergubernamental la formación de un Fondo Multilateral de 100 (cien) millones de dólares, en productos y en efectivo, para ser distribuidos durante un periodo de tres años. En la propuesta de los EE. UU., la fase inicial de la ayuda debería atender las necesidades de emergencia. El 19 de diciembre de 1961, otra Asamblea General de la UN, mediante Resolución 1714, aprueba el «Programa Experimental Mundial de Alimentos». En 1963, tal programa se puso en marcha, con un fondo integrado de 91 millones, y duraría hasta 1965.

Durante cuatro años se hicieron estudios, se nombraron comisiones especiales de expertos, se produjeron informes, se adoptaron resoluciones y se bombardeó internacionalmente el tema, para luego terminar asignando esa ridícula cantidad. Cualquiera atorrante de las finanzas tiene 100 millones. A Pérez Jiménez lo acusan ahora de 300. ¿Cuántos incontables cientos tendrá un Rockefeller, un Ford, un Dupont o cualquier otro? Suponemos que el Fondo alcanzará para una copa de leche, la copa de leche de principio de siglo en escala internacional.

Como si ya no fuera demasiado, la mencionada Resolución 1714 advierte que la iniciativa se aprueba «habida cuenta de que la creación de tal programa no vulnera en modo alguno los acuerdos bilaterales entre los países desarrollados y los países en desarrollo.» En la Resolución 1946 ya se había establecido, por otra parte, que toda acción que se emprendiera debía «entrañar garantías adecuadas y medidas apropiadas contra el **dumping** de excedentes agrícolas en los mercados internacionales y contra cualesquiera repercusiones adversas en la

situación económica y financiera de aquellos países cuyas entradas de divisas dependen principalmente de la exportación de productos alimenticios.» (Ver **El Desarrollo Económico mediante Productos Alimenticios**, FAO, 1962, pp. 174 y 76 respectivamente).

Mientras tanto, en un informe fechado el 11 de febrero de 1961 y firmado por un grupo de expertos especialmente contratado por la FAO a raíz de la Resolución de 1960 de la UN, puede leerse la siguiente (p. 84 de la publicación ya citada): «Actualmente se dispone o se dispondrá en el curso de los próximos cinco años, para emplearlos fuera de los cauces comerciales normales, de un volumen de productos agrícolas de tipos conocidos valorado aproximadamente en 12.500 (Doce mil quinientos) millones de dólares.»

B. R. Sen dijo que esta Campaña era la empresa más ambiciosa de la FAO. Seguramente lo dijo teniendo otro esquema en la cabeza. Las condiciones impuestas antes de que se diera un solo dólar representan un freno a la pretensión más modesta. La astronómica desrelación entre la suma votada y la reserva de alimentos evidencia hasta la fatiga su limitación y su tontería.

Nueva frustración en el Plan de una contrarrevolución pacífica

EN la Encuesta de 1946, al denunciarse la gravedad del hambre, se dice en la pág. 2: «Mas no basta con poseer un conocimiento vago de que semejante situación existe. Es necesario compilar hechos y estadísticas, si las naciones del mundo desean eliminar el hambre y la mala alimentación.»

En aquel entonces, la FAO debió recurrir a investigadores independientes y a oficinas particulares para realizar la Encuesta. Hoy la situación ha cambiado radicalmente. La FAO y la UN tienen una legión de técnicos y de investigadores. Las estadísticas se han perfeccionado. Los datos se han acumulado y renovado. Disponen de una enorme masa de conocimientos objetivos harto reveladores de la situación mundial. Pueden ofrecer cuadros más o menos correctos de la realidad, en un momento en que las tensiones sociales ocupan un capítulo principal en los informes oficiales.

En **Camino de Supervivencia** (Sudamericana, 1952, p. 74), el neomalthusiano William Vogt escribió: «La 'libertad de la necesidad' fue la zanahoria puesta ante las narices de los pueblos menos prósperos para lograr su apoyo durante la guerra. Lo monstruoso de este engaño para nosotros y para ellos, debe ser claro para cualquiera que piense en términos de las capacidades de sustentación de las tierras del mundo.» Vogt dijo que esta promesa hacía abstracción del acelerado aumento de la población y acusó a la UN de negarse a considerar tal problema.

En este aspecto también la situación ha variado fundamentalmente. Proliferan los estudios sobre el crecimiento demográfico con el sello de la UN, y la lógica relación población-suelo-alimentación está presente en los estudios de todos sus organismos. Hay una conciencia bien clara sobre este asunto.

«porque la revolución demográfica ha dado una nueva dimensión al problema de la pobreza» (B. R. Sen).

Este conocimiento más estricto de la situación general del mundo, país por país, continente por continente, y el manejo directo de todos los datos, ha acentuado la alarma en el sector más lúcido de los altos funcionarios nacionales e internacionales. Abundan las manifestaciones de esta alarma, pero preferimos transcribir la sobria advertencia de Celso Furtado, ex integrante de la CEPAL y actual ministro sin cartera del Brasil. Dice así:

«No permitiendo las estructuras rígidas, adaptaciones graduales, la marea alta de las presiones tenderá a crear situaciones precataclísmicas. En esa situación los grupos dominantes son presas de temor y se lanzan a soluciones improvisadas o golpes preventivos. En cambio, si las modificaciones fueran progresivas o graduales el sistema político-social resistiría. La tarea fundamental en el momento presente consiste, por tanto, en dar mayor elasticidad a las estructuras.» **La prerrevolución brasileña**, conferencia publicada en varios periódicos y revistas).

Para este sector más lúcido del mundo oficial, las realidades de nuestro tiempo no sólo no pueden eludirse, sino que deben abordarse. Muchos de ellos sostienen hoy algunos puntos de vista tradicionales en el campo socialista. Están contra Malthus y combaten a William Vogt. Confían en los recursos de la ciencia, la técnica, el suelo y el mar. A la revolución demográfica, al despertar de la conciencia mundial, quieren oponer una contrarrevolución pacífica, ordenada, planeada, acercando a los pueblos a las tres comidas diarias. Temen que, si el sistema no cede, si la expansión continúa frenándose, un día las estructuras se resquebrajarán para siempre.

Sin embargo, en su conjunto, el sistema parece continuar ciego y sordo a los principales consejos de sus técnicos y a los reclamos colectivos de la época. Se producen algunas reacciones, pero son más bien espasmódicas y rápidamente naufragan en pura propaganda. La suma votada para esta Campaña Mundial, las trabas impuestas desde que se presentó el proyecto, han frustrado otro capítulo del sueño de una contrarrevolución pacífica.

Los técnicos reclamaron mayores datos. Alegaban que eran indispensables para planear las soluciones adecuadas. Ahora ya los tienen, pero la si-

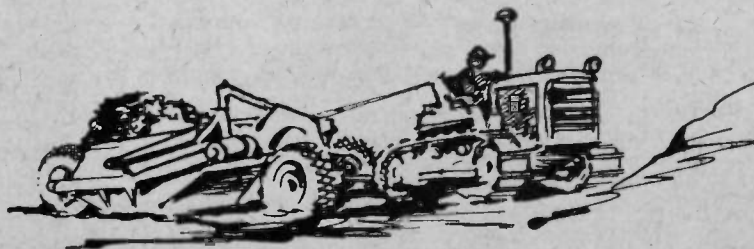
tuación sigue siendo la misma, y en algunos casos peor.

En **El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación** (FAO, 1961), se reconoce que la producción de alimentos, por ejemplo, ahora ha alcanzado el nivel de preguerra en el Lejano Oriente, en Africa ha retrocedido a niveles inferiores a los que existían antes del conflicto y en América Latina ocurre algo más o menos parecido. Los técnicos seguirán corrigiendo sus estadísticas. Mientras tanto la Campaña contra el Hambre es la cortina de humo que esconde su impotencia.

Hace unos momentos dijimos que otros técnicos de la FAO tuvieron una idea distinta acerca del proceso pacífico de cambio. Figura en la página 26 de la Encuesta de 1946: «Se requieren visión y audacia, el mejor sentido y más alto grado, para poner estos conocimientos y estos instrumentos a disposición de seres humanos que nunca los han tenido. Debe hacerse hincapie en que medidas a medias de nada servirán. Una pequeña mejoría aquí, un esfuerzo desgastado de mejoría allá, sólo servirían en el futuro, como ha sucedido en el pasado, a aumentar el número de los desvalidos y los ignorantes. O el mundo enfrenta en el futuro los **standars** de vida universalmente más bajos o guerras y revoluciones forzarán la solución.»

Entonces acababa de terminarse la guerra. Rusia ocupaba la mitad de Europa. China era dominada por el partido comunista, los pueblos coloniales reclamaban su independencia, y también, desde luego, estaba fresca la sangre de millones de inmolados al poder y al dinero, y las ciudades humeaban el desastre por sus escombros. Aquellos técnicos tenían derecho, como tantos otros, a creer en la **Carta del Atlántico**, en las promesas de justicia y libertad para el tiempo en que se ganara la guerra, en la «zanahoria» de que habla el norteamericano William Vogt. Por una vez se dejaron arrastrar por una noble pasión y se aproximaron a la verdad.

Cuando se lanzó la Alianza para el Progreso, algún político contramericano dijo que ella cambiaría el curso de la historia. Nos pareció excesivo, y manifestamos que no cambiaría ni el curso del Bermejo. De esta Campaña Mundial contra el Hambre se dan muchas definiciones, pero suponemos que, íntimamente, ni sus autores esperan nada. Es la burla más imperdonable a las urgentes y enormes necesidades de las poblaciones más explotadas del mundo.



LA OFRENDA

A la memoria de la juventud obrera y universitaria que en las calles y plazas de Budapest, en heroico y vibrante levantamiento insurreccional, dio su sangre en defensa de la libertad y la justicia, frente a la cesarista brutalidad homicida del comunismo ruso, ofrecemos, traducido a nuestra lengua, un poema del más representativo de los poetas de Hungría.

Amo tal vez cual ninguno
En la vida amó jamás:
Con sacro fuego celeste;
Mas no a virgen terrenal.

Amo a una diosa que muchos
Insultan: la Libertad,
Y ver solo en sueños puedo
A la causa de mi afán;
Pero en sueños, cada noche,
La contemplo faz a faz.

Cuando, anoche, en mis jardines,
Mi amor le dijera ya,
En prenda, para su seno
Quise allí una flor cortar.

Púseme, pues, de rodillas,
Inclineme al suelo y... ¡ay!
Surgió el verdugo, de un tajo
Mi cabeza hizo rodar.
¡Y esa fue la flor que pude
Ofrecer a su beldad!

SANDOR PETOFI

SALVOCHEA

Yo conocí en París, en el año setenta,
a Fermin Salvochea, entonces emigrado.
Allí, siendo apacible, forjaba la tormenta:
de sus ideas fue apóstol y soldado.

Gastó en luchar, sereno, su vida turbulenta;
su frente ungió el presidio, y al fin murió olvidado.
En medio de esta España, sumisa y soñolienta,
a mi memoria vuelve surgiendo del pasado.

Y acusarnos parece su fe en el mañana
que generoso amor por los humildes era;
y el alma entumecida mira ondear, lejana,

la señal redentora de su roja bandera
que un día vio la hambrienta campiña jerezana
flotar como en el viento la llama de una hoguera.

DOMINGO RIVERO (1852-1929)-

FILTRO DE IDEAS**CAMUS, EL GRANDE**

por M. CELMA

**DISQUISICIONES SOBRE LA NOCIÓN DE ACCIÓN
Y SOBRE LAS PROPIEDADES DEL ALMA**

TEMA sugestivo que, tratado por muchos pensadores y por Camus, valdría la pena compararlos entre sí. No obstante, nos ceñiremos a Camus y enlazaremos la acción con el alma en sus múltiples manifestaciones. La acción es conjunto de manifestaciones de aquél que hace algo reclamada sin cesar por el que nada hace. El que actúa, absorto en su tarea, la ejecuta casi en la inconsciencia, o por lo menos no ve y desconoce sus contornos y se le escapan sus consecuencias; tiene en cuenta solamente las primicias que la originaron.

Aunque la acción no sea solamente la satisfacción de una necesidad y de una vitalidad fisiológica, aunque sea llevada a cabo como resultado de un examen, pronto se pierde el motor que la lanza para pasar a justificarse por sí misma y sola.

Hay seres a los que importándoles muy poco la noción general de la vida se conforman con vivir la suya, conformismo que puede significar la máxima acción como la más atrofiada pereza. Ambas obedientes al estado «natural» del afectado.

En los medios obreros ha ocurrido a menudo el fenómeno indicado; concretamente, serían muchos los que podríamos citar que se han pasado la vida reclamando acción sin que la ocasión les deparara una mínima posibilidad de ejecución — a veces incluso a fuer de esquivar ocasiones — como también los ha habido que han sido sólo acción, primero meditada, después irreflexiva y al final loca.

Llegado a esta sicosis, la acción será un dios con todos sus imperativos para el hombre que se ha dejado cegar por ella.

Y lo inverosímil para el ser humano en su más cristalina acepción, es que se llega a tolerar y a soportar cosas, no por sí mismas sino por las justificaciones que las preceden, que por ningún motivo del mundo serían admitidas.

Y los hombres de acción habrán degollado a sus colegas, amigos y familiares «por el bien de la causa» al igual que los creyentes en un Dios degüellan en su nombre al mismo Dios que en persona se presentara si las circunstancias concurren para justificar el degüello.

Igual que Camus, cualquiera que se detenga a examinar la influencia que la acción ejerce en las multitudes, concluirá que detestamos las malas

acciones y ensalzamos las buenas, sin darnos cuenta de que al hacerlo, al glorificar la buena acción, indirectamente rendimos honor a la fuerza, al poder, a la superioridad, tan alejado como es todo esto de la idea anarquista que debiera presidir nuestro vivir cotidiano.

Se va más lejos en la justificación de las buenas acciones llegando a las que sin ser abominables ya no son buenas pretextando que en el que actúa «ha habido buena fe».

Y así es como almas más torcidas utilizan la «buena fe» como caparazón para sus malas acciones.

Para éstos la «buena fe» les ha servido como a Pilatos el agua.

Lógicos derroteros si además admitimos que en muchos casos el hombre capaz de grandes acciones suele carecer de sentimientos ajenos a las mismas. Camus lo señala en «La Peste».

Cuando montó «Los Justos», alguien le indica que hay escenas cortadas demasiado brutalmente, y Camus responde:

«He querido solamente demostrar que la acción tiene también sus límites. No hay buena acción allí donde estos límites no se han reconocido. El que los sobrepasa y mata debe aceptar por lo menos voluntariamente la muerte propia».

Camus rechazará repetidamente y con energía cada vez el «todo nos es permitido» tan bien reflejado por la Compañía de Jesús y por el bolchevismo.

Matar sin morir es una acción que sobrepasa los límites apuntados. Esto fue el tema central de las discusiones entre los revolucionarios nihilistas rusos de principio de siglo.

Estos revolucionarios querían ser idealistas y hombres de acción. Posteriormente, ni entre los revolucionarios ni entre nadie se ha discutido la acción a emprender partiendo de estas bases y remilgos de conciencia.

Gran progreso será que entre los hombres revolucionarios se vuelva a analizar el asunto con la seriedad que exige el derecho y el respeto a la vida.

Saltando a otro campo más fácil Camus nos coloca entre hombres de nefasta acción a todas luces, como fue Calígula, y dice: «Calígula fue un hombre de acción, un soñador y un pensador». Lo fue Hitler, etc. Luego pos sí mismo, ser un pensador, un soñador o un hombre de acción, no significa que estemos ante un hombre respetable; para que lo

sea habrá que poder decir que sus acciones son dignas, buenos sus pensamientos y bienhechores sus sueños. Si no podemos agregar estos calificativos, puede ser un tríptico pernicioso y malvado.

Es necesario elegir calidad en las acciones humanas. El esfuerzo de un campesino para cultivar su huerto ha de ser más honroso, más venerable y mejor remunerado que el esfuerzo, por ejemplo, de «El Cordobés».

La «razón de Estado» para unos es un pretexto vil, tan vil como cuando otros respaldan sus malas acciones pretextando hacerlas «por la causa».

«La causa» de unos equivale a «la razón de Estado» de los otros.

Y para que no haya confusión dice: Hay una acción más abyecta que la de asesinar: es la que atiza al asesino. Malraux dice lo mismo en «Los conquistadores».

Si abyecto es el papel de la prostituta porque cobra, más abyecto es el del que paga para prostituir. Ya lo dijo el poeta: es peor el que paga por pecar que el que peca por cobrar.

Pero independientemente del tiempo y de la moral, la intensidad de la acción es lo que contribuye para que una vida sea plena aunque sea corta.

Alaiz también era en esto gran maestro.

Incluso hay momentos en que sólo cuenta la acción. Es cierto que las ideas necesitan su tiempo. Pero muy limitado, la acción ha de seguirles, so pena de zozobra irremediable. Mas lejos de nosotros la idea de crear un culto a la acción.

La acción que conduce al crimen deja de ser acción respetable. Pasa a ser crimen. Camus rechazó la pena de muerte, sin distinción de justicias.

Cuando un individuo llega a matar «por razón de Estado» o «por la causa» es porque carece de los valores superiores únicos que pueden dar patente de hombre de acción. Por lo menos, aunque los tenga son temporales ante la idea de ser eficaz.

La misma condena que Alaiz hizo en su «Nueva maldición del practicismo».

Hay filósofos, si no filosofías, que niegan exista realmente la noción de lo bueno o de lo malo. Se admiten por convencionalismo sin más. Estos filósofos son los hombres más peligrosos porque, partiendo de esa base es fácil concluir: puesto que nada es bueno ni malo, seamos eficaces. De ahí que el Papa dijera a las tropas que sitiaban Béziers: «Matad a todos, Dios reconocerá los suyos», o que Lenin dijera: «Hay que vencer, cueste lo que cueste».

Camus no examina este tema a la ligera y en «El hombre rebelde» escribe:

«El error de la época ha sido el de querer codificar la acción precisamente cuando menos preparados estaban los cerebros; es decir, se quiso una acción producto de una emoción, de un acaloramiento».

En efecto, el 90 % de las acciones de este siglo se admiten o se rechazan no por principio, sino en virtud de estos momentos de pasión ciega.

Transformar también es acción, pero muchas veces se empieza transformando sin matar a nadie y se termina matando sin transformar nada.

Complejidad del cerebro humano.

Por modesto que fuese el portavoz de la O. N. T. de Aragón, aquel órgano del pensamiento aragonés llegó, mucho antes que Camus, a las mismas conclusiones. Se titulaba «Cultura y acción», lo mencionamos porque en él aprendimos las primicias de nuestras preocupaciones políticas y siempre tuvo como lema implícito, primero la cultura, después la acción. Primero el cerebro lúcido, condición *sine qua non* de acción digna.

Lo paradójico es que en general los hombres de acción lo han sido sin darle tiempo a cultivar su cerebro. Habrán sido admirables soñadores pero intuitivos, sin cultura o con cultura inferior a la acción que emprendían. Por eso la historia registra hombres de acción que, por soñadores, han ido de la vida mística y contemplativa más insulsa a la acción más implacable.

En ningún caso obedecían a un estado de razón consciente. Sublime quizás pero animal.

Camus conviene en que René Char y Breton son maestros para estos análisis.

No sé si dirigiéndose a los marxistas o al propio Bakunin, Camus dice: «De acuerdo en que toda acción tiende a destruir para que de sus ruinas brote una realidad nueva. Pero para que sea nueva ha de ser espiritual».

Y nosotros preguntamos ¿Es posible aún una nueva realidad espiritual?

Volviendo al ideal que debe presidir todo acto, Camus dice que «cuando a los hombres de acción no los conduce una fe, no han tenido más credo que la acción misma».

Los revolucionarios suicidas y los dictadores están comprendidos en este juicio.

Para que no se nos escape su intención agrega a renglón seguido: «Un hombre de acción y de dinamismo puros era Hitler».

Y cuando se llega a matar o a morir significa que se ha llegado a cegarse por la acción misma, perdiendo de vista los objetivos aunque hubiera y viendo sus consecuencias aunque algún día se apercibieran.

Y el error de las tendencias filosóficas de nuestra época consiste en colocar los valores de la acción según sus resultados. Hacer filosofía a cañonazos es también llevar a cabo una acción nefasta. En virtud de este principio algunos líderes izquierdistas escribieron: Juzgaremos al R.P.F. (1) según sus actos, no según sus principios. Caro pagará el socialismo tal actitud. Porque si los principios son malos — y los del R. P. F. rebosaban de autoridad — malos tenían forzosamente que ser sus actos.

La política de aquellos izquierdistas era a cual más pesimista, era políticamente imbécil, pero con ribetes optimistas «para guardar las dos o tres ilusiones que necesita un pueblo para hacer ver que hace»; es decir, para engañarse a sí mismo, consagrada como está la nuestra de ser una época donde la metafísica se ha reducido a mantener un culto a la acción.

Cuando en 1939 se reprochaba al pueblo argelino ser demasiado pasivo por su falta de acción, Ca-

Crónica anticipada para un libro

por PABLO R. TROISE

Eugen Relgis no se siente disminuido por ser uno de los grandes solitarios del pensamiento contemporáneo. Se exilió y llegó al Uruguay. Aquí también la libertad se maneja como lugar común de unos contra otros, pero aquí cuando menos el hombre dice su verdad, afina sus aristas críticas, discrimina en pro y en contra de amigos y adversarios y alcanza algo de esa última luz que se desprende de la verdad de todos.

F. FERRANDIZ ALBORZ

En la metrópoli rioplatense hombres negativos dirigían los suplementos literarios y tratasen por todos los medios de cerrarnos el paso. Pero nosotros crecíamos como esas plantas que lanzan metros y más metros de tallos vegetales para alcanzar la luz.

ANTONIO DE UNDURRAGA

Tenemos que decir algunas cosas que es preciso anotar cuando dejamos los «Últimos Poemas» de Eugen Relgis. Es necesario concretar ahora, cuando todo concluye en la insistencia de un testimonio que define tiempos y maneras de ser y de mirar, lo que fue alguna vez para nosotros — osados

CAMUS, EL GRANDE

mus respondió: «Es demasiado bajo decir que ese pueblo se adapta a todo, y agrega, el mismo monsieur A. Lebrun, (2) si no se le diese más que 200 francos por mes para vivir, terminaría acostumbándose a dormir bajo los puentes, en medio de la mayor suciedad y a comerse los trozos de pan que de madrugada encontrara en las basuras de la calle».

No es el pobre culpable de su pobreza, como no es el hombre de acción culpable de rendirle culto a ésta cual si se tratara de un Dios con todos los atributos correspondientes.

Que no son culpables lo decimos ya al principio de este artículo.

M. CELMA

(Continuará.)

(1) «Rassemblement du Peuple Français».

(2) Presidente de la República francesa.

e incansables coautores de todas las versiones castellanas de los serios poemas de Eugen Relgis — esa preocupación indiscutible y esa responsabilidad activa con la que comenzamos, proseguimos y concluimos la obra que ofrecemos a los que nos siguieron y alentaron, y a los que silenciaron y negaron sistemáticamente toda nota, toda valoración, toda censura. Es el momento de apreciar — en Relgis — la posible vigencia de sus libros, de su obra poética plasmada ya sea en *Corazones y Motores*, sea en *Locura y siete Antifábulas*, *En un lugar de los Andes* o en los *Últimos Poemas*.

Naturalmente que serán los mismos los que compararán los cuatro rumbos y los que cerrarán la lo largo de títulos precisos que los gacetilleros y perspectiva que surge de los hechos reiterados a los duendes no llegarán a vincular, es cierto. Pero la obra, nuestro empeño, el ciclo, las idas y venidas sobre textos que nos podían superar, mirados desde la resonancia de «Fray Bentos» — la primera versión que realizamos — tendrán igual esa presencia limpia que no quiso quedarse detenida por tal de registrar su propio paso junto a la vibración americana que es la segunda realidad de este hombre. Así queremos ubicar su tiempo y así queremos ubicar su obra, porque así la debemos comprender. Con todo lo que tiene de extranjera, según dicen los líricos que vienen a parcelar el alma de los pueblos a partir del lenguaje de su gente, pero considerándola de paso con todo lo que tiene de objetiva, con todo lo que tiene de total.

Entonces vienen las segundas partes. Más que los testimonios alcanzados desde las más lejanas latitudes, a Relgis le preocupa todo aquello que no se quiso señalar a tiempo precisamente aquí, donde ha buscado la perspectiva cultural de América desde el 1947 en adelante; si no en favor, en contra, pero dicho con el convencimiento más tajante, con la sinceridad más agresiva, con la rotundidad más elocuente. No porque el coro diga de sus libros algo que pueda promover el éxito — su manera de ser no busca el brillo de los abanderados del «best seller» y es muy poco probable que lo haga precisamente ahora con poemas — sino porque es notorio y comprobable que los advenedizos se reparten el qué hacer con la crítica: elegir, y junto a esto o a la vez el hecho de qué hacer con el genio: improvisar.

Entonces, claro, la verdad se frustra pero vamos a ver qué es lo que ocurre. Ocurre que al dejarle a Eugen Relgis la serie de los «Últimos Poemas», vinimos a pensar, naturalmente, en sus poemas

del 41, preparados en tiempos del fascismo, cuando Rumania estaba sometida bajo la dictadura del general Antonescu; publicados y entonces clausurados y prohibidos porque algo «no procede»... Más que en las inscripciones de «Año nuevo», mucho más que en los títulos parciales de «Cosas, sensaciones y conciencias» y más de lo que puede conseguirse del lirismo centón de «Siempre el mar», cuando Relgis recuerda en «Testimonio» que siempre hay una sombra junto a todos, que siempre hay una ruta del destierro, que siempre existe un tiempo de callar. De modo que «creyendo que salvaba dispersas esperanzas errabundas, las reunió en los últimos poemas» en los que el tiempo se define solo, por encima de toda erudición. Así lo reconoce Theodor Loewenstein en la única crónica que existe sobre el último libro de poemas por el cual escribimos esta crónica.

Pero ocurre también que, recordando, vinimos a pensar que lo mejor era escribir apenas un acápite que resumiera su problema y bueno, lo que puede apreciarse en estas cosas de la literatura nacional. Por eso las palabras de Ferrándiz Alborz, por eso las palabras de Undurruga con su significado relativo. Pero, ¿por qué citamos a los dos? No somos optimistas y eso es todo. No estamos en el clima que se crea para que los demás pongan el hombro debajo de las cosas que decimos y entonces escribimos, por ejemplo, todos estos pro-domos rechazados abiertamente por los hombres-libros que saben el camino que conduce desde la medianía hasta la luz, desde el conocimiento personal hasta la proyección o la exclusión. Pero veamos cómo es esto en Relgis, veamos si procede la exigencia, veamos si procede la exclusión.

En plena adolescencia, como tantos, deja el puerto rumano de Constanza, llega a Constantinopla y cruza el Mármara. En Brussa y en Atenas busca el eco de la experiencia singular del mundo, y en las auditorias de los justos descubre de algún modo, para todos, la persuasiva erudición del «héroe» y el humanismo elemental del hombre. Pero vuelve a Rumania cuando el mundo se empecina en la forja de la guerra. Estudia arquitectura en Bucarest y quiebra la rutina de las aulas trabajando en obras y en las fábricas e irguiendo, con los muros de las fábricas, la sencilla razón del hombre nuevo precisamente cuando el mundo busca la negación violenta de la luz.

Ya existe la Rumania que es, sin duda — año 1916 — el triángulo insumiso de la muerte y el campo de la desesperación. Los soldados germanos promovían el éxodo masivo rumbo al Norte. Relgis retorna a su ciudad de Yassy y es requerido por «autoridades» que le exigen su aporte militar. Viene el automatismo irreverente, la «observación», la cárcel y por último la desmilitarización del hombre. Por ese mismo tiempo Relgis crea su primera revista: «Humanidad». Claro, con tiempos de censura extrema renovada a lo largo de los años en todos los países, de algún modo...

Pero nace la posibilidad de la vinculación personalísima. Relgis y el grupo Claridad y luego los

Resistentes a la Guerra y Relgis unidos a través de Runham Brown. La nueva ruta humanitaria empieza precisamente a registrar su nombre sobre las coordenadas de los otros, cuando los otros son los precursores de un estilo de vida diferente si es posible decirlo de este modo. Y nace el primer grupo humanitarista, el de 1923, el que recibe la adhesión de Han Ryner, Stefan Zweig, Forel y Nicolai. Ya no sorprenden sus resúmenes, sus traducciones, sus encuestas sobrias, sus poemas, sus croquis, sus principios. Ya no sorprenden «Pensamiento activo» y «El humanitarismo», dos revistas que son el medio de expresión directo para esa realidad que lo atraía.

Sin embargo vendría a sorprenderlo la sinrazón de la segunda guerra. De París a Rumania sólo importa la intranquilizadora realidad que puede apoderarse de su gente, de su familia, de su pueblo en suma. Lo demás es su propia consecuencia, lo demás es su propia condición. Cuatro regímenes totalitarios y dos guerras mundiales le reportan así como el hito reiterado que distorsiona el curso de su vida con la frecuencia que refleja — siempre — una disposición insobornable: la de hacer una obra de cultura que niegue la razón del hombre efímero.

Hasta que escuche el eco americano que le ofrece la nueva perspectiva de una misma creación, libre y fecunda. Y en el llamado Nuevo Mundo — dicen — la apacible ciudad del puerto franco por el que pasan transitoriamente las diferentes ráfagas del mundo. Escribe en las dos márgenes del Plata, y al crear cree justamente en algo que no se puede comparar con nada que no se deba referir al hombre. Publica entonces sus «primeros» libros desde su colección «Humanidad»; en «Americalee» y «Candelabro», o bien en «B. U. D. A.», «Hachette» y «Reconstruir».

Las Universidades amplifican sus testimonios sobre el hombre libre y editan y difunden ampliamente su perspectiva cultural de América. En Río la Academia de las Letras promueve la vigencia de sus libros y el ciclo americano de sus versos reforma por encima de los años la suprema virtud de un «De profundis» que no ha querido detenerse nunca.

Pero si no hay silencio hay soledad. Si no hay renuncia en Relgis hay olvido por parte de los mismos que hace mucho le ofrecían su propio continente y el aire limpio de su puerto franco. No es necesario compartir su idea, no es necesario comprender su estilo — mejorarlo a lo largo de los años — para reconocer que en él existen las razones de un hombre independiente que no niega su propia libertad. Aquellas grandes ráfagas del mundo son muchas veces demasiado efímeras, suelen tomar la dirección más cómoda, suelen seguir la inclinación más útil, galvanizadas en su giro, solas.

De tal modo que al fin uno comprende que es posible encontrar en ellas mismas esa especie de absurda inconsecuencia que nos hace olvidar de los maestros para quedarnos con nosotros mismos, desconociendo la virtud del tiempo desconociendo la virtud del hombre. Por estos mismos medios

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO CON «FRANCO, ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

Mr. Lawrence A. Fernewort, célebre escritor norteamericano, corresponsal de «The Times», después de recorrer Badajoz y su provincia escribió un estrujante, conmovedor y veraz reportaje del que extraemos las siguientes líneas:

«La matanza de obreros, campesinos y personas de izquierda, realizada en la parte de la provincia de Badajoz, dominada por los facciosos, constituye una de las páginas más negras de la guerra civil española. «Personas bien informadas estiman que se ha dado muerte a más de treinta mil de sus habitantes. Pero, sea cual fuere la cifra real, las pruebas de las matanzas son numerosísimas, casi ilimitadas.»

Transcribimos lo siguiente sobre un hecho que, por desgracia, fue repetido muchas veces por los fascistas: «Un domingo llevaron a todos los presos de la cárcel de Huesca a la catedral, donde celebraron un acto político-religioso. A un joven preso que se atrevió a protestar de que el templo fuese utilizado para fines políticos, lo llevaron a la sacristía, mientras el resto de los prisioneros regresaban a la cárcel. Al día siguiente, sus propios compañeros de infortunio fueron obligados a enterrarle. No presentaba ninguna herida. Había muerto asfixiado por haber sido encerrado en una estrecha cripta de la catedral.»

Toda España fue un Badajoz en manos de los clérigos, de los requetés, de los militares, de los falangistas y demás fascistas que recibían armas para dedicarse a exterminar a todas las personas sospechosas de izquierdismo.

Dada la personalidad universal de Miguel de

CRONICA ANTICIPADA

alcanzamos a comprender los círculos de tiza, y hombres independientes como somos nos animamos a ofrecer un libro que cierra todo un ciclo de poemas — las últimas versiones castellanas que vamos a escribir para el autor — con algo que es para nosotros mismos la imagen de una cruda realidad. Lo demás es la crítica que elige porque nació para elegir. Relgis lo sabe porque siempre ocurre. Por encima de todas las contiendas presente, sin embargo, que lo alcanzan las alboradas fijadas de Thoreau.

Unamuno no podían echarlo vivo o mal herido a la fosa común, a la pira o a la cripta, como a sujeto anónimo cualquiera, sin importarles la presencia de testigos; pero sí decidieron exterminarlo, de forma parecida, pero «científicamente», sin más testimonios que sus verdugos.

Los pocos datos veraces que hemos dado más arriba sobre la ferocidad criminal de los defensores del régimen franquista son para que a ninguna persona sorprenda y extrañe cuanto decimos a continuación sobre el fin de los días del ex-rector vitalicio de la Universidad de Salamanca. No sería ya la primera muerte que provocarían por asfixia.

A Unamuno, por lo ocurrido en octubre de 1936 en la Universidad salmantina, le deseaban la peor, la más horrible de las muertes. Y la concibieron, la prepararon y la llevaron a cabo con «astucia» suma. El 1º de enero de 1937 lo enterraron quizá en estado que pudiera reaccionar, en el interior de su sólido y seguramente «amplio ataúd», y se encontrara sepultado vivo para hacerle sentir, con horror, durante breve tiempo, que le pareciera una eternidad de angustia sin fin, que clase de venganza eran capaces de llevar a cabo los trogloditas de las catedrales y de El Pardo.

Desde la fecha que sepultaron a Miguel de Unamuno, que tanto nos angustia al recordarla y al escribirla, porque sentimos que a ese grado de sadismo llegaron los especialistas en medicina criminal nazifranquistas al servicio privado del Movimiento Nacional que capitanea «Franco, ese hombre», han estado tratando de evitar se descubra que lo asesinaron por el clamor protestatario y de indignación mundial que se habría producido en perjuicio del régimen de terror y de muerte que representa la anti-España.

Sin embargo, creyendo haber burlado al orbe, el nazifasciofalangefranquismo se atreve a más: a mostrar, públicamente, en la misma Salamanca, su contento y deleite insanos, patológicos, hasta el frenesí de neurosis autoritaria agudizada para el asesinato alevoso de Estado «sin dejar huellas». ¡Por su éxito en el asesinato de Miguel de Unamuno!

Mucho le ha costado al régimen franquista dar ese mal paso que lo delata; pero lo ha dado después de haber pensado, retorcidamente, mil o más veces, que transcurridos treinta años nadie comprenderá la significación y el alcance de la impúdica perversa acción que escenifica Salamanca.

La honda satisfacción neurótica del franquismo, asesino, también, friamente, de García Lorca, crece al creer que a Miguel de Unamuno puede hacerlo víctima de un segundo atentado que aniquile su personalidad, sin ser descubierto, utilizando una especie de «cortina de humo» que lo oculte a los ojos de la humanidad toda: celebrando al mismo tiempo que el trigésimo aniversario de su «fallecimiento» ¡el primer centenario de su nacimiento que preferiría jamás hubiera ocurrido! Hipocresía y criminalidad del Estado nazifranquista elevada al cubo.

Siendo el régimen franquista-inquisitorial un Estado policíaco-militar que continúa en pie de guerra contra la España del Quijote, considera que con la precitada «cortina de humo» está aplicando la estrategia más acertada para tener éxito, sin riesgo, en la «última operación destructiva de cuanto Unamuno representa, en el presente, en el universo social y cultural.

¡Cuán útiles le han sido al franquismo los perversos doctores en medicina general, los psiquiatras y los psicólogos nazis especializados en la planeación «científica» de crímenes, llamados perfectos, contra los amantes de la libertad y del progreso científico-humanizado! Servidores de Hitler hasta 1945; y desde este año, «refugiados» en la anti-España, al servicio incondicional de «Franco, ese hombre».

Monumento a su perfidia y a su proceder destructivo y criminoso es el que el franquismo decide elevar en Salamanca sin atreverse a proclamarlo como desearia, dada su psicología esencialmente negativa, a viva voz, con todas sus fuerzas insanas, como sigue o con palabras más brutales: levantamos un monumento a Miguel de Unamuno con el feroz propósito de sepultar, tres décadas después de haber enterrado el cuerpo del mismo, su fecundo espíritu maldito que sigue influyendo, como si él viviera, en los inquietos miembros de la sociedad española. Sí; vamos a celebrar, con júbilo inmenso, con fiereza canibalesca, el acontecimiento simulando sentir lo opuesto de lo que sentimos y pensamos realmente: ¡no haber asesinado mucho antes a Miguel de Unamuno!

¡Osadía villana y sádica la del franquismo! Pero el mundo del pensamiento libre no es tan torpe y ciego como la anti-España quisiera; y la España decente, trabajadora y estudiosa, que piensa por sí misma, sabe a qué atenerse al respecto.

¿Se comprende, cabalmente, por qué celebran el 1er centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno sabiendo que éste se cumplió en 1964?

El franquismo pretende confundir al mundo y el que se confunde y pone al descubierto, sin desearlo, cuán monstruosa es su psique y su hacer destructivo y criminógeno, es él mismo.

Pese a las afirmaciones que «Franco, ese hombre», Gregorio Marañón, diversos militares, falangistas, eunucos intelectuales, etc., hacen sobre la «firme estabilidad» del régimen fasciofranquista su conducta indica el miedo cerval que experimentan por el futuro ineluctable que les reserva la España del Quijote.

Vedlos celebrar, por segunda vez, en Salamanca, el centenario precitado, porque no se atreven a festejar sólo el trigésimo aniversario del «fallecimiento» de Unamuno, que bien saben, los viejos franquistas no fue natural. A éstos les parece que se pondrían demasiado en evidencia, que se sentirían denunciados por sí mismos y por instinto animal puramente biológico, de conservación, no han tenido el valor de llevar a más alto grado su cinismo y su cruel malignidad.

En el Ateneo de Cuernavaca el primer centenario lo celebramos en 1964, y en 1965 hablamos sobre «Franco, ese hombre» para probar que el régimen de este dictador asesinó a Miguel de Unamuno. Hoy lo creemos más que ayer.

Por considerarlo, pues, de actualidad, pese al tiempo transcurrido, envió a la querida revista CENIT las charlas que sobre el enano de El Pardo pronunció el firmante en la misma capital del Estado de Morelos, en Cuernavaca. En las tierras en que Emiliano Zapata, revolucionario insobornable, dando carácter social a la Revolución Mexicana — que le costó ser asesinado por viles ambiciosos del poder político — con millares de campesinos morelenses defendió el lema que nuestro malogrado compañero Ricardo Flores Magón propagó por todos los ámbitos mexicanos resumiendo el ideal libertario por el que luchó con viril energía, denodadamente, hasta el fin de sus días: «¡Tierra y Libertad!

Estudiantes y profesores, de ambos sexos, de la Universidad de Morelos y de diversos centros docentes, como asimismo trabajadores manuales e intelectuales de distintas ideologías que intervinieron en la primera charla o principio del proceso contra el franquismo, propusieron durara la sesión que fueran necesarias.

Dos sábados de las 16 a las 19,30 horas y un domingo — el que siguió al segundo sábado — de las 10 a las 14 horas duró el enjuiciamiento del criminógeno régimen nazifranquista que trata, inútilmente, de presentarse ante el mundo como «civilizado». ¿Cómo? Intentando, en particular, apropiarse la personalidad de Unamuno al que hoy repudia más que ayer, porque continúa combatiendo al franquismo por medio de los estudiantes universitarios, de Salamanca y de las demás Universidades de toda España, que hacen suyo el pensamiento quijotesco unamuniano, siempre vivo, actual, y ¡no el contradictorio y erróneo que Unamuno expuso a menudo antes del 18 de julio de 1936!

Y no están solos los estudiantes jóvenes, esperanza de la España del Quijote, que defienden, en la medida de lo posible, en las actuales circunstancias, el derecho inalienable a ser libres y el carácter universalista que han de tener las universidades avasalladas hoy por la anti-España: con ellos coincide buen número de intelectuales de probado valor social y humano, los trabajadores avisados, la Confederación Nacional del Trabajo de España, que no claudica, y el Movimiento libertario en general, que más íntegramente interpretan los anhe-

los populares hispanos de libertad y bienestar para todos los españoles.

Al finalizar la tercera sesión una joven catedrática de filosofía, que asistió a las tres sesiones, propuso se llegara a una conclusión que redactara el propio conferenciante que había admitido amplia discusión libre.

La proposición hecha por la maestra, que se distinguió por las muchas preguntas que hizo al respecto, y por las atinadas intervenciones que hacia, seguidamente, fue aceptada por los reunidos como asimismo por el propuesto — el que escribe — que, a vuela pluma, en el mismo instante, escribió la concreta declaración siguiente que, leída y puesta a la consideración del público fue aprobada por unanimidad:

«A los asistentes a las charlas que han tenido lugar en este Ateneo del Estado de Morelos no nos

cabe la menor duda de que el franquismo, que ha proscrito todas las libertades en España, y que pretende, inútilmente, acabar con la libertad misma, asesinó a Miguel de Unamuno, denodado e insigne defensor de ésta y de aquélla.

»Con menos, con muchísimos menos datos e indicios circunstanciales condenatorios que los expuestos y analizados durante las tres sesiones de esta especie de proceso popular contra la ominosa dictadura teocrática-militar que capitanea Francisco Franco muchos individuos humanos, por actos que los Estados de todas las latitudes castigan con la última pena, han sido considerados culpables y condenados a muerte por la justicia histórica.

»El régimen franquista merece esta misma condena mil veces más, quedando muy cortos, por un millón de victimados por sus acciones asesinas o más de razones éticas, sociales y humanitarias».

(Continuará.)

Libertad para todos

«No somos amigos de los clericales, a quienes consideramos como los peores enemigos del pueblo; no tomamos en serio sus elogios de la libertad, pues sabemos lo que han hecho cuando eran los más fuertes, y lo que harían si lograsen tomar la supremacía. Pero, ¿cómo habría de tomar la gente en serio nuestras protestas en favor de la libertad si nos mostramos tan predispuestos como todos a impedir a los demás la libre expresión de su pensamiento, y si en lugar de oponer la propaganda a la propaganda recurrimos en cuanto podemos al arma de los gendarmes?

»... Si el sacerdote ha hecho tanto mal, si sigue siendo el gran peligro del porvenir, no es porque tiene y propaga creencias absurdas, sino porque ha impuesto esas creencias y quisiera imponerlas todavía con la fuerza; no es porque oponía San Agustín a Giordano Bruno, y Ptolomeo a Copérnico y a Galileo, sino porque atormentaba a Galileo y condenaba a la hoguera a Giordano... El báculo no hace más que crear déspotas y esclavos. El báculo es toda la religión: el resto no es sino una explicación más o menos absurda del sistema del mundo, que corresponde a la ciencia criticar, corregir, destruir. ¿Qué importa que se inscriba en las banderas viva el papa o viva la anarquía? ¿Qué importa que se crea en la Biblia o en Carlos Darwin, si luego, en sustancia, se permanece obligado a pensar como quieren los demás?

»Anarquistas, sabed ser hombres de libertad. A la violencia física, oponed, ya que es necesario, la resistencia física; pero, a la propaganda, oponed la propaganda, nada más que la propaganda. Pues de otro modo la gente creará, y no sin razón, que cuando seamos nosotros los más fuertes seremos tiranos igual que los demás, y que la anarquía será una palabra vana, como ha sido vana la palabra libertad, de que los burgueses, antes del triunfo, se decían los defensores. Combatamos al sacerdote, pero no con armas de sacerdote.»

Enrique MALATESTA

España en la Edad Moderna

por **Abrahám Guillén**

Tesis sobre su historia: de la unidad nacional y el imperio a la decadencia

(Continuación)

LA historia de España ha entrado muy poco en la política y en sus cuadros dirigentes, tanto de izquierda como de derecha, sin visión dialéctica, a lo sumo con un criterio sicologizante, idealista. En general, los líderes y las masas populares ignoran la historia hispana, que va más allá de su propia existencia biológica. Quizá se quiere acudir al análisis histórico, en su relación con la política, la economía y la sociología, para seguir fijándolo todo a la hojarasca de la bella frase, a la política de forma y no a la de contenido, a utópicas improvisaciones.

Para dar una idea de nuestra historia, de la edad moderna, en una apretada síntesis, nos parece oportuno concretar nuestros puntos de vista en las tesis siguientes:

1. — Historia y nación: Luego de la batalla del Guadalete (711), España se fraccionó en reinos independientes musulmanes y cristianos. El Norte se vinculó al feudalismo europeo y al cristianismo; el Sur, menos feudal, formó una nacionalidad poderosa bajo el califa Abderraman III (siglo X). Mientras la España musulmana estaba unida, en el Sur, bajo el signo del islamismo, antes de los «reinos de taifas», dictó su política a los príncipes cristianos del Norte, que peleaban los unos contra los otros, invocando la misma religión, pero diferentes intereses privados o feudales. Esta atomización de la España feudal difirió por ocho siglos la unidad nacional: la Reconquista, que debiera haber durado poco tiempo, transcurrió, penosamente, durante ocho centurias, de barbarie y analfabetismo en el Norte, mientras la cultura clásica brillaba en Córdoba, y Abderramán III se constituía en el más poderoso monarca de su siglo. Ello fue posible porque Almanzor, su gran visir, aniquiló a los feudales árabes haciendo, en el siglo X la misma revolución que las naciones cristianas hicieron durante la época del «despotismo ilustrado», en Europa, con la formación de las monarquías absolutas, de las nacionalidades, entre los siglos XV y XVIII.

Bajo el signo del Renacimiento y de la Reforma, España, Inglaterra, Francia y Suecia se constituyeron en grandes potencias nacionales. España, luego de la caída del reino moro de Granada, más el descubrimiento de América, creó la más poderosa potencia europea: el siglo XVI marca el máximo esplendor del Imperio hispano, con os Reyes Católicos y Carlos V, que comenzará a declinar con Felipe II: un rey reaccionario, que quiso aplastar al capitalismo protestante europeo, porque él seguía siendo un monarca de corte feudal, a pesar de que tenía el oro de las Indias y un vasto imperio, para desarrollar ampliamente la revolución industrial de siglo capitalista.

2. — Grandezas y miserias del Imperio español: A pesar de nuestra grandeza geográfica, de que no se ponía el Sol en el Imperio español, con una Monarquía feudal y una Iglesia medieval, que utilizó la potencia económica y militar de España para combatir a los príncipes protestantes y a los turcos, España era un país empobrecido: nuestras industrias no prosperaron, sino que retrocedieron, pues la aristocracia española prefería cambiar el oro de Indias por bienes y servicios importados de Francia, Italia, Holanda e Inglaterra, a realizar inversiones industriales, en el propio solar nacional, para industrializar al país y crear un activo comercio con nuestras colonias.

La España imperial de la época de Carlos II «El Hechizado» tenía la mitad de los habitantes de la España árabe del Califato de Occidente. Y es que todas nuestras conquistas en América fueron conquistas para la Iglesia y la aristocracia, que vivieron la «quimera del oro», en vez de transformar el oro en industrias, para industrializar la colonización hispana en América, para mantener nuestra posición de primerísima potencia en Europa.

3. — Religión y política: En Europa, el protestantismo abrió las perspectivas históricas al capitalismo, a la sociedad burguesa, al Estado burgués: la religión se subordinó a la política. En España, primera potencia de Europa, en el siglo XVI, el catolicismo se opuso al desarrollo del capitalismo, se afincó en un feudalismo impropio para desarrollar la sociedad industrializada y el comercio con las colonias de América: la política fue sometida a los dictados de la religión, al Tribunal del Santo Oficio, que aplicaba la persecución inquisitorial, como instrumento de la política de la aristocracia y de la Iglesia.

Para tener unidad religiosa, la Iglesia impuso a los Reyes Católicos y a Carlos V la expulsión de los artesanos, agricultores, maestros y oficiales judíos y moriscos, que podrían haber modernizado nuestra agricultura y creado una sociedad burguesa industrialista, en su verdadera época.

Ahora el «Opus Dei» sigue siendo una sociedad secreta de la Iglesia, un Santo Oficio disimulado, mientras el franquismo intenta desarrollar el capitalismo, que debimos crear en la época de nuestro imperio. Como la teología confunde la economía y la dialéctica con una mala visión de las fuerzas históricas y la lógica de los hechos, España, bajo el franquismo, se plantea en el siglo XX los problemas del siglo XIX. Nuestra salida histórica hacia la sociedad industrializada no pasa por el capitalismo, a destiempo, sino por el socialismo, por la sociedad socialista, como en todos los países subdesarrollados, que tienen que ganar el tiempo de acumulación de capi-

ta, que han perdido bajo la dominación del feudalismo nativo y del imperialismo económico.

4. — Imperialismo e historia: El Tratado de Cambrai marca la preponderancia del imperialismo hispano en Europa, el Tratado de Westfalia el ascenso de Francia y el Tratado de Utrecht el predominio de Inglaterra. La ley de desarrollo económico desigual de país a país determina la creación, decadencia y disolución de todos los imperios y civilizaciones.

España no debe vivir del recuerdo de viejas glorias, para conformismo de intelectuales tísicos o de pequeño-burgueses de corte nazi-fascista. Lo que importa, al presente, no es pensar en imperios, sino en la colonización interior y no en la exterior; pero en base a disolver el feudalismo nativo y el capitalismo raquítico, para desarrollar las fuerzas productivas, en la agricultura y la industria y los servicios públicos.

Antes fuimos a expropiar a los pueblos vencidos, en nuestros dominios coloniales, ahora debemos expropiar a los expropiadores de nuestro pueblo, para que haya desarrollo económico, tecnológico y cultural en beneficio de todos y no sólo de las oligarquías privilegiadas, causantes de nuestros desastres históricos, políticos y económicos.

5. — La decadencia española: En el siglo XIX se emanciparon las colonias hispanas de América porque no supimos crear una comunidad de naciones libres con ellas, porque no teníamos nada cultural y tecnológicamente que llevarles, porque otros países europeos, más industrializados que España, podían sustituir la colonización, bajo bandera española por la colonización financiera. Inglaterra, gran potencia industrial del siglo XIX, heredó el comercio español con América, confirmando, en provecho propio, la libertad económica de los países hispanoamericanos. A finales del siglo XIX, Estados Unidos, con la misma política que los británicos, pero más agresiva y colonialista, nos despojó de nuestras últimas posiciones: Filipinas, Cuba y Puerto Rico. La flota yanqui nos desalojó por la fuerza de sus cañones del Pacífico y del Caribe, pero ahora Franco la ha metido en el Mediterráneo y en el Cantábrico. «Cosas veredes, Sancho, que harán hablar las piedras», decía don Quijote.

6. — El problema mediterráneo: Para dominar el Mediterráneo occidental y central, la Francia burguesa buscaba, en el siglo XIX y principios del siglo XX, su dominio colonial sobre el Magreb despertando con ello recelos estratégicos en Alemania e Inglaterra, que no querían renunciar, caso de guerra con Francia, a la libre navegación por el Mediterráneo. Sibilinamente, Francia asoció al despojo de los pueblos norteamericanos a dos potencias secundarias: Italia y España, para neutralizar a Inglaterra y Alemania.

La rivalidad anglo-francesa en África se manifestó con intrigas palaciegas en Madrid. Desde Pitt a Palmerston, Inglaterra nunca quiso que se repitiera el «pacto de familia» entre España y Francia, como bajo la monarquía borbónica. La guerra de sucesión a la corona de España, luego de muerto Carlos II «el Hechizado», nos fue impuesta con la complicidad de la Iglesia española, que quería un rey católico, para poder dominarlo, mientras España se desangraba y quedaba reducida a una colonia de los imperialismos europeos, sin un partido nacional que la defendiera.

Las guerras carlistas, en su periodo culminante de 1833

a 1846, tenían en la trastienda estratégica y diplomática, que las motivaba, a ingleses y franceses; Inglaterra apoyaba a los carlistas; Francia a los liberales; pero no por amor a una dinastía determinada o a la libertad en España, sino más bien para dejar adormecido a un país que, si se industrializaba, echaría a los británicos de Gibraltar y detendría la expansión colonial francesa en el Norte de África.

España, por su posición geoestratégica y geoeconómica, debe volver hacia África, que es su verdadero camino, pero no con políticas imperialistas anacrónicas, sino para integrarse en un mercado común con el Magreb, a fin de crear una gran potencia del Mediterráneo occidental, basada en un gran desarrollo económico y tecnológico, que detenga al imperialismo en esta importante parte estratégica del mundo: camino de tres mares y de tres continentes. Tal debe ser la política española, mano abierta para África y cierto recelo al imperialismo financiero del Mercado Común Europeo, que quiere colonizar a España y, por medio de ella, volver sobre África, o tener una retaguardia estratégica lejana contra los países del Este europeo, en la península ibérica.

7. — España y África: Casi todas las corrientes de la civilización han venido hacia España por África; las culturas neolíticas y de la edad del bronce vinieron del Norte de África; Cártago y la civilización musulmana entraron a España por el estrecho de Gibraltar, llave del Mediterráneo occidental, todavía en poder del imperialismo británico; en fin, África representa para España un puente de mayor comunicación histórica que Europa o, por lo menos, tan importante como el cordón umbilical que liga a Europa. El Estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo occidental tienen mejores comunicaciones, entre España y África, que entre Francia y España; los Pirineos son una barrera mayor que el mar.

Debemos, en el futuro inmediato, ser puente entre Europa y África, pero con más afinidad política con los países subdesarrollados africanos que con la Europa capitalista. Lo que cuenta, actualmente, no es la pertenencia continental, sino la identidad de fines políticos, económicos, culturales y sociales. La revolución libertadora de las masas populares viene ahora más de África que de Europa occidental. Como España es un país en desarrollo, tiene más afinidad con los países subdesarrollados de África que con la Europa burguesa, que se orienta hacia la colonización financiera de nuestro país, engulléndolo dentro de la Comunidad Económica Europea. Con los países africanos podemos estar en condiciones óptimas de asociados; debemos abrirles nuestras universidades, escuelas técnicas, comercio e industria, en una asociación libremente consentida, en beneficio de un conjunto supranacional, sobre todo, con un Magreb unificado, sin imperialismo económico y estratégico de la Europa capitalista, en el Mediterráneo occidental.

8. — El despertar de los pueblos africanos: Hacia 1936, todas las comunidades indígenas africanas estaban colonizadas. Abisinia, el último estado africano independiente, era avasallado por la Italia fascista. Entre 1890 y 1901 había terminado, prácticamente, el reparto colonial de África, entre las potencias imperialistas europeas. En 1900, el Magreb se rendía a la colonización francesa con la ayuda de España, que hacía de socio menor de Francia, en el despojo de los pueblos norteafricanos. Por los tratados franco-españoles de 1900, España fijó su dominio en Río



de Oro, y en 1901 su protectorado en Marruecos (una pequeña zona estratégica del Imperio marroquí), que interesaba a las grandes potencias europeas estuviera en poder de España, para que no llegara al estrecho de Gibraltar el ejército francés. Inglaterra tenía interés en limitar el imperio africano de Francia ante el Sudán y lejos de Gibraltar, haciendo zona internacional a Tánger, para que España fuera más débil en el estratégico estrecho del Mediterráneo occidental.

Contra una pequeña participación en el reparto del Imperio marroquí, España dejó las manos libres a Francia sobre el Norte de África, justificando y defendiendo el colonaje francés en Marruecos, Argelia y Túnez. Alemania, que estaba estratégicamente contra Francia, pretendía un Magreb independiente, para debilitar a los franceses: pero éstos, apoyados por Inglaterra y España, se quedaron en el Norte de África. En compensación, el imperialismo germano de Guillermo II recibió las colonias de Camerum y el Togo, en el África occidental tropical. A su vez, Italia recibió su parte en África: la colonia de Tripolitania.

En este reparto imperialista de África, España, que no tenía poderío industrial económico, que acababa de perder su Imperio, en Asia y América, frente a la flota norteamericana, era un convidado de piedra en la conferencia de Algeciras (1906). Por su extrema debilidad se le dio el protectorado marroquí más estratégico, cerca del estrecho de Gibraltar, dado que España no podría impedir, por falta de industria pesada, la libre navegación por el Mediterráneo occidental, con lo cual quedaban satisfechas las grandes potencias imperialistas europeas: Inglaterra, Alemania y Francia, en los comienzos del siglo XX.

Desde la entronización de la casa de Borbón, España no poseía una política internacional independiente; no tenía ninguna política; pues no jugó ningún papel en la Triple Alianza o en la Triple Entente. Ahora estamos aliados con Estados Unidos por el pacto hispano-norteamericano, que no contempla nuestros intereses nacionales ni en Europa ni en África, sino los objetivos estratégicos, económicos y políticos de Estados Unidos en África, Europa y Oriente Medio. El pacto con el Pentágono nos compromete en todo con Estados Unidos; pero no nos da nada — en compensación — nada, como no fuera ser furrieles de los yanquis en la retaguardia contrarrevolucionaria europea o contra los pueblos norteafricanos, que acababan de sacudirse el pesado yugo del colonaje y han comenzado a realizar profundas revoluciones nacionales, no del agrado del imperialismo del dólar o del imperialismo europeo.

Si en 1936, casi ningún estado africano existía o ningún país era independiente, en 1967, África, salvo los restos del Imperio portugués (que es de los británicos económicamente), todos los pueblos africanos son libres. Esta realidad significa que España, país euro-africano, debe estrechar sus lazos con los pueblos independientes africanos, particularmente con el Magreb, en una alianza efectiva, que consolide las revoluciones nacionales norteafricanas e igualmente la revolución ibérica, que siga a las dictaduras fascistas de Franco y de Oliveira Salazar.

Nuestro objetivo histórico inmediato es realizar la unidad ibérica, dentro de una República federal, que unifique a portugueses, catalanes, vascos, gallegos, andaluces, extremeños, aragoneses, murcianos, valencianos, insulares y castellanos, navarros y asturianos, bajo una socie-

dad supranacional que planifique la economía; unifique la diplomacia y la defensa y permita una larga autonomía a las regiones federadas, en el aspecto administrativo. Una vez resuelto el problema de la unidad ibérica, debemos acercar nuestra política exterior a los países del Magreb, para crear un mercado común entre Iberia y el Magreb, que nos dé perspectiva histórica y poderío frente a los restos del imperialismo, que pudiera interferir en nuestras revoluciones nacionales, para detenerlas o aplastarlas, si Iberia y el Magreb se mantienen desunidos.

La Europa imperialista y el Pentágono tienen interés en que el Magreb e Iberia se mantengan desunidos y, si posible, como enemigos, para lanzar a España como vanguardia contrarrevolucionaria represiva de los movimientos sociales o socialistas norteafricanos. En adelante, lo que cuenta no es dividir a los pueblos fronterizos por los mitos de la religión, musulmana o católica sino buscar la unidad de propósito en la identidad de aspiraciones políticas, sociales, económicas y filosóficas.

España y África han sido separadas, aisladas herméticamente, por la oposición de las religiones católica y musulmana. En el futuro inmediato, debemos suprimir esos problemas teológicos para ser más lógicos, para unificar nuestros esfuerzos en nuestros movimientos de liberación, que son idénticos, en lo fundamental, pues España tiene los mismos enemigos que el Magreb: el feudalismo residual y el imperialismo, ya que las diferencias religiosas entre islamismo y cristianismo son de pura forma, es decir, pertenecen al pasado.

9. — No debemos ignorar nuestro pasado árabe: Entre el siglo VIII y el siglo XV, la España árabe creó una cultura refinada: una síntesis de las culturas griega, persa y egipcia que penetraron, en nuestro país, con la llegada de los árabes. Del siglo VIII al X, mientras la España musulmana se mantuvo unida, fue superior en ciencia, cultura, técnicas y economía a los reinos hispanos feudales. Del esplendor de la civilización árabe quedan en España vivos ejemplos: la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, la Giralda de Sevilla y otros monumentos.

Los árabes hispanos tradujeron las obras de Aristóteles, Ptolomeo, Galeno y de otros pensadores clásicos. Averroes, filósofo hispano, creó las grandes corrientes filosóficas de la Edad Media, comentando la obra de Aristóteles. La matemática, la astronomía, la alquimia y otras disciplinas alcanzaron gran desarrollo en la Córdoba del Califato de Occidente. La España árabe fue el gran vínculo entre el Oriente bárbaro y el Oriente ilustrado. El comercio mundial fluía por el Mediterráneo y el Norte de África sólo bajo pabellón árabe: luego de la expansión del Islam hacia el Norte de África y España, quedando así cerrada la ruta marítima del Mediterráneo occidental.

Hasta Iberia llegaban mercancías del Oriente, de la China y la India: especias, tapices, terciopelos, cueros, cobres y otros artículos. Los árabes introdujeron, en nuestro país, la caña de azúcar, el algodón, el arroz, la morera, el cáñamo, el azafrán y otras plantas de gran valor para la economía humana. La agricultura ibérica se cubrió de canales de riego, dando lugar a una producción abundante, tanto que la España musulmana, en su esplendor, tenía más millones de habitantes que en la época del Imperio de Carlos V. Con la civilización árabe se introdujo en España, antes que en ningún país de Europa, la brújula, la pólvora de cañón y el papel de trapos.

Iberia era, hacia el siglo X, el país más próspero y poderoso de Europa: tenía 12 millones de habitantes y Córdoba un millón de almas.

Pero la civilización musulmana comenzó a agotarse por la rigidez de su religión, que fosilizaba la política, la cultura, las clases sociales, creando así un orden social inmutable y una forma de Estado sin devenir dialéctico. Actualmente, las revoluciones norteafricanas — Egipto y Argelia, principalmente — representan un renacimiento de la cultura árabe, pero en un plano superior que implica, en cierta medida, una reforma religiosa. El mundo cristiano tuvo su reforma religiosa, en el siglo XVI, mientras que los árabes, aunque con diversas sectas islámicas, no la hicieron, para acondicionar su historia y su política a las cambiantes del devenir dialéctico del mundo.

Los nuevos estados africanos y del Oriente Medio, que se han lanzado a las reformas sociales y económicas, darán al mundo árabe su verdadera dimensión, en el futuro inmediato. España tiene ocho siglos de cultura musulmana y mucha afinidad de raza y de economía, de estrategia y de diplomacia, con los jóvenes países norteafricanos.

10. — El feudalismo español: En España, los castillos feudales dominan, como en Europa, la Edad Media: cada villa o burgo tuvo su señor, pero con más libertad para el pueblo que en Europa. El Cid no fue un palatino como Lancelot o Tristán, sino un caballero que defendía los fueros del común contra el absolutismo del poder real.

En el feudalismo hispano, bajo el signo de las guerras de reconquista, se desarrollaron los órdenes religiosos militares de Calatrava y Santiago, que dieron a los obispos tanto poder como a los nobles. Por eso, la Iglesia siempre ha sido primera potencia en España: los obispos españoles eran tan generales como dirigentes religiosos. Y al unirse, en el disfrute de la propiedad agraria, la Iglesia y la Nobleza, el feudalismo hispano ha llegado hasta el siglo XX. Bajo Felipe III y Felipe IV, los duques de Lerma y Olivares fueron, en realidad, primeros ministros de la Iglesia.

Bajo el signo de la gran propiedad como símbolo de la riqueza, España no se ha industrializado, perdiendo su posición imperial, prolongando la existencia de la monarquía absoluta más allá de su debido tiempo histórico, cuando en Europa la burguesía ejercía el Poder, para desarrollar la industria y el comercio, nueva forma de la riqueza.

Todavía está por hacerse, en España, la revolución contra el feudalismo residual y la unidad nacional (fusión federativa de España y Portugal), lo cual constituye el principal inconveniente para impulsar el desarrollo económico, cultural y tecnológico en la península ibérica. ¿Cuándo haremos los españoles con los terratenientes lo que hicieron los franceses con sus feudales, en el siglo XVIII?...

11. — Reforma y contra-reforma religiosa: En el siglo XVI, Europa es sacudida por la Reforma religiosa, para abrir perspectivas al capitalismo, para que ascenda al Poder político la burguesía. En España, al contrario, se hace la contrarreforma: la Iglesia se hace más reaccionaria, unificando la espada y la cruz. Así se mató, en nuestro país, la posibilidad de desarrollar la revolución industrial capitalista. La Inquisición española fue dirigida contra todo intento de aburguesar a España, manteniéndola alejada de los ideales burgueses, del espíritu protestante. La malicia de Cristo se transformó en arma po-

lítica contra el progreso expulsando a judíos y moriscos, llevando a cabo persecuciones sin cuento y autos de fe contra los hombres y las ideas progresistas.

Frente a Lutero, Calvino y Zwinglio, los españoles optaron a Ignacio de Loyola, para imponer el catolicismo medieval, favorable a los feudales.

Hoy los jesuitas se han hecho mercaderes y burgueses: un franquismo sin Franco, para desnacionalizar las 111 grandes empresas del INI y dejar que entren los capitales yanquis y europeos en España, soldados a los monopolios industriales que controla la Compañía de Jesús. Esta perspectiva plantea un problema muy importante: ¿Y después de Franco... qué? No es cuestión de emborracharse de libertad antifranquista y de entregar la economía nacional al imperialismo, el feudalismo residual y el clericalismo publicano.

La Iglesia ha detenido las fuerzas históricas en España para mantenerla en feudalismo, cuando debía, con la llegada del oro de Indias, entrar en el capitalismo: ahora intenta congelarnos en el capitalismo raquítico, cuando medio mundo se dice socialista y los países afro-asiáticos se han desprendido del capitalismo libreempresista. Si la Iglesia se empeña en ser el partido político dirigente de España, para mantener las viejas estructuras sociales, económicas, culturales y políticas, que se oponen al bienestar popular, entonces «delenda est Ecclesia»: entre España y la Iglesia hay que decidirse por España, es decir por el pueblo español.

12. — Historia e industrialización: Mientras España continuaba apegada a las viejas estructuras feudales, en los siglos XV al XVIII, Inglaterra, Francia y Holanda desarrollaban sus industrias textiles, metalúrgicas, construcciones navales, armamentos y sustituían la madera, como fuente de energía, por el carbón mineral, nuevo pan de la industria, con la introducción de la máquina de vapor. El feudalismo español se opuso a la industrialización capitalista y con ello hundió la base económica, que hubiera sostenido históricamente el Imperio hispano. Mientras la cota de malla, la pica y la espada fueron las armas decisivas, España fue primera potencia; pero al llegar la metalurgia del carbón mineral y la máquina de vapor, no teníamos más que pequeños talleres y no fábricas; barcos de vela y no de vapor; todo ello para mantener nuestro poderío imperial en cuatro continentes.

La Europa capitalista cambió el taller manufacturero por la fábrica movida por la máquina de vapor; protegió sus industrias; y creó grandes villas industriales al calor de la revolución industrial. En España, en vez de crecer las ciudades mercantiles e industriales, éstas se despoblaron: (Sevilla, Segovia, Toledo, Almería, que habían brillado en la época árabe, redujeron su número de habitantes). Los nobles españoles cambiaban el oro de Indias por productos industriales europeos: compraban sus tejidos, armas y artículos para el hogar en el extranjero, arruinando así las ciudades industriales españolas. Sin industria pesada, el imperialismo hispano era de cartón: se mantenía con permiso del extranjero, luego de la decadente monarquía de Carlos II «El Hechizado». Hemos tenido todas las oportunidades históricas para ser una gran nación, pero las hemos desaprovechado: entramos en el imperialismo antes que ninguna nación europea, pero no fuimos capaces de desarrollar el capitalismo. ¿Cómo toleraríamos ahora que Franco o los grupos social-cristianos nos quieran lanzar hacia un capitalismo resi-

AVES ERRANTES

Muchos lo han escuchado en sus penínsulas remotas
 Sus llanuras adormiladas, sus islas perdidas de pescadores
 O desde el fondo de sus metrópolis corrompidas
 Lo han escuchado, y han emprendido su emigración parecida a la de las gaviotas o del polen de las flores
 Se han enganchado a los grandes expresos que atraviesan lentamente
 Los países de la iniquidad, la noche y los túneles de los Alpes; Han franqueado los océanos
 Y los picos de las montañas. Todos ofrecían su vida.
 En esta tierra árida, Este fragmento cortado del Africa ardiente
 Groseramente soldado a la inventiva Europa;
 En esta llanura profundamente surcada por los ríos,
 Nuestros pensamientos han tomado cuerpo; las formas amenazadoras entrevistas en las horas de fiebre
 Se hacen más precisas, más vivas. Pues los temores que nos hacían sensibles
 A los prospectos farmacéuticos y a la propaganda de los cruceros de invierno
 Se han convertido en batallones de choque;
 Y nuestro rostro, ese rostro anónimo de la muchedumbre, el «uniprix», la ruina
 Proyectan su ardor como el escuadrón de artillería y la bomba.
 Madrid es el corazón. Nuestros instantes de ternura florecen
 Como la ambulancia y el saco de arena;
 Nuestras horas de amistad florecen en el ejército de un pueblo.

..

La libertad es más que una palabra, más que la abyecta invención
 De los hombres de Estado, el cheque impagado del tirano, o la moneda
 Devaluada de un soñador loco. Es mortal, lo sabemos,
 Y hecha a imagen de los hombres sencillos que no tienen gustos de carnicerías
 Pero prefieren matar y hacerse matar antes que ver su imagen pisoteada.

..

Los ojos de los hombres que corren, caen y gritan
 Los ojos de los hombres que aullan, sudan y sangran
 Los ojos de los miedosos, de los tristes
 Los ojos del agotamiento y de la locura
 Los ojos de los hombres que piensan, confían, esperan
 Los ojos de los hombres que aman, juran, odian
 Los ojos de los heridos húmedos de sangre roja
 Los ojos de los moribundos y los ojos de los muertos.

ESPAÑA EN LA EDAD MODERNA

dual, del cual están ya de vuelta los pueblos del Este y los del «Tercer Mundo», al cual pertenecemos? Nuestra tarea histórica es lanzarnos al socialismo para ganarle la

batalla de la técnica, de la cultura y del progreso económico al mundo capitalista, que nos ha depasado de dos siglos con el capitalismo desarrollado.

París - Seúl, sin retorno

por GUERRERO LUCAS

SIN retorno, vía Alemania: Shim Sang Pil, Han Tchou, Sou, Sung Dou Yung... Son mis desaparecidos de hoy. Amigos desconocidos. No me importa su tendencia, Seres libres o con ansias de serlo. Sin duda de los que sólo se reconocen felices en la felicidad del mayor número. Originarios de un país dividido por una guerra fría en la que nunca han faltado los paréntesis calientes. En Berlín, Frankfurt, París, trabajaban, estudiaban... vivían, iba a escribir, pero me detengo a tiempo. Siempre resulta arriesgado decir que el exilio es vida. Palabra total, la más expresiva e intensa de cualquier vocabulario, que en el desenraizamiento se descubre empobrecida, por no decir sin sentido. Sólo los indiferentes, los incapaces de espíritu, logran vivir plenamente lejos de la tierra propia.

Pero ¿indiferentes, ellos, que han sabido decir no; que han rechazado la comodidad de la sumisión? Arrancándose a su mundo, tan dispar del que formamos, han venido al Occidente a sentir otra idea-patria y, más que a sentirla, a expresarla libremente. Se ahogaban en su Corea de rigideces castrenses y oscuridades facciosas. Traían en el corazón, como íntima riqueza, una visión de su pueblo casi en nada coincidente con el designio uniforme de la barbarie estatal. Una imagen superior del país de que son fruto. Claro, han conspirado un poco. Contactos estudiantiles, participación a ciertas reuniones democráticas — naturalmente sospechosas a los ojos de los necios gobernantes de Seúl —. Y el crimen imperdonable: alguna carta o visita cruzada con la Corea del Norte.

Porque igual que en el Vietnam, en Laos, en el Yemen, Gaza o la propia Alemania, las bastardas ambiciones del expansionismo económico; la pugna imperialista — teóricamente ideológica — de los bloques en disputa por la hegemonía mundial, parten bruscamente en dos aquella lengua de tierra, confin del Lejano Oriente. Pyong - Yang - Seúl. Norte-Sur. Comunismo ruso-chino o paz «a la americana». Marines y guardias rojos. Un todo carnal se quiebra. Escenario del atroz enfrentamiento entre salvadores despiadados. Entre profecías arrogantes que la simple experiencia histórica debería

hacer más modestas. Fronteras artificiales, paralelos, no man's lands... Un pueblo que se devora al son de intereses extraños llenos de grandilocuencias diariamente desmentidas por la realidad sangrienta y miserable que generan. Por la exasperación impotente de los actores-víctimas del absurdo exterminio colectivo. Por las tristezas interrogadoras de los niños. Por el duelo fratricida que tales «salvaciones» entranan...

...Lo mismo; igual que en el Viet-nam.

Contra este estado de cosas alzaban su descontento los hombres de que aquí trato. Hombres desaparecidos como por arte de magia. ¡Epoca feroz y prodigiosa en que la varita mágica adquiere formas de sabueso con crédito diplomático. En que lo sobrenatural se cala gorra de plato. Y los protestones dejan al fin de dar guerra, adornado su silencio de los suspiros de alivio lanzados por sus verdugos! Así se esfuman los hombres reos de no conformismo: Sorprendidos, sin posible resistencia, en el lecho. Cogidos, en plena calle, por el automóvil que rueda demasiado despacio y del que no se ha desconfiado a tiempo. Convocados urgentemente a su embajada, que sólo abandonarían anestesiados, camino del aeropuerto, camino de las torturas y la cárcel.

Pues tal ha sido el destino final de estos desaparecidos. La ya impresionante crónica negra de la justicia subordinada a la ra-

zón de Estado cubre en este caso, una página singularmente deshonrosa. La culminación de estos deleznable hechos ha sido un nuevo y más intenso período de represión que ilustra la reciente serie de procesos políticos y de intención todavía en curso en Seúl. Los tribunales fascistas han trabajado de firme. Las condenas han llovido sobre acusados inermes responsables de tibieza hacia las instituciones en vigor. Sancionados con ejemplar severidad, estos delincuentes de opinión, cosechados por los servicios secretos sud-coreanos en algunas de las grandes ciudades europeas, pasan a engrosar el número de las ya incontables víctimas del orden imperante en aquel país. De un régimen criminal, vástago predilecto de la inquisitorial solicitud estadounidense en tierras asiáticas.

La más escueta relación de tan sórdidos desmanes sobrecoge, por el envilecimiento general que traducen. Es, al mismo tiempo, evidente que muchos de ellos serían aún ignorados de no ser un estudiante engañado por su embajador y conducido al aeródromo de Dusseldorf, de donde logró escapar antes de ser introducido por la fuerza en un avión. (Avión norteamericano, se rumorea en Alemania.) Tras este intento fallido, digno de los más sucios anales del hampa y con anterioridad a él, muchos otros atentados similares han podido tener lugar, perpetrados por las mismas instituciones, ejecutados por

los mismos elementos que en todo tiempo y lugar se afirman garantes de la seguridad y el orden colectivos. Del compositor Isang-Yung, volatilizado en Colonia, al doctor Anthony Lee, personalidad relevante de la emigración sud-coreana, muerto misteriosamente en Milán. Pasando por los estudiantes de Berlín, Bonn y París (Kim Eeuk Nyun-Artes y Oficios, Beth Sung Chung-Ciencias Políticas, etc.).

¿Cuántos son exactamente? Tal vez no se sepa nunca. Por otra parte, el número tiene, en sí, muy poca importancia. Lo que cuenta son los principios groseramente violados por este pistolero de subversión presupuestaria. Lo que importa es destacar el hedor de las hazañas de los gangsters-funcionarios, polizontes sin honor al servicio de poderes aún más viles. Lo que es esencialmente significativo es el alegre desenfado de que hacen gala cuando de burlar la ley se trata, los mismos que persisten en declararse llamados a imponerla a los demás. Es retener la consternante inmoralidad, el alocado impudor, la ausencia total de escrúpulos que los medios oficiales y políticos destilan. La insondable corrupción de la magistratura al dictado. La aterradora fragilidad de todo precepto cívico, de toda protección institucional de toda consideración y derecho elementales. El descarrado y cada vez más cruelmente sensible desamparo ciudadano frente a cualquier exacción gubernamental y policiaca.

Cierto, cuanto aquí cito se halla dentro de la línea seguida por casi todos los poderes estatuidos y aceptada como normal por cuantos — y son numerosos en todos los campos de opinión — han abdicado de su derecho a la libertad, a la personalidad y a la vida. ¿Puede ello acaso impedirnos la condena reiterada de unas prácticas animales que son, a más de una burda afrenta al orden natural, la negación de unas normas básicas de convivencia por las que el conjunto humano ha trabajado desde siempre? No nos escapan el despreciable silencio de los sumisos, el mutismo suicida de los in-

diferentes ni la interesada discreción de los cómplices. ¡Callen, pues, los entregados, los vanos, los arrivistas. Aquí somos otra gente! Denunciamos aún altamente la concepción y el ejercicio de una autoridad que menosprecia al individuo. Denunciamos los excesos e infamias que parecen prefigurarnos como sociedad ideal una selva científico-sanguinaria. Y el miedo dosificado como regla regidora de los contactos humanos.

¡Miedo! En él se vive ya: Ciertos desaparecidos han transitado de Francia hacia embajadas en Alemania, franqueando las fronteras ya presos y sin visado alguno. Los jóvenes coreanos en Dinamarca, en París (Park-Hyou, Bang-Joon y otros tantos) abandonan su domicilio, huyendo sus lugares habitualmente frecuentados. Se esconden, como las ratas. Imaginémosles en sus escondrijos tratando de digerir una revelación sobrecogedora para la que no se hallaban preparados: Que no existe ya gobierno, legalidad ni aduanas capaces de mantenerles al abrigo de los zarpazos de Seúl. «¿Qué medidas adoptar para impedir que tales secuestros se cometan impunemente y evitar que este género de raptos políticos pueda generalizarse?», se pregunta la Liga de los Derechos del Hombre. Al tiempo que la U. N. E. F. acusa la desaparición «de numerosos estudiantes del tercer mundo, secuestrados por la policía de sus países de origen con la complicidad calculada de los servicios policíacos de las democracias.

Saber que semejante sociedad acabaría devorando incluso a sus propios creadores es un consuelo bien triste. Esta es la gran tragedia: la confirmación repetida de que nos toca vivir un orden demagógico y obscuro sometido a fuerzas ocultas y a los eternos intereses inconfesables. Que la ley, la democracia y todas las bellas fórmulas de que es moda alardear se descubren, a fin de cuentas, palabras sin consecuencia. Simples slogans vacíos de contenido en tanto su aplicación se halle a merced de la fuerza organizada del poder, que jamás, en modo alguno, sabrá imponer-

se a sí mismo las restricciones indispensables al advenimiento de la sola armonía posible: la de la expansión consciente de la personalidad individual, formada y libre, en lo social y la de la federación y concurrencia fraterna en la confrontación internacional.

Los déspotas no disfrutaban ninguna clase de paz. Su reinado es sólo un largo día de temor y sobresaltos. El régimen de Corea del Sur, como el de España, de Haití, de Portugal y de Grecia — por citar sólo unos cuantos —; al igual que la mayoría de los sistemas retrógrados que, de Asunción a Saigón, de Yakarta a Buenos Aires, mantienen su predominio sobre el derecho de gentes, se ve obligado a hacer frente a la creciente hostilidad de los medios intelectuales y juveniles, decididos a arrancar al país de su postración. La dictadura reprime, se aferra al poder, defiende sus dudosas posiciones: Todo ello es demasiado clásico para que pueda sorprendernos.

Pero cuando la reacción exporta sus represiones hasta el corazón mismo del mundo llamado libre; cuando los agentes «secretos» de los tiranos de turno se pasean libremente por la Europa de las grandes realizaciones humanas, ejecutando sin más contratiempos su miserable misión, sentimos que algo vital, irremplazable, vacila. Que se profanan los valores más sagrados y altos. Que se gesta lo irreparable. Vislumbramos con aprensión el límite moral último, más allá del cual no hay fe, ni redención ni esperanza para ningún inocente.

Y alzamos hoy nuestra voz por los niños y por los hombres. Por todos los inocentes. Clamamos por un refugio incólume, un apoyo fraternal efectivo, un cálido recomfort para los seres humanos triturados por el frío funcionalismo de Estado. Llamamos, sí, al decidido respeto del asilo político, recurso definitivo del que nos resistimos a dudar, incluso cuando la duda está más que justificada por la desaparición, como por arte de magia, de hombres que han creído en él.

...Estas líneas son un requiem a su confianza traicionada.

Diamantinas de Víctor Hugo

Verbo y acción

Verdad o no, lo que se dice de los hombres importa tanto como lo que hacen.

Visión del emigrado

Los emigrados veían los acontecimientos del 93 abultados por la deformación de las distancias.

Humanidad

Muchas lenguas que hablan y pocas cabezas que piensan.

Intrascendencia

De joven delgada, de vieja transparente. Parecía hecha de sombra; apenas si tenía cuerpo para contener un sexo... un pretexto para que sobre la Tierra hubiese un alma más.

Dos mitades

Anteayer: ¡Abajo el César! ¡Viva el Papa!

Ayer: ¡Abajo el Papa! ¡Viva el César!

Hoy: ¡Vivan los dos! ¡Abajo los dos!

Mitad por mitad

Miseria de unos
fortuna de otros.

Excepción

Me gusta, decía el obispo Miryél, me gusta que me llamen Bienvenido. Esta atenúa al Monseñor.

Infalible

Sed equitables y evitaréis los crímenes.

Preceptos

Trabajad la tierra del vecino si éste está enfermo. Ocupad las plazas según la inteligencia de cada uno o según sus fuerzas. Cada casa una república, cada calle, cada barrio, cada pueblo otra.

Insuperable

Reía como un niño.

Tanto cuanto

Una perra de limosna es comprar un paraíso de a perra.

A juez

Antes de condenar, busca el origen de la falta, única manera de dar con el remedio que es lo importante.

Igualdad

Hasta lo más grave, científico e importante, hay que decirlo con las palabras más sencillas y vulgarizadas.

Doctrina

Comete las menos faltas posibles. No cometer ninguna ya es del mundo de los sueños.

Responsabilidad

La falta que comete el desposeído recae sobre el poseedor; la del débil sobre el fuerte; la del ignorante sobre el sabio.

Inalcanzable

El ideal, en cuanto se alcanza ya no lo es.

Complementos

Algunos kilogramos de acero, más algunos centilitros de sudor obrera, más una disposición de juez: la guillotina, concreción de la ley y cómplice del verdugo.

Unico

El único lujo legal: la limpieza. El otro es un robo que se le hace al pobre.

A ambos

Respeta a los sabios. Respeta aún más a los ignorantes.

A puertas

La puerta de la casa del médico no debe estar nunca cerrada; la puerta de la casa del cura debe estar siempre abierta; (la casa del anarquista no debe de tener puerta).

Angel

Alas en lugar de omoplatos.

Canje

Sacrificar la Tierra por el Cielo es dejar la proa por su sombra.

Vida

Nada antes y después. Poco durante.

Política

Materia prima de tiranía: la ignorancia.

Convencional. — La verdadera autoridad no es la del rey, sino la de la ciencia.

Obispo. — Y la conciencia.

Convencional. — Es lo mismo; la conciencia es la suma de ciencia que tenemos. Destruir los abusos no basta, hay que modificar las costumbres.

Noventa y tres

Una nube se había formado durante 1.500 años. A los quince siglos reventó. Estar contra los excesos de la revolución es estar contra el rayo que acabó con la nube.

Progreso

Obispo que circula en coche en nombre de Cristo que iba descalzo.

Un rey

Viejo gotoso con polainas de inglés: Luis XVIII.

Una suma

Convencional. — Rentas, más palacios, más coches, más sirvientes y sirvientas, más buen plato, más una vida sensual, igual un obispo.

Obispo. — Gusano soy.

Convencional. — Gusano, pero en coche.

Obispo. — El error de los progresistas es no creer en Dios.

Convencional (moribundo). — ¡Oh, ideal, tú solo existes!

Que...

un notario llegue a diputado.
un eunuco tenga un Harén.
un general gane, por accidente, como es natural una batalla.
un comerciante venda cartón diciendo que es cuero.
un capitán de intendencia salga rico cuando deja el puesto...
y aún habrá quien gritará, ¡que hombres de genio!

Otra suma

Una Eminencia, más el humo de un escrutinio: un papa.

Culpa de Dios

Se paró, vio una araña gorda, negra, velluda, horrible, y dijo: Pobre animal, ninguna culpa tiene.

Orden del día

Trabajo, estudio, confianza, renunciamiento, solidaridad, frugalidad, fraternidad, respeto... y descanso. He ahí la tarea de cada uno y de cada día.

Lema

De acuerdo con los sistemas ¡paso a las obras!

Jean Valjean

Cansado, en ninguna parte le daban posada. Encontró por fin una perrera vacía. En ella entró. Ya se había acostado cuando el amo, perro-lobo, se lanzó a morderle. Debió abandonar. ¡Ni siquiera tengo el derecho de un perro! Se miró y dijo: Me ha mordido y me ha expulsado como un hombre.

Culpable

La sociedad había hecho sus desgracias. La Providencia a la sociedad.

EL TRABAJO INTELLECTUAL

EL espíritu del mayor genio de la tierra no es siempre otra cosa que el producto del trabajo colectivo, intelectual así como industrial, de todas las generaciones pasadas y presentes. Para convencerse de ello, imagínese ese mismo genio, transportado desde su más tierna infancia, a una isla desierta; suponiendo que no perezca de hambre, ¿qué se volverá? Una bestia, un bruto que no sabrá ni siquiera pronunciar una palabra, y que por consiguiente no habrá jamás pensado; transportadle a esa isla a la edad de diez años; ¿qué será algunos años más tarde? De nuevo un bruto, que habrá perdido el hábito de la palabra y que no habrá conservado de su humanidad pasada sino un vago instinto. Transportadle, en fin, a la edad de treinta años; a diez, quince, veinte años de distancia, llegará a ser estúpido. ¡Tal vez inventaría alguna religión nueva!

¿Qué es lo que eso prueba? Eso prueba que el hombre mejor dotado por la naturaleza no recibe de ella sino facultades, pero que esas facultades permanecen muertas si no son fertilizadas por la acción benéfica y poderosa de la colectividad. Diremos más: cuanto más favorecido es el hombre por la naturaleza, más toma de la colectividad; de donde resulta que más debe restituírle, en toda justicia.

Sin embargo, reconocemos muy gustosos que, aunque una gran parte de los trabajos intelectuales puedan hacerse mejor y más deprisa colectiva que individualmente, hay otros que exigen el trabajo aislado. Pero, ¿qué se pretende deducir de eso? ¿Que los trabajos aislados del genio o del talento, siendo más raros, más preciosos y más útiles que los de los trabajadores ordinarios, deben ser mejor retribuidos? ¿Y sobre qué base?, pregunto? ¿Son más penosos esos trabajos que los trabajos manuales? Al contrario, éstos son sin comparación más penosos. El trabajo intelectual es un trabajo atrayente, que lleva su recompensa en sí mismo, y que no tiene necesidad de distinta retribución.

Miguel BAKUNIN

IDEAS
EXTRAVIADAS

ESQUELETO DE CUENTO

por

Cosme Paules

A conciencia, dándome perfecta cuenta de lo que hacía, me entregué al primer tenorio que pretendió conquistarme. — No pretendo justificar mi conducta ante nadie —. Tengo por norma hacerme responsable de mis actos. Otra, te diría que fue engañada c que la arrastró el despecho; en cambio, yo arriesgo parecerte cinica: tengo la honradez de declararte que me entregué a ese, lo mismo que a cualquier otro.

— No me entregaría a ninguno de esos cretinos que con el sueldo de la empleada pagan la amante.

— Vendo mi vagina, de la misma manera que un carnicero vende un pedazo de carne para un perro hambriento. ¡Pero, lo hago por y para mi hija!

— Por ella — y sólo por ella —, he ahogado todos los sentimientos tiernos que nacieron en mi alma. Y es por ella que, oprimido el corazón, acallando el asco que me producen, oigo las palabras vacías de emoción y de sentido, de los tenorios adocenados que concurren a las plazas y paseos. Y cuando estoy a solas — te lo puedo confesar a tí que no buscas sólo mi cuerpo —, aprovecho para llorar angustiosamente sobre el edificio en ruinas de mis más caras esperanzas de mujer.

— También ahora estás llorando, — le dije.

— Sí. Lloro sobre el castillo en ruinas de mi fantasía; lloro sobre los escombros de mi vida; lloro porque tal vez mañana — o esta misma noche —, me solicitará el hombre que cubre mis gastos personales, y los gastos que demanda la educación de mi hija. ¡Dicen que eso es Capitalismo puro...! Pero la gratitud es completamente diferente del cariño. ¡No puedo quererlo!

— ¿Por qué no lo abandonas?

— Necesito su dinero. Y él también necesita de mis atenciones de mujer. Aparte que me necesita también para satisfacer su vanidad de macho en celo. Yo leo en sus ojos, cuando me toma del brazo en circunstancias que se encuentra con sus amigos, lo que en ese instante quiere significarles: ¡si me parece que hay momentos en que le gritara!: Esta hembra me pertenece... ¿La véis?...

— ¿Por qué sufres así? — le insistí —: ¿Por qué no lo abandonas? La moral que es...

Lidia hizo un movimiento brusco y me interrumpió violentamente:

— ¿De qué moral me hablas? ¿Dónde está la moral? ¿Quién tiene moral? Muy a mi pesar me vas hacer hablar de algo que no quería. Permite que

para apoyo de mis razonamientos recurra, primero, al apoyo de las sagradas escrituras: Al entregar conscientemente su mujer al Faraón, ¿Abram fue inmoral? Si fue inmoral, ¿por qué Dios lo bendijo? Al tener contacto sexual con su padre, las hijas de Lot, ¿fueron inmorales? Y si lo fueron, ¿por qué Dios no las castigó? Y ahora, demos un salto: ¿Imaginas los tiempos romanos — cuando en los Templos se rendía culto a Phallus —, cuando las mejores matronas lo tenían en sus jardines rodeado de flores, ¿piensas que esa gente era inmoral? ¿Por qué no vuelves tus ojos a nuestros antepasados? ¿Te olvidas que ellos cohabitaron al aire libre, en los bosques frondosos, tan sólo cubiertos por la copa gigante de los árboles? ¿Eran por eso inmorales? Para ellos no existía la moral, sólo existía el cumplimiento del imperioso mandamiento de nuestra Madre Naturaleza: «Creced y multiplicaos».

— ¡Oh, si... tienes razón!

— Por otra parte, en cada doctrina tenemos que cada credo tiene su moral. Benham: la utilidad. Kant: el discernimiento racional del supremo bien. La Moral Religiosa: las causas trascendentes. Spencer: el Progreso. Los masones: el Compás, el Nivel y la Escuadra. Nietzsche: la fuerza del Hombre sobre los hombres. Guyeau: la expansión de la Vida. (Más tarde han llegado otras morales). La moral de la sinceridad; de la solidaridad. La moral biológica: la moral económica, la moral política, etc. La verdad es — mi querido Luciano —, que cuando queremos pensar en una causa como fundamento exclusivo de una moral, encontramos hechos, accidentes, circunstancias, momentos de la vida, **que no entran en esa moral**. Y resulta — mi estimado amigo —, que un solo factor, no resuelve la moral de la existencia. Porque frente a todas las morales se levanta, como una inmensa muralla China, la moral de la vida. Y la vida — amigo mío — es muy amplia, y tiene siempre, solicitudes tan diversas, que la moral que de ella se desprende, no puede ser estrecha ni unilateral.

— Mis presuntos patrones querían tener en mí dos personas: la querida y la empleada. ¿No te dije que me colocaban ante el espantoso dilema de ser amante del patrón — o del jefe inmediato — o dejar el empleo para siempre? ¡Estos canallas modernos del autoritarismo y del Estado, cobran el derecho a la pernada todavía...!

— ¡...!

— Al hacer mis declaraciones tengo el valor de

Conceptos que quedan

«¡A NDA! Cuenta eso que nos habías explicado ayer, el cuento ese... — No es un cuento. Todo eso porque ayer les conté que, una vez, el rey pasó por Las Hurdes. Iba de caza. Vio que casi todos eran enanos, cretinos, enfermos, en esa tierra... Tan pobres que el rey creía que no se podía ser tan pobre. Estaban hasta mal hechos, de pobres que eran. Entonces el rey dijo: «Hay que hacer algo por esa pobre gente...» Le contestaron: «Si, Majestad» — como de costumbre —, y no han hecho nada; como de costumbre. Después, como el lugar era muy miserable, quisieron que sirviera para algo la región: han convertido el lugar en cárcel. Como siempre. Entonces...»

El Cristo Jesús encontraba que las cosas no iban muy bien en España. Se dijo: «Voy a ir allí». El ángel buscó a la mejor mujer de la región y empezó a aparecérsele. Ella contestó: ¡Oh, no vale la pena! El niño me nacería antes de tiempo, puesto que no tendré qué comer. En mi calle hay un campesino que comió carne hace cuatro meses; ha matado a su gato.»

Ya la ironía en la voz daba paso a la amargura desolada.

«El Cristo vino a casa de otra. Alrededor de la cuna no había más que ratas. Para calentar al niño era poco, y para la amistad era triste. Entonces Jesús pensó que en España las cosas seguían yendo mal.»

Un ruido de camiones impidió escuchar algunas palabras.

«... hecho obligar a los propietarios a dar como granjas sus tierras a los campesinos. Los que tienen bueyes han gritado que eran expoliados por los que sólo tienen ratas. Y llamaron a los soldados romanos.

arrostrar las críticas y hasta el desprecio de otras mujeres que siendo tan rameras como yo, hacen como esa empleada que se entrega a sabiendas que será retribuida con un par de medias baratas, con una baratija cualquiera o — simplemente —, no le darán nada; pero con ello adquiere la seguridad que mantendrá su empleo, y, este empleo, la facultad para ostentar patente de mujer honrada.

— ¡...!

— ¿Cuál es la razón que no me permite considerar inmoral al obrero que fabrica proyectiles? En verdad de verdades: es un ser inmoral, el tipo que a sabiendas que los artefactos que construye, llevarán el terror, el dolor, la desesperación y la muerte a otros hogares hermanos, en que, como el suyo: hay madres, hermanas e hijos. Supuestamente allí, no hay inmoralidad: la vida le «impone» el sacrificio del trabajo, sin darle la oportunidad de elegir... y ¡tiene que trabajar, para defen-

Entonces el Señor fue a Madrid, y para hacerle callar, los reyes del mundo empezaron a matar a los niños de Madrid.

Entonces el Cristo se dijo que verdaderamente no había gran cosa que hacer con los hombres. Que eran tan asquerosos que incluso sangrando por ellos día y noche durante toda una eternidad no se llegaría jamás a lavarlos.

Los descendientes de los Reyes Magos no habían venido a su nacimiento, puesto que se habían convertido en errantes o funcionarios. Entonces, por primera vez en el mundo, de todos los países, los que estaban muy cerca y los que se hallaban en los puntos más lejanos, aquéllos en cuyo país hacía calor y los que en su país helaba, todos los que eran valientes y miserables se pusieron en marcha con fusiles.»

Había en su voz una convicción tan solitaria que, a pesar de la noche, se sentía que el que hablaba había cerrado los ojos.

«Y comprendieron con su corazón que el Cristo estaba vivo en la comunidad de los pobres y de los humillados de nuestro pueblo. Y en largas filas, de todos los países, los que conocían bastante bien la pobreza para ser capaces de morir contra ella, con sus fusiles cuando los tenían y sus manos cuando no tenían, vinieron a tumbarse, unos tras otros, sobre la tierra de España...»

Hablaban todas las lenguas, había con ellos hasta vendedores de lazos chinos.

Y cuando todos los hombres estuvieron hartos de matar, y cuando la última falla de pobres se puso en marcha...

...una estrella que no se había visto nunca antes se levantó por encima de ellos...

der su existencia y la de los suyos, ya sé trate de Rusia, de EE. UU., de Pekín — o de La Habana o la España de Franco —!

— ¡...!

— La miseria es la más mala consejera de la vida... Es moral condenar a sus hijos, a su madre, a su esposa a la miseria, ¿la que el **trabajador odioso** debería elegir? Yo no me hago preguntas a ese respecto... Como ese obrero indecente — perdona ahora mi expresión me cisco en la moral escabrosa. Y salvo a mi hija con la moral de la vida... Sí, la salvaré yo — su madre —, porque ella es incapaz de defenderse en esta titánica lucha de hienas y chacales que un mundo de autoritarismo elevado al cubo conlleva: hienas y chacales hambrientos que es la humana existencia de hoy, donde sólo unos pocos, parándose en los despojos de los que quedaron en el camino, a fuerza de zarpazos y dentelladas, consiguen éxito.

ACUARELAS
SOCIALES

La creación revolucionaria

por RAMON LIARTE

LOS asuntos político-sociales no son tan fáciles de plantear y resolver como el infantilismo revolucionario afirma caprichosamente. ¡Ojalá fuesen una tormenta en un vaso de agua! De la misma manera que no es posible sostener un bosque en la palma de la mano, no hay modo alguno de simplificar los grandes acontecimientos, hasta dejarlos reducidos a objetos de infima importancia. Los hechos tienen su personalidad vital y no se pueden desfigurar por arte de encantamiento.

Es la bancarrota de las creencias el balance más penoso que ofrece el presente siglo. Analizando la decadencia moral que se extiende por todas partes, cabe preguntar: ¿Qué fin está reservado a la especie humana? Una civilización que transforma la pólvora en simiente sólo tiene una salida angustiada: perecer. Los herederos espirituales de las viejas concepciones principescas se apoderan sistemáticamente de la máquina del Estado para imponer su hegemonía. Por otra parte, la creencia mesiánica en la revolución dirigida por los estatólatras proletarios, pretende ser la solución única, la panacea capaz de salvar todos los males que padecen las clases desheredadas. Da verdadera pena comprobar que semejante deformación ideológica acaba confundiendo a los hombres, hasta incapacitarlos para llenar el vacío social que se nota, así en las filas obreras como intelectuales.

Por imperativos de orden individual y colectivo hemos de referirnos a España. Hay que hablar de nuestro pueblo en todas las ocasiones que se presenten porque él es el punto de partida y la base de la revolución que debemos llevar a cabo. Hay verdades que no pueden negarse, y mucho menos nosotros que somos los más altos exponentes de la verdad. En el curso de estos tres decenios hemos perdido hombres de una valía incalculable. Militantes aguerridos y capacitados que eran, sin duda, luminarias del progreso social, pioneros de la causa del pueblo. Los jóvenes libertarios no han corrido mejor suerte. Nuestras pérdidas son infinitas. El enemigo lo sabe perfectamente ya que a esa labor de destrucción físico-moral ha dedicado su aparato represivo durante la etapa más trágica de la historia de España. En tales condiciones no es posible formar nuevas promociones como era nuestra ambición. Hemos cosechado la magra cosecha de los años de terror, que han sido para nosotros parejos a las siete plagas de Egipto. Pero no nos damos por vencidos. Aún nos permitimos el placer de elegir a nuestros enemigos y de reconocer a los buenos amigos que nos ayudan y sirven desinteresadamente.

La C. N. T. no ha muerto. Ha de sobrevivir cueste lo que cueste. Al precio de la libertad y la vida.

Somos algo más que un hecho geopolítico. Somos conciencia y médula, brazo y cerebro de un pueblo ejemplar. Representamos la fuerza de acción directa, las organizaciones naturales del trabajo que son más poderosas que el Estado unitario. En todo momento debemos ser altamente ambiciosos. De una ambición tan peculiar que no tenga paralelo posible. Hemos de propender a ser, como en el pasado, de la C. N. T. para la C. N. T. No podemos conformarnos a ser una fuerza de segundo orden. Nuestro deber es prepararnos para ser vanguardia de la lucha social con más firmeza y ahinco que nunca. Un laboratorio de iniciativas constructivas, un dispositivo poderoso puesto al servicio del pueblo, una organización tesonera e invencible, esto debe ser la C. N. T. hoy y mañana. ¡Siempre! Y ha de serlo con sus hombres, con sus más capaces y desprendidos, con los que lo dan todo y no piden absolutamente nada. Decir coraje revolucionario, voluntad de lucha, afán de conquista manumisora, deseo de llegar a los objetivos definidos por el sindicalismo revolucionario, tal es el léxico que define a nuestra central sindical. Es la fuerza de un ideario puesto en movimiento. Hay que ser fieles a nuestras ricas enseñanzas. Quien siente ideas y las defiende, se tiene de pie, anda, y hace camino.

El anarcosindicalismo no se apoya en la fe ciega sino en la ciencia experimental. Somos un movimiento científico y obrero. Tenemos una ética que nos capacita para optar ante los problemas que plantea la existencia y una concepción moral para enjuiciar los hombres y las cosas. Formamos parte de un movimiento revolucionario que es, en definitiva, una entidad económico-social de creación sindicalista sin clases, de base popular directa. No sentimos la propensión a renunciar a los procedimientos singulares, a los métodos de lucha que nos informan. No hay en esta afirmación soberbia ni fanatismo, sino consecuencia y convicción. Nos mueve la intención de llevar a cabo, mediante esta estrategia social, los fines que nos animan. Queremos forjar los instrumentos de emancipación, que son las organizaciones del trabajo organizado, independientes de toda tutela estatal y capitalista. No hemos creído nunca que pueda decretarse desde lo alto la liberación de las clases expoliadas y oprimidas. Son los trabajadores de la industria, de la tierra, la ciencia y la técnica, quienes deben encontrar, siguiendo la marcha del progreso y los cauces anchurosos de la razón, sus propios métodos de acción directa para llegar a es-

tablecer el derecho para todos en el amplio campo de la justicia social.

La revolución tiene sus alternativas y desviaciones. Las clases conservadoras y reaccionarias conspiran para cercenar la cabeza rectora de la emancipación de los hombres y los pueblos. Nosotros no podemos renunciar a la lucha por desigual que sea nuestra fuerza. Eso sería tanto como aceptar la ley del más fuerte sin pronunciar una voz de protesta ni hacer el menor gesto de rebeldía. La libertad, como la justicia, no la defienden los que claudican, sino los que no se rinden ni se entregan al enemigo.

EN BUSCA DE SOLUCIONES

SE ha escrito mucho, más de la cuenta, y se ha hablado a la ligera, locuazmente, acerca del carácter español. Y lo peor del caso es que la mayoría de las veces se ha especulado sobre los defectos que tenemos. No somos un pueblo virtuoso, pero poseemos tantas virtudes como pueda albergarlas el mejor pueblo de la tierra. Cierto es que no andamos ligeros en defectos, mas no son los nuestros, ni más pequeños ni más grandes que los de los demás. No; de ninguna manera: no tenemos motivos para avergonzarnos de lo que somos: españoles hasta la muerte e internacionalistas en toda la acepción del vocablo. Siendo lo que somos no negamos a los otros. Estamos más próximos a los que están cerca y a los que se hallan lejos. Esto no nos impide ver la luz y la sombra, el día y la noche.

Nuestra técnica es más que mediana, pobre. El gran Unamuno solía decir con afán de desquite: «Que inventen ellos». Pero ésta no era toda su verdad. Y mucho menos la verdad de España. En el orden político no sabemos andar más que de tumbo en tumbo, y preciso es reconocer que somos una calamidad, un desastre, como diría Madariaga. Dígame lo que se quiera, nosotros consideramos, como Mariano José de Larra, que España es un tesoro de una valía universal fuera de serie. A pesar de nuestros desgarrones políticos no tenemos que abatirnos ni avergonzarnos. Muchas son nuestras virtudes humanistas, aunque nuestros adversarios quieran ignorarlas. Podemos ir de Continente a Continente, recorriendo el mundo con la cabeza alta. Nuestro es el arte de vivir aunque sea con poco dinero. Para los españoles no sólo es la desgracia, sino la gracia y el ingenio. Afortunados somos en el arte y en la creación artística; somos alarifes en el trabajo cotidiano; en la literatura, maestros consumados; en la revolución, enterrados como nadie; y en la lucha, resueltos y decididos como pocos. En el seno de la familia somos pastores y corderos a la vez. ¿Qué más pedir?

Importa corregir y desechar muchos errores para poder caminar con paso firme y seguro hacia nuevas etapas de entendimiento y conocimiento. Se nos reprocha que siempre vamos a la cumbre por el atajo, que no sabemos dar la vuelta a los obstáculos con el fin de asaltar la torre por el lugar más fácil y seguro. Los estrategas de la piratería política dicen muchos disparates y no podemos ha-

cerles caso. Hay, no obstante, ideas y lecciones que debemos tener presentes. Afírmase que los españoles no sabemos jugar y que cuando no nos salen bien las cosas pronunciamos estas o parecidas palabras: «No juego». ¿Será porque no soportamos la dificultad, ni nos avenimos con lo imposible? Si alguien no comparte nuestros puntos de vista se dice, también, que nuestra respuesta es la siguiente: «Con ése no voy a ninguna parte». De lo que se infiere que así nos luce el pelo. Pero siendo hombres formales hemos de razonar de manera que los demás razonen a su vez.

¿Al poder por el atajo? ¿Al vado o a la puente? ¿Al cielo o al infierno sin pasar por el purgatorio? Al grano, que es lo que interesa. No hay que dar tregua al tirano.

Se va por donde se puede. Unos van al poder por el atajo al ver que todos los senderos de la montaña están obstruidos; otros avanzan cuesta arriba para llegar a la cima del ideal. Esencial es subir, escalar la cumbre de la más alta serenidad natural, pero importante es también, guardar el equilibrio. El mal del vértigo es peligro y quien no sabe mantenerse firme en lo alto, ya que en ciertas regiones no existen barandales como no sean de luz o de agua, el cuerpo más sano es engullido por el abismo. Conclusión: quien no quiere ir al vado debe ocupar un puesto a la puente. Orientarse con la máxima inteligencia, guardar los nervios y disponerse a navegar. El buen timonel no teme a la adversidad, no se amilana al presenciar cómo se desencadena la tormenta. Pues es hartito sabido que los santos y los apóstoles van al infierno, mientras que los pillos y los escribas tienen su puesto en el cielo sin pasar por el purgatorio, que, al decir de los cretinos, es la antesala de la gloria...

Necesario es acabar con el mal juego. Las cartas trucadas no ayudan a jugar sino a hacer trampas. Y nuestro asunto no es para tramposos de oficio. Está hecho para las personas decentes que saben proceder con dignidad, haciendo juego limpio en todas las ocasiones. Cuando alguien no comparte nuestra modesta opinión, o no hace lo que desea Fulano o Perengano, se dice con gran facilidad: «Con ese tipo no voy a ninguna parte». Y nos quedamos en el peor de los terrenos; en el purgatorio. No existe en ese caso ni el vado ni la puente, ni poder ni atajo, ni cumbre ni abismo. Pero hay algo peor: la nada, en la cual se debaten los que no saben unirse como hombres para luchar y vencer en el lugar elegido por ellos.

Cuando se obstaculiza la labor del hombre creador, nada se crea; todo queda por hacer. El balance es desolador, desastroso. Ahí está la realidad española que no engaña a nadie, pidiendo a gritos una transformación completa y profunda. Nadie hace nada, y lo poco que se hace, se realiza mal, en pésimas condiciones. El que crea se ve ante el vacío. No cuenta con la cooperación desinteresada de las personas desprendidas. Y ante tamaño desenlace, ni arriba ni abajo se hacen obras de provecho general. Las excepciones no cuentan en este caso. Un mal principio no puede conducir nunca a buen fin aunque lo diga el moro Muza. Lo que mal se

comienza no lo endereza ni el más pintado. Perfectamente dice el refrán castellano: «Quien mal anda, mal acaba». Imprescindible se hace disponer-nos a caminar sin andaderas. No tenemos necesidad de Lazarillos ni líderes. Y mucho menos de «predestinados» que se creen el ombligo del mundo cuando en realidad son más cortos que un respiro en la siega. El trabajo está en marcha, la revolución nos llama y hay que dejar paso a los creadores.

TODOS SOMOS NECESARIOS

A QUI no hay imprescindibles. Todos somos necesarios. Pero hay que saber para qué. La desaparición de un ser inteligente y capaz no parte el mundo en dos tajos, pero a veces nos parte la espina dorsal. No es tarea fácil sustituir al sabio generoso ni al genio rebosante de bondad. Seres hay que no son reemplazados nunca. Luego no vale la pena hinchar frases que revientan como un balón cuando se les hinca, lo que se llama la aguja de marear. Pero el mundo ha de marchar y avanzar aunque sea a trompicones. Los revolucionarios conscientes no podemos caminar a tontas y a locas. Con paso firme y buenas reservas físicas se va lejos.

Repitese con machacona insistencia que a los españoles lo que nos interesa son ideas creadoras, es decir, que carecemos de un plan perfectamente definido para salvarnos de los estragos centralistas y unitarios. Lo que nos hace falta son ideas, que si son buenas y nuevas no nos estorban; lo que nos urge es un método científico-social para planear y hacer una revolución moderna conforme a las exigencias y realidades de la vida española. ¿Cómo alcanzar esta finalidad? Poniendo las manos en la masa; haciendo obras provechosas; no entorpeciendo a los que quieren trabajar; dando facilidades a los que piensan y sienten para los demás. Se impone, y a toda costa, dejar de ser un pueblo de sectores para poner las energías colectivas al servicio del pueblo. Tres clases especiales que se funden en una sola merecen ser reconocidas y tenidas en cuenta: la inteligencia puesta al servicio del humano vivir, el trabajo responsable como fuente de riqueza y abundancia común y la moral sin dogmas ni banderines de enganche para presidir las relaciones de los hombres. Es la sociedad sin clases, sin amos y sin verdugos. La cooperación entre iguales.

El sindicalismo revolucionario es el laboratorio capaz de organizar la sociedad libre sobre bases de armonía y equidad. Sabe aprovechar la capacidad del técnico sin hacer de él un tecnócrata aburrido y pegajoso; lleva al educador y jardinero de cerebros, que es perfecto administrador de colectividades libres y de pueblos independientes, a la dirección y orientación de la cosa pública. Parte nuestra metodología experimental y calculada racionalmente de la unión de los factores útiles de la producción; une en el esfuerzo a los que trabajan para que el producto sea menos penoso y más agradable. Conjuga el trabajo de todos los sectores

de la arquitectura productiva y necesaria, soldarizando la inteligencia con la vitalidad física para ahorrar fuerzas y engrandecer el rendimiento.

Nuestro pueblo no podrá salvarse a base de pequeñas y parciales transformaciones, que, la mayoría de las veces, en lugar de transformar, deforman y perjudican. Hace falta, se impone un cambio completo. Que el Municipio anule a la Diputación; que la Universidad se convierta en cátedra y catedral de la razón y el bien; que el sindicato acabe con el capitalismo antieconómico y parasitario; que la federación extirpe al absolutismo; que el culto al Dios de los poderosos se convierta en amor a todos los hombres; y que la Confederación administre y dirija los destinos sagrados de nuestro gran pueblo. Un pueblo como el nuestro es un destino de pueblos.

La tierra debe ser libre en una sociedad libre. Han de tener los productores todas las facilidades que necesitan para trabajar. Al campesino no deben faltarle tres cosas principales: tierra, simiente y agua. Al educador hay que darle medios, cerebros amantes de conocimientos y libertad para educar de acuerdo con los adelantos pedagógicos de nuestro tiempo. Sólo curando a España, cicatrizando sus heridas, cultivando su desmantelado cuerpo, saneando la existencia de la infancia y la juventud, ambas confundidas y deformadas por el franco-falangismo, podremos hacer una sociedad nueva para un pueblo nuevo. Es la nuestra una obra de creadores. Y en toda creación bien pensada, organizada y llevada a feliz término, cada uno debe ocupar el puesto para cuya función esté más preparado.

En efecto, de eso se trata en concreto: de alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto abrazar. La creación no se consigue hasta el fin deseado. Ya lo dice el pensador con idea maciza y viril: «Para nosotros, una flor no es flor todavía mientras permanece encerrada en su capullo y mientras su germen yace aún debajo de la tierra, sino que sólo lo es cuando se despliega visiblemente en forma y color. Del mismo modo sólo logramos comprender una melodía cuando llega a ser audible, pero no así cuando nace en el cerebro de su creador: el pensamiento de un filósofo sólo lo comprendemos cuando ha sido pronunciado; y una estatua cuando ha sido formada».

No es creación lo que no se materializa. La idea debe convertirse en materia para que la comprendamos y sepamos todo su valor. Así ocurre con nuestra revolución sindicalista libertaria; ha de realizarse completamente, quedar grabada, escrita, hecha bandera de liberación humana y esperanza de todos los pueblos del mundo. Así es forma y luz: Vida.

Debemos trabajar con los materiales que están a nuestra mano, con lo que disponemos para levantar obra. La organización del trabajo es la mayor riqueza de la sociedad. Cada uno en su lugar. El que valga para una cosa que haga su trabajo bien, sin entorpecer la labor de los demás. Quien no sirva para una tarea determinada no debe usurpar el puesto a quien puede desempeñar una

LA FRATERNIDAD

EL hombre occidental habla de la fraternidad como de una gran fuerza motora de la humanidad y no sospecha que no se puede llegar a ella si no existe ya en realidad. ¿Qué hacer? Es preciso crear la fraternidad, cueste lo que cueste. Ahora bien, sucede que no se puede crear la fraternidad porque se crea ella misma, porque es un dato, porque es una cosa de naturaleza. En la naturaleza occidental no se ha encontrado; lo que se ha encontrado es el principio de la persona, el principio del individuo, de la conservación de sí llevada muy lejos, de la vida por propia cuenta, de la autonomía del yo propio, de la oposición de este yo a toda la naturaleza y a todos los demás hombres, como un principio distinto, que se basta a sí mismo, completamente igual y equivalente a todo lo que existe fuera de él. Pues bien; por ese hecho de afirmarse a sí mismo, la fraternidad no ha podido nacer. ¿Por qué? Porque en la fraternidad, en la verdadera fraternidad, no es la persona distinta, no es el yo quien debe cuidarse de mantener su derecho y su valor iguales en importancia a los de todo el resto tomado en conjunto, sino que, al contrario, es todo el resto quien debe venir por **si mismo** a esta personalidad que demanda sus derechos, a este yo distinto, y reconocerle, por su propia voluntad, sin que el yo exija, como igual en valor y en derecho a él mismo, es decir a todo lo que existe en el mundo, fuera de él. Pero esto no es bastante; esta misma persona rebelde y exigente debería en primer lugar sacrificar ella misma todo su yo a la sociedad, no solamente no exigir su derecho, sino al contrario, hacerle abandono de él sin ninguna condición. Pero, en Occidente, la persona no está acostumbrada a este procedimiento; exige a viva fuerza, exige derechos, quiere hacer el reparto. Pues bien; la fraternidad no sale de

ello. Ciertamente, se puede renacer. Pero este renacimiento no se realiza sino en el curso de millares de años, porque ideas semejantes deben penetrar profundamente en la carne y en la sangre antes de convertirse en realidades. ¿Cómo, me diréis, es preciso no tener personalidad para ser feliz? ¿La salvación está fuera de la persona? Muy al contrario, muy al contrario, diyo yo: no solamente no es preciso no ser una persona, sino que justamente es preciso llegar a ser una, y aún más plena que la que existe ahora en Occidente. Comprendme: el sacrificio de sí para utilidad de todos, voluntaria, perfectamente consciente, y no forzado, es, según yo, la prueba de que la personalidad está en el apogeo de su evolución, de que es potente, de que se posee, de que es enteramente libre. Dar voluntariamente la vida por todos, marchar por todos a la cruz, a la hoguera, no es posible hacerlo sino cuando se tiene la personalidad más evolucionada.

¡Pero eso es una utopía, señores! Todo es fundado sobre el sentimiento, sobre la naturaleza, y no sobre la razón. Y es además, por decirlo así, una humillación de la razón. ¿Qué pensáis de ello? ¿Es o no es una utopía?

Pero, de nuevo, ¿qué puede hacer el socialista si, en el hombre occidental no se encuentra principio fraternal, sino al contrario, el principio del individuo, de la persona, el principio del aislamiento incesante que exigen sus derechos la espada en la mano? El socialista, viendo que no hay comunidad, comienza a empujar hacia ella. No habiendo comunidad, quiere crearla, construirla. Pero para hacer un guisado de liebre es preciso, ante todo, la liebre. Ahora bien, la liebre falta; es decir, una naturaleza capaz de comunidad, una naturaleza que tenga confianza en sí y que tienda a eso por sí misma, falta.

LA CREACION REVOLUCIONARIA

misión altamente beneficiosa para el conjunto. Seamos sindicalistas revolucionarios. Sólo así lograremos la posibilidad de intuir algo del secreto profundo de la creación revolucionaria universal mediante las huellas que dejan los hombres esfuerza-

dos al realizar una tarea. Esas huellas son el trabajo, el esquema, la idea, el hilo de Ariadne que nos permite encontrar el camino del progreso de esa obra que queremos edificar para bien de los hombres y admiración de los siglos.

El Socialismo y el Estado

por RUDOLF ROCKER

CON el desenvolvimiento del socialismo y del moderno movimiento obrero en Europa se hizo presente una nueva tendencia espiritual en la vida de los pueblos, que no ha terminado todavía su evolución. Pero su destino depende de la orientación que adopte: libertaria o autoritaria.

A los socialistas de todas las tendencias les es común la convicción de que la presente organización social es una causa permanente de malestar y que a la larga no podrá persistir. Común es también a todas las tendencias socialistas la afirmación de que un mejor orden de cosas no puede ser producido por modificaciones de naturaleza puramente política, sino sólo por una transformación radical de las condiciones económicas existentes, de manera que la tierra y todos los medios de producción social no queden como propiedad privada en manos de minorías privilegiadas, sino que pasen a la posesión y a la administración de la comunidad. Sólo así será posible que el objetivo y la finalidad de toda actividad productiva sea, no la esperanza de ganancia personal, sino la aspiración solidaria a dar satisfacción a las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

Pero sobre las características de la sociedad socialista, y sobre los medios y caminos para llegar a ella, las opiniones de las diversas tendencias socialistas se escinden. Esto no tiene nada de extraño, pues lo mismo que cualquier otra idea, tampoco el socialismo llegó a los hombres como una revelación del cielo; se desarrolló dentro de las formas sociales existentes y respaldándose en ellas. Por eso era inevitable que sus representantes fuesen más o menos influidos por las corrientes sociales de la época, según su modalidad en cada país. Se sabe la gran influencia que tuvieron las ideas de Hegel en la formación del socialismo en Alemania: la mayoría de sus iniciadores — Grün, Hess, Lassalle, Marx, Engels — procedían del círculo de la filosofía alemana; sólo Weitling recibió sus estímulos de otra parte. En Inglaterra es innegable la penetración de las aspiraciones socialistas por las concepciones liberales. En Francia son las corrientes espirituales de la Gran Revolución; en España, las influencias del federalismo político las que se manifiestan agudamente en las concepciones socialistas. Lo mismo podría decirse del movimiento socialista de cada país.

Pero como en un ambiente cultural común como el de Europa las ideas y los movimientos sociales no quedan circunscritos a determinado territorio, sino que invaden naturalmente otros países, así no sólo conservan su colorido puramente local, sino que reciben de afuera los es-

timulos más diversos, que penetran casi inadvertidamente en el propio dominio del pensamiento y lo fecundan de una manera especial. El vigor de esas influencias externas depende en gran parte de las condiciones sociales generales. Piénsese sólo en la influencia poderosa de la Revolución francesa y en sus sedimentos espirituales en la mayoría de los países de Europa. Por eso es claro que un movimiento como el del socialismo tendrá en cada país las más diversas conexiones ideológica y en ninguna parte se circunscribirá a una expresión determinada.

Babeuf y la escuela comunista que hizo suyas sus ideas, han surgido del mundo mental del jacobinismo, por cuyo modo de ver las cosas fueron completamente dominados. Estaban convencidos de que a la sociedad podía dársele la forma que se quisiera, siempre que se contase con el aparato político del Estado. Y como con la difusión de la moderna democracia, en el sentido de Rousseau, había anidado hondamente en las concepciones de los hombres la creencia maravillosa en la omnipotencia de las leyes, la conquista del poder político se convirtió en un dogma para aquellas tendencias socialistas que se apoyaban en las ideas de Babeuf y de los llamados «Iguales». La disputa de esas tendencias entre sí giraba en torno a la manera de entrar del mejor modo y más seguramente en posesión del poder del Estado. Mientras los sucesores directos de Babeuf, los llamados, babouvistas, se atenían a las viejas tradiciones y estaban convencidos de que sus sociedades secretas alcanzarían un día el poder público por medio de un golpe de mano revolucionario, a fin de dar vida al socialista con la ayuda de la dictadura proletaria, hombres como Louis Blanc, Pecqueur, Vidal y otros defendían el punto de vista de que eso sabría evitarse en lo posible, siempre que el Estado comprendiese el espíritu del tiempo y se pusiera a trabajar por propio impulso, en una transformación completa de la economía social. Pero era común a ambas tendencias la creencia de que el socialismo era realizable con la ayuda del Estado y de una legislación correspondiente. Pecqueur había esbozado con ese fin todo un Código — una especie de «Código Napoleón» socialista — que debía servir de guía a un gobierno de amplia visión.

Casi todos los grandes iniciadores del socialismo, en la primera mitad del siglo pasado, estaban más o menos fuertemente influidos por concepciones autoritarias. El genial Saint-Simon reconoció con gran agudeza que la humanidad avanzaba hacia un período «en que el arte de gobernar a los hombres había de ser suplantado por el

(En página siguiente las tres primeras líneas corresponden al final de columna.)

ble significación. Su teoría del «trabajo atractivo» aparece precisamente hoy, en el periodo de la racionalización capitalista de la economía», como una revelación de ver-arte de administrar las cosas»; pero sus discípulos se comportaron, en cambio, atóricamente, llegaron a la concepción de una teocracia socialista y al fin desaparecieron de la superficie.

Fourier desarrolló en su «sistema societario» pensamientos libertarios de maravillosa profundidad y de involida-

dadero humanismo. Pero también él era un hijo de su tiempo y se dirigió, como Robert Owen, a todos los poderosos de Europa en la esperanza de que le ayudaran a realizar sus planes. De la verdadera esencia de la liberación social apenas tuvo presentimiento, y la mayoría de sus numerosos discípulos, todavía menos que él. El «comunismo icariano» de Cabet estaba impregnado de ideas cesaristas y teocráticas. Blanqui y Barbès eran jacobinos.



La revolución

HAY épocas en la vida de la humanidad en que la necesidad de una sacudida formidable, de un cataclismo, que venga a conmover la sociedad hasta en sus entrañas, se impone bajo todos los aspectos a la vez. En esas épocas todo hombre de corazón comienza a decirse que las cosas no pueden ya marchar así; que son precisos grandes acontecimientos que vengan a romper bruscamente el hilo de la historia, a echar a la humanidad fuera del carril en que se ha atascado y a lanzarla en caminos nuevos, hacia lo desconocido, a la busca del ideal. Se siente la necesidad de una revolución, inmensa, implacable, que venga no sólo a transtornar el régimen económico basado sobre la fría explotación, la especulación y el fraude, no sólo a derribar la escala política basada sobre la dominación de algunos por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a remover la sociedad en su vida intelectual y moral, a sacudir el entorpecimiento, a rehacer las costumbres, a traer en medio de las pasiones viles y mezquinas del momento el hábito vivificante de las pasiones nobles de los grandes impulsos, de los generosos sacrificios.

En esas épocas en que la medianía orgullosa ahoga toda inteligencia que no se prosterna ante los pontífices, en que la moralidad mezquina del término medio hace la ley, y la baja reina victoriosa, en esas épocas la revolución llega a ser una necesidad; los hombres honrados de todas las clases de la sociedad reclaman la tempestad para que venga a abrasar con su soplo inflamado la peste que nos invade, a llevarse el moho que nos corroe, a arrastrar en su marcha furiosa todos los escombros del pasado que están suspendidos sobre nosotros, que nos ahogan, que nos privan del aire y de la luz, para que dé en fin al mundo entero un nuevo hábito de vida, de juventud, de honradez.

No es ya sólo la cuestión del pan la que se plantea en esas épocas; es una cuestión de progreso contra la inmovilidad, de desenvolvimiento humano contra el embrutecimiento, de vida contra la estancación fétida del pantano.

PEDRO KROPOTKIN

POETAS DE AYER Y DE HOY

Año Nuevo

(BAJO LOS LEGIONARIOS)

por EUGEN RELGIS

¿Quién cree aún que eres, Año Nuevo,
un nuevo y joven portador de paz?

¿Siglos de odio, cólicas y ponzoñas
nos hablan del suplicio atroz del hombre.

Tu cuento es torpe, y ovación y augurios
forzadamente acogen tus mentiras.

Langostas, pestes, granizadas, incendios,
y el hambre nos asaltan, nos agobian.

Haces muecas, borracho, ríes a carcajadas,
Año Nuevo, y en vano nos invitas.

Prisión, saqueos y matanza — ¿no oyes
en lo hondo los gritos de tortura?

Tu madre es puta y salteador tu padre.
Vil engendro ¿aún quieres la bendición de Dios?

La muchedumbre aguanta en basurales
y en ruinas, cuántas guerras... Y lo olvidas.

Manchas el puro padecer del hombre,
dejando sólo escoria y podredumbre.

¿Dónde está la esperanza si ayer, hoy y mañana
sólo son entreveros por el pan?

¿Dónde está tu justicia y tu cariño,
oh Año Nuevo, si el terror es amo?

Ya bastan terremotos y naufragios.
¿Por qué azuzas las fieras y enciendes las revueltas?

Vete y no nos engañes con tus cuentos —
ya sabemos lo que eres, Nuevo Año.

¡La mascarada del instante efímero!
Nunca nos quitarás lo que es eterno

en mundo y alma. Nuestra ruta es recta,
y la última meta es el Destino.

Bucarest, 21-23 de enero 1941

(Versión castellana

Días de la Gran Matanza.

de Pablo R. Troise)

TO THE HONORABLE MEMBERS

OF THE C. I. C.
(COMMISSIONERS)

OF THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

INDUSTRIAL CONCERN

IN THE

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — E. Relgis : Dos enfoques sobre la libertad. — A. Guillén : España en la Edad Moderna. — J. Peiró : Objetivos y acción del sindicalismo. — S. Campos : El destino de los pueblos ante las élites políticas. — El hombre y la sociedad. — J. Guerrero Lucas : Confidencias : J. Prat : Superarse es renovarse. — F. Ocaña : Asesinato de Miguel de Unamuno. — B. Russell : Comunismo y capitalismo. — El mañana eterno. — M. Celma : Camus, el grande. — Fraternidad, base del bien. — M. Betis : Las dictaduras. — Hay que elegir. — R. Liarte : El pensamiento y la vida. — M. Noailles : Educación y justicia.

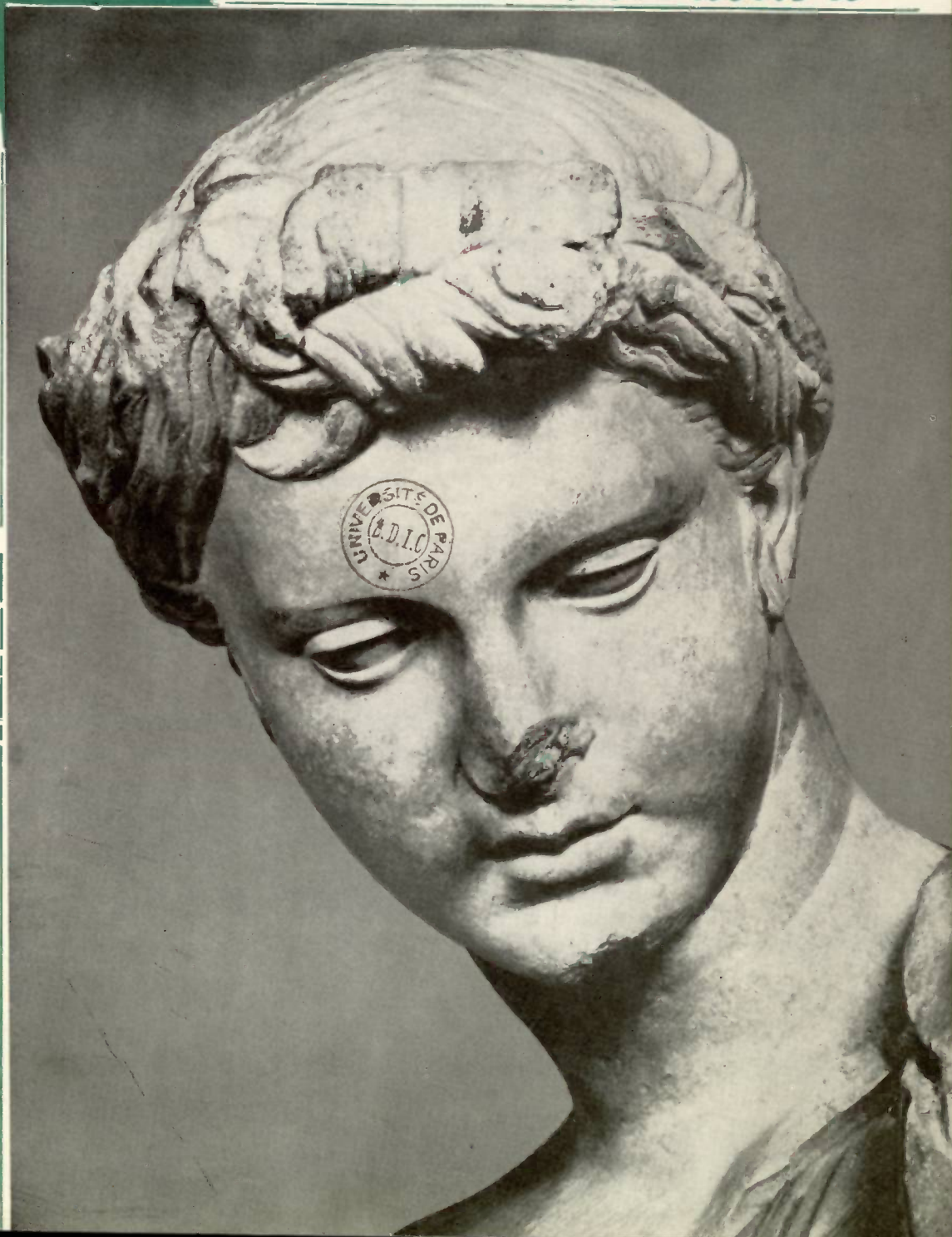
181

Marzo - Abril 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4 P 5523



NUESTRA PORTADA

He aquí una de las obras del arte griego, reunidas en el Museo Nacional de Roma.

Es la cabeza de una joven sacerdotisa de la escuela iónica de Fidias.

¿Fue éste el autor de esta admirable escultura? ¿O alguno de sus discípulos? Salvada de los desmanes de los hombres y del paso del tiempo, aún rota esta delicada nariz, el semblante guarda toda su serenidad y su indecible gracia.

Cabe preguntarse por qué milagro de la naturaleza, por qué maravillosa anticipación en el tiempo, Grecia logró alcanzar un tal grado de perfeccionamiento físico. Pues esta belleza de rasgos y de líneas no eran imágenes nacidas de la imaginación de los escultores: respondían a la realidad viviente de unos hombres y de unas mujeres en los cuales la figura humana consiguió perfecciones que no han sido igualadas: difícilmente se encontrarían hoy semblantes tan armoniosos, expresión de belleza tan acabada como nos legara el arte griego, reflejo, trasunto de una época.

Los Apolos, Afroditas, atletas, sacerdotisas, que crearan las escuelas de Fidias y de Praxiteles, no han podido ni serán jamás superados. Ni como reproducción de perfección física, ni como arte sutil, en el que los músculos, la expresión, el gesto de los rostros y de los cuerpos demuestran hondo conocimiento de la anatomía humana. Hubo que esperar al Renacimiento italiano, para que Leonardo de Vinci y Miguel Angel lo igualaran. Y después del Renacimiento, hubo que esperar a Rodin, Bourdelle, Canova, Viladomat en España, para que la escultura mostrara al cuerpo humano en su absoluta e incomparable belleza plástica.

CENIT se complace en honrar al arte antiguo, sin el cual no hubiera existido el arte moderno, reproduciendo esta preciosa cabeza.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Marzo - Abril de 1968

N.º 181

EDITORIAL



HORAS DE PRUEBA

CADA hora tiene su misión, cada hombre su cometido. Hay que saber apreciar el valor de las horas que pasan para no volver jamás. El tiempo es de un valor incalculable. Quien lo pierde está irremisiblemente perdido. Y lo esencial es 'ganar tiempo al tiempo, que no otra fue la fórmula de Séneca. Los pueblos que se tumban a la bartola desaparecen de la dirección mundial. Las civilizaciones adormecidas en sus viejas glorias, se entumescen y no dan un paso hacia adelante. Así ocurre con las ideas de vanguardia, con los movimientos de avanzada.

El anarcosindicalismo no es una doctrina de precipitados, es cierto; pero tampoco es la religión de las contemplaciones paradisiacas. Los precipitados no han comprendido absolutamente nada de nuestro ideario, de la misma manera que los embebidos por un misticismo delirante no sirven para ser obreros de la gran obra que desde hace más de un siglo estamos levantando. Se trata, pues, de crear y hay que dar paso libre a los creadores.

Conveniente será que analicemos las posibilidades que tiene nuestro movimiento anarcosindicalista en el actual instante del mundo. Brota por todas partes un auténtico renacimiento intelectual. El ideal anarquista es abrazado por muchos hombres de élite intelectual y moral, que antaño parecían hostiles o indiferentes a la llamada de nuestros organismos obreros. Nuestras ideas ganan terreno, se expansionan, penetran en los corazones. Hemos desconfiado excesivamente de los recién llegados, creyendo que un intelectual que se acerca a nosotros tiene como objetivo personal medrar a costa de nuestros sacrificios. Y este error debe ser corregido sin demora.

Ni el intelectual es el ombligo del mundo, ni el revolucionario el eje de la tierra. Pero los dos unidos pueden y deben ser brazo y cerebro, conciencia y energía de la revolución moderna. Los anarquistas no admitimos las clases ni las jerarquías. No hay una clase intelectual ni desleída. Todos somos un producto de la sociedad, de los medios de educación y las posibilidades de desarrollo. Lo demás es pura estatolatría, gregarismo ideológico de tres al cuarto.

De ahí, afirma Nettlau, que no fue nunca una clase, sino los elementos del tipo descrito dispersos en todas las partes de la sociedad. Por eso ni Bakunin, ni Marx, ni Lenin ni Malatesta, ni Reclus ni Kropotkin fueron proletarios, mientras que en cambio lo fue Mussolini. No hay en la historia esos cambios de telón como en la escena del teatro. Y la lucha de clases, la ocupación por una clase del puesto de la otra, predicada como factor único del progreso y forma única de las revoluciones sociales es una construcción simplista sin realidad, que cierra a sus adeptos lavista sobre toda magnitud, amplitud y profundidades de la evolución progresiva con sus pasajes rápidos, torrentes y cataratas que se llaman revoluciones.

Si queremos salir adelante en el camino emprendido importa que sepamos ganar a las voluntades valiosas para nuestra causa. Cada día debemos presentar nuestras ideas de una manera más amplia, ya que el anarquismo, tiende a proyectarse en el tiempo y el espacio. Bueno es que seamos consecuentes, puesto que la consecuencia es una virtud revolucionaria; pero también debemos ser modestos y sencillos, del corte de nuestros grandes maestros, como cuñas de la misma madera. No tiene más razón quien más grita ni posee la verdad el que cree ser infalible como un Faraón.

Nuestra causa es hermosa y por serlo merece el espaldarazo de todos los hombres libres. Nuestro deber es salir del aislamiento, predicar nuestros conceptos libres en todas partes. Las grandes empresas sociales, como los hechos que influyen en la marcha de la historia, sólo pueden florecer en un ambiente general propicio a toda innovación saludable.

Por otra parte, urge estrechar contactos morales e ideológicos con la juventud internacional. En los cuadros juveniles se está produciendo un despertar venturoso. Llegar a esas capas nuevas, cultivarlas y alentarlas para las ideas y el movimiento, debe ser el quehacer más apremiante de los anarcosindicalistas. Los hombres preparados ya no creen en Roma, Moscú, Pekín o Washington. Pero creen, eso sí, en el cometido del hombre libre, en la misión renovadora y revolucionaria de la clase obrera, en la transformación gradual y completa de la sociedad. Otro tanto le ocurre a la juventud que no enciende la cera en los altares ni rinde culto a la personalidad de cualquier tirano de nueva hornada.

Los hechos nos demuestran que no hemos andado todo el camino que deseábamos caminar. Pero no es menos cierto que patentizan también que no hemos trabajado en balde. Nosotros hemos hecho nuestras todas las angustias del mundo y todas las esperanzas del hombre. Por eso somos invencibles.

Hay horas que pasan sin dejar huellas. Discurren olvidadas, perdidas. Sin embargo, cuando el tiempo es orientado por el destino de una gran causa social, las horas tienen un poder incalculable. Llega un momento en que hay que optar por el discurso o la práctica, por la contemplación o el dinamismo, por la inercia o la acción. Es la hora de la prueba. Cuando hay que hacer movimiento o dormirse, cuando hay que ser hombre o rebaño.

Lo esencial es recoger las palpitations de la época. Vivir con el tiempo para hacer la historia nueva. Quien conquista conciencias y gana adeptos para su causa, prepara los materiales para edificar una vida más grande. Necesario es conseguir las cosas que están a nuestra medida. No podemos esperar nada. La vida es una gran conquista.

¿Qué hacer?

Extendernos. Proyectarnos y dar a conocer nuestras ideas. Decirle al hombre que la revolución la lleva en sí mismo; hablarle a la juventud para que crea en su voluntad determinante como fuerza regeneradora de la sociedad. Las conquistas sociales no son una comodidad; se consiguen de cuando en cuando mediante una lucha tenaz y agotadora. La juventud libre, los intelectuales rebeldes, la clase obrera no puede caminar bajo la espada. Luego hay que fundirla. Suprimida ésta, la amenaza desaparece.

No existe mejor observatorio que el de la conciencia. Con la máxima responsabilidad debemos afrontar las horas de prueba que se avecinan. El carácter de un movimiento revolucionario como el nuestro no es la contemplación religiosa ni la precipitación violenta, sino la acción razonada que gana cerebros y sentimientos, hasta formar organizaciones determinantes. No podemos mirar las cosas de un modo pasivo cuando tenemos el deber de estructurarlas.

La acción social movida por ideas generosas y altruistas es el exponente más exacto de la perfección humana. La idea puesta en acción, por brotar del impulso determinante del hombre se apoya en la conciencia personal, tiene cuerpo en la voluntad colectiva y produce la satisfacción del deber cumplido. Lo que hace fuerte al movimiento anarcosindicalista es la solidaridad con el pasado de su vida y el sentimiento del deber para crear lo que sabemos que es cierto: una sociedad siempre dispuesta a saciar el ansia de libertad, el hambre de justicia, la sed de dignidad de cada hombre.

Dos enfoques sobre la libertad

por EUGEN RELGIS

I. — ¿QUE ES LA LIBERTAD?

EL sentimiento de la libertad es para la mayoría de los seres humanos una palabra mágica, una ilusión demasiado a menudo engañosa, pero también el impulso siempre renovado para continuar el trabajo cotidiano y la lucha por un porvenir — ¡no! por un presente — mejor.

Para los europeos, esta palabra: libertad — si no tiene una significación racional y universalmente humana — tiene diez o cien significaciones contradictorias, unilaterales, absurdas, exclusivistas o simplemente tontas. La confusión de los espíritus ha llegado a ese caos arbitrario, a veces estancado, a veces trastornado, donde es muy difícil volver a encontrar el buen camino. Las dos guerras mundiales y las numerosas pseudo-revoluciones en diversos países, no han proporcionado la liberación de los pueblos, y menos aún de los individuos. La Gran Revolución de este siglo, en la Europa oriental, ha frustrado las primeras esperanzas sinceras, no siendo en realidad una revolución social, sino el pretexto, para un partido político totalitario, de instituir un nuevo régimen absolutista. Todas las aspiraciones sociales y políticas, exacerbadas por la miseria económica, han finalizado siempre en conflictos sangrientos: guerras nacionales, guerras civiles, guerra de clases, guerras entre «partidos únicos», guerras llamadas raciales, más grotescamente, más odiosamente, guerras «ideológicas». En el reino de la intolerancia furibunda, de la violencia organizada con tales medios de una ciencia deshumanizada por técnicos de una fría e implacable crueldad.

¡Y todos hablan de libertad! Se creía luchar por la libertad de la nación, y es para mantener la potencia y la riqueza de una minoría parasitaria que han perecido millones de soldados y civiles. Se creía luchar contra el capitalismo y el imperialismo occidentales, y es para hacer despuntar un capitalismo de Estado y un imperialismo político al otro extremo de Europa, en nombre de los pueblos «libertados» por los «ejércitos de los trabajadores». Se creía liberar al mundo de la pesadilla del fascismo y del flagelo nazista, pero, después de haber cortado dos o tres cabezas, he aquí que otras cabezas rebrotan en otras partes, en los países «libertados»...

Y las olas de la locura totalitaria golpean ciegamente, por todas partes, entre las ruinas de la vieja Europa. Las libertades se vuelven a su vez opresoras. Los esclavos de ayer se instalan en los sillones

de los antiguos dueños, para mandar a otros esclavos. En nombre de la libertad, se continúa con la tortura política, la inquisición policial, el entrenamiento militar de poblaciones enteras. Se hace de un país una prisión, de otro un campo de concentración, de otro un desierto lleno de hambrientos y, por fin, de otro un «paraíso social», donde el sistema de gobierno está edificado sobre el plan piramidal, con un Faraón «proletario», cuyo poder absolutista no es superado por ninguna autocracia, en la horrible historia de la humanidad sojuzgada y ensangrentada.

¿Quién puede ofrecernos una definición humana y racional de la libertad, y por lo menos una enseñanza positiva, extraída de la realidad social? Se olvida el magnífico ejemplo de la otra revolución, la de España, en 1936-39, cuando se estuvo en vísperas de poner las bases de una sociedad libertaria, federalista, sin el armazón asfixiante de la burocracia estatal, militarista y eclesiástica. ¡De ella no se habla más! Salvo los militantes errantes en el exilio y, sobre todo, los guerrilleros que mantienen una lucha encarnizada en su país, por proclamar contra la nueva Inquisición ibérica, una libertad que ha conservado su significado fraternal y creador.

A nosotros, europeos refugiados en América, incumbe el deber de decir la verdad a los pueblos americanos. Las turbias olas de la dictadura golpean ya las orillas del Nuevo Mundo. «Golpes de Estado», pronunciamientos, estallan por aquí y por allá. Los restos del fascio y de la cruz gamada son recuperados, pérfidamente, en los países indoamericanos; instructores disfrazados, despojos de regímenes hundidos en Europa, han encontrado aprendices de dictadores en este continente, del Atlántico al Pacífico.

Y ese es el gran peligro: lo que se llama «libertad» en América, tiende a perder el sentido esencial — humano y fraternal — para volverse una nueva idolatría de la fuerza arbitraria y de la intolerancia, en nombre de una «ideología» plutocrática. Ya, el imperialismo capitalista del Norte, enfrentado al otro imperialismo del Este, político y «proletario», extiende su dominación económica en la América Central y en la del Sur. Se habla de la tercera guerra mundial con una loca arrogancia, olvidando que será verdaderamente la última, ya que no habrá ni vencedores ni vencidos, pero sí un cementerio planetario donde todo lo que significa todavía humanidad, cultura, arte, ciencia, ideal espiritual, dicha de vivir, será aniquilado.

II. — CULTURA DE LA LIBERTAD

En la historia de la humanidad, hay épocas que pueden ser definidas con una fórmula y aún con una sola palabra. Se puede enumerar, en la evolución biotécnica y, por consiguiente, económica y política, las épocas de piedra, de bronce, de hierro, de la máquina de vapor, de la electricidad y finalmente de la energía atómica. Pero en las esferas superiores de las civilizaciones sucesivas o, según la terminología de los «dialécticos», en las superestructuras sociales y culturales, las épocas históricas se caracterizan con ciertas palabras: matriarcado, patriarcado — esclavitud, absolutismo — politeísmo, monoteísmo, monismo — teocracia, racionalismo — artesanado, producción en serie creación estética — derecho o la fuerza de la ley, justicia o la ley escrita de la conciencia y de la solidaridad humana — fraternidad, igualdad, libertad.

¡He aquí la palabra! Libertad: la primera y la última, el secreto y la llave de la condición humana, desde el mitológico Prometeo y el rebelde Espartaco hasta las legiones de héroes anónimos de nuestra época llamada democrática o colectivista. Tan imprescindible como el aire y el pan que anhelamos cuando nos faltan, y para los cuales trabajamos y luchamos incesantemente. Desde los albores de la humanidad, la libertad, instintiva y luego consciente, recorre los continentes y los siglos como un río vital, con sus elementos nutritivos y sus fuerzas renovadoras. En lo social, como en lo económico y político, como en lo espiritual e intelectual, la libertad es sinónima a energía. Hay una **energética de la libertad** que pocos han estudiado y expuesto, en los pesados tomos de la filosofía y sociología, como el supremo significado de la historia de la humanidad.

Se dice que el siglo XIX es el del «liberalismo»: palabra confusa, contradictoria, diluida en un crisol de buenas intenciones y aspiraciones idealistas cuando el industrialismo y la ciencia parecían haber llevado a la gran ruta de las victorias humanas. Para nosotros, el siglo XX se podría caracterizar con esta otra palabra, genuina y terminante en su claridad: **libertad**.

¡Sí! La primera mitad de este siglo está iluminada por las gigantescas llamaradas que suben de las ruinas de dos guerras mundiales (sin contar los entreveros nacionales) y de una revolución mundial (con sus innumerables rebeldías y levantamientos social-políticos en todos los países). Y, precisamente, porque en este medio siglo llegó a su auge la tiranía de los partidos únicos, de las nuevas clases que pretendían realizar una sociedad sin clases, precisamente, por la opresión cada vez más insostenible del Estado totalitario, por esa exacerbación de la esclavitud guerrera, política y económi-

ca, la reacción libertaria y libertadora ha llegado a formas más impulsivas o más voluntariosas, más individualistas y a la vez más unánimes que nunca en el pasado de la humanidad, del mismo modo que, en la realidad física, cuanto más poderosa sea la presión sobre un elemento de la naturaleza, tanto más explosiva es la contrapresión en el momento de su liberación.

Y la libertad humana, tan aterrorizada, perseguida, encadenada por los tiranos y verdugos políticos y estatales, ha acumulado en los inaccesibles rincones de la conciencia, en las honduras del alma, en los manantiales inagotables de la voluntad creadora, una potencia que ya se ha manifestado, en nuestros días, por esperanzados ejemplos de verdadera revolución, en individuos y pueblos. La energética de la libertad se revela como una magnífica realidad, que sólo algunos profetas y sabios han proclamado antes con la lúcida visión de un porvenir de amor y justicia entre los hombres, por encima de todas las cárceles nacionales, de las artificiales fronteras estatales, de los campos político-económicos, y de los campos de destierro, para el exterminio llamado racial, clasista o contrarrevolucionario. Esta energética de la libertad ya no puede permanecer empírica, circunstancial, al azar de los acontecimientos. Como las fuerzas de la naturaleza, concentradas, multiplicadas, encaminadas hacia fines productivos por la ciencia y la técnica, la libertad debe ser vigilada por la conciencia ilustrada, siempre fortalecida por la voluntad claravidente, y enriquecida por todos los valores a la vez personales y universales del alma y del pensamiento, de la ética y la estética, de la sabiduría que sabe armonizar la materia y el espíritu. En algunas palabras: la libertad debe ser cultivada, como los otros elementos de la cultura.

¡Tanto se habla y se reivindica hoy la «libertad de cultura» y tantas flaquezas, tantas cobardías e hipocresías se ocultan bajo esta fórmula cómoda y generosa! Debemos dar vuelta a esta fórmula y proclamar la verdad fundamental, orgánica, de la «**cultura de la libertad**». Así se clarifica la nebulosa de las buenas intenciones, de los anhelos que tantean por callejones sin salida, y aparece la ruta firme del progreso. Así, la libertad recupera su sentido original. Alimentada sin cesar con las esencias vivificantes de la cultura, que es universalmente humana por las contribuciones de todos los individuos y pueblos, la libertad — palabra tentadora, consoladora o engañosa — se convierte en fuerza lúcida, en potencia creadora, en la quintaesencia de la verdadera moral que ennoblece la persona humana, la del individuo que siente sus responsabilidades para con sus semejantes y conoce sus deberes mediante la comunión con las realidades de mundo terrestre y cósmico.

España en la Edad Moderna

por Abraham Guillén

Tesis sobre su historia: de la unidad nacional y el imperio a la decadencia

(Conclusión)

13. — España y América: América se perdió para España porque le prohibíamos plantar olivos, viñas y comerciar con el extranjero. Como nosotros no teníamos industria poderosa, sólo queríamos tener el monopolio del vino, del aceite y de otros productos con las colonias. Así no les dejábamos a los «criollos» en su agricultura; no les llevábamos maquinarias para su industrialización; sencillamente porque España seguía siendo un país neo-feudal, poco apropiado para desenvolver el comercio con las Indias Occidentales.

Las colonias hispanoamericanas hacia tiempo que recibían productos manufacturados de Europa, que no producía España. Incluso el comercio más provechoso con las Indias — el tráfico de esclavos negros — fue realizado por Inglaterra, bajo cláusula acordada por el Tratado de Utrecht. España no sacó provecho sustancial, como no fuera almacenar oro y repartirse tierras, de su Imperio de las Indias.

Un clero secular numeroso y los tribunales de la Inquisición, vigilaban las conciencias de los criollos y los esclavos. La Iglesia prohibía las lecturas de los filósofos burgueses descreídos partidarios de la Revolución Francesa de 1789-93.

Sin libertad de comercio ni para plantar olivos o vides, sin autonomía administrativa, Hispanoamérica se rebeló contra la madre patria. En 1809, cuando España era aliada de Inglaterra contra Napoleón, perdieron los «criollos» las batallas de la independencia, particularmente en Venezuela. Pero de 1815 a 1829 triunfaron: España ya no contaba con la neutralidad de Inglaterra. El general Riego se había sublevado, en Cabezas de San Juan, en 1820 porque no quería aplastar las libertades de América, sino hacer jurar la constitución liberal al rey Fernando VII. España, sin poderío industrial y naval, tuvo que abandonar América, dejándola abierta a la colonización financiera y comercial de la Europa capitalista y de Norteamérica.

Inglaterra y Estados Unidos — cuando se convocó la Conferencia de Panamá de 1824-26 para unificar las ex-colonias hispanas en una gran nación — bloquearon los objetivos unitarios de Bolívar, para mantener desunidas a las naciones latinoamericanas, a fin de poder recolonizarlas financieramente, luego de su independencia atomizada, balkanizada.

España pudo haber salvado la unidad hispanoamericana en una comunidad de naciones libres, pero no tenta industria, cultura avanzada y poderío financiero para dirigir una colonización hispánica en los cinco continentes. Actualmente, España vuelve hacia América con emigrantes, sobre todo, gallegos echados de su tierra natal por

falta de desarrollo económico, por presión demográfica. En adelante, es necesario que España vuelva sobre Iberoamérica con técnicos, ingenieros, y especialistas para poder contribuir a la liberación de los pueblos iberoamericanos, que quiere engullirse el imperialismo del dólar. Es difícil que seamos útiles los españoles a los iberoamericanos mientras nosotros mismos no seamos un país libre del imperialismo anglo-sajón, que todavía mantiene posiciones coloniales en Iberoamérica y en España (Gibraltar).

14. — España y la Guerra de los Treinta años: Asoló a Europa con ejecuciones en masa, levás militares, persecuciones y la destrucción de la economía. España defendía a Fernando de Estiria y el catolicismo contra el protestantismo. Fernando utilizó el poderío español para hacer la unidad alemana. En lo concreto, Madrid pretendía que se le devolvieran los Países Bajos. Los Estados europeos (incluida la Francia católica) no querían que se crease un nuevo Sacro Romano Imperio, bajo la corona de los Austrias. Por hacer triunfar el catolicismo, una forma abstracta del imperialismo de Felipe II, España dispuso su Tesoro, comercio, industria y agriculturo, así como sus juventudes. En vez de destinar la «Armada Invencible» al transporte de riquezas de América, para desarrollar nuestra economía y comercio quemamos nuestros buques en Lepanto contra los turcos; y en el Canal de la Mancha, contra los protestantes ingleses.

A la hora de la paz de Westfalia (1648) y de los Pirineos (1659), España pagó duramente su intervención descabellada en la Guerra de los Treinta Años. Francia ensancho sus fronteras del Norte a expensas de España. Por el tratado de Utrecht los españoles perdieron todas sus posesiones europeas que bajo la casa de Austria no le sirvieron para nada, como no fuera para ser peones en la estrategia y la política de dicha dinastía, que nunca pensó en española, sino en poner España al servicio del imperio germano. Carlos V lleva la denominación alemana, ya que era I de España y V de Alemania.

Después de la batalla de Rocroy (1643)... ganada por los franceses a los españoles... el ejército hispano ya no contaba como potencia armada: la época de los Tercios de Flandes y de Italia había pasado, así como las glorias de la batalla de Pavia (1525), con el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. Sin poderío económico, desangrados y arruinados por la Guerra de los Treinta Años, los Austrias Felipe III, Felipe IV y Carlos II «El Hechizado», perdieron, a su vez, el Rosellón, Artois, Franco Condado y, sobre todo, Portugal, que se separó de España, por presión combinada de Francia e Inglaterra, para liquidar a nuestro país como potencia mundial.

Con la casa de Austria fuimos a remolque de Alemania; con la casa de Borbón, al de Francia. Nunca tuvo España

durante el Imperio Hispano una dinastía auténticamente española, que pusiera el país por encima de las combinaciones estratégicas de franceses y alemanes.

La paz de Utrecht (1713) nos quitó Gibraltar, Mallorca, Cerdeña, Nápoles, Milanesado, Bélgica: nos liquidó como potencia europea. La paz de Viena y Aquisgram nos devolvió algunas posesiones italianas, pero con soberanía independiente de España. Hemos sido un país con todas las posibilidades a nuestro alcance para ser una gran nación durante muchos siglos, pero los Borbones y los Austrias nos utilizaron como país en forma de negocio privado. La Iglesia española quiso rey cristianísimo, o mejor dicho, catolicísimo, aunque el país no tuviera política internacional propia: el Vaticano, los Austrias y los Borbones hacían la política en España para arruinarla; y ninguna revolución surgió para barrer tanta podredumbre política.

Hoy Franco pone España al servicio del Pentágono, del Vaticano y del marco alemán con igual desprecio del país que los Austrias y los Borbones.

15. — La monarquía contra la nación: Carlos V y Fernando II soñaban con el Sacro Romano Imperio de Otón el Grande o de Federico Barbarroja, pero a costa del dinero, la sangre y los intereses nacionales de España, agotada estérilmente contra Europa en la Guerra de los Treinta Años. ¡Lástima que los Comuneros de Castilla y las Germanías no cumplieran, en España, el papel de Cromwell, en Inglaterra, contra Carlos II!

La España de la victoria de Pavía, del tratado de Madrid contra Francisco I y del Tratado de Cambrai, es primera potencia de Europa, pero a favor de Alemania o, mejor dicho, de la política de familia de la casa de Austria, que hizo del ejército y del tesoro de España el gendarme y el financiero de los Estados centrales, donde nuestro país tenía menos intereses que en África, Portugal y el Mediterráneo.

Los ministros y consejeros más notables de Carlos V eran flamencos, alemanes o miembros de la Iglesia: antepusieron los intereses de la Europa central contra los de España, o los de la Iglesia contra el pueblo y la nación hispana.

Francia, Holanda e Inglaterra, durante la Guerra de los Treinta Años, se muestran como países de empresa, con una política auténticamente nacional en esa guerra, mientras España se revela como un país de aventura; sin política nacional ni política internacional al servicio de su interés económico y estratégico, como potencia mundial. En la Guerra de los Treinta Años, los generales no saben realmente por qué pelean en Europa, mientras Halborough, Turenne, Gustavo Adolfo, Condé, Richelieu y Mazarino tienen conciencia de que van a crear poderosas nacionalidades. Tanto que el rey catolicísimo Luis XIV y sus cardenales Richelieu y Mazarino, se sitúan del lado de la Europa protestante contra la monarquía bifronte austroespañola. A la hora de la paz de Utrecht, Luis XIV ha creado una nación poderosa, sirviéndose de la religión para la política, mientras que en España se servía la religión de la política, para desangrar y arruinar a España, en las guerras de religión.

Luis XIV consiguió todo contra España: separar a Portugal de la unidad ibérica y colocar a su nieto Felipe V en el sillón real de España. Para no alarmar a Inglaterra, Felipe V declaró renunciar a la corona de Francia. En compensación, los británicos recibieron Gibraltar, Mallor-

ca y el monopolio del comercio de esclavos negros con las colonias españolas de América. Con el apoyo de la Iglesia, la monarquía borbónica pasó a España sustituyendo a la casa de Austria; pero ambos, Borbones y Austrias estaban contra la nación española, pues reflejaron, en el trono español, los intereses bastardos y antinacionales de dinastías extranjeras dominantes en Europa. España, que por su poderío económico e imperial, debía haber hecho la nueva Europa era modelada colonialmente a la manera de las políticas europeas de los Austrias o de los Borbones.

16. — Las frustración histórica de España: Luego de la victoria de las Navas de Tolosa (1212), los moros quedaron reducidos a los reinos de Córdoba y Granada. Pero la división de España y Portugal, que hiciera Alfonso VI, incapacitaba a nuestro país para abreviar la liberación nacional. El reino de Aragón se lanzó hacia el Mediterráneo en su expansión, llegando con Jaime el Conquistador a Baleares y Sicilia. El reino de Navarra siempre tuvo su política ligada a Francia, más que a España. Portugal se lanzó hacia el Atlántico y África, en su expansión. Castilla, Asturias y León se concentraron hacia la reconquista interior: España era un mosaico de reinos feudales, luchando los unos contra los otros, incapaces de ser unidos por una política racional de unidad nacional, que no está hecha aún en el siglo XX, caso único en Europa, con la separación de España y Portugal.

Con la casa de Austria, España se volcó en Europa contra su interés nacional en África y América. Con la casa de Borbón, bajo el «pacto de familia», fuimos un «satélite» de Francia y de Inglaterra. Con Franco, la crisis histórica y política sigue vigente: somos un «satélite» de Estados Unidos, un convento grande, un cuartel y una cárcel. Nuestro país necesita, por fin, un movimiento ibérico de liberación que sirva de cemento a la unidad entre Portugal y España. Si no somos capaces de hacer la unidad ibérica, no podremos negociar con los pueblos norteafricanos la creación de un vasto mercado común hispano-africano. En consecuencia, España y Portugal servirán de bases aeronavales y coheteriles para los yanquis, que pueden destruir nuestro país, caso de una guerra atómica entre soviéticos y norteamericanos. Hay que acabar con la frustración histórica de España, para hacer la unidad ibérica, sobre la base de una Federación con economía, política, estrategia y diplomacia centralizadas, pero con suficiente autonomía administrativa para las regiones federadas.

Es necesario salir de la crisis histórica hispana. Durante la guerra de la Beltraneja opusimos, indebidamente, Castilla y Portugal. En el levantamiento de los Comuneros de Castilla contra Carlos V y su monarquía extranjera, los líderes perdieron porque no se declararon republicanos; era demasiado pronto. En la guerra de sucesión, a la muerte de Carlos II «El Hechizado», se vendió, con la aceptación de la dinastía borbónica, la soberanía de España a Francia. En la guerra de liberación contra Napoleón Bonaparte, los guerrilleros españoles tuvieron el Poder, que había dejado abandonado el Ejército realista, pero éstos lo volvieron a perder al aceptar la restauración de la monarquía decrepita en la persona de Fernando VII. Con las guerras carlistas, peleamos por una hembra o un varón del tronco podrido de los borbones, desgranando inútilmente a España. En la guerra civil de 1936-39, el pueblo tuvo la fuerza y pudo ganar la guerra, pero

no tenía cerebros capaces para hacer triunfar la revolución nacional y social, que necesitaba España. Es necesario, una vez por todas, hacer la revolución que cambie las viejas estructuras hispánicas, que no marchan más, que no facilitan el desarrollo económico, cultural y tecnológico del país. Después de Franco no puede volverse a un neo-liberalismo anacrónico, ahora que España necesita soluciones democráticas y federales bajo un gran movimiento ibérico de auténtica liberación.

17. — Europa y España: Nuestra unidad hacia África hacia Europa debe hacerse sobre la base de una doctrina no capitalista, liberada de ataduras imperialistas, para que pueda ser efectiva. Los tiempos del imperialismo geoeconómico han pasado ya a la historia sobre el predominio de una nación o de un bloque de naciones particularistas. El imperio posible es solamente el de las ideas de redención, no en el cielo, sino en la tierra; sin explotación del hombre por el hombre, sin que la propiedad sea desposesión del pueblo o derecho de usar y abusar de éste por una pequeña minoría de privilegiados.

Europa no puede ser defendida por el Pacto del Atlántico, por la estrategia imperialista de la OTAN, donde el dólar define los objetivos de la política y de la economía de los pueblos europeos. Europa no será ni hecha ni protegida por la estrategia atlántica del imperialismo anglosajón, sino por una libre federación de pueblos no capitalistas, que englobe a países y regiones sin demarcaciones artificiales de fronteras. Rusia no es una potencia que no sea europea: para hacer la paz y liberar a los pueblos del viejo mundo no se puede prescindir de la Unión Soviética, pero sin subordinarse a ella con la misma devoción que Franco se subordinó a los Estados Unidos.

Para hacer una Europa a lo Gregorio VII, Otón el Grande, Carlo Magno, Carlos V, Napoleón, Briand o de la Comunidad Económica Europea, han pasado los tiempos del nacionalismo económico, sobre la base del poder de la burguesía. La Europa nueva será socialista para hacer su unidad y evitar la guerra, o será con capitalismo otra vez, ruinas humeantes. Ante una perspectiva apocalíptica del capitalismo es necesario atajar el mal de la guerra imperialista: hacer la revolución socialista en cada país, para unificar todos los países luego en una federación de pueblos iguales, sin «chovinismo de gran nación» del Este o del Oeste. Entretanto, España debe estrechar más sus lazos con un Norte de África, que apunta al socialismo, que con una Europa capitalista que provocará la guerra.

18. — Unidad ibérica o decadencia: España y Portugal siempre fueron una misma nación ibérica, antes de los reinos feudales católicos y de los «reinos moros de taifas». Viriato luchó por la unidad ibérica contra la invasión romana, aunque era de origen lusitano. Sertorio quiso una república española unificada contra Roma, y tuvo su capital ibérica en Evora. La España visigoda fue una e indivisible. El Califato de Córdoba dio a España su verdadera fisonomía euro-africana durante la inteligente conducción política de Abderramán III y, sobre todo, de Almanzor. Córdoba musulmana, con su millón de habitantes, era la capital euroafricana más brillante de su época. Toledo se constituyó en la capital visigoda de una península ibérica unificada, hacia el siglo VI.

La Iberia visigótica se resquebrajó cuando la Iglesia, a partir de Recaredo (587), comenzó a ser intolerante con los judíos y los fieles a la religión arriana. San Isidoro

de Sevilla hizo, como el cardenal Cisneros, la unidad religiosa dentro de la persecución inquisitorial de arrianos y judíos. Bajo el rey visigótico Sisebuto (602) imperaba en España la Inquisición: los judíos, los plebeyos y los fieles a la religión arriana fueron encarcelados y perseguidos. Así se rompió la unidad espiritual de la nación, tomando a la Iglesia por el país.

Los concilios de Toledo eran el verdadero gobierno de la España visigoda, pero no más que un parlamento aristocrático con ausencia del verdadero pueblo, como en las Cortes de Franco: expresión de la Iglesia, del Ejército, de la Aristocracia, de la Burguesía y del Partido único (Falange).

La España visigoda se derrumbó, como un castillo de naipes, porque era el único país europeo que seguía manteniendo el orden romano, la estructura de clases de la sociedad románica, con sus esclavos y clientes, para que disfrutara de la riqueza y del Poder una reducida minoría. En la batalla del Guadalete (713) cayó una España esclavizada, hambreada, dividida por persecuciones religiosas. Los árabes, en cierto modo, contaron con el apoyo de parte de la población, que les dio cobertura política. Pues el Islam no reconocía la esclavitud como una condición humana insuperable: bastaba a los nuevos fieles, para ser libres, pasarse a la religión de Mahoma.

España debe hacer la unidad con Portugal para que estas dos naciones ibéricas formen siquiera una sola, que tenga derecho a hablar de igual a igual con las primeras potencias. En la hora de la astronómica, cuando el espacio y el tiempo terrestre ya tienen casi duración y dimensión, no es posible que España y Portugal sean dos naciones a medias, dos semicolonias del imperialismo anglosajón, dos mitades de un todo, que escindidas llevarán a la península ibérica a la peor de todas sus decadencias; pero la unidad ibérica no se hará con clericalismo, feudalismo y militarismo, sino con socialismo, con federalismo, sin clases sociales antagónicas, sin la dialéctica del amo y del esclavo o del obrero y el patrón.

19. — La decadencia histórica de España: Es atribuible al feudalismo residual, la Inquisición (prólogo de la barbarie nazi-fascista en Europa), al desmedido crecimiento de las órdenes religiosas (todavía 50.000 curas españoles están en el extranjero, asciende a 82.000 el número de monjas) y no se sabe cuántos religiosos varones hay en España, al paro obrero crónico en las ciudades y en el campo (la mayor parte de los campesinos sólo trabaja en el verano), la ruina de la industria nacional (gravada con excesivos impuestos), la emigración de millones de españoles hacia América. (Ahora con Franco van hacia Europa, donde hay cerca de un millón de trabajadores hispanos como mano de obra descalificada), las guerras de religión en Europa (que sacrificaron a España en aras del catolicismo feudal contra el protestantismo burgués) y la existencia de una numerosa burocracia militar, eclesiástica, política y administrativa, que se traga al país, restándole la mayor parte del capital noble para inversión, para modernizar la industria, la agricultura y los servicios públicos.

En España, desde hace años, sólo trabajan alrededor de 15 españoles de cada 100. Con tan baja tasa de población productiva, el país no podrá industrializarse ni aunque

le regalen todos los dólares de Wall Street. La solución hacia la sociedad industrialista, con abundamiento económico, sólo puede lograrse por medio de la recapitalización interna, confiscando las rentas parasitarias de la plutocracia financiera e industrial y de la oligarquía terrateniente; reduciendo la burocracia supernumeraria, que debe ser transferida a sectores productores de bienes, dando trabajo a todos los españoles. Para ello hay que abolir los monopolios industriales, comerciales y financieros y los latifundios de corte feudal, que se oponen al progreso en el caso español, a la mecanización del trabajo rural para elevar su productividad, a fin de transferir mano de obra rural a servicios, minería, industria, cuerpos técnicos, energía, etc.

Bajó las casas reales de los Austrias y de los Borbones, España vivía empeñada con banqueros extranjeros. Los Fugger obtuvieron derechos para la acuñación de monedas en España, en 1535. Los Welsera recibieron de Carlos V derechos exclusivos para explotar a Venezuela, durante 20 años. La inflación de la moneda de vellón fue el signo financiero de la monarquía española de la época imperial. Con Austrias o Borbones, el país ha sido presa de recaudadores de tributos, arrendados a particulares por la corona. La inflación española, antes de prodigarse el papel-moneda se hacía quitando peso a la moneda de vellón, de oro o de plata, para multiplicar los panes y los peces en beneficio del rey, pero en contra del desarrollo económico y tecnológico de España.

20. — Burocracia y subdesarrollo económico: La burocratización de la vida en España reside en la lentitud del crecimiento económica de la industria y de la agricultura, lo cual produce una desocupación crónica, que va más allá de las cifras oficiales de paro obrero y rural. Ante la insatisfacción económica y cultural de las masas populares, las luchas de clases son siempre muy tensas en España. Así las cosas, el Estado gendarme exige un fuerte aparato de control, vigilancia y ejecución, de sus organismos, para tener a la sociedad amordazada, contra la pared, sin libertades democráticas. La crisis económica crónica ha producido, en España, una crisis política endémica que necesita, para ser superada, la realización de una profunda revolución que coloque al país a la vanguardia de los pueblos más desarrollados económica, cultural y tecnológicamente de Europa.

La burocracia, por su excesivo número, es el cáncer de España, pues exige al capital mucha participación en las ganancias (no dejando casi nada para renovar los equipos de producción). Ello mantiene a la clase obrera y a los campesinos dentro de un nivel de vida infrahumano, con salarios que no llegan a 1/3 del valor de Europa, a fin de que el capital saque ganancia de la rebaja de los salarios y jornales a límites de subsistencia por debajo del mínimo vital. El burocratismo (militarista, falangista y administrativo) se opone al crecimiento económico de España, dentro del ritmo de la Comunidad Económica Europea estriba en reducir los salarios del obrero español a 1/3 o 1/4 de lo que ganan en Europa occidental los obreros de su misma especialidad. Para mantener este régimen, es evidente que la burguesía reaccionaria y el militarismo atlántico intentan echar a Franco, pero para seguir con su mismo sistema, un poco más a la izquierda en política y un poco más a la derecha en economía, a fin de que el marco y el dólar puedan desnacionalizar las empresas del grupo INI y controlar las posiciones claves

de la economía nacional. El problema no es derrocar a Franco sino el problema es: ¿Después de Franco... qué?

Mientras la población productiva (industria, agricultura, energía, pesca o productores de bienes) sólo ascienda al 15 % de la población total hispana, no conseguiremos con el esfuerzo propio nacional reponer el capital gastado durante un año, a menos que los obreros y campesinos no consuman nada. Pero si éstos no consumen, ellos, que son el mercado más grande, no hacen falta más industrias, sino menos. Así no podremos salir de la crisis económica estructural que sufre el país, en forma acumulativa, con Austrias, Borbones, liberales, conservadores, republicanos y falangistas. Si el capital gastado en un año no se repone, cuando lo progresivo es invertir más de lo gastado para elevar la productividad del trabajo y disminuir la jornada de labor, estamos ante un caso de biología económica. El régimen económico, que no se reproduce como capital, nulamente, tiene que desaparecer históricamente, por eso, en España siempre estamos atrasados de una revolución de verdad, o más bien de dos revoluciones sociales; una que no hicimos, como Francia, en 1789-95 ni en 1848, para la burguesía; otra, socialista, que debimos hacer en 1936-39, pero que fracasó.

21. — Economía e Historia: Los gastos de la Corona, en la época de los Reyes Católicos, ascendían a 500.000 ducados por año; con los primeros Austrias, a 2.000.000; pues aumentó con ellos notablemente la burocracia. Las provincias de Castilla eran administradas por 60.000 funcionarios de los cuales 15.000 en finanzas y 20.000 oficiales de la Inquisición. Había 10 capitanías generales, muchos corregidores, virreyes y altos funcionarios. El cargo de juez consistía en «eternizar los procesos para negociarlos en provecho de los magistrados», según denuncia Miguel de Cervantes. Se decía que la justicia era una máquina que había que engrasar con dinero, por eso se ha dicho que en España la justicia es cara, lenta y mala. Bajo Austrias y Borbones, las Cortes no representaban nada y los municipios estaban oprimidos. Con el franquismo continúa el mismo régimen de hace cinco siglos, pero con menos libertades populares ahora que en la Edad Media.

Bajo la sangría financiera de la guerra de los Treinta Años, Felipe IV gastó de 1621 a 1643 unos 116 millones de doblones, de los cuales 1/3 para pagar en forma de deuda de la Corona; para salir del paso financiero el rey tuvo que crear el impuesto de las lanzas sobre los nobles; infinidad de impuestos indirectos sobre el consumo popular; el impuesto exorbitante de la alcabala (10 % sobre el valor de las ventas que fue elevado al 14 %); una tasa del 10 % sobre el valor de entrada de las mercancías extranjeras; en fin, la Corona percibía el 40 % de los beneficios de los monopolios de la sal, el tabaco, la pólvora, el mercurio, el chocolate, el plomo, el azufre, la cera, las aguas minerales, etc.. La nobleza y el clero no pagaban ningún impuesto; pagaban los vidrios rotos los que menos ingresos tenían. Castilla pagó en impuestos unos 8 millones de ducados en 1621, contra 188 millones de ducados en 1645 (por impuestos ordinarios) y 509 millones (por impuestos extraordinarios). En estas condiciones, desfavorables económicamente, la industria no prosperaba en España, dejando así sin sostén económico y técnico a las fuerzas armadas, que tenían que haber defendido la posición imperial de España. Hoy

como ayer, el ejército español gasta mucho en burocracia, en sueldos burocráticos, pero casi nada en industria pesada, en energía nuclear, que es lo único que podría defender a España frente al chantaje nuclear británico o yanqui, si nuestro pueblo trata de recuperar su soberanía sobre Gibraltar y sobre las bases aeronavales arrendadas por el franquismo a Estados Unidos, con la venia de las fuerzas armadas.

El ejército, en la época de la estrategia nuclear tiene que hacerse en los laboratorios, en las centrales nucleares, en el estudio de la cibernética, en la balística exterior, en la conducción de grandes empresas industriales apropiadas para la defensa, en llevar a los soldados a ayudar a los agricultores o en hacer centrales, canales de riego, rutas, ferrocarriles y obras públicas. Sólo un ejército de ingenieros y especialistas es ejército moderna; todo lo demás es gendarmería, policía militar al servicio del imperialismo, que le vende sus armas de chatarrería.

22. — Época imperial y comercio exterior: Durante los Austrias, ya en plena decadencia imperial, nuestro comercio exterior había quedado reducido a su mínima expresión. Barcos genoveses, franceses y británicos realizaban el tráfico comercial español con América. En 1620, las importaciones españolas alcanzaron a 26 millones de ducados y las exportaciones a 19 millones (principalmente vino, aceite y sedas). Los comerciantes extranjeros controlaban las 9/10 partes del comercio con las Indias. América era, comercialmente, una colonia mercantil de los extranjeros. La flota mercante española, que se componía de 117 bajeles, en los momentos más florecientes de los Austrias, se redujo a menos de 60. Durante siglo y medio de Imperio de Indias, el comercio alcanzó (incluidos los metales preciosos) a 12.000 millones de ducados; pero, a la hora de la paz de Utrecht, España sólo disponía de 1/12 de su tesoro de Indias. La Guerra de los Treinta Años arrancaba al país 1.000.000 de hombres para la guerra, la emigración a las Indias ascendía a 40.000 personas por año y la población española, que era de 8.200.000 habitantes, descendió a 6.000.000 bajo Carlos II «El Hechizado».

23. — Historia e Iglesia católica en España: En la época de los Austrias había en España 120.000 iglesias y capillas, 200.000 prebendados, 12 arzobispados, 54 obispados, miles de canónigos, 9.000 conventos de monjas, 70.000 religiosos, 3.000 monasterios, 10 tribunales de la Inquisición, es decir, con todo, cerca de medio millón de clérigos. ¿Cómo podría así España formar capital para inversión, en industrias, minería, transportes, universidades y agricultura, si la burocracia siempre se llevó la nata del ahorro nacional? Luego de varios siglos, hoy como ayer, todo sigue lo mismo. España no puede prosperar con el clericalismo y el militarismo, que controlan las posiciones claves en el capital y en la tierra, dando al capitalismo español una forma social reaccionaria, más oligárquica que burguesa, con la entrega del país al imperialismo del dólar.

En las Cortes españolas de la época imperial se decía «que los conventos eran asilo de perezosos que la sociedad tenía que alimentar». Los clérigos ascendían al 5,5 % de la población total española. El arzobispo de Toledo, primado de España, contaba con una renta de 300.000 du-

cados, y el resto de los obispos de importancia disfrutaban de un ingreso anual de 40 a 60.000 ducados. En total, el clero costaba al país, anualmente, 1.740.000 ducados, que invertidos en industria, marina mercante, obras públicas y arsenales, hubieran dado a España una posición estratégica dominante durante toda la época del capitalismo. El clero succionó las rentas más nobles de España. El monasterio de San Bernardo de Valladolid disfrutaba de una renta anual, por valor de 400.000 ducados. Una quinta parte de la tierra de España, antes de la desamortización de bienes, pertenecía a la Iglesia. El clero castellano sustrata el 10 % del ingreso bruto de la región. Algunos escritores y políticos de la época de los Austrias decían que el clero heredando siempre y no vendiendo nada llegaría a ser dueño de toda la tierra de España. La Iglesia percibía el diezmo (1/10) del valor de las cosechas; tenían inmunidad jurídica; fueron propio las fuerzas armadas; no pagaban impuestos. Hoy como ayer, todo sigue lo mismo, con Franco. El ejército tiene estatuto propio y la Iglesia también; ambos son los dos partidos políticos eternos de España. ¿Hasta cuándo, españoles?

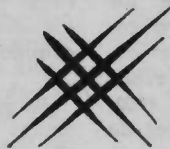
En la época de Torquemada había en América 400 conventos en la Nueva España; en 1521 su número era de 500. Felipe III decía que los conventos ocupaban más terreno en Lima que el resto de la villa. En 1644, la villa de México protestó contra la fundación de nuevos conventos porque acabarían acaparando toda la tierra buena del país. Hacia 1649, en la Nueva España existían 6.000 religiosos, 1 patriarca, 6 arzobispos, 32 obispos, 346 canónigos, dos abadías, 5 capellanías y 840 conventos. Se diría, irónicamente, que todas las conquistas de España en América fueron conquistas para la Iglesia, aun después de la independencia de Iberoamérica.

Ante la amplitud de propiedades inmuebles y bienes muebles de la Iglesia, Carlos III expulsó a los jesuitas en 1769, pues la política de este rey liberal era: «defensa del Estado y de la Monarquía, pero no de Roma». Carlos III frenó los tribunales de la Inquisición, que condenaban verbalmente a sabios, filósofos y políticos por sus ideas liberales. Con Carlos III, la Inquisición ya no podía quemar las obras literarias de los hombres progresivos, pero a la muerte de Carlos III, la Inquisición volvió a recuperar su antigua preponderancia. También los jesuitas, que eran los Templarios de España y lo siguen siendo, mientras no encuentren un Felipe el Hermoso, de Francia.

24. — Militarismo e Imperio: Durante el reinado de Felipe II, la fuerza armada de España ascendía a 150.000 soldados. Con Felipe IV los efectivos declinaron a menos de 100.000, mientras Richelieu movilizaba 150.000. Las milicias provinciales eran financiadas en España mediante el impuesto de lanzas. En 1610, para financiar una recluta de 6.000 soldados, faltaba dinero. Los mandos militares eran incapaces en el arte de la guerra; la jerarquía se conseguía por derecho propio; los generales nacían ya así del vientre de su madre. Los soldados estaban desarrapados, hambrientos y mal armados, pero aún peor dirigidos.

Después de la «Armada Invencible», España había perdido el predominio naval en Europa. En 1630, contábamos 72 galeras y 14 galeones. Durante la Guerra de Treinta Años, España puso en acción 60 bajeles a remo y 70 a vela, con un tonelaje aproximado de 600 a 1.000 toneladas. Los buques de guerra iban equipados con 24 cañones, pero la marina mercante no existía. Así, pues, los extranjeros comenzaron a dominar nuestro comercio ultramarino con las Indias. España no se sirvió de la marina de guerra para apoyar a la marina mercante, sino para gastarla en las guerras de religión, dejando desamparado de comunicaciones marítimas el imperio. España no quería trigo, carne o productos de las Indias, sino oro. Así no necesitaba marina mercante grande. Y

sin comercio, una nación deja de existir, como le sucedió a España. ¿Cómo explicarse que los españoles se murieran de hambre bajo los Austrias y los Borbones mientras se tiraba la carne de América por falta de buques de transporte? ¿Cabe mayor desastre económico para una nación. España necesita, por fin, verdaderas soluciones, aunque ahora es más pobre y más pequeña que en la época imperial. Pero no hay país pobre, sino empobrecido, ya que con la ciencia y la técnica todo se puede conseguir. España debe ser una gran potencia nuclear para dar el «gran salto hacia adelante», pero con revolución social libertadora, con socialismo de autogestión de la economía por los trabajadores libres.



Objetivos y acción del sindicalismo

Los objetivos del sindicalismo no se reducen simplemente a la conquista de mejoras económicas y morales, como son aumentos de salario, reducción de jornadas, reglamentación profesional, higiene y seguridad en el trabajo, contratos colectivos, etc., sino que ellos llegan al límite máximo de la oposición al capitalismo y el Estado.

El sindicalismo revolucionario, como instrumento orgánico puesto en manos del proletariado, idealizado y definido por las aportaciones intelectuales y espirituales de los anarquistas, pretende bastarse a sí mismo para liberar a los trabajadores de las inmediatas opresiones de todo género, ya capitalísticas, ya estatales, y para coadyuvar en primera línea a la integral manumisión económico-político-social de la humanidad. A despecho de todo, una recta y clara interpretación del contenido del sindicalismo como entidad y una tenaz práctica de sus postulados básicos, que son todo un tratado de ciencia económico-social, de valoración política y de honda interpretación de la psicología de los pueblos, son bastante para llevar a los escépticos a la comprensión de lo veraz de nuestras afirmaciones.

El salario, el descanso, la ordenación del trabajo, el respeto a la personalidad individual y colectiva de los trabajadores, la salud y la vida de éstos, todo ello se defiende convenientemente, eficazmente, por el sindicalismo, y es el sindicalismo el instrumento adecuado y capaz para suplantarse con ventaja la acción de los partidos políticos y para desterrar el profesionalismo político.

Cuando hablamos de oposición universal al capitalismo, queremos significar que el trabajo, erigido en derecho social, se basta imperativamente para imponer a aquél todas las garantías de respeto, moralidad y responsabilidad, al proletariado y ante el proletariado y la comunidad social.

Juan PEIRO

El destino de los pueblos ante las élites políticas

por SEVERINO CAMPOS

AS ciencias sociales van ganando nuevas dimensiones. Entre ellas, de fondo humanista se constata una preocupación que hace notorio su progresivo ascenso. Se intensifica el esfuerzo tendente a valorizar la verdad, y vano sería negar que ésta cada día es más potente y prometedora. Todo confirma que en diferentes campos de estudio se sistematizan las meditaciones para superar al hombre. Esto no desmiente, como es comparable también, la fuerte influencia, en algunos sectores de la vida social, a aceptar los métodos que la ciencia releva como más eficaces. Y si algo vamos independizándonos de los vínculos religiosos, aún es predominante la creencia en que la solución de lo que se persigue radica en los sistemas políticos.

No es tema de reciente aparición. Con la pretensión de resolverlo, en auxilio de tesis diversas se han producido monumentos de literatura. Desde remotos tiempos se están consumiendo muchos ejercicios centales y mucha curiosidad humana. Las buenas intenciones no faltaron, han sido muchas; los aciertos no fueron tantos.

Los métodos para abrir cauces sólidos van hallando su lugar; la ciencia se ofrece como realidad y promesa bienhechora; la orientación de la vida abandona los sacerdocios creyentes, para fomentar la sociedad humana en los baluartes de científicos y de solidaridad. El verbo mágico de las divinidades puso de relieve su inutilidad; ya sólo es patrimonio de mentes embrutecidas por clérigos de toda laya. A ese destino, tras las religiosas tienen el turno las creencias políticas.

Las multitudes, ambición de los adalides impostores, fraccionadas por los distintos verbos del engaño, todavía no hallaron los medios para renunciar a la fe. ¿Permanecerán estancadas? No por cierto. Bastantes elementos de su seno, cuando de analizar y discutir los problemas de la vida se trata, esgrimen recursos de razonamiento tan lógico como

algunos intelectuales encumbrados. Enjuician los defectos de la sociedad actual, particularmente su sistema político y económico, con una proyección de vida futura encaminada a compenetrar valores humanos.

¿Las élites, orientan sus esfuerzos y atenciones a esa misión? ¿Rinden culto a la verdad? ¿Son dignas de alguna esperanza? ¿Hay en ellas alguna base moral para verídicas y justas soluciones? La historia les niega esas virtudes. El aliento que infundieron en los movimientos populares se extinguió al cubrir objetivos de dominio; llegados ahí se divorciaron del espíritu que les impulsó a las justas reivindicaciones. El infortunio de los pueblos se ha reducido sólo en la proporción que éstos directamente pudieron resolver sus problemas.

Tanto los jerarcas más encumbrados en los gobiernos férreos — militares, religiosos y civiles —, como los más modestos apóstoles de la enseñanza, justificaron, y siguen justificando su función en aras a mejorar la suerte del hombre. A unos y a otros, en estos momentos, la ciencia y la ética les replica y les aconseja; cada una de éstas mantiene su personalidad; a dis-

posición de la humanidad tienen sus recursos; sólo del ser humano dependen los usos y los resultados.

¿Qué vías son las más fecundas para lograr metas tan sublimes como son las de ver al individuo libre y feliz? Ya abundan los factores capaces de influir. La psicología es un campo de estudio con recursos auxiliares para valiosos descubrimientos en la naturaleza humana. Las élites representantes del presente mundo social nunca tuvieron interés en profundizar investigaciones tan provechosas; con el fin de conservar sus creencias, privilegios económicos, jerarquías políticas y militares, se esfuerzan en mantener al hombre con las mismas características que hoy le vemos.

LOGRAR el tipo humano con conciencia de su valor social, con aprecio a su vida y a la de sus semejantes, no es competencia de la didáctica oficial; ésta toda es convencional; cultiva al individuo para hacerlo creyente y obediente; el espíritu de amplia libertad no reza en ese catecismo. Los métodos hasta hoy practicados no fueron fructuosos; por lo menos no lo han sido en la medida que la

humanidad se inquieta por ser dichosa.

El antagonismo entre el espíritu opresor y el de independencia no concede sosiego a nadie; por este mismo estado general, ni la mente adquiere su plenitud de potencia y lucidez, ni las energías físicas rinden lo que podrían en estado normal. Se hace indispensable un cambio en la orientación. Aceptar los métodos que modifiquen la actual formación del hombre, fomentando en éste virtudes idóneas de sociabilidad, es paso primordial e ineludible.

La lenta superación de los pueblos es una corriente que termina rompiendo los diques que se le anteponen. Que las élites no cifren esperanzas de dominio eterno; por elevados que edifiquen sus pedestales no escaparán a su derrumbe por la fuerza popular. Esto, por sí, indica la imperiosa necesidad de abrir vías a nuevas experiencias, particularmente en aquellas donde la ética y la ciencia ocupen lugar predilecto.

Si fines sociales tan elevados como son esas ambiciones requieren el conocimiento y dominio del medio natural, se hace más necesario saber qué factores hay en la formación del hombre que dificulten lograr la dicha buscada y no hallada. La incompatibilidades con ese fin no son fundamentalmente económicas. También aquí puede localizarse uno de los monumentales errores del materialismo histórico. De resistencia superior median otras causas que solamente la educación puede desplazar, y aportar sustituyentes de valor constructivo.

Tampoco en esta obra de transformación superadora tienen base las élites de agitación política; en éstas todo es efímero, sin seriedad ideológica, carente de moral solidaria; lo que unas construyen otras lo destruyen; y a veces, destruir hoy lo que ayer reconstruyeron, es realidad comprobable en próceres que se iniciaron en inspiraciones elocuentes de reivindicación social. No son raros estos contrastes; en política se negará mañana lo que se afirma hoy.

Filósofos de épocas remotas ya agitaron sus mentes, influenciadas por sentimientos tan fraternales como el pretender una humanidad hermanada. Voces aisladas, sin organización de ideas afines, desde luego, pero que no dejaron de tener su repercusión histórica. Aportaciones de poca significación del mundo superior que anhelan las personas de mejor condición.

Con la convicción de que a todos favorece una mayor libertad, y un superior grado de responsabilidad individual, se han librado de repercusión universal. Fueron avatares donde no todos los luchadores hallaron destino feliz. Como testimonio de generosidad, de valores prodigiosos que en futuras épocas abundarán, en esas batallas perecieron los más dignos representantes de los méritos humanos.

Sin embargo, esos desenlaces no pueden considerarse como pérdida completa de lo que se estima componente superior de los hombres. Siempre queda algo que se lega al porvenir: Un rescaldo que propaga el fuego; una llamita que prende y vigoriza, la luz de la antorcha que ilumina los caminos de la superación. El calor de esos ejercicios, que es el fuego sagrado del ascenso social, se lega de unas a otras generaciones; vive en los recuerdos, en las narraciones históricas, en las artes, en la filosofía.

POCO se pierde de lo que tiene valor y potencia para fecundar futuras etapas de esplendor libertario; el intelecto científico y la generosidad moral del hombre tienen un destino común: Valorizar y libertar al género humano. Es la misión suprema de nuestra vida. Y una aportación tras otra, auxiliados por la luz de los concursantes más generosos, se va cimentando el terreno, a donde se sumarán otras conquistas, que darán forma y práctica a la utopía que para muchas gentes fue objeto de burla.

No olvidemos que este fenómeno tiene presencia permanente; es contemporáneo de todas las épocas, de todos los hombres y de todos los pueblos; es el que

lentamente labra para la humanidad el mejor destino. No es desacierto decir que opuesto a esta magnífica obra sólo hay la ignorancia; pero hay que propalar, paladinamente, que ésta queda localizada, en su aspecto más violento y peligroso, en las élites militares, religiosas y políticas.

Lo dicho tiene en su favor testimonios bien comprobados y comprobables. Por eso, cuando se piense formar áreas específicas de combate manumisor, de pensamiento y acción, con fines de elevación moral, hay que tener en frente, o a larga distancia, las castas acreditadas como potencias destructoras. Todo nos concierne tenerlo en cuenta; en tanto que entes sociales sufrimos los efectos de todos los movimientos de opinión. Y por ser los tres sectores aludidos quienes con mayor violencia flagelan a la humanidad, la conclusión no puede ser otra que inutilizarlos, con el fin de reducir obstáculos al destino libre del hombre.

En la política de proyección gubernamental se esgrime la dialéctica más insulsa y nefasta; arrastrados por esa corriente, los humildes nada pueden resolver en su favor. El verbo de sus apologistas siempre se eleva saturado de vanidad; son aspiraciones que en todo momento enardecen y embriagan, hasta hacer perder la noción de lo que se es capaz.

La meta triunfal de esas campañas dispone de una fuerza voraz que a todos funde y confunde en única misión: la razón de Estado y su necesidad de existir. Ahí se estrellará la voluntad de los pueblos que por ese conducto quieren redimirse. La mentalidad y la ética de las élites no pueden ofrecer otra solución.

¿Y los pueblos no pueden lograr otra suerte? El hombre es producto de su cultivo intelectual y de su práctica social; en su madurez resume y exterioriza las influencias que más han pesado en su formación. Lo cual indica, que el destino de las colectividades humanas no es resultado fortuito.

Si la libertad y la paz son los dos elementos básicos de la normalidad social, los generadores e

impulsores de la prosperidad benefactora, en todos los sentidos, para lograrlo sólo queda un medio de dos aspectos compatibles: Afirmación de la tendencia libertaria y negación de los métodos de dominio.

Sería ceguera inadmisibles desconocer que algunas personas, incorporadas a las élites de tendencia negativa, se iniciaron con buenas intenciones. Esas virtudes se pierden en el bregar de las

batallas políticas. Por lo demás, a las alturas históricas que vivimos no puede conformarnos la inspiración inicial; llegó el momento en que hay que movilizar la inteligencia y los sentimientos según causas y efectos comprobados.

Las leyes del determinismo autoritario siempre demostraron, hasta la saciedad, sus resultados incontrovertibles. Las élites que pugnan por el dominio, orientan-

do a los pueblos bajo el peso de la autoridad, no importa cómo la adjetiven, en la imagen del presente pueden ver el futuro próximo o remoto. El axioma no admite mixtificación: Por las vías autoritarias, más allá de la autoridad que se sufre siempre hay autoridad; por los senderos de la libertad, más allá de la que se goza siempre hay libertad.

Severino CAMPOS

El hombre y la sociedad

UNA base: el individuo. Un resultado: la sociedad. Un procedimiento: el respeto recíproco. Y más que el respeto, el apoyo mutuo.

Tales son las preocupaciones de los trabajadores confederales. No otra es su idea esencial, su fundamento y razón de ser.

Que el individuo sea hombre y no lobo. Que su civismo llegue a tal grado moral y ético que rinda inútil la idea misma de la autoridad, que cada ente sea una conciencia en marcha.

Hacer de la sociedad una hermandad completa, sin jerarquías, sin privilegios, sin amos. Una sociedad en donde todo sea de todos. En donde cada uno disponga de lo necesario, en donde la idea de monopolio, de acaparamiento y coacción haya desaparecido.

Y, con ese individuo y esta sociedad hacer de la Tierra un vergel.

Las violencias que los trabajadores de la C. N. T. han ejercido ocasionalmente, todas han sido forzadas. Que se sepa bien y que se grite bien alto: no acariciamos la menor violencia. Somos por temperamento y educación enemigos de todas las crueldades. Tenemos un ideal: El del Bien, de lo Bello, de lo Bueno. Por él y para él trabajamos, sentimos y luchamos desde que nos organizamos en Confederación hasta nuestros días.

Nuestro ideal es, pues, de paz. Mas no renunciamos a la fuerza organizada cuando el enemigo nos ataca violentamente.

Trabajador: reflexiona. Tú debes hacer lo mismo. Este y no otro ha de ser tu ideal y tu conducta. No basta con ser laborioso, honrado y leal; además de esas cualidades, de otra te has de impregnar, no menos indispensable: la del sentido de organización. ¡Organización! Esta es la piedra angular para asegurar el bienestar moral y económico de todo ser humano. En codo con codo fraterno y solidario, nadie podrá contra tí y tú podrás acabar con la sociedad actual, causante de la corrupción y la injusticia.

CONFIDENCIAS

por J. GUERRERO LUCAS

DOMINGO grisáceo y triste. Fecha anónima de exilio. Una exigencia en mi mesa, y un propósito en mi mente: no defraudar a la imprenta. Imperativo enojoso. Hoy mi espíritu está ausente, un poco desamparado, soñador, también un poco. Fervor o desesperanza? Mezcla de ambos, me parece. Contradicción natural y complicada del sentir con fuerza lo inaccesible Ausencia dolida, digo, tan perceptible en el seno de la multitud desértica que ciñe todo destierro. ¿No es acaso suficiente el dibujo de mi aislamiento? Es daño privilegiado, fruto de la ligazón carnal con lo que es más nuestro: costumbres, color local, lengua, origen, sentimientos... Patria chica salpicada del simbolismo gigante propio a las pequeñas cosas: Cuanto la ferocidad fascista nos ha robado.

Domingo, triste y grisáceo, todo de recogimiento. Otros se agitan afuera. Me alcanzan músicas vanas. Voces que no me conmueven. El paisaje siempre mudo, poblado de indiferencias, pregona mi desarraigo. ¡Qué sensible es el vacío! ¡Qué impersonal el ambiente! Ya sé: mi patria es el mundo. ¿Quién se ofuscará si grito lo claro que me aparece que no es esta mi existencia? Fatalidad del reposo: La pelea es un refugio, un abrigo subconsciente al trasplante desgarrador de que se nos hace víctimas. En el fragor del combate las nostalgias enmudecen. Hoy, el instinto de lucha me suplica un alto el fuego; una fugaz deserción: Consecuencia de una tarde llorosa e inexpressiva que pide, como un mendigo, una limosna de sol. Yo sé que hay domingos hechos de bruma enternecedora, de quietudes perfumadas.

Pensar. Búsqueda en sí mismo. Imágenes reanimadas. Devastadoras presencias en el mimo del recuerdo. Breve retorno a un ayer denso, repleto de vida caliente como las tierras y los jóvenes de España. Es que mi vieja mentira de olvido ahora no me engaña. Hoy no es de denuncia airada, de acusación machacona, de ataques vindicativos ni legítimas defensas. Hoy no es de guerra acerada. No es tiempo de proclamar

ni aún las razones masivas que hacen nuestra subsistencia. Soleidad. Dulce añoranza. Placer de la evocación, con su bagaje imborrable de pasión, de duelos íntimos y anhelantes impacencias. Quiero contarme a mí mismo. Contarse es ya una revancha del abandono presente.

Simple rememoración de correrías juveniles que ejercen un atractivo con gustillo familiar de libro apenas deshojado. Cercana es mi adolescencia madrileña, baluceo venido a juventud hecha sin siquiera apercibirme. Aperturas, entusiasmos, excitadas descubiertas... poco o nada original. Un dato preponderante: mi afición por los idiomas. Las lenguas son un vehículo incomparable de contacto y fraternal acercamiento. Con ellas abrí la práctica de un proceder solidario en que el problema personal es pronto obsesión común. Yo sé de la gravedad que encierran las pequeñeces: cacería organizada tras la habitación modesta; prospección del restaurante algo bohemio susceptible de alojar nuestros ardores. Amigos, muchos amigos extranjeros acudidos de los puntos más diversos con el afán indeciso de conocernos, de amarnos. Conocer y amar a España, lo español, hombres y suelo. ¡Programa de exaltación que tantos hemos compartido! Exu-

berancias mentales ignorantes del carácter de eternos impecuniosos que nos identificaba tanto como la ambición de lograr ahondarlo todo.

Las gentes, las viejas piedras... Sociedad cosmopolita y pueblecillos calcinados perdidos por las trastiendas de silencios minerales. Transitar del «guide-bleu» con la edad de las estatuas al floklórico universo de la taberna castiza, engranaje democrático de un humanismo de base a función comunicativa que ha erigido el mostrador, la terraza, la vía pública, en célula principal de su sociabilidad. Inestimable aventura cubierta, para empezar, por senderos normativos: Curso de Estudios Hispánicos. Libro «Habla y Vida de España». Los profesores Catena y Saavedra hacen un compendio forzosamente incompleto de nuestra literatura de raíz: Mío Cid. Las Dueñas... Luego, paulatinamente, progresión dosificada, surgen los altos valores de nuestra riqueza clásica: Drama y romance hechos sueño:

...pues cuando es muerte el beber beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte, me estoy muriendo por ver...

Como un sublime acertijo que habíamos de descifrar paladean-

do sus contrastes, hasta ese caballeresco final que es una explosión de sentimiento irrazonado, a la vez reto y entrega, provocación y suicidio:

...pero véate yo y muera,
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera...

Complejidad estelar resaltando en los apuntes de rebeldía inconcreta: «¿Y yo, con más albedrío, tengo menos libertad?...»

Luminarias madrileñas. Insigne poesía dramática en Caldeirón. Lope de Vega — fecundidad asombrosa — en *El Perro del Hortelano* y *Fuenteovejuna*, entre tantas. Y el inmortal *Don Quijote*. Manifestación del genio paradjico español a vocación universal que va impresionando siglos. Quevedo, sátira alegre y filosóficos sonetos. ¡Qué grato recuerdo guardo de aquellas tardes de curso en la Facultad en los que a fin de cuentas no era más que una especie de participante espontáneo! No eran lecciones comunes. Planeaba la consciencia de ir entrando en el secreto de algo demasiado grande. Algo indefinible y bello. Y era de ver la atención, el interés apasionado de aquellos grupos de jóvenes extranjeros, fascinados por el fondo y la cadencia de una lengua que muchos aún no entendían. Todo sensibilidad erizada y vigilante. Como un nexo espiritual que suplantara con creces la imposible nitidez oratoria. Gustábamos de interpretar entre nosotros, de nuevo, los autores estudiados, en discusiones nocturnas que nos llevaban al alba más testarudos que nunca. Enjuiciábamos las obras, cediendo a la tentación de inventarles ocultos significados. En ocasiones, la argumentación degeneraba en ejercicio divertido: la construcción castellana permite giros de frase a veces intraducibles.

El invierno renovaba la tradición donjuanesca, que he seguido, año tras año, con fidelidad casi religiosa y un placer inextinguible, como si cada audición hubiese sido la primera. Las bravatas algo tontas del seductor insaciable, la persuasiva socarro-

nería de Brigida y hasta las cursilerías de Inés, con su aureola rancia de velos apollados, me gustaban, y me gustan: lo confieso sin rubor.

— ¿Dónde vais, Comendador?
— ¡Imbécil, tras de mi honor
que os roban a vos de aquí!

Zorrilla. Luego Espronceda con sus odas pasionales, el poeta de Almendralejo muerto prematuramente. ¿Cómo callar *El Criterio*, que confieso haber abierto en pos de verdades hechas y cuya primera lectura me dejó un claro sabor de confianza defraudada? La vida misma, más tarde, nos mostró las excelencias de su pedagogía práctica, fundada en los avatares del devenir cotidiano.

Campoamor nos encantaba:

— El beso aquel que de marchar a punto — te di... ¿Cómo sabéis? — Cuando se va y se viene y se está junto — siempre... No os afrentéis.

Personalidad arrolladora de la generación dieciochesca de impecedería gloria e influencia contemporánea. Blasco Ibáñez, consistencia de adagios elementales: *El agua es liberación*. Blasco, pintor no de insípidas divagaciones celestes sino de verdades crudas, único verbo hecho carne, voz grandiosa o miserable: Pan veraz de cada día del destino colectivo. Blasco creador, resistente, esteta y comprometido. Tras él, con él, en él mismo, las ricas frondosidades de su vergel valenciano, retratadas en su prosa con alta fidelidad y emocionado lirismo, expresión de lujuriantes añoranzas del terruño. Valle-Inclán, el forjador indomable del idioma. En humor, Fernández Flórez, crónicas parlamentarias de *Un Hombre de Buena Fe* (?): Vapuleos despiadados bajo el engañoso auspicio de un ruralismo bonachón. Ortega y Gasset, bosquejo de geometría palpitante que muy bien pudiera ser púdica declaración de cariño a la Meseta:

— La vertical es el chopo y la horizontal el galgo.

— ¿Y la curva? — Con gesto de dignidad ofendida: — ¡Caballero, en Castilla no hay curvas!

Con Unamuno o Machado, acceso a una lucidez amarga de compasión y amor inmenso de España. Amor acendrado, loco, porque España «no nos gusta». España, que nos han puesto «pobre, escualida y beoda». ¡Sobrecogedor mea culpa! Cóleras de enamorado que culminan en el fuego de la posesión viril, exclusiva, de lo amado: ¿«Ellos»? la creación entera. Un desdén monumental. Presagios; ruego imperioso en arrogancias de ultratumba,

«¡Yunque, sonad! ¡Enmudeced, campanas!

Y el vaticinio de espera en esa juventud eterna, flor de un pasado «macizo» que no puede defraudarnos.

Miguel Hernández, esposo cantor del acto más íntimo, elevado en su poesía a dignidad insospechada:

He poblado tu vientre de amor y sementera

...
Tus pechos locos vienen hacia mí,
dando saltos.

...
He llegado hasta el fondo...

Con García Lorca, un fenómeno de comprensión subterránea:

«Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!»

Estrofas que nos sumían en éxtasis prolongados. Casi siempre bulliciosa, la salida era esos días anormalmente pacífica. Mas no todo eran teorías, que teníamos la virtud de acompañar con el trato caluroso de la calle. Tertulias, cine de ensayo, y hasta arriesgadas reuniones en las que ya se anunciaba el carácter inconformista que ha marcado, para algunos, nuestro posterior vivir. Incontables escapadas a lomos de varias Vespas y un viejo «cuatro-caballo» que eran medio de evasión hacia los picachos visibles en el límpido horizonte del Nor-oeste madrileño.

Se halla la Universitaria en una especie de altozano, con relación a las vías de huida hacia la montaña. Diríase un balcón enorme con las peanas verdosas que alcanzan Puerta de Hierro. Por un lado, la gran urbe, toda ajeteo mundano. Por el otro, una barrera natural en que las calles, perfectamente trazadas, morían cortadas a pico. En el frío lacerante del invierno madrileño podíamos seguir las nubes formando mapas extraños de países imposibles. Y en los días claros, la Sierra nos sonaba a invitación difícilmente desoída. Las Dehesas de Cercedilla son un remanso de paz surcado por mil riachuelos. El rumor de los insectos se funde con los murmullos fantasmales de las frondas. ¡Cuántas horas de amistad, de intercambios encendidos, en aquellas arboledas repletas de resonancias!

¡Oh, sí!, llevad, amigos, su cuerpo a la montaña, — a los azules montes del ancho Guadarrama. — Allí hay barrancos hondos — de pinos verdes donde el viento canta. — Allí el Maestro un día — soñaba un nuevo florecer de España...

El Escorial, desviación siniestra del itinerario. Sitio real que despreciábamos, prefiriéndole Aranjuez, la Casa del Labrador y su inocente exploración fluvial por las mansedumbres del Tajo domesticado. Visita a Alcalá de Henares: Arcos, fachadas adus-

tas. Escenario de Cisneros, inquisidor de Castilla y cuna del gran Cervantes. También, ya más raramente, penetración en La Mancha: Villa Manrique, Toboso y el Moral de Calatrava,

Nuestras vidas son los ríos — que van a dar a la mar, que es el morir... — Allí los ríos caudales, — allí los otros medianos, é más chicos. — Allegados son iguales, — los que viven por sus manos, é los ricos.

No me atrevo ni a aludir a nuestras «gestas» juveniles en la propia capital. Sería un relato muy largo y hasta un tanto complicado de un Madrid trasnochador que supo de nuestra fiebre de existir intensamente, como si la vida hubiera de acabarse a cada instante. Hay, en mitad de Preciados, en pleno escándalo céntrico un callejoncito oscuro, corto, casi clandestino, y un bar, en cuyo subsuelo de aspecto conspirador regábamos de Moriles coplas y versos, brindados al «arma d'Andalusia» por amigos contertulios que aullaban, a su manera, las patéticas nostalgias de su Córdoba lejana. Y un mesón, detrás del cine San Miguel, por Cuchilleros... Por la Gran Vía bajábamos hasta la plaza de España, adivinando, tras los árboles, el perfil de Rocinante y su aparente indiferencia al diálogo del Hidalgo Ingenioso con su escudero. Vuelta por Bailén, costeano casi la plaza de Oriente con las formas impasibles de

tanto monarca inútil, unido al decir simpático de otros brotes palaciegos:

...No llevan ni un perro chico: ¡Apuro de la azafata! — ¡Ya te pagaré otro día! ¡Pagarme? ¡Está convidada! — Yo estoy pagao nada más con verla a usted en mi casa — y con poner un letrero: PRO-VE-E-DOR de la Infanta...

...Y un chavea, un raterillo, con la colilla apagada, por calle de Arrieta arriba gritaba: ¡He visto a La Chata!

¡Revisión embriagadora! ¿Qué extraño, pues, que, ayudado por la infranqueable distancia, caiga en la idealización de ciertos hechos anodinos; de una ingenuidad perdida, de un periodo de inconsciencias y exaltación permanente, de lugares que hoy ostentan, por obra de la anti-España, el atractivo insolente de toda fruta prohibida? Recuerdos con movedores que incluso en visión volandera nos enlazan, confundiéndonos en abrazo apasionado, con la vieja tierra herida que llevamos tan adentro cuantos hemos aprendido, por este exilio sin límites, que privada del fulgor caudal de nuestro saber, amputada de una España libre y dueña de sí misma, la anchura toda del mundo es sólo incómoda estrechez, sólo humanismo tronchado y desolaciones morales...

¡No cesaremos, jamás, de exigir reparación!

SUPERARSE ES RENOVARSE

No confundamos la tolerancia y la compasión con la complacencia y la complicidad. No confundamos el respeto a la ajena conducta con la aceptación de ésta, si nos repugna, por amor a aquel respeto. No creamos jamás que el que piensa bajunamente es digno de imitación por el hecho de que se llame amigo nuestro y a veces nos ayude. La mentira, la doblez, la astucia solapada, la chulonería, la imposición, la deslealtad, la vanidad, empleadas, y las hemos visto practicar como medios de lucha, no serán jamás cualidades superiores, si no bajezas que nos ponen al mismo nivel moral de la burguesía decadente que queremos derribar.

No tengo la ridícula pretensión de escribir el manual del perfecto compañero, porque no he olvidado que el hombre no debe erigirse en juez del hombre y condenarle en consecuencia. Pero tampoco he olvidado que si pretendemos condenar la actual sociedad a que pase a la historia barrida por una revolución, los componentes individuales que quieren imprimir una dirección a ésta tienen el deber moral e intelectual de ser superiores a los hombres defectuosos del presente.

Superarse es renovarse, y renovarse es transformar el mundo. ¿Queremos esto o lo otro? Se impone un deslinde de campos intelectuales y de campos morales. No todo es uno y lo mismo para nuestra revolución.

José PRAT



ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON «FRANCO,
ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

AL cumplirse el primer centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno, en 1964, lo celebramos hablando sobre su conducta ejemplar, humanísima, que observó bajo la tiranía franquista, comparándola con la de Jacinto Benavente que descendió a un nivel muy inferior al de vil esclavo al ponerse al servicio del franquismo hasta el fin de sus días.

Hoy, invitado, otra vez, a hablar sobre la vida del ex-rector de la Universidad de Salamanca lo haré, de todo corazón, pese a no ser orador ni escritor, ni contar con la talla intelectual que quisiera haber alcanzado para poder tratar el caso Miguel de Unamuno con la profundidad y la amplitud que merece. Pero ya que oradores de enjundia, que dominan el arte de la elocuencia, y literatos que muy bruñida literatura saben hacer no lo hacen, diciendo toda la verdad sobre la vida y la «muerte» del genial filósofo vasco, lo hará el que les habla con lenguaje del pueblo, llano y sin cortapisas. Expresaré lo que conozco y siento, que viví en España, del modo, seguramente, que no lo han dicho ni lo dirán los tribunos estadistas más relevantes y los escritores de «oficio» entregados al comercialismo, de ideas y sentimientos, y a una cualesquiera política de la época, por superiormente que dominen y sepan usar, más que el que en esta hora les dirige la palabra, todos los elementos estéticos del idioma castellano.

Desmentiré llamados triunfos militares y políticos «personales» de «Franco, Ese Hombre», y hablaré del ambiente que rodeó a Miguel de Unamuno antes, durante y después del 18 de julio de 1936, del campo de influencias exógenas y endógenas que intervinieron en la evolución de sus sanas reacciones psíquicas, mentales y morales que culminó en la formación definitiva de su personalidad quijotesca; pero por estar exhibiéndose, en todos los cines de España el largo documental titulado «Franco, Ese Hombre», voy a referirme, en particular, a lo menos conocido, o poco tenido en cuenta ya, en nuestros días, y que es, a mi entender, más actual o más necesario que actualicemos: a su «muerte» ocurrida en Salamanca «causada por enfermedad del corazón», según afirmó el franquismo en 1936 y «por propia mano suicida» años después.

En presencia de éstas y otras contradicciones que revelan temores del régimen franquista se descubra de qué y cómo «falleció» Unamuno, he decidido ex-

poner ante ustedes que, para mí, en estos momentos, representan a la Humanidad, por qué tengo la seguridad que fue asesinado. No les extrañe, pues, que perore dirigiéndome al mundo todo. Por otra parte están en libertad de intervenir haciendo las preguntas que crean conveniente.

Y seguiré hablando en plural en nombre de los humanistas libertarios que coincidimos al respecto; del número incalculable de mujeres y hombres, con y sin hijos, que fueron torturados, mutilados y asesinados, estando inermes, por el llamado «Movimiento Nacional» fascista o de los centenares de miles de antifranquistas que lucharon contra dicho movimiento medieval y de los españoles que en el interior de la España del Quijote siguen, en el presente, sin poder expresar, en alta voz, públicamente, todos sus sentires y pensares.

La película del «generalísimo» de la anti-España

Lo decimos sin ambages: «Franco, Ese hombre», pese a cuán mediocre y pequeño es, como grande resulta su maldad, representa, hoy todavía, a la anti-España que se ha atrevido a biografiarlo, una vez más, pero por medio de una película, endiosándolo, seguramente, con dinero arrebatado al pueblo español. Y parece que lo presentan en lugar militar tan «alto» como el «bajo» Napoleón se comportó con el pueblo francés.

En efecto, el 2 de junio de 1964 en los diarios de México leímos la siguiente noticia publicada en Madrid el 30 de mayo, tres días antes: «El ex-actor Mario Ozores, con la supervisión del director José Luis Saenz de Heredia, realizó un documental de largo metraje titulado «Franco, Ese Hombre», que constituye una semblanza gráfica de los principales episodios de la vida del jefe del Estado español.»

«Mediante una autorización especial las cámaras han entrado por primera vez en la residencia estival de Franco, en «Pazo de Meirás». Otras secuencias se obtuvieron a bordo del yate particular del caudillo «Azor». El guión es original del escritor José María Sánchez Silva y fue corregido personalmente por el generalísimo Franco.»

Transcurrieron cinco meses y días... El 11 de noviembre de 1964, la película consagrada a conmemorar los «25 años de paz española» fue proyecta-

da en el «Palacio de la Música» el cine más lujoso de Madrid.

Si el enano de El Pardo no lo ha rectificado y el título del documental sigue escrito tal como lo anunciaron y publicaron, repetidamente, en la prensa nacional y en la internacional, a los espectadores y a los lectores avisados debió — y les debe — bastar leerlo para saber unos y confirmar otros qué clase de sujeto ridículo es el dictador de España.

Y ahora donde no penetraron las cámaras «oficiales»: en la intimidad de tal taimado, cruel e inhumano personaje, en su mundo subjetivo, penetramos nosotros «sin permiso personal y oficial», aunque nos repugna grandemente el hacerlo, y por mucho que lo sienta aquél, sin poder impedirlo, pese a todas las fuerzas mercenarias que lo rodean.

El llamado por sus secuaces «Generalísimo Franco» que corrigió, «personalmente», el guión de su película, lo primero que tuvo que hacer, forzosamente, al hacer las correcciones, por ser lo primero que vio, fue el título. En otros casos, por deberse a los efectos de la psicología comercial, no tendría importancia, pero en el de el enano de El Pardo sí la tiene: descubrimos que su pequeñez superlativa, de todas las clases y grados, intenta engrandecerla, ficticiamente, consiguiendo sólo proyectar, una vez más, su mezquina, anormal y vanidosa psicología. En efecto, comprobamos, con el título, que trata de compensar, desde el principio del documental, todas sus extremas carencias normales afectivas, sensibles y morales, su notoria y ya inculcable chatez psíquica y mental, lo ínfimo de todo su ser haciendo colocar letras mayúsculas delante de cada una de las palabras que a él se refieren o siguen a su primer apellido fatídico: «Franco, Ese Hombre».

¡Titulazo para el más insignificante y ruin de los sujetos, o gran déspota, con el que no puede, por más que se lo proponga y se esfuerce, aparentar siquiera grandeza en ningún buen sentido de la vida personal y social!

Franco quiso intervenir, totalmente, en la segunda guerra mundial

Ignoramos si será exhibida en México la película «Franco, ese hombre», que se dedica a sí mismo el grotesco y petulante socio de Hitler, de Mussolini, de Salazar, dictador de Portugal y, del Estado Vaticano, a los que debe, particularmente, haber podido derrotar al pueblo español. Pero si sabemos, entre otras cosas, que expondremos en esta charla, algo que no harán constar en el documental: que el biografiado obtuvo el poder no gracias a su «genio» militar y político sino a los precitados dictadores con la complicidad de los Estados democráticos que permitieron y favorecieron que lo ayudaran con todas sus fuerzas. Y prosigue en el poder gracias al Tío Sam y a la dictadura rusa, con sus respectivos Estados satélites que consintieron también, en 1945, al terminar la segunda guerra mundial, que el socio totalitario de Hitler,

«Franco, ese hombre», continuara siendo verdugo del pueblo español, el dictador de España, con todas las cualidades destructivas y letales, negativas, monstruosas, de extrema crueldad, que caracterizan al nazismo, contra las que las llamadas «democracias» decían haber luchado.

¡Cuán ruin, hipócrita, mentirosa y perjudicial para el progreso social-humanitario de los individuos y de los pueblos es la política de todas las clases y de todos los colores!

Miente «Franco, ese hombre» pequeño, inferior, deshumanizado, cada vez que dice, revelando su cobardía y su bellaquería, que él — ¡pobre pizca de hombre! — mantener a España neutral en el conflicto bélico de los años 1939-45. ¡Y lo ha repetido cientos de veces durante más de cuatro lustros como tratando de acabar creyendo él mismo su propia mentira como verdad y hacerlo creer a todo el mundo, particularmente a los españoles!

Expone las características psicológicas del miedoso y del cobarde al ser sólo capaz de hacer cometer asesinatos individuales y colectivos, por manos mercenarias, de hombres enteros, buenos; y no tiene el valor de sostener, públicamente, lo que todo el mundo avisado sabe: que se solidarizó con el nazismo moral y materialmente.

Habiendo México declarado la guerra a Hitler, colocándose como beligerante — hasta cierto punto simbólicamente — al lado de los ejércitos de los Estados «democráticos» sólo intervino con el escuadrón 201 de aviación. Sin embargo — ¡vaya para-doja! — la anti-España que por boca de «Franco, ese hombre», proclama que fue neutral, envió en ayuda de Hitler, la División Azul, formada por miles y miles de soldados, con sus oficiales. Y todo el mundo sabe que los 3.144 kilómetros de costas hispanas; las Canarias con sus siete islas e isletas, en el Océano Atlántico; las Baleares con sus catorce islas habitadas y las isletas en el mar Mediterráneo, como asimismo las posesiones españolas en el norte del continente africano con las islas e isletas frente a las costas del mismo, posiciones todas extraordinariamente estratégicas, las utilizaba el militarismo nazi como bases de sus submarinos, etcétera. Además todo el territorio hispano, el peninsular, lo puso a la disposición incondicional del hitlerismo y del fascismo italiano, que lo utilizaron también para innumerables servicios bélicos, como hoy, el mismo «Franco, ese hombre», lo deja en manos de uno de sus vencedores: del Tío Sam.

A Hitler le convenía el efectivo uso militar de costas y territorios de España — oficialmente neutral y a salvo, por lo tanto, de ataques de las «democracias» por aire, mar y tierra —, de sus colonias en África y de sus islas numerosas en varias mares, que el de soldados españoles movilizadas a la fuerza por «Franco, ese hombre». Este bien sabía que no lucharían con fe por la causa del dictador alemán y menos después de haber estado media España combatiendo, desde el 18 de julio de 1936, durante treinta y tres meses, contra las fuerzas de aquél y las fasciofranquistas que pudieron sorprender y someter a la otra mitad del pueblo español en las primeras horas que se alzaron.

Al fin de marzo de 1939 terminó la lucha armada en España, al caer Madrid, con un millón de muertos, con centenares de miles de heridos y mutilados y con la economía destrozada por la destrucción terrible que desde la precitada fecha juliana provocó la anti-España al alzarse con las armas que, torpemente, había dejado en su poder el gobierno de la República Española.

Aparte de que el pueblo español en circunstancias políticas y sociales más o menos normales no habría hecho la guerra en favor de Hitler — ni de las «democracias» —, la segunda guerra mundial comenzó apenas pasaron cinco meses que sufrió la propia.

Fue tan corto el tiempo transcurrido entre el fin de nuestra lucha en territorio hispano, por el triunfo de la revolución social — que los libertarios iniciamos, con éxito, en algunas regiones de España — y el principio de la guerra de 1939-45 que «Franco, ese hombre», no pudo siquiera hacer el intento de arrastrar a la vorágine bélica internacional la España que había desangrado con la decisiva colaboración hitleriano-fascista, y que siguió desangrando por las heridas que continuó haciéndole en todos sus costados. Pero sí hizo cuanto pudo en favor de los dictadores de Alemania e Italia que tanto hicieron porque él triunfara. «Franco, ese hombre» los ayudó en la medida de sus posibilidades y brindaba, con desvergüenza inaudita, públicamente, por la victoria de aquéllos y del Japón militarista que creía segurísima.

El enano de El Pardo, de haber podido, nada le habría importado, poniendo a salvo su cobarde cuerpo maligno, sacrificar uno o más millones de vidas españolas para participar de los beneficios del triunfo militar que bien seguro estaba iba a lograr Hitler, como lo creyó también, firmemente, Mussolini. Gran error de éste que causó su perdición y el derrumbe de la dictadura fascista de Italia, que se había envalentonado por haber, en 1934, invadido Etiopía y derrotado, sufriendo pocas bajas, a las fuerzas del Negus, que sólo contaban con lanzas, arcos y flechas y unas pocas armas de fuego.

¿Acaso le importa a tal enano poner, en el presente, en peligro horrendo las vidas de todos los españoles, hasta las de sus propios familiares, permitiendo que toda España sea base militar, marítima, terrestre y aérea, de armas nucleares del Tío Sam, uno de los blancos primeros de ataques atómicos de la Rusia dictatorial en caso de guerra entre esos dos competidores por el dominio del mundo?

Todo prueba que a «Franco, ese hombre», le estuvo doliendo el pensar, casi hasta el final de la guerra iniciada en 1939, que no podía intervenir al lado de Hitler en la medida total que deseaba para poder reclamar su derecho a tomar parte del botín, en el reparto de bienes ajenos al vencer, repetimos, las fuerzas nacistas — con las franquistas — como creía indudable. Y soñaba, seguramente, que si triunfaba Hitler, habiendo colaborado totalmente con éste, podría obtener hasta ciertos derechos

sobre México, que luchó, oficialmente, al lado de las «democracias».

Es la verdad entera, clara, rotunda, que ha de abrirse paso en los corazones y en las mentes de todas las personas que han vivido la historia contemporánea, en particular las nacidas en la España del Quijote, tan sufrida, tan rebelde y tan amada: el régimen franquista se salvó de caer como cayó, estrepitosamente, el fascismo italiano, ¡muy a pesar de Franco!

Es paradójico, pero cierto: España se salvó a sí misma, pese a «Franco, ese hombre», de intervenir en la segunda guerra mundial. Así salváronse de perecer dos millones, si no más, de españoles buenos y malos, decentes e indecentes — o mal educados — a pesar de pertenecer éstos últimos al Movimiento Nacional del franquismo, que está bien probado nada bueno puede ofrecer al pueblo español.

Lo grande, lo pequeño, lo sublime y lo ridículo

Hemos mencionado, repetidamente, al enano de El Pardo, tan pequeño en todo siguiendo representando a la anti-España la empequeñece a ésta más. Y antes de seguir adelante y entrar de lleno en el tema sobre la vida y la «muerte» de Miguel de Unamuno bajo el signo franquista creemos conveniente exponer nuestra opinión, brevemente, sobre lo grande y lo pequeño del ser humano, que es decir sobre lo sublime y lo ridículo del mismo.

Nos interesa hacer constar, en seguida, lo que es obvio: que no aludimos a los grandes hombres que dignifican a la humanidad — y la han dignificado y honrado en todos los tiempos — pese a su constitución física pequeña o mediana.

Consideramos que hemos de medir a nuestros semejantes — e ir midiéndonos nosotros mismos, primeramente —, de ambos sexos, por sus valores morales, en primer lugar; y, en segundo, por lo que valen intelectualmente si todos sus conocimientos o, en concreto, todo su saber — el mejor, el más efectivo y loable de los saberes — lo ponen o se esfuerzan por colocarlo, al servicio general de la humanidad a pesar de todas las oposiciones autoritarias y egoístas mezquinas personales, de clase, de grupo expoliador, de secta, de religión, de partido, etc., empeñados en detentar riquezas.

Estaturas mayores o menores de los individuos humanos según sean buenos o malos en la vida social.

Bienhechores o malhechores de la humanidad, sin términos medios: he aquí los valores permanentes, superiores o inferiores, positivos o negativos que elevan o disminuyen a los individuos humanos.

Compréndase, pues, por qué damos más importancia que nunca, en esta hora terriblemente dramática que nos ha tocado vivir, en la que está en juego la vida misma de la especie humana, a la tan descuidada superioridad ética y hablamos de la pequeñez, no sólo física, de el enano de El Pardo y de los sujetos que se empequeñecen siendo cóm-

plices y colaboradores de los sistemas estatales, de dictadores y gobernantes que, en nombre de una política cualesquiera, inventan formas de tiranizar a los pueblos dejando siempre en pie, como intocable, lo más inmoral y detestable que hemos de hacer desaparecer en la organización de las sociedades humanas; la explotación y la dominación del hombre por el hombre o por el Estado patrón, como en la Rusia dictatorial, que es el peor enemigo de los patronos.

Hablamos de humanidades chatas, de estaturas pequeñas — por altos que físicamente los sujetos malos sean —, despectivamente, refiriéndonos a los precitados no-hombres a sabiendas de que existen Hombres — que merecen la H mayúscula permanente — grandes con cuerpos pequeños, de tal grandeza moral y social que se agigantan a nuestros ojos, en todos los sentidos del buen hacer, hasta alturas inconmensurables.

No damos nombres por no poder darlos de tantos anónimos, los más generosos, que tanto abundan en las regiones hispanas, particularmente de ácratas, de libertarios, de hermanos nuestros de ideas. ¡Miles sus vidas perdieron, en España, en 1936-39, por luchar por el bien de todos sus semejantes! No podemos olvidarlos ni dejar de recordarlos con emoción sus afines ideológicos que a la suerte debemos no haber caído como aquellos heroicos defensores de la Libertad, insobornables, y que hemos heredado el deber social y humano de proseguir la batalla contra la anti-España con la misma entereza, sin pedirle ni darle cuartel, sin hacerle cesiones, que son traiciones, de ninguna clase.

Loor a los hombres jóvenes, de todas las edades físicas, que alcanzan niveles cualitativos y cuantitativos científicos y humanitarios elevados, extraordinarios, de dimensiones universales, dignos de ser envidiados, noblemente, de todo corazón, y de servirnos, a los individuos humanos y a los pueblos, de ejemplo a seguir para la superación social, ética, estética e intelectual.

Sin embargo, abundan demasiado todavía, por desgracia, los sujetos víctimas, en verdad, de la mala instrucción y educación (.) autoritarias que los envidian mezquinamente, hombres que ni hace minúscula merecen llevar, pasando por grandes, sin serlo, a los ojos del vulgo maleado por la publicidad indecorosa y mercantilista que realizan los Estados fabricantes de los falsos valores que ya están en quiebra, y que irán desapareciendo por inmorales, antisociales y antibiológicos.

Por otra parte, los sujetos autoritarios, político-religiosos, que logran ocupar el poder, que los deshumaniza más y más, contando con los presupuestos del Estado pueden darse autobombo, algunos desmesuradamente, como ha hecho, por ejemplo, el enano de El Pardo haciendo producir «Franco, ese hombre».

No, no hemos visto la película con este título.

Ni ganas de ver en persona, ni en la pantalla cinematográfica al instrumento de la Iglesia católica — que lo proclama «Generalísimo por la gracia de Dios» y le ha concedido la «Suprema Orden de Cristo», el máximo honor que otorga — del militarismo y de los grupos oligárquicos de la anti-España; al sujeto carente total de humanidad que usa el oscuro y brutal ciego poder que le conceden todas las fuerzas retrógradas para que destruya valores superiores de la España del Quijote como hizo con Miguel de Unamuno y tantos otros individuos humanos.

Sin embargo sí estamos al corriente de las «hazañas» que ha realizado y sigue llevando a cabo «...ese hombre» avieso, destructivo y criminal. Las fuerzas negras, medievales, que capitanea, especializadas en obras de muerte, continúan merodeando por España detentando riquezas y eliminando vidas que opónense, decididamente, a sus arbitrariedades y crímenes aunque sólo sea con viriles pensamientos, como hizo el ex rector salmantino, pero gritándolos para que los oigan, los sientan y los comprendan todos los españoles que aman la Libertad, tanto como sus propias vidas, y se opongan, en la medida de lo posible, con todas sus fuerzas, a que sigan empobreciéndola, humillándola y esclavizándola. Hasta lograr el derrumbe del régimen franquista.

Este es el fin que nos importa, y poco o nada el término de la existencia efímera, intrascendente, del enano de El Pardo, servidor ayer de Hitler y hoy del Tío Sam. ¡Cuánto más se ha empequeñecido!

Frente a los canibales autoritarios

Desde el 28 de marzo de 1939 España quedó a merced de los canibales autoritarios capitaneados por «Franco, ese hombre». Y en aquel mismo día del de 1964 cumplieron 25 años que terminó la cruenta y larga batalla, que duró cerca de tres años, entre las fuerzas enormes que acumuló, en suelo hispano, la tiranía mundial y las del pueblo español que defendieron la libertad y la dignidad humanas.

Primer año que el nazifranquismo festejó sus llamados «25 años de paz española», de paz de los cementerios, la paz eterna que dieron a Unamuno y que ofrecen a los humanistas libertarios, en particular, que no callan, que bien quieren para todos los españoles y lo defienden con heroico valor humano.

Por otra parte, desde el 7 de noviembre de 1936, hasta el fin de la contienda, Madrid estuvo resistiendo el asedio terrible de las fuerzas liberticidas muy superiores en número, en carne de cañón y en armas que Hitler probaba en España y que utilizó antes de transcurrir medio año más, en la segunda guerra internacional.

(Continuará.)

Comunismo y capitalismo

por

BERTRAND RUSSEL

¿EN su opinión cuáles son, Lord Russell, los rasgos comunes del comunismo y del capitalismo?

— Hay muchos, a mi parecer, como resultado inevitable de la técnica moderna. Esta técnica exige grandes organizaciones, centralizadas, y produce un determinado tipo de dirigente. Es lo que acontece tanto en los países comunistas como en los capitalistas, si cuentan con una industria desarrollada.

— **¿Considera usted que esas grandes organizaciones producen una actitud de espíritu idéntica en los Estados Unidos y en la Unión Soviética, pongamos por caso?**

— Así lo creo, pero con algunas limitaciones. Quiero decir que existen diferencias de grado, aunque no de género... Es parecidísima la semejanza entre un responsable norteamericano verdaderamente poderoso y un administrador soviético. Tal vez el dirigente norteamericano tiene una acción más limitada; pero no cabe duda que se trata de la misma especie de hombres.

— **¿Le parece a usted que en estas condiciones los rusos y los norteamericanos, atendiéndonos al mismo ejemplo, acaban por proponerse idéntico ideal de vida : automóviles, satisfacciones materiales, etc.?**

— En gran parte, sí. Me parece que se han dicho no pocas bromas respecto al materialismo de los rusos. Después de todo, la mayor parte de la gente es materialista: las cosas que desean, son cosas que se pueden obtener con dinero. Resulta algo completamente normal, propio de la naturaleza humana. No advierto entre el Este y el Oeste esa gran diferencia que la propaganda nos quiere hacer ver. Se es materialista acá y allá.

— **Usted estuvo en Rusia después de la primera guerra mundial. Entonces toda la izquierda expresaba su admiración por la Unión Soviética. En cambio la voz de usted resultó más bien discordante, por considerar lamentable lo que allí ocurría.**

— Y continuó considerándolo. El régimen que surgió entonces no es nada deseable, puesto que no concede libertad alguna, no permite la libre discusión y pone trabas a la búsqueda de nuevos conocimientos. Por el contrario, incita al dogmatismo, recomienda el empleo de la coacción para propagar una opinión determinada, y sus maneras de actuar resultan en las más de las ocasiones muy poco gratas a un viejo liberal como yo.

— **¿Usted considera que ese régimen continúa comportándose de la misma manera?**

— Así lo creo. La forma es un poquito menos virulenta que en tiempos de Stalin, pero esencialmente sigue siendo la misma.

— **Acaba de referirse a la libertad de pensamiento. Si el régimen comunista pone obstáculos al pensamiento, ¿cómo explicarse que los rusos hayan progresado tanto en las ciencias?**

— Pues bien, confieso mi sorpresa. Pero no debería sorprenderme. Ya hemos visto lo ocurrido en el Japón: cuando se occidentalizó, no occidentalizó su pensamiento, sino únicamente su técnica. Hasta su derrota en la segunda guerra mundial preservaba todas las antiguas creencias japonesas, en medio de un equipo industrial completamente moderno. Los rusos, por su parte, no han preservado las creencias del pasado, mas crearon todo un credo que hacen prevalecer sin inmiscuirlo para nada en el dominio técnico. Han descubierto la manera de ocupár a la gente con problemas técnicos, sin que tenga que preocuparse de otra cosa.

— **¿Cree usted que los comunistas han logrado mejorar la situación de los rusos?**

— A decir verdad, lo ignoro. Es posible que los rusos sean hoy día más felices. Seguramente no lo fueron en tiempos de Stalin. Me inclino a creer que el ruso medio fue menos feliz durante el periodo stalinista que durante el zarismo. Quizás las cosas van mejor en la actualidad.

— **Usted pudo ver a Lenin. ¿Qué impresión le causó?**

— Verdaderamente me decepcionó. Desde luego, yo reconocía que Lenin tenía algunas grandes cualidades: un increíble valor, una voluntad inflexible, mucha determinación... Y estaba allí para encarnar un credo y no para sí mismo. En modo alguno para sí mismo, si bien hasta cierto punto él mismo era necesario personalmente a su propio credo. En este sentido Lenin fue un hombre honrado. Pero su credo me pareció hartamente estrecho. Vi en él un fanático, completamente incapaz de pensar fuera del marxismo.

— **¿Cruel?**

— Pues bien, esa fue la impresión que tuve. No creo que haya sido tan cruel como Stalin, pero se me antoja que había en él ciertos aspectos de crueldad.

— **Hablemos del mundo libre. ¿Tiene defectos que le sorprendan a usted en su manera de presentarse y de conducirse?**

— Varios defectos. El más importante es que este mundo no es libre. No tiene derecho alguno al título de «mundo libre». En Inglaterra estuvimos perfectamente al corriente del terror que McCarthy hizo reinar en los Estados Unidos. Mas apenas nos damos cuenta de los mismos fenómenos cuando suceden en nuestro país. Si usted quiere ser funcionario, le espían. No se limitan a hacerle preguntas directamente sobre sus opiniones. Sus profesores universitarios y otros más se ven obligados a conducirse como si fuesen espías del gobierno.

— Un estudiante acaba de salir de Oxford y solicita un puesto en la administración. Ahora bien, usted afirma que preguntarán a sus antiguos profesores: «¿Es que este hombre es seguro políticamente?»

— Eso es lo que sucede. Muchos se negarán a contestar a tales preguntas, pero el hecho es que las preguntas se hacen. No sé lo que ocurre con la gente de Oxford, pero me parece que su caso es ese.

— ¿Es que un gobierno sensato no debe tomar precauciones para evitar la presencia en su administración de individuos que pudieran comunicar secretos de Estado a potencias extranjeras?

— No lo creo. Se exagera mucho sobre los espías, los secretos y todo lo demás. En realidad los rusos son capaces de descubrir todo por sí mismos y no considero que los espías y traidores nos hayan causado mucho mal o les hayan hecho mucho bien. Todo esto es puro melodrama y esta clase de historias sólo sirve para avivar la imaginación de la gente.

— ¿Hay aún alguna cosa más que pueda reprochar al mundo libre, tal como es en la actualidad?

— Tomemos otro ejemplo del poco caso que ese mundo hace de la libertad: su disposición a aliarse con Franco. Ahora bien, para mí el régimen franquista presenta las mismas taras que los regímenes comunistas. Cualquiera que sea su posición ideológica, usted no tiene por qué aliarse con gente cuya conducta es exactamente la misma que denuncia.

— ¿Si usted no lo llama mundo libre, qué denominación le daría?

— Mundo capitalista.

— Sin embargo, forman parte de él Suecia, Noruega y Dinamarca que no son países verdaderamente capitalistas...

— Tal vez no sea justo darle ese nombre. De hecho, el Occidente se distingue por su fe en el régimen parlamentario, salvo en países como España y Portugal. En líneas generales, el mundo occidental cree en ese régimen para sí mismo, pero no el mundo comunista. Esta es sin duda la diferencia más importante.

— Usted ha reprochado no pocas cosas al comunismo. ¿Existe algo más en esta doctrina que considere nefasto?

— Mi principal reproche se dirige a la creencia en el despotismo benévolo. Es una antigua creencia, dicho sea de paso, que existió en otras comunidades, pero que siempre se evidenció falsa: si un hombre rebosante de buena voluntad se convierte en un déspota, su despotismo sobrevivirá mientras que su buena voluntad tenderá a esfumarse. La

teoría comunista consiste en esto: otorga un poder inmenso a la gente que se adhiere a determinado credo, con la esperanza de que hará un empleo beneficioso de ese inmenso poder. Por lo que a mí respecta, me parece que salvo raras excepciones todo el mundo abusa del poder. Interesa, pues, repartirlo, allanarlo lo más posible y no dejarlo en manos de una pandilla.

— Por lo tanto, ¿quiere usted decir que los comunistas rusos, que un día lograron apoderarse del aparato gubernamental, ya no creen en la dictadura del proletariado?

— En efecto, así es. La palabra proletariado, tal como se emplea en la Unión Soviética, resulta una expresión pickwickiana. Allí pude comprobar que Lenin era considerado como un proletario, mientras que los mendigos de la calle, los pobres diablos que no tenían nada que comer eran calificados de lacayos de la burguesía.

— Comprendo lo que usted quiere decir. Pasemos ahora a otra zona en la que el comunismo ha sido puesto en práctica en gran escala: la China. ¿Es que ésta amenaza con la misma intensidad que Rusia a nuestro mundo, al que ya no denominaré libre, sino parlamentario?

— A largo plazo creo que la amenaza china puede llegar a ser aún más grave. Los chinos son la gente nueva del comunismo y atraviesan por una fase de fanatismo que los rusos han superado. La población china es también mucho más numerosa y continúa mostrando la laboriosidad de siempre. China es capaz de convertirse en un Estado más potente que Rusia. Y cuenta con hombres capaces, que soportan la comparación con los rusos.

— Es ese el parecer de los rusos?

— Desde luego, nada puede afirmarse. Y los rusos se guardan de decir algo a este respecto. Si se les interroga aunque sea con palabras encubiertas, sus respuestas son extremadamente evasivas. Pero todo hace creer que se dan perfecta cuenta del progreso de los chinos.

— Por ejemplo, es importante que los rusos no hayan dado a conocer a China los secretos de la bomba atómica y de la bomba H.

— ¡Muy importante!

.. ¿Considera usted que la tensión existente entre el mundo comunista y el no comunista produce un gran daño a la libertad en general?

— Sí, un daño inmenso. Una tensión de esta naturaleza no puede dejar de producir efectos nefastos; hace que la gente sea incapaz de pensar con claridad. Por ejemplo, si usted estudia el sistema de los otros, la policía — tanto la del Este como la del Oeste — supone y teme que ineluctablemente usted se adherirá a ese otro sistema; por lo tanto, concluyen que no debe permitirse que se sepa lo más mínimo de lo que ocurre enfrente. Y esto es absurdo, verdaderamente absurdo. Otra cosa: en todas partes reina una atmósfera de recelo; se ve a bastante gente, de la que injustamente se sospecha, deslizarse hacia la ruina completa. Esta tensión produce un mal incalculable.

— ¿De todas las maneras no querrá usted que los rusos permitan el estudio del sistema parlamen-

tario y de su funcionamiento? ¿No podría su gente encontrar agradable una manera de pensar que les parecería no tropezar con obstáculos?

— También podría suceder lo contrario. Por ejemplo, en los Estados Unidos el que quiera estudiar los métodos rusos tiene que enfrentarse con grandes inconvenientes. Es necesario entenderse y permitir que cada cual estudie al otro. Estoy seguro de que habrá tantos norteamericanos que apreciarán el sistema ruso como rusos que apreciarán el sistema norteamericano.

— Pero en Inglaterra abundan los apasionados por el estudio del comunismo.

— Es cierto. Hay mucha gente que se interesa por él. Y no obstante se les permite profesar en las universidades, lo cual sería inaudito en los Estados Unidos.

— ¿Cree usted que es posible que el comunismo y el capitalismo aprendan a vivir en buena vecindad?

— ¡Claro que es posible! Pura y simplemente es necesario que uno y otro se acostumbren. Vea los cristianos y los mahometanos. Después de seis siglos de lucha, durante los cuales ningún bando obtuvo la victoria, apareció un gran hombre que exclamó: «¡Basta de luchas! ¿Por qué no nos hacemos amigos?» Y se hicieron amigos, por fortuna. Lo mismo puede suceder con el capitalismo y el comunismo, si se esfuerzan en comprender que ninguno de ellos conquistará el mundo.

— ¿Qué deben hacer para comprenderlo?

— Gracias a la experiencia. Desde luego, no es el caso de aguardar aún seis siglos, puesto que si tuviéramos que combatirnos durante seis siglos, como lo hicieron mahometanos y cristianos, no quedaría nadie sobre la tierra. Pero es posible obligar a los gobiernos de una y otra parte a comprender la necesidad de llegar a un acuerdo.

El mañana eterno

Déjame, Machado,
hablarles con tu pulso.
Que estoy enamorado
del curso
que me has dado.

*La España petulante y pendertera,
granero sin semilla,
manejando su espada y su mantilla
con vocación de santa y de torera,
su corazón mancilla.
Llegó el mañana oscuro y permanente
con entraña vacía y sin alientos,
y la vieja lechuza de su monte
combinó su silbido con los vientos.
En jóvenes presencias deformadas
por la inquina de guardias inciviles,
la España jaranera huye en bandadas
de corazones vacuos y serviles.
Esa España inferior que dio la pauta
con beatífico olor zaragatero,
se incauta de la luz y hasta se incauta
del alma del tomillo y del romero.
La España que mató sigue rezando,
atada, sin pudor ni pantalones,*

*el altar donde, oscura, está inmolando
en favor de sombrías tradiciones,
la voz pura y viril de sus varones.
«Florecieron las barbas apostólicas»
y brillaron las calvas de aureolas,
mientras se alzan, adustas y caóticas,
otras mentes mohosas y españolas.
Y del mañana huero que horripila
con frios sudorosos a esos hombres
cuyo pecho español aún les destila
España con su pulso y por sus nombres,
surge, indómita y limpia, nueva llama.
La infamada, famélica y flamenca
España de la idea a solas clama,
pensil y pensativa, como Cuenca,*

..

*La España que renace
sobre el yerto solar de sus cenizas,
es esta juventud que, herida, se hace
a fuerza del dolor que la hizo trizas.
¡Esa España implacable y redentora
que en Colloure germina,
con gesto de perdón es vengadora!
¡Y otra España en sus odios se extermina!*

FILTRO
DE
IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

por M. CELMA

(Continuación)

MAS SOBRE LA ACCION Y EL ALMA

RECUERDO que uno de los disgustos más grandes que di a mi madre fue al decirle que yo no tenía alma y que además estaba satisfecho de ello. Se lo dije muy rotundamente. Después en mil ocasiones he dado pruebas de que no siempre se sabe lo que se afirma.

Afirmación como la que yo hice a mi madre no puede hacerse sin que acompañe una explicación de lo que entendemos por alma.

Pero como mi madre ya murió no voy ahora a abusar de CENIT para dar mi opinión sobre el particular. Continuaremos leyendo a Camus y veremos lo que dice él.

Una de las expresiones que más hace reflexionar se encuentra en «Calígula». Esta pregunta a Escipión: ¿Qué es un tirano? Y como respuesta obtiene: «Un tirano es un alma ciega».

Suave calificativo que poco a poco enmienda en el diálogo, puesto que más adelante dice que «está llena de úlceras», para al final soltarle: «Pero como todos los que no tienen alma, usted no puede soportar a los que tienen demasiado.»

Recuerdo también al Dr. Diego Ruiz, que muy a menudo decía: «Todo lo que existe obedece a un equilibrio. Si éste se pierde todo cae.»

Escipión también dice en «Calígula» que «demasiada alma es molesto» y «cuando algo se hunde es porque el alma vacila.»

Escipión piensa y por eso habla así. A su lado el funcionario — que como todo el mundo sabe, no debe ni puede pensar — razona de la manera siguiente: «El alma vacila pero la ley nos ampara.» Puede, pues, hundirse todo, lo legal es lo legal.

Significando cuán obediente debe ser un religioso, a la manera de razonar del funcionario, Escipión aún agrega: «Tiene el alma religiosa.»

A la archiduquesa, que es hipócrita por naturaleza, le dice tiene alma de cristiana. Alma que no impide que la mujer sea libertina.

A veces se confunde alma con espíritu, con intuición y fe. Por ejemplo, en «La Peste» el médico declara que «creía luchar con toda su alma contra la epidemia».

Hay también «el alma de élite», hay la «grandeza de alma». Pero en su repertorio Camus configura el alma con propiedades heterogéneas y muy escasas. No pienso que lo hiciera por simple retó-

rica. Media mucho sus palabras para que se le injurie acusándole de escribir por escribir.

Sin embargo la imagen siguiente a ello te tienta: «Pero mi alma es un fuego que sufre si no se ve en llamas.»

Es mucho más explícito en la siguiente que resume toda una teoría y que de cierta manera da por caduca la noción del alma. Dice así: «La inmortalidad del alma preocupa a muchos espíritus, pero es porque rechazan, antes de haber gustado su savia, la única verdad que haya sido dada y que es el cuerpo.»

Pero si el alma es la noción inseparable de la dinámica, todos los estados de ánimo, sin los vicios de dicción se reducirían a alma pura y llanamente.

Mas esto sería demasiado sencillo y además poco serio. No se puede reducir semejante tema a un simple problema gramatical.

El propio Camus, después que revaloriza al cuerpo como queda dicho, agrega: «La poesía es asunto del alma.»

Dirigiendo su pensamiento conciencia adentro aún dice: «Alma mía, no aspire a la vida eterna pero agota el campo de lo posible.»

Cuán grande debe ser el papel atribuido al alma cuando leemos: «No saber estimar el alma es ya venderla.» O bien, «el hombre no es nada, puede matársele el alma.»

Pero la magnificencia puede existir a pesar del alma y aun sin ella ya que al referirse a España, con palabras muy entrañables dice: «Llanura silenciosa, tierra magnífica y sin alma...»

Y sin afirmar ni negar la existencia del alma, se pregunta si existe su inmortalidad.

En «Tiempos de desprecio» escribe: «Se trata de matar al espíritu y de humillar a las almas.»

El alma «opera» diferente al cuerpo. A veces se entrega ella y éste no; otras se ha entregado el cuerpo pero el alma se resiste.

En «Moral y política» refiere que «hay que salvar la libertad de estas almas... condenadas a servir sus principios.»

O bien: «Nuestro mundo no tiene necesidad de almas tibias sino de corazones que quemán.»

Refiriéndose a la gente sin alma, entre la que cuenta el militar, el sacerdote y el funcionario, dice:

«Durante 4 años esos funcionarios han sostenido la función: elevaron pueblos de huérfanos, fusilaron hombres y les destrozaban la cara para que no fuesen reconocidos, los cadáveres de los niños se metían en ataúdes pequeños a taconazos; se tor-

turaba al hermano en presencia de la hermana; se fabricaba una generación de cobardes y se destruían las almas más valientes.»

En «el Socialismo mistificado» leemos: «Saint Just escribió acerca de los que tenían escrúpulos de conciencia. «Han retrocedido ante el horror, y Camus agrega: es cierto, y con ello han merecido el desdén de las almas fuertes y superiores para instalarse sin temblar en el horror.»

En «La rebelión metafísica» hablando de Pascal dirá: «Alma que duda aspira a ser jansenista.»

En «La negación absoluta», después de estudiar a Sade, Meslier y Voltaire, escribe: «Si el alma es bastante fuerte para edificar en el presidio una moral que no sea de sentimiento, creará en la mayoría de los casos una moral de dominio.»

Hay también alma de época. Lo dice al hablar de Nietzsche: «No ha formado el proyecto de matar a Dios; lo encontró muerto en el alma de su tiempo.»

Problema terrible: la inmortalidad.

El nihilismo estuvo contra el concepto del alma inmortal. Lamarck era un traidor para Pisareo simplemente porque Darwin tenía razón. Y Camus, que no aprueba la idea de inmortalidad, rechaza fuerte y alto ese rigor de los nihilistas.

Se place sin embargo de citar a Bakunin aun para temas como éste.

«En nombre de la causa, Nechaiev, que no ha atentado a la vida de ningún tirano, mata a Iva-

nov a traición en una emboscada. Después sale de Rusia y va a ver a Bakunin, que lo desapruueba y condena la repugnante táctica del atentado personal.

«Ha llegado poco a poco a convencerse — escribe Bakunin — que para fundar una sociedad indestructible hay que practicar la política de Maquiavelo y adoptar el sistema de los jesuitas: para el cuerpo la violencia, para el alma la mentira.»

De las policías en general escribe: «Después de la tortura, 5, 10, 20 noches de insomnio acabaron con una condición lúcida y en su lugar surgió un alma nueva. Nueva, pero muerta.»

Huye de lo real y Camus no dirá que es una simple fuga sino que has provocado un retroceso de la belleza de alma.

Y preocupado cada día de no perder el equilibrio y la ponderación al hablar de Nietzsche y de Prometeo en «El pensamiento meridional», leemos: «El alma llega a emborracharse de altura cuando nos colocamos en el vértigo de la desmedida.»

Pero se guardará muy bien de encarcelar ni encajonar al alma, ni siquiera la de formular directrices de conducta. Cuando alguien lo intenta obtiene lo contrario: «La rebelión, como cualquier otra pasión del alma no puede tener conservatorios. Breton lo intenta; por eso creyendo animar desanima.»

(Continuará.)

FRATERNIDAD, BASE DEL BIEN

FRATERNIDAD es unión y tolerancia. La fraternidad es al género humano lo que el sol a las plantas. Donde no hay fraternidad todo es caos y desorden. La ley del equilibrio político y social tiene su asiento en la fraternidad, ya que no puede haber armonía cuando se desbordan las pasiones ancestrales y se desatan los instintos violentos.

Fraternidad es entendimiento y concordia; es decir, comprensión. A la fraternidad se va por el camino del civismo y la cultura, no por la senda del egoísmo y la rivalidad. No hay cortesía más grande ni urbanidad mayor que la surgida de la fraternidad. Una organización de hombres bondadosos lleva en sí la simiente de un mundo generoso y fraternal.

Ningún principio absolutista conduce a la práctica de la fraternidad. La imposición es el río de la violencia que desemboca en el mar de la barbarie. La soberbia mata las raíces de la fraternidad porque en vez de crear el reinado del amor, implanta la ley de la selva.

Los hombres más comprensivos y bondadosos son los más fraternales.

Una sociedad presidida por la democracia tolerante y bienhechora alcanza escalar las más altas cimas de la fraternidad, ya que en los Estados absolutistas únicamente crece la intransigencia que extiende la plaga de las luchas intestinas, incapacitando al hombre para

analizar y resolver los problemas colectivos con el máximo de conocimiento.

La fraternidad es una obligación, un deber. Cuando llevamos a la práctica esta idea altruista hacemos posible la unión que necesitamos para pervivir como seres civilizados. La fraternidad crea la unión entre los hermanos, el apoyo entre los amigos, y el progreso entre los componentes de una sociedad.

Fraternizar es hermanarse para convivir dignamente, respetándose unos a otros. Si se niega esta premisa que debe regir las realizaciones e inquietudes humanas, surge el descontento; se manifiesta la desconfianza, que destruye las leyes del equilibrio social.

Una organización de hombres fraternales es la primera condición para llevar a cabo grandes empresas evolutivas. La fraternidad acaba con el miedo y el rencor, instaurando la seguridad por todas partes.

La fraternidad exige espíritu de tolerancia para respetar las ideas ajenas, y predisposición de ánimo para no ahogar ningún sentimiento desprendido.

Ser fraternal es ser cariñoso; sentir la bondad brotar en el corazón como el manantial caudaloso que desciende de las cumbres. Nunca seremos excesivamente fraternos porque la fraternidad se engrandece cada día, como la idea del bien, a medida que se riega con las corrientes de la sabiduría y el bien.

LAS DICTADURAS

por MARGA BETIS

HAY, en la vida actual de los pueblos, momentos en que no se encuentra salida para ningún conflicto, épocas cruciales que exigen soluciones extremas. Todo el mundo ve, en esos momentos, que, con propaganda o sin ella, con revolucionarios o sin revolucionarios, cultivado el terreno o inculto, la revolución se impone. También los que dirigen los pueblos, desde el gobierno, el ejército o los trusts, lo ven. Y, para evitar la revolución, que cada día parece más inevitable, dejan paso libre a la dictadura. Para los gobernantes, los militares y los capitalistas, a los cuales, en la mayoría de los casos, hay que añadir el clero, la primera equivale a la supresión inmediata y total de todos sus privilegios. La segunda, aunque peligrosa, les ofrece, por lo menos, una posibilidad, que la revolución les niega de la manera más absoluta: la posibilidad, al poner sus facultades, su fuerza y su capital al servicio de la dictadura, de convertirse, con más o menos rapidez, en los dictadores — secretos, desde luego — del dictador. Y de guardar así, bien que aparentando lo contrario, sus privilegios, su poderío y sus riquezas. Además de su propia existencia, que una verdadera revolución habría, ciertamente, puesto en peligro. De ahí el apoyo que, antes, y aun durante los primeros tiempos de su llegada al Poder, prestan a los dictadores los profesionales de la política, los militares y, sobre todo, los capitalistas, a los que se une casi siempre la Iglesia, que ve en el régimen autoritario una posible protección. Apoyo gracias al cual el advenimiento de las dictaduras se hace posible. Dejemos aparte el caso de Rusia, cuya dictadura, nacida de una revolución, y no, como las demás, de una contrarrevolución, merece examen aparte.

Para el capitalismo, pues, la dictadura, aun aparentemente revolucionaria, es el antídoto, el último recurso para evitar una revolución que podría ser su pérdida definitiva. Y cuanto más democrata, cuanto más social, cuanto más avanzada la dictadura se presenta, más garantías le ofrece, pues con mayor facilidad es aceptada por el pueblo y más aleja de él el peligro de una verdadera revolución. De ahí que la protección, la tutela que el capitalismo ejerce sobre los dictadores, se disimule cuidadosamente y llegue hasta tomar semblante de oposición. De ahí también que los dictadores que con más sólidas bases se han incautado del Poder hayan sido populares, por lo menos durante cierto tiempo, a los ojos mismos de ese pueblo que tan duramente sujetan a su dominación. De ahí, aún, que las modernas dictaduras presenten un progra-

ma de reconstrucción, de reformas, de mejoras sociales importantes, lo bastante importantes para atraer con ellas al proletariado y sostenerse así no sólo gracias a la fuerza ficticia del capitalismo y del ejército, sino también a la fuerza real de una gran parte de la masa trabajadora. Alucinado por el espejuelo de unas relativas, pero no inexistentes mejoras sociales, seducido por las promesas de otras mejoras venideras, apaciguada momentáneamente su hambre, el trabajador — moderno Esaú, inconsciente o desesperado — no vacila en cambiar por el plato de lentejas que le tienden las dictaduras el porvenir maravilloso que habría podido conquistar. Renuncia así a la revolución, a todo intento de rebeldía, y con tal que la propaganda a favor del nuevo régimen se haga con un poco de psicología; que las reformas y mejoras sociales se realicen rápidamente y de manera espectacular, no vacilará en poner su pobre existencia sin objetivo y su ciega fuerza desesperada al servicio del dictador. Paradójicamente, ese dictador, que pudo aspirar al Poder y llegó a él con el apoyo de los elementos más categóricamente antirrevolucionarios del país, será, durante cierto tiempo, a los ojos de la mayor parte de la masa obrera de ese país, el más genuino, el más auténtico y alto representante de la revolución social.

..

Una vez llegado al Poder, gracias a esos dos factores divergentes — capitalismo y proletariado — que las circunstancias, aprovechadas por su habilidad, han llevado momentáneamente a converger, se presenta, para el dictador, el más grave de los problemas, problema de cuya solución depende no sólo la consolidación de su régimen, sino también su propia existencia. Le es preciso conservar a su servicio esas dos fuerzas divergentes y mantenerlas, a ser posible, unidas entre sí. Al mismo tiempo, tiene que no dar, a la una o a la otra, pretexto alguno de rebeldía; sofocar, cuidadosa y silenciosamente, todo conato de sublevación. Lo importante es desarmarlas a las dos sin dejar de servirse de ellas, y conservarlas unidas, oponiéndolas pese a ello, la una a la otra. Problema difícil, que, de no darse circunstancias excepcionales, o una todavía más excepcional sumisión peculiar a cada una de las dos tendencias en pugna — tal es el caso de Alemania —, es poco menos que irrealizable. En cualquier caso, esas circunstancias o esa sumisión tendrán que ser mantenidas por un conocimiento profundo de la psicología, conocimiento aplicado no sólo a la propaganda, sino a los menores gestos,

a los actos más ínfimos, incluso en el terreno privado. De todas maneras, ciertas realizaciones básicas son indispensables, y si se tiene en cuenta que los intereses de las dos tendencias son no sólo divergentes, sino opuestos entre sí, se comprenderá sin esfuerzo cuán arduo es el problema y cuán difícil la tarea del dictador. El concurso de la fuerza le es indispensable. Dos tendencias antagónicas, sin una vigilancia constante y perfectamente organizada, no tardarían en enfrentarse, en provocar conflictos que serían continuos escollos en la vida pública del país. Luego un peligro constante para la dictadura, lo mismo que para el dictador. La creación de una fuerza pública adicta se impone. Como se impone la institución de una nueva clase vigilante.

A pesar de todo, a medida que va pasando el tiempo, el régimen dictatorial pierde terreno. Lo pierde por múltiples razones, pero sobre todo porque, pasado el entusiasmo de los primeros tiempos, pasada la época de las promesas, llega la época de las realizaciones, que, aun siendo muchas, no son nunca tantas como fueron las promesas, y como lo conseguido, casi siempre, dista mucho de lo que se esperó, los más sólidos puntales de la dictadura van, poco a poco, vacilando; la confianza se convierte en escepticismo; las esperanzas, en desesperación.

Al mismo tiempo, van agotándose las posibilidades económicas de los primeros momentos; los fondos de propaganda, que tuvieron como base los donativos de los capitalistas, que siempre tienden a salvar sus intereses, van no ya disminuyendo, sino, además, sirviendo para fines distintos de aquellos a que en principio fueron destinados. El dinero que antaño se destinaba a la construcción de viviendas obreras, de centros escolares, a reformas sociales y sanitarias, hoy se emplea en habilitar nuevas cárceles, en sostener nuevos servicios de orden público y de represión policiaca. Y, para ello, no bastan, al poco tiempo los donativos. Hay que recurrir a los impuestos, y éstos tienen que aumentarse día tras día, a medida que aumentan los gastos estatales y van presentándose necesidades nuevas. El resultado es que los mismos capitalistas, que ayer prestaron su apoyo al dictador, y sin los cuales habría sido imposible su elevación al Poder, se hallan cada día más descontentos de su ex protegido, cada día más dispuestos a abandonarle, a combatirle, quizás, de presentarse la ocasión de ello. Dominados, «controlados» económicamente, cargados de impuestos, expropiados, incluso, en algunos casos, con más o menos disimulo, con mayor o menor compensación, los capitalistas ven que han cometido un error de cálculo, lo lamentan y llegan a preguntarse si, en realidad, la revolución es algo tan terrible como les habían afirmado, tanto más cuanto ven que, en Rusia, la industria, la explotación y la propiedad privada vuelven, poco a poco, a florecer.

Por otra parte, según pasan los años, también el proletariado va dándose cuenta de su error. Sometido a una disciplina intransigente, que hace del obrero una máquina más; observado, vigilado no

sólo por sus jefes y capataces, sino por una red secreta de espionaje, que no le permite el menor gesto, la más mínima insinuación, sin correr el riesgo de ser conducido al campo de concentración o a la colonia penitenciaria; amenazado en su persona y en la de sus familiares, si tiene mala suerte de que algo en su conducta o en sus expresiones desagrade a sus superiores o a sus propios compañeros, entre los cuales sabe se cuenta un porcentaje de delatores; sujeto a un constante y disimulado interrogatorio, que le obliga a pesar sus menores palabras, sin que por ello esté al abrigo de una mala interpretación, o de una venganza premeditada; sabiéndose sin defensa y sin más recurso que el de intentar ganarse las simpatías de los de arriba, aun a cambio de su lealtad para con los de abajo, el obrero descubre, por fin, el engaño de que ha sido víctima, y comprende que las mejoras materiales que se le han concedido son el precio no de su trabajo y de su esfuerzo disciplinado, sino de sus sentimientos, de su albedrío y de su dignidad.

..

En suma, llega un momento en que el doble equívoco que dio origen a la dictadura se desvanece. Capitalistas y obreros, descontentos unos de otros y entre sí, sabiéndose sacrificados a los designios del dictador y no por ello menos impuestos unos a otros, comienzan a vislumbrar un posible derrocamiento del régimen totalitario que ayer les pareció una solución. Y, aunque siempre y quizás más que nunca contrarios unos a otros, preparan complots, inician levantamientos y sueñan con apoderarse, a un tiempo, del Poder y de la tendencia enemiga, que fue y sigue siendo la fuerza adversaria primordial.

Pero, a medida que las bases primitivas de la dictadura van desagregándose, a medida que el dictador y sus satélites perciben ese hundimiento total, realizan, en todas las esferas y capas sociales, una vasta y cuidadosa labor de proselitismo, un fino trabajo de captación, cuyo fondo radica en la vieja, pero siempre eficaz fórmula de los intereses creados. Esa labor de captación, ejecutada por hombres tan voluntariosos e inteligentes como bien remunerados, fanáticos adeptos del dictador, se lleva a cabo, sobre todo, en las filas del ejército, de la policía y de la burocracia, entre la juventud ambiciosa, aventurera, desprovista de escrúpulos y deseosa de llegar a sus fines rápidamente y sin demasiadas dificultades. De esta selección de parásitos trepadores nace una nueva casta, una clase especial, ni trabajadora, ni burguesa, con los defectos de ambas y ninguna de sus cualidades, enemiga de las dos y solidaria de ninguna. Esta nueva casta, mezcla de militar y de policía, de señorito y de matón, se va transformando, con el tiempo, en un auténtico cuerpo armado, en una verdadera fuerza, la única que guarda fidelidad al dictador, y de la cual forma parte su guardia personal. En realidad, la única fuerza sólida en que puede apoyarse, la única dispuesta a defenderle, si es preciso, a sangre y fuego, puesto que, al hacerlo, de-

fiende sus propios privilegios y prebendas, su existencia misma, harto comprometida, que un régimen futuro, cualquiera que fuese, haría peligrar.

Y es precisamente en esa fuerza fiel y especializada donde se abrirá la grieta que hará, primero que todas, vacilar el edificio dictatorial. Exceso de celo o ambición desmesurada, intereses distintos e idénticas disposiciones, incitan, unos contra otros, a aquellos mismos que tienen todas las razones para mantenerse unidos entre sí. De esas divergencias, de esa lucha por la primacía, nacen los celos, y la envidia, su parienta; de unos y otra, el odio, que no tarda en dar por resultado la división in-

terna, la creación de clanes simpatizantes o enemigos; de ahí, el desequilibrio, la desagregación, más o menos lenta, pero continua y segura, del organismo de cuya solidez depende el sostenimiento del sistema totalitario que le dio vida.

Si a ello añadimos la posición inestable del capitalismo, nada satisfecho de la intervención del Estado en su economía personal, el descontento creciente de la clase obrera y las aún más crecientes dificultades de su situación, nos será fácil imaginar cómo, ante la más leve intervención favorable de las circunstancias exteriores, la caída del dictador será un hecho.

HAY QUE ELEGIR

LA moral social, actuante y salvadora, no puede ser más que un socialismo renovado y vivificado, pues, como ya hemos dicho, el socialismo ha sufrido, más que otras concepciones nuevas, el peso deformante del pasado.

Estas fuerzas, cuyas raíces se hunden en el pasado, están siempre amenazantes: el autoritarismo y el absolutismo conservan su poder de seducción. Nada más tentador, cuando se trata de escapar a la complejidad obsesionante del drama social, que el entregarse a un poder fuerte que haga reinar el orden. Pero cabe citar a este respecto las hermosas palabras de Proudhon: «En el organismo social, como en el organismo físico, el orden no es consecuencia de la autoridad sino de la organización». Los métodos autoritarios han dado de sí inelectablemente, aquello que debían dar: la equiparación del hombre a la categoría de presidiario o su elevación al grado de carcelero, de primera, segunda o tercera clase; la nación puesta bajo el signo de la nueva trilogía sagrada: «Crear, obedecer, combatir», teniendo como perspectiva combates que degeneran en guerras apocalípticas.

Justo retorno de las cosas y lógica implacable. Se puede hacer del principio autoritario el fundamento del orden social, pero no es posible asentar ese principio sino en la violencia, con la exaltación de abstracciones inhumanas. Y desde que se cultiva lo inhumano, ¿cómo ha de evitarse que se desencadenen la barbarie y la bestialidad latentes?

Henos aquí, pues, de retorno a lo esencial: al dualismo del ser humano, a su doble naturaleza de animal instintivo y de ser humano consciente y moral.

Planteado de ese modo el problema parece corresponder su solución a las ciencias naturales más bien que a la moral o a la sociología. Si, en efecto, todo depende de la medida en que lo humano del hombre prevalezca sobre lo primitivo y bestial ¿no estamos obligados a admitir, en suma, un nuevo fatalismo?

Indudablemente, no. Creemos haber afirmado suficientemente que el hombre aparece como artifice de su destino porque representa una realidad actuante y determinante, con el mismo título que todas las fuerzas naturales y que tiene aún sobre éstas la ventaja de ser una realidad pensante. El «Pienso, luego existo», de Descartes, es una verdad cuyo sentido no ha terminado de profundizarse.

El socialismo humanista no nos es impuesto por ninguna fatalidad y su advenimiento no está regido por ninguna ley fuera de las que emanan de la naturaleza humana. Confiamos, a pesar de todo, con firmeza en su triunfo porque no podemos creer en el suicidio social de la especie humana y porque los elementos del socialismo viven en los hombres que tienen más profundamente conciencia del mundo y de ellos mismos.

Corresponde a éstos afirmarla con la mayor precisión, claridad y audacia.

ESPIGAS
DEL
CONOCIMIENTO

El pensamiento y la vida

por RAMON LIARTE

EL hombre tiende a la asociación. Todo nuestro ser es una parte de la sociedad. El individuo es sociable. No hay en la naturaleza divisiones totales ni clasificaciones absolutas. Estamos rodeados por todas partes; tenemos, pues, que invadir y ser invadidos. De ahí lo que tiene de fundamental la Biología sin que los lógicos y los metafísicos se lo puedan arrebatarse: «La vida es nutrición, producción y fecundidad». En esta trilogía, quintaesencia de la razón pura, descansa la base de la vida. Vivir, consumir y adquirir. O lo que es lo mismo: realizar, gastar, alcanzar. Es la ley esencial de la formación físico-química. Especie equivalente del deber; obligación que nos incita a sostenernos.

La pregunta del filósofo es concreta: ¿Qué es, en suma, la obligación para quien no admite imperativo absoluto ni ley trascendente? A renglón seguido contesta Guyau: «Una determinada forma de impulsión.» Y es que lo que comúnmente ha dado en llamarse la «obligación moral», «el deber colectivo», la «ley fraterna», no son más que ideas movidas por una personalidad activa, por un carácter determinante. La fuerza impulsiva de la doctrina religa el equivalente natural con el deber sobrenatural.

El fin es algo más que una conquista pasajera. Supone un placer ideal. La finalidad no es puramente utilitaria, ya que tiene encantos morales que son superiores a la materia misma. Para nosotros, la vida es una causa, un principio determinante, una razón de ser. Es algo más que simpatía o antipatía, placer o disgusto. No hay causa más grande que la vida misma. Sólo la vida es santa, dijo el exquisito Zweig. La vida, he ahí el resorte vital de todas las cosas. Ella es fuente de riqueza; propende por su lógica misma a engrandecer y a extenderse. Toda acumulación lleva a ensanchar su radio de acción. No hay moral sin dinamismo.

El hombre pensante no es, como vulgarmente se dice, un calculador ventajoso, un egoísta por excelencia. Hay algo más importante que el cálculo del hacendista. Si la existencia fuese solamente pérdidas y ganancias, debe y haber, no valdría la pena de ser vivida. Cualquier pichirichi podría determinar las cosas. La vida es obra fecunda, labor penosa, esfuerzo tenaz, voluntad activa, personalidad influyente en todo lo que nos rodea. Todo ser es un resumen de energías. El individuo acumula fuerzas, atesora virtudes, contiene elementos para rehacer lo ya hecho. No se trata de darse por gusto, sino por necesidad. Lo que no se usa carece de valor. En el desgaste reside precisamente la formación de un dinamismo nuevo, de una moral superior.

No hay deber sin poder. La idea necesita pasar al acto, como el amor que necesariamente reclama el contacto directo para reproducirse. Un amor que no fecunda no transmite la vida. Una idea que no se hace carne no deja proyección en el tiempo y el espacio. El semen es al sexo femenino lo que la simiente a la tierra. Así es también, la idea al cuerpo social. No en vano el ideal es el futuro que se gesta lentamente, el germen venturoso del porvenir. Es una fuerza misteriosa que tiene más poder que la realidad. Potencia desconocida que la Biología estudia pacientemente para descubrir uno de los secretos más bellos de la naturaleza. Si algo tiene de sublime el porvenir es que avanza desbordando al presente. Así es la doctrina: trabaja silenciosamente en la entraña del tiempo, y cuando nadie lo espera, excepto los grandes iniciados, es decir, los militantes de una causa, sale a la superficie para imponer su potencia determinante y arrolladora como un caudal profundo e inmenso. Todo lo que es pensamiento y sentido se convierte en ideal. La vida se hace su misma acción, se da su código, se dicta su ley, se redacta su decálogo. La vida es el gran todo: movimiento ascendente, acción sin tregua, trabajo que es obra.

La doctrina de la acción es el sedimento mismo de la naturaleza. Es un poder que tiende a extenderse, a ser, a realizarse. Toda realización nace de una idea motriz superior. Lo vulgar no se personaliza, de la misma manera que lo débil está llamado a desaparecer. Se comunica todo lo que tiene energía. Lo más fuerte, así en el pensamiento como en la acción, se abre paso. No puede haber pensamiento sin acción. La unión del ser con el universo es indestructible. Por eso la idea va unida, por infinidad de lazos visibles e invisibles, a la vida que no acaba nunca.

No hay trabajo más encantador que homogeneizar el pensamiento alto con una acción extensa. En la concordancia reside uno de los principios más seguros del equilibrio. Quien no quiera estar en lucha consigo mismo tiene que comenzar por ser fiel a su idea, leal a su pensamiento. Hay cosas que no se cuentan. La verdad es tan grande que no puede ser almacenada por ningún usurero. Lo esencial en la sociedad es ser, realizarse con ánimo resuelto y voluntad de potencia. Ser amor, sentimiento humano hecho cortesía del intelecto y grandeza del corazón. El hombre debe procurar ser para vivir la vida, para transmitirla. Sentirse vivir haciendo vivir a los demás; tal es el secreto

mágico de las conciencias elevadas, de los seres que dan estilo y modelo a la vida.

¿Para qué vivir si no somos como debemos ser? Establecer la concordancia entre la idea y la obra, viviendo la vida que deseamos vivir. ése y no otro es el cometido del hombre. No seamos nunca un fracaso completo por no haber sabido triunfar. El hombre que se engaña es como una mentira en movimiento. Quien es leal a su propio ideario es la verdad convertida en acción. No se alcanza la auténtica realización del sér, sin conseguir sincronizar nuestros actos con la unidad de la vida.

El combate del hombre

S ABEMOS quién nos sigue porque escuchamos sus pasos. No vanamente tenemos conocimiento de nuestras posibilidades; si andamos más deprisa que los demás nos exponemos a que nadie pueda seguirnos. Es de poetas decir: «Lo que importa es ir solo por el gran camino.» Siento verdadera veneración por los poetas porque son la luz de la vida, el proyecto de la historia. Pero interesa oír la voz del revolucionario, que es el segador de la gran cosecha.

Hay que procurar ir bien acompañados. Y cuanto mejor acompañados estemos, más agradable será nuestra caminata. Yo quisiera llevar junto al anarquismo a toda la humanidad. No me bastan cuarenta familias sedentarias. ¡Para mí todos los pobres del mundo! Con ellos a todas partes. No desconozco que hay hombres volubles. Eso no me interesa. No es la veleta la que da vueltas, sino el viento que cambia de dirección el que la hace girar caprichosamente. Así ocurre en la vida diaria. Hay hombres que teniendo afán de mantenerse firmes, dan vueltas y revueltas, cambian de posición como de chaqueta, quien tiene muchas, y no por deseo de negar lo que son, ya que no son nada, sino porque no tienen fuerza para afirmar la personalidad propia que sólo es dable a quien la tiene y la sabe defender. La personalidad es para ciertas personas algo así como una cosa rara, completamente desconocida.

Quien ha escuchado el gran himno, lo recuerda siempre. No puede olvidarlo. Las manos que empuñan un fusil para defender el derecho; los labios que cantan la canción de la libertad, son manos y labios que escriben la nueva vida. La grafología y el verbo son como notas de un mismo pentágrama. Qué importa la muerte. Lo que cuenta es el combate decidido sin tener miedo a perder la vida. Por sobre todas las cosas, la vida es lo primordial, pero a condición de ser verdadera vida.

No es posible dormirse cuando llega la hora del despertar. Que nuestro grito llegue a todas partes. Si sabemos decir lo que todos desean escuchar siempre tendremos oído dispuesto a no perder ni una sílaba de todo lo que decimos. Nunca nos faltará una mano tendida y abierta, no sólo para saludarnos, sino para empuñar nuestras armas de lucha. Los pueblos y los hombres se salvan luchando. Todas las formas dignas de lucha son santas,

son puras, son nobles. Los ecos de la revolución nos dicen cuál es el verdadero camino de la victoria. La no-violencia india es el dinamismo que pone en vilo a un pueblo. La fuerza organizada y consciente es el arma primordial de las muchedumbres que bregan por su emancipación. El anarquismo no ha encontrado en su trayectoria grandes novelistas. Acaso sea ésta su falla número uno. A mi modo de estudiar, creo que Han Ryner ha sido nuestro mejor novelista, y al maestro de la prosa fina y socrática debemos este pensamiento: «Todo lo que aproxima exteriormente a los hombres sin unir sus corazones y sus voluntades, es un mal. No apruebo las uniones entre individuos que se odian. Porque la unión me parece el más raro y el más deseable de los bienes, tengo un miedo terrible a las apresuradas y torpes mezcolanzas.»

Yo no creo en las clases sino en los hombres. No hago de la clase obrera el último refugio del centralismo autoritario. Para mí, lo decisivo es la especie humana. Sean cuales fueren, las clases son el fermento de una nueva dominación. Los anarquistas debemos poner en marcha la acción de métodos determinantes, de ideas que lleven en sí mismas el germen de nuevas transformaciones. Nosotros no solamente queremos abolir el capitalismo, acabar con el Estado y poner fin al reinado moderno de la burguesía. Nada conseguiremos mientras no hagamos desaparecer la esclavitud voluntaria, la entrega sumisa y a cualquier precio a los poderes extraños. No hay dictador sin esclavos. Luego la tiranía tiene su asiento en la miseria de los resignados tanto como en la soberbia de los dominadores. Un esclavo aislado que se rebela contra la opresión tiene una fuerza incalculable, mas dos esclavos que se unen para sublevar a todos los esclavos lo tienen todo a su lado. La unión no es una cuestión de clase ni de mescolanza, sino de obligaciones y sentimientos. Se ha dicho que el hecho de estar organizado no modifica la mentalidad del individuo; y esto no es exacto. De un hombre perdido e indefenso a un hombre encontrado y protegido, hay un abismo. Lo substantivo es la idea, lo fundamental el hombre.

El anarquismo es el decálogo de la libertad. No quiere sometidos ni esclavos. Lo que nosotros queremos es que los hombres sean ellos mismos, que se sometan a su respectiva voluntad. Sólo en el interior de cada ser existe la verdad. El camino de la manumisión así individual como colectiva no debe confiarse a manos ajenas, a poderes extraños. El anarquismo organizado no ofrece paraísos. No pretende redimir a nadie. Lo que quiere es que cada hombre sea su propio redentor. La emancipación es obra de cada uno, es la labor de todos los que saben unirse para ayudarse y comprenderse. Hay que acabar con el dogma de la obediencia. Obedecer no es pensar. Sentir no es entregarse. La ley nunca ha encarnado la razón, sino el poder que a la sinrazón conduce. Sólo suprimiendo al Estado podremos erradicar las clases, las jerarquías sociales. La violencia política reside en los que fomentan prebendas y distribuyen privilegios. Pero la fuerza



moral, física y natural está en los sometidos que luchan y trabajan para liberarse. La unidad de las masas hace la fuerza del jefe; la unidad de los cobardes crea la potencia del más audaz; pero la unión de los más audaces, convencidos y dispuestos, arrolla a los explotadores y emancipa a los explotados, transformándolos en hombres libres e iguales. Los pasos de los oprimidos son notas sonoras en el pentágono de la revolución social y libertaria de nuestra época.

Pensar para vivir

NADA engrandece y eleva más al hombre que el pensamiento. Merced al pensamiento aprendemos a vivir. Quien piensa comprende y disculpa. La clave mágica del conocimiento reside en comprender. Si los hombres en general comprendiesen la vida, daríamos un gran paso hacia la unidad social. Nosotros, que somos hombres, no sabemos hasta qué punto los hombres nos comprenden o se alejan de nosotros.

Sabemos que el arte ennoblece porque, así el creador como el que estudia la obra del maestro, élévanse hacia regiones redimidas de la vulgaridad y el mal. La literatura es la acción sublimada por el encanto de las creaciones serenas y equilibradas.

Esa magnitud del espíritu la observamos en Cervantes, Goethe, Shakespeare; en la antigua Grecia y en el culto a la fuerza de la misma Roma. Sin elevación de criterio no hay más que brutalidad, instinto, pasión. Y esas fuerzas sólo pueden ser administradas por el pensamiento.

Vivamos para pensar. Y cuanto más y mejor pensemos el pensamiento y la vida, mayores serán los resultados obtenidos en la búsqueda del conocimiento. Leer, estudiar, sentir, pensar, querer y sobre todo, amar; tal es el lema que nos educa, modela y hace posible la convivencia. Vivir es, en cierto modo revivir lo vivido en hechos nuevos. Pensar es adentrarse, conocerse, y especialmente, sentir y comprender a los demás.

El pensamiento está refinado con el fanatismo, ya que el fanático no piensa ni lo que otros pensaron para él. La vida no es una casa cerrada, sino un universo abierto a todas las ideas sanas y fecundas. No se puede vivir sin amar al hombre, sin apreciar el valor de las cosas. Ante todo debemos ser solidarios. Sólo cuando nos solidarizamos con el mundo que nos rodea conquistamos fuerza y proyectamos nuestro ser. ¿Qué vale la vida sin el pensamiento? Absolutamente nada. Carece de interés. Es la rutinaria monotonía de ir muriendo sin vivir. No hay nada más insulso que el vacío mental. La vida es una eterna obra de arte que merece ser trabajada con cariño y emoción para gozar todos los secretos desconocidos.

El hombre que piensa es el caballero de la generosidad. Adopta una actitud digna ante la vida. Pensamiento o indiferencia; vida o muerte: todo de los seres o nada del abismo. Se trata de pensar para rejuvenecernos. Cambiar la existencia pensando en nuevas auroras. Pensar las ideas que poseemos sin que ellas nos dominen ni posean totalmente. Eso es ir por el gran camino. Orientarse por sí mismo para llegar al sitio deseado. No es tarea fácil orientarse entre el laberinto de fórmulas, proposiciones y dogmas. Pero quien sabe meditar no se pierde tan fácilmente. Se salva de la incertidumbre y vence la resignación.

Quien piensa tiene el conocimiento abierto a toda lección; sabe sentir toda manifestación intelectual. Amar y sentir para pensar todo sin cegarnos por la pasión. La emoción tiene encantos misteriosos que hacen gozar al pensador de inmensidades. El pensamiento es siempre alto porque es luz y alborada. Hay pensamiento en la canción y en la senda. Pero sólo los que piensan alto pueden paladear el valor puro del sacrificio, el néctar de la alegría, venciendo al dolor. El pensador sabe sufrir porque no hay pensamiento sin esfuerzo. Toda obra es hija del sufrimiento. El pensador lleva en su rostro todas las penas del universo. Pero no hay nada más grande que pensar una idea, pensar en sí mismo, pensar en los demás.

Dadme fango — dijo Delacroix — y os haré con él la más esplendorosa figura de mujer. Dadme todos los dolores del mundo y os haré con ellos la redención humana, supo decir Sebastián Faure en su hermoso libro «El dolor Universal». Nada hay completamente despreciable. Todo puede ser útil y bello si sabemos trabajar con delicadeza para darle el valor exacto a cada cosa. Frente al eclesiástico de la desesperanza supo decir Walt Whitman: «Yo canto la llegada del hombre». Y Unamuno agregó con el chispazo resplandeciente del genio: «Plenitud de plenitudes; y todo es plenitud.» El vaso lleno de agua, la idea rebosante de bondad, el hombre atlante caminando hacia la perfección, hacia la vida, hacia el porvenir.

No hay redención sin pecado ni manumisión sin esclavitud; pero hay que acabar con la esclavitud para que viva el hombre, y supeár la redención para que desaparezca el fariseo. El conocimiento es la solidaridad de los corazones. En la existencia del pensamiento generoso reside la conciencia que hace del hombre un ser superior para vivir la vida. El placer más grande de mi vida es haberme situado desde mi adolescencia al lado de los vencidos. He pensado una y mil veces la vida de los que no triunfaron nunca. El hombre vencido tiene más hambre de victorias emancipadoras que de pan; siempre está predispuesto a luchar. Yo canto, cuento y presiento la lucha futura. Ella es el pensamiento que renace, la vida digna de ser vivida.



Educación y justicia

por MICHELINE NOAILLES

El lobo entró en el redil y mat  a las ovejas. Llegó el pastor y mat  al lobo». Cuando un niño oye esta frase, la considera como un cuento. Se entristece porque han matado a las ovejas, que son buenas, pero se alegra porque el lobo, que es malo, ha sido casgado.

Este niño conserva todavía la candidez infantil que simpatiza con todos los seres y se conmueve, pero considera también al lobo, a las ovejas, al pastor, como lobo, ovejas y pastor, es decir que él cree en las cosas por ellas mismas, no las interpreta; el mundo es tal cual le aparece: Es, y nada más. Pero él juzga y castiga: da un valor a las cosas. Este valor no lo ha descubierto solo sino que se lo han enseñado la cultura, la educación, el ambiente social, los adultos.

Por otra parte, cuando un adulto oye o lee esa frase, la interpreta porque él es capaz de abstraerse del ser para represent rsele. No se conmueve, porque su mente sólo est  en acción y controla siempre sus sentimientos. Considera al lobo como un criminal, a las ovejas como la sociedad y al pastor como la justicia. Le parece justo que castiguen al criminal porque ha violado las leyes sociales. Esta justicia se funda sobre la pasión, la venganza, la agresividad y el pesimismo, porque sólo interviene la justicia cuando ya se ha cometido el crimen.

Este comportarse del adulto impregna la cultura y se transmite al niño por medio de la educación. Destruye su amor natural al mundo y le hace participar a lo infernal de la sociedad.

La educación no es únicamente la instrucción, la ciencia; es también la formación social y sociológica de la personalidad de cada uno. No se manifiesta sólo en la escuela, sino en todos los medios (familiar, geográfico...) en una palabra, en toda la vida social. Forma al individuo desde la infancia y le forma a imagen de los educadores. No es, claro está, absolutamente determinante, pero sí uno de los elementos primordiales en la formación de la personalidad del individuo y, como consecuencia, de la sociedad. El adulto egoista, apasionado y pesimista, refleja su medio y forma al niño a su imagen.

Sin embargo, yo he conocido adultos para los que la justicia no es el castigo. Es tratar de comprender al criminal, más que juzgarle. Comprender que mata o roba porque est  desequilibrado, buscar la causa del desequilibrio y tratar de suprimirla. Entonces, el hombre, al

tener lo que le faltaba, ya no experimenta el deseo de matar o de robar.

Los adultos saben pensar, pero sólo piensan con su mente, y no sienten amor, porque la mente no engendra el sentimiento ni la comprensión por simpatía. Su remedio será a la medida de su ideal, pero no forzosamente a la medida del que cometí el crimen. Creen que son tolerantes porque conocen la justicia, pero no conocen el amor, el aceptar la originalidad de cada uno y el abrirse completamente a la diversidad humana. Tampoco conocen el optimismo que impedirá al criminal de llevar a cabo su acto, que le curar  su salud.

Pero he conocido a niños que son optimistas y que aman. Para ellos, si el lobo ha querido devorar a las ovejas, el pastor ha llegado antes y lo ha impedido. No le ha matado ni ahuyentado, le ha dado de comer. El amor de este niño es inmenso, y tanto más bello cuanto que no se esfuerza en amar: ama espontáneamente, naturalmente. Da su amor a las ovejas, que no son devoradas; al lobo, que no es muerto, al pastor, que sabe comprender en vez de castigar. Da su amor a todos los seres y no distingue los buenos de los malos. Todos tienen hambre, y los que matan o roban no han recibido su parte. No son los únicos responsables, pues, de su crimen, sino que la sociedad entera es responsable.

Estos niños nos enseñan, pues, el amor-justicia. Pero son niños todavía, y la sociedad aún puede formarles y cambiarles a su imagen.

La verdadera justicia, la que ama — que es optimismo — no se halla ni en esos niños si es esos adultos-pensadores, porque les falta, a unos, la representación, el tomar conciencia, y a los otros, el sentimiento, la fe, el calor.

Sólo puede estar en el adulto que no espera a que el lobo se coma a las ovejas y no desea que el pastor mate al lobo, sino que da de comer al lobo antes de que se coma las ovejas. No destruye a nadie, les deja la vida a cada uno, protegiendo a los unos de los golpes de los otros y llevando a éstos por caminos que les permiten vivir sin dañar a aqu ellos.

El que es capaz de esta justicia, ama al mundo entero, desde las piedras hasta los hombres, pasando por los microbios. No hace distinción alguna entre bien y mal, no condena nada porque tiene fe en la naturaleza, en el hombre y en la posibilidad de hacerle conocer esta justicia gracias a una educación transmitida en el amor, en la compasión del ser y de la naturaleza.

Puede parecer utópico este ideal, pero hay hombres que lo practican.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Amores altos

«Amé a los hombres, me senti su hermano...» — C. Texas.

¡Amar siempre a los hombres como hermanos!
He aquí, precisamente, el gran secreto:
Pero amar con el alma, ¡con la sangre!
Amarles... de verdad. No con los labios.

Con ese amor que no se aprende en libros
ni nos enseñarán jamás los sabios.
Con un amor más fuerte que la vida
y más alto que el sol, mucho más alto.

Un amor que no aguarde recompensas
porque nada agradecen los humanos.
Amores hechos de hondos sacrificios,
luchas oscuras y un bregar callado.

Ese entregarse del que nada espera
y darse porque sí sin explicarlo;
sabiendo que la casta de los judas
no acabó cuando «aquél» murió colgado...

Sabiendo que éstos a quien hoy amparas
te juzgarán mañana por tirano
y sembrarán de espinas los caminos
que tú quisiste, ¡ay! sembrar de pétalos.

Llevando en cada fibra de tu ser
el latido de un sueño malogrado
y seguir, rumbo al norte, con tu nave

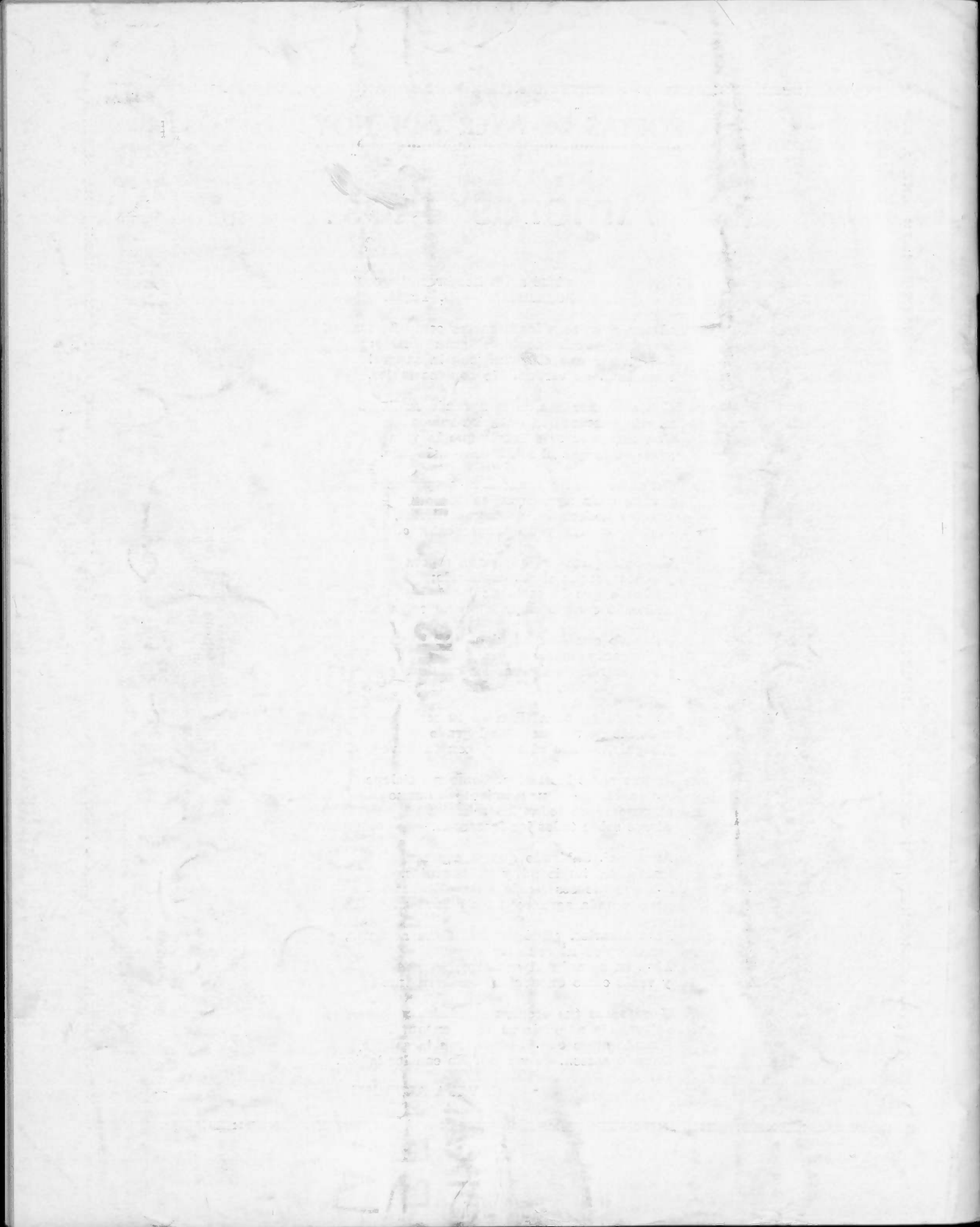
Seguro entre los riscos. Como un ciclope
del Ideal que el pensamiento humano
al pase sobre todas las miserias
álzase sobre todos los fracasos...

Amar así. Sabiendo que le esperan
traiciones, impiedad y desencantos.
Sin que pienses jamás en gratitudes
porque nada agradecen los humanos.

Pero amarles. ¿Qué importan sus acciones,
deslealtades ni criterios vanos?
Abre tu corazón al enemigo
y verás cómo encuentras un hermano.

Y entonces tus oscuras soledades
volverán a adquirir su viejo encanto.
Cuando ames con el alma, con la sangre,
Cuando ames... de verdad. No con los labios.

C. VEGA ALVAREZ



CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — **Severino Campos**: Las influencias tradicionales de la opresión humana. — **Federica Montseny**: El mundo moderno y el anarquismo. — **Eugen Relgis**: Libros, archivos, traducciones. — **J. Guerrero Lucas**: Revolución y juventud. — **Luis Di Filippo**: Federalismo social. — Carácter y personalidad de nuestro pueblo. — Dos previsiones. — **F. García Lorca**: Grito hacia Roma. — **Floreal Ocaña**: Asesinato de Miguel de Unamuno. — Sobre el salario. — **M. Celma**: Camus, el grande. — **V. Muñoz**: Contribución a la historia del anarquismo en el Uruguay. — **Ramón Liarte**: Ciencia y ética. — Memorandum revolucionario.

182

Mayo - Junio 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.

408.5523



NUESTRA PORTADA

CORDOBA, la sultana. Estaba escrito. Tenía que ser así. Museo Romero de Torres. «Naranjas y Limones». Obra maestra del artista exquisito y personal hasta alcanzar en su estilo la cima de lo único. Porque Julio Romero de Torres, es la consagración suprema de la pintura. El triunfo del esteta. La victoria del hombre en lucha con el color. Era de Córdoba y en la capital de la fantasía universal todo es luz. Forma impecable, estilo majestuoso: alto sentido de la belleza.

«Naranjas y Limones» forma parte esencial de la obra de Romero de Torres, cuyos desnudos constituyen la resurrección de la materia hecha alma, contra la hipocresía convertida en dogma. No son sus desnudos erotismo vulgar, sino ideas en cueros, para que el hombre pueda abrazarlas sabiendo su auténtico valor, su grandeza imperecedera.

Julio Romero de Torres, de quien la leyenda popular dice que es el mejor de los pintores, fue un superdotado. Grande en todo. Ancho como una gran circunferencia. Alto como un astro. Pintor de sol y sombra; blanco y negro de la gama infinita de la vida, nos ofrece el gris único que vieran sus ojos luminosos como luceros. No es el suyo el gris del Escorial ni el de Versalles; es un gris inconfundible: verde en algunas ocasiones, semi-rojo en otras; esmeralda cuando la luz lo acaricia, negro al atardecer y pajizo cuando despunta el alba. «Naranjas y Limones», obra del artista glorioso, viene a enriquecer nuestras portadas que tienden a ser resumen y síntesis de la vida que no acaba.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrategui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Mayo - Junio de 1968

N.º 182

EDITORIAL



Metodología sindicalista revolucionaria

EL siglo XX es, sin duda, el promotor de las grandes transformaciones científico-técnicas, políticas y sociales. Cada día que pasa se opera un cambio en la sociedad, se descubre algo nuevo en el orden de las ciencias y las artes. Tiempo nuevo, tiempo de innovación. Y lo más paradójico del caso que nos ocupa es, que, en medio de las fabulosas transformaciones que se realizan, ensánchase una crisis del mundo viejo cuyas facetas más singulares tenemos la obligación de analizar desde el punto de vista revolucionario.

Hemos de referirnos a la honda crisis orgánica y militante que sufren todas y cada una de las tendencias que se reclaman del socialismo. El colapso de las teorías es vertical. Las doctrinas se parten como hojas de papel mojadas por la lluvia. La ideología vuelve a ser reexaminada. La fe ha tenido que dejar paso libre a la lógica.

Los análisis de Proudhon, Bakunin y Kropotkin, representan la más brillante contribución doctrinal, teórica, al estudio y conocimiento de la estructura del sistema capitalista. A estos trabajos de análisis de los valores humanos, cabe agregar la aportación que hicieron entre otros, Cornelissen, Max Nettlau, Rudolf Rocker; el primero seguidor de las huellas de Proudhon, y los dos siguientes, veneradores espirituales de Enrique Malatesta, Bakunin y Eliseo Reclus.

El socialismo anarquista estudió los esquemas sobre la oferta y la demanda; las teorías del valor, el origen de la propiedad, la injusta acumulación del capital, el nacionalismo, el imperialismo, la lucha de clases, el mito de las religiones, la arbitrariedad del poder, las taras de la ignorancia, los estragos producidos por la miseria y lo monstruoso que el Estado contiene como organismo director de la vida pública.

Pero el anarquismo no descansa. Remueve los cimientos de la sociedad capitalista y estatal desde sus orígenes a nuestros días, para desentrañar las causas principales de la opulencia y la miseria, la desgana e incultura de las multitudes, la carencia de la justicia y la falta de libertad, la ignominia de los poderosos, y la revolución de los hombres y los pueblos. Después de las elocuentes declaraciones que hicieron Carlos Marx y Bakunin, el capitalismo ha conocido fases de decadencia y periodos de grandeza: la industrialización de la electricidad, del telégrafo y del teléfono, de la fotografía y el cine, del motor de explosión, del petróleo, del automóvil, del tractor y de la aviación. Los astronautas ganan posiciones. El psicoanálisis hace reflexionar a la ciencia, fijándoles caminos nuevos. La teoría de la relatividad se afinca. La ciencia avanza, la técnica progresa. Pero la ciencia verdadera del hombre, el arte de saber vivir, es eterno. Tiene sus raíces en la moral y su eclosión en la ética. El anarquismo, es, pues, un medio social que asegura a cada individuo el máximo de bienestar y de libertad adecuados a cada época.

El régimen capitalista se agrieta. Al estallar la guerra de 1914-18, se hunde el viejo andamiaje del liberalismo burgués. El concepto de la democracia política se asevera incompe-

tente para dirigir la vida de las naciones modernas. Versailles muere agonizando como un grito en la noche oscura y sin entrañas. La crisis económica de los años 1924-26, colocan al sistema capitalista entre la espada y la pared. ¿Podían avizorar Marx y Bakunin la conmoción internacional cuyos alcances sorprendieron al mundo del trabajo y el socialismo? Aca-so a estos pensadores se les escapó el chispazo de las características de los tiempos nuevos; pero Malatesta supo intuir con clara visión que el camino firme de la libertad está en no hacer concesiones al poder declinante que incubaba la tiranía...

¿Cuál es el factor que lleva a la catástrofe? El mercado mundial se rompe. Hay una escisión completa en el mundo de los nacionalismos puestos en lucha. Los Estados nacionales pretenden salvarse del caos organizando sus intereses mediante la autarquía. La moneda pasa por la fase del vértigo. El factor oro es almacenado. Estalla un clima de predominio y hegemonía. Los Estados centroeuropeos son cercados como una fiera. La agonía del paro comienza. En los países colonizados se lanza el grito de Independencia; cada uno quiere ser dueño en su casa, administrando su propia miseria. Millones y millones de obreros sin trabajo. Los pueblos más industrializados no saben qué hacer. No se deciden a optar por fabricar máquinas de paz o de guerra. Cuando el liberalismo lanza el canto del cisne, que es anunciador de la muerte, la clase obrera no sabe aprovechar las circunstancias internacionales. El totalitarismo levanta su cabeza de plomo, pone en tensión sus zarpas de hierro, y prepara la guerra mundial para acabar con la revolución y destruir, por añadidura, los valores más efectivos de la historia. Cuando no se cosechan triunfos hay que hacer la historia de las grandes derrotas.

Durante medio siglo el movimiento obrero, social y socialista ha tenido que presenciar el cataclismo de la organización burguesa, sin oponer más que frases, sentimientos, corazonadas. Se ha podido hacer la revolución que hemos perdido en varias ocasiones debido a tres causas principales: desunión de la clase obrera mundial; carencia de una conciencia puramente revolucionaria; y falta de un plan internacional para acabar con el capitalismo y establecer el socialismo sin clases, sin poderes arbitrarios ni fronteras antinaturales e inhumanas.

Tres ideas fundamentales han constituido la razón de ser de una lucha cuya victoria material ha sido frustrada: unificación y socialización de la economía mundial sobre bases socialistas libertarias. Derechos colectivos y justicia social para todos; instauración de las libertades humanas y manumisión de la sociedad sin clases.

En nuestro siglo, Europa ha perdido dos veces la ocasión de llevar a cabo la revolución social: una, durante la guerra de 1914-18; y otra, en la pasada contienda mundial, cuyo prólogo ideológico fue escrito por la España anarcosindicalista.

Hemos tenido el socialismo ante nosotros y se nos ha escapado como un fantasma. Las mayores posibilidades revolucionarias han sido desaprovechadas. No cabe duda que la juventud mundial ha estado de nuestra parte, hasta que desengañada de los predicamentos democrático-liberales, se ha marchado a ocupar posiciones falsas que en el fondo no sentía ni debía defender.

Pero mucho cuidado. Lo que ha sido puede volver a ser. El totalitarismo no desarma, y una de sus primeras conquistas es la juventud. El nazifascismo surgió de los más bajos fondos de la sociedad, pero acabó arrastrando tras de sí a la juventud europea llevándola a la guerra más cruel que registra la historia del fratricidio histórico.

Dice la ciencia, y con ella nosotros, que prevenir es curar. Y si esto es cierto y exacto, como no cabe duda, no se trata de que nos curemos en salud, sino de salvar todo lo que merece ser salvado: el destino comprometido del hombre, la vida social de nuestras Organizaciones, y el tesoro más grande que ofrece la naturaleza, madre de la vida: la juventud que quiere conocernos y estudiarnos para emprender la nueva caminata de la renovación y mejoramiento del mundo.

No temamos nunca a la juventud. Ella es el presente puesto en movimiento, el porvenir que nada ni nadie pueden destruir, la vida renovada que ha de cambiar la faz de las cosas. Quien quiera tener hijos sanos y robustos no debe asustarse de los contratiempos que puedan proporcionarle ni vanagloriarse de las alegrías que han de ofrecerle como merecida recompensa. La juventud es la voz del progreso, la energía poderosa que todo lo mueve; es la llave maestra que abre todas las puertas de lo desconocido. La juventud es la revolución porque no teniendo tendencias conservadoras quiere conquistar lo que le pertenece: la justicia dentro de la libertad. Y la mayor conquista en esta tierra poblada de desigualdades e infortunios, es la acción que nos hace luchar para vivir en un universo que nada espera de dios, pero que tiene puesta su confianza más alta en el destino y la obra del hombre.

LAS INFLUENCIAS TRADICIONALES DE LA OPRESION HUMANA

por SEVERINO CAMPOS

LOS antagonismos sociales que vivimos, constantes y agudos, tienen raíces históricas muy hondas. Esto, sin duda alguna, induce a algunos letrados a pretender justificarlos, pretextando tópicos varios, entre los cuales figura el que «la condición moral del hombre no es modificable.».

Ni los datos de fácil observación en la vida ordinaria, ni aquellos más sustanciosos que profundizando un poco pueden extraerse, alcanzan suficiente para que el tradicionalismo rectifique sus ideas fijas. Este punto nos confirma una estructura mental que no puede ver los fenómenos sociales de otro modo a como los legaron los antepasados.

Muy limitado es el margen de razonamiento en las personas de semejante formación. Su mentalidad es un molde preconcebido, al que no se adaptan las innovaciones que la investigación científica aporta a la existencia del hombre. De ahí que, ante las novedades sociales que conceden al individuo mayor expansión, las reacciones del espíritu tradicionalista se dispongan, violentamente, a conservar su preponderante dominio social.

En ese campo demográfico hay muy poca posibilidad de fecundar ideas libres. Es escasa la flexibilidad mental de sus pobladores. En su inteligencia hay grabado un catecismo elemental de obligaciones y deberes, código de convivencia bosquejado por sus profetas afines de tiempos remotísimos; sólo a sus mandatos deben obediencia; es la razón de fundamento cultural y psicológica, que hace impenetrable en su espíritu otras influencias más humanitarias.

Esa singularidad humana no es de fundamento racional; su origen es de formación personal. Los poderes ancestrales modelaron una idiosincrasia, fomentaron la psicología del temor y de la obediencia. Con estos elementos ya quedaba la esclavitud en marcha; la persistencia de esa condición sólo dependa de su cultivo. Es en lo que se puso gran empeño; es por lo que, en parte muy considerable, hay seres repelentes a las influencias progresistas capaces de libertarlos.

Esa alergia a todo lo que supone renovación intelectual y moral, con recursos para fomentar mayor plenitud de vida, no es de condición política. En este caso concreto es muy poco lo que pueden hacer las constituciones; la solución radica en las escuelas y en las clínicas.

No son de condición normal los sentimientos y las inteligencias inadaptables al progreso que mejora

la vida de todos; esos criterios son de médula y configuración primitiva. Les ha faltado el calor del ejercicio reflexivo para modificarse y adquirir más sociabilidad. Las influencias retrógradas cimentaron las rutinarias predisposiciones y las fortalecieron, destinadas a mirar como extraño, y nocivo, todo lo que no responde al templo adorado de su destino social.

El hecho de verle en vías de decadencia no quiere decir que el tradicionalismo opresor no disponga de cierta dinámica. Se agita extraordinariamente en circunstancias de apremio, invocando la paz de los pueblos, las delicias de la tranquilidad, y ciertos mandamientos divinos que sus representantes poco o nada respetan. ¿Causas de tal actitud? La misión de conservar las instituciones que utilizan, al través de las cuales legitiman todas las características de opresión y miseria.

Lo que les saca de quicio es el contraste que ofrecen las fuerzas sociales que pugnan por florecer, liberar y embellecer a la humanidad. En estas sanas y bienhechoras potencias, los apologistas de la permanencia tradicional ven que con la aceptación y práctica de las virtudes que lleva el progreso se derrumba el imperio de sus diversos dominios.

Erróneo será estimar que los factores de opresión política y económica pueden desaparecer sin una fuerza superior que les inhabilite; en ese rol, de tendencia humanitaria ascendente, a más de ser inevitables, los antagonismos juegan un papel edificante. Es con su concurso que se abren brechas en los senderos del porvenir, donde van tomando posición las creaciones de mejor influencia social, siempre en detrimento de aquello y de aquéllos que hacen honor al pasado.

Las causas de ese fenómeno histórico son varias; en sus portavoces personales y ejecutores no ha habido interés en profundizar investigaciones en pos de mejor condición social que la que defienden. Más que de impotencia el caso es de extravío mental. Para todo tienen conclusiones preconcebidas; son las que prescribieron los primitivos originarios de su credo, con las supuestas recomendaciones de divinidades especiales. Son instrumentos de ideas fijas, herméticas, fortalezas opuestas a las creaciones científicas que proclaman la libertad y la dicha del hombre.

Ante esas concepciones de la vida, y esa tenacidad, la persuasión es ineficaz. Limitan su expansión, hacen menos duro e intenso su proceder opresor, por la potencia y la coacción de las modernas

corrientes sociales. No hay en ellos voluntad liberadora; viven ausentes de las elementales vibraciones solidarias que la vida social acredita como estímulos al corazón y a la inteligencia.

Dignas de estudio son las personas caracterizadas de tales convicciones; provechoso, también, conocer sus reacciones individuales y colectivas. Piensan en sí y para sí; son inadaptables a los cauces y medios de relación humana que la ciencia y la ética ofrecen para seguridad de todos. Esto motiva que la incompatibilidad, entre esas fuerzas representantes del pasado, y las que van poniéndose en marcha al calor de las influencias progresistas, fomenta conatos de violencia.

¿Persistirá mucho tiempo el duelo que está afrontando la humanidad? ¿Existe manera de corregir este sistema de lucha? Mucho interés hubo, y hay todavía, en algunos sectores, en negar la eficacia de la educación para la transformación del hombre. Patrocinan esa opinión aquéllos que al porvenir quieren vincular los prejuicios del pasado.

Sin embargo, esos afanes van perdiendo terreno y potencia. La pedagogía está siendo un horizonte cada día de mayor dimensión luminosa, de realidades y florecimientos bienhechores. Sin perjudicar el interés colectivo, y si favoreciéndole mucho, se ha conquistado para el individuo más margen de desenvolvimiento; dispone de más elementos para la defensa de sus derechos y de su vida, es decir, de más libertad.

Y esto, como bien conocido es por quienes se preocupan del reloj de la enseñanza, sin que a la didáctica se hayan incorporado los instrumentos que mucho pueden elevar el nivel de conocimientos y su utilidad general. Hecho análisis imparcial, la conclusión es que en todos los frentes de actividad humana, las influencias opresoras del hombre van perdiendo grandes batallas.

Algo ya del dominio general es que los frentes de dominio opresor están rectificando sus líneas de combate; aunque ofreciendo la máxima resistencia se baten en retirada; por todas partes surgen potencias, si bien en estado incipiente de desarrollo, que les acosan y reclaman su retirada al pasado histórico. Y esto adquiere mayor interés al ver que este fenómeno de superación se desarrolla cuando apenas las fuerzas populares han entrado en el escenario de las grandes transformaciones.

Cuando se comprende el mérito de la libertad y se hacen sensibles en el hombre los efectivos resultados que a la existencia reporta, queda constituida una irreductible oposición a la esclavitud. «Porque si el público rechaza una idea nueva, casi siempre es porque no está en estado de conocerla, no porque sea reacio a la misma.»

Inspirarse en conciliar las diferencias que motivan los antagonismos sociales es un absurdo. Cada corriente de opinión tiene una finalidad; la una

es negación de la otra; ambas esgrimen, cada cual en su favor, los factores que pueden hacerla triunfar. Todas las perspectivas son negativas para el sentimiento opresor; éste, a medida que transcurre el tiempo, se ve más opuesto a las personas y necesidades contemporáneas.

Ciertamente que no faltan «personas ilustres» que minimizan el valor de la educación y de la libertad. Los sociólogos vinculados al catolicismo figuran en primer lugar; en el fondo de sus convicciones yacen las inspiraciones más represivas hacia quienes no colaboran con su existencia. Conocida es la historia de sus cruzadas; deplorables los resultados de sus hazañas y de sus triunfos.

Esa realidad tenebrosa, en cuya ejecutoria actuaron aliados la cruz y la espada, hubo menester algo más que la fuerza bestial para sostenerse. Los vencidos en plan de guerra social o de conquista, los despojados de haberes y derechos, destinados a las tareas productoras, era forzoso someterlos a un adiestramiento que fecundara los hábitos compatibles con la misión a que fueron destinados.

Quedaban abiertas la escuela y la enseñanza para un sistema de vida. No podían aspirar a otra cosa los vejados. En ese margen se ejercitaban; ese era su mundo. Los límites de la personalidad humana, pretendían los próceres de la situación, quedaban definidos para siempre: Unos a mandar, otros a obedecer; los más a sufrir, los menos a gozar.

¿Podía la evolución humana quedar estancada en los márgenes de ese despotismo? Si no con la certeza de datos científicos, ¿no era de suponer que en el hombre había fuerzas morales subyacentes que algún día tenían que irrumpir para elevar el valor de la existencia? Ahí están los datos de la historia; son elementos valiosos para una sensata composición de lugar.

Pero no es así como todos los comprenden. De ahí los grandes antagonismos. Las reminiscencias de aquellos paroxismos autoritarios se ven encarnadas en algunos contemporáneos: con la sorpresa de que éstos, en algunas ocasiones, son personas con conocimientos especiales de algún relieve. No ven, o no quieren ver, que la naturaleza humana no puede ser forzada a ejecutar algo que niega el valor y los fines de su existencia.

¿Cómo, pues, dirigirse al hombre para hacer de éste el aliado y solidario de su semejante? Pero ¿acaso interesa este sistema de relación? Al primer interrogante responden favorablemente quienes pugnan por abolir todos los sistemas de esclavitud; al segundo contestan negativamente los individuos y las instituciones que reivindicán el pasado. No hay entendimiento; la solución está en el campo de la lucha y en los amplios márgenes de la educación que hacen ver al hombre lo que más le conviene.

CONTESTACION A LA ENCUESTA

El mundo moderno y el anarquismo

Pregunta: ¿Cuál es el cometido esencial de la clase obrera en esta hora de lucha sin tregua por la emancipación del hombre y el derecho de los que trabajan y producen a conquistar la efectiva justicia social?

Respuesta: El que debía ser siempre; el que fijó, de manera lúcida, la Primera Internacional y que desgraciadamente en la mayoría de los países, los trabajadores han perdido de vista. Luchar por la emancipación integral de la clase obrera, que no podrá conseguirse mientras no se instaure una sociedad sin clases. En esta lucha ha habido y habrá avatares varios; unas veces triunfos y otras fracasos. Pero el propio desarrollo técnico e industrial, el propio progreso mecánico, ha traído y traerá cada vez con mayor agudeza, el planteamiento de problemas insolubles dentro del mundo capitalista, que sólo podrán ser acometidos y resueltos en una sociedad socialista. Pero atención: la palabra socialista y socialismo sirve hoy para cubrir todo género de mercancías. Socialista se llama Nasser y socialista se llama Boumedienne. Socialistas se pretenden todas las llamadas «democracias» del mundo comunista. Hay, pues que definir bien claramente que no puede haber confusión posible entre ese «socialismo» y lo que nosotros entendemos por socialismo ácrata o libertario. Esto es, socialismo federalista y basado sobre la organización de una sociedad socialista sin Estado, cimentada en la asociación a escala local, regional, nacional, internacional, valiéndose en el aspecto económico del propio aparato creado por las organizaciones obreras de signo libertario: Federaciones nacionales e internacionales de Industria, etc. No es el momento de detallar lo que ha sido escrito y descrito numerosas veces.

¿Cómo conseguir un despertar multitudinario de la conciencia revolucionaria?

Actuando sin cesar entre cuantos sectores puedan ser sensibilizados por todas las ideas transformadoras y revolucionarias: trabajadores, intelectuales, estudiantes, mostrando las terribles realidades del mundo presente y ofreciendo las soluciones libertarias para sacar a la humanidad del abismo de guerras, atómicas o no, hambre, miseria, en que se debate.

¿Ante la idea de las «patrias unidas», la comunidad de Estados democráticos y el poder único pa-

por FEDERICA MONTSENY

ra el Estado único ¿cuál es la solución que se ofrece al mundo de la ciencia, del trabajo y la libertad?

Queda contestada esta pregunta, en parte, en la respuesta dada a la primera pregunta. Añadiré que a la Europa o al mundo de las patrias, a las comunidades de intereses económicos y políticos, que representan ahora los diferentes organismos capitalistas o comunistas dirigidos al mismo objetivo, nosotros hemos de oponer las ideas federalistas de Proudhon y Bakunin, que nunca tuvieron tanta actualidad como hoy. A la «unión de las patrias», hay que oponer la unión de los pueblos. A las comunidades de intereses, hay que oponer la Federación de los hombres, a base local y regional, hasta llegar a la Confederación de los pueblos.

La descomposición orgánico-ideológica del comunismo totalitario es un hecho. ¿Qué derroteros emprenderá para salir adelante en esta hora de prueba y de sanción mundial?

Difícil es contestar a esta pregunta, por cuanto lógicamente no estoy en el secreto de lo que pueden ser corrientes internas en el mundo comunista. A simple vista, esto es, por lo que vemos, probablemente el comunismo adoptará una actitud ecléctica. Allí donde el sistema estalla en su interior, esto es, donde la fuerza de las protestas y de las contestaciones es tan grande que no puede ser ahogada, cederá terreno y se «liberalizará», como ocurre con los sistemas totalitarios. Pero allí donde pueda dominar la situación y ahogar el impulso libertario de la juventud y de los espíritus más renovadores e inquietos, de nuevo se conocerán las represiones y de nuevo se abrirán las cárceles y los campos de concentración. Las amenazas de Brejnev, en este sentido, no por veladas, son menos precisas. Desde luego, otra era staliniana no se vivirá. En primer lugar, porque no hay otro Stalin y en segundo porque, pese al terror y a los «lavados de cerebro», la situación en Rusia y demás países comunistas es muy otra. Si se tuviese la suerte de que en Checoslovaquia, en Rumania, en Bulgaria y demás países que van abriendo la mano a concepciones menos totalitarias del sistema político impuesto, la experiencia fuese enriquecedora, esto es, que las fuerzas reaccionarias no aprovecharan la ocasión para sustituirse a la dictadura comu-

nista, se habría dado un gran paso, ya que podría demostrarse que con libertad, los hombres y los pueblos son capaces de organizarse y de crear más y mejor que no con sistemas autoritarios y despóticos.

¿Optará por el capitalismo de Estado, por el aburguesamiento de las clases creadas por la Revolución de Octubre, o por el sindicalismo revolucionario, cuya idea avizoraba Lenin para pasar del comunismo estatal al comunismo libre de base y contenido libertario?

Dudo que Lenin hubiese avizorado tanto. Lenin, como Engels y como el propio Marx, emitió la hipótesis de que, una vez establecida sólidamente la nueva sociedad comunista a base de dictadura, paulatinamente ésto y más tarde el propio Estado surgido del hecho revolucionario irían desapareciendo. Pero esto fue dicho con bastante vaguedad, y, en realidad, en el fondo de su alma, tanto Marx y Engels como Lenin, lo remitían a las calendarias griegas. De hecho, el aburguesamiento — teorías de Libermann, que ahora se sirven en Rusia como novedades económicas —, así como la incrustación en el sistema de las jerarquías de funcionarios que se han convertido en una nueva clase privilegiada, son ya un hecho. Rusia vive ya, desde hace años, en ese sistema. Si el pueblo ruso vuelve los ojos a concepciones más libres del socialismo; si transforma sus sindicatos dirigidos por el Estado e instrumentos en mano del Estado comunista, en fuerzas organizadoras de la producción y la distribución, será como resultado del lento despertar de nuevas generaciones. El fenómeno está ya en el aire, en ciertos países del mundo comunista. Ignoramos si existe en Rusia. No hay que olvidar que, como dicen los checos, con gran disgusto de los rusos Checoslovaquia, Rumania, la propia Bulgaria, tienen un pasado político federalista y democrático, revolucionario y socialista que no tiene la inmensa Rusia, que, si bien contó con minorías activas y abnegadas, la gran mayoría estaba compuesta por campesinos iletrados y por obreros sin formación ideológica, aparte en unas cuantas grandes ciudades y en ciertas regiones privilegiadas, como Ucrania. Por eso no es extraño que el despertar a la conciencia individual sea más lento y más retardado en Rusia que en otros países. Además, lo que fueron las purgas de Stalin sólo puede compararse a lo que fueron las de Hitler, las de Franco y lo que han hecho ahora en Indonesia, donde se ha asesinado a cerca de un millón de hombres calificados de comunistas, aunque, bajo este adjetivo, hayan caído hombres de todas las tendencias de izquierda.

¿De qué manera más rápida y eficaz podríamos enterrar el mundo viejo, lleno de lacras, ignominias y abusos, para forjar el mundo nuevo que nace y que tenemos la obligación de ayudarlo a venir a la vida?

No creo que haya muchas maneras de hacerlo. Por la propaganda, la cultura, la preparación individual, que significa la evolución de las ideas y de

las costumbres, y por la insurrección revolucionaria allí donde las circunstancias sean favorables. No soy una fanática de la revolución; creo que hay que trabajar en todos los sentidos, pero estoy convencida de que los anarquistas no podemos ni debemos desperdiciar todas las ocasiones que se nos ofrecen de acelerar el proceso de descomposición del mundo injusto en que vivimos, aprovechando todos los momentos revolucionarios. Aunque corramos siempre el riesgo de que las revoluciones se nos escapen de las manos, nuestro deber es intervenir en ellas, y, a ser posible, encauzarlas, orientarlas, llevarlas lo más lejos posible en el camino de las realizaciones auténticamente socialistas.

A la vista de las grandes experiencias vividas por las tres tendencias que en el pasado formaron los cuadros del obrerismo militante; es decir, comunismo de Estado, socialismo parlamentario y socialismo libertario, ¿es posible llegar a una síntesis conciliadora para poner en marcha la gran revolución mundial?

Creo prematuro el mismo planteamiento del problema. ¿Cómo puede haber hoy «síntesis conciliadora» entre el socialismo libertario y el socialismo parlamentario, cuando vemos a éste último hundirse cada día más en el cieno de la colaboración con el capitalismo, convirtiéndose hoy en el más firme puntal de la sociedad capitalista? En cuanto al comunismo de Estado, hemos visto también de qué manera se incrustan en el Poder sus hombres, allí donde consiguen asaltarlo u obtenerlo por medios democráticos. No, no hay por el momento posibilidad de síntesis conciliadora alguna entre ideologías y tácticas diametralmente opuestas: El socialismo demócrata será pronto absorbido y devorado por la democracia cristiana; sólo cuando no exista como fuerza política, volverá quizá a reconstituirse como socialismo revolucionario, como en los tiempos de Alejandro Herzen y sus amigos. En cuanto al comunismo, aunque hoy aparezcan las llamadas minorías revolucionarias neo-marxistas o que se reclaman del auténtico marxismo — trotskistas, maoístas, castristas — no olvidemos que son ramas de un mismo árbol autoritario, con la misma concepción de toma del Poder, para, desde él, imponer, por medio de una dictadura, transitoria o no, sus ideas políticas. Para llegar a una síntesis, deberían andar todos esos grupos políticos mucho camino, lanzar mucho lastre, sufrir muchas experiencias y desengaños. Lo que, andando el tiempo, podrá quizá ser posible, serán alianzas circunstanciales, para objetivos concretos, en torno a propósitos bien definidos, para luchas determinadas. Otra cosa no es posible ni aun deseable, por el momento.

¿Qué debemos hacer para conseguir un renacimiento social, orgánico y propagandístico del anarquismo militante?

Desplegar mucha actividad oral y escrita, confundirnos con el pueblo, actuando entre los trabajadores, los intelectuales, los estudiantes. No desperdiciando ocasión de mostrar las soluciones liber-

tarias para todos los problemas del mundo moderno. Haciendo conocer nuestras ideas, nuestros teóricos, las grandes obras y los grandes pensamientos que han enriquecido nuestro movimiento. Para ello precisa no perder el entusiasmo, el fervor, la fe, la confianza en nuestras ideas y en nosotros mismos.

Actitud y posición de los hombres representantes de la cultura, la ciencia y la técnica ante el monstruo del hambre que devora países enteros, ante la guerra que pone en peligro la paz y las calamidades nacionalistas y racistas que rebajan y minimizan a nuestra especie.

En general, la actitud de los sabios, los artistas, los pensadores, el profesorado, es digna y positiva. La mayor parte está contra el racismo, el militarismo, la bomba atómica, la guerra; a favor de los que luchan por medios pacíficos o violentos, contra todas las calamidades que ponen en peligro la continuidad de la especie. Por desgracia — quizá no puede ser de otra manera — la actitud de todos estos hombres es contemplativa. No niegan su firma para ningún manifiesto, forman parte de todos los comités, se suman a todas las acciones. Pero no

es posible pedirles otra cosa... Probablemente, tampoco podrían hacerla. De lo que se trata es de crear las organizaciones de acción y de defensa del hombre, con sus derechos a la libertad, a la paz, a la vida, en todos los países, encabezadas por estos representantes de la cultura, pero teniendo una base de hombres convencidos, activos, dinámicos, infatigables, que sean realmente los factores determinantes de la obra a realizar para ayudar a la humanidad a salvarse de cuantos sólo piensan en sus intereses y en sus privilegios y que en aras de ellos no vacilarán en poner en peligro al mundo entero.

¿Tu mayor esperanza?

Que logremos convencer a la humanidad de que el mejor camino táctico y la mejor meta ideológica son los métodos y la idealidad anarquista.

¿Y tú mejor propósito?

Trabajar, como lo he hecho desde que comencé a tener uso de razón, para conseguir este objetivo.

DE MI CALENDARIO

Libros, archivos, traducciones

por EUGEN RELGIS

EN un país con viejas tradiciones culturales, la Semana del Libro — con sus exposiciones y varias manifestaciones espectaculares — parecería superflua, innecesaria. El libro ha penetrado en la vida cotidiana, igual que el pan y el diario. En los círculos sobresaturados de cultura, existen hombres que podrían parafrasear la antigua plegaria: «Nuestro libro de todos los días dánoslo hoy...» Así hablaría un sabio para quien las realidades sociales y políticas no son más que ideas que se reflejan en los cristales deslucidos de su gabinete de estudio. Pero el hombre de acción se da cuenta de que, en nuestros días, aun en los «países culturales», la cultura hállase amenazada por la técnica, el cine, la radio, y también por el frenesí de la velocidad, por la vida artificial. La esencia de la cultura ya no es más transmitida al individuo mediante el camino orgánico, natural, del espíritu que pugna por conocerse a sí mismo, perfeccionarse a sí mismo. La cultura está mecanizada, standardizada, distribuida automáticamente. Es una cultura cuantitativa, una seudocultura de las apariencias.

Solamente el buen libro puede ofrecer la calidad, injertar la esencia imperecedera de la cultura. El libro que pausadamente penetra, página, línea tras línea; el libro al que asimilas con todo tu ser consciente.

Por eso creo que La Semana del Libro (haciendo abstracción de las manifestaciones oficiales) ha llegado a ser una necesidad también en los

países con viejas tradiciones culturales. Pero un país cuya cultura está en sus comienzos, desde un siglo o dos, con la mitad de su población analfabeta — un país que se halla todavía en el abecedario (sin tener bastantes abecedarios) y que, no obstante, logró crear algunas obras que se aproximan a los valores universales —, un país donde la política es soberana y el sabio es esclavo del

politiquero, necesita más de una semana del libro por año. Requiere 52 semanas por año, para el esfuerzo incesante de iluminar la mente de las multitudes. De esta manera, se dará a todos los artesanos de la pluma la dignidad del oficio y de la misión que les corresponde, y la posibilidad de realizar íntegramente su obra — como si fuera un templo, desde los cimientos hasta la cúspide

— emancipados de la pesada protección del Estado y librados de las humillantes limosnas de los políticos y filántropos.

W.

Escribí estas líneas en el Libro de Oro de un archivo histórico:

«Un verdadero archivo no es un mero cementerio de papelotes y antiguallas amontonados por maniacos o fetichistas del pasado. El debe ser como un organismo que, empezando con un núcleo vivo, se acrecienta incesantemente en plena armonía de todos sus órganos componentes. Así, el archivo no es un simple depósito, sino una ordenación sistemática que ofrece al especialista y también al visitante de paso y al aficionado la imagen sintética de una idea, de una acción, de una época, de una colectividad o personalidad. El archivo concebido de este modo es un microcosmos; es una fuente de conocimientos, pero también de actividades, — un generador de energías que, después de haber pasado una vez a través del amplio campo de los hechos, vuelven clarificadas y coordinadas en el dominio siempre engrandecido de la actualidad, es decir, de las nuevas luchas y nuevas realizaciones.»

..*

De una carta al Dr. Tr. L. (21 de junio de 1938):

«Precisamente cuando pensaba que me había librado de la pesadilla de las traducciones ¡viene Vd. a proponerme un nuevo plan de traducciones, para otros cinco años! Cuánto trabajo metódico y agotador he desempeñado, durante seis años, para los 21 volúmenes vertidos del alemán en rumano, obras de Stefan

Zweig, Emil Ludwig y Jacob Wassermann (sin incluir aquí los tres libros de adaptaciones y resúmenes). Años perdidos para mi actividad personal, irremisiblemente perdidos — pese a que, en cierta manera, el ejercicio de traducir sea, para el escritor, una buena disciplina intelectual y estilística... Por otra parte, el problema que me preocupa ahora es el de volver a adaptarme al trabajo de creación original. Las traducciones me han infligido una especie de «deformación profesional»: — trabajaba, por así decirlo, la parte superficial de la mente, en cierto ritmo de percepción y trasposición de un idioma al otro — mientras el poder personal de crear ha sido comprimido; esta energía propia se quedó en el fondo, languideciendo y aún rebelándose muy a menudo. Y ahora, cuando he tomado nuevamente la decisión (traicionada antes diez veces por lo menos) Vd. me tiende un cebo, por lo demás muy tentador. El plan de traducir una serie de obras de los clásicos alemanes, empezando con Wahlverwandschaft (Afinidad Electiva) y Wilhelm Meister de Goethe, está muy bien concebido; esta iniciativa le pertenece toda y, sin duda alguna, Vd. sabrá llevarla a cabo sin mi colaboración. Me encuentro ahora en una encrucijada y, justamente para liberar mis energías propias — tantas que me quedaron — he «liquidadado» en este año todas las traducciones. Ya empecé a estudiar los libros que esperan desde hace mucho, porque quiero preparar algunos trabajos de clarificación y síntesis de ciertos conceptos... valederos para el año 2000, si no para más tarde aún. Por oscurecido y amenazante que sea hoy el cielo de la cultura europea, cada uno de en-

tre nosotros debemos conservar las lucecitas de la fe, combativa y creadora a la vez, para los que vendrán después de nosotros...»

..*

¡MEA CULPA! (Prólogo de la versión japonesa de «Los Principios humanitaristas», 1955.)

«Cada individuo y cada pueblo es responsable de la última guerra. Unos por su participación activa, otros por su inercia, su ignorancia, su indiferencia o su cobardía.

Un profesor de Kyoto me escribió, en una carta, esta confesión conmovedora: «Nuestro pueblo japonés es eterna y profundamente responsable y culpable de la última guerra...»

Este grito de la conciencia de un intelectual japonés, cuyo país fue tan terriblemente asolado por las primeras bombas atómicas caídas en Hiroshima y Nagasaki, es también un llamado a la conciencia de todos los hombres y de todos los pueblos.

¡Si! Todos los pueblos son «eterna y profundamente responsables de la última guerra». Y más responsables aún son los que concibieron, fabricaron y utilizaron, con su ciencia inhumana, las primeras armas de destrucción total.

¡MEA CULPA! Hagamos todos mea culpa!

Y fraternicemos con los fieles servidores de la paz y de la cooperación entre todas las razas, en todos los continentes, para realizar en este mundo, sin tardanza, la resistencia moral que hará imposible una nueva tentativa de guerra que pueda aniquilar la cultura y la civilización y, con ellas, la humanidad entera.»

AS individualidades humanas se forman a base de estructuras heredadas; se forman por contacto constante con cierto número de colectividades que se extienden desde la familia a los amigos, a las asociaciones de estudio y oficios, al ambiente local y nacional, a la humanidad. Estas colectividades, por su parte, toman el carácter especial de sus componentes, de las funciones y caracteres de la vida de éstos, de las condiciones que encuentran en aquellos núcleos, condiciones que favorecen o impiden la realización de los dos objetivos propios del individuo y propio también, de toda colectividad: seguridad relativa y expansión posible. Para conseguir estos dos fines, individuos y colectividades están en guardia y dispuestos a la defensiva, cuando no se trata de ganar terreno y se actúa con iniciativa de ofensiva.

Revolución y juventud

por J. GUERRERO LUCAS

SACUDIDAS colectivas. Pueblos encolerizados. Juventudes más y más conscientes de la tragedia que implican los estamentos generales en vigor. Del callejón sin salida a que los poderes actuales, en sus distintas versiones, van conduciendo a la especie. Del balance desastroso que arrojan, en lo vital, el curso de las democracias y la estafa gigantesca del devenir comunista.

¡Lo vital! El individuo preparado, responsable, dotado de personalidad y posibilitado de ejercerla. Normas naturales, amplias, que abarquen las inquietudes del corazón de los hombres, ofreciendo vía anchurosa a sus instintos solidarios, a sus ansias permanentes de evolución y progreso, de paz, de seguridades que no hayan de cimentarse en el duelo de los demás.

Labor de alta educación, de moral y humanidad, que active el advenimiento del hombre formado y libre, factor social decisivo sin el que nada se salva. Función por excelencia que los poderes en curso se obstinan en desdeñar, siendo, sin embargo, la sola susceptible de aplacar el horizonte angustioso a que nos vemos empujados. De ilustrar con mejor trazo el futuro amenazador que el presente caos anuncia.

Mas sin duda un hombre libre es un soldado menos dúctil, un arma menos mortífera — o tal vez menos suicida — en manos de los detentores de la autoridad material. La razón de Estado quiere instrumentos irreflexivos. Seres aptos a erigirse, por decisión superior, en lobos de sus semejantes, o a aceptar sumisamente el sacrificio provocado, según la concepción bélica de los mandos del momento. Y ésto tanto en lo castrense como en el otro terreno de batalla aún más cruel: la jungla social, sujeta a los excesos financieros y políticos. A la mojigatería autoritaria y religiosa. Al cloroformo oficial. Mecida en la inconmensurable burla de un sufragio universal ejercitado por masas extraviadas que los propios gobernantes mantienen en la ignorancia para mejor obtener legitimación por ellas.

El conocimiento implica facultad de discusión, de enjuiciamiento y análisis. Sin lograr justificarla, este hecho explica la opción, decididamente inquisidora y reaccionaria, de los diversos poderes, bajo cualquier etiqueta. Su orientación regresiva. Su pestilente papel de violadores de conciencias, de obstáculo permanente a la progresión armoniosa del conjunto ciudadano. El genocidio mental, la

adulteración moral, las mutilaciones físicas... El deleznable distintivo de carceleros del orden que es común a los gobiernos actualmente padecidos por el Este y el Oeste. Malhadada sociedad comerciante y policíaca que la juventud rechaza cada vez más numerosa, más decidida y violenta.

La aridez autoritaria no renuncia a su ambición de uniformar a los seres. Pero los hombres insisten en acariciar el viejo sueño de liberación que cuenta en su haber las gestas más hermosas de la especie. El tiempo no se detiene. Su curso entraña el ascenso, lento pero irrefrenable, en el penoso caminar de las conquistas populares. Se abren perspectivas nuevas. Un internacionalismo «de facto» va desterrando las divisiones geográficas. Los diversos grupos étnicos acentúan su entendimiento, por la clarificación que abren los desplazamientos, la información, la cultura. Surgen posibilidades hasta ayer insospechadas.

Y es cada vez más difícil sorprender a los humanos. Y la mentira hecha ley vacila peligrosamente. Y cada vez toma más cuerpo una evidencia cegadora que las especulaciones oficiales ya no ocultan: la de la necesidad de cambiar no los equipos que detentan el poder, sino el origen, la esencia, el concepto del poder mismo. De que no basta cambiar de manos la aplicación de los medios coercitivos, sino acelerar el fin de autoridades bastardas que muestran cumplidamente su impotencia de aportar soluciones, ni aún parciales, a los problemas endémicos que sufre la sociedad. De que la federación sustituya al centralismo. La asamblea libre al decreto. La igualdad al privilegio. La justicia a la caridad. El razonamiento al dogma. La intervención general al monólogo desértico del infalible de turno. De que la base se eleve al control de la cosa pública. De extirpar las estructuras presentes y transformar la sociedad de raíz, abriendo un nuevo vivir de cauces más venturosos a las creaciones humanistas; otro mundo, otros quehaceres en que la ciencia, la técnica, las potencias naturales que el hombre ha domesticado, no tengan misión más alta que servir a los humanos, en lugar de hacer plañear la destrucción universal...

... La necesidad, en suma, de hacer la revolución.

La revolución es joven. La juventud no se engaña. Los bloques que se disputan la hegemonía mundial han relegado al desván de los trastos oxidados los valores esenciales e inalterables del hombre por los que aún estamos, muchos, dispuestos a comba-

tir. Descarada, insoportable, en los países que se quieren de los derechos del hombre; sinuosa, emborrachada en dialéctica burocrática por los que se auto-titulan patria del proletariado, la explotación se mantiene. La opresión subsiste, reina. La libertad sigue siendo el pariente desheredado. ¡La libertad, sola vía de dignidad y grandeza sin la que no se vislumbra regeneración posible, y que los grupos de presión de la avidez económica y el absolutismo ideológico se obstinan en presentar como un apéndice inservible!

Los hombres gimen y esperan. Los intereses creados esgrimen las mismas armas, casi los mismos preceptos, invocan las mismas causas, usan de iguales recursos, en Nueva-York y en Moscú. No hay diferencia sensible entre el atentado franquista a la universidad española y la represión desatada por los líderes polacos contra el mundo estudiantil. Nada identifica tanto a los regímenes de oprobio como el pavor visceral a la intelectualidad que quiera honrar el carácter de avanzada que le es propio. Al arte que sobrepasa los márgenes del sistema. Al pensamiento creador incapaz de doblegarse. No, nada se halla tan cerca de los bárbaros del crimen imperantes en Madrid como la reacción despótica de los zares de Varsovia. Igual que nada hay más próximo de la oscuridad fascista que el conservatismo idiota del escritor-funcionario, virey del saber legal fijado por un partido.

La juventud se levanta contra este estado de cosas. ¡Legítima rebeldía! El mundo mal llamado libre y el pretendido socialista se estremecen al unisono. Capitalismo y marxismo descubren, embarazados, la total similitud de sus problemas respectivos: Ambos se ven abocados a mutaciones sensibles, pedidas — cuando no impuestas — por los ámbitos más ágiles y socialmente formados. ¡Consolador despuntar de la época singular que nos toca compartir! Las convulsiones en curso traducen un claro espíritu de juicio y contestación por parte de amplios sectores, a los que será difícil reducir al conformismo adocenado garate de los excesos subsistentes por doquier.

Los jóvenes no se engañan, ni se movilizan ya por soluciones insolventes, parciales y fracasadas. La malograda revolución de Octubre no ejerce ya fascinación alguna ante una juventud despierta que aspira a llegar más lejos. En cuanto a la democracia cómplice de dictaduras, cuna de mil atropellos contra el derecho de gentes, coartada del Capital, sanguijuela de los duelos y el hambre del tercer mundo; la democracia podrida de la intriga partidista, del contubernio de cámara, del voto televisado, su corrupción e inconsecuencia la impiden considerarse fórmula recomendable, título al que ya ni aspira...

Lo que está en tela de juicio es la organización completa de la colmena social. Lo que se ha hecho inaplazable es la búsqueda elevada de nuevas bases de coexistencia, de estructuras más idóneas, de opciones más racionales, más justas y equilibradas. Se trata, sencillamente, de una lucha por la vida

y la felicidad de todos. Por la sola factible: Vivir y dejar vivir. Más que dejar: combatir para que otros vivan. La noble utopía de siempre, que seguimos resistiéndonos a declarar inactual.

En voz genial y humanista se nos ha dicho con fuerza que los hombres que no saben gozar de felicidad más que en la felicidad y el bienestar generales no han estado nunca solos, ni estarán solos jamás. Y esta es la inquietud motriz que parece presidir la revuelta juvenil a escala internacional. Aquí, rubor de ser blanco, o de comer cada día. Allá, audaz enfrentamiento a la coacción gubernativa. Y en todas partes consciencia del dolor universal, que se anhela compartir, justificar, redimir. Cual impulsos renacientes de fraternidad sin patrias que son, tal vez, las primicias del orden que ha de surgir sobre las ruinas de un presente que sabemos condenado.

El viejo mundo vacila. Los pontífices de todas las religiones estáticas — sean de Iglesia o de Partido — confiesan no comprender las motivaciones íntimas de las actuales protestas. El acontecimiento les desborda. Su sentido les escapa. Madrid, Berlín, París, Roma, Praga, Varsovia, Amsterdam, Túnez, El Cairo, Brasilia... Estupor y desconcierto de los pastores en falta. Los rectores se interrogan. Los dirigentes se inquietan. Se quejan amargamente de una juventud rebelde acusada de rechazar el diálogo. De entregarse a destrucciones inútiles, sistemáticas: No son reivindicaciones clásicas estudiantiles. Es la negación airada de todo un modo de ser que se ha desautorizado. Que es preciso cercenar para que los hombres puedan enderezar sus espaldas y alzar, al fin, la cabeza sin tener que estremecerse. Aurora desconocida que dignifique y libere los destinos colectivos.

Como luchadores avezados a abrazar sin reticencias la causa del porvenir, participamos de lleno en el movimiento ejemplar que los jóvenes conducen contra los diques asfixiantes de la sociedad presente. Nuestra emoción, nuestra fé, la confianza apasionada que ponemos en el hombre, se confunden a esta empresa de contestación global en la que queremos ver los gérmenes poderosos, la médula libertaria, de un socialismo sin rejas que siempre consideramos finalidad esencial.

Como españoles, pedimos reflexión a los sectores de oposición intermedia, que esperan encasillar el futuro nacional en los cánones infectos contra los que hoy escuchamos el clamor universal y que la juventud mundial va declarando inaceptables. La liberación de España no será reglamentada por las prácticas enfermas del compadreo liberal. Aspirar a lo contrario es solo un eufemismo trágico.

Como hombres, como españoles, como anarquistas, en fin, la llamada es invariable: ¡La Revolución! ¡Ahora! Un mundo nuevo está en marcha. Hay que ayudarle a venir.

Cuanto se han comprometido, o hayan de comprometerse, en tan excepcional tarea son ya nuestros compañeros.

FEDERALISMO SOCIAL

por LUIS DI FILIPPO

ESTA oposición comienza por someter a juicio el concepto del Estado moderno como regulador de la vida humana. Participan de tal corriente quienes consideran que el hombre no debe sacrificar su personalidad en aras de la razón de Estado (1), y que la libertad individual debe ser rescatada de las mallas de la estructura estadual en cuyas redes yace prisionera. Es el viejo tema de la libertad que reaparece con renovado vigor después de haber sido desplazado por el de la organización y la disciplina ambos implícitos en el tema del orden, pues siendo éste un problema social concreto relegaba al otro, abstracto, a un tópico de filosofía especulativa (2).

Ya Harold Lasky, en su libro «La libertad en el Estado moderno» (3), advirtió que «la libertad exige siempre la limitación de la autoridad política». El mismo autor, hace más de veinte años, en su volumen «Introducción a la política», comienza su capítulo primero («La naturaleza del Estado») con estas palabras: «Todo ciudadano del mundo es súbdito de un Estado. Está legalmente obligado a obedecer órdenes, y los perfiles de su vida vienen marcados por las normas que el Estado impone». Y agrega de inmediato: «El Estado es, de esta suerte, un modo de regular la conducta humana».

De estas premisas surge la consecuencia de que la libertad del hombre, aun en las democracias más liberales, ésta condicionada a las limitaciones de un poder cuya tendencia natural es la de no limitarse a sí mismo. De ahí que Lasky considere que la relación existente entre el Estado y el ciudadano es una relación de Poder a súbdito; y suponemos que el teórico máximo del laborismo inglés emplea el término «súbdito» con exacta intención calificativa.

Este proceso invasor de la autoridad del Estado, lento, constante, tenaz, gradual, cotidiano, parecido al de la gota de agua que termina por horadar la piedra, culminó con el advenimiento de los Estados dictatoriales. Rusia, primero, Italia y Alemania después, en forma radical liquidaron los vestigios de la personalidad y configuraron lo que Cassirer llama «el mito del Estado» (4), y lo que

Ortega y Gasset anticipó cuando nos decía en uno de sus pequeños ensayos: «La divinidad abstracta de lo colectivo vuelve a ejercer su tiranía y está ya causando estragos en toda Europa... El poder público nos fuerza a dar cada día mayor cantidad de nuestra existencia a la sociedad» (5). Claro que como «el Estado es todo lo social» para la teoría y la realidad política ya entonces en auge, salta a la vista que esta «sociedad» de la cual nos habla Ortega no es otra cosa que el Estado mismo.

Con no menos acento profético, mucho antes, bajo la bóveda de un templo argentino, en la pequeña Catamarca de 1853, Fray Mamerto Esquiú exclamaba: «¡Que el individuo, el ciudadano, no sea absorbido por la sociedad, que ante ella se presente vestido de su dignidad y derechos personales; que éstos queden libres de la sumisión a cualquier autoridad!». Y recuerda «el ejemplo de los fieles que inmóviles, resistían el impulso tiránico de los Gobiernos, de las leyes, de las preocupaciones del mundo entero» (6).

Con el advenimiento del Mito, el Estado se convierte no en «un modo de regular la conducta humana», como dice Lasky, sino en el único modo posible de regularla. Ya es lo que quería Fichte: «El Estado, como el sumo administrador de las cosas humanas, como Dios, como el tutor de menores, responsable solamente ante la propia conciencia, tiene el derecho de obligar a estos últimos a salvarse» (7). Para Fichte el hombre es un eterno menor; algo menos aún que un súbdito... Y el «súbdito» nunca, ni en las más férreas monarquías, se sintió más supeditado, más aniquilado, ante el impersonal poder cuyo crecimiento asombra. Tenía razón Hobbes al tomar para sí como lema de su obra magna, estas palabras dichas en homenaje del gran Leviathan: «Sobre la tierra no hay poder que le sea comparable». Hobbes las repetía con acento profético, como admirado de su propia creación ideal que veía proyectada en el futuro.

Es evidente que esta inflación del Poder del Estado está llegando a su máximo nivel; usando una imagen de Bertrand Russell, diremos que el Poder ha llegado a su máxima densidad (8). Lo que Hob-

(1) *Los derechos del hombre y la ley natural*. Jacques Maritain, (Biblioteca Nueva, Bs Aires).

(2) Véase al respecto: *Autorità e Libertà*, de G. Rensi, (Libreria Política Moderna, Roma, 1936) y *Principios de Reconstrucción Social*, de B. Russell, (Calpe, 1921, pág. 245).

(3) *Cuadernos de Política*. Revista de Occidente, Madrid, 1931.

(4) *El mito del Estado* Ernesto Cassirer, F. de Cultura Económica) pág. 47.

(5) *El Espectador*. Volumen VIII, (Rev. de Occidente), 1934.

(6) Sermón pronunciado en la Iglesia Matriz el 9 de julio de 1853.

(7) Fichte, *Discursos a la nación alemana*.

(8) *El Poder en los hombres y en los pueblos*. B. Russell, Ed. Losada, Bs. As., pág. 153.

bes concibió como una teoría, allá en el año 1651, lo estamos viendo como una realidad lograda. La lógica de las ideas precedió en tres siglos a la lógica de los hechos. La reacción contra las teorías de Hobbes y de sus discípulos no se hizo esperar, por cierto. La posición contradictoria — en épocas recientes — forma parte de la historia del liberalismo y está consignada en las páginas de la abundante literatura correspondiente a los más ortodoxos defensores del individualismo y a no pocos socialistas, sólo que a éstos hay que considerarlos heterodoxos con respecto a sus tendencias centralizadoras.

Uno de estos socialistas fue M. E. Berth quién, en el año 1907, exclamaba con excesiva anticipación: «Se ha producido esta cosa enorme, este suceso de alcance incalculable, la muerte de este ser fantástico, prodigioso, que ha ocupado en la historia un lugar tan colosal... el estado ha muerto»... Y León Duguit comenta con cierta prudencia: «el Estado ha muerto; o más bien, está en camino de morir la forma romana, regalista, jacobina, napoleónica, colectivista, que bajo diversos aspectos es una y siempre la misma la forma del Estado (9).

Pero antes que Berth, Federico Engels también cantó su responso al Estado sólo que el teórico ruso Plejanov nos advierte en su obra polémica «Crítica del Sindicalismo», que se trata de la muerte del Estado burgués actual. Sin embargo, la cita de Engels, que Plejanov reproduce de la obra de aquél «El desarrollo del socialismo desde la utopía a la ciencia», no hace tal distinción. En efecto, dice el colaborador y amigo de Marx: «El primer acto en que el Estado obrará como representante efectivo de toda la sociedad — transformación de la propiedad privada de los medios de producción en propiedad social — será su último acto independiente en calidad de Estado. La intervención del poder estatal en las relaciones sociales se convertirá paulatinamente en superflua y cesará espontáneamente. El Estado no será suprimido, sino que morirá!».

En términos parecidos se expresa también Carlos Marx, sólo que a Bertrand Russell a través del análisis del «Manifiesto Comunista», le parece que «las opiniones de Marx sobre el Estado no son muy claras. De un lado parece estar dispuesto, como los modernos socialistas de Estado, a conceder mucho poder al Estado; pero del otro lado propone que, cuando la revolución socialista se haya consumado, el Estado como nosotros lo conocemos, desaparecerá». Pero Russell advierte, con penetrante razón que «entre las medidas predicadas en el «Manifiesto Comunista» como inmediatamente deseables hay varias, que aumentarían muchísimo el poder del Estado existente; por ejemplo: la «centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional, en que el capital pertenecerá al Estado y gozará de un monopolio exclusivo»; y otra vez «centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte». Russell llega a la

(9) Ver el estudio preliminar de Adolfo Posada a *La transformación del Estado*, de León Duguit, Madrid, Librería de Fernando Fe, pág. 37.

conclusión tras su análisis de que «no hay que extrañarse de que sus discípulos (los de Marx), en cuanto a sus finalidades inmediatas, se hayan hecho en general consumados socialistas de Estado» (10).

No menos contundente que la de Berth es la de Berdiaeff cuando afirma: «Como las bases del conjunto filosófico del siglo XIX han sido sacudidas, asistimos a la destrucción de los Estados y de las culturas que sobre él descansaban. Lo que se derrumba son los gobiernos monárquicos y las democracias, porque igualmente deben su origen al humanismo. No es tal o cual forma de Estado la víctima de una nueva crisis o de una nueva quiebra, sino el Estado mismo.» (11).

Claro es que entre la posición ideológica de Marx y la de Berdiaeff hay una gran distancia. Pues el primero postula una superación del origen burgués del Estado y en última instancia, también un nuevo humanismo; en cambio Berdiaeff propugna una especie de retorno a la Edad Media para arrancar de raíz el tronco del humanismo de donde nació el Estado. Es que el ateísmo de Marx, heredado de la filosofía de Feuerbach, lo lleva si no a una deificación del hombre, por lo menos a una humanización del hombre — como dice Berth — pues Marx aspira «al rescate del hombre» (12). Y aquí reside la oposición radical entre el mundo medieval y el renacentista.

Pero en esta rápida reseña fragmentaria de la polémica en torno al Estado, no podemos pasar por alto el nombre de Spencer, uno de cuyos libros se titula precisamente «El hombre contra el Estado», obra que apareció en Inglaterra, patria de Hobbes, en 1884. Claro que la posición del autor no fue radicalmente individualista (13). Lo que le interesa a Spencer no es tanto la libertad del hombre como la del comerciante o el industrial; es la libertad del liberalismo mercantil, cuyo contrafilo ofensivo resultó ser la libertad para la explotación del hombre por el hombre. Pero como tantas veces ha ocurrido en la historia de la literatura — sea ésta de pura imaginación o de índole política — la obra trasciende por sí misma las intenciones de su creador. La vehemencia, el vigor lógico, la fuerza de razonamiento, el estilo en fin, hace de «El hombre contra el Estado» un libro todavía muy actual, un mensaje fresco, un alegato acusativo que va mucho más lejos de donde, sin duda, quiso ir su redactor.

La importancia de Spencer en este orden de ideas corre parejas con la de Comte, ambos considerados

(10) Bertrand Russell, *Los caminos de la Libertad*. M. Aguilar, Madrid, 1932, págs. 145 y 146.

(11) Nicolás Berdiaeff, *Una nueva Edad Media*. Ercilla, Sgo. de Chile, 1933, pág. 55.

(12) Hans Barth, *Verdad e Ideología*. Fondo de Cultura Económica, México, 1951, págs. 99 y 100.

(13) G. Palante, afirma que «se puede ser individualista doctrinario y no poseer en grado alguno una sensibilidad individualista; ejemplo: H. Spencer.» Ver *La sensibilidad individualista*. Traducción italiana de G. Delchiaro, Casa Editrice Sociale, Milán, 1923.

con justicia los «iniciadores de la Sociología». Así lo reconoce, entre muchos, Francisco Romero: «La filosofía, por ejemplo, ha estudiado desde tiempos remotos el problema del Estado. Ya en Platón y en Aristóteles hay importantes contribuciones a este problema. Pero no llegan a comprender que el Estado es una forma político-social especial, y que hay otras muchas formas del mismo orden que deben ser indagadas. Sobre todo es curioso lo que ocurre con el Estado en comparación con la sociedad. La filosofía del Estado, como digo, ha sido ya encarada por Platón y Aristóteles; en cambio, una teoría completa de la sociedad sólo se comienza a tratar en el siglo XIX por Comte y Spencer, iniciadores de la sociología» (14)

Desde fines del siglo XIX en adelante, la posición crítica pesimista con respecto al desarrollo y crecimiento del poder del Estado pareció un tema para uso exclusivo de los publicistas considerados de extrema izquierda. Pero la última guerra librada en los campos de batalla y también en los campos incruentos de las ideologías, incorporó a la posición reservada a las izquierdas a publicistas de las derechas. (Estas calificaciones de derechas e izquierdas, de cuño parlamentario, son hoy, evidentemente anacrónicas y artificiosas; pero todavía resultan comprensibles tomadas con buen sentido relativo y no dogmático).

Enfrentan ahora al mito del Estado, filósofos, moralistas, teólogos, historiadores y políticos provenientes de las Iglesias cristianas y, más específicamente, también del catolicismo militante. Ya en otra ocasión comentamos al respecto, la posición de Maritain a través de su libro «Los derechos del hombre y la ley natural» (15). Y mucho antes, Chesterton, no recordamos ahora en cual de sus libros, expresaba su repudio por la actitud del Estado, que pretendía hasta limpiarle las narices al hombre aun cuando fuese éste mayor de edad... Hay en esta actitud defensiva de la personalidad humana amenazada — o ya subyugada — por el Mito, un sentido de equilibrio entre las posiciones puramente individualistas y las puramente societas negadoras de la primera. Frente a los dos extremos se sitúa también Carlos Jaspers, quien nos dice: «En oposición a esos extremos permanentes el hombre, concreto y vivo, consciente de su dependencia específica y del valor de su individualidad absoluta... El individuo sólo existe a través de la sociedad, y nada es sin ella; y sin embargo la única realidad es el individuo.»

Esta posición política de Jaspers no es, por cierto, ocasional; es una lógica consecuencia de su filosofía; no olvidemos que en uno de sus enfoques de la historia contemporánea, el pensador germano

nos dice: «Las consignas, las teorías universales que todo lo explican, las grandes y burdas antite-sis, tienen éxito. Mientras la sencillez cristaliza en símbolos míticos, la simplificación recurre a absolutismos pseudocientíficos.» El fondo dramático de esta realidad — el coro subhumano — lo representa el advenimiento de las masas en función de poderío político, en medio de las cuales el hombre consciente de sí mismo se ve como sumergido en un vacío espiritual. No son pocas las analogías de Jaspers y de Ortega y Gasset sobre este tema.

Hace pocos meses, el joven filósofo español Julián Marías, en un reportaje concedido a Andrés Muñoz y que apareció en el suplemento dominical de «La Nación», de Buenos Aires, se suma al coro católico expresando: «Como el Estado sólo puede hacer política de un modo deficiente, hace otras cosas, se extravasa e invade la esfera propia de la sociedad, éste es el intervencionismo innecesario y patológico. El Estado, en vista de que no es capaz de resolver los problemas económicos, de convivencia política de los diversos grupos, de cooperación internacional; en vista de que no consigue interesar a sus ciudadanos en un programa de vida política común, se dedica a hacer etnología o sociología — naturalmente, muy mal — pretende desplazar a la religión o, por el contrario, imponer una confesión determinada, e incluso una «filosofía»; procura el cultivo de ciertas disciplinas y géneros literarios con exclusión de otros; altera los gestos de uso y lenguaje, por ejemplo, en el saludo; interviene en el uso o desuso del sombrero; se opone en ocasiones, al maquillaje femenino; altera de raíz, en una palabra, la relación normal con la sociedad y pretende suplantar a ésta en el ejercicio de las funciones que sólo ella puede cumplir adecuadamente.» (16).

Como se ve, está implícita en estas expresiones la reivindicación de la existencia de la sociedad cuyo impulso vital es cada vez más constreñido por la estructura que el Estado le ha impuesto.

Así se ha allegado a un momento en que partiendo de las mismas o parecidas premisas, las de restituir a la sociedad los bienes físicos y espirituales que el Estado enajenara y de rescatar para el individuo la personalidad perdida, los polos opuestos de liberales extremos y católicos — además de las posiciones intermedias — llegan a un punto de coincidencia que podríamos considerar, genéricamente, de nueva tónica humanista. La posición de lucha asumida por un brillante grupo de filósofos, poetas e historiadores católicos «representa la filosofía política que tenemos por verdadera. ¿Buscaremos un nombre para designarla? Digamos que es una filosofía política humanista o un nuevo humanismo» (17).

(Continuará.)

(14) Francisco Romero, *Los problemas de la cultura*. Publicación n° 30 del Instituto Social de la Univ. Nac. del Litoral, 1936, pág. 14.

(15) *Trimestral*. Bol. de Act. Cult., Letral y Artes del Inst. Social de la Universidad Nacional del Litoral n° 2, febrero de 1950.

(16) *La Nación*, 4 de marzo de 1951.

(17) *Los derechos del hombre y la Ley Natural*, Jacques Maritain.

Carácter y personalidad de nuestro pueblo

EL español inculto, lejos de ser un ignorante, opone a los pensamientos que pretenden vestirle de nuevo una envoltura interior que hace desgarrarse el tejido. Antonio Machado, en su admirable ensayo Juan de Mairena, donde se muestra, por fin, bajo las barreras de una escritura aún prisionera de los mitos que intenta aclarar, el vigor de un pensamiento que tiene raíces lejanas, habla de este folklore metafísico, pide que lo estudiemos no simplemente para pasear fuera de su territorio los productos mejores, música, baile o tauromaquia, sino para fijar su regla fundamental, para sacar de él como se abren cajones de mandamientos secundarios, hasta reconstruir, por el lenguaje y el pensamiento racional, el edificio completo. Uno solo obra sobre lo que conoce. Solo se cambia lo que se comprende. Uno no juzga bien más que lo que se replica.

He ahí España en silencio. No hablo del silencio impuesto por el cloroformo político de hoy. Es preciso mirar, a través del telón que pretende ocultar la víctima. Yo digo que España se calla para lo que pueda escuchar nuestro oído. No que el ruido y la palabra falten a este pueblo hablador. Pero lo que él afirma y mantiene, prueba y declara, no hace vibrar nuestra atención. La literatura más consciente, en el interior de este país que habla solo como un gran poeta sin público no es más que el eco de esta voz nacional que sube de las pendientes, de las costas y los campos y va a gritar sobre la meseta, en la más alta de las planicies desérticas. No se trata simplemente de traducir del español. Se trata de traducir al pueblo español, lengua y pueblo. Se trata de convertir en bilingüe en el interior de esta misma lengua un pueblo desde hace mucho tiempo encerrado en el monólogo.

**

Era algunas semanas después de Munich. La suerte estaba echada. Barcelona caía el 26 de enero de 1939. Al día siguiente el Conde Ciano escribía en su periódico: «La victoria del fascismo en España tiene solo un nombre, y este nombre es Mussolini». El 24 de Enero Ciano anotaba: «Pedimos que nuestros legionarios sean los primeros en hacer su entrada en la ciudad, pues bien se lo merecen». En esta misma fecha, Sir Anthony Eden que, sin embargo, había sido el promotor de la No-Intervención, declaraba en Coventry:

«La Conquista de Cataluña es realizada con el poder militar y aéreo más formidable que se haya visto en esta guerra. ¿De dónde sale esta potencia de guerra? Todo el mundo sabe quien la suministra, en flagrante violación de los pactos y de las convenciones. Mientras los aviones extranjeros sueltan sus bombas, la artillería extranjera hace tirar sus cañones y la infantería extranjera marcha sobre el suelo español.»

El 1º de abril, fecha de la victoria de Franco sobre Madrid, la sombra de Felipe II y de su Escorial volvía a caer sobre España. El tiempo se paraba. Incluso reculaba. Como símbolo de la esperanza que él había acunado, que él había querido en su pueblo, Antonio Machado moría en el exilio algunos días después de haber pasado los Pirineos, con el ejército republicano en retirada. Esta última noche, Waldo Franc la cuenta, la última noche de este puro poeta, de este hombre que pedía la bondad, como primer rasgo de carácter.

«La pasó bajo la lluvia y bajo la amenaza fascista, en marcha junto a la muchedumbre de desgraciados... El veía la sangre, el esqueleto puesto al desnudo, las carnes enfermas alcanzar las ropas mojadas de los camaradas, de los compañeros. Había niños en los brazos de sus madres; había ancianitas — y entre ellas la madre de Machado que no había querido nunca abandonarle —. El poeta, casi enfermo caminaba en el seno de este cuerpo doloroso, el de su pueblo, sostenido por su vieja madre, salía de la agonía actual de España

cuya visión espiritual y vigor fecundo no han sucumbido con él.»

Había ya sufrido el tanto la muerte de García Lorca.

«Que fue en Granada el crimen sabed — pobre Granada — en su [Granada...]

La sensibilidad artística de este pueblo es tan pura, tan exacta, tan rota a la experiencia del hombre que no importa qué campesino que va descalzo y que no sepa ni una palabra de la electricidad y para el que una lata de conservas con las sardinas dentro es la invención más fabulosa, podrá criticar una palabra, menos criticarla a decir verdad que aprobarla o desaprobala según que le parezca responder o no a lo que él conoce por sí mismo del amor y del dolor de los celos y la cólera, del honor y de la verdad. Tendrá, para sorprender la mentira literaria o artística la agilidad del tigre. Este pueblo demasiado pobre para ir nunca al teatro o al cine y que a veces no conoce de los libros más que las imágenes con pena tiene, sin embargo, una cultura sabia que le hace fácil la comprensión inmediata y sin gran preparación las artes que aprovechan a su formación. Los españoles leen poco. Es que tienen que comprar muchas otras cosas, y no libros. Pero este pueblo que posee un profundo instinto literario, mantenido por una tradición hablada que suministra el Romancero, y algunos volúmenes de proverbios, detenta el poder de leer, y quizá incluso mejor que los pueblos que han hecho de la

invención de la imprenta una de sus fatalidades cotidianas.

Las grandes voces de España tienen obligatoriamente la entonación y el timbre populares. Nada de verdad, nada de grande se escribe sobre esta tierra que no contenga precisamente la experiencia popular, como si la misma lengua le repugnara servir otra cosa que a la sinceridad directa y viva, la verdad de los hombres que la hablan. Es por la lengua, por la experiencia del pueblo que conoce mejor los giros y movimientos de la pasión que los de la razón, la inteligencia de lo que llamamos el «psychè», por donde se sube hacia este verbo apasionado y lírico que brota de Federico García Lorca, de Unamuno o de Antonio Machado. De estos tres grandes escritores se podría decir que hablan escuchando las

voces que suben de la tierra, alrededor de ellos.

..

Al español no le gusta que nadie se burle. La ironía sentenciosa, la sátira feroz, pasa, e incluso, si, le gusta. Su uso es común. Es porque se pega al amor como las alas al cuerpo del pájaro. El español no sabe sonreír de sus desgracias. Las siente demasiado. No se burla de lo que ama. Ama demasiado. Si se bromea en medio de la tragedia, como en Madrid o en Cádiz bajo las bombas, es que se bromee lo que se ama, «amorosamente» y que la ironía no es sino el más grave de los pudores. El español no sabe destruir por golpecitos, por arañazos ligeros. Muerde. Hiere. Destroza. Son cóleras de enamorados. Tanta pasión, exige tacto. La imperiosa gravedad de los españoles

extraña. Esta gente se mantiene siempre en las alturas. Viven, con relación a las pequeñas cuestiones, en la desmesura. Tienen el «chic» para llevaros siempre a la gran cuestión que duerme bajo la capa de las pequeñas. Estos giros dan miedo. España es una cuerda tensa.

..

El amontonamiento de la miseria en los arrabales, de la cual el arzobispo-patriarca reconocía que son «de barro en invierno y de polvo en verano», ha provocado lo que se llama «chabolismo». Los «sin abrigo» madrileños son más de cien mil en los barrios leprosos, destruidos, mal pavimentados, mal alumbrados de Cuatro Caminos o Carabanchel donde, como diría Cervantes todas las incomodidades tienen su sede.

DOS PREVISIONES

RODBERTUS, cuyo genio presenta tantas afinidades con el de Ricardo, y al que Wagner ha llamado el Ricardo del socialismo, se distingue sin embargo profundamente del maestro de la escuela clásica en que descarta la concepción abstracta e invariable del orden económico, se introduce en la relatividad histórica, y hace intervenir, como causa general preponderante en la repartición, una causa social histórica, es decir, socialmente modificable, transformable. Son las instituciones jurídicas: la propiedad individual y la libertad del trabajo. En virtud de las leyes de subordinación estática de los fenómenos, de que A. Comte ha hablado profundamente, y que extienden el campo de las previsiones, de la institución de la propiedad se derivan relaciones de clases sociales: una que detenta los instrumentos de trabajo, otra que no dispone sino de su fuerza de trabajo; de esta distinción de clases se deriva, en el debate de las condiciones del trabajo, una desigualdad fundamental, indefectible de poder, porque si las relaciones entre personas jurídicas, iguales y libres, difieren radicalmente en derecho de las relaciones de amo a esclavo, en hecho, la propiedad ejerce una sujeción semejante a la esclavitud: «el hambre hace el oficio de látigo». El trabajo es tratado como una cosa, y esta cosa tiende a ser reducida, en el debate económico del

salario entre dos potencias desiguales, a su coste de producción, al minimum físico de viveres y de objetos de consumo que aseguran la conservación de la fuerza de trabajo, y la reproducción de la especie.

Rodbertus vuelve así al salario necesario al cual es arrastrado Ricardo, aunque el salario natural pueda responder a un *standard of life* superior. Pero la interpretación difiere: en Ricardo son causas naturales, que no podrían ser contenidas sino por la previsión individual del obrero. En Rodbertus, son causas histórico-jurídicas, que la sociedad puede modificar.

Si, por una parte, el salario del trabajo gravita de una manera constante, a través de sus fluctuaciones, hacia un minimum físico, y, por otra parte, si la productividad del trabajo aumenta, y Rodbertus ha rechazado la ley mesológica de Ricardo, de ello resultará lógicamente que la parte proporcional del trabajador, en el producto social, irá decreciendo con el aumento de su potencia productora. Tal es la previsión de Rodbertus. Fue para él, como ha dicho Châtelain, la tesis capital, la tesis directora, el gran problema para la prueba y la elucidación del cual se ha entregado toda su vida a las investigaciones y a los estudios más extensos y más diversos.

GRITO HA

Manzanas levemente heridas
por los fines espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,
rosas que hieren y agujas instaladas en los caños de sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan y el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,
ni quien lllore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

CIA ROMA

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con emoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslucidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: Amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: Paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: Amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.

Federico GARCIA LORCA



ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,
«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

«**F**RANCO, ESE HOMBRE», pelele en manos del gobernante guerrero más fuerte de la hora, alemán o norteamericano, como lo sería del dictador ruso, en las mismas circunstancias; el verdugo — para lo único que sirve — número uno de la España del Quijote, celebró, otra vez, en el mismo año 1964, con más pompa, el aniversario de la caida, en sus manos chorreando sangre de hijos del pueblo de Madrid que aqu el y sus asesores militares nazis creyeron poder asaltarla, a más tardar, en los primeros días de la segunda quincena del mes de noviembre del año precitado.

¡Veinticinco años que acabó la mil veces heroica defensa de la capital de España, y el 12 de octubre de 1961 también cumpli se el mismo tiempo que «Franco, ese hombre», destituyó, fulminantemente, a Miguel de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca, que ejercía con carácter vitalicio!

Pocos días antes del precitado mes de octubre histórico, el 31 de septiembre de 1961, «Franco, ese hombre», celebró también el vig simoquinto aniversario de su gobierno, de sus llamadas bodas de plata en el poder, sus dos décadas y media de orgías de carne y de sangre generosa de mujeres y de hombres de pensar y sentir libre sacrificados por anhelar un mundo mejor, más feliz que el que nos impone el mundo autoritario.

No sabemos de otro pueblo en el orbe que ocurren, como en España, contrastes más extraordinarios, paradojas tan complejas y extrañas, sorprendentes, y coincidencias tan singulares. Ved, por ejemplo, los tres citados aniversarios al parecer distintos, hasta cierto punto, de cinco lustros cada uno, pero por el juego de los hechos y de la misma historia de España que no quiere, ni puede, desligarlos, separarlos ni saltarlos indican que forman parte de una sola y misma cosa con la que el pueblo español terminar , a un tiempo también, de acuerdo con el pensamiento y el sentimiento humanista unamuniano, con el espíritu del aniversario del atropello que sufrió Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca, considerando que ésta, como toda Universidad, para cumplir con su alta misión, ha de caracterizarse como universalista, sin dogmas, receptora y transmisora de buena cultura.

Miguel de Unamuno, desde este momento, pese a todos sus detractores, cercanos y lejanos, y a sus

más acérrimos enemigos pertenecientes al régimen franquista, enfrentándose a éste en defensa del verdadero espíritu universitario y contra la mala «kultura»; adoptando, en fin, la conducta limpiamente quijotesca, definitivamente, englobado todo lo mejor del sentir y pensar de su ser, para los pocos días que la anti-España le dejaría vivir, se situó en el primer lugar de los valores humanos positivos, en el espacio y en el tiempo.

El aniversario que hoy celebramos, del digno y valeroso proceder de Miguel de Unamuno, en octubre de 1936, fue la respuesta contundente, precisa, al de septiembre que celebra las «bodas de plata» en el poder del dictador que engloba, dada su significación totalitaria, los demás aniversarios «victoriosos» que tan estruendosamente celebra en la España que sojuzga.

«Franco, ese hombre», con gesto brutal, desp otico, simbolizando la inhumana, la cruel peculiaridad del régimen que le sostiene en el poder, lanzando a Miguel de Unamuno fuera de la Universidad salmantina, al arroyo, pretendió dar a entender a los españoles y al mundo entero que podía, de un solo golpe, culatazo o escobazo barrer del territorio hispano al hombre, realmente hombre, que encarnó, en un instante y para siempre, el humanismo, bien entendido, y el genio de la España del Quijote: a la verdadera e inmortal España.

Miguel de Unamuno demasiado sabía qué podía esperarse del régimen impuesto por curas, falangistas, terratenientes y las oligarquías imperantes en España; pero pese a estar su ánimo preparado para recibir, sin sorpresa, el asalto medieval y resistir su monstruoso impacto, al comprobar que el Estado fascista al iniciarse apenas había desencadenado tanta barbarie — más de la que imagin  — tanta destrucción y tanta muerte en todo el territorio que empezó dominando en julio de 1936 le lanzó su «Yo acuso» con las siguientes palabras, tan repetidas, pero qué cada día que pasa y se repiten tienen más resonancias en todos los ámbitos ibéricos y del orbe todo: «Vosotros vencer is, pero no convencer is. Y yo prefiero convencer a vencer.»

El día que Unamuno pronunció estos y otros pensamientos los franquistas — dice el testigo francés de «Vendredi», del que hablaremos más adelante — con Mill n Astray a la cabeza, quisieron fusilarle, sin más espera, en aquel mismo minuto. «Lo implidi  la propia mujer de Franco», por impulso quizá

— es nuestro pensar — de corazón sensible de mujer o porque, por intuición superior, generalmente hablando, en el sexo femenino a la del varón, comprendió que se perjudicaría más a su esposo, al enano de El Pardo, e hizo lo posible por evitar un mayor desprestigio político-militar del mismo ante todo el mundo civilizado: que el escandaloso asesinato se realizara ante los centenares de testigos presentes, el 12 de octubre de 1936, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca.

Vayan todas las personas comprendiendo que la suerte de Miguel de Unamuno estaba echada. Salvó la vida de momento, pero poco podía durar ya.

¿Cómo y de qué murió Unamuno? «Le Figaro Littéraire» hace poco tiempo publicó unos comentarios de Jean Cassou sobre la obra «Recuerdos sin fin» del poeta francés André Salmón, publicada por Gallimard, en la que afirma que «don Miguel de Unamuno se suicidó».

Jean Cassou opinó que «tal versión de su muerte le pareció absolutamente increíble» y añadió: «No tengo prueba alguna personal sobre la muerte de Unamuno; sólo sé lo que todo el mundo sabe. Ocurrió en Salamanca, en la zona franquista, durante la guerra. Hubo esa famosa comida oficial en donde un general del franquismo lanzó al rostro del hombre que encarnaba el genio de España, el grito: «¡Muera la inteligencia!» Unamuno, anonadado, parece que fue llevado a su casa por algunos amigos. Se le encontró muerto, solo, cerca de la chimenea. Sin duda el corazón. No sé cuál fue el diagnóstico del médico.»

Lo dicho por Jean Cassou sobre el fallecimiento de Unamuno es, en buena parte, lo generalmente admitido por todo el mundo. La misma embajada de la República española en México le dio cabida en las páginas de su boletín número 47, que leímos por casualidad. Y en el Ateneo Español, en México, D. F., en ocasión de rendirse homenaje a la memoria de Miguel de Unamuno, hablando Max Aub y los catedráticos Urbano González y José Gaos, presidiendo el acto el Dr. Joaquín D'Arcout, se dijo: «De sólida cultura, ella y su honestidad le libraron de todas las asechanzas.» Y afirmaron también que «falleció de muerte natural al fallarle el corazón.»

Es indudable que estas declaraciones hechas públicas, con toda la buena fe del mundo que se quiera, pero con ligereza, desde la tribuna del Ateneo Español, en la capital de la República Mexicana, por literatos y hombres de ciencia exilados, de cepa republicana, dándolas por buenas, sin ponerlas en duda siquiera, favorecen al franquismo. Porque la verdad es que de las «asechanzas» del régimen franquista no se salvó Miguel de Unamuno pese a su «sólida cultura y a su honestidad.»

¿Cómo pueden admitir y propagar, como bueno, totalmente, el diagnóstico de un médico franquista capaz de obedecer, sin rechistar, la «orden superior» de certificar la causa de la muerte de Unamuno después de provocarle el fallo del corazón y dejarle abandonado sin asistencia médica?

¿Que lo certificó un médico «de confianza»? Supongamos más: que lo certificaran uno o más doc-

tores en medicina amigos de Unamuno atemorizados por la situación de terror que los rodeaba y lo amenazaba, pero ¿qué persona puede probarnos que no fue atendido, antes, en privado, a las buenas o a las malas por otro médico del Movimiento Nacional con forzudos ayudantes?

Más todavía: quizá permitieron que lo visitara, asiduamente, su médico de cabecera — para hacerlo servir de coartada los autores del crimen perfecto —, el de la familia, como era entonces costumbre tenerlo en España, como amigo y por si precisaba sus servicios, pero ¿quién puede atreverse, repetir, a afirmar y probar, de manera absoluta, que no lo visitaron también, el día — o en las horas — que no le visitó el amigo o no permitieron visitas. los verdugos que tenían que aplicarle la pena de muerte al cuerpo y a la inteligencia, a la que fue condenado Unamuno el 12 de octubre de 1936?

Dadas las terribles circunstancias que imperaban entonces en la zona fasciofranquista, que las dan por olvidadas los traidores de todas las clases; y parece quieren olvidarlas hasta ciertos conspicuos republicanos y exilados españoles de diversas ideologías ¿qué amigo médico de Miguel de Unamuno habriase atrevido a pedir a las autoridades franquistas, en plena actividad a la caza de hombres y de mujeres de pensar libre, que lo dejaran llevar a cabo un minucioso reconocimiento en el cuerpo aún cálido del rector salmantino, realizar análisis, etc., para averiguar la causa real de su «fallecimiento»? Ni insinuarlo siquiera. Sin realizar su propósito le habría costado sufrir la misma o peor suerte de Unamuno.

Se sabe hoy, por ejemplo, pese al tiempo transcurrido, por el análisis químico de cabellos de Napoleón Bonaparte que el fallecimiento de éste no fue natural, como se estuvo creyendo hasta nuestros días: que murió envenenado con arsénico. Los médicos y hasta profanos en medicina sabemos cuán más hábiles son, en el presente, ciertos médicos nazis, refugiados en España, que hicieron criminales y monstruosas experiencias, con cuerpos de judíos, para provocar muertes que parezcan naturales. Y de estos «médicos» asesinos aprendieron algunos de sus colegas franquistas que han superado a ciertos de sus maestros en eliminación científica de seres humanos. Cualquier médico, haya o no estado al servicio de Hitler o de Beria-Stalin, que esté, hoy, a sueldo de los «servicios especiales» de Franco, o de otro tirano, puede causar muertes que parezcan naturales.

¿Podemos aceptar, cien por cien, el diagnóstico dado por el régimen franquista sobre el «fallecimiento» de Unamuno. Acéptenlo, si les place — o rectifiquen su error —, las personas, los centros políticos más arriba aludidos y otros sujetos basándose, ingenuamente, en que «la sólida cultura y la honestidad de Unamuno le ponían a cubierto de todas las asechanzas.» ¿De las franquistas también? Pero si los nazifasciofranquistas, que son el sumun de la indecencia y de la criminalidad procedieron, precisamente, contra la cultura gritando: «¡Muera la inteligencia!»

Los libertarios españoles, de la C. N. T., de la

F. A. I. y de las JJ. LL. — los que coincidimos — interpretando el pensar y el más íntimo sentir de Miguel de Unamuno, haciéndonos nuestros sus últimos pensamientos y más valiosos postreros sentimientos, no podemos sumarnos, con el silencio mismo que observáramos, a las precipitadas opiniones políticas de republicanos y marxistas de todos los colores. Preferimos ser los depositarios y defensores de lo mejor y más elevado del pensar y del sentir unamuniano, del quijotismo de Unamuno, que salvará a España de todas las asechanzas políticas y dictatoriales, de la España del Quijote que el rector salmantino encarnó, con tanta energía y firmeza, en su última hora de vida.

Lo menos que podían hacer todas las corrientes republicanas y marxistas — que incluye a los más extremos nacionalistas, llamados comunistas — es poner en duda la causa de la muerte de Miguel de Unamuno. En este caso, menos que en otros muchos, ninguna confianza podía merecerles el diagnóstico presentado por el franquismo más que por el médico.

¿Confianza en los sayones de «Franco, ese hombre»? La política que ambiciona el poder y sueña ir ganando posiciones políticas, hoy mismo, en el seno del régimen franquista, con la venia de éste, podrá ir haciendo concesiones a sus hombres representativos, pero no se las hizo Miguel de Unamuno ni nuestro entrañable y malogrado Juan Peiró en nombre de todos los caídos y de sus afines humanistas libertarios que no se las haremos jamás. Nos lo impide un alto sentido de la dignidad humana y el anhelo de hundir, totalmente, para siempre, al franquismo, que es notorio va sosteniéndose apuntalado hoy, en particular, por las debilidades democráticas, las mismas que favorecieron el pronunciamiento militar nazifasciofranquista y su triunfo sobre el pueblo español.

Las dudas sobre el diagnóstico que comentamos fueron aumentando. Hoy ya se habla del suicidio. Con los literatos Jean Cassou y Jean Camp consideramos que Unamuno — como afirma Cassou — «es el último hombre que habría pensado en el suicidio. Todo su carácter, toda su obra, todo su comportamiento rechazaban el suicidio con horror. Es imposible creerlo cuando se le ha leído y se le ha conocido.»

En efecto, sobre el vivir Miguel de Unamuno dijo: «Para mí la vida es una lucha eterna e incesante. Odio el estancamiento. Alguien me dijo una vez que España es un paraíso perdido. Aludía a nuestras pugnas interiores, a nuestra sangre turbulenta. Le contesté que España es el purgatorio perdido... Durante un tiempo viví en Mallorca, en las Baleares. Es la región española más bella y exuberante. Sus habitantes son pacíficos, calmados y viven sin preocupaciones porque la tierra les ofrece todo. Estuve allí durante un mes. La gente me preguntaba si me gustaba aquella vida de eterna tranquilidad. Yo les dije que su vida me parecía fútil, inútil y aburrida, limitada y completamente idiota. La vida es lucha. A mí me gusta nuestra agitada sangre española, que, al clamor de la venganza, lucha hasta el fin...»

Y en cuanto a su morir ¡cuán lejos estaba Unamuno de suicidarse, de destruirse por propia mano! He aquí su pensar y sentir al respecto: «Cuando al fin me muera, si es del todo, no habré muerto yo, no me habré dejado morir sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o, mejor aún que la cabeza el corazón, yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella.»

Proféticas sus palabras: No dimitió de la vida; se la destruyó el régimen autócrata de «Franco, ese hombre», que no aceptó que Miguel de Unamuno, con su gran corazón quijotesco, limpio de impurezas estatales, más que con la cabeza, se atreviera a luchar hasta el fin de su existencia dándole la batalla ética e intelectual — ganándose la ésta en el lugar adecuado — en la universidad de Salamanca, sin darse por vencido, erecto, aun perdiendo el combate armado que se inició el mismo año de 1936, seguro, no obstante, que se reanudará, y el clamor justiciero, ¡no de venganza! del pueblo español, del gran Quijote, acabará ganándola, definitivamente: ¡venciendo a la anti-España!

LA VERDAD SOBRE EL SENTIR Y EL PENSAR UNAMUNIANO

A Miguel de Unamuno no tenemos que reprocharle lo que él mismo rectificó, confesó y afirmó en la universidad salmantina contestando a los exabruptos y a las amenazas violentas pronunciadas por Millán Astray, con palabras, en cierto modo, y totalmente con su conducto postrera, sintetizando lo dinámico y sano de su ser sensible, lo definitivo, sin posibilidad de vuelta atrás, a sabidas de que ya no podría retractarse; sin pasado, con sólo presente y futuro a mejorar, con todas las potencias de su genio concentradas en lo que quería de bueno para España, aunque fuera a costa de perder la vida: «Acabo de oír — dijo Unamuno — el grito «¡Viva la muerte!» Y yo, que he pasado la vida creando paradojas, que han despertado iras incomprensibles, les debo decir, en calidad experta, que esta grosera paradoja me resulta repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado.»

Confesaba haber sido un creador de paradojas que no han sido todas bien interpretadas; y otras no contenían la malicia que muchos sujetos les atribuían. Además tratar de grosera y repelente la paradoja de Astray era tanto como tratarlo a él mismo de grosero y a «Franco, ese hombre», que está totalmente identificado con aquél, y de repelente el régimen que ambos contribuyeron a establecer.

«¡Mueran los intelectuales!», gritó también, como un energúmeno, con enfurecimiento asesino, empuñando nerviosamente una pistola mientras su ayudante de confianza ponía su metralleta a punto de disparar dirigiendo la boca de tal arma de fuego hacia el cuerpo hercúleo de Miguel de Unamuno que, sin amedrentarse, sereno, desafiante, con la energía, el valor humano y la dignidad quijotesca que no tendrían, en la misma o parecida situación, algunos de sus críticos y detractores, continuó diciendo: «Este es templo del intelecto. Y yo soy su

gran sacerdote. Están ustedes profanando su sagrado recinto. Ustedes vencerán, pues disponen de la fuerza bruta más que suficiente. Pero no vencerán. Para convencer necesitan persuadir. Y para persuadir necesitan de aquello de que carecen: la razón y el derecho en la lucha. Considero que es fútil exhortarles a que piensen en España. Yo lo he hecho.»

Es lo que quería lograr Miguel de Unamuno: expresarse de modo y forma que sorprendiera a los franquistas y le dejaran acabar de decir qué pensaba y sentía en aquellas horas terribles que vivía y sufría toda España. Tenía vivo interés que en ésta y en todo el mundo lo supieran y quedara desmentida, en primer lugar, la carta que la oficina de propaganda franquista había enviado a todas las universidades del mundo atribuyéndole su paternidad, siendo falso, en la que se lanzan protestas contra las atrocidades y crímenes que cometían los rojos, dando a entender así que Unamuno estaba — siendo mentira — al lado del franquismo.

La verdad es que el indecente embuste propalado por el régimen franquista lo creyeron personas de todas las ideas y psicologías, lo siguen sosteniendo hasta escritores como Ramón Sender, que se llaman antifranquistas, y todavía no faltan bienintencionados individuos, de vanguardia social, que lo creen, como es creído el diagnóstico sobre la muerte de Unamuno dado por «Franco, ese hombre».

Conociendo la psicología criminógena de los centenares de franquistas, los más armados, que le rodeaban, y sabiendo que más de uno vacilaría en dispararle sus armas de fuego allí mismo, según cómo los hiciera reaccionar: en el paraninfo de la universidad, convencido que bajo el signo franquista sería la primera y la última vez que hablaría en público, este genio de España lo hizo con el tacto psicológico que exigía aquella situación trágica, y lo logró empezando diciéndoles: «Todos ustedes están pendientes de mis palabras», proyectando así Unamuno cuán interesado estaba en suggestionarlos, paralizarlos y estuvieran, realmente, pendientes de las mismas para que no le achacaran más otras, en particular los periodistas extranjeros presentes que habían estado difundiendo, por medio de la prensa internacional, los informes dados por el franquismo escritos o hablados, según éste, por Unamuno, que sólo tuvo la ocasión de hablar una sola vez: el 12 de octubre de 1936.

«Todos me conocen — prosiguió diciendo Unamuno — y saben que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que estar callado significa mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como asentimiento. Por eso comento el discurso — de alguna manera hay que denominarlo — del general Millán Astray, que se encuentra entre nosotros. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. Y me apena pensar que pudiera dictar el modelo psicológico de la masa que le obedece. Un desarbolado que carece de la grandeza espiritual de un Cervantes, es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su alrededor.»

Más arriba ya transcribimos algo de lo que manifestó Unamuno, seguidamente, gritándole al

franquismo, con tono condenatorio y despreciativo que su Movimiento Nacional no podía persuadir, porque «carece de razón y de derecho.»

Cuando los franquistas con o sin sotanas y armas que llenaban el salón de actos académico de la universidad de Salamanca reaccionaron y saliendo de la sorpresa con sus gritos violentos, dicerios y amenazas mil enmudecieron a Miguel de Unamuno éste había expresado lo fundamental de su pensar y sentir: su repudio total al nazifasciofranquismo y su defensa de todos los derechos humanos. España y todo el mundo ya sabían a qué atenerse al respecto: conocían la verdad.

Desde ese momento su estatura histórica y humana, universal, se elevó tanto como se disminuyó la de «Franco, ese hombre». Y mientras la de éste irá reduciéndose más y más, hasta que de su nombre ni el recuerdo quede, la de Miguel de Unamuno seguirá agigantándose con el tiempo, como ha ocurrido, por ejemplo, con la de Sócrates y otros buenos sabios y varones y con la de mujeres de la misma calidad humana.

Es evidente que Miguel de Unamuno prefirió correr el riesgo de que le asesinara el franquismo, en contubernio con la Iglesia, a que el pueblo español y el mundo pensante libre creyera que admitía, cruzado de brazos, en silencio, sin protestar, cuantos horrores presenciaba: mujeres, hombres y niños tratados con monstruosa sevicia y asesinato de los más fervientes sospechosos amantes de la libertad. Muy claro se lo escupió al rostro del franquismo cara a cara: «Mi silencio puede ser interpretado como asentimiento.»

Esta actitud solidaria y de limpio heroísmo humano adoptada por Unamuno en la hora final de decidir ser o no ser hombre, sin términos medios, es la que admiramos y defendemos por doquier, a los cuatro vientos.

Jean Cassou, en el comentario que transcribimos, se refirió al primer grito del generalote Millán Astray: «¡Muera la inteligencia!», pero dejó sin recordar el segundo grito por el mismo abyecto sujeto: «¡Viva la muerte!», que es importante, psicológicamente, porque ambos se complementan y proyectan, claramente, el pensar y el sentir de los defensores del régimen franquista con respecto a los intelectuales, qué habían determinado hacer a cuantos habianse opuesto, antes de 1936, a sus designios totalitarios y a los que estaban disconformes con los procedimientos brutales y sanguinarios que usaba el Movimiento Nacional en los lugares que triunfaba: eliminarlos. Y con los dos gritos rabiosos, que ponían al descubierto el alma de la anti-España, condenaron a muerte a Miguel de Unamuno por considerar que en aquel momento simbolizaba a la intelectualidad española libre, progresiva e insobornable.

Millán Astray no pudo ordenar la ejecución inmediata de Miguel de Unamuno por sus incondicionales subordinados asesinos del Tercio, ni por los guardias civiles — los más inciviles y viles de España —, ni por propia mano, como hizo además de hacerlo. Le contuvo el estupor casi general que produjeron sus palabras y su acción amenazante: ho-

ror en algunos catedráticos, en parte por estar Unamuno sentado al lado de la esposa de «Franco, ese hombre», por encargo de éste, que bien lejos estaba de pensar que le sorprendería con firme actitud rebelde, y porque personajes policíacos de alta graduación criminal se le acercaron rápidamente, aconsejándole que ese día «dejara en paz al rector; que tuviera en cuenta que estaban presentes periodistas del exterior; que se hallaba en la universidad de Salamanca y no en un territorio africano ni en la calle siquiera; que la oportunidad se presentaría o se organizaría muy pronto; que la ejecución de la condena por él señalada contra el atrevido rector, interpretando el sentir del Movimiento Nacional y de su caudillo no pasaría del año 1936.»

Las últimas líneas entrecomilladas son textualmente transcritas de una carta — leída en el curso de la charla omitiendo el nombre del remitente — en la que recibimos, en 1962, noticias diversas de España de un profesor — testigo — que aún vive en el interior —, que, «por casualidad — dice en su misiva — estaba ubicado a dos pasos cortos de Millán Astray. A esta distancia escuchaba sin que a los interlocutores les importara, al parecer, levan-

tar la voz y los oyeran los que los rodeábamos en aquellas circunstancias tormentosas. Creo — sigue diciendo el informante — que lanzaron baladronadas para apaciguar al general Astray y evitar provocara a desaguisado.»

Pero la verdad es que el informe hoy adquiere toda la importancia que no le dimos al recibirlo.

A UNAMUNO NO LE ANONADARON

El 12 de octubre de 1936 Miguel de Unamuno salió de la universidad de Salamanca del brazo de un catedrático, apoyándose la esposa del generalísimo en el otro brazo del mismo, oyendo groseros anatemas que le dirigían, gritos bestiales y coreados lemas ensalzando el Movimiento Nacional fascista.

Se supo que «Franco, ese hombre», valentón con las mujeres, como cualquier fanfarrón de baja estofa, amonestó agria y severamente a la suya — en presencia de varios generales íntimos para que corrieran la voz por haber acompañado, voluntariamente, a Unamuno después de haberse éste manifestado, rotundamente, contra el régimen que él representa.

(Continuará)

Sobre el salario

Ferdinand Lassalle se aplica a las condiciones psicobiológicas de la determinación del salario; la ley de bronce del salario que es la ley cruel de Rodbertus, reviste en él el carácter de una ley histórica, no de una ley natural; expresa la constancia de las relaciones entre el salario y las condiciones psicobiológicas de su determinación, en la fase histórica en que la propiedad individual engendra la separación del capital y del trabajo; ahí, ella es a sus ojos inexorable e ineluctable; ahí las energías morales propias para desenvolverse, a medida que se eleva el salario, y con él el *standard of life*, y que se resiste a su rebaja, son paralizadas a sus ojos por la operación de una fuerza distinta: el principio de la población, la tendencia del hombre a reproducir su especie. «Todo el interés de la cuestión — escribe en su *Bastiat-Schulze* — consiste en esto: en saber si el número de los trabajadores, cuando el capital aumenta y el salario sube, no aumentará en una progresión más rápida aún, para

rebajar de nuevo el salario, y hacer caer su tasa más bajo.» Y Lassalle, respondiendo él mismo a su cuestión, admitía que este aumento más rápido de la población es inevitable; el mejoramiento de las condiciones materiales de los trabajadores da una impulsión a los matrimonios y a los nacimientos, y se expresa exclusivamente por eso. Semejantemente toda rebaja del salario corriente, por bajo del salario necesario, acarrea la disminución de la población por las privaciones, las enfermedades, la muerte; esta vez son los fallecimientos los que se multiplican: la oferta de trabajo se reduce, la concurrencia cede, el salario corriente se eleva hacia el salario necesario. Tal es el ritmo terrible que, si se deriva de la naturaleza del hombre, no se deriva de ella sino en las condiciones sociales y jurídicas de una fase de la historia. Y así será, en el porvenir, tan largo tiempo como subsista la separación del capital y del trabajo. Tal es la previsión de Lassalle. — H. D.

FILTRO DE IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

(Continuación)

por M. CELMA

DE LA ACCION Y EL ALMA

EN «Creación y libertad», ha escrito sobre el marxismo una sentencia lógica en Camus puesto que viene a respaldar su idea preferida de rebeldía permanente. Dice así: «El marxismo hoy es una mixtificación no menor que la que otrora fundaba la opresión colonialista so pretexto de salvar las almas de los infieles.»

Y en «Los almendros»: «Nuestra tarea de hombres es de encontrar la fórmula que apacigue la angustia infinita de las almas libres.»

O bien, volviendo a «Prometeo en los Infiernos»: «Lo que caracteriza a Prometeo es que no puede separarse la máquina del arte. Piensa que se puede liberar al mismo tiempo los cuerpos y las almas.» Y concluye: «Hoy como ayer los políticos en voga piensan que sólo sometiendo el alma pueden liberar el cuerpo.»

En «El exilio de Elena», dirá: «El cristianismo ha comenzado substituyendo la contemplación del mundo por la tragedia del alma.» Pero se refiere a la de su Dios puesto que a renglón seguido agrega: «Dios muerto, nada, ni alma siquiera — causa de inmortalidad que se perdió con Adán — les queda a los cristianos.»

Mirando más cerca y más bajo, también llega a conclusiones interesantes. «Rechazar la invitación de un alto personaje, supone para muchas cabezas tener un alma torcida.» o en «Reflexiones sobre la Guillotina»: «Una de las fuerzas del alma se desencadena hasta ocupar toda la plaza de la conciencia.»

Y si no fuera por alargar demasiado estos relatos, con esta última frase ofrece tema abundante para discurrir sobre el estado y la naturaleza de la conciencia. Mas, dejémoslo.

En «El artista en la cárcel», escribe: «El esfuerzo hacia la verdad, la simple resistencia a todo lo que en la cárcel reduce al hombre a lo más bajo, es bastante para extenuar un alma.» ¿Pensó Camus en Bakunin y el período que éste pasó en el presidio «Pedro y Pablo»? Yo deduzco que sí.

Camus busca un sentido a la vida. «Un sentido a la vida» es también el título de un excelente libro de Jean Guehenno, su amigo de estudio, de ideas y de la resistencia. Sobre el tema los dos debieron discurrir horas largas.

Busca ese sentido «aunque de la vida no conoz-

camos nada». El loco y algún sabio también, ha rechazado esa inquietud a cambio de la paz del alma.

La acusación al sabio no es un abuso. Recordaremos solamente aquel consejo contra natura según el cual: si quieres vivir feliz no analices muchacho, no analices.

No querer saber más significa para éstos un paso adelante y una liberación — triste según yo y decadente — del alma.

Hay también el alma ruda, áspera y bronca hija de los dichos populares, que pasan a ser refranes cuajados en verdaderos estados de alma.

Stravinsky fue un alma así.

En «Plotino y San Agustín», dice que «en todo cristiano hay dos estados de alma en guerra permanente: el pesimista y el de la esperanza». Sin embargo, estamos obligados a referir que Balmes, una de las autoridades cristianas, no opina así.

Esa inquietud y esa guerra no existe en el cristiano, seguro como está de la salvación eterna que ha comprado con su credo. Esa guerra para Balmes está en el hombre no católico: Quien abandona la religión católica, ha dicho, no sabe donde refugiarse. Pobre Balmes, tan inteligente y meritorio en otras cosas y tan tonto e inocente en ésta.

Namatiamus, por estos mismos motivos ya acusó al cristianismo de «secta que embrutece las almas». El Judaísmo también lo acusa de ello pero por la mansedumbre y sumisión que la doctrina predica. En realidad, endeble y frágil es la criatura humana ya que comprobado está, que por mas que se empeñe, lá más libre e independiente sufre momentos de servidumbre aun a pesar suyo. Por ejemplo, los apasionados. Y, ¿quién puede jactarse de no apasionarse por algo cada día?

«Las pasiones no dependen de nosotros sino que se agarran al alma y nos explotan.»

Mas, por estos derroteros llegaríamos a la conclusión que hasta los hombres más perversos serían inocentes angelitos. Por otra parte, credo (o credulidad), pasión y alma son propiedades que se complementan cuando dice que «el alma no tiene más libertad de acción que de credo».

Para su diploma de Estudios Superiores, Camus escribe: «Si el universo es bello, es porque algo en él vive. Pero también porque alguna cosa hay que lo ordena. Esta cosa es el alma del mundo.» Y mien-

tras discurre así pafa su diploma, en «Plotino y S. Agustín», escribe: «El alma como principio metafísico nada tiene que ver con el pecado original.» Aquella es omnipersonal, éste convencional y dependiente de una mentalidad de artista.

Y lo importante sería, pienso yo, que alguien llegase a descifrar el geroglífico que resulta de la relación que pueda haber entre esta alma del mundo con el alma o almas de cada individuo.

Según Plotino la concordancia es total. Es más, no hay más que una común para los individuos y para el mundo. Las diferencias que notamos pertenecen a la intervención del intelecto, no del ánima. El alma concebida así no se adquiere, ya se tiene. Mientras que la inteligencia es algo que se forma y que se nos pega. El alma decae muy a menudo por audacia la mayor parte de las veces, y ésta es producto de la inteligencia. Bajo esta teoría nada más fácil que concluir que la uniformidad del alma se limita a converger con la realidad de la vida, realidad que puede ser diferente a la que captan nuestros sentidos.

Para no equivocarse, Plotino deja una puerta entreabierta y dice: El alma además dispone de una parte inferior y de otra superior. La primera se une al cuerpo, la segunda será quizá la que denominamos alma del mundo.

Además, si a veces alma y conciencia se confunden, ésta suele ser superior a aquélla, se le escapa con la misma facilidad que se nos escapa la memoria. Se nos escapa la memoria pero guardamos con más facilidad sus criaturas como son la aversión, la amistad, el amor, el odio, la nostalgia, el deseo, etc.

Estos estados como principio tienen al alma como base y a la memoria como recipiente. Todos son ajenos a la materia, y que me dispensen los que se inclinan por las glándulas. El alma no se contenta con lo inteligible; va más allá. Ese más allá para algunos es Dios, para todos debería ser el Bien.

En «La Unión con el Todo», dice: «Hay que volver a la inquietud en donde el alma se destruye y

se deja absorber por la inteligencia. Esta llevada al más alto grado desaparece también para fundirse con el Todo. Es un éxtasis.

Llegado aquí ya no se puede ir más lejos, ni más alto, ni más hondo. Cuando Plotino dice que «el alma pura reside en Dios, reduce a éste a una teoría filosófica. Además agrega que «allí está el alma con lo inteligible».

En consecuencia cada vez que interviene la inteligencia la esencia de Dios queda desdivinizada.

En «Política y Cultura», Camus nos dice: «Mussolini es el continuador de los César y de los Augustos antiguos si se entiende que sacrifica, como ellos, la verdad y grandeza a la violencia sin alma.»

«Convencidos estamos, dice en «Actuelles I», que hay períodos en los que debe saberse hablar contra sí mismo y renunciar al mismo tiempo a la paz del corazón. Nuestro tiempo pasa por uno de esos períodos y su ley consiste en obligarnos a destruir una importante parte de este país para salvar su alma.»

Tenemos necesidad de hombres alertas, audaces a la vez que prudentes, de alma sensible y de recia voluntad de espíritu capaz de desinterés y de compromiso.

Y como Simone Weil, concluirá: ¿Quién puede admirar a un tirano si no tiene el alma baja?

Para esta famosa escritora, las necesidades del alma son varias: orden, libertad, responsabilidad, igualdad, honor, etc. Luego todo esto son partículas del alma, no cabe duda.

Camus ha escrito: «Imaginar a Dios sin la inmortalidad del alma...» Como alguien le pidiera precisiones, respondió: «No te engañes, tengo el sentido de lo sagrado y no creo en una vida futura.»

Su alma era de la vida cotidiana, de lo presente, de lo humano, de lo que le circundaba. Para salvar esta alma sabía que era preciso a veces renunciar a un principio. De ahí su teoría, de aquí su lucha.

Es todo.



Contribución a la historia del anarquismo en Uruguay

EL PRIMER NUMERO DEL PERIODICO «REGENERACION»

por V. MUÑOZ

CON gran alegría he incorporado a mi colección dos números del periódico libertario «Regeneración» que, en la primera década del presente siglo, apareció en Montevideo. Digo con gran alegría, pues soy coleccionista. En nuestros medios libertarios ocurre también esta caso. Hay personas que con paciencia de hormiga coleccionan periódicos, revistas, folletos, libros, cartas, manifiestos, etc. Algunas de estas piezas llegan en estado nuevo, otras ya con ese tinte amarillento que les dan los años. Si a los seres humanos se nos blanquean los cabellos al transcurrir el cenit de nuestras vidas y encaminarnos hacia el ocaso, los queridos papeles se colorean de áureo, igual que los rizos o los bucles de nuestros niños. Se objetará, ¿y para qué guardar todo eso, si nuestra propaganda lo que debe hacer es circular de mano en mano y cumplir así su misión para la que ha sido creada? Por supuesto, debe ser leída por el mayor número de personas. Pero siempre es bueno que queden ejemplares para la consulta de los estudiosos, para la historia de nuestras ideas.

El único peligro que yo veo referente a las colecciones libertarias en manos privadas, es el de la dispersión cuando acaece el fenecer del coleccionador. Mucho antes de que esto llegue a ocurrir, debe legarla a una institución que para el porvenir pueda conservarla mediante técnica bibliotécnica que impida su destrucción física y seguridad completa; que impida su destrucción diríamos, política. Es decir, autos de fe por gentes fanatizadas en creencias religiosas u otras. Generalmente, los allegados al coleccionador venden a bajo precio las existencias que, al revenderlas el comerciante, se dispersan a los cuatro vientos, motivando así también la destrucción de una obra que con perseverancia fue haciendo el coleccionador.

Nosotros los coleccionadores (entre los cuales soy yo uno bien modesto) creemos que hacemos buena obra. No coleccionamos con el afán o la codicia del banquero apilando moneda tras moneda, sino con la alegría del que añade documento tras documento para transmitirlo a la posteridad. Lejos de ser esto algo egoísta, de acaparador, es puro altruismo pues no transmitimos nuestra sola obra (en mi caso lo poco que haya podido escribir), sino que transmitimos la obra colectiva que hemos podido coleccionar (lo que escribieron nuestros hermanos). Además, la colección privada es, asimismo, funcional. Sirve de referencia, de consulta, de documentación, etc., tanto para el escritor como

para el lector. Por supuesto, dichas informaciones solamente son extensivas hasta donde llega la riqueza de la colección. De ser imprescindibles y no hallarse en la colección hay que consultar otras colecciones privadas (infelizmente bien escasas) o colecciones públicas, de estar al alcance del radio de acción en que se encuentra el coleccionador.

Por ejemplo, supongamos que necesito ahora documentación sobre Giuseppe (José) Fanelli escrita por Malatesta. Pues bien, consulto las fichas bibliográficas y leo: Giuseppe Fanelli. Ricordi personali «Pensiero e Volontà» (Roma, año II n° 11, páginas 252-254, 16 de septiembre de 1925). Supongamos aún que necesito documentación iconográfica sobre Fanelli. Pues bien, consulto la sección ilustraciones y veo que algo de Fanelli tengo en la sección fotografías. Veamos: «Giuseppe Fanelli. Ver fotografía colectiva en «La Revista Blanca» (año X, n° 213, página 743, Barcelona 1° de abril de 1932)». En efecto, en tal página hay una gran fotografía, a cuyo pie puede leerse lo siguiente: «Una fotografía histórica. He aquí un testimonio gráfico del viaje de Fanelli y Elías Reclus por España. De izquierda a derecha, en pie: Fernando Garrido, Elías Reclus, Aristides Rey y Giuseppe Fanelli. Sentado, José María Orense».

Por supuesto, un coleccionador privado como en mi caso, no posee en general colecciones completas de revistas o periódicos (e incluso de libros o folletos). De la valiosa revista «Pensiero e Volontà» del gran Errico Malatesta solamente tengo cuarenta y cinco ejemplares, salteados. Pero pocas son las colecciones privadas, e incluso en Italia, que puedan atesorar tantos. Sin embargo, a veces, en las colecciones privadas ocurren gratas sorpresas. La mía atesora la colección completa de la publicación «El Hombre», de Montevideo (191-1931), única en el mundo. Veamos en la sección libros y sobre Malatesta en el aspecto biográfico. Me falta únicamente la biografía de Borghi. De Luigi Fabbri carezco de la primera edición española (en dos tomos), pero tengo la segunda en uno (Barcelona: Editorial Tierra y Libertad, 1938). Tengo asimismo la tercera edición, esta vez americana (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1945). La biografía de Max Nettlau titulada «Errico Malatesta, la vida de un anarquista», (Buenos Aires: Editorial La Protesta, 1923); y, finalmente la hermosa obra «Malatesta, life and ideas» (Vida e ideas de Malatesta),

por Vernon Richards. El cotejo de todos estos libros sirve para que el coleccionador comprenda detalles que se le escapan al simple lector. Por ejemplo, sabe uno en seguida que Vernon Richards no tuvo a su disposición la segunda edición de Fabbri publicada en España durante la revolución (la más rica en el aspecto iconográfico).

El coleccionador privado (en mi caso una persona de humilde condición y desprovista de fondos para la adquisición del material considerado indispensable y que no agotado se halla en los servicios de librería de las publicaciones libertarias o repetido en otras colecciones públicas o privadas) tropieza a menudo con la incompreensión de personas que no consideran de gran importancia a la colección privada. Como ocurre con todo coleccionador privado, yo siempre tengo a mi disposición material repetido (libros, folletos, revistas, periódicos, etc.), que numerosas veces he ofrecido como intercambio. Ejemplares repetidos que para nosotros coleccionistas son de gran valor. Ejemplaricemos: para los españoles todo lo publicado en España durante la revolución y antes de ella es de gran valor. Pues bien, a pesar de haber escrito varias cartas solicitando material en canje, nadie me ha contestado, exceptuando, entre los españoles al compañero Fontaura, en Francia, con quien he tenido el placer de intercambiar libros y folletos.

A veces ocurre que el coleccionista (cual en mi caso) trata de reunir datos biográficos sobre personas relevantes en los medios libertarios, para añadirlo a la colección como material original. En este aspecto se tiene suerte o no. Hay personas que creen que estos datos no son de importancia, que lo únicamente importante es la propaganda doctrinaria. Todo es importante. Cualquier dato al parecer insignificante representa un gran valor para el porvenir.

El coleccionista privado debe ayudar a las colecciones públicas de la esfera libertaria o allende la misma, con material repetido que tenga a su alcance.



UN una colección privada tan importante como la de Max Nettlau, no puede abarcar todo el material libertario, ni menos poseerlo. Sabemos que esta importantísima colección es atesorada ahora por el Instituto de Historia Social de Amsterdam. Nettlau se basó en ella para escribir su «Bibliografía de la Anarquía» y, particularmente, en el caso que aquí nos atañe, su «Contribución a la bibliografía anarquista de la América latina» (Buenos Aires: «Certamen internacional de La Protesta», 1927), con la cual se basó para escribir su notable trabajo «Viaje libertario a través de la América latina». Por eso surgen de cuando en cuando materiales no anotados por Nettlau, nuestra principal e indispensable fuente de referencia en todo cuanto concierne a la historia de la anarquía. Por lo tanto, «Regeneración», de Montevideo, no pudo ser consultada por el gran historiador de nuestros medios. No figura en su bibliografía latinoamericana. No podría decir aquí si «Regeneración» se

extendió más allá de los dos números que tengo. Ni los más viejos y queridos militantes anarquistas que he consultado, me han podido dar detalles al efecto. El primer número apareció el 9 de enero de 1907 y el segundo el 25 de febrero del mismo año. La distancia de las fechas indicaría que surgieron dificultades posiblemente de índole monetaria para la continuación. Digamos aún que Nettlau anota para el mismo año en Montevideo, el periódico «En Marcha» (n° 1, 10 de junio; y n° 2, 20 de julio). «Regeneración», de Montevideo, fue un benjamín de la gran publicación «Regeneración», de México, que el gran Ricardo Flores Magón fundó el 7 de agosto de 1900. Publicación que, felizmente, aún existe.

Formato de este primer número de «Regeneración»: 30 x 40 cms. Cuatro páginas a tres columnas. En cabecera de la primera, esta comunicación: «Toda la correspondencia a nombre de Virginia Bolter, Rodríguez Larreta 9, Pocitos». Virginia Bolter fue una anarquista que, por lo menos, actuó en el Uruguay las dos primeras décadas del presente siglo. A continuación esta participación a los hermanos de lucha: «Venimos a la lucha periodística dispuestos a abogar con tesón y energía, por los nobles ideales de verdad, igualdad y justicia, por lo que saludamos a todas las hojas que sustenten estas tendencias.»

Veamos las finalidades de los redactores de «Regeneración» en el artículo «Nuestros propósitos»: «Tendemos principalmente a que «Regeneración» sea una hoja de propaganda de los grandiosos ideales comunista-anárquicos, bajo sus múltiples puntos de vista, por coadyuvar a la formación de cerebros exhaustos de prejuicios, banalidades, errores atávicos, misticismos e idolatrias absurdas, tácticas esclavitudes y de toda la serie de purulentas lacras que agobian a la humanidad». Como es sabido el movimiento anarquista internacional se orientó desde el primitivo colectivismo anarquista hacia el comunismo libertario, en todos los países latinos sin excepción. Como, colocándonos en el espíritu de la época, la transformación de la sociedad parecía inminente, la condición humana de por sí apasionada en época que parecía llevar en las entrañas al Nuevo Mundo, motivó grandes debates públicos entre ambas tendencias. Hoy todo eso ha sido superado. Basándose en Max Nettlau, con sin par certidumbre Rudolf Rocker lo explica así en el segundo tomo de sus memorias («En la borrasca», Buenos Aires: Editorial Americalee, 1949, página 78): «También en el movimiento libertario mantenía Nettlau una posición especial. Se declaraba abiertamente en favor del anarquismo, pero no pertenecía a una determinada escuela... Era más bien de la opinión que todos los sistemas económicos preconcebidos debían ser experimentados primero por la realidad práctica de la vida y probados en su contenido... Toda forma económica puede por consiguiente ser considerada sólo como medio para una finalidad determinada, pero nunca como fin en sí misma...». En consecuencia terminan su presentación los redactores de «Regeneración»: «Vamos a luchar con nuestras mayores

energías por el triunfo de la anarquía que preconiza una sociedad exenta de jueces, gobernantes, clérigos y de todos los parásitos que conforman el abominable organismo social que esclaviza a la humanidad, pesando sobre ella desde los comienzos de la historia.»

Los dos trabajos siguientes se refieren a la situación represiva contra los anarquistas que a la sazón había en Argentina. La célebre ley 4144 promulgada para expulsar del país a los libertarios prominentes. El primer trabajo se titula **La Ley de Residencia**: «Si ley alguna hay monstruosa en el universo, ésta es la ley de residencia implantada y practicada en la República Argentina. Todas las flores rojas que en la frondosa selva anarquista descollaron ufanas y hermosas, unas tras otras pasaron las amarguras de la expulsión.» **Gremial**, el firmante de este artículo preconiza una huelga general de protesta y el boicot a los productos comerciales argentinos. **¿Sin Estado de sitio?**, firmado por Alas es el otro trabajo, pues terminaba el 6 de enero dicha situación en Argentina, abriéndose así una esperanza: «El éxodo de prisiones aleosas y arbitrarias va a disminuir y los deportados volverán otra vez al territorio argentino con el ánimo de trabajar y volver la paz a sus hogares.»

Llegamos así y con este trabajo pasamos a la segunda página a una notable colaboración de D. Porbuenas sobre **La Mujer en la Sociedad**. Con toda la razón del mundo Porbuenas preconiza la liberación económica de la mujer y la liberación amorosa (la liberación amorosa de la pareja humana por proyección): «Para mayor claridad de mi disgresión empezaré sentando el principio de que la mujer para obtener la felicidad por medio de la unión con el hombre no necesita de la sanción jurídica ni eclesiástica.»

El próximo artículo **¿Justicia?** trata de sacarle el mentiroso velo a la diosa Temis. En efecto, la «justicia» uruguayaya había encarcelado a los compañeros huelguistas Ernesto Vila, Bares, Caorsi y Tabares, como así también al menor de edad de nombre Boure, como principales promotores de la huelga portuaria que el 9 de agosto de 1905 estalló en **La Teja**, poblado a la sazón cercano a Montevideo y hoy absorbido por esta vasta ciudad. El articulista, que no firma, propone «una fuerte agitación hasta conseguir la excarcelación» de los presos.

Ahora «Marsal» (otro seudónimo) la emprende con los hermanos Paul y Víctor Marguerite en un trabajo titulado **Necio o Pedante**. Dichos hermanos se desinteresaban del «caso Malato», el revolucionario francés que habían acusado por algo que, como ocurre con frecuencia, no había ni pensado ni cometido. Los aludidos hermanos trataban de disminuir la personalidad del compañero francés: «¿No es por ventura un eminente sociólogo, un hombre de ciencia, un espíritu cultivado, un mártir de sus ideales, un redentor de la humanidad?»

La redacción aclara luego en un pequeño escrito sobre «Bombas de dinamita», denunciando el caso del jefe de policía de Barcelona, Sr. Tresols, quien, conjuntamente con el arzobispo de la ciudad y

unos sacristanes fueron los responsables de una bomba lanzada por la policía en la Rambla de las Flores y que mató a varios inocentes; repudiable hecho que las autoridades trataron de endilgárselo «al jefe de los anarquistas de Vich» (textual). Otro pequeño escrito de la redacción sobre «Rusia» tiene referencia a la guerra del zar contra los japoneses y se aboga porque termine pronto, para que no haya tanta víctima. Pero de nuevo la redacción bautiza a la Argentina con el calificativo de «Rusia Americana», comparándola al régimen zarista, que «trae a la memoria los tiempos de Rosas y la Inquisición.»

Ahora un pequeño artículo de P. Rojas titulado **¡Los Desheredados!** ¡El drama de los sin trabajo! «Somos los jóvenes, los robustos, los llenos de savia y de coraje. No pedimos más que trabajo... Pero, ¡nadie nos quiere!» Y el autor continúa: «... tenemos hambre, sed, carecemos de vestidos y de lecho, donde acostarnos». Drama que lejos de haber desaparecido irá acentuándose en la sociedad autoritaria, debido al perfeccionamiento de la maquinaria que tende ahora a reemplazar totalmente al hombre y, debido también, al aspecto demográfico que significa el fenómeno actual llamado la «explosión demográfica» lanzando a la vida activa a una multiplicada cantidad de brazos que no podrán hallar empleo. Las autoridades indudablemente tratarán de reprimir este fenómeno (o mejor dicho, las consecuencias del mismo) mediante la violencia organizada y legalizada, lanzando al ejército y a la policía para contener las acciones de los desocupados. Vendrá una época de razón, se examinará la Sociedad por la ruta de la Anarquía, la cibernética entonces será un grandioso don para la humanidad y, todo ser humano, por el solo hecho de nacer, tendrá ya asegurada su existencia desde la cuna a la tumba.

Y así llegamos al artículo **Por las Ocho Horas**, que viene sin firma. En él se nos hace saber que **Tierra y Libertad** de España escribe: «La Confederación General del Trabajo de Francia, ha decidido no trabajar más de ocho horas a partir del 1° de Mayo de 1906.» El articulista menciona que la Federación Metalúrgica de Cataluña se ha hecho eco de ella y que el Consejo de la Federación del Arte Fabril del mismo lugar se ha puesto en relación con los compañeros de Francia. La mayor parte de las entidades obreras de Vizcaya se han adherido ya a tal decisión y han manifestado secundarla. Gran propaganda se hace en España al efecto: «... millones de rotulillos engomados dicen: **Huelga general por las ocho horas para el Primero de Mayo**, los que se colocan en los cafés, en los diarios, en las esquinas, en los talleres y en todos los sitios visibles». Se aconseja al final que «... en las Repúblicas de Sud América debe también acogerse con entusiasmo la iniciativa».

En seguida viene una transcripción de Daudet sobre la guerra, en la que este autor galo ve en ella lo que en realidad es, la horizontalidad del ser humano víctima de las matanzas militaristas en los campos de batalla, y no la «verticalidad» de los vistosos uniformes, las marchas marciales, etc., de

la soldadesca. Resalta a continuación, en caracteres grandes, este aviso: «Rogamos a todos los compañeros que sean objeto de vejámenes y atropellos por parte de las autoridades y patronos, nos envíen una nota detallada del hecho para hacernos eco de las injusticias y reclamar enérgicamente a quien corresponda.»

Ahora vienen **Pensamientos** de Víctor Hugo: «No basta destruir los abusos, es necesario modificar las costumbres», «... enseñar es leer, es encender la luz; toda cifra deletreada brilla y chispea», «el crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material», «no hay malas hierbas ni malos hombres; no hay sino malos educadores», etc. Viene a continuación una **Nota** comunicada por **Tierra y Libertad** deseando «la reproducción en todos los periódicos obreros del extranjero» y en la cual «se desea saber el paradero de Jesús Vargas Méndez, natural de Nava (Huelva), que residía en Sao Paulo o en Río de Janeiro (Brasil)».

Con **Retrospectivo Gremial** pasamos de la página tercera a la última. Extenso trabajo sin firma. En él se hace un análisis del movimiento gremial del pas que «recibió en el año fenecido poderoso impulso». Alentado por la **Federación Obrera Regional** de inspiración anarco-comunista ingresaron en la misma los gremios de carboneros y varaleros del Cerro, albañiles, panaderos, cocheros (quienes tenían al compañero Rota herido por un atentado perpetrado por las fuerzas del mal), ferrocarrileros, cigarreros, tipógrafos, zapateros, mosaiquistas, peones de estación, obreros curtidores, mozos de cocina, aserradores, carpinteros, sastres, peones de barracas, talabarteros, picapedreros, pintores, etc. Los mecánicos, los caldereros y los calafates están por adherirse. Después de este trabajo viene otro también, sin firma, titulado **Bilbao**, citando el caso de que los bilbaínos respondieron a un estado de sitio realizado por las autoridades, por cuestiones huelguísticas, con la ruptura del mismo, provocando la dispersión de los uniformados y haciéndose ellos luego dueños de la calle. Tiempos de luchas y enfrentamientos entre dos fuerzas antagónicas: la productora o laboriosa y la holgazana o parásita. Esta encaramada en el poder y la violencia legalizada, debe provocar una **Defensa** por parte de los trabajadores. Así se titula un pequeño escrito de Sánchez (¿Florencio Sánchez?) que viene a con-

tinuación: «En un estado social en que, la razón está en la fuerza, la libertad en las cárceles, la ley en el capricho de un mandatario torpe; donde se solucionan los conflictos económicos a plomo y machete; donde se apaga la voz de protesta a fuerza de leyes ilegales; donde se desconoce el derecho de gentes, haciendo de los países bosques de fieras y corderos — la vida resulta imposible para los corderos... — por lo que estamos en nuestro derecho al oponer contra las cárceles, leyes infames, machete y plomo; conciencia, solidaridad...»

Henos ahora con nuevos pensamientos, con el título de **Todo**. El primero es de la gran Severine: «Sería muy cómodo no dar más que la vida por el ideal, querer las muertes bellas, los suplicios gloriosos... ¿La vida? bueno, la vida, pero no nos detengamos, ¡marchemos! Honor, reputación, prejuicios, escrúpulos, todo eso por el pueblo». El segundo es de Vargas Vila: «.. es bello atraer sobre nosotros tempestades y persecuciones por el cumplimiento de los grandes deberes y el amor a los grandes ideales». El tercero es de Kropotkin: «La sociedad, como el individuo, tiene sus horas de cobardía, pero también tiene sus minutos de heroísmo». Y finalmente el cuarto, o último, es de Balzac: «De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada por los mártires es la que más pronto germina.»

Termina este número de «Regeneración» con un trabajo firmado por Ch. y titulado **La Religión**: «Los falsos sacerdotes y redentores de la humanidad, que pretenden sufragios los obreros para mejor hacernos merecedores de las fabulosas dichas ultra-terrestres, son los que más contribuyen a nuestra infelicidad y más procuran en contra de nuestra emancipación». Tal la esencia de este notable trabajo que termina así: «Y téngase entendido que al apartar nuestra mirada de la cloaca religiosa, la elevamos hacia un culto más grande y más noble, el del **amor a la humanidad**».

Henos aquí al final del primer número de «Regeneración», pequeña hermosa hoja libertaria que cumplió su misión, junto con muchas otras, tratando de dar ese pan espiritual mencionado por el vate Víctor Hugo a las tinieblas de la ignorancia humana, con el fin, no como los bonzos religiosos, de colocar la felicidad «colgada del cielo» y **post-mortem**; sino de edificar en la misma Tierra la fraternidad humana.



EL MITO
Y EL HOMBRE

Ciencia y ética

por RAMON LIARTE

LOS rasgos fundamentales de nuestro tiempo son poderosos. Vivimos una era científica que viene cambiando cada día más las condiciones de nuestra existencia. Se vive intensamente. El hombre puede conocer en poco tiempo cosas que antaño tenía que emplear largos años para revisarlas. Los medios de comunicación son rápidos; los de destrucción, incalculables. Antes era Norteamérica el arsenal de la potencia atómica; hoy, las naciones más modernas gozan de medios bélicos para hacer frente a no importa qué agresión. Y es que la técnica no es propiedad exclusiva de nadie. Está al alcance de unos y otros. Creían los hombres de ciencia que los armamentos modernos constituían un argumento decisivo para evitar la guerra. No ha sido así. El monopolio de los armamentos es un mito. De una manera directa o indirecta, las naciones más poderosas del planeta estarán armadas cuando se presente una nueva guerra mundial.

Las armas se han multiplicado. Crecen los Estados y centuplican sus medios de combate. La rapidez del transporte, los grandes medios de locomoción masiva, la capacidad de movimiento para la defensa y el ataque, hacen que los ejércitos se conviertan en focos destructores que imponen su influencia y hegemonía por todas partes. Dicen los mayores científicos que va a ser sumamente fácil acabar con el género humano; mas lo que nadie sabe es quién enterrará los muertos. Acaso sean los cuervos, que siempre sacan los ojos; pero no son tan carnívoros como los Estados actuales, que arrasan países enteros con una frialdad espantosa. Desde que cada Estado considera que su deber primordial es defender a sus pueblos no hay nación que viva con seguridad ni país que pueda vanagloriarse de gozar en plena paz.

La civilización actual es pujante y arrolladora. Nada nos permite hacer comparaciones que resistan la prueba del pasado. La ciencia explora los recursos de la naturaleza, analiza el proceso de la historia, calcula el poder de la materia; tiene conciencia del curso del tiempo. La cultura no tiene límites, los conocimientos humanos no encuentran valladar ni resistencias. La riqueza natural, quiérase o no, se pone cada día más al alcance de inmensas muchedumbres. Es poco lo que se ha hecho y mucho lo que queda por hacer. Mas no es menos cierto que el progreso no se detiene y que la revolución técnica llegará a religar las partes más lejanas del mundo.

¡Era científica! Tan pronto como seamos capaces de administrar nuestro trabajo, ordenar nuestros recreos y hacer la vida un poco más agradable, se

habrán dado grandes pasos hacia adelante. Porque el auténtico vivir, la causa principal de nuestra paz, consiste en volver a la naturaleza para descubrir la vida. Las naciones son, en suma, arsenales donde el orden moral brilla por su ausencia. El hombre no tiene tiempo de comunicarse con los demás hombres. Así nos hacemos babelinos, no nos entendemos. Cada uno hace lo que estima mejor; cada cual crea lo que le parece; pero todos se guardan el misterio de las respectivas creaciones. No hay deseo de dar a conocer el secreto de las cosas. Con los medios de comunicación y relación que poseemos, podríamos haber levantado una verdadera cultura universal, hija de los razonamientos y conocimientos universalmente reconocidos. Pero todo se almacena: se guarda el arte, se quita belleza a la justicia y se niega la verdad cuando no es bandera de partido. ¿Cómo puede haber concordia donde no hay tolerancia, ni libertad cuando se carece de respeto y se niega la razón? Sólo así se explica, aunque sea mal, que las naciones dilucidan sus querellas de la peor manera, recurriendo a la violencia, mientras que los problemas humanos quedan sin resolver.

No creo que sea el nuestro un siglo de crisis. Jamás se ha luchado tanto como en nuestra época por hallar un cauce nuevo, un curso de ventura. Lo que ocurre es que nadie acierta a encontrar lo que desea. Son muchos los intereses que están en juego y enormes las fuerzas en presencia que, de una manera u otra, pretenden modelar el porvenir. El ciclo presente es agotador; pero entre la pobreza y la abundancia, entre el ocaso y el renacimiento, entre la degradación y la dignidad, el hombre acabará encontrando un mundo nuevo. La ciencia lo domina todo. Nos lleva adonde estamos situados y hacia donde otros tendrán que hallar su asidero. Todas las grandes civilizaciones han sufrido parecidos reveses antes de triunfar y abrirse camino. La nuestra no podía constituir una excepción.

La ciencia es todavía menor de edad. No ha alcanzado la plenitud, la madurez directora. El día que esto llegue, avanzará el progreso por los rieles de la lógica sin atropellar a nadie ni desbordar lo que no debe salir del gran equilibrio creador de la vida. En ese preciso momento tendremos la ocasión de echar la síntesis de una sociedad nueva, conjugando la libertad individual con el orden social victorioso en la prueba. Porque ya no se trata del progreso del hombre, sino del progreso de la his-

toria que hace la vida presente y futura de los hombres todos.

Algo hemos aprendido que puede sernos de gran utilidad: poseemos una personalidad y debemos defenderla. Mientras no forjemos un mundo capaz de prescindir de las viejas instituciones para darnos la nueva institución de la igualdad basada en el trabajo y la libertad, no habremos conseguido poner a salvo nuestros grandes valores sociales. Estamos empeñados en una lucha sin precedentes y hay que aplicarse a fondo con el fin de alcanzar lo que nos hemos propuesto: que la ética presida la justicia en esta tierra que puede ser de todos y que debe ser para todos.

Cultura no es barbarie

La cultura es el más alto conocimiento de los hombres y las cosas. No es lo mismo instrucción que cultura, de la misma manera que instruir no es cultivar. La cultura es el pensamiento que analiza la vida, la conciencia que avanza y evoluciona hacia la perfección, es decir, el alma pura y refinada de todas las cosas más agradables que ha reunido el hombre: el arte, la belleza, el saber, la bondad, la fuerza, el estilo, la gracia, el gesto, la profundidad, el trabajo, la armonía, el amor y la paz.

Decir cultura es decirlo todo. En muchas ocasiones hemos confundido la cultura y la instrucción. Un pueblo instruido, bárbaramente instruido era el pueblo nazi-alemán. Sin embargo, no era un pueblo culto más que aparentemente. Cultura es humanidad, no barbarie. La cultura sólo crece dentro de un ambiente de libertad y comienza su agonia cuando el autoritarismo domina el proceso creador del hombre. Sin libertad cultural el hombre vive desenchajado de su destino. Porque la cultura es para él, el mundo donde vive, el campo donde trabaja, la sociedad en la cual lucha. Y ocurre con harta frecuencia que, los que menos hacen por la cultura son los que más la invocan para sacar partido en beneficio de sus bastardos e inconfesables intereses. De ahí que los Estados y sus estadistas coloquen la cultura de los demás al servicio del Poder, poniendo de manifiesto los peligros que corre y no porque sea atacada por los hombres cultos, sino porque la incultura salvaje tiene necesidad de protegerse aunque sea tras la estatua de Don Quijote y Sancho, monumento de cultura que nada tiene que ver con el Estado de no importa qué indole o color.

La cultura nada tiene de común con las bayonetas ni los decretos. ¿Qué saben lo que es cultura esos eternos aterradores de pueblos? A la paloma de la paz se le da alpiste, no balas; a la cultura, amor y libertad, en vez de fusiles y carros de asalto.

Durante los días del golpe de Estado griego, se oía decir y gritar a los mercenarios de la Junta de Atenas: «Está en peligro el Partenón; se hunde el Acrópolis; ¡hay que salvar la cultura griega!» Energúmenos. ¡Como si la Grecia de Sócrates y Fidias tuviese ni un mero punto de unión con los

mercenarios! Pero la cultura no se moviliza ni militariza. En el mismo instante en que la cultura pasa de las manos de Federico García Lorca, Antonio Machado y Unamuno, a las zarpas de Millán Astray, el coronel Eymar y Francisco Franco Bahamonde, sucede lo mismo que si Delfos se cobijase en una tumba.

La cultura no se improvisa; no se hace a golpe de espada; ella emana de la conciencia de un pueblo. Es el resumen de la historia general. Las obras de un Lope, de un Calderón, pongamos por ejemplo, no son creaciones improvisadas; para que ellas pudiesen ser creadas fue preciso contar con una lengua, unas costumbres, unas tradiciones, un modo de vivir propio de las particularidades de su tiempo. Y lo que es aplicable a nuestros clásicos tienen estrecha relación con los autores de otros países que han sabido elevar los rasgos de la cultura a las más altas cimas de la sabiduría y la bondad. Una sola obra puede resumir el proceso ético-moral y justiciero de un pueblo; un solo hombre puede expresar también, las ideas y querencias de la comunidad viva de la que ha formado parte. Y es que en concreto, un libro no resume una tendencia; es más que un dogma: es el alma de un pueblo con todos sus clamores, con todas sus particularidades, que tiende a la universal. Los genios son comprendidos en todas las latitudes. Son los mediocres quienes no se dejan ni pueden comprender porque carecen de la potencia del idioma internacional, que no lo escriben más que los grandes creadores cuando nos presentan personajes amados y entrañables, a quienes hacemos nuestros sin preguntarles por la nacionalidad, la idea o la raza que los encubre sin conseguir deformarlos.

Recientemente he tenido ocasión de leer — grata ocasión — una serie de novelas cortas soviéticas que me han dicho muchas cosas sobre la Rusia mística y profunda que tanto amo. Hay en ese libro unas doce obras del tipo de las «Novelas ejemplares», de nuestro Cervantes y del corte de «Nada menos que todo un hombre», del otro gran Miguel, Unamuno. Leyendo a Gorki, Alexei Tolstoi, Ilya Eremburg y demás autores, me sentía tan atraído por sus tipos, paisajes y ambientes que no me hacía falta ser ruso para sentirlos y comprenderlos. Y es que quien no se confunde con León Tolstoi, Chejov, Dostoiewski y Gogol, se incapacita para amar a Quevedo, Bretón de los Herreros, Rojas y Cervantes.

El hombre comienza en sí mismo y acaba en los otros. De lo particular se va a lo universal. El hombre y el mundo son una misma cosa. Cuando comprendemos al hombre comenzamos a saber la magnitud del universo que le rodea. Luego la idea de la patria, de la nación y otras zarandajas por el estilo, queda borrada por el trazo de una línea, por la mano mágica del artista que todo lo que hace es para todos los hombres.

El totalitarismo arrasa lo universal que encuentra a su paso; mata toda obra de arte que no se pliega a sus caprichos religiosos o políticos. Sólo los intereses creados, lo que es privilegio y prebenda, tienen necesidad de defenderse. Por eso

cuando oímos gritar «¡Hay que defender la civilización cristiana!» «¡Hay que salvaguardar la cultura Occidental!», sentimos asco por esa pobre mentalidad de estanqueros de la civilización que nada saben de la cultura. La cultura, digámoslo con toda propiedad, no tiene por qué ser defendida, ya que se defiende a sí misma. Defenderla supone atropellarla, corromperla, servirse de ella como de un interés particular en provecho de condenables intereses. ¡Ojalá que todos los hombres se llevaran la cultura universal para darle calor en el cerebro y el corazón! Es seguro que el día que tal cosa hagan, la barbarie desaparecerá de la tierra.

Nacionalismo y racismo

DESDE que el mundo existe el hombre anda a vueltas con su origen o linaje. Ya en las Sagradas Escrituras encuéntrase una mención que no tiene escapatoria posible: la raza de Abrahán, como para distinguirla de las otras razas, clanes y tribus que poblaron la tierra. Se nos ha hecho creer que descendemos o venimos del ilustre patriarca. ¡Cualquiera sabe de donde venimos! Si supiésemos a donde vamos ya sería tener un buen punto de referencia. Confieso haber estudiado más de veinte veces la Biblia, y no me avergüenzo al declarar que nunca he entendido el Génesis, que, dicho sea con el mayor respeto, me parece una verdadera tomadura de pelo. Y un cuento descomunal, a más no poder me resulta éso de «pueblo elegido», que ya sea refiriéndose a los fieles de Moisés o a las huestes de Hitler, supone una aberración rayana en la locura. ¡La variedad constante de la especie animal: razas de perros! Cuando se piensa que los hombres se matan para resolver por la violencia los llamados asuntos raciales, uno se pregunta hasta qué grado de «raza humana» ha conseguido llegar el hombre.

La naturaleza y origen del sentimiento de grupo es de tipo judío. Evolucionando hacia nuevas formas de vida común, surgió más tarde la nación por el hombre mismo. Pero dos ideas matrices son el resultado más grandioso de nuestra civilización: la familia, de sentimiento cristiano, y la hermandad humana, alta concepción anarquista de la vida universal. Se dice que el género humano no está preparado todavía para aceptar la idea de hermandad humana universal. Esto no es exacto. Lo que sucede que el mito de la idea de dios, la especulación política de la nacionalidad, y el significado de «raza», vienen siendo explotados por los enemigos de la humana especie para que no lleguemos a la fraternidad tan deseada.

Pura gitanería es la idea de la sangre. A los gitanos debemos las majaderías más grandes sobre la idea de raza: «Tú llevas mi misma sangre». Y es que para ellos, tribus rezagadas e ignaras que no han sabido incorporarse a la civilización, todo es puro parentesco. Todos comen generalmente en el mismo plato y se acuestan en la misma cama. Una especulación sin precedentes es la monserga de los tipos nacionales que se dan en llamar prototipo de la raza cuando nada sabemos del hombre que lle-

gó por primera vez a ser hombre. Pena y grima da estudiar a muchos escritores de vanguardia, que se dicen comunistas y socialistas, cuando afirman que la nacionalidad depende de las características culturales; no de características biológicas. Si supiesen esos llamados internacionalistas ficticios que el libro «Mein Kampf», la «raza aria», la teoría nórdica y centro-europea brotó de esas selvas salvajes y malditas, no escribirían tan ligeramente. A la vuelta de mil ensayos resulta que la «mezcla de razas» es beneficiosa. Menos mal que, lo que no saben hacer los «directores» del intelecto, lo hacen los sexos. La mezcla de judíos, arios y nuevos «kulaks» con las chicas guapas de las cervecerías de Alemania; está dando una nueva «raza» que no habrá manera de separarla a pesar de todos los absurdos «raciales» que aún existen y de muchas concepciones falsas que se nos presentan con la etiqueta de la ciencia, o la hojarasca de la ficción...

Todos los emblemas racistas o nacionalistas son el exponente más acabado de la barbarie. El racismo es la xenofobia. Ahora, no sabiendo de que hablar, se lanza a voleo la contradicción más repugnante de todos los tiempos: el internacionalismo nacionalista. Habráse visto mayor sarcasmo. Está comprobado que estos ideólogos de la decadencia nos toman por ganado, por ovejas a las que hay que esquilar para vender la lana y aprovechar la carne. Los patriotas de todas las naciones quieren razas estilizadas, puras, como las buscara el ganadero Casilda, para llenar los montes yermos de ovejas y carneros con caracteres diferenciales. ¿Cabe mayor aberración racial, racista, inhumana? En nombre de ideas y conceptos que ayer se anunciaban como panaceas universales, hemos caído en el dominio del hechizo, la brujería, el mito. El mundo se nos presenta como un inmenso parque zoológico donde el ser humano hace el oficio de bestia civilizada o por civilizar. Y es que, el nacionalismo es animal, no humano. Ahí tenemos la última y más reciente prueba de cuanto decimos: Norteamérica, ayer faro de la libertad y la fraternidad de todos los pueblos, hoy es un campo de Marte donde los blancos y los negros, que profesan idénticas creencias, que abrazan las mismas religiones, se matan con una violencia zootécnica. Ahí está la última crucifixión: Martin Luther King, ha sido asesinado. El mártir de los negros, lo mismo que Lumumba, riega la tierra con su sangre generosa. La revolución de color estalla con todos los colores. Es la causa de todos los justos.

Debido a las luchas religiosas, raciales y nacionalistas, el mundo es un hondo huesario. Nosotros no creemos en la Bienaventuranza. Ni los muertos resucitan ni la carne devorada por la lepra guerrera sube como la leyenda de la ascensión. Los campos de exterminio son los patibulos del nacionalismo, los altares de una fe racista. La razón del hombre debe rebelarse contra todos los poderes que sostienen la opresión y la muerte. Hay que descubrir, o redescubrir mejor dicho, una nueva trayectoria, siguiendo las huellas que nos trazara el maestro Pedro Kropotkin: la ciencia moderna y el

anarquismo. Una ciencia sin dogmas ni altares, sin iglesias ni catedrales, donde dios pase a ser un mito, y donde el hombre no tenga necesidad de ser sacrificado para ascender y subir al cielo. No obstante, hombres de fe al fin y al cabo, creemos como Tolstoi en la resurrección de todos los que piensan, trabajan y luchan para crear una sociedad mejor,

emancipada de la religión, liberada del nacionalismo, redimida de los prejuicios raciales: un mundo capaz de aliviar el dolor de todos los hombres.

Hay que acabar con los mitos para que triunfe la razón humana. No de otra manera se afirma y consolida la verdad.



Memorándum revolucionario

«El pueblo chino debe ponerse o bien del lado del imperialismo o del socialismo; el neutralismo es una fachada, pues no existe una tercera posición». — Mao-Tse-tung.

«No existe ninguna nación que tenga el monopolio de la paz. Ni siquiera ahora lo sabemos positivamente. El porvenir demostrará, sin duda, que la cómoda posición de eludir compromisos no es rentable». — Albert Camus.

«La tendencia libertaria comprendió perfectamente que el socialismo no puede ser dictado por ningún gobierno; que debe más bien desarrollarse de abajo arriba, del seno del pueblo laborioso; que los trabajadores mismos debían tomar en sus manos la administración de la producción y del consumo». — Rudolf Rocker.

«La revolución no es hecha por alguien. Las revoluciones no son jamás hechas ni por los individuos ni aun por las sociedades secretas. Se hacen por sí mismas, producidas por la fuerza de los hechos». — Bakunin.

En tanto que la seguridad no es efectiva, y mientras las posibilidades de expansión se ven contrariadas o amenazadas, existe el estado de lucha para el individuo y la colectividad, lo cual provoca e intensifica la mentalidad y las disposiciones de lucha. Olvida entonces el individuo sus cualidades más dulces. En la colectividad, son los fuertes los que engañan, son los ambiciosos los que llegan en primer término; con frecuencia no sólo llegan sino que permanecen, ya que les atrae el poder, el privilegio y la autoridad. Puede el individuo deponer el arma y ser un hombre de bien, un hombre de paz; pero las colectividades rara vez quedan desarmadas, por lo que se conserva a través de las edades la supremacía de los fuertes, de los violentos y de los concupiscentes, supremacía que nos amenaza hoy más que nunca. — Max Nettlau.

«La posición de neutralidad en el sistema imperialista contemporáneo en todas circunstancias, no es únicamente una ilusión peligrosa que de ninguna manera evita que el Estado neutral sea arrastrado a la guerra sino que, ciertamente, es una concesión a la agresión y un factor que contribuye a desatar la guerra». — Stalin.

«No hay ningún camino intermedio entre el socialismo y el imperialismo. Quienquiera que se mantenga en una tercera posición, de hecho ayuda al imperialismo». — Fidel Castro.

POETAS DE AYER Y DE HOY

PERFIL DE UNA ETERNIDAD

A Luis Capdevila, ¡albricias!

*Me he encajado en la tierra con mi perfil sereno,
cerrándole mis ojos al llanto de los vivos.
He ganado mi guerra perdiéndome en ser bueno
y engarzo eternidades en todos los olivos.*

*Sé, de pronto, con ser polvo, todo lo que he sido
en la España angustiada del mito sin ideas.
Y al recibir la flecha del yugo que me ha herido,
comprendí que prendían mis huesos como teas.*

*En mi espíritu brota una fuente delicada
de versos que rezuman, cantando dulcemente,
un néctar delicioso... ¡Y una inmensa cascada
atravesó los muros de España y de su mente!*

*Espero en el secreto de mi paz la paz pura
del Pueblo que amé tanto; que no dejo de amar.
Y advierto cómo vienen a gustar mi hermosura
los hijos encendidos que engendré en mi penar.*

*Mi sed de España se siente todavía
en el secreto oculto de un patio sevillano,
por los huertos de Murcia, los cerros de Almería,
los hierros de Cantabria y el surco castellano.*

*Desdeñé la oquedad de todo lo que se grita
en el coro de grillos de la España secular.
Mas distingo, a través de mi tumba, que palpita
un nuevo corazón que aprendió, llorando, a amar.*

*Soy eternidad puesta al servicio de una causa
que busca al Pueblo herido en horrendo solivianto.
La muerte no es la meta de mi sed, sino pausa
de caballero andante que aguarda mientras tanto.*

*Que aguarda que este Sancho, en mi espíritu encendido,
decida prescindir de su bolsa y de su panza,
y venga a comprenderme en Quijote enternecido,
dispuesto a relevarme en el uso de mi lanza.*

*Al fin todo os lo debo, a quienes visteis grabado
el sino de mi España con la luz de mi sino,
Por ella yo me di y de este modo ya he pagado
la cuenta de este amor que os prepara tal camino.*

*Y porque así, español, llegué al fin de mi viaje
sabiendo de qué modo había de reanudar
mi carrera, ligero en vosotros de equipaje,
hoy puedo tanta tierra de Francia soportar.*

Abarrátegui

LOS BURGUESES SON BESTIAS

A través de las mareas
que ascienden y descienden,
¡años de la crueldad y la estupidez!
que borran de repente ciudades
que alguien creyó invencibles,
¡oh días de la concordia y la soledad!

¡Obelisco de la Concordia, Piedra de Chauvin!
Viven en mi corazón con sus fulgores
en medio del desorden de los pueblos,
las griterías de las artillerías
¡mi corazón padece tanto!
los destellos de los uniformes,
100 millones de modas de las señoritas,
¿hemos de salvarnos a tiempo de la estupidez?
¿y dejaré algún día de ser el prisionero,
el tenebroso, el viudo, el inconsolado,
el príncipe de Aquitania en la torre abolida?
(como dijo Nerval, el del farol de gas
en la calle de la Vieja Linterna).
¡Ah, qué dulce es y peligroso
cruzar por las piedras venerables
y los collados más riesgosos!
¡Oh, mundo de la necesidad!
¿Eres acaso inmortal?
«Los burgueses son bestias,
los burgueses son bestias»,
lo digo cada día, pero es
por los ejércitos del mundo
que el orden burgués supervive.

Nunca lo dejé de saber,
pero debo poder enfrentarme
al rinoceronte que bufa
en place Vendôme desde 1871
— año de la derrota de la Comuna —
a través de las mareas
que ascienden y descienden,
¡años de la crueldad y la estupidez!

Pablo GUEVARA

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — **Ramón Liarte:** La rebelión de la juventud. — **Kierkegaard:** De la compasión. — **Jean Cassou:** El pensamiento y el hombre. — **J. Guerrero Lucas:** Mayo revolucionario. — **L. Tolstoi:** El gobierno de la Iglesia. — **Cosme Paules:** Ojo al quinqué. — **Campio Carpio:** La Internacional y los trabajadores. — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Luis di Filippo:** Federalismo y Libertad. — **Joseph J. Cohen.** — Ellos y nosotros. — **Abraham Guillén:** La política de Stalin perdió la guerra. — **P. J. Proudhon:** El talento y el genio. — **Puntualizaciones revolucionarias.** — **Juana de Ibarbourou:** La noche.

183

Julio - Agosto 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.

4° P. 5523



NUESTRA PORTADA

EL pueblo español lleva la libertad en la cabeza y en las entrañas. Ha reflejado en la Cibeles, diosa de la Tierra, el anhelo de los campos sedientos y yermos de España, como pidiéndole que los fecunde con los amarillos de sus trigos y los verdes de sus viñedos. Es la política hidráulica de Joaquín Costa y Julio Senador, de Gracián y Mor de Fuentes; es la queja amarga de Larra y la razón mística y filosófica de Unamuno; es el pensamiento vivo de Angel Ganivet y la idea hecha humanidad de Anselmo Lorenzo.

Y sus entrañas palpitan con el rojo de sangre y de clavos, con el oro de los Incas y del sol hispano, con el morado de Castilla, que diviniza y humaniza Velázquez en su Cristo.

No importa que los campos ibéricos estén en erial, ni que el fascismo los haya convertido en campos de concentración y de muerte. Esto no significa más que un paréntesis trágico y doloroso en el curso de la historia de un país. Las sombras que envuelven actualmente a España, en la noche llena de terrores del fascismo, serán un día disipadas por una nueva aurora, radiante y luminosa.

GENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIUS

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Julio - Agosto de 1968

N.º 183

EDITORIAL



La conquista de la libertad

NO hay fechas únicas en la historia, ni hombres predestinados para dirigir los destinos humanos. Se acabó la época de los dioses del Olimpo. El cesarismo romano dej  de existir cuando Petronio prefirió el suicidio honroso al servilismo indigno. No seamos esclavos de ningún mito cuando tenemos la posibilidad de vivir como hombres libres. Veinte siglos de civilización cristiana no han conseguido romper las cadenas que oprimen al hombre rebelde y justo. La doctrina de la resignación permanente nos ha convertido en corderos de Panurgo. Y es que los mansos llevan esquilas en el cuello para anunciar la llegada del pastor, con el fin de que el lobo pueda ocultarse y esperar la ocasión propicia para hacer una nueva presa.

La noche de la tiranía es larga siempre. Cuando el sol despunta hay que levantarse. Ponerse de pie porque el monstruo dictatorial no descansa. Dormir es de entregados, a la fatalidad. Huir es propio de traidores que no saben mantener posiciones firmes e ideas generosas. Seamos consecuentes y tesoneros defendiendo una doctrina que nos honra y una posición que nos da prestigio. Sólo los cobardes abdican ante los soportales tétricos del despotismo.

La idea de la libertad prendió la luz que brilla en nuestro cerebro. No hay nada más bello que la luz. Siguiendo los resplandores de la naturaleza emprendimos la caminata que nos ha llevado de las catacumbas de la muerte perezosa a los umbrales gloriosos de Salamanca, la Sorbonne y Nanterre. Afortunados fueron los que vislumbraron el gran camino.

Luchando por la justicia social se hizo nuestra conciencia recta y de pie. Para nosotros el Derecho significa orden y el amor dignidad. En las horas de prueba forjamos nuestro carácter revolucionario. La cabeza y las rodillas de los revolucionarios insobornables no se han doblado jams  ante los poderosos de la tierra. Majestuosa es la altivez que afirma la voluntad del hombre manumisor. Sacrificio es el apostolado, la entrega noble encarna el martirio; vivir es aprender para enseñar: pensando y sintiendo hemos llegado a ser hombres.

Mirando hacia arriba vemos el cielo vació y despoblado de divinidades. En los más bajo de la tierra, los altares de la servidumbre y la ignorancia exponen virgenes cubiertas de polvo, deidades de madera y reyezuelos con la cabeza de trapo. Somos enemigos declarados de todos los cultos que incuban la opresión y el aburrimiento. No hay nada más hermoso que tener un pensamiento libre. La naturaleza nos dice que sabiduría es dolor; pero no hay empresa más noble y alentadora que extirpar amarguras y sembrar esperanzas. El amor al bien es una obligación y un deber.

El dolor de todos los oprimidos, de todos los esclavos, nos ha dicho: Perfectamente sabemos las amarguras que el combate lleva consigo. No es esto lo que importa. Lo decisivo es sembrar la emancipación y la vida. La simiente de la libertad se fecunda en mayores proporciones en los surcos abiertos por el sacrificio.

 Somos los últimos rebeldes?

Oportunamente lo habiamos dicho: detrás de nosotros vendrán los jóvenes más juveniles. La vida no se acaba. El combate continúa. Y es que la reacción siempre gana las bata-

llas parciales, pero la causa de la libertad conquista triunfos definitivos. Jóvenes amigos, inquietos y revolucionarios: No esperéis nada del Poder. Nada os dará que antes no os haya usurpado; previamente, arrebatada, y luego hace ver que concede lo que no es suyo. Pero sabed una cosa: habéis conquistado la batalla del tiempo. La vida es vuestra, el progreso está en vuestras manos. Sois la idea del bien.

Hay veces en que la semilla, desdichadamente, parece que escasea, pero anida en las entrañas de la tierra. Y el pensador del renacimiento agrega: Destruída en un sitio, renacerá en otro. Sólo los convencidos y los fuertes saben hablar alto cuando llega la hora suprema. La cobardía política ahoga la sociedad. Quien no es capaz de pronunciar la palabra justa es porque tiene miedo a las grandes acciones. No se puede esperar la revolución. Hay que impulsarla. La libertad debe ser engendrada para que dé su parto fecundo y bienhechor.

La debilidad crea la autoridad; el quietismo conduce al despotismo. No se trata de criticar a los gobiernos, sino de protestar atronadoramente contra la dictadura, venga de donde viniere.

La libertad desaparece en ciertos procesos de la vida, no por falta de sabios y de genios, sino por falta de temperamentos y de voluntades.

Que no se desdigan las palabras en que creemos; que no se dobleguen los actos que hemos llevado a cabo; que nuestra lucha sea el exponente exacto de la rebelión consciente y creadora.

Nosotros no sabemos de silencios oportunistas, de intenciones bastardas ni de conllevancias al socaire del oprobio. Hay que luchar sin tregua ni descanso contra las fuerzas del Mal. Luchar hoy, mañana y siempre. Hay que acabar con este mundo de superelegidos y lacayos, para forjar una sociedad de hombres libres.

Los mártires que el mundo ejecuta hoy, serán adorados mañana. En los patibulos donde expira la verdad, se gesta el triunfo de la razón que ha de orientar los altos destinos humanos. No servir a la libertad cuando ésta se halla en peligro y nos pide ayuda, es propio de castrados y viles. Si pensar es vivir; si sentir es vivir dos veces, luchar es eternizarse. No existe pensamiento sin acción ni idea sin acto. No se escapa al sentimiento de la idea, si se lleva en sí.

Los tiranos son enemigos del género humano, que, ni el hombre integro puede perdonar ni la justicia debe otorgarles clemencia alguna. Cuando los tiranos extienden la sombra sobre los pueblos, el derecho y la moral se cubren avergonzados; pero los grandes rebeldes no se dan por vencidos porque saben que no hay grandeza posible al margen de la justicia ni causa generosa y digna fuera de la libertad.

Nuestra lucha está perfectamente definida: De la misma manera que la tiranía no perdona jamás a los justos, la libertad no absolverá nunca a los verdugos. De ahí que las revoluciones sean imagen y semejanza de los hombres que las orientan y administran. Hay victorias que no capitulan, y preciso es soportar su resplandor. Por ser anarquistas no creemos en el sér predestinado; despreciamos el culto a la personalidad, mas sabemos reconocer y admirar la obra realizada por los grandes hombres.

Hombre perseguido, hombre querido; hombre sacrificado, hombre venerado. Es la libertad el sueño de los caracteres nobles y firmes. Por eso mismo, los grandes hombres, al defender la libertad se ennoblecen para amar a los demás. La libertad es bondadosa, mas no ingenua ni boba. No perdona al tráfuga. Es humana con los humanos, pero inflexible con los dictadores. La tiranía es irredimible. Y es que, en cualquier parte puede existir una nación, pero no un pueblo libre para un hombre digno.

La lucha por la libertad lleva implícita la aureola del sacrificio. Nada viene de la nada. Todo es producto del esfuerzo de los luchadores insobornables. Vivir en el destierro es amargo, pero espantoso y trágico debe ser morir desterrado como han muerto los grandes soñadores del mañana. Aún existe algo peor: la vida desgastada del resignado y cobarde. Por eso hemos de gritar hoy como ayer: No hay tierra extraña cuando se es libre, ni tierra sagrada siendo esclavo. Para ser libre no hay que someterse a ninguna ley ni darse por vencido de antemano.

Hasta el presente la justicia ha sido confiada a los poderosos, que han impuesto su ley en detrimento de los humildes. No hay libertad sin justicia ni justicia sin libertad. La libertad total rebaja la justicia. La justicia total estrangula la libertad. Una revolución merece todos los sacrificios, incluso el de la propio vida, cuando sabe oponerse al imperio de la muerte. Quien muere por la libertad no considera morir definitivamente, ya que deja en marcha una revolución fiel a las ideas que dieron vida al hombre y a la doctrina. Ciento cincuenta años de experiencias revolucionarias han enseñado muchas cosas a quienes no queremos renunciar a nuestros postulados revolucionarios: sabemos que podemos emplear la fuerza para oponernos a la violencia, y que no tenemos necesidad de recurrir al terror de Estado para aliviar los dolores humanos. La revolución y la idea no morirán mientras viva el último hombre.

La rebelión de la juventud

////////////////////
por RAMON LIARTE

QUIEN dice juventud habla de la vida, ya que no hay existencia sin juventud. Todo lo que nace tiende a crecer; se reproduce y muere. Con profundo acierto dijo Unamuno: «A la sucesión de individuos diversos se debe el progreso de la especie.»

La vida es una enseñanza permanente. Vivimos aprendiendo y obrando. Si no hay progreso todo es declive, retroceso, nada. Una sociedad que no se renueva y transforma, cae en la rutina. De la rutina nace el entumecimiento que engendra una llamada estabilidad pegajosa, desganada. Tal es el camino del aburrimiento completo, del vacío por doquier, de la resignación facilona que conduce a la muerte. Y la juventud quiere vivir para sí misma, para que otros nazcan, crezcan, se reproduzcan y mueran para dar paso a otras vidas.

La juventud es la estrella del norte que alumbrando todos los horizontes. Hemos dicho en cierta ocasión que la juventud tiene razón hasta cuando se equivoca. Pero hoy debemos agregar que no es de sabios ni de cuerdos equivocarse sistemáticamente. No hay error sin maldad. Sólo se yerra a sabiendas. Vamos a ver, pues, si encontramos el manantial puro de la verdad, de la idea, de nuestra propia razón de ser. Se es o no se es; y hay que ser siempre.

La acción de la humanidad es el esfuerzo de todos y cada uno de sus elementos. Somos parte del mundo y al estudio de sus asuntos más palpitantes debemos dedicarnos.

El imperialismo agoniza retorciéndose como una serpiente. Aún puede dar coletazos feroces, sorpresas incalculables. Los estertores de la Rubia Albion, esa vieja tiñosa y raposa, como diría León Felipe, tienen matices agudos y aleccionadores. Los socialistas parlamentarios, más conservadores que la decadente y declinante tradición inglesa, hacen el oficio de lacayos del capitalismo del que hace medio siglo fueron grandes señores. Pero los lacayos no han salvado nunca a los pueblos. Los esclavos, sí. El papel que antes desempeñara la Gran Bretaña lo juega en los momentos actuales el capitalismo yanqui. Pero el imperio de Norteamérica no durará mucho. El coraje del pueblo vietnamita le ha asestado un rudo golpe en el cerebro de oro, hasta lograr fundirle el cráneo. Mas la grieta de mayor profundidad que se ha clavado en el cuerpo del nacionalismo estadounidense, es el despertar venturoso de los pueblos americanos de habla cas-

tellana; la América nueva que aún recuerda el Mensaje de San Martín, de Bolívar, de José Martí, de Zapata, Madero, Pancho Villa, de Rizal y de Flores Magón. Esa América de nuestros amores que habla en español y pronuncia la voz revolución con un acento agudo como puñal que atravesara las negras entrañas del imperialismo, tiene la voz de bronce, el sentimiento libre y el pensamiento puesto en una humanidad reconciliada, mulata, mas no mutilada, llamada a orientar los más altos destinos de la especie humana, del futuro, cuna del hombre libre.

Si a esto agregamos la denominada revolución negra o de color, que tiene todos, absolutamente todos los colores de la tierra y el espacio, fácil será colegir que no hay cuña peor que de la misma madera. Contra el racismo y el imperialismo, **made in U.S.A.**, se levanta llena de valor la juventud inquieta y revolucionaria de Asia, América y Europa. La juventud está despierta, protesta, avanza. Quiere acabar con el sistema capitalista sin tener aún una conciencia forjada por el socialismo y la libertad; pero ¡qué sublime despertar y qué grande su ventura! Todo llega en la vida y la juventud no podía quedar tumbada en la cuneta del camino.

Un acontecimiento de no menos importancia se viene produciendo en los dominios geográficos donde el comunismo totalitario tiene impuesta su hegemonía a base de cañones, carros de asalto y aviación. El mito de Stalin ha quedado partido como el dedo del polaco invasor cortado por el sable de Taras Bulba. El mundo comunista ya no comulga con ruedas de molino. La mitología del zar rojo, **padre de los pueblos**, queda enterrada como un pasado oprobioso que nadie quiere recordar. La fe en la consigna infalible queda truncada como una flor cortada en ciernes. El yogui discute mientras el comisario piensa por vez primera. El trono de la jerarquía suprema se bambolea. Y en la Europa central y oriental, las fuerzas renovadoras de la vida piden la palabra. El socialismo quiere ser libre. Se exige justicia con derechos y obligaciones para todos. El anatema de Proudhon se cumple: «No sustituiréis a vuestros amos mientras no seáis mejores que ellos.» Se clama justicia, se exigen reparaciones multitudinarias. Hungría y Checoslovaquia, Polonia y Rumania, protestan para derribar el tinglado afrentoso de la dictadura estaliniana. ¡No más burocracia, no más opresión, no más ofensas!, es el grito de los jóvenes revolucionarios. La

cultura alumbró los horizontes de la liberación y el socialismo.

La estabilidad placentera del capitalismo y la burguesía; la mediocridad del Estocolmo del domingo verde, de la bella Copenhague y el apacible Luxemburgo y los países del Mercado Común Europeo se marchita como pálida flor de lis. En los entronques técnico-industriales del capitalismo la insurrección juvenil crece como una ola gigante y arrolladora. Desde Italia al Japón, desde Alemania a Estados Unidos, las nuevas promociones intelectuales y obreras, los descontentos del actual estado de cosas se rebelan para pedir una nueva vida.

¿Qué lenguaje hablan? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? ¿Qué es lo que quieren? ¿Hacia dónde encaminan sus pasos?

No son babelinos que quieren construir un mundo nuevo sin ladrillos; son hombres que trabajan y estudian para hacer una nueva humanidad. Hablan muchos idiomas, pero se entienden perfectamente porque se expresan como hombres libres. En el pentágono de la revolución mundial las notas son sonoras y vibrantes. Juventud de todos los pueblos que pronuncias la palabra **anarquía** para condenar las injusticias y humillaciones del mundo viejo y que quieres un socialismo ausente de comisarios y verdugos, poblado de hombres fraternales y hermosos, yo te saludo y admiro, cuento tu presencia y te digo: ¡Tuya es la vida, no retrocedas, marcha hacia adelante!

El acontecimiento de que entre una nueva generación en la sociedad es una cosa de una importancia decisiva. El problema que se plantea a los sistemas directores es que hay que educar y forjar a los jóvenes para una vida nueva y que los educados en los conceptos caducos y los dogmas muertos, son viejos perdidos en el sendero del progreso sin fuerzas ni energías para levantar una nueva civilización que nos permita vivir y trabajar para crear lo que somos y lo que podemos y debemos ser.

LA LECCION DE LOS HECHOS

¿CAUSALES son las causas de la actitud de la juventud mundial frente a los poderes estatuidos y a las hegemonías estatales puestas en presencia?

No siempre se tiene el acierto de encontrar la táctica más apropiada para adoptar una posición más o menos objetiva en cada hora de la historia. Sin embargo, podemos estar seguros de una cosa: el anarquismo no va en las alas del ensueño; no se ha equivocado en lo elemental y fundamental de los acontecimientos. Las leyes de la evolución y el progreso patentizan que no estamos desbordados por las corrientes renovadoras del pensamiento, la ética y la moral. Si tenemos deseo de avanzar es porque dejamos huellas en el camino que pisamos. Un aire de renovación remueve los cimientos de la sociedad actual. Los factores determinantes de la crisis son los siguientes:

a). — Hundimiento del catolicismo, el protestantismo con sus diversas facetas ortodoxas, evange-

listas, cismáticas, etc., porque la religión no llena el vacío interior del hombre ya que dios ha muerto como símbolo del más allá a causa de los avances del hombre y de la ciencia.

b). — Bancarrota del sistema capitalista que agoniza con sus desigualdades económicas, sus jerarquías y burocracias inservibles y parasitarias.

c). — Desgajamiento del marxismo como concepción única de la historia con sus partido único, causas únicas y revolución total que no se ha realizado sino de manera fraccionada, parcial, partidista.

d). — Ocaso del socialismo parlamentario por haber abandonado sus orígenes fundamentales, pretendiendo conjugar el marxismo con el liberalismo, la lucha de clases con el interés de los poderosos, ensalzando la igualdad político-jurídica sin establecer la igualdad económica y social.

e). — Uso y abuso de la democracia al estilo burgués que tiene por objeto defender la patria, garantizar el orden del poder político, servir a la ley y que declara insurrecto y rebelde al que lucha por nuevas formas de justicia para servir al pueblo.

f). — Fracaso de los sistemas totalitarios, del poder personal y omnipotente que va desde la monarquía hasta el Estado proletario o el poder oligárquico.

g). — Quiebra fraudulenta de la llamada «Revolución cultural» china, al no haber conseguido orientar la revolución moderna internacional y degenerar en un nuevo nacionalismo, en una religión sin más dios que el jefe, en un mentido internacionalismo que nada tiene de socialista ni de humano.

h). — Apocalipsis galopante del obrerismo internacional con sus organizaciones mastodónticas puestas al servicio del capitalismo y de los respectivos Estados de opresión.

i). — Exacerbación del racismo, sojuzgamiento de los pueblos rezagados, fomento de la violencia política para mantener el poder a costa de todos los procedimientos más injustos e inhumanos, dando lugar a que el militarismo se convierta en organismo director de todos los Estados más potentes de la tierra.

j). — Rebrote de las concepciones principescas, cesaristas; deformación de la juventud, castración de las filas obreras más viriles, apogeo del poder personal, del culto a la personalidad y de las huestes nefandas de la esclavitud contemporánea.

k). — Inutilidad completa de los organismos políticos y económicos de tipo internacional así para evitar la guerra, luchar contra el paro obrero, combatir eficazmente el hambre y establecer una Europa federal capaz de llegar a la Confederación Mundial.

l). — Triunfo relativo de la revolución cubana, que comienza a patrocinar la revolución desde ángulos independientes y libres tanto de la Meca de Moscú como de la de Pekín. Postura digna y honrada de los revolucionarios como Guevara, que, a semejanza de Zapata no se entregan al poder, sino a los sedientos de justicia que piden Tierra y Libertad, Derecho de los pueblos a administrarse a sí mismos.

m). — Solidaridad efectiva de la juventud con

los hombres rebeldes que en la Península Ibérica luchan contra las fuerzas del fascismo y el medio, para establecer la auténtica democracia política, social y económica. La juventud revolucionaria del mundo está con la España de la idea y el trabajo y su apoyo moral lo hace sentir en cualquier momento ante los dos mundos políticos que dirigen la vida de nuestro universo.

Madrid y Barcelona, Bilbao y Sevilla, Nanterre y París, Río de Janeiro y Caracas, Praga y Varsovia, Berlín y el mismo Moscú conocen el clamor unánime de una juventud que no quiere perecer asfixiada en la cámara de gas del capitalismo y el Estado modernos.

Los jóvenes libertarios y antifascistas sacrificados estos últimos años por la reacción española; los nombres de Lumumba, Humberto Delgado, Martín Luther King, Rudi Dutschke, Che Guevara, Delgado y Granados, no han muerto por nada. Su sangre generosa ha regado la tierra. La simiente de la libertad no muere. Oh, juventud querida, no busques la vida inmortal que no existe, pero lucha por la inmortalidad de la vida que vale más que todos los dioses.

Para que la idea se transforme en hecho, es preciso también, que, el hecho se convierta en idea. Cuando la juventud protesta y se rebela es porque la resignación y la apatía no dejan hacer nada. El signo de su rebelión va contra todo el sistema social basado sobre la jerarquía, la dictadura y la opresión de los menos contra los más. Se trata, en suma, de abrir las puertas a un porvenir venturoso y de clausurar un pasado negativo. Toda situación revolucionaria propende a imposibilitar la regresión ya que el progreso rompe con el pasado. Los estudiantes no quieren ser aduaneros de la cultura ni capataces de la ciencia. Luchan para ser libres e iguales. Su lucha presente no será un fracaso sino una victoria moral de primer orden.

La dimisión del comunismo estatal implica el Renacimiento del socialismo libertario, es decir, de la anarquía. Hay que luchar para que no se produzca la escisión entre la doctrina y la realidad. Teoría y práctica, pensamiento y acción; tal es nuestro objetivo revolucionario. No se trata de acumular riqueza sino de distribuir la abundancia para mejor bien de todos; no hay que imponer ciencia y técnica, sino hacer de la técnica y la ciencia bases de la liberación humana.

Los jóvenes son algo más que especialistas de la revolución; son conciencias revolucionarias que quieren transformar el mundo presente, cambiarlo de abajo a arriba. O revolución social, o sumisión absoluta. La opción está hecha: revolución y justicia para que se afine la libertad. El mundo actual es un mundo de poderosos y de sometidos. Necesario es acabar con la servidumbre para que no reine ningún poder nefando sobre la tierra. Hasta ahora el vencedor ha tenido siempre razón. Sepamos defender la razón de los oprimidos para que triunfe la verdad y se consolide el derecho.

EL ANARQUISMO MILITANTE ANTE SUS RESPONSABILIDADES

NO hay nada más fácil, ni más cómodo, que criticar sin ofrecer soluciones. Hay muchas mentes pobres que se pasan la vida presentando enunciados monumentales, pero cuando llega el instante de decir: «Esta es la solución que yo propongo», se encuentran con la boca llena de palabras y el cerebro vacío de ideas. Y con el corazón más seco que una espina. Ante todo debemos ser formales. Ver los defectos y no enmendarlos supone una aberración rayana en la incapacidad y la apatía. No seré yo quien lance piedras al tejado transparente del anarquismo. Por otra parte, el techo es demasiado alto y mis facultades no pasan de ser relativas. Y si no pongo en causa a un ideario que amo entrañablemente por ser quintaesencia y supersentido de la razón humana que acepta la verdad venga de donde viniere, menos puedo atacar a mis compañeros de ideas, ya que son obreros del ideal que dan a nuestra querida causa todo lo que tienen, y muchas veces hasta más de lo que pueden ofrecer.

Hay que ser fraternales y sinceros para decirnos las cosas tal como las sentimos y comprendemos. Sin libertad no hay entendimiento. El anarquismo militante, o lo que es lo mismo, el movimiento obrero de raíz y contenido anarquista sufre un proceso agudo que debemos superar. Alguien ha hablado de crisis. No hay crisis donde se lucha y trabaja y se hace lo que se puede. Mas cabe reconocer que nuestro cuerpo orgánico padece una parálisis al tener entumecidos algunos de sus miembros más esenciales. Y necesario se hace emprender una buena gimnasia social correctiva para poner todos los miembros en tensión a fin de luchar con la máxima eficacia y el mayor acierto. Las bases del mundo actual están fundamentadas en la muerte y la rutina; los principios del anarquismo son cultura y acción.

La última lección que el maestro Bakunín dio a los anarquistas fue digna de ser tenida en cuenta. Cuando viejo y achacoso físicamente hablando, agotado por la lucha de toda una vida y viendo que sus fuerzas fallaban, escribió una carta de despedida saludando con emoción al movimiento por él inspirado, y en una frase genial supo decir con acento profético: «Anarquistas, id al pueblo.» Vivir al lado de los que sufren, compartir sus inquietudes y padecimientos, ponerse a la cabeza de toda protesta justa, de toda acción sana, de toda revolución de tipo político o económico para transformarla en social y libertaria, es la obligación moral del anarquismo militante.

Parodiando al maestro de nuestro ideario, importa decir en estos momentos de prueba: «Anarquistas, id a la juventud». Pero id no para dirigirla y servirse de ella, sino para servirla y cultivarla, y sobre todo para recibir sus lecciones que casi siempre son hermosas y fecundas. Los veteranos de nuestro movimiento deben acercarse a los jóvenes. Ese fue también el criterio de Sebastián Faure y de todos los militantes que han trabajado en el cam-

po anarcosindicalista. Desde hace cerca de un siglo venimos sembrando ideas de emancipación y justicia social. Las ventiscas y la borrasca, la tempestad arrolladora de dos guerras mundiales nos ha hecho mucho daño. Se han llevado las parcelas más ricas de nuestros campos, hoy en parte yerros. Y sin embargo, cuando creíamos que todo era pedregal y socarrales, la irrupción de la juventud nos da la palabra exacta, el aliento necesario, esperanza para vivir dichosos. La juventud mundial se manifiesta. Su voz es inconfundible. Lleva resonancias anarquistas, ecos revolucionarios. Es el mensaje de la vida nueva. El renacimiento de un ideal que no desaparecerá jamás de la mente y la conciencia del hombre. Se dirá que esa juventud no está completamente formada. ¿Qué hemos hecho nosotros para formar esas mentes vírgenes y esos corazones sanos como membrillos no picados por los cuervos? Amigos jóvenes: aquí todos somos jóvenes, porque la vida no es un problema de edades ni de generaciones, sino de hombres valiosos e ideas generosas. Hay hombres que son eternos e ideas que cantan el himno de la inmortalidad. Trabajemos codo a codo. En nuestra casa todos somos iguales, desde el sabio justo y rebelde como Reclus, hasta el artesano más modesto del movimiento. Pero el sabio ha de dedicarse a sus trabajos pacientes y el obrero manual a sus actividades

cotidianas. Todos somos necesarios, mas a condición de que cada cual ocupe el puesto para el que esté más preparado y pueda dar más rendimiento a la colmena libertaria.

No nos encerremos en un ateneo determinado. Hay que salir a predicar la buena nueva. Confundirse con los que en todos los países se levantan para protestar contra la injusticia, la mediocridad y la opresión. Que no haya muros que nos contengan ni prejuicios que nos aten los pies. Tenemos una riqueza doctrinal de primer orden. Lancemos ideas e iniciativas por todas partes. A la violencia respondamos con la fuerza, pero al amor con el amor. No capitulemos nunca. No nos rindamos jamás. Contamos hoy con una juventud. Confundámonos con ella, formemos un mismo cuerpo con una cabeza inteligente y un corazón noble. Esa será la mejor presencia del anarquismo en el contexto de la vida mundial. Salir de casa. Desempolvar el tesoro de nuestras teorías. Ampliar más y más nuestro radio. No prescindir de ninguna ayuda eficaz. Colocar en cada puesto de trabajo al más útil y competente. Hacer compatible la eficacia con la idea, el medio con el fin, en una palabra, el objetivo con la finalidad. Sólo así haremos obra de provecho, extendiendo la capacidad de nuestro movimiento y logrando que los esfuerzos de un pasado glorioso no sean estériles.

DE LA COMPASION

por Kierkegaard



SI como el desear es la más desdichada de todas las artes de solista, en el sentido en que se toma habitualmente, es la más desdichada de todas las virtuosidades y habilidades sociales. La compasión está bien lejos de beneficiar al que sufre; más bien cobijase y cultivase en ella meramente el propio egoísmo. La compasión sirve de dispensa para no meditar en un sentido profundo sobre nada semejante. Sólo cuando el compasivo se conduce en su compasión, respecto del que padece, de tal suerte que comprende en el sentido más estricto que es de su causa de la que se trata; sólo cuando sabe identificarse con el que padece de tal suerte que, luchando por una explicación, lucha por sí mismo y abjura de toda vaciedad intelectual, flaqueza y cobardía; sólo entonces cobra sentido la compasión, y sólo entonces toma acaso un sentido peculiar, diferenciándose el que compadece del que padece, por padecer el primero de un modo más elevado. Cuando el que compadece se conduce así respecto del que padece, no se trata de un par de palabras de consuelo, de una limosnita, de un encogerse de hombros; pues si alguien se lamenta, es que tiene algún motivo para lamentarse. Si lo demoníaco es un azar del destino, puede alcanzar a todos. Esto es innegable aunque en nuestra época de cobardía se haga todo lo posible para mantener una idea solitaria, en lontananza, usando de toda clase de medios de distracción, de empresas charlatanescaamente anunciadas con la **marcha de los genizaros**; como en los bosques de América, se mantiene lejos del campamento a los animales feroces por medio de antorchas, gritos y golpes de platillos. De aquí procede que en nuestro tiempo llegue a saberse tan poco de las supremas luchas espirituales; pero tanto más, en cambio, de todos los frívolos conflictos entre el hombre y la mujer, que trae consigo una refinada vida de sociedad y saraos. Cuando la verdadera compasión humana toma al padecer por fiador y deudor subsidiario, sólo se saca en limpio hasta qué punto se halla interesado el destino y hasta qué punto la culpa. Y es menester desarrollar esta distinción con la pasión pesarosa y al par enérgica de la libertad, de suerte que sea lícito sostenerla aunque se derrumbara el mundo entero, e incluso, aunque pareciese que se causaban irreparables daños con semejante impavidez.

ENCUESTA

El pensamiento y el hombre



por JEAN CASSOU

1. — ¿Sobre qué bases morales y económicas sería posible establecer la paz?
2. — ¿Es posible la pervivencia de la democracia occidental en sus formas tradicionales?
3. — ¿Qué modificaciones son necesarias?
4. — ¿Las democracias populares significan una forma de democracia superior, es decir, más verdadera y más perfecta?
5. — ¿Deben supeditarse los derechos fundamentales del hombre a los intereses del Estado?
6. — El arte y la facultad de pensar, ¿deben ajustarse al credo político del Estado o deben ser libres para la busca de nuevas perspectivas humanas?

NO es posible contestar sin considerar previamente la singularidad de las circunstancias del mundo. El siglo XX es el siglo del totalitarismo. Fenómeno muy particular y nuevo. El siglo XX ha visto surgir regímenes que pretenden dominar el universo e imponerle una doctrina, no universalista, sino universal, extendida a todos los países, a todos los hombres y a todos los sectores de la actividad humana (pensamiento filosófico, actitud política, astronomía, música, circo, pesca y jardinería).

Ello implica la abolición de toda la historia humana, tal como ésta se ha desarrollado en el curso de sus distintas civilizaciones; la abolición de la noción de cultura, que es la continuidad del esfuerzo humano a lo largo de las civilizaciones por él producidas. Dentro del desarrollo de este esfuerzo, y en su momento actual, tenemos la impresión de haber heredado determinado número de principios constantes, encaminados a la universalidad y que iban ganando la conciencia de todos los hombres: es lo que se entiende por cultura. Teníamos conciencia de la energía desarrollada por el hombre, desde sus orígenes, en el ejercicio de su razón, en el descubrimiento de su imperio sobre la naturaleza, en la conquista de su libertad y de su dignidad, en su ascensión hacia el progreso, en concebir para la comunidad regímenes cada vez más justos y fecundos: en una palabra, en la posibilidad de expresarse por obras del pensamiento, de la ciencia ó de la belleza. El motor de esta acción continúa sólo podía ser la convicción personal; una convicción cuyas búsquedas, pruebas y afirmaciones llevábase a cabo pese a todas las dificultades, a todos los peligros y a todas las tiranías.

Los totalitarismos, por igual el fascismo que el nazismo o que el estalinismo o el que nos prepara el capitalismo norteamericano, niegan esas facultades y ese esfuerzo de la convicción personal. Le oponen el propósito de fabricar hombres ayunos de toda la convicción personal y de toda capacidad para formarse una, y a quienes una autoridad exterior a ellos mismos, superior a ellos, ha de dar una doctrina compacta de la ortodoxia de la que habrán de apartarse y a la que incumbirá regir sus sentimientos y sus actos. Substituyen la libertad del hombre, conquista constante, por el imperio total de un sectarismo mecánico y fanático.

La conquista constante de la libertad es lo que, en el orden de los regímenes políticos, llámase democracia, con todo cuanto dicho régimen implica de revoluciones futuras. Este régimen se halla amenazado, no sólo en su significación específica y en su estado actual, sino en lo que es su esencia más profunda, esto es, en sus posibilidades de desarrollo. Porque la democracia no es, en puridad, tal o cual gobierno actual, sino un conjunto de principios, una concepción del mundo y de la vida, con sus consecuencias; una historia, un futuro. De este futuro es precisamente de lo que se trata. A los hombres de buena voluntad correspondió seguir manteniendo la conciencia de este futuro y adquirir la fuerza necesaria para asegurarlo.

Una de las formas más vivas bajo las cuales se ha presentado actualmente la idea de este futuro, uno de los accidentes, una de las manifestaciones más emocionantes, una de las realidades más preciosas para el destino del hombre, en que se haya encarnada la democracia es: la España de la libertad. La España democrática es el fruto de una

convicción personal multiplicada en la convicción, la voluntad y la suerte de todo un pueblo. He aquí por qué ha sido objeto de las primeras agresiones de los dos primeros totalitarismos de este siglo: el fascismo y el nazismo. Hoy es la puesta y la víctima de los dos imperialismos antagónicos: el totalitarismo bolchevique y el capitalismo americano, totalitarismo en ciernes.

Es éste uno de los casos particulares de una si-

tuación general. Hay, desgraciadamente, otros muchos ejemplos que pueden ayudarnos a darnos cuenta cabal de esta crisis, tal vez la más terrible de cuantas haya tenido que vencer la humanidad. El tener conciencia de ello es la primera etapa que hay que sobrepasar, pues actuar supone antes que nada conocer. La segunda etapa consiste en buscar y congregar todas las fuerzas que en el mundo son capaces de transformar este conocimiento en voluntad práctica y efectiva.

Conceptos que quedan

El espíritu que anima el universo es esencialmente social. Dentro de esta finalidad el universo ha creado los seres superiores y los seres inferiores, y los ha puesto de acuerdo los unos con los otros.— MARCO-AURELIO.

La tiranía se sostiene sobre la fuerza, la democracia sobre la virtud. — MONTESQUIEU.

La libertad no es el fruto de todos los climas, ni se halla a la puerta de todos los pueblos. — J.-J. ROUSSEAU.

El hombre no es ni ángel ni bestia, pero su desgracia consiste que queriendo hacer el ángel hace el bestia. — PASCAL.

Todo poder es fuente de corrupción y el poder absoluto corrompe absolutamente. — HERBERT AGAR.

El pensamiento hace la grandeza del hombre. — PASCAL.

Cuando el hombre pierde su independencia económica, pierde al mismo tiempo su independencia de espíritu. — HERBERT AGAR.

El día que toda la sociedad trabaje toda para el Estado, la libertad habrá muerto. — HERBERT AGAR.

Ser dueño de los medios de existencia del hombre es serlo también de su voluntad. — H. AGAR.

El hombre que siempre habla de sí mismo, se niega a la vez a sí mismo. — PASCAL.

No llega jamás nada a nadie que no sea capaz de soportarlo. — MARCO-AURELIO.

La sociedad debe basarse sobre un contrato, estableciendo un compromiso recíproco entre los hombres. — J.-J. ROUSSEAU.

Aquel que comete una falta, peca contra sí mismo y aquel que comete una injusticia se hace mal a sí mismo, convirtiéndose en un malvado. — MARCO AURELIO

Mayo revolucionario



por GUERRERO LUCAS

EN el mes de Mayo, en Francia, se ha hecho una revolución. No ignoro cuán aventurada e inverosímil puede aparecer esta afirmación a los ojos de cuantos se hallan hoy entregados más a las consecuencias emocionales — sean de queja o de alborozo — de los hechos acaecidos que al simple discernimiento. Es preciso deslindar las motivaciones íntimas de los sectores enfrentados y los medios respectivos de imponerse, cada uno, materialmente al otro. La formidable conmoción producida adquiere así su verdadero realce, al mismo tiempo que se destaca el carácter nada común de las prolongaciones que no dejará de conocer en un plazo a no dudar corto.

Lo ahora sucedido en Francia prefigura lo que puede ser el futuro próximo de la sociedad industrial, incapaz de redimirse de sus incontables faltas, tanto más intolerables cuanto mayor es el grado de bienestar material. Es pues útil distinguir los alcances efectivos de lo que aquí está acaeciendo.

El clamor de abdicación que ciertos sectores orquestan sólo impresiona a los débiles. De creer en el latiguillo más cotizado del día, hémos de nuevo sumidos en la paz de la injusticia. ¿Cuánto durará esta paz? Sin duda los reaccionarios, amigos de tranquilizantes, se engañan de medio a medio. Y hasta es posible decir que su auto-engañó les complace. Prestemos un poco el oído: nos llega el fragor astuto de los mediocres de siempre gritando gozosamente que la tempestad se calma; que la revolución muere. Según los malos pastores — ¿qué campo no tiene los suyos? — todo se ha quedado en nada. Oráculos en pijama, los inertes de la izquierda afirman que estaba previsto. Un alivio cobardica se abre paso entre las filas temblorosas de la contrarrevolución...

Con el afán de revancha propio a su naturaleza, las derechas se reponen — más penosamente de lo que aparentan — de sus pánicos recientes. Falsamente compungidos, los doctorales de izquierdas desarrollan sus teorías sabihondas y cansinas sobre psicología de masas, comunicación generacional y otras zarandajas varias. Sí, los ratones de armario condenan o vaticinan. Como si se inaugurara una nueva temporada de cursis y renegados, obtusos y suficientes creen poder hacer su agosto. Y es que, una vez más, «los árboles les impiden ver el bosque».

La impetuosa corriente del Movimiento de Mayo, sus implicaciones humanas, su enorme repercusión social, no podrán ser contenidas en el estanque maloliente que es el orden restaurado. Orden que,

por otra parte, se consolida en un punto para agonzar en otros, cual lo muestran los ataques subversivos que la juventud mundial le dirige en tantos y tan diversos lugares.

Cuantiosos y muy sonados acontecimientos sacuden al Universo en los momentos presentes. El curso del mundo se hace más y más accidentado. Las convulsiones sociales se multiplican y extienden. Sus ecos van invadiendo hasta los ámbitos más recónditos y tradicionalmente al abrigo del ímpetu popular. La organización de la vida colectiva sufre una puesta en causa sin precedentes. Potentes aspiraciones de superación moral, de progreso y equidad, se manifiestan por doquier. Su espontaneidad cautiva. Su audiencia embarga, sorprende, reconforta, sobre todo. Una nueva decisión, otra sensibilidad hacia el hombre y sus problemas se abren paso en las conciencias de sectores muy amplios y variados, cual despertar de una aurora de promesas renovadas.

La humanidad se estremece. Hay un ansia de creer, de aferrarse a la esperanza, de apreciar y comprender, de compartir e impulsar los afanes renacientes. Todo replanteamiento de las normas en vigor lleva implícito, primero, la decisión subsistente de tender a mejorarlas, al mismo tiempo que entraña, por las luces revividas que el análisis arroja, la posible destrucción — y en cualquier caso el fatal desbordamiento — de los márgenes fijados por el orden establecido, cada vez más abierta y enérgicamente puesto en tela de juicio.

Jamás, en momento alguno, han aceptado los hombres sistemas definitivos. El deseo de evolución ascendente es un sentir inherente a la condición humana. Parte de la vida misma. El instinto de la especie ha sabido alimentarle contra todas las tormentas desatadas por la peste rezagada, reanimarle sin descanso y, según las circunstancias, materializarle en gestos de adelanto irreversible. El movimiento de péndulo propio a la pugna tenaz de los intereses en liza acusa un claro balance de obtenciones humanistas que son otros tantos pasos en el caminar penoso del alba liberadora por que muchos hombres claman. La voluntad justiciera va pues ampliando objetivos. Lanzando nuevas empresas de tono emancipador. Conquistando posiciones hasta ayer inexpugnables. Los fortines reaccionarios van sucumbiendo sin gloria. La causa del hombre alienata con vigor insospechado.

Mas — lección ya permanente raramente confirmada con la cegadora evidencia de los tiempos que ahora corren — toda conquista es el fruto de un

esfuerzo sostenido. Hija de una lucha incierta, generalmente iniciada por minorías conscientes de las carencias humanas, materiales y morales que la sociedad refleja. El espíritu de análisis, de rechazo y sacrificio, es el motor del universo. Clave de todo progreso. Sólo así se han superado las taras más insufribles propias a cada periodo. Y así son hoy acusadas las vergüenzas infinitas de la sociedad actual, capitalista o comunista. Las situaciones de escándalo subsistentes por doquier y que consagran el fracaso de las fórmulas sociales, pedagógicas, económicas y de Estado que rigen a los humanos.

Pues escándalo insufrible es el hambre en el tercer mundo cohabitando con el ritmo de consumo y abundancia general en Occidente. Cual lo es la animalidad de los bloques de presión — pretendidos ideológicos — en disputa permanente por la hegemonía mundial y la ciega intermitencia de guerras convencionales en sus zonas de influencia. La expansión imperialista enmascarándose en propósitos tan loables como engañosos. La locura nuclear, que hace planear el presagio de un suicidio universal. La carrera de armamentos desterrando el bienestar y la razón de los pueblos. Los dispendios de prestigio ignorantes de la miseria y el dolor de los humildes.

Escándalo los abusos del poder. La aberración centralista. La desigualdad social. La sujeción económica. La indignidad del salario. El pensamiento amordazado. La cultura adulterada. El acondicionamiento de la opinión pública por los procedimientos sinuosos de la propaganda orientada. La frialdad tecnocrática como sola alternativa al idiotismo de las masas. El crimen autoritario de los países fascistas y del contexto de regímenes mal llamados socialistas. La burla escarnecedora del sufragio universal en las tristes democracias del mundo pretendido libre, ejercido — como ya hemos denunciado en repetidos escritos — por muchedumbres extraviadas que la demagogía política conduce al circo o al matadero, según los designios de los mandos en funciones.

Escándalo el innegable desamparo y exilio moral para el individuo que no acepte renunciar a sí mismo, abdicar de su derecho a la libertad, a la vida plena y consciente. Por todas partes el hombre víctima propiciatoria de la máquina estatal. Engranaje de un sistema: Sociedad beata, jerárquica, comerciante y policiaca, negación de los valores humanos más esenciales. Situación hecha posible por la ausencia de formación, de responsabilidad y civismo de un elevado porcentaje del conjunto ciudadano. Ciertamente es que, lejos de propiciar el advenimiento de una sociedad adulta; lejos de contribuir a liberar a los hombres, por el desarrollo más intenso de su personalidad, de su sentido moral y crítico, el Estado forja súbditos adocenados, sumisos, incapaces de asumir el grado de intervención que incumbe, en lo social, a todos y cada uno. Sumisión que es garantía de la autoridad indiscutida a que todos los poderes aspiran. La ignorancia de los muchos, la complicidad de ciertos, la mediocridad de todos legitiman tal desorden.

Dando impúdicos bandazos del crimen al desho-

nor, a la estafa, a la renuncia, despotismo y «democracias» han culminado la traición a las más altas ambiciones de los seres consecuentes, en todas las latitudes. Los derechos no son nada sin la posibilidad efectiva de ejercerlos. Así se han edificado las estructuras irracionales todavía padecidas: Pagándose de palabras, de mitos y diversiones. Alternando la arrogancia con las astutas llamadas a los más bajos instintos de la colectividad. Enarbolando al unísono invitaciones y opresión. Sonrisas y cachiporras. Fórmulas altisonantes destinadas a encubrir la sinrazón de la fuerza. La autoridad estatal conduce a la sociedad de los hombres al abismo.

De ahí el interés vital, la decisiva importancia de esas minorías activas que asignándose la misión de desbordar estamentos logran materializar el inconformismo latente, dándole sentido, cuerpo y fijándole objetivos de orden revolucionario. Se ha de decir, en justicia, que tal misión ha pasado a manos de la juventud. Y no hay duda de que cabe felicitarse por ello. Sindicales o políticos, todos los medios adultos se han integrado al sistema que pretendían combatir. La Revolución Social se ha visto desasistida ante todo por los que afirman hallarse movilizados precisamente en su nombre.

El forcejeo social, que no puede ser dissociado de la inquietud humanista, venía siendo tarifado al precio de las concesiones oportunistas de los poderosos. Tristemente reducido a los márgenes inmorales de la obtención económica. Los anhelos más profundos del hombre eran olvidados. La cruzada por la libertad eternamente diferida. El burdel parlamentario y la indignidad burocrática han venido desmantelando toda reivindicación, realmente emancipadora. Cercenando de raíz toda veleidad de rebelión. Desfigurando su origen, sus principios y finalidades, cuando no era posible impedirlos. Las responsabilidades del izquierdismo rutinario son inconmensurables.

Denunciando con rigor todas las complicidades; replanteando los problemas, la contestación activa, en su terreno más propio, con los términos más justos, la intervención juvenil ha levantado el debate a niveles reparadores, restituyendo a la lucha social su significado legítimo. Y ocurre que, como Francia, un conato — minoritario — de carácter subversivo se baste para inflamar a todas las fuerzas vivas, obreras e intelectuales, contra el orden imperante, abriendo el proceso revolucionario que un poder considerado «fuerte» se confesaba y mostraba incapaz de contrarrestar.

Tal es, entre otras cuantiosas, una de las enseñanzas de la crisis aún latente: la debilidad y evidente desamparo de la autoridad estatal ante la voz de la calle clamando su indignación y el anhelo popular de hacer un mundo mejor. Enseñanza que no es nueva, ni siquiera singular, pero que ha sido oportuno demostrar de nuevo, ahora, y tanto más voz de la calle clamando su indignación y el anhelo digno de interés cuanto que ha sido hecha a expensas de un poder organizado férrea y técnicamente, dotado de medios de control, protección e intervención francamente excepcionales y respaldado, a pe-

sar de todo, por una parte no despreciable del conjunto nacional. Estas circunstancias, que no concurren en tantas de las tiranías actuales, ilustran con nuevo trazo las posibilidades efectivas de combate organizado que se brindan actualmente, contra el franquismo por ejemplo.

Datos que se complementan de una lección accesorio que ya no tiene que ser, que ya no será jamás desestimada de nuevo por ningún sector lanzado a la acción revolucionaria: la inenarrable traición del Partido Comunista — y su apéndice sindical — que, como antes y siempre en España, como luego en Venezuela, al igual que viene haciéndolo a lo ancho de las repúblicas de la América Latina, ha descubierto ahora en Francia su vocación permanente de esbirro incondicional del interés moscovita, acreditado otra vez su ya clásico carácter retrógrado y formalista, su papel de renegado de todas las causas nobles y de aliado objetivo de la «legalidad» burguesa. Tal es el partido «de orden» — como a sí mismo se llama — que ha sido otra vez caballo de Troya de la reacción. Que ha saboteado el impulso de la causa popular y burlado groseramente las ilusiones legítimas de todos los hombres libres.

Los intereses creados, el temor, los atavismos trabajan contra la luz. Tanta miseria moral asfixiando a los humanos sólo podía sacudirse por un espasmo feroz. Cuando el hedor es tan denso, es necesario romper para que el simple derecho a la vida se abra camino. Los estudiantes lo han hecho. Han superado, al hacerlo, todo un mar de dejaciones. Un mundo convencional se ha sorprendido desnudo, señalado en sus bajezas, materialmente enfrentado a sus propias contradicciones. Al soplo de la razón, las estructuras más rígidas se agrietaban, vacilantes. Los infalibles de turno clamaban en el desierto. Y aún resuenan por los aires los ecos estrepitosos de los mitos derribados.

Gobiernos y religiones, partidos, sectas, jerarcas, sindicatos reformistas... Los pontífices de todos los medios inmovilistas han dicho su desconcierto. Su aprehensión es comprensible. La aurora que se avecina está preñada de presagios nada tranquilizadores para cuantos no han dudado en desertar del humanismo. Los hombres se desesperan. El cuerpo social calienta sus miembros enmohecidos. Su despertar puede ser la esquila de defunción de los sectores estáticos.

En el mes de mayo, digo, se ha hecho una revolución. La contestación capaz. Los nexos del mundo obrero con el mundo intelectual. El claro desbordamiento de los cuadros dirigentes por una base exigente decidida a intervenir y preparada para ello. El rechazo de la función rectora predestinada a los medios estudiantiles. El tono de humanidad de las reivindicaciones. Otra conciencia social. Otra solidaridad. ¡Tantos diques anegados! ¡Tantos preceptos vencidos! Combate esperanzador. En el vigor reencontrado, las sombras se hacen humanas. Similar a la potencia misteriosa de la tierra, de las trastiendas del mundo surgen las fiebres eternas que aspiran a devolver al hombre a su condición y que los tarados del dinero y el poder habían decretado muertas. ¡Quién sabe si no asistimos a la reacción salvadora porque sabemos luchar! La verdad cabalga a lomos de convulsiones gigantes. Los hombres quieren creer...

...Yo creo. Sean estas líneas testimonio de mi fe en la Revolución emprendida. Los tontos superficiales hablarán de su derrota: las realidades carrales no se han entregado nunca a superficiales ni tontos. Los otros, que han comprendido, saben que se ha dado a luz una etapa excepcional que impresionada y dignifica a los hombres. Y tan llena de promesas para las fuerzas del bien como de avisos funestos para el mundo carcomido que queremos destruir.

El gobierno de la Iglesia

LOS gobiernos, como las iglesias, no pueden inspirar sino piedad o disgusto. Mientras el hombre no ha comprendido lo que es un gobierno o una iglesia, lo natural es que sienta hacia ellos un piadoso respeto. En tanto que se deja guiar por ellos, debe creer, para satisfacción de su amor propio, en su grandeza y en su santidad. Pero desde que advierte que no hay en el gobierno ni en la iglesia nada absoluto ni sagrado, y que son simplemente invenciones de los malos para imponer al pueblo, de un modo disimulado, un método de vida que sea útil a sus intereses, siente en seguida una impresión de asco por los que le engañan indignamente, y su decepción es tanto más profunda cuanto mayor es la ficción, de la cual descubre la vanidad, que le guiaba en otro tiempo en las cuestiones más graves,

Los hombres experimentarán este disgusto hacia los gobiernos cuando hayan comprendido el verdadero sentido de esas instituciones. — León Tolstoi.

OJO AL QUINQUE

por COSME PAULES

EN la parte editorial de esta misma revista — CENIT n° 179 — aparece una frase que si no está estampada en letras de oro en el famoso Templo de Delfos — junto con el «Conócete a tí mismo» — debería estarlo, para sabiduría humana, por los siglos de los siglos. Ojo al quinqué: «La existencia y la tranquilidad son para jugárselas a cada instante.»

No es nada remarcar en letras grandes esa frase: hay que tragarla, empaparse en su magnético flúido, si se quieren evitar todos o la mayoría de los males que a este pobre mundo aquejan. Porque querer conservar la existencia a toda costa — mucho menos la tranquilidad — primero, es imposible; segundo, es un absurdo; tercero, conservar eso da tanto como conservar la muerte. ¿A quién puede ocurrírsele — especialmente en los tiempos que corren, — conservar a esa dama? Ignoramos lo que piensan, si algo piensan, los cadáveres, pero sería a ellos solos a quienes podría interesar semejante anhelo de conservación. Pero los cadáveres, si andan, sólo lo hacen hacia el hoyo. Cierro, tanto los vivos como los muertos, caminamos hacia el hoyo, pero... ¿cuándo madurará ese pero? ¿Son o no son tantos los que quieren aventurarse por las cumbres? Entonces no hay más que hablar: para alcanzar las cumbres, primero, hay que despreciar la vida del gusano, y hay que despreciar la tranquilidad del buey. De lo contrario, ambas cosas serán útiles a gusanos y bueyes, pero de ninguna manera señalarán presencias a los seres humanos. Y, dígame lo que se diga, todavía no hemos jugado carta alguna de consideración a ningún «transformador» que pretenda hacer del hombre y la mujer conscientes, bueyes y vacas, gusanos y gusanas. ¿Verdad que no?

Entonces...

Hay que grabarse la viva frase de CENIT, en el lomo y en la cara: hay que bañarse con ella, para

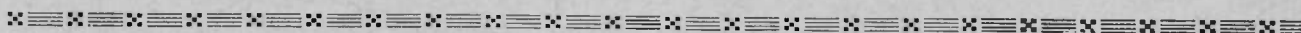
que nos penetre hasta el tuétano. De lo contrario... ¡qué mala vida le espera a quien se deja dominar por el miedo y a quien se deja dominar por la comodidad o el «confort» a toda costa! El o ella — sean quienes sean (altos, bajos, mejores o peores) — ya tienen su merecido. No serán, sino que son, algo menos de lo que puede titularse humano ser.

¡Qué problema! ¿Cuántos no echan al olvido las premisas de Delfos — sean de Delfos o bien le correspondan? — Muchos..., Muchísimos. Y por eso el cantar nos sale ruido infernal del quinto averno.

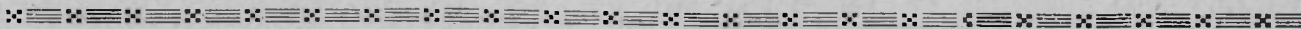
Hay que vivir. Claro. Nadie niega que hay que vivir. Empero, el gusano y el buey viven su vida natural. Y los que olvidan su premisa más neta, no viven su vida, sino que, por el contrario, mueren en esa «vida suya» y ofrecen, con su muerte, material vivificante de lo que no puede ser... No puede si no se es buey ni gusano. ¿Comprendido?

Tranquilidad, confort, buen vivir, comodidad, regalías del progreso, en fin, neveras, auto, casa propia, lavadoras automáticas, ¿para qué seguir? — sin descontar ni olvidar las vacaciones (éstas tienen rostro de vaca en 0 y en infinito) —: ¡Viva la vida! Aquí me las den todas. Etcétera. ¿Y quién será el tonto que dé algo interminablemente? Todo acaba. Los esclavos, por mucho que se reproducen, no matarán los rebeldes y muchísimo menos darán tranquilidad eterna a los querendones de la «dolce vita». No.

De tal manera que hay, por lo menos, dos formas de ver el asunto primordial de la existencia humana: o se anhela un imposible, como ser: vivir la vida a «full», mientras los otros mueren, o mejorar la existencia de todos y cada uno, permaneciendo dispuestos a ser hombres y mujeres conscientes, cada vez que las fibras de nuestro entero ser nos griten: Ten el valor de jugártelo todo a la sola carta de la dignidad humana.



Con repetir que el amor es tan antiguo como la humanidad, no se explica cómo nace en las personas que se enamoran. Sabemos que es diversamente sentido y pensado por cada uno, que no existe «un amor», sino tantos «modos de amar» como personas. Los que disertan sobre «el amor» abstraen en un puro concepto los atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los «enamorados», distintos por su temperamento y por su educación, son la única realidad que interesa a los psicólogos. El sentimiento amoroso es una experiencia individual, formada sobre tendencias instintivas; tibio en éste; en aquél, vehemente; en uno corre en lágrimas, en otro asoma en sonrisas. Ora a flor de piel, ora incisivo y hondo, dentro de la unidad del género cada amor que nace tiene una individualidad inconfundible. No hay amor, sino amantes; y en cada uno de éstos, los amores que pueden sucederse son distintos. — **Ingenieros.**



La Internacional y los trabajadores

por CAMPIO CARPIO

A fundación de la federación internacional del pensamiento socialista revolucionario fue obra de una necesidad hartamente ambicionada, tanto por el espíritu como por la clase trabajadora. Consecuentes de su papel en el desarrollo intelectual de la producción, la distribución de la economía en las diversas naciones de aquel mundo que velozmente confluía al encuentro de nuevas formas de convivencia, las diversas hermandades británicas, alemanas, francesas y españolas — seguidas por el resto de las comunidades europeas — establecieron los contactos para coordinar un movimiento que venía de muy lejos para que diera cuerpo a tan ambicionado propósito.

El objetivo fundamental que animaba a sus inspiradores no era creación especulativa exclusiva. Los auténticos precursores eran los utopistas, gnósticos, esenios. Estaba en las mismas raíces del pensamiento universal y particularmente europeo desde los remotos orígenes, pero que había recibido un gran impulso con el movimiento enciclopedista. La unión de esa formidable fortaleza que constituye el pensamiento clásico de Europa y el trabajo reunidos en una acción común, encontráronse, al fin, cumplido al finalizar el siglo pasado. Sus ideas y ambiciones llegaban a encontrarse por vía de la filosofía alemana, con Herder, Hegel y Kant, que buscaban en el tráfico de las ideas una explicación formal a los fenómenos sociales que iban perfilándose en un mundo que se transformaba geográficamente, tanto en la carrera de remoción de las nacionalidades como en la mejor divisa del hombre proletario que ofrecía la materia prima de su trabajo al mercado económico.

Los franceses, que después de Pascal y Descartes se apropiaron del pensamiento humanista en un ángulo de tres siglos, aquel ejército de cerebros pensantes con Montesquieu, Rousseau, D'Alembert, Diderot, Voltaire, Toqueville y los grandes de la Revolución, lanzaron a la calle el producto de sus especulaciones, mostrándonos un mundo desarmado y desarticulado que se desenvolvía artificialmente en una guerra permanente de intereses materiales ajenos a los principios básicos que alimentan a las sociedades. Una división de clases, una propiedad individual e indivisa, un Estado centralista con la tiranía y la dictadura por norte, ausente de los grandes problemas que sacuden a los pueblos.

La Revolución de 1789 al 92, en un desarrollo de tres años como la española de 1936 al 39, aventó aquellas ilusiones idealistas de todos los hombres

que en la tierra habían adquirido y cultivado la facultad de pensar. Los gobernantes de ninguna época han sido muy devotos y diestros a esta disciplina. El gran suceso que todavía justifica y dignifica la presencia de Francia en el mundo, abre las puertas de Europa a una nueva civilización. El asombro hizo temblar al firmamento porque descubría fuerzas ocultas en el alma humana que los gobernantes desconocían. La magnitud de los sucesos obligaba a reflexionar que si tal era el comienzo nadie podría predecir el fin. Y así resultó ser, en efecto, porque desde 1789 la revolución marcha y arrastra consigo nuevos elementos, aporta elementos en la lucha incesante y se manifiesta en todos los órdenes de la vida social, política, económica e intelectual del mundo.

La Revolución inglesa giraba entre un orden económico con tendencia a lo moderno, que intuía como manifestación del progreso y una técnica industrial, acosada por necesidades geográficas, la vecindad con Francia, donde los tizonos semiapagados quemaban corazones y cerebros. La necesidad de impulsar la tecnificación en que el imperio depositaba las esperanzas para mantener en actividad su flota y las explotaciones coloniales, obligábala a buscar una salida distinta a la desesperada del pueblo francés. El pensamiento inglés permaneció horrorizado ante los acontecimientos revolucionarios de Francia y no por puritanismo simplemente, sino por los torrentes de lava surgidos de un volcán que hiciera saltar bastillas, y con tales pasiones desatadas sus fuerzas que ni podían detenerse con horcas ni fusilamientos. Era el momento en que el mundo entero tenía que hacerse su confesión.

En tanto, el suelo europeo distribuía en principados y redistribuía en reinados sin consistencia, que no aportaban a la solución una sola luz, porque unos tras otros, tenían su vida efímera depositada en las armas de ejércitos mercenarios, donde los pueblos y la cultura, en este trasiego de hombres y de pueblos, nada tenía que hacer. El mismo sistema de enriquecimiento desproporcionado a las ambiciones de los poderosos y la miseria extrema de los débiles. La ley de la autoridad como última palabra de gobierno. Desde la antigüedad, de los confines de la historia, tal era el sistema de gobierno. Y en este farrago de especulaciones domésticas, la revolución de la Commune vino a recordar a los potentados vanamente adormecidos, que el pensamiento insurreccional y la acción desa-

rollada por el candor filosófico a través de la historia resurgía como emblema del porvenir.

La Revolución Francesa fué apoderándose de Europa y del mundo civilizado y tenía varias etapas cumplidas; entraba en el desarrollo de un nuevo proceso.

Contingentes de salarizados obedientes mantienen el equilibrio de la burocracia gubernamental para dictar leyes y hacerlas cumplir por vía del rigor, imponer y recaudar impuestos, dirigir la vida ciudadana y dirimir las contiendas ideológicas de orientación social conforme con el estatuto y las costumbres tradicionales.

Esta es la definición que a nuestra vida de libre empresa democrática nos impuso la Edad Media, cuyos vicios trasplantamos a nuestros días, como si nada hubiera ocurrido. Los avances que desde allí en adelante el pensamiento revolucionario fue conquistado por fuerza de convencimiento, por lógica y cataclismos de luchas sangrientas, ha costado sacrificios tales que sobrepasan a los de todas las religiones. No hablemos ya del hedonismo pragmático y mercantil del catolicismo que mucho antes de alcanzar la Edad Contemporánea echó por la borda la virtud ascética de predicar con el ejemplo. Hoy entraña el nuevo paganismo. Los portadores de la buenaventura, los sacerdotes del culto salen de las escuelas, universidades, fábricas y campos. No están nimbados, sino ungidos por una fatal predisposición a la verdad y una determinada resolución de luchar porque se administre justicia en el mundo. Ellos son los mártires de la nueva fe, que proveen de sangre a los amotinamientos y dan su cuerpo en contingentes de tropa para ser lanzados en la guerra al asalto de fortalezas inexpugnables.

La revolución que proporcionó ideas para constituir la Asociación Internacional de los Trabajadores el siglo pasado tenía cauces torrentosos muy diversos, que confluían en el estuario de ese inmenso río social. Quienes aglutinaron tanta opinión y maneras de pensar para darle cuerpo jurídico en la sociedad moderna, no eran precisamente dignatarios fáciles de congregarse o representantes institucionales, sino simples artesanos integrantes de las

hermandades europeas que habían construido el mundo social del porvenir con elementos aportados por los siglos. Acercarse a esa puerta, deponiendo pasiones, armonizando ideas convergentes para elaborar el pensamiento revolucionario que pervive a lo largo del tiempo, ha sido, sin duda, una virtud indiscutida.

La reunión de tantas voluntades dispersas a través de la historia y de los acontecimientos sociales para formar un frente común de combate al egoísmo, la incompreensión, la ignorancia, la explotación del hombre por el hombre, la desigualdad y el aniquilamiento de los pueblos. Y preconizar la abolición del Estado, sustituyéndolo por un organismo donde la libertad se convierta en ley; de la propiedad privada de la tierra y de los bienes de producción y consumo para construir una sociedad libre por la libertad misma donde cada uno disponga de lo que necesite. Eso preconizaban hombres de la talla de Proudhon, Bakunin, Marx, Engels que habían acudido de todas las naciones para tomar contacto con los pueblos oprimidos, con esas colectividades explotadas que se habían rebelado y perdieran la contienda, quedaban a merced de los verdugos o sometidos pacientemente a la miseria. Era el proletariado de las ciudades, el campesinado de todas las naciones, el estudiantado mundial; los apátridas exiliados, huídos de sus naciones; polacos, rusos, españoles, alimentados con la esperanza de la liberación que redima a esa humanidad dolorida y cuyos ideales redentores paseaba por el ámbito de Europa, América y al resto del mundo.

«Salvémonos por la humanidad», decían aquellos hombres de ideas todos ellos, portadores de la buena nueva, que venían con su mensaje desde los distintos puntos de Europa. Eran representantes de Polonia, Italia, Francia, Inglaterra y de todos los países donde existía voluntad de trabajo común, que discutían problemas mundiales en perspectiva de barrer con la injusticia en el mundo y situarse en la línea avanzada del progreso. Eran combatientes contra los poderes dinásticos y dictatoriales de una Europa que no quería sacudir el yugo del medioevo. Era la alianza de la libertad que se manifestaba a través de las hermandades.

De todas las pasiones, el amor es la pasión dominante, el dispensador de las alegrías más puras, el estimulante del altruismo, de los actos de sacrificio y de esplendor. Creador por excelencia, es la selección natural, la belleza y la bondad absolutas, respecto al individuo porque es la felicidad. — Stackelberg.

Las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones pasadas de la raza humana, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, de donde derivan ciertas intuiciones morales, ciertas emociones respondiendo a una conducta justa o falsa, no existiendo ninguna base aparente de las experiencias de utilidad individual. — Stuart Mill.



ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,
«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

ENTRE los militares presentes, «seleccionados», se hallaban dos de los sujetos más perversos y crueles de la anti-España: los generales Millán Astray y Martínez Anido, éste perteneciente al «Estado Mayor» franquista. Ante éstos y otros siniestros sujetos el enano de El Pardo, se «lució» tratando a su esposa como a una delincuente, con brutal lenguaje de dictador, y no como comprensivo y respetuoso cónyuge. Al verse «tratada» así quizás ella no se atrevió a explicarle los verdaderos sentimientos que la impulsaron a acompañar a Unamuno, y temiendo la ira bestial del que bien conoce, más que nadie, se excusara diciéndole que, confusa, se dejó «arrastrar» por el catedrático que se colocó entre los dos y tomó un brazo de cada uno — de Unamuno y de ella — para salir del edificio universitario.

Pero ni fue llevado, seguidamente, a su casa, anonadado, por algunos amigos, como dice Jean Cassou, ni «su ánimo ante la abyección ambiental le produjo su tremenda conmoción física y moral que lo llevaron al sepulcro a los pocos días de la trascendental escena ocurrida en la Universidad», como dijo, en «Le Combat Syndicalista», que aparece en París, el querido compañero Fontaura.

Nada de lo precitado es verdad. El «anonadamiento» o una «tremenda conmoción física y moral» que produce confusiones psíquicas y mentales, inhibiciones y estados de pánico que paralizan la dinámica consciente, no hicieron presa en Miguel de Unamuno como ya hemos podido comprobar.

Cuando la anti-España por boca de Millán Astray sentenció a muerte Unamuno éste no se atemorizó ni se alarmó siquiera. La alarma, generalmente hablando, hace perder la claridad de juicio y provoca un sentimiento de impotencia, más o menos prolongado, que hace que el yo se retraiga. Unamuno fue el ejemplo opuesto: no se amilanó frente a todas las fuerzas franquistas que lo amenazaban de muerte.

El quijotesco yo unamuniano se manifestó bien claro, sereno y potentemente, con vigor inusitado, sin temblor alguno en la voz ni en el gesto. Miguel de Unamuno tampoco sufrió terror y pánico que anulan o lentifican al menos el dinamismo psico-orgánico haciendo caer al sujeto en un estado inhibitorio y dar respuesta inhibitoria a una situación de violencia extrema que cree, al chocar apenas con la misma, que no puede rehuir o superar.

No; en Unamuno no se plegaron ni replegaron los valores biológicos, éticos e intelectuales de su vida individual que lo singularizaban y que lo singularizarían más como genuino Quijote representativo del Pueblo español. Vedlo sino cómo, sin decaer su ánimo lo más mínimo se alzó y se lanzó sólo contra el fasciofranquismo, sin vacilar, con todas sus potencialidades físicas, psicológicas y mentales.

Ante una situación que pone en juego la vida un sujeto puede ser abatido por el miedo y rodar hasta la más profunda sima de la degradación y de la cobardía «arrastrado» por los mecanismos inhibitorios al dejar paralizadas su conciencia y su voluntad de obrar de acuerdo con aquella o lo que es igual a decir: quedar a merced de la situación, dejarse dominar por el sentir instintivo que no puede vencer ni alejarse del peligro, poner «tierra de por medio»; o bien, como le ocurrió a Unamuno que, actuando preocupado sólo por el bien común, sin pensar en sí mismo ni en su propio «fin» físico, «sin escape», ante la misma situación antivital reacciona contra ésta y lo lanza sin saberlo, sin haberlo previsto él mismo, a la más elevada cima del heroísmo humano.

No se hable, pues, en el caso de Miguel de Unamuno de «anonadamiento» ni de que sufrió «tremenda conmoción física y moral» que acabó con su vida. El rector — entonces todavía lo era — saltantino dábase perfecta cuenta de la situación significativa que vivía y de lo que había para superarla. Desde donde estaba sentado, en el salón de actos académicos de la Universidad, vio que le apuntaban con armas de fuego, y «leía» en los ojos de casi todos los presentes que anhelaban su destrucción; oyó la condena de muerte por boca de quien podía pronunciarla y hasta ejecutarla, impunemente, allí mismo, en un segundo de tiempo, en nombre del llamado Movimiento Nacional y del mismo «Franco, ese hombre». Y en las miradas canibalescas de aquellos bárbaros carniceros con figura humana «leyó» también que aunque se aplazara la aplicación de la condena el veredicto era irrevocable, firme la sentencia. Pero, ¿en qué momento, hora o día la ejecutarían y qué clase de muerte le impondrían? Estas eran las únicas incógnitas.

¿Qué camino tomar al salir de la Universidad? ¿Dirigirse, solo o acompañado, directamente a su domicilio? Mientras a sí mismo se hacía estas y

otras preguntas continuaba el griterio ensordecedor de los falangistas y demás fascistas. Coreaban a Millán Astray que lanzaba los habituales gritos callejeros: «¡España!... ¡Grande!... ¡Libre!... ¡Viva la muerte!», divisa de Franco-Astray en la lucha por el triunfo de la Anti-España.

Miguel de Unamuno en medio de aquella barahúnda agresiva con serenidad imperturbable reflexionó qué hacer. No nos pudo legar con palabras escritas — seguramente las escribió y el franquismo las destruyó también — qué decidió, como tantas otras cosas quedó por decirnos, a sabiendas que era su fin, pero pese a la anti-España liberticida nos las explican sus actos con claridad meridiana.

Sí; bien sabía Miguel de Unamuno que sonó su última hora, ¡la última hora de vida física del Hombre que toda su filosofía basábala en meditaciones sobre la muerte!

Es indudable, pues, que en primer lugar pensó que esa era también la última vez que veía a su querida Universidad, y acariciábala con miradas optimistas, seguro que su sacrificio no sería estéril, que en día no lejano la España del Quijote, ¡su España!, no permitiría que penetrara en ella lo carente de humanitarismo, lo in-civilizado, lo bárbaro.

«Esto matará a aquéllo», pensamiento lúcido de Víctor Hugo, lo repetía Miguel de Unamuno aunque con más vigor y valor humano al exponerlo con palabras y actos, ofrendando su propia existencia: «La Universidad os vencerá». Sí, en aquellas horas del 12 de octubre de 1936 el corazón de Unamuno gritaba: **«Pese a todos los sujetos guerreros, crueles, que me amenazáis la Universidad será culminación del saber superior impregnado de humanidad, y acabará con la anti-España que es la in-humanidad por sistema».**

Así sentía, pensaba y actuaba Unamuno, como sentimos y pensamos los humanistas libertarios de cara al futuro de la España del Quijote que tendrá que organizar la enseñanza — en vez de lo llamado instrucción y educación — basándola en la mejor buena cultura libre de dogmatismos religiosos, aunque se llamen políticos, para contribuir a formar el sano ambiente de sociabilidad entre los seres humanos, saludable para todos, que termine con los sistemas tiránicos y las guerras que están amenazando de muerte a todas las especies biológicas.

Cierto que para salir de la Universidad de Salamanca a Unamuno lo tomaron de un brazo antes que le ocurriera lo irremediable entre aquéllos energúmenos «desarbolados»; pero no porque estuviera anonadado sino porque estaba ensimismado, entregado a sus últimos sentires y pensares que, en tropel, acudían y batallaban en su corazón y en su mente, tan esclarecida y serena en aquellos instantes dramáticos, predominando el sentir y el pensar que «da vida» es luchar hasta el fin». Y más todavía al estar convencido que al volver a su hogar éste iba a servirle de prisión, y asimismo de tumba primera.

A Unamuno no se le escapaba tampoco que el fasciofranquismo apenas le permitiría dar cortos paseos, estrechamente vigilado; y que su domicilio

y los paseos servirían a sus carceleros-asesinos, de «trampas mortales». En estas atraparían a sus amigos que se atrevieran a acercársele, sin permiso «oficial», como atraparón algunos y los hicieron desaparecer en «paseos». ¡Y cuantas personas fueron apresadas al ir a pedir tal permiso e interrogadas, a la manera nazi, antes unas y otras después que se entrevistaban con Unamuno para averiguar de qué hablaron y luego «liquidadas» las sospechosas, en particular las que llevaban escondidas entre sus ropas algún mensaje escrito por el ex-rector salmantino.

De estos crímenes alevosos también tuvo conocimiento Miguel de Unamuno. ¡Y mil veces maldijo al fasciofalangefranquismo y a los gobernantes republicanos que con su «ingenuidad», su necedad, su cobardía y miedo a que el Pueblo español prescindiera, para siempre, de tutores políticos, de derecha y de izquierda, de todas las clases, que tan malos resultados le dieron, llegaron a permitir que en España se desarrollara, creciera y pudiera alzarse por medio de su Movimiento Nacional, sosteniendo a sus organizadores en los más altos cargos militares del ejército de la República del 14 de abril de 1931, que, hasta este año, lo había sido de la monarquía!

Pocos minutos tuvo Unamuno para pensar qué hacer tan pronto diera el primer paso fuera de la Universidad. Que nada lo perturbó, lo desorientó ni anonadó, que tomó la decisión que las circunstancias aconsejaban al luchador tenaz, esclarecido por el ideal quijotesco, lo demuestra al no dirigir sus pasos hacia su domicilio por estar definitivamente convencido que al entrar en él ya no lo abandonaría por su pie, que sería llevado al sepulcro a hombros de «curas y de canónigos» o «arrastrado» por un vehículo cualquiera.

La bestialidad franquista tenía acorralado, sin escape, a un padre amante que dio a sus cinco hijos y a sus tres hijas, a todos los nacidos en su España querida y al mundo todo que piensa libremente, el ejemplo socrático del valor inmenso de la personalidad humana que no se deja avasallar, que sabe que el tiempo le dará la victoria final; sí, en aquella hora postrera el fascismo tenía en sus manos bestiales a un Hombre grande por lo sencillo, eternecido pensando en los que amaba, con sed de amar más tiempo, de seguir viviendo para poder prodigar y recibir más amor; a un español con todos los más sublimes atributos característicos del Quijote, de la verdadera España humanista libertaria que lucha por la Libertad: a Miguel de Unamuno.

No lo amedrantaron ni sufrió anonadamiento. ¡No y mil veces no! Ocurrió lo contrario: ¡se creció ante el peligro! Luchó, afanosamente, buscando la ocasión de poder continuar dirigiendo la palabra a los españoles, a la España toda. Por intuición comprendía que era la última oportunidad que tenía a su alcance, y quería aprovecharla lo más posible: andar por las calles de su Salamanca querida, donde nacieron sus ocho hijos, camino a su «destino».

No siguió la ruta por la que hubiera llegado en seguida a su casa a descansar de las emociones del

día, de las terribles tensiones psicológicas sufridas; se desvió de aquella y marchó encoraginado, sin vacilaciones, contraídas sus cejas, más que nunca, señalando su determinación, mirando con sus azulados ojos claros, brillando en ellos la indignación, ¡hacia adelante!, hacia el Casino a seguir bregando por sus altos fines quijotescos. **Sentía** la necesidad afectiva, psíquica y mental, de decir cosas que ya no le dejaron expresar en la Universidad y otras, pensadas, después, más claras y contundentes contra el fascismo. ¡Quería manifestarlas, de una vez, a grandes voces!

Unamuno marchaba como iluminado, erguido, sin pensar un momento siquiera dar, voluntariamente, un paso atrás. Combatiente generoso, por la Justicia, sin «afeites» y de la Libertad, de la «Razón y el Derecho», **sintiéndose** obligado a actuar como don Quijote, reforzaba su «lanza» mientras caminaba para poder chocar más diestra y fuertemente contra la anti-España. Se proponía dar a ésta, con su penetrante pensamiento, «lanzazos» con más fuerza de penetración que nunca y el mayor número de tajos de su bien afilado **sentir**, más cortante que la más afilada de las espadas, para dejarla, al menos, más maltrecha y quebrantada en manos de las nuevas generaciones evolucionadas hispanas que tienen el deber de terminar su tarea: acabar con ella, que es el mal de España.

Avanzaba, pues, resuelto, con la resolución que tantas veces le faltó, como si hubiera estado esperando la hora suprema para ofrecer a sus semejantes, con naturalidad, cuanto de valer contenía su ser: desinteresado, generoso, sin interés político ni monetario, contrariamente a los sujetos que exponen la vida por la ambición mezquina de alcanzar el poder y el dinero. ¡Dando el ejemplo de luchar por el **bien común**, como ya lo habían dado, antes que Miguel de Unamuno, desde el 18 de julio de 1936, miles de libertarios, perdiendo sus vidas que aquél perdió el último día del precitado año!

Miguel de Unamuno siempre tuvo horror a la muerte sobre la que tanto meditó y escribió; temía perder la vida; quería, por amor a los suyos, a todos los españoles y a la Humanidad, seguir viviendo, pero dignamente, **sin dejar de ser**, sin hacer dejación de su personalidad.

¡Ejemplar conducta la de Unamuno digna de ser interpretada y seguida por sus paisanos: catalanes y murcianos, madrileños y valencianos, vascos y gallegos, aragoneses y andaluces, en fin, por todos los españoles amantes de la Libertad! ¡No darse por vencidos ni al parecer vencidos por estar desalentados! ¡Saber y querer superar el desaliento y la mezquindad! ¡Que «no hay mal que cien años dure»!

Tal era la valerosa disposición del ánimo de Unamuno como lo fue siempre el de todos los libertarios consecuentes de la C. N. T., y de la F. A. I. y de las Juventudes Libertarias.

En Miguel de Unamuno bullía en esos momentos la pasión humanista más serena y más exaltada, la afirmación justiciera, el más alto sentido de la vida y de la dignidad humana. ¡Vivía todavía, y no estaba dispuesto a enmudecer, a dimitir de

la lucha ética e intelectual, a morir sin combatir al fascismo hasta su último aliento! ¡El que amaba y se aferraba tanto a la vida! Ya lo había escrito: «Yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella.»

Animoso, tranquilo, ¡valientemente!, como los verdaderamente fuertes, Unamuno se entretaba con su «destino», con la «suerte» impuesta por la anti-España, **sin pensar en su bien ni en su mal**, y, por lo tanto, en su apellido siquiera y menos en la inmortalidad. ¡Obraba obsesionado por la idea de no transigir con las fuerzas del mal medieval que se ensoñereaban, transitoriamente, de España, dejándose arrastrar por sus sentimientos de sociabilidad y de solidaridad humana y cumplir así, automáticamente, con su deber hacia aquella, y ser consecuente con la concepción más alta de la universalidad!

¡He aquí, con Miguel de Unamuno, el ejemplo, de «carne y hueso», vivo palpitante del valor supremo del ser digno colocándose **más allá del bien y del mal!** Es lugar donde el individuo humano puede situarse ignorándolo, sin desarlo ni buscarlo, y ganarse que podamos amarlo y alabarlo, sin endiosarlo, todos los hombres que del Amor hacemos casi una religión, en la única que cree Unamuno: «**No creo que pueda oponerse a la religión un sistema filosófico. A una religión hay que oponer otra religión. Yo no creo en los bolcheviques que afirman que la religión es el opio del pueblo. Un sistema filosófico es imposible y absurdo, ya sea el escepticismo o el agnosticismo. Ya sé que existe la religión de la ciencia en la que nunca — sigue diciendo Unamuno — he creído. Pero existe una religión de la fraternidad de todos los pueblos, en la cual creo yo.**»

Certero es, pues, el siguiente pensamiento de Nietzsche — del que muchos otros pensamientos rechazamos — cuando habla de situarse «más allá del mal y del bien», aplicándose en el presente, a Miguel de Unamuno: «**El hombre nunca se eleva a mayor altura que cuando ignora hacia dónde puede llevarle su destino.**»

Continuaba Miguel de Unamuno avanzando por las calles salmantinas seguido por mesnadas fascistas y algunos intelectuales que intentaban adivinar o inquirir qué perseguía por el rumbo que tan decididamente había tomado. Pronto salieron de dudas los últimos, porque empezó a hablarles sobre cuáles eran sus propósitos y hacia dónde se dirigía, sin dejar de seguir marchando erecto y aprisa, con pasos largos, tan desacostumbrado en él, firmes y seguros como si fuera la misma España en marcha por su manumisión.

Seguramente algún acompañante traidor se adelantó y repitió lo que oyó decir a Unamuno, y ya no pudo lograr totalmente su meta: el Casino, pero se acercó lo suficiente para hacernos entender a todos los españoles inquietos y decentes que es preciso no dejar de actuar, de realizar, cuanto se pueda, cada día, por la Libertad del Pueblo español.

Fuerzas de la anti-España, en las que predominaban los falangistas uniformados con camisas azules mezclados con paisanos-polizontes, militares,

guardias in-civiles e intelectuales que hacían el saludo fascista, impidieron que Unamuno traspasara la puerta del Casino salmantino lanzándole al rostro más «rugidos» selváticos: «¡Muera la inteligencia!... ¡Viva la muerte!...» Se los repetían coreando al sujeto que los iniciaba que, seguramente, sabía a qué se «refería» e intentaba acobardar a Unamuno dándole a entender, por si no lo entendió en la Universidad, «qué le esperaba».

Bien que lo había entendido Miguel de Unamuno, y por eso proseguía combatiéndolos. Pero la verdad es que ya no pudo sorprenderlos como los sorprendió en la Universidad. Ahora estaban prevenidos; demasiado sabían los sayones oficiales del «Movimiento Nacional» de qué podía continuar hablando Unamuno en el Casino. De haberlo intuido antes no lo habrían dejado tomar la palabra tampoco en la Universidad, y así poder seguir atreviéndose el franquismo a decir que, con su «silencio elocuente», el rector salmantino aprobaba el régimen medieval. Es lo que éste había estado afirmando hasta el 12 de octubre de 1936 hasta haciendo público que Unamuno «hablaba y escribía» en favor del Estado fascista sin haber podido aquél escribir ni pronunciar siquiera una palabra al respecto. Lo seguro es que falsificaron su firma más de una vez.

Miguel de Unamuno por segunda vez, en el mismo precitado día histórico de octubre, puso al descubierto las mentiras y falsedades que sobre su persona divulgó el franquismo desde el 18 de julio del mismo año, fecha de su alzamiento en España.

Para cubrir las apariencias «degales» y Unamuno seguir reclamando su derecho a entrar al Casino para «conversar» y pasar en él un rato, por ser socio, en aquel mismo momento le comunicaron, burlona y sarcásticamente, que lo habían dado de baja como acababan también de destituirlo como rector de la Universidad de Salamanca.

No se atrevieron a aceptar el duelo de ideas en el Casino salmantino. Ni en éste ni en aquella pudieron hacer frente a Miguel de Unamuno, cara a cara, ni siquiera por última vez, como hicieron con Sócrates sus jueces-verdugos.

Pero una vez más, repetimos, Unamuno, pese a las apariencias adversas que lo presentan como derrotado, venció, en este segundo choque del día 12 de octubre de 1936, a todas las fuerzas nazifalangefranquistas que se le enfrentaron, porque su actitud propició la formación ambiental psicológica nacional que, al estallar, dará la victoria final a la España del Quijote.

Las autoridades del llamado «Movimiento Nacional» conminaron a Miguel de Unamuno volver a su casa, sin más dilaciones, inmediatamente, custodiado por policías y falangistas, en calidad de preso, ya «condenado a muerte», que de la prisión — su propio hogar — al cementerio iría a parar.

Pero lo que la anti-España, no pudo evitar, pese al abrumador despliegue de fuerzas con las que rodeó a Unamuno, es que la acción solidaria y re-

suelta de éste frente a las mismas, clamando este hoy, con más vigor que hace treinta años, que lo que no logró él, simbólicamente, lo logrará en día cercano, con creces, **materialmente**, su España amada. ¡Ved sino a ésta, en el presente, asistiendo a la descomposición acelerada del régimen franquista!

Los asesinos de Unamuno se descubren más en Salamanca

No; no fue estéril la actitud de Unamuno rompiendo lanzas, como esforzado paladín de la «Razón y el Derecho», en defensa de la sociedad decente española y del ideal limpiamente quijotesco. Lo reconocen, hoy mismo, los propios malandrines fasciofranquistas.

Confirma lo que acabamos de expresar lo que sigue hecho público, en la misma Salamanca, por el escritor Serna, sin que la severa censura franquista lo tachara ni lo condenara multando y encarcelando al mismo. Publicado dos años después que tuvieron lugar las charlas en Cuernavaca lo consideramos tan importante que no resistimos al impulso de añadirlo hoy a las mismas e intercalar el comentario adecuado.

Los «altos» malhechores del «Movimiento Nacional» en sus guaridas llamadas palacios, preparaban acabar con el influyente «espíritu» de Miguel de Unamuno y el buen recuerdo del mismo con farsas inauditas: con «homenajes» para celebrar, repetimos, «el primer centenario del genial vascongado y el trigésimo aniversario de su muerte».

«Franco, ese hombre», desde la «cueva» mayor de El Pardo, de acuerdo con sus asesores en «crímenes perfectos», aprobó la organización de la nueva agresión a la memoria de Miguel de Unamuno, pero que para tal siniestro fin se reunieran en las «cuevas» inferiores salmantinas sus más «elevados» cómplices de la provincia para tratar cómo llevar a cabo la fechoría en la misma Salamanca.

Enrique Serna, director de la «Hoja del lunes» de Salamanca y presidente de la Asociación de la Prensa de dicha ciudad, en su periódico, con fecha 2 de enero de 1967, publica un artículo en el que relata y comenta, hasta cierto punto, parte de lo hablado en una de las reuniones, a la que fue invitado, que trataron sobre la «conveniencia» política de organizar los precitados «homenajes laudatorios», en el año en curso, a la «memoria» del ex-rector salmantino.

Al periodista Serna le sorprendió y desconcertó, al parecer, que reunidos «altos» funcionarios, uno de los más encumbrados manifestara lo que reproduce en su escrito y que, sin proponérselo Serna, ni insinuarlo éste siquiera, explica, al buen entendedor, cuanto odian a Miguel de Unamuno y qué se proponen, en realidad, con los «festejos» que organizan.

(Continuará.)

FEDERALISMO Y LIBERTAD

por LUIS DI FILIPPO

Esta filosofía política, que por otra parte circula, aunque con un acento menos ortodoxo, en el actual movimiento político social cristiano, tiene muy lejanas raíces a las cuales conviene referirse siquiera someramente. En lo que respecta al núcleo central de nuestro tema, baste recordar que ya Irineo, en el siglo II de nuestra era, consideraba que el Estado era fruto del pecado. «El gobierno — dice Irineo — se hizo necesario porque el hombre se alejó de Dios, odió a sus semejantes y cayó en toda suerte de confusiones y desórdenes.» El Estado, apunta Cassirer en su obra ya citada, era bueno por su propósito, por su administración de la justicia. Pero, de acuerdo con el dogma cristiano era malo por su origen. Era resultado del pecado original y de la caída del hombre. A este respecto había un acuerdo completo entre los primeros pensadores cristianos. Esta doctrina de los padres de la Iglesia, era diametralmente opuesta al ideal de la «polis». Pues «Platón no sólo había encomiado la bondad de su estado ideal, sino que admiró su belleza. Para él, el estado no era tan sólo una de las cosas bellas; en cierto sentido era la belleza misma.» Igual que Platón en su «República», Dante en su tratado «De Monarchia» eleva al Estado a su más alto rango. San Agustín, en el siglo V, sigue las huellas de Irineo. De su obra máxima «Civitas Dei, Civitas soli» han nacido distintas interpretaciones relativas a la real posición agustiniana sobre el Estado. Nadie discute la premisa de su origen condenable, pero son muchos los que piensan que de la obra de San Agustín no surge necesariamente una condena absoluta de la institución terrena. Yellineck, por ejemplo, dice: «Al oponer Agustín a la ciudad de Dios la ciudad terrena y al ver e neste estado terreno una consecuencia necesaria de la caída del primer hombre, el Estado aparece como una obra del espíritu maligno.» Y Del Vecchio, por su parte, sostiene que San Agustín considera al Estado «no como necesidad natural, sino como efecto del pecado, como un mal derivado de la culpa original» (18).

En cambio, Raymond G. Gettell (19), expone la teoría de que «San Agustín sostiene el origen divino del Estado» y agrega que «en esto se distingue de los donatistas, para quienes el Estado constituye una institución diabólica.» Pero es cierto también que San Agustín consideraba «inferior al

Estado temporal de la tierra, frente al Estado eterno del espíritu y del futuro.» Claro que no es posible penetrar en el sentido de las palabras sin tener en cuenta que «la tesis de que la misión primera y principal del Estado es el mantenimiento de la justicia se convirtió en el verdadero foco de la teoría política medieval» (20) y que «una máxima general de la teología y la jurisprudencia medievales era que, de acuerdo con la naturaleza y en el orden original de las cosas, todos los hombres son libres e iguales» (21). Conceptos éstos que la filosofía estoica y la cristiana oponían a los de origen platónico y aristotélico sobre la naturaleza del Estado. Por donde el Estado que no se articulaba sobre estas nociones éticas fundamentales de libertad e igualdad para todos los hombres, carecía de los supuestos necesarios para ser considerado de origen divino, o cuando menos para estar a la altura de una «Civitas Dei», pues a la luz del cristianismo carecía de justicia.

Este concepto cristiano de la «caída» del hombre y que supone la promesa de su posible recuperación, penetró profundamente en la imaginación humana; el materialista Marx traslada este lenguaje simbólico teológico a su teoría revolucionaria, que también es mesiánica, y entonces nos dice Barth, al analizar la expresión de Marx, de que el sentido de la historia tiene que ser «el rescate completo del hombre» después de haber comprobado «la pérdida completa del hombre», que «en su visión escatológica de la historia, Carlos Marx coloca al final del proceso histórico un estado social que ha de comprenderse sólo como una idea judeo cristiana secularizada» (21). En efecto, cuando Marx habla de «un retorno del hombre a sí mismo», o de «reintegración del hombre», los conceptos de reintegración y retorno contienen la idea de que el hombre debe convertirse en lo que fue originalmente...» (22).

No es este el momento de penetrar en la disputa de los exégetas agustinianos, pero no está demás ubicar aquí, en medio de los filósofos, teólogos y juristas la opinión de un literato, la de Papini. Este afirma que «De las dos ciudades «Civitas Dei e Civitas Diaboli» la primera no es precisamente la Iglesia, pero quizás se confunda con ella; la

(18) Tomo las citas de Yellineck y de Del Vecchio de una conferencia pronunciada por Avelino Manuel Quiritas sobre *La naturaleza del Estado en San Agustín*.

(19) R. G. Gettell, *Historia de las ideas políticas*. Labor, Madrid, 1937, pág. 162.

(20) Cassirer, *El Mito del Estado*, pág. 124.

(21) Barth Hans, *Verdad e Ideología*, pág. 101.

(22) Barth Hans, *Verdad e Ideología*, pág. 102.

otra no es el Estado pagano, pero a menudo coincide con él» (23).

Nos resulta oportuna esta cita del eminente escritor italiano, porque parece que él no ve en la «Civitas diaboli» una concepción del Estado, sino del «Estado pagano». Esta diferencia tiene importancia porque no debemos olvidar lo que hemos dicho anteriormente sobre la significación lata de las palabras. Una cosa es el Estado antes de Maquiavelo y otra después de haber empleado este término el gran florentino. Pues fue Maquiavelo «quien ha creado las premisas del Estado moderno como entidad autónoma y orgánica que realiza en sí misma, por su valor, por su fuerza, la soberanía absoluta que lo emancipa de toda supeditación religiosa» (24).

Este aspecto del problema al cual hay que iluminar necesariamente a la luz de la historia, también lo ha considerado Herman Heller en su «Teoría del Estado». El eminente tratadista germano, tras considerar que «La problemática política y ética aparecen en Grecia indisolublemente unidas, debido al hecho de que la polis helénica era un grupo político y religioso a la vez», (25) advierte que «Solamente fue desconocida de los griegos una de las perspectivas del problema: la doctrina dogmática jurídica del Estado; porque aunque Aristóteles realizó importantes investigaciones de Derecho comparado, la cultura griega no llegó a conocer una teoría general del Derecho Político, y lo mismo le sucedió, en el fondo, a los romanos. Ella es, propiamente, una creación de la baja Edad Media. Como es sabido, las formas del pensamiento antiguo han ejercido enorme influjo en las concepciones políticas medievales. Pero en la decisiva cuestión vino el cristianismo a paralizar, hasta hoy, la antigua concepción de la polis, dado que, para la antigüedad clásica, el Estado era un grupo a la vez político y religioso. El cristianismo, religión mono-teísta que exalta el valor del alma del individuo, tenía que considerar inadmisibles la idea del Estado como una comunidad total y, por consiguiente, también religiosa; sólo podía admitir un Estado limitado en sus funciones, por lo menos en lo concerniente a la esfera religiosa. Con lo cual hizo su aparición el problema que constituyó el tema central del pensamiento político medieval: la cuestión de las relaciones entre el poder espiritual y el secular, entre el Pontificado y el Imperio» (26) «No cabe hablar, al principio, en esta contienda, de una ciencia de la política. En el cristianismo antiguo predominaban hasta tal punto los intereses religiosos sobre los demás, incluidos los políticos, que no se puede hablar entonces de una discusión política. Así, cuando San Agustín se ocupa del Estado, no lo hace en un sentido político, sino que por «civitas» entiende una forma general de vida, apli-

cable tanto a este mundo como al otro. Es en la contienda eclesiástica gregoriana cuando, por primera vez, las luchas por el poder político reciben expresión literaria» (27). Heller llega a la conclusión terminante de que «El Estado de la Edad Moderna tiene tan poco que ver con el medieval — si es que se puede hablar de un Estado en la Edad Media —, tanto en lo concerniente a su estructura como a su función, que, en este caso, sólo puede hablarse de cambio y no de evolución» (28).

No está lejos de Heller, Gunther Holstein cuando tras anunciar que «la aportación positiva del cristianismo a la evolución de las ideas filosóficas y políticas de Occidente no consiste en impulsos propiamente políticos, sino, como corresponde a su esencia, religiosos y éticos» (29), agrega: «Así, pues, los impulsos específicamente cristianos están, en parte, dentro y, en parte, fuera y más allá de la esfera política. El imperativo de la justicia penetra y configura la vida de la comunidad natural del pueblo como la realidad fundamental de la historia. En cambio, la exigencia del reino de Dios va más allá de toda historia y de toda comunidad natural. Desde estos supuestos se plantea la controversia que habrá de sostener el cristianismo con la cultura de raíz política de la Antigüedad clásica. Está claro que el sacrificio a los emperadores y a la divinización del Estado están fuera de lugar. La suprema norma no se manifiesta en el Estado, sino que está sobre el Estado. De aquí se derivan dos posibilidades. Una, la exigencia de pronunciar un «no» rotundo y decidido frente al Estado; la importancia de la corriente que de aquí deriva queda atestiguada en ciertos fuertes rasgos característicos del cristianismo primitivo. La otra posibilidad, por el contrario, está animada por la voluntad de penetrar creadoramente con las fuerzas del espíritu de Dios ese mundo político, y de esa manera establecer una actitud positiva respecto a él» (30).

No está muy lejos de las anteriores interpretaciones Raymond G. Gettell, cuando afirma categóricamente en su «Historia de las ideas políticas» (Pág. 148) que «la Edad Media es esencialmente apolítica; la política y las teorías políticas no constituyen en esta época objetos particulares y separados en el campo de la investigación. Los problemas religiosos absorben las preocupaciones del tiempo; y cuando aparece la especulación política, se dedica sobre todo al examen de las relaciones entre la potestad eclesiástica y la autoridad secular».

Es a la luz de estos antecedentes como debemos considerar el problema de la noción o concepto del Estado en la mentalidad y el lenguaje de la Edad Media.

A su vez, F. von Bezol, nos dice que «también del Estado moderno corresponde la primacía a las naciones latinas. En Italia es usado por primera

(23) *Sant'Agostino*, Giovanni Papini, Vallecchi, Editore, Firenze, 1929, pág. 315.

(24) Giovanni Spadolini, *Le carte parlanti*. Florencia, 1.º de mayo de 1950, Vallecchi, Editore.

(25) Herman Heller, *Teoría del Estado*. Pág. 31.

(26) Herman Heller, págs. 32 y 33.

(27) Herman Heller, pág. 33.

(28) Herman Heller, pág. 46.

(29) Günther Holstein, *Historia de la filosofía política*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950, pág. 103.

(30) Günther Holstein, *Historia de la filosofía política*. Págs. 103, 109 y 110.

vez el nombre «Status» en su nuevo significado; la «Souveraineté» es de origen francés (31). Por su parte, Francisco Ayala dice al respecto de la significación de la idea de Estado: «Pero tanto en el mundo antiguo como en la edad media cristiana, el pensamiento político-social aparecía subordinado a otros órdenes de ideas dentro de un edificio mental que le destinaba un puesto muy secundario. En Aristóteles — es sabido — la Política forma parte de la Ética; en Santo Tomás está incluida dentro de un imponente aparato teológico. Y sólo ahora, en Maquiavelo aparece dotada de entidad sustantiva, desligada de la Ética y afirmada en un régimen autónomo» (32).

Pero por encima de tales o cuales circunstancias históricas y por encima de las inagotables polémicas de los exégetas agustinianos, es reconocida y analizada por historiadores y sociólogos la existencia de una lucha interna entre lo que se ha dado en llamar sociedad civil y sociedad política, como lo advierte Antonio Gramsci quien apunta al respecto «Se verifica en lo interior de la Sociedad lo que Croce llama «el perpetuo conflicto entre la Iglesia y el Estado», en el cual la Iglesia es considerada como una representación de la Sociedad civil en su conjunto (mientras que no es más que un elemento gradualmente menos importante) y el Estado representa toda tentativa de cristalizar permanentemente un determinado período de desarrollo, una determinada situación (33).

Este problema lo plantea también Luis Gumplowicz en su obra «Sociología y Política» (34). Al hablarnos este autor del proceso de la formación de la sociología como ciencia nos dice que «Riehl (1851) sistematiza las ideas sociales entonces en boga, y sabe darnos, como ilustración de su sistema la imagen de la sociedad tal como se había desenvuelto en Alemania. La sociedad civil no es lo mismo que la sociedad política». Esa es la nueva verdad de nuestro siglo, escribe, atacando al liberalismo de aquel tiempo, el de la escuela de Rotteck y de Welcker, y añade: «es imposible que la sociedad compuesta de diferentes partes sea idéntica al Estado. Lo real es la diversidad social, lo ideal es la unidad. La ciencia de la sociedad civil es en el fondo la ciencia de la desigualdad natural en la sociedad...; pero esta desigualdad es el origen de una abundancia inagotable».

Gumplowicz nos informa también que: «en seguida Stein continúa sus investigaciones sobre el Estado y la sociedad. Gneist sigue profundizando la cuestión con sus estudios respecto a las relaciones entre la sociedad y el Estado en Inglaterra». Nada nos dice el sociólogo polaco en que medida este

planteo del problema que ha de dar origen al advenimiento de la sociología como ciencia independiente, le es deudor a la filosofía cristiana por ese «perpetuo conflicto» del cual nos habla Croce.

La oposición al federalismo de Estado surge, entonces, y en muy buena parte, como oposición al Estado mismo; actitud muy lógica, pues la teoría del Estado y la experiencia de su desarrollo que tenemos a la vista, nos dice muy claramente que el Estado marcha hacia la centralización del poder por distintos caminos, ya sea el camino de la organización capitalista, ya el de la organización comunista. Y si centralizar es función ineludible del crecimiento del Estado, ¿cómo puede conciliarse su existencia con la del federalismo? Por donde Estado y federalismo aparecen siendo términos contradictorios, según veremos más adelante.

Por de pronto es oportuno señalar que la contradicción forma parte, quizás, de la antinomia política Edad Media-Renacimiento. Pues así como es posible encontrar en la Edad Media cierto sentido de la organización federativa, ya en el Renacimiento el espíritu racional del capitalismo naciente llevó a la política y por lo tanto a la formación del Estado «una fuerte centralización del Poder, que cada vez era más administración que constitución. Y sometido todas las esferas de la vida a una regulación consciente y racional... Es una política metódica en absoluto, objetivada y carente de alma. Así es el sistema de la ciencia y de la técnica del *statu*» (35). Así también, «Federico II, siguiendo esta orientación, abolió las antiguas trabas, limitó los derechos de la iglesia y la feudalidad, fomentando una organización central que opera con instrumentos racionales y fiscales, a base de dinero, burócratas a sueldo y ejércitos mercenarios (36).

Así como a los alemanes les place discurrir en torno al tema del Estado, hasta llegar al deleite abstracto de la metafísica y del idealismo, a los franceses, que presumen de espíritu práctico, les place el tema de la centralización administrativa y, quizás por contagio, de toda centralización. Para no ir demasiado lejos en las raíces históricas de este fenómeno psicológico, bástenos con subrayar por ahora, lo que afirma Antonio Manuel Molinari: «En el régimen napoleónico hallamos las primeras manifestaciones del sistema político impuesto por los despotismos modernos, en los que poco o nada juegan los factores teológicos a base de las presuntas vinculaciones entre la divinidad y los personajes que ejercen las funciones de la soberanía...» En ese régimen «las libertades individuales desaparecen en el sistema centralista y policiaco que él impone sin que queden rastros de administración autónoma».

Sin dejar de reconocer que toda generalización entraña una evidente falta de sentido común, se carga a la cuenta de los filósofos alemanes, a Hegel en primer término, la paternidad de lo que

(31) F. Von Bezol. *Stato e Società nell'età della Riforma*. (La nueva Italia, Ed. Venezia), pág. 6.

(32) Francisco Ayala, *Tratado de Sociología*. Tomo 1º, pág. 42, Ed. Losada, Bs. As., 1947.

(33) Antonio Gramsci, *Note sul Macchiavelli, nella politica e nello Stato Moderno*. (Ed. Einaudi, Torino, 1949), pág. 87.

(34) *Sociología y Política*. Luis Gumplowicz, Ed. Inter-mundo, Bs. As., 1946, págs. 14 y 15.

(35) Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 31.

(36) Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 32.

Maeztu llama «heregía» de la compensación del Estado omnipotente; y se carga, con el mismo criterio, a la cuenta de los políticos franceses el concepto de la centralización que es otra «heregía» por cuanto ésta también lleva implícita la negación de la libertad personal y de las autonomías regionales o municipales. Por otra parte conviene no olvidar que fue el socialista Luis Blanc quién, en plena revolución, concibió la ilusión «salvadora» del Estado poderoso, en un plan revolucionario cuyo primer punto daba al Poder una gran fuerza de iniciativa (37).

Es cosa sabida, en fin, que la teoría centralizadora francesa se impuso como una necesidad práctica al considerársela el único instrumento capaz de lograr y fortalecer la unidad de la nación. Pero el contagio de esta teoría no llegó a todos los franceses, pues Proudhon la negó enérgicamente: «Retornad al derecho divino — decía a los centralistas — así tendréis al menos el mérito de la franqueza y os haréis justicia» (38).

Dupont-Wite escribió hace un siglo la apología del centralismo y la definió como «la obra de un instinto» (39). Y también Tocqueville dijo en «El antiguo régimen y la revolución» que «el centralismo deriva del instinto que tiene todo gobierno de querer conducir por sí solo todos los negocios». A lo cual contesta Mario Boneschi: «En verdad, el instinto de centralización es irracional. El instinto conduce a quién gobierna a querer gobernar a todos y en todo. Sólo la razón sugiere el sentido de las limitaciones, de los compromisos y del equilibrio... El instinto es la represión, la violencia, la uniformidad. El poder en su fase primordial es monárquico, absoluto, centralizado. El instinto de centralización es un impulso elemental...» la forma federal administrativa pertenece a las civilizaciones más desarrolladas, dotadas de mayor sentido práctico, de una íntima fuerza de orden, de actividad y de cohesión, como la romana y la anglosajona» (40). Esta acusación de irracionalidad imputable al centralismo, también la fórmula Munford: «Lo que se opone a la organización de la sociedad política sobre bases regionales y cosmopolitas tiene su origen en los complejos psicológicos que exacerban las ideas de exagerada exaltación nacional propias del gobierno centralizado. Existe un gran complejo de irracionalidad, que no sólo constituye un obstáculo para la cooperación, sino

que así mismo se convierte en justificativo de los antagonismos nacionales» (41).

Debido, quizás, a que Francia dió prestigio de irradiación a la práctica centralizadora, fue un francés quién dio la más gráfica definición del mal: «apoplegia en el centro y parálisis en las extremidades» (42).

Volviendo al motivo inicial de este capítulo diremos, para terminar, que sea cual fuere el sentido específico de la palabra Estado en el lenguaje medieval o en el más lejano de los clásicos griegos, lo importante es que el término lleva implícita, en unos y en otros, la noción de gobierno, de autoridad civil, de poder terrenal. Claro que no hay que perder de vista, con respecto al cristianismo primitivo, las circunstancias históricas; entonces comprenderemos que ese Estado condenable se confundía en buena parte con el cesarismo en auge o ya decadente. La explicación histórica de este hecho nos la da claramente Holstein en su obra ya citada (Pág. 98) cuando nos dice que en el Imperio Romano, como en toda la filosofía política de la Antigüedad, el Estado era al mismo tiempo una unidad política y de culto, hasta que «por el culto del emperador, el Estado, en su inmediata objetividad histórica quedó convertido en dios. Así, lo que había comenzado en la pura trascendencia especulativa terminó por adquirir los duros caracteres de la realidad concreta. Lo mismo que antes la esencia del derecho, ahora es el sentido ético del Estado el que comienza a desmoronarse pero esto significa la iniciación de la crisis espiritual en que entra la idea del Estado de la Antigüedad al triunfar el cristianismo».

Aquello, pues, no era lo que hoy entendemos por Estado. Pero lo que queremos subrayar a los fines de nuestro discurso, es la posición del hombre en conflicto con las estructuras políticas que él mismo, después de todo, crea. Problema lleno de las más inquietantes sugerencias. Pues, con razón, nos dice Heller que «todo conocimiento sobre el Estado tiene que partir del supuesto de que la vida estatal incluye siempre al que investiga; este pertenece a ella de modo existencial y no puede nunca abandonarla. No es el Estado un sujeto extraño al que interroga, algo que, espacialmente, se halle frente a él; por el contrario, lo que constituye la esencia de tal relación es la identidad dialéctica de sujeto y objeto». («Teoría del Estado», pág. 44). Mas admitido como cierta esta identidad dialéctica, lo que se propugna ahora es que el acento liberador caiga sobre el sujeto hombre de tal modo que a éste no lo aniquile el acento de autoridad que está en la naturaleza del objeto Estado.

(37) Antonio M. Molinari, *Porque muere la libertad*. (Librerías Hachette, S. A., Bs. As., 1951), pág. 239 y 247.

(38) P. J. Proudhon, *Teoría de los impuestos*.

(39) Dupont White, *La Centralisation*.

(40) Mario Boneschi, *Le Libertá locali*. (Rosa E. Balbo Ed. Milán, 1946), pág. 185.

(41) Munford Lewis, *La Cultura de las Ciudades*. (Emecé Editores, Bs. As. 1945), pág. 233, tomo II.

(42) Munford Lewis, *La Cultura de las Ciudades*. Tomo II, pág. 218.

JOSEPH J. COHEN ★

JOSEPH J. COHEN fue uno de los miembros más activos del movimiento libertario de Estados Unidos durante la primera mitad del presente siglo. Nació en 1878 en una pequeña aldea judía de Rusia Blanca. Creció en un mundo de terror y opresión. En 1881, cuando tenía tres años de edad, el zar Alejandro II fue asesinado por miembros de la organización revolucionaria *Norodnaya Volya*; el nuevo zar Alejandro III, inmediatamente instituyó un régimen vengativo y reaccionario. Al igual que muchos gobernantes de su clase, persiguió a los judíos como víctimas propiciatorias, y extendió el pogrom (1) que marcó los primeros años de su reinado. «Mis primeros recuerdos — dice Joseph J. Cohen en *The house stood forlorn* (Nuestra desamparada casa), relato de su infancia, que escribió en los últimos años de su vida — son los que más impresión me causaron, por el hecho de haber nacido judío, vástago de esa raza perseguida que había sufrido opresión, miseria e injusticia a través de los siglos.»

Cohen nació en el seno de la clase de pequeños comerciantes y artesanos; su abuelo paterno era herrero y su padre trabajaba como supervisor para un tío que era rico comerciante en maderas. Cuando tenía cinco años su familia se trasladó a una pequeña ciudad llamada Turetz, y allí, habiendo mostrado señales de una excepcional inteligencia, comenzó sus estudios talmúdicos, con la esperanza de lograr satisfacer la ambición familiar, en el sentido de que al menos un hijo podría ser rabino.

A los ocho años fue enviado a otra parte para estudiar en una escuela talmúdica, en la que hizo tales progresos que en 1890 se le envió al seminario rabínico de Mir. Los años siguientes los pasó entre Mir y Minsk, donde Cohen efectuó estudios religiosos superiores, y por un tiempo ganó su vida haciendo de maestro particular para muchachas, debido a que entonces no había escuelas organizadas en las comunidades judías.

Fue por aquel entonces cuando su vida tomó una nueva trayectoria, en dirección que debería seguir hasta su muerte. Empezó a sentir dudas religiosas y se hundió en un estado tal de ansiedad mental que resultó con una postración física. Empezó también a conocer, a causa de sus amigos de Minsk, las ideas avanzadas y revolucionarias que en aquel período se extendían a través de Rusia. Leyó con avidez los poemas de Nekrasov (2), y se

fascinó con el relato de la Comuna de París hecho por Kalmen Schulman en su *Historia del mundo*. «Cuanto más el autor trataba de presentarlos (a los defensores de la Comuna) malamente — decía — tanto más atractivos se volvían para mí. Me sentí relacionado con sus propósitos y tuve simpatía personal por su martirio.» (3).

Pero los intereses idealistas de Cohen en aquellos años pasados en Minsk eran no sólo teóricos, sino también prácticos, y pronto se vio involucrado, con un grupo de amigos, en el intento por organizar a los trabajadores de la ciudad. «El primer paso — relata — era el poder reunir a los trabajadores en un grupo, para que tuvieran asistencia mutua en caso de enfermedad, desempleo o dificultad con los patronos. Una vez asegurado esto, el mayor número posible de trabajadores de un determinado oficio deberían formar una organización. Entonces podrían presentarse demandas para conseguir menos horas de trabajo y mejores sueldos.»

Estos esfuerzos tuvieron algún éxito, pero esta clase de actividad era arriesgada, y cierta vez Joseph J. Cohen fue detenido; afortunadamente la policía no conocía muchos detalles sobre sus acciones, siendo puesto en libertad al día siguiente. Pero su padre, que ahora dirigía una operación forestal en Shafarnia, insistió para que regresara a la casa paterna. Lo cual hizo, viviendo Joseph algunos años en el campo, durante los cuales pasó muchas horas leyendo libros como *Looking backwards* (4), de Bellamy, y los relatos del juicio de Sofía Perovskaya y sus compañeros en el asesinato del zar Alejandro II, los que entonces había una gran influencia en su pensamiento. Por aquel entonces había ya abandonado todo propósito de seguir una carrera religiosa, y empezó a trabajar como silvicultor y a estudiar cuanto podía sobre horticultura, aprendiendo con los horticultores de la vecindad. Fue hacia el final de este período en Shafarnia cuando conoció a una muchacha llamada Sofía, quien más tarde se volvería la compañera de todas sus actividades hasta que murió en la última guerra mundial.

En 1898 Joseph J. Cohen fue llamado a filas para servir en el ejército zarista, y pasó los próximos cuatro años en la guarnición de Grodno. Sus tareas militares parece ser que no fueron muy duras, y aprovechó el tiempo cuanto pudo. «Eran años de madurez — recordaba —. Había una buena biblioteca en Grodno. En mis horas libres acudía a ella, utilizando cuanto podía sus facilidades, y a menudo introducía libros en la guarnición. Leí mucho, observé también las actividades de las fuerzas sociales de la ciudad, y me quedaba tiempo para la reflexión. Aquí fueron

(*) Este estudio se ha traducido de la introducción sin nombre del editor, al libro de Joseph J. Cohen titulado *In quest of heaven* (Rumbo al paraíso), publicado por el «Sunrise History Publishing Comitee», Nueva York, 1957. Trad. y notas de V. M.

(1) Asonada de asesinato y despojo de los judíos.

(2) Nikolai A. Nekrasov (1821-1878), fue uno de los prominentes representantes de la poesía rusa de su tiempo, y agitó la conciencia social y revolucionaria de los rusos. Entre sus numerosas obras cabe destacar aquí a «¿Quién es feliz y libre en Rusia? y «Los perseguidos».

(3) Consúltese la obra de M. Winock y J. P. Azema titulada *Les comunnards* (Ediciones du Seuil, París, 1964). Contiene dos fotografías interesantes para la iconografía de la Anarquía: la del obrero Varlia y la de Luisa Michel.

(4) «El año 2000», de Eduward Bellamy. Véase a María Berner en «Viaje a través de utopía» (Proyección, Buenos Aires, 1962).

sembradas algunas de las semillas de la filosofía libertaria que, floreciendo más tarde, se volvió la profunda fuerza motivadora de mi vida.» También organizó un grupo revolucionario entre los soldados de su unidad de artillería, y junto a sus compañeros hizo planes para apoderarse de las baterías que dominaban la ciudad en caso de revolución.

Sin embargo, cuando ocurrió la primera revolución rusa de 1905 (5), Joseph J. Cohen ya no estaba en el ejército ni en Rusia. Su servicio militar terminó en 1902, y en la próxima primavera emigró a los Estados Unidos. Su primera residencia fue Filadelfia, donde empezó a trabajar como obrero cigarrero, y muy pronto colaboró en el grupo anarquista de Hyman Weinberg. Diez años vivió en Filadelfia, durante los cuales fundó la Radical Library (Biblioteca de ideas avanzadas), una institución muy influyente como centro de educación y propaganda para el movimiento judío de los Estados Unidos.

En 1913 se trasladó a Nueva York, y tuvo a su cargo la administración del Centro Ferrer. En 1915 se trasladó con dicho Centro a Stelton (Nueva Jersey), donde quedó fundada la Colonia Ferrer, en un intento para reforzar el trabajo educacional con un experimento de vida comunal (6). Aquí permaneció durante cinco años, en los cuales la escuela ganó una reputación nacional y ejerció una influencia considerable en el movimiento para reformar los métodos educativos (7).

Inmediatamente después de la primera guerra mundial, el diario libertario judío Freie Arbeiter Stime (La Voz del Trabajador Libre), tuvo dificultades debido a que su director se había ido para Rusia, y Joseph J. Cohen fue invitado para que se hiciera cargo de la administración del mismo (8). Regresó otra vez a Nueva York; pero pronto

(5) La llamada primera revolución rusa empezó en el domingo «sangriento» del 22 de enero de 1905, en San Petersburgo (véase la revista londinense «Observer» del 22 de enero de 1967). En ella, Voline (el autor de «La Revolución desconocida»), fundó el primer soviét, o consejo del pueblo.

(6) Cohen relata en su libro «Rumbo al paraíso»: «En 1915 tomé parte en la organización de la Colonia Ferrer de Stelton (Nueva Jersey). Esta realización fue concebida principalmente con el objeto de establecer un hogar rural permanente para la Escuela Moderna, en la cual el método educacional libertario del anarquista español Francisco Ferrer, pudiera ser llevado felizmente a la práctica. El terreno estaba dividido, de modo que cada una del centenar de familias que allí vivían tenían parcelas de uno a dos acres, mientras que los edificios de la granja original y unos quince acres fueron dejados para el Escuela.»

(7) Emma Cohen (hija de Joseph) que quedó estudiando en la Escuela Ferrer, fue una alumna distinguida de la misma, a la cual honró junto con otra muchacha, al graduarse ambas en una universidad del país con los más altos honores, mereciendo el elogio del profesorado por la educación primaria recibida en la colonia. La revista mensual «The Modern School» (La Escuela Moderna), que era publicada en la colonia por Joseph Ishill, en su número del verano de 1921, da cuenta de esto a la vez que reproduce el hermoso ensayo de Emma Cohen titulado «Youth» (Juventud).

(8) Dice Cohen en el libro citado en la nota nº 6: «... la vieja publicación anarquista, *Freie Arbeiter Stimme*, la que

el diario tuvo nuevas dificultades debido a que el director, M. Katz, se había convertido al bolchevismo, y eventualmente en 1921 se le pidió que renunciara. Se hizo un intento de dirigir el diario por medio de un comité, pero al verse que esto no marchaba, en 1923 se nombró a Cohen como director, posición que ocupó hasta que renunció en 1932 para hacerse cargo de la Comunidad Sunrise (Amanecer). Mientras estuvo con el Freie Arbeiter Stimme fundó también la Colonia infantil Germinal, que tuvo mucho éxito y que albergaba a niños libertarios.

Desde 1932 hasta 1938, la historia de Joseph J. Cohen es la historia de la Comunidad Sunrise (9). En 1939, después que dejó esta colonia, junto a su esposa regresó a Stelton, donde ambos se dedicaron a la avicultura hasta que la salud de Sofia empeoró mucho. Después de la muerte de Sofia, siempre atraído por la vida comunitaria, Joseph J. Cohen vivió por un tiempo en la Colonia Home (Hogar), cercana a Seattle. En 1946 viajó a México, y luego fue a Francia, donde por algunos años publicó la revista anarquista *Der Freier Gedank* (El Pensamiento Libre), en idioma yiddish. Durante este tiempo visitó Israel, y viajó ampliamente por Suiza, España y Alemania, e incluso se aventuró detrás de la Cortina de Hierro en un viaje que hizo a Checoslovaquia. Fue en París cuando el autor de estas líneas lo encontró en el verano de 1951, débil ya, gastado por su dura y energética vida; pero, extraordinariamente alerta y lleno de interés por el mundo que lo rodeaba. Un poco después retornó a los Estados Unidos, donde murió el 28 de septiembre de 1953.

Durante sus últimos años se preocupó mucho por la idea de escribir un libro que relatara la historia de su vida y el mundo en el cual había vivido. «Comprendo ahora claramente — escribió a uno de sus amigos en 1946 — que toda mi vida adulta, los muchos años que he pasado en el campo de la educación y en el movimiento obrero, me han preparado para una tarea definida: relatar mi vida honesta y sinceramente, y hasta donde alcance mi talento, artísticamente. Estoy seguro que puedo escribir una gran historia y gozar escribiéndola». Pero aun este último período estuvo tan lleno de actividad que nunca tuvo tiempo para completar su obra, sólo quedando de ella un tomo titulado *The House Stood Forlorn*, que nos conduce hasta la víspera de su partida de Rusia hacia los Estados Unidos. Los años maduros de su vida, infelizmente, no pudieron ser escritos, excepto en algunos fragmentos y de manera indirecta, en libros como *The Jewish Anarchist Movement in America* (El Movimiento Anarquista Judío en Estados Unidos) (10).

por casi medio siglo habían diseminado la idea de una sociedad libre y sin Estado, basada en la organización voluntaria, entre los miles de lectores de idioma yiddish en los Estados Unidos y en otros muchos países».

(9) La Colonia Amanecer fue la última — y más importante — comunidad libertaria que ha existido en el presente siglo. Consúltese sobre las comunidades libertarias a E. Armand en *Formas de vida en común sin Estado ni autoridad* (Madrid 1934).

(10) En la revista libertaria *Noir et Rouge* (Negro y Rojo) de París, nº 34, junio de 1966, un corresponsal, joven anarquista judío, escribe: «¿Cuántos judíos hay nacidos antes, durante y después de la segunda guerra mundial que hayan aprendido el yiddish, o que sepan leerlo o escribirlo?» Lamentándose así de que las nuevas promocio-

nes de nuestros jóvenes libertarios judíos no tengan acceso a la vasta literatura ácrata publicada en dicha lengua. Es interesante asimismo transcribir el siguiente pasaje del joven aludido: «La débil audiencia del movimiento anarquista judío en el mundo de hoy se explica por razones numerosas y diversas que sería demasiado largo explicar aquí. Se debe notar, sin embargo, que una auténtica presencia libertaria subsiste en Israel. Hasta su muerte, ocurrida en 1964, *Abba Gordin* había además dedicado todos sus esfuerzos a la difusión de nuestras ideas. Además, yo he tenido personalmente la ocasión de comprobar que las teorías de *Kropotkin* y de *Gustav Landauer* no son desconocidas en Israel».

A continuación transcribimos la contestación de *Abba Gordin* a una pregunta que le formuló *Eugen Relgis*, durante la última visita del conocido humanitarista a Israel:

1º La libertad de conciencia debería extenderse con el

fin de acompañar a la libertad de convicción en las acciones políticas.

2º Propugno la formación de asociaciones de trabajadores y de compañías en donde los productores también sean accionistas.

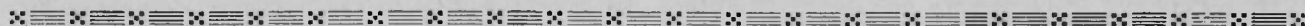
3º En vez de organizaciones con dispersión de organizadores y organizados, soy partidario de la auto-organización.

4º En vez de socialismo o comunismo, defiendo a la inter-individualización.

5º En lugar de la Democracia soy partidario de la Ego-cracia. Los hombres deberían ser libres, en sus dos capacidades: como constructores y como seres individuales.

6º He aquí mi fórmula revolucionaria: a) expropiación a los expropiadores; b) usurpación a los usurpadores; y c) desorganización a los desorganizadores.

7º Las masas deberían levantarse a la condición de Individuos Energéticos. El individuo debería levantarse a la condición de Personalidad Desarrollada.



ELLOS Y NOSOTROS

Se especula caprichosamente en torno a la desunión de los «vencedores de ayer», vencidos de mañana. No podemos negarlo. Hay dos Españas; existen, y debemos estudiarlas desapasionadamente.

La reacción nos ha vencido casi siempre. ¿A qué se debe es cúmulo de derrotas que registra la historia de la libertad de España? No es que ellos hayan sido positivos y creadores. Lo que ocurre es que el temperamento negativo de los nuestros no nos ha dejado triunfar. El español no sabe perder. Es mal jugador. Cuando vienen mal dadas, los reaccionarios se unen y apiñan. Nosotros, en la victoria, ya comenzamos a desunirnos, en la derrota nos hacemos polvo, y ante la posibilidad de recuperar las posiciones perdidas imponemos condiciones antes de asegurar posiciones.

En los momentos cruciales, los conservadores y reaccionarios aprietan filas, mientras que los parti-

darios de la libertad nos pasamos la vida polemizando, creando grupos y más grupos, fraguando la autodivisión y la dispersión cuando tendríamos que ser forjadores de la unión que conduce a los hombres y a los pueblos por el camino del triunfo.

Tras la España oficial, existe la verdadera España de los españoles que no quieren oír hablar de los defectos de un país, a pesar de que luchan para enmendar los desatinos del Estado unitario, creando la federación, o mejor dicho: La Confederación de Pueblos Hispánicos.

La imposibilidad de realizar sus ideas actuales en esta tierra no es otra cosa que la imposibilidad de alcanzar lo que hasta hoy es utopía, pero que ganando tiempo y trabajando el espacio puede ser la realidad tangible que hace civilización y que forma la nueva sociedad con nuevos pueblos.

La sociedad progresa por efecto de una extensión de los sentimientos morales, y a menos que el interés se sobreponga, es preciso que la piedad, la generosidad y el amor intervengan constantemente para impulsar a que dé un paso la solidaridad humana. La inteligencia puede abrir la vía, pero no da el impulso; toda la virtud es espontaneidad en su raíz. — Espinas.

ESPAÑA 1936-39

La política de Stalin perdió la guerra

por ABRAHAM GUILLEN

LA Revolución Española surgió defensivamente: la aristocracia, la burguesía, las clases medias acomodadas, el ejército y la iglesia tomaron la ofensiva el 18 de julio de 1936. Para el proletariado, si ha de contituirse en «clase dominante» y destruir, a su vez a todas las clases con su acto de liberación, para instaurar el socialismo (sin clases explotadoras ni explotadas), una revolución defensiva constituye, estratégicamente, un mal comienzo histórico y político, ya que la Revolución, para serlo de verdad, debe ser ofensiva o no será más que una parodia de insurrecciones de avances y retrocesos, según los intereses de los partidos y organizaciones que forman la coalición popular.

Los revolucionarios franceses de 1789-93 estuvieron unidos (derecha, izquierda y centro) hasta que la Revolución fue liquidando, sucesivamente a los grupos que le planteaban lo que ella dialécticamente no podía resolver en determinado tiempo. Los jacobinos llegaron al Poder, luego de unos meses de transacción política con los girondinos, pero la Revolución exigía que ellos, en su momento crítico, la condujeran, sin la derecha. Luego Robespierre se desprendió de la extrema izquierda y de las secciones armadas de París, para caer abatido por el propio Estado que él había fabricado para destruirse a sí mismo en Thermidor. Igualmente, Largo Caballero, al disolver las milicias, el poder de los comités, al restaurar el Poder de la policía, al renunciar a la guerra revolucionaria de guerrillas en territorio enemigo, al pasar del ejército revolucionario a un simple ejército regular, entregaba ese férreo Poder de Estado a sus enemigos, que pudieron así desalojarlo de la U. G. T. y arrestarle domiciliariamente, en Valencia, el 21 de octubre de 1937. En estrategia revolucionaria, es peligrosísimo aniquilar a la derecha y luego a la extrema izquierda, para ocupar una posición centrista con un Estado centralizado; Stalin repitió la experiencia de Robespierre, y si no en vida, después de muerto ha sido derrocado por su coro de aduladores, entre los cuales descollaba Kruschchev, que, a su vez, apoyado en un Estado represivo, en un «poder alienado y alienante», cayó como dictador de turno, instrumento momentáneo de la burocracia, constituida en «nueva clase dominante»...

REVOLUCION, PUEBLO Y DIRIGENTES

Para triunfar, una Revolución Social, que comience como una coalición de partidos y organizaciones, debe finalmente superar las tendencias oportunistas, ligadas a la burguesía nacional, al imperialismo y a la burocracia

soviética, en esta hora del mundo, que todavía está dentro del cuadro político, diplomático, estratégico y socio-económico de la Revolución Española: la más vigente en enseñanzas para el modelo de revolución occidental.

Si largo Caballero hubiera reforzado la alianza U.G.T.-C.N.T., extendido la guerra revolucionaria a la retaguardia facciosa, entrado en una revolución socialista de verdad (sin capitalismo de Estado al modo soviético) se habría así liberado del imperialismo condicionante de París y Londres, de los dictados de la burocracia soviética y de alianzas con la burguesía nacional izquierdizante, habría ganado la guerra, porque hubiera contado una alianza popular obrera y campesina en el marco amplio de la U.G.T.-C.N.T. Pero, al sustituir el poder popular de los comités obreros y campesinos por el poder del Estado, Largo Caballero preparó su Thermidor, quizá porque no era un revolucionario preparado para cumplir una gran misión histórica revolucionaria, luego de muchos años de burócrata sindical, sin amplios conocimientos económicos, estratégicos, políticos y dialécticos.

En adelante, para conducir la Revolución Española hace falta un equipo de revolucionarios que domine la estrategia de guerra revolucionaria, la economía, la política, la dialéctica, el manejo de los valores humanos y el sentido de la historia. Hemos perdido demasiadas revoluciones en el Poder, luego de haber sido ganadas por el pueblo español en las calles. El pueblo hispano ha derrotado varias veces a sus generales represivos y reaccionarios, pero luego ha sido entregado por sus malos conductores políticos y revolucionarios.

ESTRATEGIA Y POLITICA

EN una guerra revolucionaria la política y la guerra se unifican. La estrategia no está separada de la política; pero, en la Revolución Española de 1936-39, la política no estuvo al servicio de la guerra, sino la guerra al servicio de la política de... Stalin, de las trapisondas del Comité de No-Intervención (del cual formaba parte la URSS), de las intrigas del Partido Comunista, de la «pequeña política» de Indalecio Prieto (siempre empeñado en lograr un acuerdo con el enemigo por medio de Londres y París), del escepticismo de Manuel Azaña, de los esquemas tácticos de los consejeros militares soviéticos y de los oficiales profesionales españoles (que querían una guerra regular, sin guerra revolucionaria en la retaguardia fascista).

La «ayuda» soviética, contra el Tesoro español, enviado

a Rusia el 25 de octubre de 1936, con la venia de Azaña y Prieto, con la colaboración del sindicato bancario de la U. G. T. y la orden expresa del doctor Negrin (ministro de Hacienda del gobierno Largo Caballero), que entregó el oro a los soviéticos para comprar su ascenso a primer ministro, a la caída de Largo Caballero: esas páginas oscuras de la Revolución Española, en que el Tesoro público de un país es entregado a otro país y lo que restaba se quedó en «negocio privado» de Negrin, de Prieto, etc., etc., demuestran que la Revolución no podía ser ganada por dirigentes que, contra una «ayuda» extranjera (bien pagada en oro), perdían su campo financiero de maniobra internacional, sometándose, en adelante, a la estrategia, la política y las cambiantes del Kremlin, que enviaba armamentos a España, sin fijar su precio, a fin de que no se pudiera, en adelante, recuperar el oro español enviado a la Unión Soviética.

Disponiendo de oro contante y sonante, se pueden comprar armamentos en todas partes, pero los socialistas de derecha y los stalinistas prefirieron adquirirlos en Rusia, para formar las «divisiones comunistas» y las de carabineros de Negrin», que entrarían en Aragón, en 1938, para disolver, como «generales blancos», las colectividades y consejos populares anarcosindicalistas: (el único ensayo realmente socialista en España, donde la libertad y el socialismo marchaban paralelamente); pero Stalin no quería el socialismo en España, sino una «republicana burguesa», para no perder el mito internacional del «socialismo soviético, redentor del proletariado mundial».

La «ayuda» soviética, pagada a peso de oro, se convertía en material de guerra para las unidades comunistas o pro-comunistas, desarrollando así un poder de Estado favorable a la política stalinista, de la cual Negrin fue el gran instrumento. Prieto, para desprenderse de la izquierda de Largo Caballero, apoyó a Negrin. Los republicanos burgueses, a fin de evitar un gobierno dominado por la U. G. T.-C. N. T., con Caballero en la Presidencia, optaron también por Negrin. Así las cosas, los comunistas, que siempre habían hablado a la izquierda, en la primera oportunidad revolucionaria, viraban hacia la derecha, destituyendo a Largo Caballero para atacar luego a los comunistas libertarios y a la izquierda comunista marxista (P. O. U. M.), apoyándose en la policía y en el ejército regular republicano, durante los combates de mayo de 1937, en Barcelona.

La verdad es que el Movimiento Libertario español, ajeno a los problemas del oro hispano, más preocupado por luchar en los frentes, por formar colectividades agrarias y Comités de Cogestión U. G. T. - C. N. T. en la industria urbana, dejaron que Negrin manejara el tesoro español, sin tenerlo en cuenta. Con este enorme poder financiero Negrin y los stalinianos se iban haciendo más y más fuertes militarmente. A la caída de Largo Caballero, la C. N. T., la F. A. I., y las J. J. LL., si hubieran tenido una visión estratégica clara, tendrían que haber comenzado por infiltrar una gran parte de sus fuerzas armadas en la retaguardia de Franco, en la Andalucía liberada, donde millones de braceros del campo, perseguidos, amenazados de ir contra la pared, hubieran engrosado la guerrilla. Ese ejército a la espalda del ejército fascista hubiera sido la mejor garantía de triunfo contra Negrin y los stalinistas. La guerra revolucionaria no necesita de un apoyo logístico permanente, viniendo del exterior; en el caso de España, de la «ayuda» soviética. Y

cuando las cosas hubieran ido demasiado lejos, como en Barcelona, en mayo de 1937, no se debía de haber consentido que los stalinistas hicieran unilateralmente la diplomacia, la política y la estrategia, llevando la lucha contra ellos hasta el fin, si el gobierno no era modificado sustancialmente, para no caer víctimas de él, tarde o temprano, las verdades revolucionarias y las colectividades libertarias (disueltas en 1938 por las unidades militares stalinistas). Y en el peor de los casos, al final, con una guerrilla grande en Andalucía, se podía haber continuado la guerra guerrillera, aunque las tropas republicanas regulares hubieran dejado los frentes en marzo de 1939.

UNA REVOLUCION SIN DIRECCION

En España las condiciones revolucionarias siempre han sido superiores a los revolucionarios, desde los Comuneros de Castilla hasta la gran revolución de 1936-1939. Nos ha sobrado corazón, reñón, pero nos ha faltado cabeza, estrategia, dialéctica, economía, política racional, sentido de la historia, capacidad de conducción de masas insurreccionadas.

Los marxistas españoles, si se puede clasificar así a quienes saben muy poco de marxismo, en gran parte fueron pequeños burgueses de izquierda, sin visión global del socialismo ni del capitalismo. Indalecio Prieto era, cuando más, la izquierda de la burguesía. Largo Caballero no conocía ni las primeras páginas de «El Capital»; se decía que durante su detención en 1934-36, había comenzado a estudiar algo el «Manifiesto Comunista». José Díaz, Jesús Hernández, «La Pasionaria» y otros comunistas, no necesitaban pensar nada: todo venía resuelto desde Moscú, ya que el triunfo de la revolución rusa supone, en la alienación política por el stalinismo, la victoria en todo el mundo. Sin embargo, los hechos han demostrado que el Kremlin ha perdido las revoluciones polaca, búlgara, húngara, griega, iranesa (partido Tudhek), española, china (1927) y ha negociado con el imperialismo en Corea, Sudeste asiático, Cuba y en Medio Oriente (conflicto árabe-israelí de 1967). En lo fundamental, Stalin se entendió con Hitler para el reparto de Polonia, en 1939, dejando las manos libres al nazismo en Europa occidental, para que éste volviera luego hacia la Europa oriental, invadiendo Rusia en 1940. Y en 1963, soviéticos y anglosajones se han unido en el acuerdo de prescripción parcial de las pruebas nucleares y, en cierto modo, para un reparto de «zonas de influencia», lo cual explica la «prudencia» de la U. R. S. S. en junio de 1967, para no armar demasiado a los árabes, limitándose a posturas demagógicas, como la ruptura de relaciones diplomáticas con Israel.

En España, los gobiernos de republicanos de centro-izquierda, al estallar la revolución de julio de 1936, y el gobierno socialista-comunista-republicano, que condujo la guerra, no respondieron, estratégica y políticamente, al vigor revolucionario del pueblo español, que se planteaba una revolución socialista, pero que sus dirigentes socialistas-comunistas la querían burguesa, mansurrona, dócil a las democracias occidentales, por indicación del Kremlin, que pensaba «no arriesgar las cosas demasiado», en España, para evitar el estallido de una guerra mundial. La política del «Frente Popular» de Stalin era, en el fondo, por su contenido, la misma que la política de la «coexistencia pacífica» de Jruschev, Brejnev y Kossigin.

Largo Caballero y sus ministros socialistas, comunistas y republicanos no dieron satisfacción a los nacionalistas marroquíes, llegados a Valencia, para conversar con el gobierno republicano, a fin de pedir armas y medios financieros tendentes a desencadenar una guerra revolucionaria por la independencia del Marruecos español, en la propia retaguardia estratégica de Franco. Por no desairar a Francia con una revuelta nacionalista en Marruecos, Largo Caballero hacia la política de León Blum y de Stalin, que le pedían moderación, reflexión, extrema prudencia. Stalin se opuso, tenazmente, al bombardeo, por la aviación republicana, de la flota alemana que atacó a Almería el 31 de mayo de 1937.

Indalecio Prieto, ministro de Defensa, proponía el bombardeo de la flota de guerra alemana, para internacionalizar el conflicto español, lo cual era tener visión estratégica, pero Stalin ordenó a sus agentes y al Partido Comunista español que denunciaran el «aventurismo de Prieto»; si ello no daba resultado retirar los ministros comunistas del gobierno; en último extremo habría que atentar contra la vida de Prieto.

¿Cómo ganar así la guerra con un gobierno de medianías, que daba todo por las democracias burguesas sin contrapartida de nada, que hipotecaba el oro de España en Rusia (para quedar el país atado económicamente de pies y manos), que no estimulaba la revuelta marroquí nacionalista contra Franco, que Negrín (ministro de Hacienda) negaba créditos a las colectividades y fábricas controladas por la C. N. T. y que dejaba desarmado el frente de Aragón porque allí regía el comunismo libertario, mientras en Vasconia imperaba la burguesía, sin representación de la C. N. T. en el gobierno vasco, aunque la C. N. T. estuviera representada en el gobierno de Valencia, presidido por Largo Caballero?

CONTRASENTIDOS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

El gobierno republicano, con Giral, Largo Caballero o Negrín, fue dócil a las sugerencias moderadoras de Moscú, París y Londres, que frenaban la acción revolucionaria de las masas populares hispanas; pero dejaban hacer a los barcos de guerra y a los aviones nazifascistas de Hitler y Mussolini, desde el alzamiento faccioso, tanto que los aviones alemanes transportaron de Africa cerca de 30.000 soldados hasta Andalucía, para desencadenar la ofensiva de Extremadura hacia Madrid.

Durante el asedio de Bilbao por los franquistas, yendo las divisiones italianas al lado de las brigadas navarras de Solchaga, la flota facciosa, arrogantemente, decretó el «bloqueo del Cantábrico», para que no llegaran abastecimientos británicos a los católicos vascos. El «Almirante Cervera», crucero faccioso, comunicó a los barcos de guerra ingleses que las aguas territoriales españolas se extendían hasta las tres millas. El almirante Blake, desde el acorazado «Hood» respondió que Inglaterra no lo reconocía así, pero no hizo nada para demostrarlo. Cuando el buque mercante inglés «Seven Seas Spray» forzó el bloqueo rumbo a Bilbao, un destructor británico le comunicó que lo haría por su cuenta y riesgo. Y los franquistas no hicieron nada contra él.

Los aviones de «La Legión Cóndor», lo más escogido de

la fuerza aérea de Goering, podían destruir Guernica, transportar moros, legionarios y tropas desde Africa a España, los submarinos italianos y alemanes, cruceros y ocarazados, actuaban impunemente en las aguas del Mediterráneo y del Atlántico, cerca de España, para ayudar a los franquistas (para tirar a pique barcos soviéticos), mientras Francia e Inglaterra regateaban la venta de material de guerra al gobierno republicano, incluso pagándolo en oro contante y sonante. Tanto que en Francia quedó en 1939, una partida de unos 50 millones de dólares oro sin gastar (luego devueltos a Franco), debido a que el gobierno francés no hacia nada contra Franco, para dar satisfacción al gobierno inglés, a los conservadores Baldwin, Eden y Churchill, partidarios de la no-intervención que dejaba intervenir militarmente a los italianos y alemanes en España.

Frente a la política de las democracias burguesas, nuestra política debía haber llevado la guerra revolucionaria a Marruecos, con dinero y armamento españoles, y crear una enorme guerrilla en las retaguardias del ejército faccioso, para no ser esclavos de los envíos de material de guerra soviético y de las políticas ambivalentes de las burguesías liberales conservadoras de Inglaterra y Francia, más decisivas en su ayuda a Franco que los socialistas franceses y británicos con el gobierno de Giral, de Largo Caballero o de Negrín.

La guerra del Viet-Nam ha demostrado que una guerrilla puede abastecerse, principalmente, a expensas del enemigo; pero, para qué buscar un ejemplo reciente, los guerrilleros españoles, de la independencia contra Napoleón, probaron que se puede vivir y prosperar militarmente con unidades livianas guerrilleras, haciendo sabotajes, guerra a las comunicaciones del enemigo, emboscadas, operaciones contra tropas aisladas de su grueso, etc. La guerrilla nació en España, no en el Viet-Nam ni en ninguna otra parte, se entiende como un ejército de franco-tiradores que llega a constituirse finalmente en ejército de liberación, uniendo la guerra revolucionaria a la política democrática de liberación nacional.

Pero... ¿cómo ganar una guerra, como la guerra civil de España de 1936-1939, si en el frente Norte los vascos tenían capellanes en sus milicias y los asturianos comisarios; si en Vasconia se respetaba la propiedad privada y en Asturias había sido abolida, para las grandes empresas? Ello explica que los dirigentes vascos entregaran al enemigo unos 1.560 prisioneros, dejándoles irse entre las líneas de fuego para evitar sobre ellos las represalias de los asturianos.

Cuando el enemigo se acercó a Bilbao, los anarquistas volaron los puentes y ejecutaron, como traidores, a algunos nacionalistas vascos partidarios de la rendición. Una unidad de «guardias», de unos 1.200 guardias del orden pasó a la acción contra los militantes de la C. N. T. y contra los milicianos asturianos y santanderinos que trataban de organizar la defensa de Bilbao. Si se hubiera combatido en las calles el enemigo habría sido detenido como en Madrid, haciéndole muchas bajas, pero la burguesía vasca republicana prefería conservar sus viviendas y fábricas intactas, lo cual prueba que contra elementos de la misma clase explotadora es difícil llevar a cabo una guerra civil: se requieren para ello dos grandes clases antagonicas

ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCION

La capitulación del frente Norte se debió, en gran parte, a la falta de una estrategia coherente que combinase la guerra de guerrillas y la guerra de frentes regulares en toda España, para distraer una enorme masa de tropa franquista, en sus retaguardias sublevadas por los guerrilleros de la libertad, de la reforma agraria, de la liberación popular y del socialismo.

Como los socialistas y los comunistas dieron cobertura política a los nacionalistas vascos para que no figurara la C. N. T. en el gobierno de Vasconia, es evidente que con esa política reforzaban a la burguesía vasca, que se negó a la defensa de Bilbao y capituló, entregando sus tropas en Laredo y Santoña en el mes de octubre de 1937 a los generales italianos. Pero el pacto vasco-italiano fue desconocido por Franco, dejando prisioneros a todos los nacionalistas vascos, que abandonaban la defensa de Asturias y Santander bajo el ingenuo sentimiento político de que era una lucha que no les concernía, una vez perdida «su patria vasca». Es hora de que comprendan, de una vez por todas, los nacionalistas vascos y autonomistas catalanes y otros por el estilo, que no hay liberación regional sin instaurar una República Federal Española, base de la liberación nacional y regional. Hoy, como ayer, si se centraba la represión contra Vasconia o Cataluña, sólo la guerra revolucionaria hasta Andalucía y Extremadura, hasta todas las regiones del país, se conseguiría la libertad para vascos y catalanes. A la hora de las fronteras del satélite artificial, que da la vuelta a la Tierra en una hora, no debemos pelear por las fronteras feudales de la época del caballo. España debe ser una República Federativa, incluyendo también a Portugal, pues en la era atómica, cibernética y astronáutica, tiene más efectividad histórica y política la región económica que la provincia, propia del liberalismo, de la era del vapor, de las Cortes de Cádiz, a comienzos del siglo XIX.

Los vascos, que abandonaron las armas en Santoña y Laredo, que se negaron a ser guerrilleros, en un terreno con población favorable para ellos, dejaron el campo abierto al fascismo franquista, responsable del bombardeo de Guernica y del fusilamiento, no sólo de buenos burgueses vascos, sino de sacerdotes vascos y nacionalistas.

La guerra en el frente del Norte debía ser concucida por jefes revolucionarios y guerrilleros como Espoz y Mina, Malasaña, «El Empecinado», para aferrarse al terreno montañoso, combinando una tropa regular veloz con una vasta guerrilla, a fin de no dejar salir a Franco de ese foco por medio de batallas grandes a duración breve. Nuestra mala estrategia no supo obtener ventajas del general tiempo y del general espacio, que siempre ganan, cuando tienen población favorable. La vieja estrategia aspira a la ocupación del espacio por medio de la fuerza bruta del material de guerra y del número de soldados; pero la nueva estrategia trata de obtener el control de la población: el solo factor decisivo de la victoria militar; entre la estrategia logística (material de guerra y soldados) la estrategia de duración (prolongar una guerra ganando la población hasta que se desmoralice y abata un enemigo poderoso), siempre gana la población insurreccional y no los militares profesionales.

A la caída del frente Norte, el 2 de octubre de 1937, en Gijón, el general Pradas, con el asentimiento de los asesores soviéticos, de los militares comunistas y profesio-

nales Ciutat, Linares, Francisco Galán y almirante Fuentes, con la venia de socialistas y comunistas, se abandonó un frente con 45.000 hombres armados, que se podían haber convertido en un vasto ejército guerrillero, en terreno y población favorables, para no dejar que las divisiones franquistas del Norte fueran el Centro, Aragón y Levante, a decidir la victoria del lado del fascismo. Miles de asturianos quedaron sin dirección revolucionaria. Sólo un jefe de brigada no acató la orden del general Pradas para abandonar la lucha: el comandante Carrocera, un anarquista de verdad, un combatiente, que se hizo guerrillero, hasta que perdió la vida combatiendo. Los militares profesionales, a quienes Largo Caballero había dado el mando del frente Norte, no estaban preparados para convertirse en guerrilleros; miles de combatientes, que salieron en barquitos pesqueros fueron hechos prisioneros, en el mar por barcos fascistas.

¿Cómo ganar así una guerra, cuando Belarmino Tomás y Amador Fernández, dos dirigentes socialistas, dos ministros del gobierno asturiano, salieron el día 5 de octubre para Francia a fin de negociar con los franquistas un armisticio a cambio de no destruir la industria pesada asturiana en poder de los republicanos? En vez de hacerse guerrilleros, los dirigentes se convertían en diplomáticos capituladores. ¿Cómo ganar así la guerra civil en España de 1936-1939?

Al revisar la historia de la Revolución Española no lo hacemos con resentimiento, parcialidades y odios contra determinados hombres y partidos políticos. Nos hemos propuesto sacar las enseñanzas más positivas de la epopeya de los años de fuego 1936-1939, para que nos sirva ahora pedagógicamente para derrocar a Franco: inmovible en su poder omnimodo 30 años después, como si fuera un poder de hierro cuando, en realidad, es un poder de cartón, pues se trata de un «caudillo» de paja siempre que hoy sepamos emplear contra él la estrategia de la guerra revolucionaria.

Si hay alguna región que presente todas las características favorables para liquidar la dictadura de Franco, esa región es Vasconia, donde el 90 por 100 de la población es contraria al franquismo. Las equivocaciones de 1937, con la capitulación de Laredo y Santoña, con la rendición de los nacionalistas vascos, deben ser enmendadas en 1968, reforzando la Alianza Sindical.

MADRID Y LA «COMMUNE DE PARIS»

La situación en Francia, en 1870-71 era propicia a la revolución popular: una guerra perdida siempre produce una revolución cuando el pueblo cuenta con una vanguardia insurreccional. La derrota bonapartista de Sedán, frente al ejército alemán, creó todas las condiciones políticas para la revolución de marzo de 1871, en París, Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Narbona, Toulouse, Limoges y otras comarcas y regiones de Francia.

Pero a diferencia de Madrid, en el 18 de julio de 1936, el 18 de marzo de 1871 en París, derivaba de un levantamiento interno parisino frente al ejército vencido en Sedán, que, con la venia de los prusianos, luego habría de poner sitio a París. Madrid, al contrario, tenía el ejército reaccionario dentro de la ciudad; París fuera. Madrid venció dentro, en una vasta y encarnizada batalla, cuartel por cuartel, poniendo al pueblo en armas. Una vez

vencido el ejército, Madrid salió a la periferia tomando Vicálvaro, Carabanchel, Campamento, Leganés, Alcalá de Henares, Guadalajara, Toledo (parcialmente) y Cuenca. En cambio, la Commune de Paris no fue capaz de articular estratégicamente con Paris a Lyon, Marsella, Saint-Etienne, Narbona, Le Creusot, Limoges, Toulouse y otras «communes», levantadas en armas contra el bonapartismo, derrotado en Sedán. La estrategia de Madrid fue centripeta, dentro de la ciudad, hasta vencer al ejército sublevado contra el pueblo; luego se convirtió en estrategia centrifuga, rompiendo el dogal estratégico de la urbe al tomar los cantones periféricos militares, situados a unos 10 a 50 kilómetros de la capital hispana, en dos grandes círculos concéntricos de hierro. Si Paris hubiera practicado la estrategia de Madrid, habría extendido la revolución a toda Francia en marzo de 1871, evitando así el sitio de los versalleses, conducidos políticamente por Thiers y estratégicamente por Mac-Mahon, vencido por Moltke, pero vencedor sobre los «communards».

Los «communards» no tuvieron una estrategia brillante: pudieron vencer al ejército de Mac-Mahon, mejor que lo había vencido Molke, en Sedan, a condición de tomar la ofensiva, como Madrid, en el 18 de julio de 1936, saliendo a la periferia, cercana y lejana, de la ciudad, a fin de conseguir autonomía logística: espacio económico apropiado, amplio terreno para la maniobra militar. Madrid, por consiguiente, tiene una vigencia absoluta en la estrategia insurreccional popular: las luchas urbanas en Estados Unidos, racistas y de protesta contra la guerra del Viet-Nam, indicarían, 30 años después de la Revolución Española de 1936-39, que el fin del capitalismo se centrará en la estrategia de la guerrilla y la guerra urbana, sobre todo, en países de fuerte base industrial, con más del 50 % de la población en las ciudades. Pero la guerra urbana, punto de partida inicial, ya sea como «recalentamiento» de las masas (guerrilla urbana móvil, oculta en los bosques de cemento), o bien guerra grande (Madrid 1936, Paris 1871, Petrogrado 1917, etc.); ambas formas de guerra deben tener presente que una ciudad levantada en armas, si se deja seducir por el localismo (cantonalismo o comunismo), sin salir a combatir por el espacio logístico apropiado, puede ser derrotada por un ejército regular que establezca un cerco estratégico, como hicieron los versalleses, en 1871, contra los «communards» de Paris.

Sin embargo, los revolucionarios «communards» contaban inicialmente con una correlación de fuerzas estratégica que les era favorable el 18 de marzo de 1871. Tenían 126 batallones del ejército voluntario revolucionario, 66 mil hombres de la Guardia Nacional, 1.106.000 hombres de la guardia sedentaria, además una masa importante de artillería tomada en los arsenales de Paris. Los versalleses, el 18 de marzo, sólo disponían de un ejército de 63 mil hombres; pero pronto llegaron 63.000 soldados más; por un acuerdo entre Thiers y Bismarck, para reprimir a los «communards» fueron autorizados a llegar más y más soldados al cerco de Paris, en cuya periferia también estaban los prusianos.

La Comuna de Paris de 1871 sólo podía ganar sacando hacia afuera al pueblo en armas: tomando la ofensiva, inmediatamente, el 18 de marzo, para llevar la Revolución al resto de Francia uniéndolo así estrechamente con Paris los núcleos insurreccionales dispersos de Marsella, Lyon, Narbona, St.-Etienne, Limoges, Toulouse, etc. El 18 de marzo la correlación de fuerzas en presencia era fa-

vorable a los «communards» pero al no tener éstos la ofensiva sobre los versalleses, al quedarse en posición estática, creyendo que hay liberación local, sin triunfo nacional total, sin llevar la guerra revolucionaria, profundamente, a las retaguardias del enemigo, es así entregarse al dogal estratégico, al cerco del adversario, a la agonía económica de una ciudad.

En la estrategia, interviene menos la táctica que la política y la economía. Una ciudad, es sobre todo, un vasto complejo económico separado de la naturaleza: sus fuentes de materias primas y de abastecimientos, de alimentos, se encuentran en el campo. A la ley de la división social del trabajo entre campo y ciudad, propia del capitalismo, corresponde una estrategia en que, si no se hace una alianza obrera y campesina, no puede triunfar ni una revolución urbana ni una revolución campesina, independientes la una de la otra. Sin embargo, la Revolución triunfa más rápidamente cuando comienza en las ciudades y se extiende rápidamente al campo, saliendo el pueblo en armas desde las urbes a los campos.

EL TEMPLO DE LOS HECHOS

EN plena civilización capitalista, cuando la ley de la centralización del capital determina una centralización de la población en las urbes (en grandes empresas, tipo General Motors, con más de medio millón de obreros y empleados), es absurdo hacer la guerra a lo Robin Hood, en los bosques, despreciando, estúpidamente, la guerra de calles, la guerrilla urbana, hasta que ella produzca un levantamiento general como Madrid en 1936, Paris en 1871, Petrogrado en 1917, etc. A medida que se desarrolla el capitalismo concentra la población en las ciudades, mientras opera, dialécticamente, una despoblación en los campos. Si en la Edad Media, cuando el 80 o el 90 por ciento de la masa humana estaba en el campo, no han triunfado las guerras campesinas, es poco estratégico en 1967, volver a la guerrilla rural como única forma de abatir una sociedad burguesa, capitalista, urbana. He ahí lo que no han comprendido ni Fidel Castro, ni el «Che» Guevara, ni otros teóricos del guerrillerismo montaraz. Ello sería explicable políticamente: pues al no tener mucha clientela política en las ciudades el castrismo, piensa crear población favorable a partir de la guerrilla de montaña. Ello es un gran error estratégico y político: pues una pequeña guerrilla urbana, calentando huelgas, manifestaciones y haciendo pequeñas operaciones, podría producir, a partir de la guerrilla urbana, condiciones insurreccionales mejores que con la guerrilla rural.

La estrategia comprende la guerra total, todo un pueblo, una nación o un bloque de naciones, ejerciendo la violencia como un medio para realizar la política, por otros medios que los pacíficos. La guerra, sociológicamente, es una forma de la lucha de clases mistificada como lucha entre naciones y bloques de naciones, pobres y ricos, que se proponen siempre un nuevo reparto del mundo, de las zonas de influencia, de las materias primas, de los mercados, de la geografía económica y estratégica del mundo.

En la guerra total, cuya forma más lograda es la guerra revolucionaria, con todo un pueblo en armas, no hay que confundir lo estratégico con lo táctico, a menos de exponerse a perder la Revolución. Los «communards» de

Paris fracasaron más por la política que por la táctica: las tendencias autonomistas de «La Commune», opuestas a gobernar totalmente a Francia, crearon una política de guerra sin perspectiva estratégica amplia contra el enemigo, que pudo así moverse fácilmente, en tiempo y espacio, para acorralar a París que, sin sostén logístico, sin vincularse a toda la geografía de Francia, tenía, necesariamente, que sucumbir. Madrid, por el contrario, siempre unido al cordón umbilical de la Nación, resistió un sitio de 30 meses: se rindió el último día de la guerra, cuando todos los frentes fueron abandonados por una Junta de Defensa de Madrid, en que no había ningún revolucionario, ningún estratega de la guerra revolucionaria, que metiera una gran parte del ejército republicano, profundamente, en Andalucía, para extender la guerra en superficie, la guerra revolucionaria, en la retaguardia facciosa, donde la población le era menos favorable a Franco.

Como modelo de guerra urbana, Madrid aporta a la estrategia de la Revolución popular un capítulo vivo, siempre actual, un mensaje revolucionario permanente, que no tiene ni la Comuna de París de 1871, ni los movimientos revolucionarios europeos de 1848, cuando triunfaba en Europa la revolución burguesa liberal, si bien en Francia era ya una revolución social, con la economía de cogestión en los «talleres nacionales», forma de economía socialista recomendada por Luis Blanc.

En una guerra revolucionaria, si el pueblo está ya, en masa, en la calle, opera con una estrategia de guerra total, un vasto frente en superficie, por todas partes, para tomar al ejército regular de frente y de revés, como en Madrid, el 18 de julio de 1936; pero si hay que «calentar» progresivamente a la población, se recurre a la estrategia de la alcachofa: atacar poco a poco, con una guerrilla urbana y rural, combinadas, hasta que todo termina en una guerra relámpago, con el triunfo del bando que dure más moral y políticamente.

El talento y el genio

¿A qué hablar de talento y de genio? Esta superioridad, reclamada con tan ridícula insistencia por vuestras sedicentes capacidades, es una rapina ejercida sobre el producto del trabajador que, bajo el pretexto de imperiosidad funcional, mantenéis en la sumisión. Desarrollad estas inteligencias, dad forma a estos órganos, emancipad estas almas, mortales agotados y secos por el egoísmo, y veremos a qué se reduce vuestra pretendida superioridad.

¡Talento y genio! Palabras sublimes con que la sociedad gusta recompensar, como a centinelas de avanzada en su camino, a éstos sus más precoces hijos, pero palabras funestas, que han producido más esclavos que el nombre de libertad ha hecho ciudadanos.

¡Talento y genio! A estos nombres mágicos, como una invocación a la divinidad, el rebaño de los humanos se prosterna; la voluntad muere en las conciencias subyugadas; el espíritu se detiene encadenado por la fascinación del miedo. «Mi genio maravillado tiembla ante el tuyo», decía Nerón hablando de Agripina, y la historia nos enseña que el más cruel de los Césares fue sólo un niño pusilánime.

No dudemos ni un solo momento; todos estos viles cortesanos de una grandeza usurpada, todos estos pensadores sin energía, estos escritores sin carácter, estos imitadores serviles son hijos del miedo.

«Todos nacemos originales — dijo el poeta indomable de las noches —. ¿Cómo se comprende, pues, que muramos siendo simples copistas?»

Es que la aparición de una inteligencia nos quita

el sentido del valor. Es el miedo que vuelve estériles ciertas épocas, como ciertos estados tributarios; es el miedo de los siglos antiguos el que trae la era de las decadencias, y cuando los tiranos quieren subyugar a las naciones, les infiltran el miedo a la virtud, les dicen que no es tiempo ya, que han degenerado sus padres.

He aquí por qué las sociedades han tenido, hasta el presente, períodos de sueño y de renacimiento; he aquí por qué toda manifestación del espíritu, igual que la de la libertad, ha principiado por la rebeldía. El hombre, anulado al principio ante estos ídolos que en su imaginación cree terribles, recupera insensiblemente el perdido valor; con el tiempo y el hábito, su miedo y su respeto disminuyen; cansado de obedecer, levántase de improviso, y mucho tiempo antes que su razón, su corazón ha proclamado la igualdad.

Dejad, pues, crecer estas jóvenes inteligencias a las que asustan vuestras demostraciones de genio, y cesad de mendigar para el talento una indigna gaveta, cuando tantas almas vense privadas del espiritual alimento. Quien no ha podido concurrir no merece tampoco que se le hagan cargos por ello, y nadie tiene derecho de llamar cobarde al que la servidumbre ha mutilado. ¡Ah! Desatad esa mano que la miseria tiene atrofiada, dad impulso a ese pensamiento cautivo, colocad a ese hombre en las condiciones que Natura quiera y empujadle en su fuerza y en su juventud; después, si se sonroja ante sus iguales, si el respeto de sus semejantes le humilla, si se aparta de la más noble misión, oíd: no es un ciudadano, es un esclavo.

P. J. PROUDHON



Puntualizaciones revolucionarias

OPOSICION. f. Acción de oponerse: oposición sistemática. Contraste entre dos cosas. Posición de una cosa frente a otra. Concurso, examen para la obtención de ciertos empleos. Minoría que se opone a los actos del gobierno.

CLANDESTINIDAD. f. Carácter secreto.

Clandestino, na, adjetivo: Secreto: reunión clandestina. En resumen: son los descontentos contra un determinado estado de cosas que están fuera de la ley.

Sin lugar a dudas hay muchas maneras de hacer oposición. Existe la obstrucción parlamentaria que va minando lentamente la obra del adversario o enemigo. También existe la oposición crítica que, con razones sobradas o por sistema, ni hace ni deja hacer. Ciertas maneras de oposición son puramente contemplativas, o si se quiere, platónicas. Y hay la oposición resuelta, gallarda y práctica que no cede ni transige ni deja en paz al enemigo para que no se rehaga. Cuando esta forma de oposición toma cuerpo, ha de pasar a la clandestinidad para no ser dominada. Deja de ser concurso, o examen para la obtención de ciertos empleos, de ciertas ventajas y prebendas en el poder. Es la minoría que aspira a ser mayoría, o la mayoría desbancada por la violencia del enemigo que va en busca del terreno perdido, de la batalla frustrada, trocándola en victoria; del triunfo cueste lo que cueste.

Si la clandestinidad no tiene un carácter puramente secreto lleva todas las de perder. El que está fuera de la ley debe aspirar a burlar la ley, no cayendo esclavo ni prisionero de ésta. Ha de hacerla polvo, para imponer su hegemonía. En toda lucha hay vencedores y vencidos.

Se trata, pues, de vencer. Y se vence convenciendo, o mejor dicho, convirtiendo. Pero esto no es posible más que en tiempos de paz. Cuando se está en guerra, hay que ganarla cueste lo que cueste; y si no se quiere la guerra o repugna, lo mejor es no aceptarla. (Entregarse materialmente antes de entablar la lucha decisiva). Esta actitud adoptada por tribus, grupos y civilizaciones a través de la historia, les ha conducido a desaparecer, siendo embebidas y engullidas por los más fuertes.

La oposición puede permitirse el lujo de conllevarse, de dejar hacer; aspira a una voluntad de potencia puramente hipotética. La clandestinidad es el ser en activo, la potencia que no puede declinar en ningún momento, la lucha ineludible que

sólo tiene escrito un lema en el arma de combate: **el triunfo.**

Cierto que la clandestinidad, por correr todos los riesgos, ha de manejar la astucia, recurrir a la habilidad, tomar los objetivos por donde haya menos dificultades y ocasionan menos pérdidas. Quienes están en guerra deben tener en cuenta la frase de siempre: «Ojo por ojo y diente por diente», que los revolucionarios modernos han convertido en otro axioma: «¡Qué importa la salvación de uno solo si queda el viejo mundo en pie!»

Se acepta la lucha o no se acepta. Se es más cuanto más se lucha. La clandestinidad es la antecámara de la muerte, o el camino esplendoroso que lleva a la victoria. No puede abandonarse la clandestinidad más que en una ocasión única: la de haber aniquilado completamente al enemigo común de todos. Las grandes causas no capitulan. Los hombres íntegros no ceden. El grito de Goethe vuelve a resonar como mensaje de combate: «Que la victoria pase por encima de los templos».

LA NOCHE

por Juana de Ibarbourou

La fábula del día
Termina en la garganta de la tarde
De túnica morada. Sólo arde
la última palabra desmedida,
La del amor que no se acaba nunca,
Final mentira.

La noche, bestia triste.

Llega insomne y callada,
Ni un ángel la custodia
Ni siquiera la mide la esperanza.

Cuando la luz retorna
Y el aljófara endulza las gramillas
Del alba, siempre desesperada
Se ahorca en el ciprés de la mañana.

La noche, bestia ávida.

Y de su muerte se alza el nuevo día
Ahito de dolores y de trampas.

ROMANCE CABAL PARA ANTONIO

(¡Si Federico estuviera aquí con nosotros!)

Antonio Machado y Ruiz,
hijo y nieto de silencios,
con una mano en la aurora
y otra sangrando en el pecho,
viene digno y bien plantado
vestido de polvo y negro.
La verdad, hecha palabras,
le brilla en los ojos llenos
de una amargura que canta
por las orillas del Duero.
Y la canción entonada
con la sangre fría en medio,
la repiten asustados
olivares y robledos.
Y en lo hondo del camino
que hay de la Idea al Pueblo,
guardia civil patriotera
pica en su llaga el acero.

El día se queda corto
para escapar del asedio.
La luna perpleja agota
su plata sobre su espejo
que las niñas españolas
esquivarán en sus sueños.
La tarde cae sorprendida
de ver al ocaso preso
entre barrotes de llanto
frío con fríos eternos.
Margarita, ensangrentada,
se hace amapola en el seno
de la tierra abierta y pronta
para enterrar a sus muertos.
Las aceitunas esperan,
carcomidas en sus huesos,
ungir la frente arrugada
del dolor que hay en el yermo.

Antonio Machado y Ruiz,
de su tristeza hijo y nieto,
se va cargado de muerte
entre limpios desesperos.

Don Antonio, ¿tú, quién eres?
Si te buscaran el cielo,
en tus manos se hallaría
con una espina por cetro.
¿Se arrebatan las campanas
de las yemas de tus dedos?
¿Qué rabias de alarma lírica
se te escapan de tus versos?
Que tú eres hijo de España
y un toro te sangra dentro,
como una fuente de gritos
que se ahogaron sin saberlo.
¡Ya se acabaron las horas
de Soria, donde te vieron
con tu lirismo andaluz,
tu buena palabra haciendo!
Y entre el dolor y las palmas
del cante y del desespero,
están raras las distancias
que hay de Jerez a Toledo.

En el año treinta y nueve
se acabaron sus alientos
en un lugar donde el aire
dijo España y puso un beso.
Francia, otorgando tenía
un culpable pensamiento
y cerró con cruces pardas
la línea del Pirineo.
Y en el año treinta y nueve
Castilla toda, de negro,
se exilia en la eternidad
de estos brotes de renuevo.

CARA AL SURCO

Grabado en Cristóbal

¡Ay, Cristóbal!, la raíz quemada
de nuestro español, que pregunta a cada
surco, como si fuera de pan:
¿y habré de comer mañana?

ABARRATEGUI

LA IDEA

por EUGEN RELGIS

A veces en mí despiertan
sentidos desconocidos
que vienen de la hondura de la noche,
de mundos que murieron hace mucho.
Me pregunto asombrado por qué vivo
tan tarde, en este siglo...
Podía haber nacido en otros tiempos
venturosos, felices.

Envuelto en sombras pálidas me quedo
en prolongada espera
y escucho en mí mismo y me parece
que otra vida está corriendo en mí.
Los seres fantasmales se deslizan,
luego se desarrolla en un abismo
la escenificación paradisiaca,
y me veo a mí mismo en el antiguo Edén.

Camino alegre bajo espesas frondas,
estoy vagando desde la alborada,
y miro tantas cosas
curioso y siempre ingenuo...
Bajo a un manantial por un declive
para saciar mi sed
y luego, codicioso,
tiendo mi mano hacia las frutas altas
hasta que muerdo la sabrosa pulpa.

Me acuesto ahito en la mullida hierba
bajo los cielos deslumbrantes, cálidos.
Mi cuerpo se sumerge en los ensueños
y el silencio murmura junto a mí.

Cuando palpo mi pecho
yo siento los latidos
y los escalofríos del corazón,
ya que de algún lugar corre la vida,
despacio, y se escurre no sé a dónde...
Y siento el primer deseo lúcido.
¿De dónde viene? ¿Acaso desde el cielo,
de las copas frondosas o del sol?
— Y penetra la duda y me taladra...

¿Tú quién eres? ¿Quién eres?
De un salto, confundido, miro a mi alrededor
y oigo los golpes de mi corazón.
Dispuesto a degollar, salvaje y cruel,
busco a la fiera ¿Quién eres?
En vano: no la encuentro, no la veo...
Me recuesto en la hierba y, sonriendo,
de nuevo me hundo extático en la paz...

(Versión castellana de P. R. Troise.)

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — **Eugen Relgis:** Entre la guerra y la paz.— El tiempo. — **Ramón Liarte:** El Anarquismo al día. — **Carpio Carpio:** Mundo, trabajo y sociedad. — ¡La leyenda del trabajo!—**Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — La cooperación libre. — **Luce Fabri:** Entre la historia y la utopía. — **Ricardo Mella:** Ideario. — **Gerrero Lucas:** Biafra. — **Anónimo:** La mosca y la araña (fábula). — **Figuras españolas:** Cervantes. — **Vladimir Muñoz:** Una tarde con Eugen Relgis. — **Han Ryner:** La fuente. — **Abarrátegui:** Don Antonio cantado.

184

Septiembre - Octubre 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.

4P 5523



Badi
vitali

NUESTRA PORTADA

A esbelta silueta de la Giralda se recorta sobre el tosco madero en que fue crucificado el Cristo hispano por su amor a la humanidad. Pero esa catedral que eleva sus agudas torres hacia el intenso azul del cielo español, no es una joya de arte ni un templo de la fe cristiana; es la Iglesia española con sus inquisidores, sus hogueras y sus tormentos. Por eso su escalinata mana sangre, que gota a gota, sin interrupción después de siglos, rueda por los peldaños, moja la llaga roja como un clavel del pueblo martirizado, que se desangra día tras día.

Estos templos lavados con la sangre de todos los mártires de la libertad y del divino amor humano, no son la expresión del espíritu religioso de un pueblo, sino reflejo del fanatismo clerical, que bendice a los mercaderes que se enriquecen con la miseria del pueblo español y al tirano que ha montado su trono sobre un montón de calaveras.



REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Septiembre - Octubre de 1968

N.º 184

EDITORIAL



El bolchevismo enemigo de los pueblos

ES rigurosamente cierto que un mal principio no puede desembocar en un buen fin. Lo que mal se comienza mal acaba. Y es que no se puede edificar un edificio gigantesco sobre cimientos movedizos, falsos. El hundimiento es inevitable. Desde el mismo instante en que el bolchevismo se apoderó del poder político, los militantes anarquistas denunciaron ante la opinión pública internacional, el crimen fraguado por los dirigentes comunistas contra la revolución rusa. Hombres clarividentes como el riguroso historiador Volin, nos presentó en su famosa obra «La Revolución desconocida», los métodos dictatoriales e inhumanos del comunismo totalitario que éste pusiera en práctica para ahogar una de las revoluciones más decisivas de la historia moderna.

Pero eran los tiempos del natalicio bolchevique. Numerosas inteligencias infantiles esperaban de la dictadura del proletariado nada menos que la panacea de la emancipación universal. Los anarquistas fuimos acusados de herejes, de irredimibles, de enemigos de la clase obrera, de pequeño-busgueses al servicio de la contrarrevolución. Todos los anatemas fueron lanzados contra nosotros. La Iglesia Roja sabía dónde tenía el enemigo más difícil de vencer. Había que arrancar de raíz el árbol frondoso de la anarquía, para que ésta no fuese más el brazo izquierdo de la revolución; el brazo y cerebro del comunismo con libertad.

Nuestro maestro, Rudolf Rocker, con amplia visión del socialismo y certero juicio revolucionario, había de escribir la obra más acabada contra el comunismo totalitario. En su libro «Bolchevismo y anarquismo», a manera de introducción, hace las siguientes afirmaciones que el tiempo y los acontecimientos se han encargado de confirmar. Helas aquí:

«Rusia se encuentra desde tiempo atrás en un estado de crisis, cuyas consecuencias tendrán un significado mucho más grande para el porvenir ruso que todos los anteriores acontecimientos que removieron el país durante la actual revolución. Los compromisos económicos del gobierno ruso con el capitalismo extranjero, la sublevación de Cronstadt, la guerra abierta a los anarquistas y sindicalistas declarada por Lenin en el X Congreso del Partido Comunista Ruso, las persecuciones horribles a los socialistas de todas las tendencias y partidos que no son bolcheviques, la crisis interna del mismo Partido Comunista, que ya originó ciertas diferencias entre el gobierno soviético y la Tercera Internacional, son todos síntomas cuya importancia no es posible desmentir y cuya incidencia en el movimiento obrero de los diversos países nadie debe ignorar. Debido a este significado extraordinario de la crisis para el movimiento socialista internacional, nos vemos obligados a tomar una abierta y decidida actitud en dicha cuestión, sabiendo bien que nuestra misión es por demás ardua y que está ligada a muchas responsabilidades.»

Preciso era tener una voluntad a toda prueba, una honradez sin tacha, una conducta impecable, una trayectoria rectilínea, para expresarse como lo hizo el anarquismo militante desde la hora exacta en que los bolcheviques se decidieron a estrangular la Revolución de Octubre

para crear el Estado por ellos concebido. No obstante, hemos tenido que pasar por un calvario de calumnias, insidias y ataques, hasta poder demostrar que nuestras afirmaciones revolucionarias eran, y siguen siendo, de una exactitud interior no superada por nada ni por nadie. A la vuelta de cincuenta años de experiencias comunistas dictatoriales, son todas las tendencias y sectores del mundo las que condenan el genocidio comunista estatal perpetrado contra los hombres y los pueblos. Y son los mismos comunistas sedientos de libertad quienes se rebelan contra el bolchevismo ruso, enemigo de la justicia social e incubador de un nacionalismo agresivo y violento que devora a los mismos hijos por él engendrados para saciar sus ansias repugnantes de predominio político y consolidar un poder autócrata al servicio de una oligarquía sin escrúpulos que pretende dominar por la fuerza del terror y el imperio de las bayonetas.

El asunto de Checoslovaquia no es un caso aparte. No es más que un nuevo eslabón de la cadena forjada en los talleres del P. C. ruso para encadenar y someter a los pueblos que avanzan hacia la libertad. La traición de Moscú a la causa manumisora de la liberación humana, debe ser condenada de tal manera que el bolchevismo no pueda clavar nunca más sus zarpas de hierro en el cuerpo palpitante de la geografía y la historia.

Lenín recogió la lección maldita de Robespierre para acabar con todos sus adversarios y enemigos. Al grito de «Enemigos a sueldo extranjero» se envió a los herbetistas a la guillotina. Los maximalistas fueron presentados como contrarrevolucionarios. Los insurrectos de Cronstadt no corrieron mejor suerte. ¡Qué cara hemos pagado tamaña experiencia! Los hombres tenían fe en la revolución triunfante. Hasta en los países latinos, de puro abolengo libertario y bakuninista, millares de trabajadores creyeron ver el el bolchevismo una trayectoria trazada hacia el anarquismo. Y es que los auténticos revolucionarios no se resignaban a ver una revolución traicionada, esperando el milagro social por todas partes.

Por ser de una elocuencia profética excepcional, seguiremos dando la pluma al maestro y vidente Rucker: «Esta misma actitud asumieron nuestros camaradas de Rusia y de los demás países. Hombres como Kropotkin, Malatesta, Domela Nieuvenhuis, Bertone, Sebastián Faure y muchos otros, que desde el comienzo fueron contrarios a los bolcheviques, al hallarse Rusia en peligro no dejaron un solo momento de defenderla de los ataques contrarrevolucionarios, no porque estuvieran de acuerdo con las ideas y métodos bolcheviques, sino porque eran revolucionarios y anarquistas.»

La fiera es incapaz de reconocer la generosidad del hombre.

Una ejecutoria digna y honrosa como la del movimiento anarquista mundial está a salvo de todo compromiso con los enemigos de la clase obrera de no importa qué bandería, nacionalismo o confesión. Cuando gritamos: «¡Hungria debe ser libre!», no aprobamos el crimen norteamericano cometido contra el pueblo vietnamita; cuando defendemos a Checoslovaquia, atacamos con la misma energía la doblez cañita del Vaticano y su apoyo a la devastación del pueblo bialfren; cuando pedimos libertad para España y Portugal, la pedimos también para Cuba y Rusia. El anarquismo no pacta con ningún enemigo del pueblo, la Casa Blanca, la C. I. A., el Vaticano, el Kremlin, Londres y Pekín, pasando por El Pardo y todas las rutas reaccionarias, conservadoras, fascistas, totalitarias y religiosas, han sido y serán barridas por el anarquismo militante porque somos la libertad que no se doblega, la revolución que no se rinde, la idea insobornable, la nueva organización del mundo que tiene por lema el amor y la fraternidad universales y universalistas.

Cuando la exquisita y deliciosa Hungria se alzó contra el bolchevismo, los sicarios del Kremlin denunciaron a este pueblo como servidor del imperialismo capitalista internacional. Difícil es repetir la misma faena. El truco estaba demasiado visto y no podía reponerse en juego. Ahora es Checoslovaquia, y a su lado la misma dirección del P. C. checo, quienes lanzan la protesta contra Brejnev y el gobierno de la U. R. S. S., porque los pueblos amantes de la independencia y la libertad luchan para dirigir sus propios destinos.

No se puede volver atrás. Los tiempos han evolucionado. La historia social ha cambiado de rumbo. Los 21 puntos de Lenín y Zinoviev han quedado partidos en mil pedazos. La Revolución desconocida, es estudiada y descubierta por el mundo intelectual y obrero. El anarquismo avanza, mientras los Partidos Comunistas se hunden en sus propias contradicciones. No hay más que un Comunismo justo y rebosante de generosidad humana: el comunismo libertario postulado por los anarquistas.

Entre la guerra y la paz

por EUGEN RELGIS

HE aquí algunas líneas del prólogo a un estudio sobre las guerras: «Estudiando las guerras desde el punto de vista de su evolución, tendremos una explicación general y completa de estos fenómenos. De este modo podremos darnos cuenta si ellos constituyen un bien o un mal para la humanidad, y cual debe ser nuestra actitud ante las interminables discusiones entre pacifistas y militaristas.» — (M. Fundatzeanu: «Sobre las guerras»).

¡Terrible objetividad científica! Parece que una máquina conectada a un megáfono, compone y lanza frases como las reproducidas más arriba. Solemne, impersonal e infaliblemente, ella — la ciencia — nos dirá si las guerras «constituyen un bien o un mal para la humanidad». ¿Estos científicos «objetivos» no son, acaso, capaces de experimentar por lo menos la emoción intelectual del sufrimiento ajeno? ¿El drama de la especie humana no tiene ninguna repercusión en su corazón? ¿Es posible estudiar las atrocidades de la guerra como si fueran meras piezas clasificadas en su museo?

Y cuando pensamos que una concha puede concentrar en sí misma toda la agitación de mar y repercutirla en ecos que parecen la respuesta natural de una cosa viva a otra cosa viva, deseáramos entonces que estos científicos «objetivos» fuesen llevados por algunos días a las trincheras, sometidos a la férrea disciplina de los soldados y lanzados juntos con ellos contra el «enemigo». Que vivan en carne propia la realidad de la guerra, y no que la estudien en su gabinete confortable. ¿Podrán discutir entonces, en su soberbia «impersonalidad» si la guerra constituye un bien o un mal para esta pobre humanidad masacrada? ¿O comprenderán finalmente qué verdad resuena a través de este grito del poeta Franz Werfel, el cual, sí, ha vivido la guerra?...

..

¿Guerra en la naturaleza? No. En la naturaleza sólo existe «la lucha por la vida», y esto significa, para el hombre: lucha por el dominio de la naturaleza. La guerra es un «invento» exclusivamente humano, surgido de la avidez de posesión, fomentado por la sed de dominación y asentado sobre una moral falsa, injusta, forzada. Si hubiese una «moral» entre los tigres, entonces podría plantearse el problema de la guerra y la paz entre los tigres también.

..

Una cromolitografía que se vendía en beneficio de los inválidos, huérfanos y viudas de guerra, representa una escena de matanza en el «campo de honor». En medio de la batalla, como una figura angélica superpuesta a una visión infernal, está colocado el retrato de la reina del país, vestida de hermana de la Caridad. Debajo de su imagen, ella misma cita y firma con su puño y letra algunas palabras del Evangelio de Mateo, que rezan más o menos así: «Cuanto hayáis ayudado a uno de estos humildes hermanos míos, así a mí me habréis ayudado.»

Los «humildes hermanos» son los inválidos, huérfanos y viudas que figuran también ellos, en los ángulos del cuadro. No se podría parafrasear de una manera más altanera, más cínica (por no decir: más inconsciente) este otro versículo evangélico: «Quien da al pobre está prestando a Dios mismo.»

¿Es tan incurable, acaso, la necesidad de los hombres, de los de abajo, que puedan inclinarse ante una mediocre cromolitografía guerrera y patriótica, ante la imagen de una reina que quiso y tuvo también su guerra? De los que nacen, padecen y mueren en el «abismo del pueblo», olvidándose de los Redentores ensangrentados por las espinas, los clavos y las lanzas de los fanáticos, los tiranos y los verdugos de antaño y de siempre...

..

Decía Víctor Hugo, el poeta-ciudadano: «¡Deshonremos la guerra!» Nosotros creemos que eso es posible si deshonramos su causa primera, la política; esto es, la sed de poder.

..

Ningún precio es demasiado alto para evitar la guerra. Cualquier paz, hasta la «peor», es preferible a una guerra cuyos promotores consideran «justa».

..

Quien conquista una victoria en la guerra, se convierte en su prisionero, porque, como siempre, resulta que le es más difícil conservar tal victoria que ganarla.

..

En mi refugio de Yassy, durante los trastornos de la derrota, de 1916 a 1918, he escrito un librito:

«La literatura de la guerra y la era nueva», y los ensayos recopilados más tarde bajo el título «La columna entre las ruinas». Creía entonces que una época de desgracias había terminado. Ella continúa en nuestros días. La «era nueva» está siempre en atraso. Estoy obligado a repetir palabra tras palabra lo que decía hace veinte, hace cuarenta años. Porque desde aquel entonces he buscado la respuesta a algunas grandes interrogantes de la conciencia, que atormentaron a los que quisieron reaccionar con toda su hombría de bien y sus anhelos creadores, en un tiempo en que el crimen era colectivo (como lo es hoy también), cuando la psicosis de la guerra hacía estragos hasta entre los intelectuales que debían mantenerse por encima de la contienda absurda, para salvar lo que se llamaba «la independencia del espíritu».

La literatura de la guerra ha determinado en gran medida la prolongación y la «espiritualización» de la guerra. Sin diarios y libros, la guerra europea de 1914 a 1918 no hubiese persistido tanto, pues la imprenta (como la radio también, que no es más que un instrumento de propaganda estatista) suscita nuevas realidades que se manifiestan a través de hechos. Estos últimos no tienen otro substracto que la sugestión de algunas ficciones. La verdad es que estas ficciones idealizadas ocultan los intereses de las minorías dominantes.

La literatura de guerra sigue ejercitando en nuestros días su papel infausto, fuertemente apoyada por la literatura llamada revolucionaria. En mi librito he señalado las características patológicas de la literatura de guerra, caacterísticas que se evidencian en la avalancha de impresos «revolucionarios» de todos los matices políticos, y que llevan el sello franco o encubierto del Estado. Por eso es que debemos concentrar todos los esfuerzos para promover la verdadera literatura: la universalmente humana. Ella recobrará su vuelo cuando el escritor cumpla su misión de creador libre y, por otra parte, cuando el lector sepa qué y cómo debe leer, ejerciendo una selección, es decir una censura moral, la única que consideramos necesaria y eficaz.

No rumies más, lector, todo lo que paces en los pastos de papel. Busca, entre las pletóricas hierbas de la mentira, las florecillas modestas de la verdad que purifica y renueva. Ya llegó el tiempo de separar el trigo de la cizaña.

..

¿Quién puede hablar del fin de la guerra, hoy, cuando sus focos persisten en todos los países, en todos los continentes? El profesor G. Fr. Nicolai, el autor de la «Biología de la guerra», sostuvo, entre los primeros que el perfeccionamiento técnico de la guerra conduce inevitablemente a su desaparición. Los argumentos del profesor son de orden biológico; hasta el progreso moral tiene — igual que el instinto pacífico — un substracto biológico. Los escépticos y los ignorantes, esclavos los unos y los otros del culto de la fuerza, rechazarán tales argumentos. Pero ellos son confirmados indirectamente por otro hombre de ciencia, por un técnico

genial, Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, y de quien no se puede decir que fue también un ideólogo pacifista.

Cabe registrar, según «Die Wahrheit», de Praga, las declaraciones de Marconi. Datan de 1926, veinte años antes del advenimiento de lo que suele llamarse la «era atómica». Si los imperativos morales no bastan ahora para establecer el reino de la paz sobre esta tierra, entonces los progresos técnicos obligarán a los guerreros a conformarse con el deseo (o la amenaza) de la guerra; porque los descubrimientos científicos y los inventos técnicos serán cada vez más avanzados y, finalmente, tan perfeccionados que ningún Estado estará en condiciones de sostener una guerra de agresión. Los medios de defensa serán generalmente superiores a los de ataque.

Marconi creía que la radiotelegrafía contribuiría mucho a la desaparición de la guerra; y por la televisión (que estaba entonces en sus comienzos) el peligro de la guerra sería reducido al mínimo. Pronto, ni los barcos de guerra tendrán importancia alguna. Tampoco los submarinos serán tan eficaces en el desarrollo de las luchas; su presencia será percibida mediante ciertos aparatos de gran alcance (¿radar?) Será fácil la tarea de delimitar las regiones peligrosas, los depósitos de explosivos, los puntos estratégicos. El enemigo podrá ocultarse en las profundidades de la tierra o del océano; será descubierto, y la radiotelegrafía transmitirá en algunos instantes las órdenes de defensa. La ciencia puesta principalmente al servicio de la técnica militar, ha realizado sin embargo invenciones tan asombrosas en que los medios de defensa sobrepasan las fuerzas de destrucción. Los motores serán detenidos desde largas distancias mediante ciertas ondas electromagnéticas. También las sustancias explosivas serán aniquiladas desde muy lejos por los mismos medios. Por eso Marconi — que, desde su yate, anclado cerca de la costa italiana, logró encender las luces eléctricas de Sidney, la gran ciudad de Australia — pudo declarar, en plena dictadura mussoliniana, su convicción de que el problema de la paz permanente ya no será por mucho tiempo un mero **desideratum**, sino que será resuelto por el incesante progreso técnico.

Pero este testimonio de Marconi en favor de la paz le ha sido impuesto **in extremis** por la realidad del progreso material. Un verdadero luchador por la humanidad no necesita estos argumentos forzados (y anticuados ya, por la guerra atómica y los últimos descubrimientos en el dominio termonuclear). En la conciencia de este luchador, la idea de progreso se confunde naturalmente con la idea de paz. Así, pues, cualquiera que sea el estado momentáneo del progreso técnico, el factor moral es determinante, y sólo él hará desaparecer finalmente la guerra entre los hombres.

..

Las profecías de algunos hombres de ciencia (como las del profesor Nicolai o de Marconi) acerca de la desaparición de la guerra, pueden suscitar la

sonrisa escéptica de los «realistas». Estos oponen a las utopías pacifistas los trágicos mentís de los acontecimientos que se sucedieron desde 1919 a 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. No ignoramos las profecías contrarias, de aquellos «realpolitikers» que siguen solamente a la lógica negativa de la guerra.

Demos aquí un ejemplo. Precisamente en el año en que se firmó el Tratado de Paz de Versalles, cierto «Rat», oscuro consejero de una pequeña ciudad alemana, se hizo célebre cuando tomó la decisión de proclamar ante el mundo sus predicciones acerca de tres nuevas guerras mundiales (cf. Otto Autenrieth): «Die drei kommenden kriege», ed. Tancre, Naumburg a. Saale). No necesitaba para eso gastar o malgastar mucha imaginación. Sino, haciendo uso de su propia razón empapada de sinrazones, de «fatalidades sociales», de la «lógica de los fenómenos económicos» y, sobre todo, de «imperativos nacionales», él profetiza friamente, con una crueldad que ignora las advertencias de la conciencia humana, los nuevos desastres que van a azotar a los pueblos. No se toma por lo menos la molestia de preguntarse cómo sería posible evitar esas desgracias.

En 1919, pues, el consejero Autenrieth anuncia que Inglaterra, amenazada en su supremacía industrial y marítima en Japón y América, haría un acuerdo con los Estados Unidos. Con la ayuda de todos los ejércitos aliados (de la «Entente») ella dirigiría sus ataques contra los japoneses instalados en China. Triunfante, agrediría más tarde a los Estados Unidos mismos, so pretexto de una rivalidad económica en América del Sur. A su vez, los chinos y japoneses (100 millones de amarillos), para desquitarse, invadirían Europa; la lucha suprema entre razas pondría en peligro la civilización. Pero Alemania sería su salvadora (naturalmente, como todo buen alemán, el autor ignora su derrota y pasa por alto sus nuevas agresiones). Restablecida con la ayuda de Inglaterra, de sus quiebras y ruinas postbélicas, ella va a convertirse en un dique contra las olas asiáticas (quizá el autor incluye a la Unión Soviética en las «olas asiáticas»). Con hondo sentido patriótico, este profeta de levita prevé la victoria final de Alemania, como justa recompensa de sus sacrificios: Francia y Japón serán sus esclavos. Y de Inglaterra, su aliada. Junto con la «pérfida Albión», Alemania dominará el mundo entero.

Sería interesante confrontar estas profecías con los sucesos políticos mundiales en los últimos 33 años. Cualquier lector de periódicos puede decir en qué medida se realizaron las previsiones de los «realistas» políticos que creen ciegamente en la fatalidad de la guerra, considerada por ellos como única ley que gobierna el mundo. La «concepción» acerca de las nuevas guerras resulta más bien de la psicosis guerrera que de las rivalidades económicas, más bien del culto a la fuerza que de doctrinas étnicas y racistas. Por más que cortásemos los brazos de la hidra guerrera, ellos crecerían nuevamente. La hidra misma debe ser aniquilada, mediante la unánime voluntad de paz de los pueblos. Pero

estos mismos, los pueblos temerosos y aterrorizados, alimentan la hidra; no saben todavía o no se atreven a saber que es suficiente quererlo, para que el monstruo hinchado con su sangre reviente finalmente...

..

Se citan de Emerson estas proposiciones que parecen más bien dos sentencias:

«La fuerza está siempre del lado del derecho. La guerra es el destino armado.»

La inspiración ética y retórica de Emerson sobrepasa a menudo la lógica de la verdad elemental. No podemos aceptar estas dos «fórmulas» sino precisando que el derecho tiene de su parte la fuerza, mejor dicho: la fuerza moral (lo que acontece raras veces en las relaciones entre los pueblos). Y, si consideramos la guerra como un «destino armado», éste es armado por los hombres, y no por potencias sobrehumanas. Esto significa que la guerra es la única «fatalidad» creada por los hombres, y que puede ser dominada mediante la voluntad de paz de los hombres.

..

Si no encuentras la paz en tí mismo, entonces no la encontrarás en ninguna parte. Ella no es un obsequio, sino una conquista. Es una victoria sobre tí mismo, lo que significa a la vez: renunciar a muchas ilusiones y supersticiones infaustas o a posesiones, también ilusorias, a pesar de su carácter intangible, inviolable y perenne.

..

Pequeña antología para el uso de los pacifistas:

«Es una cosa extraña el ver, en tiempos de guerra, la cruz elevada entre los dos ejércitos. Cruz contra cruz, Cristo contra Cristo, plegarias contra plegarias. Y eso, para exterminarse recíprocamente.» — Erasmo, siglo XVI.

«En verdad, la guerra es una enfermedad en que las savias, que sirven a la salud y el mantenimiento de la especie, no son utilizadas sino para alimentar algo totalmente extraño, que no está conforme con la naturaleza.» — Goethe, 1806.

«Un día, durante la guerra, he sostenido una discusión importante con un militar. Yo le dije que los hombres inventan instrumentos que les superan, dejando que la ciencia los tome por asalto; estas máquinas se vengarán de la humanidad, destruyéndola; los jefes guerreros serán barridos una vez de la faz de la tierra, por sus propios inventos.

»El me miró, compasivo, confiado en el sentimiento del poder que representaba. Se despidió con la irónica respuesta de que, hasta para el más potente cañón se necesita un hombre para arreglar el tiro y darle fuego...

»...Me quedo como petrificado de horror cuando veo cuán difícil es para la ciencia salvar algunas vidas, pese al magnífico e increíble sacrificio de

los médicos, enfermeras y grandes inventores... ¡Y ver después que, al mismo tiempo que la ciencia bienhechora, avanza el tremendo empeño de sembrar sobre la tierra la agonía y la muerte mil veces más numerosas!

»...Y nosotras, las mujeres, cada una de nosotras, madres, esposas, hermanas, novias... ¿No seríamos bastante poderosas si nos uniéramos para salvar de la guerra a nuestros hijos, a nuestros niños y a nosotras mismas de esta oleada de fuerza destructora? — **María, reina de Rumania**, «Propileos literarios», nov. de 1928.

«No me siento justificado para creer en el idealismo humanitario de los pacifistas. Observa bien esto: este idealismo es el más hermoso entre todos cuantos existen. Constituye las teorías más sublimes entre cuantas pueda pensar la mente humana: ¡tan poéticas, tan asquerosamente dulces, tan fantásticas en su estilo utópico! — **Mussolini**, en una entrevista acordada al diario «Neue Freie Presse», Viena, 1927.

«La paz eterna sería una catástrofe para la humanidad.» — **Mussolini**, 1939.

Así pensaban un humanista, un poeta, una reina y «l'uomo novo»... A diferencia del **Duce**, fusilado cuando la derrota como un perro rabioso. Napoleón — que ha sido también un «hombre nuevo» para su tiempo — decía; «Lo que más me asombra en este mundo, es la impotencia de la fuerza para

organizar algo»... «En la lucha que rige entre el sable y el espíritu, vence siempre el espíritu.»

**

El antiguo proceso entre la religión y la ciencia persistió todavía, hoy día, en forma un tanto atenuada. Para muchos, este proceso ya está «liquidado» en favor de la ciencia. Pero hay otros que prefieren una solución intermedia, esto es, un arreglo cómodo entre religión y ciencia. Esto no es más que una cuestión de conciencia individual.

El gran pleito que, en nuestro tiempo, se nos impone de una manera cada vez más aguda, es el proceso entre la ciencia y la humanidad. Todos los descubrimientos de la ciencia son acaparados de inmediato por una técnica estatizada, que se manifiesta generalmente en la práctica de la violencia; en una palabra, la guerra.

Y no sólo la guerra entre Estados, entre «soberanías» nacionales, entre imperialismos políticos o económicos, sino también la guerra civil, entre partidos o clases de tendencias totalitarias. Todos los progresos de la ciencia son, pues, desnaturalizados. Se plantea, de este modo, el problema de la responsabilidad personal del hombre de ciencia. ¿Para qué, para quién se empeña en sus investigaciones? ¿Para la tiranía y la muerte? ¿O para el desarrollo físico y mental del individuo, para el bienestar de cada uno y el mejoramiento progresivo de la humanidad?

EL TIEMPO

LA velocidad de la sensación y del movimiento voluntario en los diferentes animales parecen ser proporcionales a la velocidad de sus pulsaciones cardíacas. En tesis general, la vida fluye con rapidez diferente en el mismo tiempo astronómico. Se deduce de ello que la medida subjetiva del tiempo debe diferir en las diversas especies de seres. Es por ser esta medida en el hombre relativamente pequeña, por lo que un organismo, planta o animal, nos parece son algo durable y permanente por su forma y magnitud. Un organismo nos es permitido observarle cien veces por minuto sin observar en él, sin notar en él cambio alguno. No sería lo mismo si se considerasen considerablemente retardadas o aceleradas nuestras percepciones. Si se supone que la vida humana entera, comprendiendo la infancia, edad madura y vejez, se reduzca a su milésima parte, a un mes, y que nuestras pulsaciones sean, por consiguiente, mil veces tan rápidas como actualmente, se podría seguir al vuelo una bala de fusil. Reduzcamos aún más esta duración de la vida humana, ya reducida a un mes, a su milésima parte, es decir, a cerca de cuarenta minutos; el heno y las flores nos aparecerán tan fijos e inmutables como parecen serlo las montañas de hoy día. Durante todo el transcurso de nuestra vida no veríamos abrirse un botón floral, como no asistimos tampoco a las grandes transformaciones geológicas del globo. Los movimientos voluntarios de los animales serían demasiado lentos para poder percibirlos, como lo hacemos con los movimientos planetarios. Por el contrario, prolonguemos aún más la vida, extendamos su duración más allá de los límites conocidos. Si nuestras pulsaciones y percepciones se hiciesen mil veces más lentas, si nuestra vida fuese de ochenta mil años, el día y la noche serían para nosotros un minuto de claridad y otro de obscuridad: con una vida mil veces más larga aun, toda distinción entre el día y la noche sería insensible, y durante el año terrestre el hombre no podría tener más de ciento ochenta y nueve percepciones. Todas las formas de la naturaleza que nos parecen duraderas serían arrastradas y como devoradas por el torrente del tiempo. — Von BAER.

El anarquismo al día

por RAMON LIARTE

NO cabe la menor duda de que el pensamiento político se halla en crisis. Las viejas fórmulas estatales están siendo arrinconadas por la marcha ascendente del progreso. Los acontecimientos desbordan todo cuanto de caduco e inservible encuentran a su paso. Nada resiste la marcha creciente de las situaciones que influyen y determinan en el proceso regulador de las sociedades modernas.

Y es que hay que hablar con valor y propiedad. No sólo están en crisis los sistemas político-económicos de vieja usanza. Se encuentran en crisis galopante también, muchas ideas y creencias que antaño tenían un valor simbólico y una preponderancia en el pensamiento. Los países que ayer orientaban y dirigían la vida mundial, han sido superados por otras naciones que, al estar mejor preparadas y dispuestas para seguir el ritmo impuesto por el progreso, deciden en la marcha de los quehaceres mundiales. La democracia parlamentaria va pasando de moda. Se marchita como una vieja coqueta que únicamente guarda ciertas formas para ir tirando calle arriba, paseo abajo. El liberalismo político, ya no resiste la prueba de los hechos contemporáneos. La dialéctica materialista de la historia y el llamado socialismo científico hacen agua por todas partes. La carcomida nave estatal y capitalista se hunde. Nihilistas y conquistadores, por no tocar tierra firme, son vencidos por las fuerzas hercúleas de la evolución obrera y cultural.

Y no solamente son los Estados, las patrias y las naciones quienes se tambalean; incluso las civilizaciones que ayer parecían lozanas y florecientes son barridas por el soplo renovador de la vida. La inteligencia trabaja. El espíritu analiza y busca nuevas orientaciones. La historia no se detiene. Se hace y rehace cada día. Sufrir el mundo cambios gigantescos para cuyas innovaciones los hombres más avanzados no están suficientemente preparados. Lo que hoy parece firme, mañana es anulado por nuevos descubrimientos. De ahí que los estatólatras de nuestra hora no sepan más que hacer simples retoques en la vida íntima de los pueblos cuando lo que hace falta, como la luz del día, son cambios profundos en las estructuras económico-sociales y culturales para orientar la marcha del progreso y no ser eliminados por éste.

La política europea vive con cien años de retraso. Cuando hace falta abolir fronteras, suprimir Estados nacionales y crear a su vez Federaciones de

Pueblos unidos por un nuevo contrato social, base de un orden nuevo y duradero, se nos ofrece como solución única el Mercado Común Europeo, que más bien es un mercado persa en el que entraron a saco mercaderes judíos, griegos y armenios. Se destruyen aparentemente unas fronteras para crear otras, cuando todo el mundo sabe que la frontera es un producto artificial concebido por el hombre con objeto de establecer poderes y divisiones que dificultan y entorpecen las buenas relaciones humanas. La frontera es una valla levantada para obstruir el proceso de la evolución, de la misma manera que la propiedad es un atentado al interés común de las asociaciones libres e iguales entre sí.

Se habla, y no sin razón, del crimen de lesa geografía humana cometido en Yalta. Versalles ha quedado empequeñecido por el moderno atentado a la soberanía de los pueblos. Los dos colosos del tinglado político internacional, se repartieron el mundo en dos trozos sin contar con la criada responsable, que siempre dice su palabra en el certamen de la historia. Y ahora nos encontramos con un hecho saludable: la insurrección venturosa de los pueblos sometidos por el comunismo totalitario ruso; la protesta cada vez más creciente de los países explotados por el capitalismo yanqui; y, la revolución intelectual y ética de los hombres y los pueblos que reclaman y exigen derecho a la vida con dignidad y decencia. Y el asunto es sumamente grave, preñado de sorpresas. Es la caja de Pandora que es preciso abrir para saber lo que contiene y no vivir en la eterna sorpresa.

El capitalismo y los Estados actuales no pueden dar una solución internacional a los asuntos humanos porque no tienen una moral universal ni una estructura universalista. Europa se encuentra partida, desgajada, y además esclava, en parte, del invasor ruso. ¿Cómo dar una solución a los países europeos ocupados por el Poder bolchevique cuando éste impone su hegemonía sin respetar ni tener en cuenta la autonomía de las nacionalidades que podrían encontrar su norte y su guía dentro de la Federación abierta a una entente de orden mundial? Y es el caso que cuando los hombres políticos hablan sobre los asuntos de los Estados europeos, hay una revolución en marcha que no sólo desborda a los poderes político-gubernamentales, sino a las civilizaciones que, siendo incapaces de salir adelante, perecen arrasadas por la máquina revolucionaria de la técnica, la ciencia y el progreso general.

De lo que se trata, en suma, es de acabar con la propiedad no solamente individual, sino nacional, continental e intercontinental. Urge poner fin al reino del estatismo que divide a los pueblos, creando cismas nacionales que desembocan en la guerra exterminadora. La revolución técnica debe propiciar la socialización de los medios de riqueza y de producción. O el mundo va hacia lo colectivo, perdiendo el egoísmo de propiedad, o no puede haber verdadera solución a los problemas humanos. La humanidad no puede ni debe retroceder. Ella debe optar puesto que es la hora de la gran decisión. Hay que elegir entre el interés personal, o el derecho de todos; entre la ambición nacionalista, o el sentido de fraterna comunidad universal; entre la guerra de intereses y prebendas, o la paz de los hombres y de los pueblos presidida por la justicia y orientada por el más hondo sentido de la libertad. Las fuerzas del socialismo libertario deben poner el mundo en marcha veloz hacia la gran conquista de la economía para el hombre y de la igualdad para la humanidad emancipada del Capital y el Estado.

SITUACION ACTUAL DEL SOCIALISMO AUTORITARIO Y LIBERTARIO

La concepción del pensamiento absolutista en el campo del socialismo ha sido el mejor servicio que se ha podido prestar a la burguesía reaccionaria. Por otra parte «El Partido» no ha sido más que una plataforma para que los enemigos de la clase obrera hiciesen su despliegue de fuerzas a fin de descomponer al movimiento obrero contemporáneo. Hemos tenido que pasar por una cantidad de experiencias que podíamos habernos ahorrado: la soberbia de los llamados partidos socialistas de vanguardia se asevera como la metodología más nefasta para la revolución social y el ideario socialista. Los socialdemócratas han pasado a ser instrumentos de opresión conservadora. Desde el Partido Laborista inglés, a la derecha del socialismo parlamentario, hasta el Partido Comunista ruso, padre del bolchevismo internacional, todos, absolutamente todos los partidos marxistas y leninistas, han sacrificado los intereses morales y económicos del pueblo en aras del poder político. La «voluntad del Poder», puede más que todas las ideas. De tal manera que se reniega de las ideas para sólo apetecer el mando, la jerarquía. El marxismo es un almacén de galones, una fábrica de jerarquías para incubar clases sobre clases. Un partido que se considera guía suprema del proletariado, que afirma que fuera de él no existe la verdad y sólo crece el caos, tiene muy poca conciencia social de la personalidad del pueblo. Si a esta táctica perniciosa agregamos los métodos dictatoriales, autoritarios, empleados por los partidos marxistas y leninistas, el resultado no puede ser más concreto: «El Partido» se convierte, por autosuficiencia rimbombante, en enemigo de la libertad.

No hay vuelta de hoja posible sin antes leer lo que la historia nos enseña a la luz de las experiencias y los hechos: los partidos han confundido y

deformado la esencia misma del socialismo. El poder no hace la revolución, la deshace. Porque el Estado es la máquina monstruosa que apisona toda conquista evolutiva y revolucionaria, ya que mantiene en pie las desigualdades sociales, crea la nueva división de clases y fomenta la rivalidad en vez de sembrar la fraternidad. El partido no es más que el Poder y no otra cosa. Y ocurre, que, como siempre, el Poder, por ser el más fuerte, devora al partido, haciendo de éste un simple instrumento de opresión. De ello resulta que la conquista del Estado se convierte en el más firme mantenimiento del Estado. Y al crecer y desarrollarse el nuevo Poder político, rebrotan las clases, surge la soberbia de casta que desemboca en algo más que un despotismo ilustrado: la denigrante deformación de la doctrina para dar vida al autoritarismo del enemigo secular y permanente.

La situación presente del socialismo autoritario es caótica. Los anarquistas hemos venido haciendo el oficio de profetas. Acaso por esto hayamos sido los eternos sacrificados. Hace más de treinta años que nuestro pensador Max Nettlau, dijo al respecto lo que consideramos oportuno reproducir: «La autoridad es el elemento de vida del pasado. La libertad es el porvenir; el presente muestra necesariamente esos dos elementos enlazados en la lucha a muerte. ¿Tengo necesidad de probar de nuevo esa tesis de la marcha progresiva de la evolución?»

El socialismo autoritario se ha corrompido y degenerado de una manera bestial y brutal. Varios siglos pasaron antes de que la Iglesia degenerase en la omnipotencia de la autoridad papal. Las Iglesias tenían poderes independientes a través de siglos de hegemonía vaticanista. Al comunismo le ha hecho falta medio siglo para caer en la descomposición centralista más absoluta. Los concilios de la jerarquía eclesiástica tuvieron que batallar para imponerse; y el cristianismo tardó en ser sometido. Por desgracia, o suerte para todos, difícil es saberlo, el socialismo ha corrido ese proceso en menos de medio siglo.

La ley de los contrastes es sumamente aleccionadora. Si el mal nos dice lo que es el bien; si la noche sirve para anunciar el día; si lo asqueroso y repugnante ponen de relieve lo que es bello, y hermoso, tendremos que convenir en que no hay prueba sin sanción. Pero la lengua castellana tiene proverbios estupendos y vamos a expresar lo que decir pretendemos: «No hay mal que por bien no venga». Una gran oleada de regeneración doctrinal y táctica destruye el elemento del pasado que es la autoridad; y un ideario de conceptos sanos y prósperos da vida a la libertad que es el porvenir venturoso de la especie humana. Importa, pues, que sepamos seguir el impulso de las nuevas creaciones. La dirección del pensamiento y la esencia misma de nuestras ideas se unen como dos corrientes caudalosas capaces de regar el campo de la existencia social, socialista y libertaria. Nuestra esperanza es enorme; nuestras posibilidades son infinitas y el trabajo que nos espera es incalculable. Bello es sembrar sobre campos removidos por el corvo arado. El amor a la idea, como el amor a la tierra,

no deben privarnos de ver el horizonte. El motor de la revolución está en marcha. No hay barreras ni vallas que puedan obstruir el avance manumisor. Necesario es organizar y sistematizar el gran esfuerzo colectivo. Todo trabajo debe ser orientado por la inteligencia, acabado por la perseverancia y enriquecido por el amor a lo justo y perfecto.

Hay que sanear el campo social, ya que de esto se trata. El socialismo autoritario será dentro de breve tiempo una especie de museo de quincallería para la observación de los curiosos y los técnicos. Donde muere el Estado comunista o socialista comienza su vida llena de plenitud el socialismo anti-autoritario, el comunismo libre, es decir, la anarquía, principio del pensamiento eterno y base de la vida que no acaba.

AFIRMAMOS EL VERDADERO SOCIALISMO SIN CLASES

HA pasado la época de las medianías y las conllevancias. Se trata de elegir y de saber hacerlo con sinceridad y valor. En un Estado totalitario, ya sea fascista o comunista, no están en libertad ni los mismos carceleros. El absolutismo somete y esclaviza a todos los seres humanos en mayores o menguadas proporciones. No es hombre libre el que guarda a los esclavos; ni es verdaderamente esclavo quien penetra en una sociedad de hombres libres.

Hay que restaurar el reino de la justicia y el derecho. No echemos ya más culpa de burgueses, capitalistas y estatólatras de los males del universo. La nueva sociedad debe ser puesta en marcha. En la universidad y en el campo, en la mina y el taller, en la escuela y el laboratorio, podemos y debemos comenzar a comportarnos como hombres libres que encaminan sus pasos hacia la anarquía. La libertad se halla actualmente encadenada. Luego hay que partir eslabones y cadenas para que el movimiento sea la base de la vida. Una comuna que resiste al poder central; una fábrica que se organiza con métodos experimentales y libres; los movimientos naturales del trabajo que se dedican a hacer respetar la libertad y defender la justicia, realizan una obra netamente anárquica. Si la libertad retrocede es porque no sabemos afincarla en la conciencia del hombre. El movimiento obrero y revolucionario debe ocupar las más limpias y honrosas posiciones. La libertad conquistada para la manumisión de los hombres no debe abandonarse jamás. Cuando decimos que el trabajo debe estar dirigido por cerebros conscientes y mentes responsables, es nuestro deber que las nuevas creaciones no sean adulteradas por poderes ajenos al esfuerzo laborioso y creador. No debemos tolerar que la libertad sea sacrificada ni provisionalmente. No debemos confiar poderes a quienes hacen del Poder un centro de tiranía. El derecho pertenece a todos y debemos defender nuestras conquistas como una obligación que nos incita a no negar nunca nuestras reivindicaciones de justicia. Lo que se cede se pierde, lo que no se defiende se vende. Nada, absolutamente nada de cuanto pertenece al pueblo libre, a los organismos gremiales del trabajo, el hombre dueño de sí mismo, po-

demos dejarnos robar sin nuestra protesta unánime. Nos hemos dejado arrebatar enormes conquistas revolucionarias, creyendo que lo que se pierde por cansancio se recupera fácilmente. De una belleza singular son las palabras de Camus, cuando afirma: «Si alguien os quita el pan, suprime al mismo tiempo vuestra libertad. Pero si alguien os quita la libertad, estad seguros que vuestro pan está amenazado, pues ya no dependerá de vosotros ni de vuestra lucha, sino del arbitrio de un amo. La miseria crece a medida que disminuye la libertad y viceversa.»

No basta decir: «¡Sed libres!» Quien se separa del camino tiene que rehacerlo si quiere volver a caminar. Bueno es declarar que las organizaciones sindicales son los organismos vivientes para tomar en sus manos la producción social y la distribución de los productos. Lo esencial es propiciar esta tarea, acercarnos al fin que perseguimos. El socialismo libertario va conquistando posiciones en los centros de trabajo y en los lugares de la ciencia porque es el curso mismo de las evoluciones morales y culturales.

Urge crear una conexión segura entre las asociaciones colectivistas y cooperativas. Los sindicatos federados deben substituir a los partidos, ya que éstos son vehículos de regresión y aquéllos representan la revolución social encauzada hacia el socialismo que no es programa cerrado ni meta única, sino experiencia analizada, lógica discutida, razón sometida a examen, pedagogía viviente como el agua viva. El humanitarismo debe ganar batalla tras batalla, si ponemos todas las fuerzas de la solidaridad en tensión constante, en práctica permanente. Para ello es necesario estimular el amor al conjunto social, cultivar la personalidad como parcela unida al gran todo de la condición humana. Si mediante nuestra lucha diaria conseguimos dar cada día un paso más hacia adelante, nos acercamos a la idea que nos anima. Trabajo responsable y arte libre; esfuerzo consciente en beneficio del interés general; organización racional y voluntaria para destruir toda disciplina centralista y estatal. Acuerdo sobre hechos tangibles y no sometimiento a leyes impuestas por los poderosos. Ciencia al servicio de la moral y sabiduría trabajando por el bien. Todo esto podemos hacerlo poco a poco, como quien coloca piedra sobre piedra para construir el nuevo edificio social que ha de albergar a la sociedad futura. El conocimiento de cumplir libremente el propio deber reduce el mal que engendra la autoridad. Nuestros principios se inspiran en la solidaridad y la fraternidad. Seamos cada día más solidarios, más fraternales. Quien distribuye pan a los que ocupan las barricadas; quien hace de la enseñanza una lección útil y bella; quien niega jamás su propia razón de ser es un anarquista, y como tal le reconocen propios y extraños. Afirmemos el verdadero socialismo sin clases, sin jerarquías ni castas. Ese socialismo que le dice al hombre: Procura ser cada día mejor; haz que los demás te imiten por ser un ejemplo. Ama, y defendiendo la vida, de tal manera, que en todo momento pueda decirse de ti que eres un hombre libre.

Mundo, trabajo y sociedad

por **CAMPIO CARPIO**

El individuo es el átomo de la sociedad. Su sangre es el territorio donde ha germinado, con consentimiento individual y sentimiento, por evolución genética, por cultivo que es de donde dimana la cultura. La sociedad medioeval era una especie de mundo divinizado. Estaba constituida por una aristocracia y clero levantiscos, una burguesía atomizada, con paralelo en el proletariado moderno y por la fuerza de los gremios. Los gremios eran entonces un artesanado, fraternidades de oficios porque la industria apenas suponía hipótesis en relación con los tiempos modernos. La soberanía individual iniciaba en el hombre «un nuevo estilo de vida», imponiendo por administración orden en un régimen que se desintegraba.

La presencia políticosocial de la sociedad ha preocupado a Maquiavelo, que trata de estatificarla. La ubica «y caracteriza» con sus propios fines y postula la necesidad de la secularización. Es decir, un clima cultural tendiente a resolver incluso el problema de la verdad por medio de la fe, cuando en rigor no era más que administrativo. Conculcada en una obediencia pasiva de los súbditos a tal régimen — monarquista o república ciudadana — comenzó a «plantearse ese extraordinario movimiento ideológico y cultural que se desencadena después políticamente y que constituye lo que denominamos derechos individuales», frente al derecho del soberano, «derechos individuales frente a una sociedad que empieza a descomponer sus corporaciones y hacer valer, por la razón del derecho del uno, el derecho del individuo, el derecho del indivisible», dice López Portillo.

La corporación medioeval, esencia corporativa del medioevo, empieza a quebrarse «en la individualidad, en el individualismo. El derecho de resistencia pronto se levanta contra el absolutismo de los reyes», reivindicando hasta mismo en Harmodio y Aristógoten el tiranicidio del padre Mariana como derecho de resistencia del individuo contra el mandato injusto. Durante 30 años Europa se desintegra en una guerra catastrófica. Ante ese sangriento hecho religioso, se plantea «la necesidad de la convivencia, la tolerancia y, desde luego, la resolución de que el individuo en sí, y por serlo, posee derechos frente al soberano y frente a la sociedad. Empezan a gestarse y a exigirse los derechos individuales que, por el estudio racionalista empiezan a atomizar la sociedad», llegando a la «concepción de Hobbes que necesita encontrar en el consentimiento individual y en la idea del pacto, la organización, la nueva cuenta de una sociedad que se está quebrando y que necesita, desde luego, organizarse en forma sistemática, justificarse racionalmente».

Surge y aparece la idea de la sociedad, agrega López Portillo, como agrupación de muchos hombres, como agregados de átomos que son los individuos». El resultado de este consentimiento, de este acuerdo explica y justifica la existencia de las instituciones públicas, con personería ideal, jurídica. De ahí emergen en la transformación es-

tatal contingentes marginados hasta entonces de la actividad gubernativa. Problemas y angustias se suceden, a partir de entonces y las instituciones, desesperadamente, «a machetazos y martillazos» tienen que encontrar soluciones propias de la complicada naturaleza. La gestación del Estado moderno después de la divinización a que lo ungió Hegel, empieza a vacilar la falsa estructura, con las sublevaciones obreras en Inglaterra, y pese a la respetable majestad de un Leviatán, expuesta por Hobbes, el señorío del gobierno civil de Locke, el profundo «significado de la voluntad general de Rousseau, la buena voluntad por imperativo de razón de Kant y la voluntad consustancial, ese organismo tambaleaba y hubo de mantenerse en pie apuntalándole con débiles columnas putrescibles».

«Empiezan a suceder dos tipos de revoluciones obreras y a plantearse un problema que lentamente va complicándose hasta hacer erupción crítica en la primera guerra mundial. Las majestuosas instituciones, muchas secularmente logradas, no son suficientes para dar respuesta a las angustias de una nueva clase social que hace acto vigoroso de presencia con motivo del industrialismo del que nació el Estado moderno». El industrialismo que «ha vuelto a crear las grandes urbes» ha apretado las masas obreras en las ciudades, insuficientes en habitaciones y servicios. Ese conglomerado humano, por cercanía y relación pronto se solidariza y plantea problemas de reivindicación social a la majestad estatal. Estos contingentes de la producción en masa pronto se dan cuenta que los derechos individuales, «tan dignamente logrados desde el siglo XV, institucionalizados en las revoluciones francesa y norteamericana, no resuelve ninguno de esos problemas». Ya lo había anunciado Moret en la misma Revolución Francesa: «Estamos equivocados si pensamos que una sola clase social ha producido esta revolución. Hay dos en pugna y pronto van a luchar».

Las bases del edificio son atacadas por los problemas sociales que no estaban computados en la organización. «La nación, base sociológica del Estado moderno, empieza a ser disputada. No es cierto que la solidaridad básica del hombre esté en la nación. La nación es una patria burguesa; la única solidaridad es la de la clase social; y se plantea en la misma entraña del sistema el problema de la crisis. La solidaridad está en la clase social y no en la nación. Todo un edificio construido en la solidaridad nacional va a vacilar al ataque de esa tesis internacionalista; y a partir de esa idea, todas las instituciones tendrán que ser revisadas y se encuentran en crisis», prosigue López Portillo.

La soberanía del poder tiene que enfrentar la problemática de sus propios vicios. Su poder se ve «disputado por

estructuras supraestatales e infraestatales». Los gremios afirman su poder, las decisiones internacionales «se hacen cada vez más imperativas» y la soberanía vive su crisis, siendo un factor de grave inconveniente para cierto tipo «de decisiones de las que está urgido el mundo», acosado por ideas que trabajan. El proceso de esta interesantísima experiencia política occidental, imprevista frente a los derechos firmemente instituidos, transformará la organización gubernamental en administrador de bienes producidos comunes por imperativo de una situación que es angustiosa y universal.

Sucumben cuatro siglos de lenta gestación de una teoría política elaborada alrededor de la idea de individualidad, generada del medioevo, añade López Portillo. «Roto el corporativismo medioeval, queda suelto el individuo; y el individuo suelto, despojado ya de su fe por medio de la razón, empieza a explorar instituciones políticas para garantizar sus derechos, que afirma naturales e innatos a su condición de hombre: Cuatro siglos en que las ideas se convierten en instituciones y las instituciones en constituciones». Cuatro siglos para crear toda una teoría del gobierno, justificando la existencia de poderes, «pero al mismo tiempo elaborar los mecanismos de defensa del individuo frente a ese poder que ha creado y que ha generado por su propio consentimiento». Una serie de ideas que se instituyen sobre base sociológica constituyen el ámbito humano dentro del cual se expresa la sociedad — no ya la ciudad clásica ni la tierra medioeval, — la colectividad con significado natural, cultural y psicológico.

«Sobre este basamento nacional se instituyen las ideas de un esquema que, espero no hayan parecido caricatura, se van gestando lenta y paulatinamente». La soberanía individual consagrada en «derechos individuales, representación política, división de poderes», personalidad jurídica e idea de derecho al servicio del más débil y para garantizar su libertad, de propiedad y de igualdad, de ninguna de las cuales disfrutaba «porque lo único que tenía era trabajo. Un trabajo que estaba sujeto a las presiones brutales de la oferta y la demanda, en un mercado garantizadamente libre, con las brutales consecuencias de la ley de bronce del salario. Una clase social que sólo tenía trabajo. Trabajo que la identificaba y que la carta de derechos individuales de ninguna manera garantizaba».

Surge así un problema gravísimo para estas instituciones multiseculares, continúa el autor. Frente al «derecho individual, empieza un concepto distinto que tiene que hacer valer derechos que no se le reconocen, que son ajenos a toda mecánica jurídica —, que nada garantiza para esa nueva clase social. El drama envolvente originado por esta secularización estatal ha de simbolizar «la idea de la mazorca de maíz, en la que cada grano vale porque está apretado junto a otros, formando una mazorca. Toda la mazorca, cada grano de maíz fue barbaramente triturado y despojado «continuando vivo el problema y sin respuesta. De ahí que es preciso establecer un arco de 180 grados con razonamientos que sienten inmovible jurisprudencia, moderando «la opulencia y la indigencia, que es responder a aquel propósito del buen gobierno aristotélico: busquemos una forma de gobierno, decía el estagirita, de tal suerte concebida, que no haya hombres ni tan ricos que puedan comprar otros hombres, ni tan pobres como para que se entreguen en venta».

La formación de las constituciones «no ha sido otra cosa que el resultado de la experiencia, de los deseos, de los

anhelos de los pueblos. Es el buen sentido enfrentado a la ortodoxia de la rigidez, de las necesidades a resolver, que ya Morelos planteara hace más de un siglo, y concretado finalmente en «una democracia no solamente como expresión jurídica y un régimen político, sino como un sistema fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo», como «gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo.»

Vivimos en un rincón del universo, — en el que disponemos de recursos para satisfacer nuestras necesidades y buscar legítimamente nuestra perfección, añade López Portillo. La historia nos ha ubicado en un ámbito en que obligadamente tenemos que proporcionar nuestra solidaridad para afirmar nuestros derechos a ser mejores. Y esto que, en cuanto a derecho y responsabilidad individual concierne igualmente todo ser como organismo solidario, en que se origina el derecho y al que corresponde originariamente y con posibilidad de transmitirlo en propiedad individual que se hace posible por vivir en compañía.

«Un cambio importantísimo en el planteo del problema de la propiedad privada, la propiedad como función social, no de la propiedad como botín de egoístas, no la propiedad de la selva, no la propiedad de las bestias hambrientas que entre sí pactan para no arrebatarle su presa y producir la ordenada participación en los bienes de la colectividad». Es por ello que la «nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de expropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de conservación».

«Cuando el industrialismo enriquece a algunos y empobrece a otros muchos más», es necesario el agrupamiento de fuerzas para reivindicar el derecho conculcado por la desviación utilitarista del siglo XIX que llegó a reconocer la prosperidad del suelo por parte de los superfluos usuarios. Se trata de un hibridismo colgado a las teorías socioeconómicas de la sociedad contemporánea, sin garantía de derechos individuales ni sociales. Porque ni el trabajo del hombre ni el suelo que pisa pueden proseguir sometidos a la condición de simple mercancía «en el mercado libre, oferta y demanda, mercancía que antes carecía de otra protección que no fuera la de la ley de bronce del salario. Se morirán algunos, había dicho David Ricardo, se morirán algunos obreros ante la incapacidad para satisfacer su oferta de trabajo. De acuerdo con la filosofía de la miseria, se morían algunos: se mueren y baja la oferta y sube la demanda; y el equilibrio natural de las fuerzas económicas, que son tan rigurosas como la ley de la gravedad, operará en este mundo y se acabó.

El derecho del trabajo no es una mercancía, sostiene López Portillo, sino la característica más importante de la persona humana en toda su dignidad, en toda su grandeza desde que perdió el paraíso. Para subsistir tiene que trabajar. La reivindicación, la dignificación del trabajo elevado como derecho de garantía constitucional, supone una de las más nobles conquistas de la inquietud humana de todos los tiempos, «que ha buscado en la convivencia la posibilidad de vivir en la justicia y en la libertad».

(1).

«Armas y letras» n° 2, segunda época. Órgano de la Universidad de Nuevo León, México.

¡La leyenda del trabajo!

Desapareció la ideal figurilla con el último rayo de sol, y todo quedó triste y en silencio; el poeta buscaba con ansia infinita en derredor suyo algo con que llenar el vacío que su desaparición le había dejado en el alma...

Cerraba la noche; el mar tranquilo reflejaba la luz de la luna, que parecía querer consolarle con su caricia de las ausencias del astro rey... y a la entrada del puerto, semejando en sus airosas velas bandada de nevados cisnes, distinguió numerosas barcas de pesca que volvían de la tarea diaria; los pescadores, aunque rendidos en la lucha brutal por la vida, se afanaban por llegar cuanto antes, y cantaban al mirar la playa... Y buscó más lejos, y vió toda la tierra, y miró salir con apretado hormiguero por las puertas de la fábrica hombres, mujeres y niños, apresurando el paso y cantando de las entrañas de la tierra, y al labrador volver al caserío cantando, en pos de la rendida yunta que le ayudó en su ruda faena... Y las notas de todos aquellos cánticos se unieron formando grandiosa y varonil melodía que decía al poeta: «No llores, no temas que falte inspiración para tu canto porque murió La Leyenda de espléndido ropaje y mística expresión; déjala perderse tranquila entre las verdes olas, envuelta en su mortaja de rayos de sol: cumplió ya su misión; se extinguió su vida, pero ¡qué importa! En lugar de sus consejas suaves y tristes, canta el hermoso poema que nunca muere, la heroica epopeya que jamás se agota, la leyenda hermosa y siempre nueva, la que unió a los hombres, la que formó los pueblos, la que santifica la fuerza, la que inmortaliza la idea en el arte; la que no se duerme envuelta por brumas, mecida por brisas, arrullada por suspiros; la que crea, la que alienta, la que regenera, la que ennoblece: ¡LA LEYENDA DEL TRABAJO! — G. MARTINEZ SIERRA.

Entre los cambios que la naturaleza ejecuta sin cesar, en todas sus partes sin excepción, su conjunto y sus leyes, siendo siempre las mismas, las de los cambios, que para operarse no exigen mucho más tiempo que la duración de la vida humana reconócense fácilmente por el observador; pero no puede reconocerse con tanta facilidad las que exigen para ello un tiempo considerable.

Supongamos lo siguiente para mejor comprensión:

Si la duración de la vida humana no pasase de un segundo y existiese uno de nuestros relojes montado y en movimiento, cada individuo de nuestra especie que considerase la saeta de las horas no la vería cambiar de lugar en ningún momento de su vida, a pesar de que no está realmente estacionaria. Las observaciones de treinta generaciones seguidas no enseñarían nada nuevo sobre este particular, pues su movimiento, no siendo más que el que se opera durante un semiminuto, sería muy poca cosa para ser percibido, y si las observaciones mucho más antiguas demostrasen que dicha aguja había realmente cambiado de lugar, los que conociesen el enunciado jamás creerían en él, y supondrían la existencia de algún error de observación, pues ellos vieron siempre la aguja sobre el mismo punto del cuadrante. — LAMARCK.

El dinamismo físico y mental han de ser armónicos entre sí para que constituyan virtud, para que tengan fuerza de verdad; hay que hacer vivas nuestras palabras. Cada pensamiento nuestro ha de ser una forma de música dinámogena, rítmica y alegre que se funda en la gran sinfonía del Universo. Cerebros sin cuerpos; cuerpos sin ideas; ideas sin espíritu, son lamentables espectáculos que no explican sino como aspectos expiatorios del pecado humano. — Dr. Ramón CLARES.

Todo tiende al progreso, porque el progreso es la ley de la Naturaleza, y el hombre no debe ni puede excluirse de esta ley. Mas, ¿qué es el progreso? Es la más amplia expansión de la Vida en sus manifestaciones física, intelectual y moral. De donde resulta que la Higiene es la base de todo progreso y que la era feliz de la humanidad debe tener por fundamento el respeto a toda vida; más aún, debe fundarse en el reinado del AMOR UNIVERSAL.

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

VED cómo tratan al «festejado», particularmente el representante directo de «Franco, ese hombre», del primer «cavernícola» del Movimiento Nacional: «En la reunión de un organismo oficial — informa la precitada «Hoja del lunes» — a la que asistía el gobernador civil de la provincia — la máxima autoridad en Salamanca — éste calificó a don Miguel de Unamuno de hombre nefasto para Salamanca, que su nombre y el eco de su nombre son los culpables de que la universidad de Salamanca no haya evolucionado en medios materiales como habría sido de esperar en los tiempos que vivimos.»

¡Vaya qué «tiempos» vive la España de Don Quijote bajo la tiranía franquista! Y en las mismas columnas de dicho periódico salmantino se publica lo siguiente: «Lo notable es que la figura de Unamuno sigue siendo causa de agrias polémicas, de problemas que pronto salen del marco de la tertulia y de la universidad para provocar enfrentamientos de escala nacional.»

No es preciso que comentemos largamente, con amplitud y profundidad estas noticias. Por sí solas se comentan. Pero algo es preciso decir al respecto y destacar, una vez más, que dedican «homenajes grandiosos» a Miguel de Unamuno, hasta levantándole un monumento, pero en privado, «oficialmente», le consideran nefasto para el Estado nazifasciofranquista.

En efecto, no se equivocan. Su nombre y el eco de su nombre, con resonancias en crescendo, está contribuyendo, grandemente, al derrumbe del régimen teocrático-militar-fascista que querían durara mil años, tanto como duró la Edad Media y pretendía Hitler durara el nazismo. Por voluntad de la España del Quijote será funesto para el Movimiento Nacional que sostiene en el poder a «Franco, ese hombre», como podría colocar en su sitio a cualquier otro no-hombre malvado y agresivo asesino.

Toda la estructura estatal nazifasciofranquista se vendrá abajo después de los enfrentamientos nacionales que la propia prensa de Salamanca afirman teniendo lugar en todo el territorio hispano.

No reproducimos otras informaciones que se refieren a lo mismo, publicadas en diversos periódicos durante los meses del año 1967, porque ésta las concreta todas: «Unamuno sigue siendo causa de agrias polémicas, de problemas que pronto salen

del marco de la tertulia y de la universidad para provocar enfrentamientos a escala nacional.»

¡Enfrentamientos a escala nacional! La Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las J. J. LL., es decir, el Movimiento Libertario Español que actúa en la clandestinidad, sin la venia de «Franco, ese hombre», continuará promoviendo, por merecerlo más que nadie; por no ambicionar el poder; por ser en fin, la corriente ideológica que reúne todas las peculiaridades cualitativas más generosas y elevadas del Quijote.

LOS HUMANISTAS LIBERTARIOS ANTE EL CASO UNAMUNO

Guardar silencio alrededor de la personalidad de Miguel de Unamuno, puesta de relieve, en su totalidad, sin contradicciones, del 12 de octubre al 31 de diciembre de 1936, habría significado cometer un yerro revolucionario mayúsculo, una gran injusticia y traicionar al mismo pueblo español por el bien del cual tantos miles de humanistas libertarios perdieron la vida en 1936-39.

Por las noticias de Salamanca, que hemos comentado brevemente, comprobamos que bien hacemos, desde hace años, los libertarios que así pensamos, abrazando la causa de Unamuno, la defensa de su conducta como nuestra propia causa, porque lo era y sigue siéndolo hoy con más razones que ayer.

Error superlativo y carencia, a nuestro entender, de visión de cara al futuro más feliz de España habría sido reducirnos a quedar detrás de las noticias, de los hechos consumados diciendo, lo más, de tarde, en tarde, por un obligado o forzado deber de conciencia, que Unamuno se limitó a un personal choque de palabras con Millán Astray, por ejemplo, o contra odiosos representantes del régimen franquista, a un acto innegablemente valeroso, pero que en prolongado esfuerzo y sacrificio lo superaron miles de hombres del Movimiento Libertario español, conocidos y anónimos, y antifranquistas de otros campos ideológicos.

Gran verdad es ésta en lo episódico; pero en el hacer historia cuenta mucho, en determinadas situaciones psicológicas, sociales y culturales de la vida de uno o más pueblos, la persona, el grupo de individuos humanos o la corriente ideológica que las interpreta cabalmente, las encarna y pro-

moviéndolas y alentándolas con todas sus energías, superándolas, tendiendo al bien de las mayorías tiranizadas, más influyen en las colectividades humanas hambrientas de manumisión.

Silenciar la mayor parte del comportamiento de Unamuno mientras vivió encarcelado en la zona franquista; no reconocer el nivel superior moral, social, humano e intelectual al que se elevó a costa de su propia vida que la puso constantemente en juego durante los cinco meses y medio de sufrir brutal acoso fasciofalangista que le colocó entre la espada y la pared, sin salida, y, sin embargo, siguió manteniendo invariablemente, hasta caer, su desafiante actitud en defensa de la libertad, hacerle el vacío, o desentenderse de él, en cierto grado, como hasta algunos buenos compañeros que escriben en nuestra prensa aconsejan, más o menos claramente, se haga por estar asociado su recuerdo, el de Miguel de Unamuno, a amargos y dolorosos recuerdos nuestros, de los ácratas, habría sido, al entender de los libertarios que coincidimos, cometer, repetimos, una enorme injusticia y un tremendo error.

Hasta queridos amigos tenemos, de indudable buena fe, inteligentes, consecuentes y valerosos que nos han reprochado, cara a cara — al que escribe al menos — que en artículos y conferencias «sublimizamos el proceder postrero de Miguel de Unamuno», el que cuenta, por ser el último con el que concretó todo lo que quiso ser para siempre, toda la verdad del mismo.

La verdad entera, superable, que descubrió y abrazó; su ejemplo — o por el que dieron también nuestros compañeros Francisco Ferrer, Ascaso, Duruti, Juan Peiró, etc., tanto o más elevados que el dado por Miguel de Unamuno — significó y sigue significando sublimizar el carácter mismo de la España del Quijote.

El vacío bastante se lo hacen a Unamuno en la medida que no los perjudique, los políticos. Estos no le perdonan que sus más espontáneas y sentidas manifestaciones sean afirmaciones anti-estatales. Y hasta hoy todos admiten que su fallecimiento «fue natural». Si alguna excepción existe entre aquéllos, contraría a estos pensares — con o sin fines políticos — sólo confirmará la regla general o posición de la política — ambición del poder — frente al caso Unamuno.

Den un paso al frente los individuos humanos, pertenecientes al llamado campo antifranquista, que todavía critican, malévolamente, a Miguel de Unamuno, tibia y hasta cierto punto unos, admitiendo algo bueno en él, pero recordando con excesivo relieve sus viejos y superados yerros, de forma que parece intentan anular lo aceptable por aquel hecho; den el mismo paso también los sujetos que se erigen en sus jueces — sin haberse juzgado antes ellos mismos — implacables, duros e inmovibles, que siguen tratándolo cruda, despiadada, falsa e injustamente, en privado y en público, poniendo al descubierto sus corazones dañados — que pueden cauterizar con amor verdaderamente sentido y no sólo decir que aman con palabras, en artículos y libros — y declaran, ante el mundo, con

honestidad intelectual — aunque sea por única vez — y valor moral, si en la situación terrible que Unamuno vivió hubieran adoptado y sostenido hasta el fin su valerosa y encomiable conducta.

Es posible que no falten españoles e individuos nacidos en otros países, con sentimientos y pensamientos universalistas, que contesten que sí obrarían como Miguel de Unamuno en las mismas circunstancias; pero al hacerlo se colocarían en el mismo nivel psicológico y humano mas no a mayor altura. Sin embargo creemos que ni uno de sus detractores y críticos gratuitos seguirían su ejemplo.

Lo cierto es que se van acumulando indicios y datos que llevan el conocimiento total del motivo último del crimen, el que obligó a los asesinos, a sueldo de la anti-España, a cometerlo sin más espera, y que exponemos al final; el motivo que siempre es el que descubre — según los psicólogos criminalistas al servicio de la justicia histórica — al culpable o la pista de los culpables de un acto reprochable: al director intelectual y al brazo o brazos ejecutores que obraron, en el caso que nos ocupa, contra el cuerpo de Miguel de Unamuno.

Y allá con su conciencia el corto número de sujetos bienintencionados que se aferran, sin quererles soltar, a viejas ideas y a críticas ya superadas, sin eficacia progresiva alguna en el presente y para el porvenir de España y de la humanidad, como las que se han hecho y se le están haciendo aún a Miguel de Unamuno. ¿Que éste, en cierta época, hizo algún daño a los libertarios? ¿Que en 1909, en particular, nos afectaron absurdas y malévolas críticas suyas?

Hablaremos algo sobre las mismas más adelante, pero anticipemos que todo el mal que pudo hacernos a los libertarios lo desterramos de nuestros corazones — los que coincidimos al respecto — para que lo ocupara, enteramente, lo bueno que realizó, que liquida cuanto de malo hizo, y estar seguros que hizo lo propio en su corazón y en su mente probándolo enfrentándose al enemigo común con el coraje que a tantos españoles les falta.

Muchas críticas, acerbas e injustas unas y muy justificadas otras se hicieron y se le hacen todavía al ex-rector de la Universidad de Salamanca. Las que los humanistas libertarios le hicimos con el fondo y el tono emocional indignado que merecía, en su tiempo, oportunamente, consideramos que hoy no se las merece, como mucho menos se mereció Francisco Ferrer Guardia los juicios injustos, arbitrarios, en grado sumo, que le dedicó Miguel de Unamuno llegando éste hasta afear la campaña internacional que se realizó en 1909 por salvarle la vida y contra las protestas que en todo el orbe se llevaban a efecto al serle arrebatada por los sicarios de la Iglesia y de la monarquía española.

Lo recordamos no sólo para demostrar que no lo desconocemos, y que los llamados genios también cometen errores, los más voluminosos yerros — como asimismo los mayores aciertos —, sino por opinar que, actualmente, además de injusto es **inoportuno y nada constructivo, de cara a España y al mundo todo que nos rodea.**

¡Ojalá que las mujeres y los hombres que mal se conducen en la vida cotidiana: en el seno del hogar y en el trabajo con sus compañeros explotados, y no intervienen en la lucha social por egoísmos mezquinos, que la sociedad autoritaria cultiva, por la presión de necesidades u otras causas diversas, decidieran adoptar una conducta humana mejor, **permanente**, en beneficio de la mayoría de sus congéneres que, al fin, es decir en bien de sí mismos y de sus descendientes sobre todo en la era atómica y espacial!

A los individuos humanos que tal decisión **definitiva** tomen ¿qué objeto tendrá recordarles, machaconamente, o en mortificantes e hirientes fechas, que quieren olvidar, su **pasado** si con palabras y actos, con su proceder todo, desviviéndose por **afirmar el buen sentido**, racional y humanitario, que dan a sus actividades prueban, sin habérselo exigido nadie, por propia **voluntad**, con firme **conciencia de poder** que lo «enterraron» o lo desterraron totalmente de su **ser**, que jamás volverán a reincidir, a involucionar, a repetir cuanto deshumaniza al ser humano y que han decidido condenar y combatir mientras vivan?

Mucho de ingrato sobre Unamuno podemos decir por la actitud que adoptó frente al caso del mártir de la Escuela Moderna. Hoy lo exponemos, aunque brevemente, porque nos lo han estado recordando varias veces en el curso de estos últimos años. **También nos lo recuerdan, en el presente, escritores franquistas desde los diarios y revistas de la anti-España, persiguiendo, sin decirlo con letras, que los libertarios, los más afectados — y todo el pueblo español — olvidemos y excremos al ex-rector de la Universidad de Salamanca.**

No haremos tal vil juego al régimen franquista. ¡Pretenden destruir la personalidad de Miguel de Unamuno apropiándose la como se apoderaron de su cuerpo después de aniquilarlo y de enterrarlo según «mandó» la Iglesia Católica que «bendijo el acto», la hora que lo hicieron desaparecer del mundo de los vivos!

LOS LIBERTARIOS Y UNAMUNO EN FRANCIA

Recientemente se ha escrito que Unamuno nos dio también «mal trato» a los libertarios, en tierras galas, durante los años 1923 a 1930. No lo pasamos por alto; y vamos a tratar de desmentirlo, en gran parte, a pesar que algunos afines en ideas lo creen asimismo.

Como que a los críticos malévolos del interior de España, en particular, les interesa formar mal ambiente alrededor de Miguel de Unamuno, sobre todo entre los jóvenes estudiosos y rebeldes de nuestros días, consideramos conveniente destruir, antes de seguir adelante, esta versión que difunden plumas franquistas. Les demostraremos que estamos bien enterados de cómo sintió y obró durante los precipitados años. Más todavía intentaremos probar: que el «mal trato» se lo daba el mismo Unamuno, en París, al esquivar el contacto con nosotros, los acratas, por reprocharle su **conciencia** habernos tratado mal.

Hablemos, pues, en seguida, del paso de Miguel de Unamuno por territorio francés. Durante siete años España sufrió la llamada «blanda» dictadura del general Primo de Rivera. Buen número de los españoles exiliados entonces en Francia pudimos ver al ex-rector salmantino exageradamente escéptico, dominado por la incertidumbre y un pesimismo **negativo**. Y no es que creamos que el escepticismo es un valor inferior, al contrario: el escepticismo sano, activo, que acredita el propio conocimiento, es sumamente valioso para el «espíritu» crítico y representa una cualidad superior de la personalidad. Pero Unamuno se manifestaba, en aquel tiempo, a consecuencia de sus innumerables contradicciones y errores, un escepticismo enfermizo que lo incapacitaba para hacer algo constructivo por sí mismo o asociado a otros de sus semejantes.

En París Miguel de Unamuno concurría, con bastante asiduidad, en particular por las tardes, al famoso café «La Rotonde», que estaba ubicado en el barrio latino. A veces lo acompañaba alguno de sus hijos. En aquel tiempo, en dicho lugar, de nombradía internacional, pudieron coincidir Unamuno e Isadora Duncan, Trotsky y Nestor Makno — el Durruti de Ucrania —, Picasso, etc. Era, en fin, centro de reunión de artistas de teatro y de cine, de algunos marimachos, bohemios y mariquitas, de pintores, de músicos y de escritores de todas las lenguas y de todas las razas. y también de revolucionarios de todos los países. ¡Allí se hablaban en el día todos los idiomas del mundo!

«La Rotonde» era, pues, una especie de «ensalada mundial» con todas las clases de valores **positivos** y **negativos** humanos a la que el concurrente podía acercarse, más o menos, a «gustar», a admirar o a contemplar simplemente, la parte que más le simpaticara o atrajera por curiosidad.

¡No faltábamos en «La Rotonde» los refugiados españoles! A tal café «cosmopolita» concurrían hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España y de la F. A. I., libertarios llegados unos a la capital de Francia directamente de España, y otros después de haber pasado algún tiempo en otras poblaciones galas.

Los libertarios éramos los que más llamábamos la atención, porque discutíamos acaloradamente, con pasión, en voz alta, a grandes voces, tronando contra la dictadura que se instauró en España para sostener a la monarquía que, podrida hasta la médula, cayó en 1931, al recibir el primer fuerte «soplo» rebelde del Pueblo español.

Unamuno acostumbraba dirigirse andando a tan singular café por estar entonces alojado en una pensión cercana. Y observábamos que apenas daba un paso hacia el interior de aquél reconocía donde estábamos situados los libertarios, porque siempre procuraba alejarse de nosotros que, precisamente, nos dolía verlo triste y tan solitario a menudo. A veces la expresión melancólica de su rostro alargado, con su barba en punta, nos daba la impresión de un Quijote sufriendo desaliento, hasta desesperación, por no hallar la **verdad** que buscaba, afanosamente, ni el camino que pudiera llevarlo a la misma para romper lanzas en su defensa por mal-

trecho que lo dejaran los malandrines defensores de la **mentira**. ¡Todo preferible a las tensiones psicológicas y a las angustias de la incertidumbre y de la inercia del Hombre que era dinámico por naturaleza!

Unamuno, a pesar de ser el célebre escritor y filósofo Miguel de Unamuno, apenas hacía notar su presencia en medio de tanto colorido y variada algarabía. Generalmente hablando, sólo atraía una que otra mirada fugaz, sabiendo o no que era él porque, en primer lugar, procuraba colocarse en un rincón del café como intentando pasar innotado; donde todos los sujetos, consciente o inconscientemente, con naturalidad o afectadamente, se singularizaban en algo! Se sentaba ante la mesa de mármol y permanecía silencioso, hermético.

Sin embargo el hermetismo de Unamuno no era tan impenetrable como él imaginaba. Al menos no lo era para algunos libertarios que lo observábamos con más interés que los demás, porque en presencia del dolor, del que sufre, injustamente, sea genio o humilde semejante nuestro, y cuanto más humilde más todavía, nos **sentimos** vinculados a él con ánimo de contribuir a mitigarlo y hacérselo desaparecer en lo posible.

Notábamos que no todo era calma en Unamuno, que no todos sus movimientos y gestos eran simples acciones sensoriales y motoras, maquinales; que su consciente, su inquietud y su **voluntad de hacer** contenida, angustiosamente, estaban presentes al verlo ponerse, casi en seguida que se sentaba, a doblar papel y hacer pajaritas que le recordaban, seguramente, cuando se las hacía con amor a sus hijos, en su infancia, jugueteando con ellos, en el solar hispano, en la tierra que vieron la luz primera: en Salamanca.

Las pajaritas que hacían sus dedos nerviosos, sin que, al parecer, Unamuno importancia alguna les dara o sólo el del valor de distraerse un rato, «pasar el tiempo», para nosotros, los libertarios, expresaban bastante más: su amor a los suyos y a la España del Quijote, afectos limpios y elevados que algún día lo llevarían a simbolizarla con ejemplar sabia actitud quijotesca.

Observando cuán nerviosamente hacía las pajaritas **sentíamos** — al menos el que escribe — como si este nerviosismo de Unamuno clamara: — No estoy tranquilo e indiferente, ante lo que sucede a mi alrededor, como se imaginan los sujetos que aquí me conocen y me miran. Que «la música va por dentro», ¡sin sosiego! ¡España me llama y sufro no poder acudir a su llamado por estar en poder de bárbaros en estos momentos!

Curioso y penoso era observar cómo Unamuno hacía y deshacía pajaritas, volvía a hacerlas y a deshacerlas de nuevo siguiendo los dobleces que ya hizo dos o más veces. Una que otra vez al rehacer una pajarita con el papel en ese estado, sin estar mirándola, como para distraerse más o, mejor, para aburrirse menos, por ser, en realidad, la impresión psicológica que nos daba, cerraba los ojos o miraba a su derredor como tratando de inquirir si atraía o no la atención de pocos o muchos de los sujetos presentes en el café.

El caso es que a pesar de él mismo o no, sus fruncimientos de cejas, y, en particular, sus nerviosos dedos haciendo pajaritas indicaban cuán alto bullía en su interior su alborotada sangre de español en el destierro, aunque carente de visión acertada y de resolución, en aquellos años, para aprovechar sus potencialidades en sentido constructivo.

Ya en 1924 escribió lo siguiente que refleja el estado de ánimo que entonces predominaba en Miguel de Unamuno: **Estoy pasando por el horror de la incertidumbre... no hay cosa más horrible que esperar... y yo espero. No puedo resolver nada, ni podría decir lo que me pasará esta tarde.**

No encontraba alivio a la amargura de estar tan cerca y sentirse tan lejos de España y de la Universidad de Salamanca.

Esporádicamente, buscando escape a sus pesadumbres, a sus congojas, a todas sus tensiones psicológicas y a sus angustias, en fin, escribía algo en «Hojas Libres» que, en realidad, eran cantos al sol y al ambiente de España, a cuanto carecía en París.

Y antes que nos lo echen en cara las personas que no olvidan, como ya lo han hecho «tíbiamente», digamos toda la verdad no silenciando lo fundamental: Miguel de Unamuno jamás prestó su colaboración moral e intelectual — y menos material —, **efectiva**, a los que conspirábamos y luchábamos, con pasión encendida por la libertad del Pueblo español, por lograr el derrumbe de la monarquía y de la dictadura que la apuntalaba. A los libertarios esta actividad revolucionaria nos costó vidas en la misma frontera franco-española, muchas detenciones y encarcelamientos en el interior de España y también en el destierro — como le costó al firmante — «visitar», sin desearlo, de vez en cuando, la Jefatura de Policía, el Palacio de Justicia, «La Santé» y Fresnes.

Miguel de Unamuno fue el exiliado más escéptico e infeliz que pueda cualquiera imaginar. La falta de España lo hacía sufrir hasta el grado que le hizo abandonar París y dirigirse al departamento de los Bajos Pirineos para residir en Hendaya, junto a la frontera hispana, en los límites de las Vascongadas. ¡Cuánto las añoraba como vasco!

(Sin embargo, pronto expresó el deseo contrario. Volvió a pisar tierra española al caer la dictadura primorriverista; pero seis años después, en la navidad de 1936, en vísperas de ser asesinado — una semana antes — escribió las siguientes estrofas:

**Y yo en mi hogar, hoy cárcel desdichosa,
sueño en mis días de la libre Francia,
en la suerte de España desastrosa.**

De ésta y mil maneras Miguel de Unamuno manifestaba cuanto anhelaba verse lejos de la bestial y cruel anti-España que aceleró su desaparición para evitar que escapara como se fugó de la isla de Fuerteventura, a donde lo deportó el dictador general Primo de Rivera, y luchara, esta vez sí, con todas las energías de su corazón y de su mente privilegiada, como los libertarios, en el exilio, desde 1939, por la libertad de España.

Hacia Francia, hacia México o hacia otro lugar:

lo que Miguel de Unamuno deseaba era verse libre de los feroces verdugos del régimen vaticanistafasciofranquista, a salvo de los mismos, ¡con vida!, con la vida que sabía querían destruir, a no tardar, por haberlos combatido y estar dispuesto a seguir luchando desde el exterior de la península ibérica hasta terminar con el Estado que está representando «Franco, Ese Hombre». Pero éste se encargó que el sueño de Unamuno no se realizara.)

Ya en Hendaya Unamuno no nos vería discutir a los libertarios con voz alta, apasionados, optimistas, en el café «La Rotonde» en donde tantas veces nos habíamos preguntado: ¿por qué nos elude tanto a los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España y a los de la F. A. I.? Llegamos a la conclusión que Miguel de Unamuno no siempre que nos observaba aunque ligeramente, al parecer, era por considerarnos ilusos o locos en mal sentido, pues al fin y al cabo lo somos tanto o más constantes que lo fue él mismo: posesos de las sublimes «locuras» del Quijote. Pero más de una vez nos pareció descubrir que su rostro y su mirar se ensombrecían, que reflejaban cierta tristeza interior y disgusto con sí mismo, y entonces dejaba de hacer pajaritas, permaneciendo quietos sus dedos. Es indudable que pensaba. ¿En qué?

En más de una ocasión pensemos, o, mejor dicho, por ser lo cierto: **intuimos**, en momentos dados que nuestras miradas se cruzaban con las suyas o se sostenían, brevemente, que nos asociaba al nombre de Franciseco Ferrer Guardia y a otros compañeros nuestros caídos en defensa de la Libertad y del Bienestar para todos. ¿Qué recuerdos le despertábamos y agitaban su conciencia? ¿Lo angustiaban más de lo que estaba por la situación que atravesaba fuera de España? Creemos que sí. Al menos así lleguemos a sentirlo como si nos lo hiciera saber con palabras.

¿Sentía ahora Unamuno, al tenernos en frente, bajo sus miradas, pesar y cierta vergüenza verse, como nosotros, los libertarios, desterrado por la misma monarquía que fusiló no sólo a nuestro malogrado compañero Francisco Ferrer, a las nueve de la mañana del 13 de octubre de 1909, sino también, en el mismo foso del fatídico castillo de Montjuich, en Barcelona, a Hoyos, Baró, Clemente García y a Malet? Este reivindicó, con energía, su participación en las acciones revolucionarias de la última semana del mes de julio del año precitado, dando el ejemplo al pueblo barcelonés que se solidarizó con los libertarios para protestar contra los embarques de miles de jóvenes españoles de todas las regiones hispanas hacia tierras africanas.

Por otra parte, otros ácratas fueron encarcelados y algunos bárbaramente torturados en calabozos policíacos y en las mazmorras del tétrico castillo de Montjuich que cuenta con todas las clases de aparatos de tortura que usó la inquisición en la Edad Media contra hombres de ciencia sin dogmas y los pensadores libres que tanto sufrieron en aquella ominosa época.

Como Malet y otros compañeros libertarios hicieron Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna y de la Editorial con el mismo título

de haber sido organizador o tomado parte activa en los hechos, directamente, en las barricadas barcelonesas, con o sin armas en las manos, pero si alentando, con su presencia en las mismas, a los revolucionarios que las ocupaban, tampoco habría negado, ante el tribunal militar que lo «enjuició», obstaculizando su defensa, el grado de su participación en el movimiento espontáneo del pueblo catalán contra el militarismo y la guerra que la monarquía incrementaba en Marruecos.

La popular acción anti-guerrera desencadenada en Barcelona gozaba de la simpatía del pedagogo y militante humanitarista Francisco Ferrer, como simpatizaban con la misma gran número de mujeres y hombres de todas las provincias de España. A esto se reducía su actitud personal, y al condenarlo a muerte acusado como principal promotor de las acciones anti-bélicas precitadas las fuerzas negras de la reacción, de la anti-España, bien sabían que era inocente, y que cometían un asesinato «legal». Asesinando a Francisco Ferrer la Iglesia y el Estado monárquico pretendían acabar con las experiencias pedagógicas racionalistas y humanitarias que aquél inició, con creciente éxito, en 1901, en Barcelona.

(Continuará)

La cooperación libre

¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista o colectivista?

La sola enunciación de esas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribará el más leve soplido del porvenir cercano. Propagamos la libertad de hecho, la posibilidad de obrar libremente en todo tiempo y en todo lugar. Esta posibilidad será efectiva para el pueblo tan pronto se halle en posesión de la riqueza y de ella pueda disponer sin que nada ni nadie se lo estorbe. Y será tanto más efectiva cuanto más el pueblo pueda libremente concertar los medios de metodizar la producción y la distribución de la riqueza puesta a su alcance.

Nosotros, anarquistas, podremos decir entonces al pueblo: «Haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el uso de la riqueza, como creas más conveniente, organiza la vida de la libertad como sepas y puedas». Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia del clima y raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social, se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y también, a la larga, la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos por la experiencia parte, por lo menos, de lo que lograremos con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles.

Entre la historia y utopía

por LUCE FABRI

DIOS Y EL PROLETARIADO

EN realidad estas concepciones en que la violencia revolucionaria rebasa su función liberadora y se atribuye en la reconstrucción la misión de una varita mágica, tienen sus raíces en una frecuente degeneración del instinto vital de potencia, degeneración que afecta tanto a los resignados como a los eufóricos y consiste en una codicia ilimitada de superioridad material, en la embriaguez de la acción moldeadora, en una impaciencia de realización, que puede ser el producto, tanto de un dinamismo exasperado, como de la pereza de la voluntad, que evita el esfuerzo menudo y sostenido, sin recompensa a término.

De esta misma degeneración del instinto humano de poder surge en las religiones la idea de la omnipotencia divina que de ninguna manera puede ser considerada como inherente a la perfección que a Dios o a los dioses se suele atribuir, sino que es una clara transposición de carácter antropomórfico a la divinidad del deseo que tiene el hombre de ser más fuerte que la naturaleza y de violentar sus leyes con milagros. A este propósito R. Mondolfo, en su último libro impreso en México: «Marx y el marxismo», cita a Feuerbach, resumiendo así su pensamiento: «El egoísta, dolorido por el abismo que separa sus deseos de la realización, se refugia en la imaginación arbitraria de una omnipotencia que, con sólo querer supera cualquier obstáculo: he aquí su dios». (Rodolfo Mondolfo: «Marx y el marxismo», Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1960, p. 35).

Es evidente la afinidad de esta concepción religiosa que le pide a Dios que tenga la omnipotencia que la humanidad desea y no tiene, con la creencia en una revolución, necesariamente violenta y dictatorial, que interrumpa el curso de la historia para introducir en ella desde arriba todo un sistema perfecto y racionalmente articulado, de cuyo ulterior desarrollo nadie habla, lo que le da indudablemente cierto carácter milagroso y paradisiaco de utopía. El proletariado que se identifica con la humanidad negándose a sí mismo como clase y que, dueño del Estado, lo destruye para dar vida a una sociedad sin éste, se parece mucho a un Mesías, aunque Gramsci, atormentado más por sus contradicciones intelectuales que por la cárcel, reconociera en él, o — mejor — en el partido que, según su opinión, lo representaba, al Príncipe de Machiavelli, con lo que en cierto sentido nos daba la razón, puesto que la finalidad del Príncipe es el poder y nada más que el poder y no la construcción de Utopía.

CARACTER TARDIO, SECUNDARIO Y CONTINGENTE DE LA DICTADURA EN LA REVOLUCIÓN

TANTO a los teóricos de la dictadura del proletariado como a los sostenedores más imprecisos, de la inevitabilidad de la dictadura provisoria para cualquier revolución, les podemos preguntar: ¿Qué revolución digna de este nombre comienza con una dictadura?

El primer impulso, violento o no, es, generalmente, un impulso de liberación: destruye trabas, desata fuerzas, dice palabras nuevas. La dictadura llega meses o aún años más tarde e inicia generalmente la fase contrarrevolucionaria. Para darse cuenta de esto, basta medir el tiempo que separa la revolución inglesa de 1648 de la dictadura de Cromwell, la toma de la Bastilla en Francia del terror robespierrista, la constitución libre de los primeros soviets en la Rusia de 1917 de la dictadura bolchevique que destruyó al machnovismo ucraniano y a las fuerzas renovadoras de Kronstandt; basta evaluar la distancia que separa el programa de Sierra Maestra de la militarización de la cultura y de la estatización centralizada de la reforma agraria, acompañada por un régimen de partido único y prensa amordazada, en Cuba. La verdadera revolución nace en la libertad y en la dictadura decae y muere.

Otras veces me ocupé de demostrar esta ineficiencia revolucionaria del poder absoluto. Repetiré algunos ejemplos que me parecen significativos. Julio César instauró la dictadura llevado, no sólo por su ambición, sino también por el deseo de realizar un vasto programa de reformas sociales, especialmente la reforma agraria. ¿Qué quedó de su tremendo esfuerzo, que llevó a la derrota a las huestes que defendían los privilegios de una aristocracia de latifundistas? Quedó la dictadura misma, disfrazada de Imperio, y quedaron los latifundistas. Quedó también un mito, el de Bruto; y es un malentendido, que pareció de todos modos útil y es en cambio un tóxico histórico, como todos los malentendidos.

El fruto más visible y duradero de la Revolución Francesa en sus comienzos fue la Declaración de los Derechos del Hombre; y hay una continuidad entre esta Declaración y el desarrollo de la revolución misma, hasta que la guerra, tres años después, pareció imponer el terror y la dictadura. Digo «pareció», porque se trató una vez más del mito de la «dictadura provisoria», que surge por razones de emergencia y se perpetúa por la lógica misma del poder. En efecto, esa Constitución de 1793, que la Convención aprobó inspirándose en un proyecto anterior de Condorcet, era verdaderamente la culmi-

nación del proceso revolucionario iniciado en 1789, y nunca se aplicó. Fue suspendida «por poco tiempo», es decir, «hasta la paz». He aquí la «dictadura provisoria», he aquí a Robespierre, que es, en terreno político, el padre de Napoleón. La Restauración y la Santa Alianza fueron una respuesta a Napoleón; no hubieran sido posibles con una Francia tan dinámicamente revolucionaria como la de 1789 y 1790.

Y hoy, si la involución autoritaria de la Revolución Rusa no se hubiera producido, si hubiera en Rusia un socialismo, no digamos libertario sino apenas democrático, en cambio de ese totalitario capitalismo de Estado que ha transformado una esperanza luminosa en una terrible amenaza, ¿qué gobierno del mundo se atrevería a enviar contra ella sus ejércitos? Ya lo vimos: antes de atreverse — solapadamente unos, en forma abierta otros — con España, los gobiernos de Europa esperaron que la coalición burguesa-comunista matara en ella la revolución libre en nombre de un gobierno fuerte, necesario — se decía — para ganar la guerra. El pacto nazi-soviético y la segunda guerra mundial tienen en el aplastamiento de la revolución española su punto de partida.

DE LA REVOLUCION AL IMPERIALISMO

PERMITASEMENE reanudar a este propósito un discursus empezado en 1947. La autocita tiene el único objeto de demostrar cómo el proceso, ya entonces muy avanzado, de la dictadura llamada provisoria, ha seguido desarrollándose según su lógica interior. Decía entonces: «En la revolución rusa la contrarrevolución ha empezado con Lenin y no con Stalin. La insurrección inicial no estaba dirigida a tomar el poder y menos aún a instaurar una dictadura, así como no pensaba en el poder 128 años antes el pueblo de los suburbios de París que destruyó la Bastilla. En Rusia los campesinos ya habían ocupado las tierras y habían surgido en toda ella los soviets autónomos, cuando Lenin desde Finlandia, estudiaba para su partido el camino más corto hacia el gobierno. Consecuencias de la dictadura bolchevique fueron el aplastamiento de la Comuna de Kronstadt, la derrota de Mackno, la destrucción de los soviets (substituidos por órganos del partido y del estado, con el nombre, pero sin la autonomía de los organismos primitivos) la colectivización forzosa en detrimento de las cooperativas, la Nep... Empezaba el lento y complicado proceso de la contrarrevolución con nomenclatura revolucionaria. El capitalismo privado se había derrumbado bajo los golpes de la sublevación popular. La dictadura llamada del proletariado, no ha creado realidades nuevas, a no ser el hecho brutal del poder. Ha quitado las fábricas a los obreros, la tierra a los campesinos, las comunas a los soviets locales, para incorporar todo esto al Estado. El absolutismo resucitado no tenía ya al zar, pero tenía una nueva y terrible arma: el controlador total, o mejor dicho, la gestión de toda la vida económica del país. Y las fuerzas revolucionarias fueron aniquiladas una tras otra, hasta que le ha

tocado el turno a la tendencia misma de Lenin. Nada más normal.

Con estas sucesivas eliminaciones, que Stalin realizó en provecho de su poder personal, el ritmo de la contrarrevolución se acentuó y se produjeron todas las restauraciones compatibles con los hechos nuevos que, surgidos de la revolución, habían sido adoptados por el régimen bolchevique como refuerzos y modernizaciones de su absolutismo: capitalismo de estado, industrialización, importancia de los técnicos y de la burocracia de partido, incremento y rejuvenecimiento de la casta de funcionarios estatales, partido único, identificación del Estado con dicho partido...» (Luce Fabbrì: «La libertà nelle crisi rivoluzionarie» Montevideo. Ed. «Studi Sociali» 1947, p. 15).

Todas realidades que el régimen ruso tuvo en común con los totalitarismos más occidentales y más orientales que fueron derrotados en la segunda guerra mundial y cuya herencia él recogió, aún enarbolando una bandera contraria. Esto era lo que se podía decir hasta 1947.

Luego, Stalin duró unos años más y murió. Sobrevino en Rusia el llamado deshielo, se dijeron muchas cosas contra el culto de la personalidad y surgieron grandes esperanzas. Pareció terminada la era dogmática de una cultura definida desde lo alto en fórmulas obligatorias; pareció terminada la pesadilla del tiro en la nuca para los herejes del partido único. Por la hendidura que se entreabrió se coló el doctor Jivago. Pero la derrota del eje Berlín-Roma-Tokio abrió grandes posibilidades para revoluciones populares y, al mismo tiempo y en los mismos países, para una potenciación desproporcionada de los distintos partidos comunistas dirigidos por el ruso, que es partido y, a la vez, es gobierno.

Ahora bien: la lógica del poder en proceso de expansión anuló ese comienzo de distensión interna que siguió a la muerte de Stalin. El Politburó ruso (conste que no digo el Kremlin) no puede tolerar que triunfe en cualquier parte del mundo un socialismo sin dictadura, una revolución que no desembogue en la formación de un estado-satélite de Rusia, es decir gobernado, más o menos abiertamente, por un partido comunista dirigido desde Moscú. Y he aquí que procedimientos similares al tiro en la nuca, que Stalin había utilizado anteriormente en España, se aplicaron en gran escala en una Hungría que pedía la libre socialización y los consejos de fábrica como antes, en escala menor, se había aplicado en otros países satélites. En Hungría murió, pues, la breve ilusión.

IMPERIALISMO NACIONAL Y DE PARTIDO

ENTENDAMONOS bien: se suele hablar de imperialismo ruso. Y no se puede negar que, tanto la propaganda patriótica que Stalin propició en Rusia durante la guerra (propaganda que llegó hasta la revalorización de Iván el Terrible y de Alejandro Newsky) como las negociaciones de Yalta y, más tarde, la expoliación de los países satélites en provecho de «la patria del proletariado», dieron validez a la expresión.

No se puede negar que haya un imperialismo ruso; pero hay también codicia de dominio del partido comunista en escala mundial. Y las dos codicias no siempre coinciden, como parecieron coincidir absolutamente en los tiempos de Lenin y en la mayor parte del período estaliniano, hasta la rebelión de Tito. A partir de este acontecimiento, empezó a haber una tensión interna entre el imperialismo nacional y el de partido, tensión que no parece destinada a terminar en ruptura, puesto que ambos tienden al estado único y al partido único en escala mundial, finalidad hacia la cual gravita todo totalitarismo si quiere subsistir. Hasta la última guerra, Rusia era indiscutiblemente, para los comunistas, la «patria del proletariado», y su partido gobernante el «partido guía». Por lo tanto el impulso imperialista del nacionalismo ruso a través de la red de los partidos comunistas del mundo y el impulso hacia el dominio mundial, que mueve el partido comunista internacionalmente considerado no podían sino coincidir.

Ahora se empiezan a ver como dos fuerzas distintas, más en el terreno práctico de la lucha diaria que en el teórico de la finalidad última: el Estado mundial con un único partido. A medida que el partido comunista se extiende, sus luchas internas cobran una importancia que lo trasciende. Es por otra parte una característica general (y natural) del partido único la de trasladar a su interior las distintas tendencias en conflicto en el mundo.

En realidad la tensión actual en el mundo comunista no es dada por el conflicto ideológico entre internacionalismo y nacionalismo (puesto que todos los partidos comunistas son nacionalistas e internacionalistas a la vez), sino por la rivalidad entre los más fuertes de estos partidos, que coinciden geográficamente con las naciones más poderosas del «bloque oriental». Después de Yugoslavia tenemos ahora China, que parece haber vuelto hoy, después del paréntesis de las cien flores, a un estalinismo cerrado que le sirve para disputarle a Rusia el liderazgo del mundo comunista. La relativa cohesión de este último es evidentemente mantenida desde afuera, por la guerra fría.

En el mundo llamado capitalista, por otra parte, mientras por un lado se refuerzan las tendencias del gobierno fuerte, a la puesta fuera de la ley de determinados partidos, a la intervención estatal en la economía y a una burocratización centripeta de la producción y de la distribución, todos fenómenos que preparan el terreno a una victoria del totalitarismo desde adentro más a través del golpe de estado y de la consabida «dictadura provisoria» que a través de una guerra declarada, por otro lado se liquida rápidamente el imperialismo colonialista y cambia de carácter el imperialismo económico.

Aquí entra en escena otro mito, que arrastra a grandes masas detrás de viejas banderas: el mito nacionalista tan anacrónico en nuestro tiempo como el mito del Imperio universal en la Edad Media. Asia, Africa y —en menor medida— Latinoamérica, están llenas de ese mito que siempre lleva consigo sangre y muerte y oculta lo que está verdaderamente en juego.

En realidad, todas las fuerzas que detentan el poder, las «democráticas» (léase «capitalistas») y las «socialistas» (léase «totalitarias a través del capitalismo de estado») tienen interés en ocultar lo que está en juego. Ambas gritan «patria o muerte»: ambas identifican la revolución socialista (o tendiente a limitar — como quiera que sea — los abusos de la propiedad privada) con la dictadura de partido: las primeras para desvalorizar al socialismo y atraerse a los amantes de la libertad: las segundas para valorizar la dictadura y lograr para ella el apoyo de los que quieren el «socialismo» a aun sólo — genéricamente — la justicia. Un ejemplo puede ser dado por el juicio unánime, aunque laudatorio en unos y condenatorio en otros, sobre la reforma agraria venezolana, dirigida no hacia el socialismo, sino sólo a una menos injusta distribución de la tierra, presentada por todos como insignificante y tan profunda, en cambio, parece, como la cubana, pero sin dictadura ni paredones, al menos hasta ahora. Esta comparación no es cotejo de ideologías ni aprobación a ninguna obra de gobierno. Quiere sólo ayudar a mostrar los peligros que le hace correr a la revolución la violencia insurreccional, cuando la insurrección se hace gobierno y esa misma violencia se ejerce desde arriba.

El tiempo que nos separa del momento en que se escribieron estas líneas vio malograrse en parte los esfuerzos venezolanos de que en ellas se habla, como consecuencia de una fuerte presión violenta, ejercida alternadamente, desde abajo por militares de derechas y movimientos comunistas, empujados unos y otros en impedir cualquier progreso no dictatorial y en empujar al gobierno mismo hacia la adopción de medidas de fuerza: prueba — que no necesitábamos — de la extrema vulnerabilidad de toda acción positiva realizada desde el gobierno. De los resultados de esa acción perdura solamente lo que queda bajo el control de los directamente interesados, fuera de toda jurisdicción gubernamental.

IDEARIO

La afirmación de que «todo es de todos» no implica que cada uno pueda disponer de todo arbitrariamente o conforme a una regla dada. Significa solamente que estando la riqueza a la libre disposición de los individuos, queda a merced de éstos la organización del disfrute de las cosas.

La investigación de las formas de organizar este disfrute es ciertamente útil y necesaria, sobre todo a título de estudio; no a título de imposición doctrinal. Pero esta misma investigación no dará ni es deseable que determine un credo social. En materia de opiniones es preciso ser respetuoso con todas. La libertad de llevarlas a la práctica es la mejor garantía de este respeto.

Ricardo MELLA

BIAFRA

por GUERRERO LUCAS

UN genocidio está en curso. Este vocablo define el horror de una situación reconocida intolerable que se impone denunciar, evidenciar sin descanso, condenar una y mil veces, hasta que se cristalice la indignación de los hombres que ni usan ni justifican estrategias inhumanas. Sin duda puede objetarse que las condenas platónicas cambian raramente el curso de los acontecimientos: Ello no será jamás razón de guardar silencio. Por otra parte, la Historia, plagada de ejemplos vivos que pregonan la vigencia superior de lo moral, nos enseña que la causa del bien prevalece contra las violencias desatadas por todos los asesinos, sea cual fuere el envoltorio de que intenten adornarlas. Y hasta la debilidad de los preceptos humanistas, cuando, como en el presente, aparecen casi indefensos, se hace fuerza incontenible al ser éstos invocados con la firmeza que otorga el servicio de la verdad, de la justicia, del bien, de la vida por sí misma que es ya un argumento altísimo, más legítimo y jugoso que cualquier razón de Estado, y que todas ellas juntas.

HACE tiempo que este asunto anda en boca de la llamada indolente titulada opinión pública. No es un tema original. Hablar del drama biafreño es añadir voz a un conjunto de falsas reprobaciones o de ignorancias gimientes que ni aportan soluciones ni muestran tener conciencia del contorno del problema, o de la profunda crisis de valores esenciales que su existencia traduce. Digamos que, en cuanto a falta de reacción humanitaria e ideológica, es la edición africana del calvario vietnamita o de los ecos levantados por la tragedia de Praga. Proclamas de ofuscación, interesada o de buen tono. Lamentos circunstanciales nacidos en la indigencia mental de las multitudes, más dadas a suscribir las oponiones dirigentes que al discernimiento propio. La irresponsabilidad deliberada del conjunto. La dimisión del gran número, que entorpece y contrarresta los esfuerzos generosos de las minorías conscientes que sostienen la divisa del hombre formado y libre.

Así, Biafra ha recibido cuanto el universo estaba en condiciones de ofrecerle: Lágrimas de costurera para sus niños hambrientos.

Protestas de sobremesa por sus hombres empalados o muertos a machetazos. Alusiones mesuradas a esos buitres jugueteros, ahitos de carne humana, que desdeñan los cadáveres dormidos por las cunetas. Visiones espeluznantes que nuestras televisiones de mundo civilizado se arreglan para hermanar a programas de variedades. Al Este, los «comunistas» han de informarse en sus células si les corresponde amar o maldecir a los biafreños, según las maquinaciones exteriores del Partido. Al Oeste se da a luz la mendicidad compasiva y la explotación vergonzante de la mojigatería. El orden cristiano lanza proclamas altisonantes mientras que, por las trastiendas encamina el armamento que ha de consumir el crimen. Poderes que se pretenden de grandeza se hacen causa de más y nuevos dolores, por sus empujes astutos al bando ya derrotado...

Todo ha sido dicho y hecho. Sin embargo, hemos de hablar. Hablar para precisar que nuestra visión es muy otra. Que rehusamos integrarnos a la sinietra comedia de alcurnia internacional que acompaña a esta hecatombe. Mas no se puede tratar

crimen de tal envergadura sin prestar a cada término su justo significado y su sentido más real; sin empezar por llamar a cada cosa por su nombre, distinguiendo este bestial atentado contra la especie de las consideraciones nacionales, económicas, políticas y geográficas que quieren legitimarle: Ansioso de preservar la unidad territorial, las fronteras heredadas de la colonización, el poder central de Lagos reprime la secesión de una provincia nigeriana. En política, estos hechos se enjuician funcionalmente.

¿Pero qué funcionalismo logrará justificar la mutilación implacable de las poblaciones Ibo? Obtenida la victoria militar, ya previsible en los albores del conflicto, las represalias civiles buscan la eliminación física de todo un pueblo, culpable de no adhesión al despotismo centralista. En Lagos no se bromea con la autoridad y el orden, fórmulas que encuentran siempre una acogida comprensiva ante los gobiernos del mundo. Así, la Organización de la Unidad Africana, reunida recientemente, se separa sin tratar a fondo este horrible asunto; sin patrocinar un gesto hacia la pacificación. Su desho-

nor no es mayor que el de las Naciones Unidas. Se hace más y más visible que los gobiernos no expresan el sentir de los sectores sanos de la sociedad. Que se nos conceda pues una suprema irreverencia: Por en serio que se tome, el general Gowon es un asesino pestilente. Sobre su voz de estadista, la voz de la humanidad grita que hay hombres que mueren. El resto es literatura.

Un genocidio está en curso. No es el primero, ni el único, ni siquiera el más actual. Es sólo el que más airea cierta prensa dirigida. En Hué también hay niños ferozmente destripados por la solicitud yanqui. En el Sudán se extermina a comunidades que luchan por su derecho a la vida. Y el pueblo kurdo perece, víctima de sus verdugos y de las indiferencias cómplices del universo. Biafra es el más aireado. Y esto es significativo. Nosotros, que compartimos su duelo con toda el alma, no dejamos de observar la solidaridad dudosa, las pretensiones equívocas de los grupos financieros, las competencias políticas, religiosas y de bloque, la sordidez de la trama tejida sobre el martirio por los sucios intereses vaticanos y demócratas que han alentado el principio de la secesión biafreña, y explotado la ambición del coronel Ojukwu para empujar hasta el suicidio a la comunidad Ibo.

Las responsabilidades están claras, aunque impunes. Pero tal impunidad tendrá que ser provisional. La conciencia universal es algo más que una palabra. La idea de libertad, de humanidad y de justicia; las inquietudes eternas del corazón de los hombres son más fuertes que el zarpazo cerril de la tiranía. más recias y penetrantes que los carros de combate, más seguras e inviolables que todas las cajas-fuertes, más enhiestas que la causa devaluada del poder. Por obstinarse en ignorarlo, el orden autoritario y el desorden democrático, que se han repartido el mundo, se debaten en la asfixia, comidos en sus entrañas por la juventud rebelde que ni comparte ni abuelve el incalificable escándalo que ha sido y es aún su trayec-

toria. El desequilibrio generacional resulta ya irreparable...

Casi todo el hemisferio de la América española vive actualmente un estado de insurrección general. Privada de su careta falsamente venerable, la Europa del privilegio asiste al resurgimiento de una conciencia popular ansiosa de claridades. Al Este, la construcción zarista se desintegra. Un humanismo activista se apodera de la escena social. Y la inteligencia retorna al deber sagrado de demistificación que siempre ha sido más suyo. El viejo mundo se engaña si espera rehabilitarse, aplacar la rebelión, con declaraciones pomposas, represiones dosificadas o la invocación idiota de los preceptos atávicos que el mañana ha condenado. En nombre de bellas fórmulas y de principios teóricos los regimenes se entregan a excesos espeluznantes. La infamia de su quehacer económico y político no es ya sólo que tolera sino que incluso provoca las páginas sanguinarias que son rubor de la especie, de las que el drama bia-

freño es sólo una versión reciente. Errores tan gigantescos, actitudes tan groseras precipitan la repulsa del orden irracional vigente por todas partes. El clamor de acusación que de la Tierra de Fuego a los confines orientales se alza contra los sistemas sabrá tenerlos en cuenta.

La juventud retendrá que el mundo de la conquista nuclear es incapaz de llevar un gramo de arroz a los niños harapientos. Las fachadas rutilantes de la civilización ya no deslumbran a nadie.

Cuanto más se enfanga el mundo de la autoridad, más clara y más atrayente se yergue la libertad.

Un genocidio está en curso. Decir que los Ibos mueren puede ser una manera de honrar esas vidas rotas. Es útil, indispensable que ante la conspiración criminosas de los gobiernos se mantenga el testimonio de la conciencia humanista, que clama y clamará siempre por el derecho a la vida de los niños y de los hombres.

La mosca y la araña

(FABULA)

Me encontraba una mañana
a la vera de un canal,
viendo resbalar sus aguas
en dirección hacia el mar.
Mientras tanto contemplaba
una araña en un zarzal
tejiendo, negra y astuta,
su tela con su torzal.
Tejía hilo tras hilo,
con obscuro lupanar,
como el verdugo fabrica
el arma de su maldad.
Y después de haber tejido
su malla, se fue a sentar
en su trono sardanápalo,
para empezar a cazar.
Y entre el agua cristalina
y el sol de un mes estival,
entre flores y entre trinos,
ligera solía volar
una mosca gris y clara,
sin concierto y al azar,
con anarquista alegría,
ansiosa de libertad.
La araña estaba en su sitio,

en su trono de sultan,
mientras la mosca lanzaba
sus vuelos de ven y van.
Y la araña allí esperaba,
de volar con loco afán,
que la mosca se acercase
a su red, como un caimán.
Así sucedió a la hora
de volar con loco afán,
sin pensar en el peligro
de su libertad sin par,
puesto que la ácrata mosca
creía en el bien sin mal.
Presa fue del negro bicho:
sus alas fueron a dar
en la tela, negra cárcel,
prisión de su libertad.
Así en la vida del hombre
sucede. ¡Triste verdad!
El hombre libre y ligero,
que ama toda libertad,
es vencido por la astucia,
la ambición y la maldad.

ANONIMO

FIGURAS
ESPAÑOLAS

CERVANTES

A L comenzar esta galería de figuras españolas ninguna más indicada que la de Cervantes. Cervantes es el prototipo del hombre español. Soñador, romántico, andariego, conoció todas las vicisitudes de la época. Su figura es un símbolo del hombre medio español. El encontró el prototipo de nuestro pueblo, pero él lo encarnó con su propia personalidad. Se hizo carne de su propia carne, cerebro de su propio cerebro. Tanto es así, que en la leyenda de los tiempos y en la lejanía de las edades, muchas veces se confunde el creador con la creación. No sabemos si Cervantes es el mismo Quijano el Bueno o si don Quijote de la Mancha, es el propio Cervantes. Se ha compenetrado tanto su espíritu con su creación que no pocas veces cabalgar a lo largo de los años el símbolo y el creador sobre un mismo destino: el destino de España. Por eso, al querer trazar pinacoteca humana de las figuras españolas, el nombre de Miguel de Cervantes se coloca en el testero de nuestro salón español como el ejemplar más indicado, para que presida nuestra obra. Hijo del pueblo, se confundió con él de una manera tan entrañable que supo escudriñar el alma de los españoles, ya que toda su prosa no es más que la exposición genial de lo que este pueblo era. Fue hombre ante todo. Hombre con una grandeza de alma, que le hizo sentir, comprender lo que el pueblo español era y deseaba, con todos sus defectos y todas sus virtudes.

Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares. Cuidada universitaria ésta, era en su tiempo la cuna del saber español. No podía tener mejor lugar para conocer el mundo. Su partida de nacimiento marca el día de su natividad el primero de octubre de 1547. Reinaba entonces el primero de los Habsburgo. Era el cuarto hijo de un modesto cirujano, de los llamados «romancistas», es decir, de aquéllos que habían estudiado la medicina en lengua romanceada y no en latín, cuyo nombre era Rodrigo, que tuvo por padre a un licenciado, que hubo ocupado dentro de la magistratura buenos empleos. La madre de Cervantes se llamaba Leonor de Cortinas, pero su origen nos es desconocido. Siete fueron los hijos nacidos de este matrimonio. Esta familia, cargada de hijos, para ser más netamente española, llevó una vida pobre y llena de estrecheces. Por el año 1552, cuando Miguel de Cervantes tenía cinco años, vivían sus padres en Valladolid. En esta misma fecha y en este mismo lugar, el padre de Cervantes fue encarcelado, por deudas, durante dos años. De todo ello se deduce que los primeros años de Miguel de Cervantes fueron duros. Anduvo de una parte a otra, con una gran cantidad de hermanos, todos ellos pequeños, pasando sinsabores y estrecheces. Desde niño conoció la miseria, y es-

to le hizo pensar y comprender desde la más tierna edad la dureza de la vida y aprendió a conocer, con la miseria el dolor, y, con el dolor, a los hombres.

¿Hizo estudios regulares Cervantes? En 1568 se sabe que Cervantes se hallaba en Madrid, donde no había aún universidad, pero realizaba los estudios en el colegio de la villa, que dirigía el clérigo Juan López de Hoyos. Se conocen estos detalles porque este mismo año murió la tercera mujer de Felipe II, que dio motivo al año siguiente a la publicación de un folleto donde se recogen diferentes poesías dedicadas a los funerales de la muerte de la joven reina, donde figuran un soneto y cinco quintillas de Miguel de Cervantes, así como una elegía «en nombre de todo el colegio». Son los primeros versos de Cervantes, donde él se cree ya poeta, y fue ante todo un genial prosista. Como alguien ha dicho, «el mejor narrador del mundo».

En diciembre de 1569 partió para Roma, donde fue ayudante de un joven prelado llamado Giulio Acquaviva, natural de Nápoles. De esta vida íntima de camarero episcopal nos habla de una manera indirecta en su «Galatea». «Topaba» por primera vez con la vida íntima de la Iglesia. El motivo de este viaje a Roma fue que este prelado estuvo en Madrid el 13 de octubre de 1568, para llevar

las condolencias, en nombre del papa Pio V, a Felipe II, por la muerte misteriosa del príncipe don Carlos. Cervantes conoció la corte pontificia al fin del renacimiento, con toda la decadencia degenerada de vicios, donde el placer y la molición eran la única preocupación de cardenales y pontífices, mientras los artistas de renombre universal pintaban y esculpían para embellecer tanto boato.

Cervantes se enroló más tarde a las tropas del rey y fue soldado de nuestros tercios, recorriendo Italia, donde las posesiones españolas eran aún considerables. Otros creen que partió para Italia el año 1570, para las campañas de preparación a la gran batalla de Lepanto. El desenvolvimiento del espíritu de Cervantes en Italia fue considerable. Allí florecían las artes y las letras en pleno esplendor. Todo el espíritu cultivado de la época tenía sede en aquellas repúblicas italianas. En no pocos pasajes de las obras de Cervantes se encuentra este concepto renacentista italiano, donde nuestro don Miguel se enorgullece de la exuberancia de vida, del júbilo que reinaba por doquier, de la abundancia de material, del lujo, de unas tierras sonrientes, al lado del paisaje austero de nuestra Castilla, que él había visto desde su infancia.

Participó en la batalla de Lepanto, como soldado de la compañía que

Diego de Urbinaque había organizado en 1571 en Valencia. Esta compañía se hallaba el 2 de septiembre en Mesina, en la galera «Marquesa», que dirigía el comandante Francisco Santos Pietro. El 7 de octubre se encuentra en la rada de Lepanto, entre el golfo de Patras y el de Corintio. Cervantes tiene en aquel entonces veinte y cuatro años. Posee toda la fiebre de su juventud española, deseosa de conquistar el mundo y conocer todas las tierras del planeta. El combate en aquella batalla contra los turcos, con gran coraje. Hubiera podido, debido a sus condiciones de hombre de letras, pasar las horas del combate en el interior de la embarcación, pero prefirió ocupar los lugares más peligrosos de la embarcación, como lo afirma uno de los compañeros de armas que iba en la misma embarcación, el teniente navarro Santisteban. Cervantes recibió dos descargas de arcabuces en el pecho y fue herido gravemente de la mano izquierda, que la tendrá imposibilitada para siempre, pero que poseerá el honor de ser para la historia «el manco de Lepanto».

Con esta victoria, que tuvo gran eco en los poetas de aquel tiempo, como la famosa oda del «divino» Herrera, que ha perdurado hasta nuestros días. España tenía grandes marinos, como el propio Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, el marqués de Santa Cruz, y Alvaro de Bazán. La flota española volvió a Mesina. Allí fue curado Cervantes. El 29 de Abril de 1572 se incorpora Cervantes al famoso tercio de la Liga, que mandaba Lope de Figueroa. Visitó Palermo, pasó después a Nápoles, donde confiesa en su «Viaje al Parnaso», «haber frecuentado sus calles «más de un año». Recorrió poco después la Italia del Norte. Desde los fines de 1573 a primeros de mayo de 1574, estuvo en la Sardaña, y, más tarde, a Génova, en expedición, y otras tierras del mediodía.

El 20 de septiembre de 1575 volvía a España, con letras de recomendación del duque de Sesa y del propio don Juan de Austria, por su comportamiento y su valor a toda prueba, que le habría haber permitido asegurar un medio de vida en la corte de Felipe II. Embarcó en el navio napolitano llamado «Sol», en compañía de su hermano Rodrigo, soldado como él. A la altura de Santas Marías de la Mar, Francia, la galera fue capturada por dos galeotes turcos, des-

pués de una lucha desespada. Cautivos de los turcos, fueron llevados a Argelia, Rodrigo, bajo el dominio del moro Dey, y, Miguel, del capitán corsario Armaute Mani. Rodrigo pasó en el cautiverio dos años, pero Miguel, nuestro Miguel de Cervantes, cinco años. Fue liberado el año 1780, por el precio de 500 escudos, monedas de oro, que equivalían a 7 pesetas, al momento que estaba a punto de ser conducido a Constantinopla. Esta cantidad era destinada a la liberación de un gentilhomme aragonés, pero pareciendo insuficiente a Dey y a Hassan la suma, fue aceptada para la liberación de Cervantes, y esta circunstancia fortuita, salvó y liberó a nuestro glorioso manco, para gloria de las letras hispanas.

Cervantes relata estos años de cautiverio en su famosa novela «El Cautivo». Allí está la vida del hombre lejos de su tierra, que piensa en ella, que busca todos los medios para huir. Conoce la vida íntima de la Mauritania y de aquel pueblo, que tanta relación tenía con el nuestro. El nos habla de unos amores. ¿Fueron ciertos? Cervantes después de este relato novelesco no ha vuelto ya a hablar más sobre estos años de destierro. Solo la nostalgia de una vida llena de amargura se deja entrever a lo largo de este relato. Como otros grandes hombres de la antigüedad y de los tiempos modernos, conoció el cautiverio y la prisión. Todos estos trastornos, llenos de miserias y de privaciones, forjaron el alma de Cervantes. Es posible que su obra no hubiera sido de la profundidad que ha sido si no hubiera pasado estos años de destierro. Su alma se forjó en la lucha de cada día y en la adversidad y en el dolor.

Cuatro veces intentó escaparse y todas ellas fracasaron a sus propósitos, por las dificultades que habían de vencer y porque los hombres comprometidos en tales empresas, llenas de riesgos, no respondían a sus propósitos. El siempre afrontó todos los momentos difíciles con un espíritu tranquilo y un corazón resuelto a todo, hasta jugarse la vida, si era preciso, aún con la amenaza de una ejecución inmediata. Un poeta siciliano llamado Antonio Veneziano, en una obra que escribió titulada «Celta», trata a Cervantes de «médico, amigo y máximo doctor», y estas palabras se ve que no son pura fórmula, puesto que otros documentos acreditan la discreción, la

valentía y la nobleza de Miguel de Cervantes, en los años de cautiverio.

Sin embargo, de nada le sirvió todo ello al volver a España. Desde esta fecha, 1580, hasta el fin de sus días tuvo siempre que vivir de la misericordia y de la caridad, cuando no encarcelado y perseguido por tribunales de su época. Nunca puede conseguir un empleo fijo, como otros ganapanes y truanes de su tiempo conseguían, para poder asegurar su vida material, y poder especular libremente sus deseos intelectuales y espirituales. Siempre por falta de protección y de mala suerte, no interesó jamás a una corte de balduques que adulas a los cortesanos. Su familia nada le pudo ayudar, dada la mediocridad en que vivían.

En estas correrías de hombre fracasado, buscando pan y trabajo, tuvo amores con una joven de Esquivias, pueblo cerca de Madrid. De aquella aventura nació una niña, que llevó su nombre patrimonial. Se casó con aquella doncella toledana, llamada Catalina de Palacios Salazar. Cervantes tenía en aquel entonces treinta y siete años. Su mujer era tan pobre como él. Poco duró la armonía de aquel matrimonio. No hubo más hijos. La miseria y la incompatibilidad de carácter les alejó pronto. Cervantes partió por tierras de Andalucía y su mujer quedó con los suyos, en Esquivias. Es el año 1585. La falta de medios deshizo prematuramente aquel matrimonio, sin patrimonio por ambas partes.

Dura fue la vida de Cervantes por Andalucía. Tuvo que hacer toda clase de trabajos, aún los más humillantes. Allí conoció el bajo mundo de nuestra picaresca. No pocos personajes reales de aquel tiempo pasaron después a sus obras. Tiene que ser colector de subsistencias, comisario de alcabalas y trabajó en la preparación de la escuadra, que preparaba en aquel entonces Felipe II, que tuvo el nombre de la Invencible. Por aquel tiempo escribió «La Galetea», que recordaba sus años de soldado por tierras de Italia y de cautiverio. También intentó estrenar alguna obra en el teatro, con éxito. Su pluma no le daba de comer y tuvo que recurrir a múltiples trabajos y a no pocos negocios incompatibles con su carácter y su temperamento. Ingrata era la vida del hombre de letras! En España las letras nunca han sido bien paga-

das. Ha sido el más ingrato de los oficios.

En este andar de busca vidas, fue agente de negocios y preceptor real. En 1580 tuvo que decomisar el trigo de la parroquia de Ecija y más tarde en Castro del Río tuvo que enfrentarse con el sacristán de la villa. Esto le costó una excomunión, y, más tarde, tuvo que ir a la cárcel de Sevilla. Allí conoció un mundo donde las costumbres y el lenguaje era increíble para él. Tres veces estuvo en la cárcel sevillana. 1592, 1597 y 1602. Muchos creen que dentro de estos presidios concibió las primeras ideas de su Quijote. En una frase del prólogo de su obra maestra dice así: «En una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde triste ruido tiene su habitación». Si que es verdad que desde 1602, que deja por última vez la cárcel de Sevilla, a 1606 que por orden real se le permite editar su obra genial, ordenanza, firmada en Valladolid, donde se hallaba la corte, es el tiempo que transcurre para que su «Quijote» apareciera a la luz pública, en Madrid, editado por Juan Cuesta, en enero de 1605. Una leyenda tradicional manchega, atribuye la cárcel de Argamasilla de Alba, donde Cervantes dio con sus huesos, en donde concibió la figura hidalga de su fementido personaje, aunque se ha demostrado que en esa fecha Argamesilla no tenía prisión, y sólo existía en aquella comarca la del castillo de Peñarroya. El no quiere recordar «un lugar de la Mancha». Pero, ¿a qué se debe este amargo recuerdo? ¿Es acaso el de su mujer y el de su desventurado matrimonio. No hemos de creer que la Mancha empieza en Toledo y tal vez, geográficamente, a las puertas de Madrid?

Nada mejora la vida de Cervantes después de la publicación de la obra que le ha hecho inmortal. Fue mal pagado. La piratería intelectual existía. Primero la encontró en alta mar con los turcos, después en tierra castellana, con los editores y gentes de la misma ralea. Se estableció en Valladolid, en el número 14 de la calle del Rastro, hoy convertida en biblioteca cervantina. Vive en compañía de dos hermanas, de una nieta y de su hija Isabel, en unas condiciones mediocres y hasta con miseria. Constan-

temente la justicia no le dejó tranquilo. Los hombres de letras han sido siempre sospechosos en España. En una ocasión, hubo una muerte — hecho sucedido en enero de 1605 — en su propia puerta. Once personas fueron detenidas. Una de ellas Cervantes. En el año 1609 se casó su hija Isabel, y era tal su pobreza que no le pudo ni comprar un pequeño ajuar. Tanta era la miseria que llegó a pedir al conde Lemos, a quien le dedicó su obra maestra, de partir para las Indias, para poderse ganar la vida.

Cinco años consecutivos vivió Cervantes en Valladolid. Felipe III trasladó definitivamente su corte a Madrid, aunque ya su padre, Felipe II, la había inaugurado, perdiendo Valladolid todo el boato de la realeza. Se ignora si Cervantes cambió de residencia por este motivo. Solo se sabe que algunas de sus obras de esta época se hallan firmadas en Madrid. Se le rechaza la demanda de partir para las Américas por ser ya demasiado viejo. Su vida se dedica intensamente a las letras. Forma parte de algunas cofradías, que eran en aquellos tiempos una especie de club o de sindicatos, donde se reunían los hombres de determinadas profesiones y donde se seleccionaban las amistades y las relaciones. Algunos tacaños mecenas le ayudaron a llevar adelante su vida, ya que su renombre aumentaba cada día por la publicación de sus múltiples obras, que eran apenas leídas en una España donde nadie lee, y todo el mundo va a misa y al rosario.

La vejez, las estrecheces y las enfermedades le achacaban más cada vez. El médico José Gómez Ocaña, dice, en un estudio sobre la historia clínica de Cervantes que éste sufría de esteroscleose y era cardíaco. La hidropesía fue también una de sus dolencias. Su última obra es «Trabajos de Persiles y Segismunda». En el prólogo de esta obra dice: «Puesto el pie en el estribo de la muerte». Hizo un viaje a Esquivias — pensemos que allí dejó su mujer — y tuvo un síntoma agudo cardíaco. Tenía sesenta y nueve años. Supervivió hasta el 23 de abril de 1616, en que terminó sus días, después de una existencia llena de amarguras y de miserias. La muerte casi fue una liberación.

Murió tan pobre como había vivido. Ni un céntimo había en su casa el día de su entierro. Vivía en el número 2 de la calle de Cantarranas de Madrid, no lejos de la vivienda de Lope de Vega. Su entierro fue un sepelio de pobre. Los hermanos de la paz y de la caridad sufragaron los gastos. Mayor pobreza no se podía concebir. Es lo que se llama en España vulgarmente un entierro común. Se le enterró en el convento de las Trinitarias. Allí reposan sus restos mortales. Su figura como hombre ha quedado casi desvanecida. Solo queda un retrato debido al pincel de Jauregui que data de 1600. Algunos le creen apócrifo. Un esbozo hecho por la pluma del mismo Cervantes en el prólogo de las «Novelas ejemplares» nos dicen las cualidades físicas del autor del Quijote. Frente ancha, enjuto, nariz aguileña, ojos rasgados, bigotes lacios, barbilla puntiaguda, cabellos espesos, mirada firme, cejas pobladas y boca regular. Una figura española, de trazos castellanos. Un hombre, un verdadero hombre español.

Queríamos estudiar además del hombre su obra y su espíritu. El espacio de la revista no da para más. Hemos visto sólo el hombre. El hombre de carne y hueso. El hombre que sufre y lucha por la vida por el cotidiano vivir. Le vemos hijo de familia numerosa, ganando la sopa boba con los clérigos, soldado en nuestros tercios militares, preso en las galeras del cautiverio, encarcelado mendigando el pan de la nobleza y muriendo en la miseria. ¿No es esta la vida de la mayoría de los hombres de España? ¿No vemos en la vida de Miguel de Cervantes y Saavedra el retrato de todos los españoles? El parió y creó el prototipo más genial de nuestro pueblo, pero Cervantes mismo es a la vez el émulo generatriz de tantos hombres de nuestra España minada por el clericalismo, devorada por el militarismo y depauperada por la miseria por falta de pan material y de nuestra ignorancia llena de analfabetismo. Sirva la figura de Cervantes como consuelo y estímulo de nuestra lucha espiritual, para que nuestro quijotismo rompa con todos los males que anquilosaron nuestra querida España amordazada.

Una tarde con Eugen Relgis

por VLADIMIR MUÑOZ

VIVE Eugen Relgis en la capital del Uruguay, la ciudad inmensa de Montevideo. Digo «inmensa» por su extensión, pues aunque sobrepasa el millón de habitantes, está lejos de ser la populosa Buenos Aires. Aquí las distancias son un problema y los ómnibus (autobuses del transporte urbano y suburbano) von como «sardinas en lata», con frecuencia viajando la gente en los estribos. Ello es debido a que «no hay ómnibus que alcancen» aunque la flota de los ómnibus sobrepase las mil unidades: la red a cubrir es tan extensa que el viajero europeo compara el modo de viajar montevidiano a los peores años de la segunda guerra mundial en Francia, por ejemplo, siendo la similitud evidente. Si se vive en la periferia de la ciudad, las más de las veces hay que viajar hasta quince kilómetros apretujado en los pasillos. Lo mismo ocurre en Buenos Aires.

Para ir a casa de Relgis debo viajar 7 kilómetros en un ómnibus de CUTCSA (Compañía Uruguaya de Transportes Colectivos, Sociedad Anónima) y luego unos 10 en otro ómnibus de UCOT (Unión Cooperativa de Obreros del Transporte). No se engañe el lector: se trata de una cooperativa estatizada y autoritaria. El ómnibus 300 de UCOT que va de Cuchilla Grande al Cementerio Central me acerca a casa de Relgis. Es un ómnibus de color amarillo que ya han «acuchillado» los guapos uruguayos. Nosotros que nada tenemos de «guapos» y que con Florencio Sánchez en sus *Cartas de un Flojo* más bien deseamos ser «flojos» vemos estos actos de barbarie desconocidos en Europa. No creo que en Barcelona o en Madrid nadie acuchille el cuero de los asientos de los coches del metro o del transporte de superficie. Acá es tan común la cosa que los coches de la nueva flota de AMDET (Administración Municipal de Transportes) tienen los asientos de «chapa pelada» y por consiguiente «a prueba de cuchillo». Estos «guapos» también acuchillan los asientos de los cines. ¡Lindo caso de patología en la fauna bípeda montevideana!

Bajo, pues, del ómnibus en la calle Gonzalo Ramírez, esquina Gaboto. En el n° 903 de esta última calle vive Relgis. La cosa no es un secreto, pues consta en todos sus libros de la última época. Hay que caminar sólo una «cuadra». Tampoco se engañe el lector: una cuadra es la distancia que hay de una a otra esquina en una calle. Generalmente las «cuadras» montevidianas no van más allá de los cien metros. Y en esta breve distancia me acude a la mente el caso de Giovanni Gaboto (1450-1498), al que los sajones llaman John Cabot y nosotros Juan

Gaboto. Ilustre nauta genovés que exploró costas atlánticas norteamericanas. Eran los tiempos de los grandes descubrimientos geográficos. Aunque mucho hay aún por recorrer en nuestra hermosa Tierra, ahora estamos en la iniciación de los grandes descubrimientos astronáuticos: en mi infancia *La Pluralidad de los Mundos Celestes* del poético Camilo Flammarion parecía cosa de fantasía. Hoy *Los Primeros Hombres en la Luna* de Heriberto Jorge Wells es ya algo que parece anticuado. ¡Signo de los tiempos! Pero la verdadera esencia en la búsqueda de otros mundos está aún en el tapete. No se trata ahora de distancias geográficas o siderales, sino de ir en pos del *Nuevo Mundo de la Fraternidad Humana*, ideal que quedó postergado en las catacumbas cristianas de Roma y que los libertarios de los siglos XIX y XX llevan en su corazón. Y aquí sí que es argonauta el amigo Relgis, expertísimo con su humanismo a prueba del tiempo, que él tan generosamente ha nombrado **Humanitarismo**.

ESTAMOS en invierno austral (no confundir con el boreal, pues el verano europeo equivale al invierno uruguayo, siendo julio y agosto los meses más fríos del año) y es un día frío. Aunque Montevideo no tiene un clima extremo, siendo la nieve cosa de postales navideñas y que rarísima vez aparece en las calles (en un siglo no llega a cinco o seis veces), el clima es de lo más malsano para el inadvertido que sienta sus reales en esta ciudad. Es tan variable la temperatura que a veces en un sólo día hace tiempo de las cuatro estaciones del año. Hay que tener siempre ropa de abrigo a mano, «por las dudas». Cosa es, pues, antes de subir a casa de Relgis el tomarse un cafecito en el café que hay en la esquina de su casa. Un pequeño café que no tendrá cinco metros por cinco. El «patrón» es un hombre semigordo y tranquilo. Hay dos parroquianos que están hablando de Checoslovaquia (las tropas rusas y sus aliadas acaban de penetrar en dicho país). En general los comentarios coinciden con los de la calle, que son de repulsa unánime contra los bolcheviques rusos. Solamente el diario *El Popular* (por cierto, bastante impopular) de factura bolche-moscovita defiende el «malón» (palabra rioplatense que indica invasión). Los jovencitos atraídos por la propaganda moscovita, asegura uno de los parroquianos, deben estar desconcertados, pues éstos siempre hablan de «la autodeterminación de los pueblos» y otros esloganes para captar mentes impresionables. Mientras saboreo el bienvenido café, sentado ante una peque-

ña mesa, miro el poco «panorama» visible, hacia afuera. Donde antes había un jardín a escasos cien metros de lo de Relgis, están construyendo ahora imponente cuadrilátero que abarca toda una manzana: la futura sede de la embajada de los Estados Unidos de Norte América en el Uruguay. No es un edificio tipo rascacielos, pues no va más allá de los cinco pisos, pero bajo la superficie parece tiene otros tantos. A la derecha, la visual queda cortada por la segunda parte (por unos años postergada) del importante edificio que tiene el doble de altura que el edificio donde vive Relgis (no recuerdo si cinco o seis pisos), pues yo nunca fui más allá del cuarto, donde vive Relgis. De modo que entre la futura sede diplomática y el edificio a la derecha, la visual se estrecha para contemplar las aguas hoy fangosas del Río de la Plata, cuyas orillas están a unos cuatrocientos metros: en ellas está la rambla costanera con una «vereda» (acera) de tal amplitud que bien quisieran tener para ellas ciertas calles pueblerinas europeas. Aquí y allá cerca de lo de Relgis surgen pequeños rascacielos. Tal es la zona «progresista» donde vive, cerca del Parque Rodó y de la Playa Ramírez. Este parque lleva el nombre del ilustre pensador y maestro uruguayo José Enrique Rodó, cuya hermosa obra *Ariel* es un canto a la Latinidad frente al «utilitarismo» sajón. En él tiene hermosa estatua Rodó y también hay un gran busto de Florencio Sánchez. La juventud de hoy se inspira poco de estos dos «grandes» del Uruguay (Sánchez siendo uno de nuestros precursores). Juventud envejecida a los veinte años, con ansias de cintura para abajo, lo cual hace pensar en la **Juventud** (no leer juventud) que ridiculizó nuestro compañero Leoncio Laso de la Vega (un éx-cura andaluz que se hizo anarquista y que en Montevideo murió a principios de siglo, el célebre autor de *El Morral de un Bohemio*). Juventud, por otra parte, desorientada completamente por los exabruptos marxistas que han «inundado la plaza», y que por norte tiene al tal Castro y al «Che» Guevara. Esperemos que los jóvenes vuelvan a ser Jóvenes y que su jovial rebeldía pueda impulsarse hacia la libertad, único norte hacia el cual debe tender **Juvenilia**. Siendo como es el bolchevismo el factor más regresivo y contrarrevolucionario de los tiempos presentes, da lástima ver a los jovencitos metidos hasta las rodillas en ese pútrido pantano.

Bueno, reconfortado por el café, cosa es de subir a lo de Relgis. El portal de la casa está cerrado. Hay que hablar por esa especie de teléfono que hay en estas casas «falanterianas». Toca uno un botón y le contestan en seguida. Quien contesta ahora es Ana, la buena esposa de Relgis, pues éste siendo sordo, no puede atender tales llamadas, como así las del teléfono que hay en su apartamento (el piso está compuesto por dos y en el n° 7 viven los Relgis). Ana me deja pues «vía libre» y detrás de mí vuelve a cerrarse la puerta. En realidad, comparadas con otras casas hormigueros, ésta es bien modesta: a lo sumo vivirán diez o doce familias. Yo confieso que no me gustan estas viviendas colectivas. Creo que a Relgis tampoco, pues vino cierta vez a dónde yo vivo (nada de sótanos y alturas, pu-

ra planta baja y tierra firme, jardín lindero lleno de flores y huerta con frutales preluando todo), me dijo: «¡Yo siempre deseé vivir así!» Aun debo confesar que tal manera de vivir no es agradable para los «modernos» que desean la vida muella de la civilización: auto en el garaje, televisor en la cocina, etc. Nadie va contra la «civilización» entre comillas, mas el caso es saber qué suma de libertades es requerida con la vecindad de estos mecanismos y artefactos.

UN pequeño ascensor de la Compañía Norteamericana Otis me asciende hacia el cuarto piso. En Montevideo abundan los ascensores «Otis», los cuales hacen recordar al inventor norteamericano Elisha Graves Otis, inventor de un sistema de seguridad para tales elevadores. Llegado al cuarto piso, allí ya espera la mayoría de las veces el buen Relgis a sus visitantes. Con la cabeza inclinada ligeramente, alarga su fraternal mano. Entramos en su vivienda. ¿De qué se compone la misma? Dos habitaciones, una pequeña cocina, un diminuto vestíbulo y un no menos pequeño «cuarto de baño» (que por tal se entiende en el lugar al excusado). Un ventanuco de la cocina da a la calle Gaboto. Esta cocinilla que no tendrá más allá de metro y medio de largo por un poco más de un metro de ancho parece cosa de los liliputienses que encontró Gulliver en su célebre viaje. No se vaya a creer que el vestíbulo es, al contrario, algo de los laputienses del mismo viaje de Swift, pues no es mucho más grande. Como «moblaje» una vieja heladera y un aparador, además de una mesita con el teléfono. Las dos habitaciones dan a la calle Cebollati, pues el edificio de los Relgis está situado en la misma esquina de las calles Gaboto y Cebollati. Entramos en la «pieza» (habitación) que podríamos llamar sala, aunque también oficia de comedor y hasta de lugar de reposo, pues hay en ella dos sofás grandes. La mesa para comer es de tamaño normal. Hay un gran armario ropero, donde los Relgis deben guardar sus ropas. Dos estantes repletos de libros, diríamos desbordantes, pues ya no pueden contener más. Un busto de Relgis, algunos hermosos cuadros colgando de las paredes, una artística planta de interior en una maceta y un amplio ventanuco que suplanta casi a la pared que da a la calle, notable «abertura» que una cortina metálica, movediza y plegable controla la luz y el calor. En el estante cerca de esta ventana hay libros queridos para Relgis, los que pudo traer de Rumania cuando emigró al Uruguay, exiliado. Viejos libros de Han Ryner, dedicados por este «Mago del Pensamiento», de Gérard de Lacaze Duthiers, de Manuel Devaldès y otros amigos suyos hoy yo desaparecidos. También el capítulo sobre **La Propiedad** del libro famoso de William Godwin titulado **Investigación Acerca de la Justicia Política** (traducido al chino y publicado en forma de artístico libro, a la vez que dedicado por el Prof. Wong). El estante cercano a la puerta encierra asimismo grandes tesoros. Esta habitación es la preferida de Ana.

Mucho se ha hablado y no menos se ha escrito de Eugen (Eugenio) Relgis. Pero poco se ha habla-

do o se ha escrito de su noble esposa, una mujer también muy grande por su bondad y por su gran corazón. Como esto lo escribo en mi casa, me viene ahora a la memoria lo que cierta vez escribió otro famoso abuelo (en este caso Anselmo Lorenzo) sobre mujeres semejantes. Agarremos, pues, el libro en cuestión del gran Lorenzo y copiemos. Pero, antes, ¿de qué libro se trata? Pues de **El Pueblo** editado a principios de siglo por la Editorial F. Semper de Valencia y prologado por Pedro Kropotkin. Veamos la página. Aquí está. La 171, en la que Lorenzo copia a su vez lo que el sabio químico francés Berthelot escribió cuando murió su compañera. Veamos: «Si un hombre ha sido grande en la vida, si esta vida ha podido ser consagrada por completo a un ideal de ciencia o de arte, débese muy frecuentemente a que logró hallar una compañera abnegada y cariñosa que, en derredor de sus meditaciones y de sus ideales, creó la atmósfera de calma propicia al desarrollo de su genio; a que halló la mujer amante y protectora que separó de su lado los cuidados mezquinos, le estimuló al estudio y le recompensó con su amor; a que fue su consejera, en muchos casos su colaboradora y su guía, y quizá en un momento de decaimiento y vacilación quien le libró de hundirse en la sima mortal del escepticismo. ¿Quién sabe a costa de cuántas privaciones, de olvido de sí misma, de sacrificio de sus gustos y de sus inclinaciones, pudo el genio crecer como un árbol y extender esa frondosidad tutelar a cuya sombra las generaciones futuras gozarán de la inefable dicha de vivir en paz y libre satisfacción de sus necesidades morales y materiales? ¿Quién puede apreciar la participación de esa colaboradora discreta en la obra que la fama atribuye solamente al hombre?»

NOS queda por detallar la habitación principal, la que podríamos llamar de Relgis y la que conocen generalmente todos sus visitantes, esparcidos por varios rincones del mundo. Pues por ella han pasado japoneses, norteamericanos, europeos, etc. Prominentes escritores libertarios, pacifistas asiáticos, modestos obreros humanizados y hasta simples curiosos. El centro de esta habitación está ocupado por una gran cama matrimonial y se adivina que es lugar de descanso de los dos ancianos. En vez de mesitas de luz, un velador a cada extremo. Uno con varios ejemplares de las obras últimas de Relgis, el otro con revistas y periódicos. A un lado, en el suelo, un viejo portafolio rascado de cuero raspado indica su veteranía en el servicio de ir y venir a Correos: ahora, ventrudo, está recostado contra una de las paredes, la de la cabecera de la cama. La pared que forma ángulo con ésta y cercana a la puerta de la habitación, la ocupa casi toda un gran armario embutido, donde Relgis guarda su valiosa e inmensa correspondencia, cuya clasificación demandaría cuantioso tiempo y esfuerzo. La pared paralela a la cabecera de la cama está toda ocupada por la biblioteca de Relgis. Varios estantes y libros desde el suelo hasta el techo. Esta biblioteca no está protegida por vidrios. No llevan forros, cual estilan algunos es-

critores. Se trata de una biblioteca funcional, de labor, de consulta y para Relgis, algo muy querido, pues en ella está lo mejor de su mundo: el mundo de las ideas. Nos queda por relatar la última pared que, al contrario de la pieza vecina, tiene más bien una modesta ventana. Entre ésta y la biblioteca, la mesa de trabajo, una mesa común de un metro de largo por unos setenta centímetros de ancho. Poco espacio dejan en ella los manuscritos que forman ascendente pila, la correspondencia últimamente recibida, algunas publicaciones recién recibidas, etc. Con mesas semejantes, nuestros veteranos, los de la vieja guardia, los de las generaciones que se hunden en el pasado y nos dejan su luminoso legado a las que ahora llenamos el escenario del mundo, se comunican con sus hermanos de allende fronteras a través del epistolario, o a través de sus escritos. Para llegar a esta mesa hay que pasar entre los pies de la cama y la biblioteca en estrecho pasadizo. Más allá hay solamente dos sillas, una para el visitante, otra la del escritor. De venir alguien a terciar en la conversación debe sentarse en el borde de la cama cubierta por celeste «frazada» (manta).

Cuando Relgis se ve con alguna persona que recibe prensa libertaria del exterior, en seguida vienen las averiguaciones. Si se ha recibido tal o cual número de «Umbral». Si ha llegado tal número de la revista CENIT. Si se ha visto el número tal de los «Cuadernos de Han Ryner». Si llegó la revista «Tierra y Libertad». Y el visitante contesta afirmativa o negativamente. Entonces Relgis hace saber que recibió o no recibió tal o cual ejemplar. ¿A qué se deben tales preguntas? Pues muy sencillamente: el correo del Uruguay es uno de los peores del mundo. Empecemos por decir que los impresos son secundarios y se reparten cuando se puede... se reparten. Que las mismas cartas se pierden o se sustraen. De ahí las angustias de un escritor como Relgis para el que tanto la prensa como la correspondencia es algo vital. El verdadero pan nuestro de cada día. ¿Se desea un botón de muestra? Boris Yelensky, un compañero ruso de la época de Volin, que vive en Miami, ya octogenario, me envió el 30 de enero de 1968 su hermoso pequeño gran libro sobre la «Cruz Roja Anarquista», es decir, la obra «In the struggle for equality» (En la lucha por la igualdad). Fue un don generoso y nada sabía yo de dicho envío, que el correo de acá tuvo a bien entregarme el 6 de setiembre del mismo año. Cuéntese y dedúzcase. Tardó en llegar la friolera de siete meses y seis días. Pero en vez de blasfemar contra esta deficiente y exasperante institución postal, yo me dije para mis adentros: Gracias que me llegó. En seguida me apresuré a escribirle a Yelensky para indicarle lo sucedido, pensando que tal vez hubiera creído que hay personas desagracedidas que tardan en acusar recibo de lo que generosamente se les da. Y estos señores del correo, ¿por qué proceden así? No me vengan con el cuento de que éstos son obreros. Primeramente trabajan cuatro horas por día. Pásese revista y cuéntese con los dedos los correos del mundo que trabajan cuatro horas dairias: son pues unos privilegiados.

La mayoría tienen otras preocupaciones, caso muy común en el Uruguay (la duplicidad de tareas). Por cierto que como el correo es en dicho país una institución del Estado y el tal Estado está en crisis, sobre todo para pagar a sus empleados o servidores, los señores del correo andan mal pagados. La emprenden, pues, con el usuario que nada tiene que ver con el asunto. Nadie va a oponerse a que hagan justas reclamaciones (de haber justicia, los que tienen doble trabajo lo dejarían para los que no tienen ninguno) y que éstas sean satisfechas. Pero de ahí a hacer desaparecer la correspondencia o a entregarla de la Ceca en la Meca, media un abismo, pues empleando un símil religioso, la correspondencia es sagrada y carecen del mínimo de los derechos para interceptarla o retardarla.

RECAE la conversación sobre Checoslovaquia, tema del momento. Merced a un aparato para sordos regalado por una exilada cubana, Relgis oye esta tarde nitidamente y no hay necesidad de escribirle lo que uno desea expresarle. Tercia en la plática la buena Ana, temiendo otro «malón comunista» en Rumania, que se ha liberalizado un tanto. Y en seguida los Relgis me enseñan la hermosa revista (en realidad un libro mensual de 300 páginas) de Bucarest titulada «Siglo Veinte», donde el empalagoso e indigesto Marx brilla por su ausencia total. Todos los escritores rumanos del pasado o de escritores apolíticos de Occidente, páginas de Stefan Zweig, de Paul Valery, etcétera. Hermosos grabados, impresión impecable, etcétera. Y ahora me alcanzan un ejemplar de otra revista rumana histórica, donde un autor ensalza la personalidad y las ideas de Panait Musoiu como verdaderamente socialistas. El viajero profesor Roberto Das Neves, que recientemente pasó por Rumania, supo por la prensa de la existencia de grupos anarquistas activos en el interior de dicho país. Parece ser que hay cierta corriente en Rumania que quisiera «romper amarras y desligarse por completo de la entorpecedora tutela moscovita. Poco a poco la cosa irá ocurriendo en todos los satélites y en la misma Rusia, cuyo pueblo fue el principal defraudado, engañado, estafado y vejado por la radiante promesa que significó la Revolución Rusa de marzo de 1917. La llamada «Revolución de Octubre» fue la tumba de la primera. Es natural que estos amables ancianos, los Relgis, hablen al interlocutor de la Rumania de su infancia y de su juventud. En ella forjó Relgis en su mocedad sus nobles sueños de una humanidad mejor, en ella escribió de joven sus famosos «Principios humanitaristas» de fama mundial, de ella partió un buen día Relgis para hacer un hermoso periplo europeo, entrevistándose con lo más representativo del libre intelecto europeo, cual cautivadoramente nos lo relata en su magna obra «Doce capitales»; y de la latina y balcánica Rumania partió Relgis luego de entronizarse allí el totalitarismo bolchevique, rumbo a otras tierras que le pudieran ofrecer el pan de la libertad, de esa relativa libertad que se goza en Occidente. Al momento Ana se levanta y se aleja. La conversación sigue sobre Checoslovaquia, rela-

tando Relgis episodios de cuando pasó por la ciudad de Praga en otros tiempos. Hago ya saber que he leído en la revista «Reconstruir» núm. 55 un notable trabajo sobre «Kafka y el anarquismo» escrito por el Dr. Mijal Levi. Al parecer el escritor Franz Kafka, que nació en Praga en 1883 (murió en 1924) inspira parte de su obra en las ideas libertarias. Luego le digo a Relgis que se ha reeditado en inglés la obra de Tomás Garrigue Masaryk titulada «El espíritu de Rusia», cuya primera edición ya apareció en 1919, en la que describe el movimiento socialista ruso en tiempos zaristas y dedica muchas páginas a Bakunin.

Relgis me pregunta si he recibido el último número de los «Cuadernos de los Amigos de Eugen Relgis» que en Turin publica periódicamente el compañero Gaspere Mancuso. Al contestarle afirmativamente, Relgis me habla de la realización de Mancuso, trabajo de un solo hombre, con medios escasos y circunstancias a veces adversas. Hay que oírle a hablar a Relgis de Mancuso para comprender cuánto valora y estima la obra de este joven italiano que, ahora en 1968, ha logrado publicar el librito de Relgis titulado «La literatura, el arte y la guerra», editado por las Ediciones del Libre Acuerdo. En la portada vemos una foto con la máquina de escribir portátil de Mancuso y unos libros, la que volvemos a encontrar en las páginas interiores, como así otra foto retratando muchos libros y folletos de Relgis. También hay un retrato del autor, su bibliografía completa y el texto traducido al bello idioma de Dante ha sido publicado con cuidado. Una bella realización. Mientras ojeo y hojeo este bello librito ya Relgis agarra un ejemplar y me lo dedica. Al entregármelo leo: «A Vladimir Muñoz, fraternalmente, este ensayo de crítica literaria y social, publicado en original rumano, hace medio siglo (1919) y todavía actual, después de la Segunda Guerra Mundial. 6 de julio 68. Eugen Relgis. Montevideo». Si se llegaran a publicar un día las dedicatorias afectuosas y generosas de Relgis, reunidas en un florilegio, se vería asimismo, cómo en ellas, surge su aroma humanitarista. Y Relgis lleva una lista de cuantos libros o folletos ha donado o enviado y a qué direcciones han sido dirigidos. Hombre meticoloso, también lleva una lista de cuantos artículos, reseñas de sus libros o folletos, ensayos, etc., se han escrito sobre él. Como, de la misma manera, tiene una lista de cuanto ha publicado y en qué publicaciones. Los bibliógrafos del futuro no tendrán, como vulgarmente se dice, que «romperse la cabeza» buscando datos para escribir la bibliografía de Relgis, pues este cuidadoso anciano lleva anotado desde su primer artículo en la ya lejan amocedad rumana hasta el último que ha llegado a su mesa de trabajo.

DE repente se acerco Ana y se sienta en el borde de la cama. Cuando Relgis termina de hablar me pregunta por mis pequeños, que ella quiere mucho. Luego habla de su Rumania natal, de filosofía. ¡Hay que ver con la deferencia y silencio con que escucha el mismo Relgis! Es, sobre todo, un hombre silencioso que sabe escuchar. Al cabo de un rato, se levanta Relgis y se aleja. Ana, en

rápida ojeada me habla de la Edad Media, del reformador checo Juan Huss. Sus continuadores los husitas tuvieron algunas tendencias libertarias. Expone Ana una teoría sobre el ciclo de la historia extraída de la filosofía de aquellos lejanos tiempos: toda la parte debe necesariamente llegar de nuevo al punto de partida. E incluso en el astrólogo y doctor Nostradamus, extrae Ana enseñanzas liberadoras. Ahora se acerca Relgis con un «cafecito turco» por él preparado. Me había olvidado en decirle que ya había tomado un cafecito en el café de la esquina. Saboreemos, pues, este otro, que los Relgis preparan tan bien. Estos simpáticos ancianos de raza judía, no tienen por qué ocultar su simpatía por el café, cual lo prepara una raza árabe. Lo cual hace recordar al filósofo Martín Buber (divulgador de las enseñanzas manumisoras de nuestro filósofo socialista libertario Gustav Landauer), que siempre bregó por la hermandad árabe-israelí. Yo que, a decir verdad, entiendo poco o nada de cuestiones alimenticias, de sabores y gustos en las comidas o bebidas, nunca bebí un café mejor y más sabroso que éste que preparan los Relgis «a la turca».

Al cabo de un buen rato, termina Ana con su exposición filosófica que, más que diálogo, fue monólogo, y se aleja, pues debe prepararse para salir a ver otras amigas con las cuales tiene una «rueda» o una «peña» intelectual. Y decir aún que hay quien cree que la mujer es inferior al hombre en eso del pensar. Nada de eso existe en la realidad, como decía María Lacerda de Moura, «la inteligencia no tiene sexo». Ahora quedamos, pues, de nuevo, Relgis y yo mano a mano. Empezamos a hablarme del libro de sus encuestas que va a publicar «Tierra y Libertad», de México. Parece ser que B. Cano Ruiz, quien está a cargo del mismo, desea hacer una buena edición ilustrada. A tal efecto, le ha solicitado algunas fotografías que tiene, algunas, y otras no. De las que le faltan yo solamente tengo la de Louis Simon (el animador de los «Amigos de Han Ryner», de los cuales es Relgis el representante en el Uruguay) y trataré en buscar la del doctor Lazarte (escribí a Campio Carpio al efecto, quien a su vez escribió a la esposa del Dr. Lazarte, la que luego envió directamente una fotografía). Relgis está muy contento con este nuevo libro suyo que le editan los libertarios españoles de México, pues él ya se ve en inmensas dificultades para editar el resto de su obra en Montevideo. La carestía de la vida le impide reservar algunos céntimos para las ediciones que, dicho sea de paso, alcanzan precios fabulosos. Hay bien un editor (o había, pues se fue a Venezuela) que en otros tiempos simpatizó y actuó en los medios libertarios, el editor de las

Ediciones Alfa que le prometió por tres veces editarle un pequeño libro, pero que no pudo hacer al parecer nada.

Hablando de su próximo libro en «Tierra y Libertad» nos viene ahora a la memoria el librito de las cartas de Joseph Ishill, que fue el último publicado por dicha editorial. Le hago saber a Relgis que recibí la traducción inglesa de una extensa carta escrita en rumano por él y dirigida al literato rumano Israel Bar Avi, que reside en Jerusalén. Una carta en extremo interesante; Ishill relata toda su vida en Rumania hasta que emigró a los Estados Unidos. Para los libertarios es doblemente interesante en el sentido de que relata sus contactos con Panait Musoiu el más prominente de los libertarios rumanos, el animador de la «Revista Ideli». Relgis dice que hay que retraducirla al español para publicarla en la prensa libertaria nuestra, siendo idéntico parecer quien esto escribe. Sobre el libro de Ishill le digo haber recibido una carta del profesor Roberto das Neves en la cual me dice que se está entusiasmando con su lectura y que piensa escribir una reseña del mismo para nuestro periódico «Dealbar», de São Paulo (Relgis me hace saber que ha cesado la aparición por falta de medios económicos) o en el periódico «O Protesta», de Porto Alegre. Este gran viajero, Roberto das Neves, va ahora al congreso de los libertarios en Carrara, luego al congreso esperantista ibérico, más tarde piensa «darse una vuelta» por Montevideo para charlar con los Relgis de su reciente viaje por Rumania.

Luego hablamos de mi próxima cronología, esta vez de la de Tolstoi. Una forma novedosa de presentar a nuestros precursores. La de Tolstoi será la duodécima. Me dice Relgis si he consultado a Edmondo Marcucci, el admirador de Tolstoi en Italia y se levanta de su asiento para dirigirse a un estante de su biblioteca, volviendo con tres libros sobre Tolstoi del autor citado. Luego de hojearlos brevemente veo que el más interesante cronológicamente es «Studi su Tolstoi», debido a las notas que lleva al final. Relgis me dice que me lo lleve para estudiarlas, lo cual hago, agradeciéndole. Muchas de estas notas (la mayoría) ya han sido compiladas por mí en otras fuentes, pero hay algunas originales. Este libro está dedicado por el autor: «A Eugen Relgis, avec toute sa sympathie, l'A. Jesi (Italia), mars 1949». El texto es casi todo relativo a la famosa «Sonata a Kreutzer», la famosa obra (La sonata a Kreutzer), de Tolstoi, referente al matrimonio autoritario. Al español se han hecho muchísimas ediciones, la de Maucci (Barcelona) fue traducida por Francisco Carles.

(Continuará)



LA FUENTE

por HAN RYNER

EN su vejez, el azar de sus caminatas llevó de nuevo a la tierra griega a Psicodoro el cínico. Habiendo esparcido la fama el ruido de sus viajes y proclamado su sabiduría, muchos hombres fueron a rodearle.

Algunos le acompañaban por todas partes, haciéndose, un poco a pesar de su voluntad, discípulos suyos. Otros le escuchaban con curiosidad, una hora, un día o una semana; luego se marchaban moviendo la cabeza llenos de piedad o de admiración.

La mayoría al volver a sus lares declaraban que las palabras de Psicodoro eran incomprensibles como oráculos y que, más aún que Foibos, aquel filósofo merecía el nombre de Tortuoso. Y los griegos ingeniosos a quienes gustaban los enigmas acudían para escuchar al sabio y para tratar de abrir sus palabras cerradas.

Pues él no daba directamente consejos para la conducta ni decía con claridad las verdades físicas. Sino que, como un poeta o un viejo que hablara con niños, les contaba fábulas y mitos. Muy a menudo olvidaba despojar a la lección de su vestido ingenioso y muchos comprendían solamente que aquello eran narraciones que les divertían.

Y, si le interrogaban, su respuesta empezaba casi siempre por esta recomendación:

— Escuchad una parábola.

Un día entre los auditores se encontraba otro viejo filósofo. Sentado muy cerca de Psicodoro, Lycón, baja la cabeza, escuchaba gravemente mientras la extremidad de su bastón trazaba signos misteriosos. Al centro mismo de aquellas líneas había la cara de un hombre que se parecía mucho al orador, pero tenía un dedo puesto en los labios cerrados.

Cuando Psicodoro se calló, Lycón, el viejo sabio a quien muchos creían mudo, preguntó:

— ¿Por qué hablas?

Y sin aguardar respuesta continuó:

— Nada es tan inútil como la palabra. Y nada a veces es tan malo. Las palabras que pronuncias son para las orejas vecinas, ruidos extraños y vanos. El sabio habla a los hombres con las palabras de su lengua que es un lenguaje que los hombres no comprenden. Las palabras tienen en sus labios un sentido lleno y noble; pero el espíritu de la mayoría de los hombres, como jarro de cuello estrecho, no deja penetrar los sonidos más que como paquetes a los que se les ha vaciado el contenido. Y en el infame jarro fermentan tales fetideces que todo lo que en él cae se convierte en podredumbre.

Más de una vez, oh, Psicodoro, he oído repetir las máximas que tú habías dicho noblemente para excusar o glorificar actos viles. Y tiemblo por haberme aventurado a decir algunas palabras, pues tal vez el noble precepto que divulgué ha servido o contribuido a determinar el gesto vil.

— De la misma manera el rayo de sol y la gota de rocío, alimento y miel en las venas de la higuera, se convierten en veneno en las flores de la cicuta. Numerosos rayos y gotas innumerables caen también inútiles, en el barro o en la roca. No obstante, oh Lycón, no podrás persuadir al sol de que se apague o al rocío de que se seque para siempre.

— Créeme, oh Psicodoro, ven a mi soledad en donde los pensamientos imitan a las flores a quienes el silencio abre. Miraremos juntos o uno después de otro las mismas cosas. Cuando nuestros ojos se encuentren cada uno amaré la belleza de la mirada amiga. Pero nuestras lenguas permanecerán inmóviles en la humedad feliz de la boca; y si la emoción es demasiado fuerte, nos estrecharemos las manos.

— No iré hoy a tu soledad, dijo Psicodoro.

Lycón se levantó pues, para marcharse solo, pero Psicodoro le detuvo por un gesto y por estas palabras:

«Me había detenido cerca de una fuente abundante y clara, cuyo chorro cantaba como una virgen. Algunos pasos más lejos, el sol faltaba bruscamente, al riachuelo; pero la cascada era un salto de alegría.

»Llegaba yo de países inferiores y conté a la fuente lo que había visto por allí abajo. La avidez de los hombres había dividido la noble ribera en canales rectilíneos; y su ligera limpidez la habían convertido ellos en una fangosa fealdad que pesada se arrastraba. No sé si la fuente oyó mis tristes advertencias; pero ella no respondió más que continuando su generoso movimiento y su canto.

«Algunos años más tarde volví a pasar por aquel lugar. Y vi abajo un nuevo espectáculo.

»Y subí en seguida a decirle a la fuente lo que había visto.

— »Oh fuente, decía yo, detente. Cesa tu inútil labor. Ya no puedes pasar.

»El ruido del agua sobre las piedras parecía reírse de mí.

— »Detente, oh fuente. Algunos locos han hecho de tu ida errante una muerte inmóvil. En el centro mismo de la llanura, tu río, detenido por un espejo y alto dique, se convierte en lago pestilente. Detente, oh fuente, pues te transforman, querida vi-

vificadora, en sembradora de enfermedades y de muertes.

»La fuente continuaba dando su chorro con la misma canción burlesca.

— »Oh, fuente, no des más agua. Pues algún día arrastrarás por la acumulación de tus aguas, el dique que los hombres han construido con piedras y con locura. Derribado el obstáculo por tu peso, serás impotente para retener tu caída fogosa y, en lugar de río fecundante, lanzarás sobre las llanuras la inundación y la desolación. Oh manantial, cuyas aguas son una risa continua, detén por favor esta risa, que terminaría por hacer llorar a los pobres efimeros.

»El manantial, sin responder, continuaba manando.

»Y yo me alejé, triste por su obstinación y por la locura de los hombres.

»Muchos años más tarde, volví a pasar por allí. El país había vuelto a cambiar de aspecto. El dique había desaparecido. Una ciudad bañaba sus pies a la orilla del río magnífico y dócil. Y el pueblo bebía el agua de este río que llevaba, como las mujeres llevan joyas, colores chispeantes y metálicos.

»Y los hombres morían numerosos como en los combates; pues, algo más arriba de la ciudad, ha-

bía, entre tenerías, no sé qué otra clase de fábricas que llenaban de bárbaros colores y de venenos aquellas aguas hasta allí aún claras y sanas.

»Subí por última vez al manantial. Y grité, con desesperado acento:

»— Oh fuente, oh inocente asesina, sábelo, la locura y la avidez de los hombres te han convertido en envenenadora.

»Pero el manantial continuó manando entre ruidos alegres».

**

Psicodoro se calló. Lycón, sin responder dió un paso para alejarse. Pero Eubulio, el más amado y el mejor de los discípulos dijo:

— De la fuente sólo dependía dar el agua que vivifica. Lo que se hacía con sus presentes no dependía de ella.

— Oye, exclamó Psicodoro. Ya lo oyes, Lycón: se da el caso de que a veces una palabra llega a ser comprendida por alguno. Ya ves: alguna vez hay alguien que sube a la fuente a beber con frescor y pureza. Pero todos aquellos a quienes mis aguas hacen mal, otras aguas en lugar de las mías les matarían. Todo el que consiente a continuar habiendo en lo bajo está destinado a morir envenenado.

Don Antonio cantado



por Rubén Darío,
era una
sonata
con son de luna
y de pura plata.

¡Fue un río
desde la cuna
y a un río
no se le mata!

El misterio y el silencio nos ha acogotado a España. Un español consciente es una claridad tan clara que hace reventar los pozos sin cielos y sin mañanas. Por eso les queda el dejo de la timidez, sin manchas, y en un altivo silencio todo el silencio les canta. ¡Oh, luz que a mi pensamiento incrusta esta voz alada! (Lo combatirá la furia del curita y la beata).

¡Oh,, sol de la buena fé,
sol que vuelve siempre al alba!
(Lo apresará la jauría
defensora de marañas).
Pastor del león rapado
y de la oveja esquilada:
¡los lobos, con esas pieles,
te han mordido las entrañas!
Conductor de tempestades
y mieles con tus palabras:
¡ve el torvo pavor que viene
con estrellas de hojalata!
Al imposible te echaron
ese amargor de retama,
e imposibles se nos ponen
todas las lunas de España!
Te ruego, Antonio, que estés
seguro de mis palabras:
somos tus brotes y vamos
en versos de finas aguas
a dar con el corazón
el grito que queda: ¡Aguarda,
Patria de Penas, que ya
nuestro amén de sangre salta!

ABARRATEGUI

EL PATRON

(Paráfrasis)

En una isla perdida en el océano
la suerte colocó
un grupo de hombres jóvenes y fuertes
bajo el aliento cálido del sol.

Cuatro eran labradores de la tierra,
el quinto era el patrón
y decía a los otros con orgullo:
¿Quién os mantiene? ¡Yo!

Si — respondían ellos enjugando
las fuentes del sudor,
llenos de gratitud honda y sumisa,
poniendo suavidades en la voz —
¿Qué haríamos nosotros sin tu amparo,
bondadoso señor?

Y ellos se alimentaban de polenta
y cebolla. El arado con la hoz,
eran sus infaltables compañeros
desde la madrugada a la oración;
cultivaban la vid y los trigales
y los otros ganados del señor.

Una vez el hartazgo y la molicie
mataron al patrón
y los cuatro labriegos se encontraron
solos a su capricho. ¿Y que pasó?
Que el pan, antes veía el día a sus cuerpos
desusado vigor,
y la carne y el vino fueron suyos
como suyo era el sol.

Entonces, trabajando mucho menos
y comiendo mejor,
palparon su derecho y comprendieron
la verdad de su antigua situación.
Eran ellos, más bien, los protectores
del holgazán que siempre los mandó.

¿Qué bestias hemos sido! — se dijeron
al recibir la luz de la razón... —
y libres, y felices continuaron
la emprendida labor.

José María ZELEDON

CASTILLA

1

Tu me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo.

3

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro
y en ti santuario.

2

Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en ti viejos colores
del noble antaño.

4

Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.

5

Ara gigante, tierra castellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos,
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto.

UNAMUNO



CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — **Luis López Alvarez:** Checoslovaquia en la noche oscura. — **Ramón Liarte:** ¿Rebelión o revolución? ¡LIBERTAD! — **José Muñoz Congost:** Por un combate anarquista. — **Albert Camus:** Incidente de la circulación. — **Guerrero Lucas:** Iberia: problema en pie. — **Eugenio Relgis:** Revisión de ciertas palabras. — **Floreál Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Espigas del saber.** — **José López Montenegro:** Rayos de luz. — **Bertrand Rusell:** A la conciencia de la humanidad. — **Vladimir Muñoz:** Una tarde con Eugen Relgis. — **Blasco Ibáñez:** La verdadera España. — **Campio Carpio:** «Polvo y camino».

185

Noviembre - Diciembre 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.

40 P 5523



NUESTRA PORTADA

LOS forjadores, o «La Forja». Se ha dicho que el arte no tiene más ley que la que le dicta el genio. Este cuadro gigantesco de Goya exalta la virtud creadora del trabajo. El portentoso aragonés fue, ante todo, un fantástico. Maravilloso y excepcional en todo. Así en sus colores como en la forma. Y no hablemos del fondo. Goya es el grabador de las ideas sublimes.

Arte y artista son en él una misma cosa. Se confunden, eternizando en la tela o en la plancha sus exaltaciones. Grandeza sin igual y pesimismo a la vez. Es la violencia de los contrastes.

Gran cerebro, corazón noble y pintor revolucionario por excelencia. En Goya todo es energía, vitalidad. Alma y espíritu, y sobre todo, potencia. ¿Habría escena más elocuente que la de esta forja inolvidable? Y así era en todo: en el amor y el combate, en el trabajo y la fantasía. Es la esencia que despidió un cuerpo vigoroso dotado de una fuerza hercúlea. De ahí que el gran creador fuese un hombre sin ley... No estaba hecho ni para dictar leyes ni para acatarlas. Su obra es catarata sublime, sol que no muere, idea que se renueva. Goya ha sido el genio del arte. El revolucionario permanente, de un cuadro a otro, de la pintura, que, para el mago del pincel, era vida plena de ideaciones.

GENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrategui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1968

N.º 185

EDITORIAL



¡Todo es de todos!

HAY momentos en la vida de los pueblos en los cuales se requiere un valor considerable y una audacia a toda prueba, para hacer frente a las sorpresas que surgen a la superficie de los hechos, creando situaciones complejas, arriesgadas. Cuando esa hora decisiva suena, no se puede vacilar. Preciso es optar entre la acción o el dejar hacer; entre ser determinante o determinado. Y puesto que de esto se trata en suma, el anarquismo militante debe ser un movimiento forjador de hechos.

La presencia militante anarquista debe manifestarse en todas partes. Donde haya un desgraciado que luche por su manumisión, donde un pueblo se ponga en pie de combate para hacer prevalecer su derecho a la justicia, ahí debemos estar nosotros. Y no como meros espectadores, sino como autores esclarecidos y capacitados para influenciar en la marcha de los acontecimientos.

Atraviesa el sistema capitalista una crisis galopante. Los Estados que parecen ser más florecientes desde el punto de vista económico, de la noche a la mañana hacen quiebra fraudulenta. Se gasta y malgasta mucho más de lo que se gana; se emplean medios en cosas vanales, que son arrebatados a obras que podrían ser muy útiles al conjunto social. Está archidemostrado que la producción puesta en manos del Estado capitalista es un contrasentido. Y es que no preocupan los intereses y necesidades de la sociedad, sino el lucro personal, el aumento de la riqueza individualista. Así nace la descomposición reinante dando lugar a enormes fluctuaciones industriales y produciendo crisis agudas que pasan a ser crónicas e incurables. Semejante organización monstruosa engendra el desequilibrio, dando lugar al choque de intereses debido al exceso de prebendas y a la considerable desigualdad social.

En el sistema actual el obrero no puede comprar lo que produce o crea. Tiene que contentarse con adquirir lo que le es dable y está al alcance de sus medios financieros, siempre exiguos. Cuando la industria no puede vender los productos fabricados en una nación determinada, va en busca de fronteras; conquista nuevos mercados y amplía su radio de acción si no quiere morir. En esa lucha sórdida, donde todo escrúpulo brilla por su ausencia, están a la sombra los acaparadores de profesión, los agiotistas y mercaderes que juegan con los precios como si se tratase de una cosa sin importancia. La competencia trata de ganar plazas y mercados al enemigo. Se plantea, desde ese mismo momento, una lucha de intereses, cuyos resultados fatales conducen a la violencia que impone la ley del más fuerte. Estalla la guerra de pueblo a pueblo, de nación a nación, presidida por un fin siniestro: vender en todas partes y a poder ser, en el campo enemigo, para aumentar capitales y riquezas mal adquiridos. Guerra exterminadora por posesiones. Dominio del imperio marítimo y aéreo. Hegemonía político-económica en la tierra. En una palabra: caos.

No otro es el desenlace permanente del sistema capitalista, del estatismo y el naciona-

lismo en todas sus manifestaciones. La situación de agonía económica y espiritual, a la cual está abocado el mundo presente no puede ser más desastrosa. Hambre y desolación en la India puritana y misteriosa; lucha de clanes y de bandas militarizadas en la China llamada popular; insurrección creciente que acabará en revolución social en los pueblos de América Latina; Africa arrasada como un campo de Marte, para que no sea un obstáculo a los intereses bastardos de ciertas potencias que aspiran a dominar completamente al mundo; y en la vieja Europa, inestabilidad, confusión, desconfianza y recelos. De ahí que el capitalismo se sienta inseguro, llevando sus cajas de caudales de un lugar a otro. Poniendo provisionalmente a salvo los intereses mal adquiridos y peor arrebatados. Al producirse el choque nacionalista, que incuba la inseguridad, los Estados gastan en armamentos y política de «Defensa» la mayor parte del presupuesto arrancado del erario nacional.

El mundo actual es una base de desigualdades reinantes. Si en el dominio económico se producen esas paradojas imperdonables, en el campo de la educación ocurre otro tanto. La cultura es patrimonio de pequeñas minorías. La ley del privilegio rige todos los estamentos del sistema de la usura y la explotación. Pero no hay que desasosegarse. Una revolución social nueva está en marcha. Nadie la podrá parar. Al río no se le mata. No se ciegan los rayos del sol. Nosotros clamamos por la liberación total y completa del hombre. Queremos que habite en un mundo nuevo, para crear una sociedad asentada en la igualdad social.

No hemos creído nunca en la mentida revolución democrático-socialista. Estamos de vuelta también, de las aventuras totalitarias comunistas cuando prometen un socialismo adulterado que encarna la autoridad del jefe. Es falsa y religiosa esa teoría de castrados basada en la necesidad de compartir lo que posee el capital, la religión o el Estado con los desheredados de la fortuna social. Lo importante es acabar con el capitalismo para que cese la explotación y nazca la justicia; lo esencial es terminar con el mito religioso para que brote en todo su esplendor la luz de la razón humana. Y finalmente, urge poner fin a la loca y cruel política de los Estados nacionales o supranacionales, para que la federación de pueblos oriente y administre las nuevas economías, la riqueza general puesta al servicio de las comunidades laboriosas y campesinas, industriales y técnicas. Empeñarse en seguir derroteros confusos y torcidos, es negar la esencia misma del socialismo, haciéndolo imposible para hoy y para el mañana inmediato.

Se impone un cambio completo de estructuras. La lucha por los medios de existencia debe ser resuelta mediante la solidaridad práctica, no por la caridad que rebaja y envilece. El lema del cristianismo vuelve a ponerse en juego para evitar la verdadera revolución: Herir primero para curar después. De esa manera, siempre se tiene la puerta abierta a la explotación, al sistema inquisidor, a la autarquía de cualquier orden.

Es la obra colectiva de todos los hombres creadores la riqueza común, es decir, los medios de producción. La apropiación de estos medios no debe tolerarse. Ella no es justa, es así, parasitaria e inútil. El anarquismo vuelve a lanzar su máxima de lucha por la conquista de los derechos supremos del Hombre. ¡TODO ES DE TODOS! A este principio de transformación del Universo, desde sus partes más ínfimas al gran todo, tendrán que ceñirse las nuevas corrientes económicas, político-sociales y culturales. O liberación económica y política o esclavitud estatal y capitalista. No hay vuelta de hoja. Por estas razones y cuantas militan a nuestro favor, los anarquistas patrocinamos un cambio radical y completo en la orientación del mundo. La social-democracia nos ha dicho: «El derecho al trabajo es inviolable.» El comunismo de Estado afirma que todo el esfuerzo debe ser la base esencial del poder. Lo que nosotros proponemos es más elevado y más digno.

¿Qué queremos?

El derecho a la vida libre, al goce placentero y al bienestar venturoso. La sociedad ideal donde cada uno de lo mejor de sí mismo sin esperar recompensas fabulosas, pero teniendo derecho a disfrutar lo que cada uno y todos la vez, debemos poseer. No queremos una moralidad de dos caras, una economía de ventajistas y acaparadores y mucho menos una organización de esclavos, sino un mundo de hombres con responsabilidades comunes y derechos recíprocos.

Checoslovaquia en la noche oscura

por Luis LOPEZ ALVAREZ

LOS intelectuales checoslovacos han jugado un papel de máxima importancia en la lucha por arrancar a su país del oscurantismo de la era staliniana. Especialmente durante este último año, han sabido, en contacto permanente con su pueblo y pulsando las aspiraciones de la clase obrera, ganar la confianza de la juventud. Su ascendiente moral hizo posible la revolución pacífica que acabó con el régimen de Novotny. En ellos radica la esperanza de que Checoslovaquia conserve su originalidad tras la agresión de que ha sido objeto.

El conflicto entre la intelectualidad y la burocracia política, latente desde 1956, estalló en 1967, cuando tres escritores de primera fila, Ivan Klima, Ludvik Vaculik y Antonín Liehm fueron excluidos del partido y el gran semanario «Literární Noviny» pasó bajo el control directo del ministerio de la cultura. Poco a poco nacían también de entrar en conflicto abierto con el gobierno estudiantes, cineastas y artistas. A los pocos días de la expulsión de los escritores, Dubcek, primer secretario del Partido comunista eslovaco, encabezaba el movimiento, criticando el totalitarismo de Novotny y los procedimientos utilizados en el pasado. Durante dos meses, Novotny y su camarilla trataron por todos los medios, incluso pidiendo ayuda al ejército, de resistir a la corriente cada vez más anchurosa que reclamaba en el país entero la democratización.

El 5 de enero Novotny dimite de su puesto de primer secretario del Partido Comunista checoslovaco, y el 21 de marzo se ve obligado a abandonar la presidencia de la República. Mientras tanto han sido los intelectuales quienes han obtenido la rehabilitación de las personas injustamente condenadas en el pasado. El 24 de enero la Unión de Escritores es autorizada a publicar un nuevo semanario que recibirá el título de «Literární Listy».

Raramente se habrá visto en ningún país una publicación con mayor influencia sobre los ánimos. A los pocos números «Literární Listy», pese a ser una revista de cierto nivel, tiraba ya a más de trescientos mil ejemplares y el día de su aparición se formaban desde las cinco de la mañana largas colas ante los quioscos. En sus páginas se hace balance público de lo que hubo de callarse durante veinte años de silencio, se expresan opiniones, se cotejan experiencias, se apuntan soluciones. Como

quiera que los hombres de Novotny continúan ocupando puestos estratégicos en el aparato del gobierno y del partido, se lucha desde las columnas de «Literární Listy» — publicando por ejemplo el manifiesto de las 2.000 palabras — para agrandar la brecha de la discusión pública, exigiendo que el pueblo sea consultado a través del Partido y de las otras organizaciones unidas a éste en el Frente nacional. Poco a poco se van perfilando desde sus páginas las orientaciones del XIV Congreso que habrá de tener lugar en septiembre. El XIV Congreso permitirá la libre expresión, los checoslovacos, por vez primera dueños de su destino, podrán decidir cómo habrán de orientarlo en los próximos meses. La impresión de libertad, la embriaguez de la libertad se ampara del país sin que la abrumadora mayoría piense en poner en tela de juicio el régimen socialista. No se trata, evidentemente, de volver atrás, sino de ir más adelante, más allá. ¿Cómo? No se sabe a ciencia cierta. No se puede improvisar.

LOS checoslovacos no están, ni mucho menos, contra la Unión Soviética. ¿Acaso Dubcek no se educó allí? ¿Acaso Svoboda no ostenta las más altas condecoraciones soviéticas? La alianza con la Unión Soviética habrá de continuar siendo primordial, pero Checoslovaquia no ha de ser a manera de colonia en la que, como en tiempos de Novotny, los ministerios reciban órdenes directas de «consejeros» o «enviados especiales» soviéticos.

Lo malo es que los checoslovacos no saben hasta qué punto los dirigentes del Kremlin consideran a su país como una especie de protectorado soviético. Ahora bien, cuando unos hombres viven bajo protectorado, cualquier veleidad de independencia, el menor contacto con otros países, el viaje más trivial, puede ser mal interpretado y suscitar reacciones colonialistas por parte de la nación protectora. Durante toda la época colonial, en África, franceses, ingleses o belgas han visto con los peores ojos el más mínimo viaje del más oscuro de los estudiantes africanos a cualquier país del Este. Cualquier político africano que viajase a Praga o a Moscú, era considerado como un enemigo. Franceses, ingleses o belgas podían hacerlo sin que peligrase su salud, pero los africanos, aun después de haber obtenido la independencia política, se expo-

nen a las mayores catástrofes y a las peores represalias. Los polacos han podido recibir créditos americanos, previo permiso de Moscú; los rusos pueden comerciar con todos los países capitalistas y hasta fascistas, de la Tierra, los dirigentes soviéticos pueden recibir a centenares de banqueros o directores de grandes firmas norteamericanas, comerciar con ellos, enviarles en vacaciones a sus familias, pero ¡ay de los checoslovacos, si creyéndose independientes, se atreven a hacer la centésima parte, aun cuando no tengan la responsabilidad de ejemplaridad que entraña el liderazgo del mundo socialista!

La intervención soviética en Checoslovaquia constituye una reacción típicamente colonialista. Moscú no ha podido justificarla, no ya en derecho internacional, sino ni siquiera basándose en criterios de moral socialista o revolucionaria. ¿Cómo justificar la invasión de un país aliado, no sólo sin ser reclamada por sus gobernantes, sino encarcelando y torturando a éstos y sometiéndolos a las peores vejaciones? No pudiendo justificar su acción a priori, los soviéticos quisieran justificarla a posteriori, fabricando un gobierno de colaboracionistas. El que no lo lograran, constituye su más evidente derrota política. ¿Cómo no pensar una vez más en los precedentes coloniales? Ante la imagen de un Dubcek, de un Cernik, de un Sirkowsky sacados apresuradamente de su cárcel de Ucrania para que sirviesen de interlucutores. ¿Cómo no recordar que algo por el estilo sucedió antes con N'Krumah, Burguiba, Konyatta, Lumumba, e Ben Bella?

Los dirigentes del Kremlin han querido justificar, no obstante, su intervención asegurando que Checoslovaquia se disponía a abandonar la ortodoxia marxista. Para ello, apuntaban las reformas proyectadas por el economista y vicepresidente del Consejo Ota Sik. Ota Sik quería ensayar en determinadas empresas los principios de gestión obrera autónoma y de rentabilidad económica. Tal vez el segundo no fuera muy ortodoxo, pero si así fuera, la Unión Soviética es el último país que puede arrojar la primera piedra. Desde 1956, un economista soviético, Libermum, preconizó el restablecimiento de las nociones de beneficio, de rentabilidad, y de calidad. Otros economistas soviéticos tales como Nemchinov, Kantorovic y Novozhilov habían de seguirle en la misma línea. Sus trabajos fueron recompensados con el premio Lenin y a través de ellos se definieron las tendencias de la actual política económica soviética. Reducción de la autoridad centralizadora del Plan en favor de la autonomía de las empresas, restablecimiento de la noción de calidad sancionada por el consumidor, fijación de precios según las leyes de la oferta y de la demanda... Libermann llegó a afirmar — sin que los países del Pacto de Varsovia se apresurasen a intervenir en Rusia — que «no es deshonoroso utilizar cuanto puede ser aceptable en la práctica capitalista». Más aún, sus teorías se van aplicando sistemáticamente en la Unión Soviética desde 1965. En 1966, Kosiguin extendió esa política a la industria textil y a determinadas industrias pesadas. En 1967, las autoridades reconocían la existencia de

tres mil seiscientas empresas y de unos diez millones de trabajadores rigiéndose por esos principios. Ello representaba ya la cuarta parte de la producción soviética, pero se calcula que los principios económicos inspirados por Libermann o Birman, alcanzarán en 1969 a la mitad de los trabajadores soviéticos... ¿Y qué decir, por ejemplo, de las deficiencias en la ortodoxia económica marxista en Polonia, otro de los países «puros» que ha intervenido en Checoslovaquia? En Polonia, la mayor parte de la tierra sigue sometida a la propiedad privada. Un patrón privado polaco puede emplear hasta 150 obreros, pero, si su empresa trabaja día y noche, puede llegar a emplear 450. Desde 1966, en Varsovia, 38 restaurantes pertenecientes al Estado, han sido confiados a gerentes privados. Entre 1965 y 1966, la mayoría de los surtidores de gasolina han ido pasando a la explotación privada. Mientras tanto, en Alemania Oriental no sólo subsiste un sector importante de la economía en manos privadas, sino que la participación de capitales de Alemania Occidental no es de desdenar.

Ni los dirigentes de la Unión Soviética, ni los de otros países del Pacto de Varsovia pueden dar lecciones de ortodoxia socialista a nadie. ¿Cómo pueden arrogarse el derecho de dar consejos y aún menos de imponer sus decisiones a otros países socialistas? ¿En nombre de qué principios si el socialismo en sus casas, cuando no retrocede se estanca? El socialismo representa para buena parte de la humanidad una esperanza de liberación. No se puede imaginar un socialismo que no sea incesante lucha de liberación. Cabe afirmar que, al detener su marcha, el socialismo se estanca. Sucede entonces como con las aguas estancadas, que se pudren, empiezan a oler mal y terminan en muladar en que prosperan todos los microbios.

La honra del socialismo en general, y de su rama marxista en particular, habrá sido el ser una de las mayores corrientes de emancipación del hombre. Pero no ha surgido por generación espontánea. Tiene su origen en el racionalismo, en el libre examen y en el contrato social. El socialismo para progresar ha de ser imaginativo, constructor de futuro, confiándose en la capacidad de creación y de racionalización de la mente humana. En la Unión Soviética (con el mérito que no se puede olvidar) el socialismo solo se ha realizado en lo relativo a la apropiación colectiva de los medios de producción, uno de los postulados de la revolución en la medida en que debía suprimir la explotación del hombre por el hombre. Mas hasta ese principio ha sido adulterado en su aplicación al monopolizar la burocracia política el aparato de la producción y del poder impidiendo nuevas conquistas liberadoras. No pudiendo pensar en términos de futuro, la burocracia del Kremlin piensa únicamente ahora en términos de pasado. No pudiendo imaginar que los checoslovacos se dispusieron a ir más lejos que ellos, piensan que iban a dar marcha atrás.

Cuando el socialismo se estanca como sucede ahora en la Unión Soviética, afloran las fuerzas irracionales propias a los oscurantismos de toda índole. Se ven entonces complots por todas partes

y conjurados en todos los lugares. Los dirigentes, reducidos a una actitud defensiva, se aferran a los temores ancestrales de su sociedad. No es de extrañar si la prensa soviética y la prensa polaca se han lanzado en una campaña de antisemitismo, acusando por ejemplo a Kriegel, miembro del Presidium checoslovaco y a Goldstuecker, Presidente de la Unión de Escritores Checoslovacos de participar «en un complot sionista». El resultado es por de pronto que Checoslovaquia, treinta años después de la invasión hitleriana se ve de nuevo invadida por tropas alemanas — aunque se digan de una república socialista — y sufre de nuevo del antisemitismo de ocupantes extranjeros.

En realidad nos hallamos ante un fenómeno de perversión del socialismo agravada por el imperialismo de gran potencia de la Unión Soviética que teme más al contagio de la libertad en su propio seno que a todos sus enemigos en el campo capitalista. Los dirigentes del Kremlin intervienen por la fuerza en busca de molinos de viento en Checoslovaquia, pero, por de pronto, en los últimos años han abandonado a la hegemonía norteamericana todo el hemisferio americano y hubiesen dado al traste con la Revolución cubana si Castro (al que mucho le vale no tener fronteras con Rusia) no hubiese eliminado a la microfacción a las órdenes de Moscú. Al mismo tiempo han abandonado a la hegemonía francesa, inglesa, belga y americana toda Africa Negra, han frenado en ocasiones las tendencias auténticamente revolucionarias en los países árabes y han dejado asesinar a centenares de miles de comunistas indonesios... Lo que cuenta es que nadie se atreva a poner en tela de juicio las burocracias políticas en los países del Pacto de Varsovia no sea que el ejemplo vaya a cundir llegando hasta la propia Unión Soviética.

Lo que se teme es esencialmente al pensamiento innovador. Los nuevos inquisidores prefieren aferrarse a las palabras hueras de su teología. Se huye de la luz crítica y el intelectual es el enemigo. No hay que sorprenderse si, al llegar a Checoslovaquia, los rusos ocuparon, en vez de cuarteles, polvorines, puentes y minas, imprentas, emisoras, librerías, los locales de la Unión de Escritores Checoslovacos, la Academia de Ciencias, la Facultad de Derecho y de Filosofía de Praga y hasta — lo que el propio Hitler no se atrevió a hacer — los locales del rectorado de la primera universidad del país.

Dada la violencia de los ataques de la prensa soviética contra los intelectuales, dadas las amenazas reales que pesaban contra ellos, no es de extrañar si algunos se expatriaron y otros que se hallaban en el extranjero han preferido esperar a ver lo que sucede no descartando la hipótesis de que los rusos, no contentos con el protectorado impuesto se decidan, desembarazándose del equipo Dubcek y no hallando ninguno de recambio a pasar a la administración colonial directa.

ANTE los peligros que se ciernen sobre ellos, los intelectuales mantienen la postura de dignidad que les ha valido su ascendiente sobre el pueblo.

En Eslovaquia, la Unión de Escritores, tras mantener a su cabeza al progresista Miroslav Valek, ha decidido interrumpir la publicación de su semanario «Kulturzy Zivot», reemplazándolo en Bratislava por la nueva revista «Literarni Zivot». Se trata de preservar para tiempos mejores una etiqueta gloriosa tras la que los escritores eslovacos trataban de librar el mismo combate que los checos y ellos mismos libraban en Praga con «Literarni Listy». El director del primer semanario, Josef Bob, es redactor jefe adjunto del segundo y el principal redactor jefe del mismo es el escritor Daminik Tarko, conocido por sus ideas en favor de la democratización. Al mismo tiempo, el poeta Laco Nabomesky, íntimo amigo de Gustav Husac (secretario general del partido eslovaco, el hombre con que los rusos quisieran tal vez reemplazar a Dubcek) ha condenado con la mayor energía la invasión.

Ludvik Vacul, autor principal del manifiesto de las dos mil palabras, Jungmam, redactor jefe de «Literarni Listy», Hamsi, su predecesor, y Jan Procházka, redactor jefe adjunto de la misma revista, uno de los intelectuales más atacados por la prensa soviética, se hallan en Checoslovaquia. Lo mismo le sucede a Milan Machovec, profesor de filosofía de la Universidad de Praga, quien ha dirigido un manifiesto a todos los intelectuales y estudiantes del mundo que ha llegado hasta nuestras manos en París.

Ludvik Veseley, otro redactor jefe adjunto de «Literarni Listy», ha sido el único intelectual de renombre que se haya refugiado en Alemania Occidental. El filósofo marxista Ivan Sviták, que se hallaba en Viena durante los acontecimientos, permanece de momento en Austria. A. J. Lienm, también de «Literarni Listy» se halla en París en casa de Louis Aragon. El crítico literario eslovaco Fedor Ballo también ha llegado a París para incorporarse a un importante puesto en la Unesco. El conocido crítico de arte J. Chalupecky ha salido después de la invasión rusa para asistir a un congreso internacional en Burdeos y se dispone a regresar a su país. La joven y excelente novelista Vera Linhartová, no quiso aplazar un viaje a París previsto para preparar la traducción de una de sus obras en Francés, pero tiene la intención de regresar. Miloslav Topinka, tal vez la mayor esperanza de la joven poesía checa, al que los acontecimientos sorprendieron viajando por Africa, no ha dudado en regresar a su patria.

El común denominador de todos esos intelectuales de gran clase, honra de Europa entera, es su patriotismo y su adhesión irreversible al socialismo. Ninguno de los que permanecen en Checoslovaquia quiere abandonar el país mientras no haya peligro grave para sus vidas. Ninguno de los que se hallan

en el extranjero quiere convertirse en exilado. Todos tienen plena conciencia de que los rusos con sus amenazas quieren tal vez impresionarles para que abandonen el país y dejen de ejercer su magisterio sobre el pueblo. Todos ellos quieren compartir con éste la noche oscura en la que ha entrado.

En su esfuerzo por preservar a la inteligencia la posibilidad de progresar por encima de todos los dogmatismos y en su deseo de preservar su cultura nacional los intelectuales checoslovacos cuentan con el apoyo y la solidaridad de todos los intelectuales progresistas del mundo con Jean Paul Sartre a la cabeza. Todos piensan con el filósofo francés que la invasión de Checoslovaquia «constituye un crimen de guerra» y todos hacen suyas las palabras de Ivan Sviták en Viena: «La historia reciente nos ha mostrado que el Reich «milenario» de los nazis no ha durado más que seis años. El neocolonialismo stalinista no durará tanto y todo el mundo recuerda el proceso de Nuremberg.» Precisamente en ello radica la esperanza. Resulta increíble que los dirigentes del Kremlin, después de haber relegado a Chepilov, el más revolucionario de ellos, se prevalezcan ahora de una revolución que no hacen avanzar un ápice para intervenir por la fuerza en otro país socialista. No cabe duda de que el ala más burocrática y retrógrada encabezada por Brejnev, Chelest y Katiouchev, no podrá continuar imponiendo su ley. Tarde o temprano, alguien les saldrá al paso, so pena de dejarles acabar con el capital de prestigio ganado por la Unión Soviética gracias a los sacrificios de su pueblo, al talento de sus sabios y a la acción de sus revolucionarios de hace cincuenta años.

EL admirable pueblo ruso merece otra cosa. Cansado de ver su horizonte encapotado, sin ninguna perspectiva de renovación, viendo retrasado indefinidamente el momento tan anunciado en que habrá de pasar del socialismo al comunismo, el pueblo reclama algo nuevo. Ahora bien, en vez de dar nuevos pasos adelante, en vez de pasar progresivamente el poder a las confederaciones obreras y campesinas y de reemplazar en economía (como quiere hacerse en Cuba) los estímulos materiales por los morales, los dirigentes del Kremlin, con tal de guardar poder y privilegios se contentan con arrojarle carnaza al pueblo, prometiéndole más bienes de consumo, decidiendo triplicar la producción de automóviles de aquí a 1970, pero ni una sola parcela de libertad o de democracia más. Una vez más se trata, como preconizara Krutchev de «alcanzar el nivel de vida de los Estados Unidos». ¡Curioso objetivo para el primer país revolucionario del globo que pretende dar lecciones de socialismo a los demás!

No, el pueblo ruso merece algo mejor y, de igual suerte que el XX Congreso condenó los crímenes de Stalin, llegará el día en que los dirigentes ac-

tuales serán condenados por los suyos. Mientras tanto, en Moscú, un centenar de intelectuales han firmado y enviado a sus colegas checos un mensaje de solidaridad. Otro puñado de intelectuales manifiesta con gran valentía ante el Kremlin contra la invasión de Checoslovaquia. La historia deberá retener los nombres del poeta Vadimo Delonay, del lingüista Constantin Barbitzki, del crítico de arte Víctor Heimberg y del obrero Vladimir Broudliouga, detenidos en la Plaza Roja por haber organizado la manifestación de solidaridad con el pueblo checo. Todos ellos han hecho suya la célebre divisa de Marx de que «un pueblo que oprime a otro, no es un pueblo libre».

A largo plazo, la democratización en Checoslovaquia está ligada a la que se producirá inevitablemente en la Unión Soviética. Mientras tanto, los intelectuales checoslovacos podrán dedicarse a profundizar su pensamiento renovador a partir de los estudios realizados por el Instituto de Derecho de Praga y de las resoluciones del último congreso de la Unión de Escritores que abordaban el problema del progreso del socialismo en una sociedad altamente industrializada.

Mucha gente en los países socialistas se siente deslumbrada por el nivel de vida y los bienes de consumo de Occidente. Lo que Castro ha denunciado en el caso de Checoslovaquia se puede hacer extensivo con creces a los otros países del Pacto de Varsovia que en lo tocante a buen vivir vienen de mucho más lejos que los checos. Pero la mejor contribución de la inteligencia checoslovaca amparada en la noche oscura de la ocupación extranjera sería la elaboración de una teoría de socialismo avanzado en el que el marxismo entre en una fase post-estatal prevista pero poco estudiada por los clásicos marxistas, en que desaparezcan los estímulos materiales y la autoridad se reparta y diluya en el cuerpo social hasta llevar a una sociedad próxima del anarquismo.

En espera de días mejores los intelectuales en vez de exponerse continuamente al viento adverso cual los recios tilos de los campos de su país, deberán, para supervivir al huracán de las treinta divisiones soviéticas, adquirir la flexibilidad invencible de la palmera que una vez la tormenta pasada, se yergue de nuevo más esbelta y airosa que nunca.

Precisamente por su confianza en el hombre, los socialistas del mundo entero saben que el socialismo humano de Praga prevalecerá sobre el dogmatismo burocrático del Kremlin. El fracaso político de los dirigentes moscovitas es tan evidente que cabe predecir que su pueblo muy bien pudiera arder en el mismo fuego que tratan ahora de sofocar en Checoslovaquia. No será la primera vez que un ejército de ocupación se vuelve a su casa importando en las mochilas las ideas del país ocupado. La noche oscura de Checoslovaquia, como todas las noches, tendrá también su aurora.

¿Rebelión o revolución?

por Ramón LIARTE

¡LIBERTAD!

AFIRMASE por parte de los historiadores y sociólogos más competentes que el primer paso que dio el hombre derrotado para conquistar un privilegio sobre la tierra, fue el día que se instauró la esclavitud. Esta idea me ha hecho reflexionar infinidad de veces. La he comprendido sin sentirla. Y acaso no se comprenda bien lo que se siente mal. Ser esclavo es la peor de las desdichas de un hombre. Y sin embargo, cuantos de los caídos hubiesen preferido sobrevivir, hasta siendo aherrojados, antes que morir para ser libres... El mundo está hecho de grandes frases. Todo son principios y fines. Al fin de cuentas, amando la vida o sabiendo su relativo valor y alcance, uno se cerciora una vez más, de que no se puede vivir sin dignidad. Y que solo siendo dignos vivimos y somos libres.

No negaremos que cuando el hombre fue contabilizado como esclavo adquirió un valor político, humano. Se puso precio a su fuerza bruta, a su inteligencia para los trabajos, a su juventud para resistir. A la mujer se la dio importancia de acuerdo con su propia belleza física, la gracia de sus gestos, lo exquisito de su ser. Como ser humano que es, el hombre se adapta a todas las situaciones para no perecer. Porque por encima de las palabras está la vida. «Soy esclavo», se dijo el hombre: «Luego puedo ser libre.» «Allí donde el esclavo se rebela contra el amo — dice Camus — hay un hombre que se alza contra otro en la tierra cruel, lejos del cielo de los principios.»

La rebelión es el inicio de todas las revoluciones. Ser rebelde es ser poca cosa. Lo esencial es conducirse como un verdadero revolucionario.

La inteligencia, puesta a meditar, no descansa. Cuando el sufrimiento llega a su máxima desesperación, explota. Así es la idea. Se siembra en los corazones, mas cuando ha prendido, estalla. No hay términos medios. La naturaleza trabaja constantemente. Cada cosa tiene su utilidad y cada hombre su deber. La obligación de un revolucionario consiste en no cesar nunca en la tarea que generosamente iniciara. Sólo así se va por el camino del triunfo. «Para el revolucionario, dijo St. Just, no hay más descanso que la tumba.»

Grande es amar la vida, ya que bello es vivir hasta muriendo. Pero, ¿qué vale la vida sin la libertad que nos dignifica y enaltece a la normal categoría de hombres? Así lo expresaba Desmoullins: «Con tal

de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?» No lo ignoro. Sería demasiado cómodo y excesivamente estúpido. Hay frases que hacen palidecer a los cobardes que se encubren bajo santas creencias, o posiciones humanistas mal practicadas. Por la fuerza o por el amor, por la violencia activa o la resistencia pasiva, el revolucionario no puede cruzarse de brazos. Debe rebelarse. Y siendo rebelde tiene la obligación moral de ser un revolucionario.

No hay belleza más divina que la del hombre que se levanta contra la tiranía. A la esclavitud se le pone precio, a la vida, no. El precio de una vida limpia es la conquista de la libertad. «La negra y desesperada batalla de los hombres — escribe Carlyle —, contra su condición y todo lo que les rodea.» Vuelve a repetirse el decálogo del hombre sometido: «partamos las cadenas y seremos hermanos.»

Soy un enamorado ferviente de la naturaleza. Si hay un «dios» al que glosar y rendir culto de admiración, yo también tengo el mío: la naturaleza madre, creadora de la vida. Al leer la historia o ver esas gigantescas películas del cinema moderno, donde nos damos cuenta de la insurrección de los desheredados, la lucha de los siervos, las revoluciones obreras y populares, la gloria de la vida brota por nuestros poros. En todas las formas de rebelión encuéntrase la confirmación de la esencia revolucionaria. La figura de Espartaco aparece siempre como un símbolo viviente. Su ejemplo es guía de hombres rebeldes, enseñanza que todos debemos seguir. Se ha dicho que no dejó nada tras de sí. Acaso se esperaba que hubiese dejado una fábrica de decretos. Las revoluciones no se hacen con leyes, sino contra todas las leyes. Cuando el revolucionario legisla, se convierte de hecho en conservador, después en contrarrevolucionario, y más tarde en verdugo. La revolución no se decreta, se hace. La lleva el hombre rebelde en sí mismo. La comunica como un mensaje. La transmite como una canción de esperanza. Y cuando el signo se hace voz, la victoria de la acción está consumada.

Luchar por la revolución social y libertaria. Mover al mundo para que se encuentre su punto de apoyo moral y humano. Consegir la unión de la humanidad mediante la libertad definitiva del hombre ante el tiempo y la historia. Nuestra causa, sabedlo bien, no puede quedar truncada. El revo-

lucionario es comunicativo. La rebelión de Espartaco comenzó con setenta hombres, hasta sumar setenta mil. Nosotros somos una cifra y una prueba. ¿Hasta dónde podremos llegar? No es esto lo importante. Lo esencial es que nunca se diga de nosotros que hemos sido unos tragones sin escrúpulos, unos malandrines sin honor, unos ex-hombres incapaces de sentir las vibraciones de su tiempo y de luchar al lado del género humano por la causa que todos nuestros caídos nos han legado, no para que la enterremos en una tumba olvidada, sino para que la llevemos a la más alta cumbre de la justicia y la libertad.

LA REVOLUCION ESCAMOTEADA

FUE la revolución de 1789-93, el descubrimiento de una idea nueva, continental. La Gran Revolución francesa se hizo pensando en Europa. Ciertamente es que sus ideas y proyecciones pasaron de continente a continente para internacionalizarse. Una revolución supranacional tiene muchos alcances así en lo material como en lo moral. Pero la Revolución Rusa de 1917, hija de cerebros internacionalistas que propendían a la transformación del mundo, había de tener un carácter universal. La Revolución Francesa quiso conquistar a Europa; la Revolución Rusa trató de dominar al mundo. Y ni la una ni la otra han conseguido su objetivo. Han errado el golpe

Quien juega a dominar tiende a la tiranía. La tiranía nace del juego inocente e imbécil de los hombres y acaba siendo un crimen legalizado. Creían los viejos revolucionarios que el terror podía ser pasajero, transitorio. Equivocáronse. La pretensión de conquistar a Europa fue un sueño y no de verano precisamente, sino de invierno riguroso y destructor. Pretender forjar una Europa unida por la fuerza de las bayonetas, supone una contradicción tan extrema y sangrienta que sólo conduce a la muerte de los mejores principios. En nombre de la arbitrariedad no se instaura la justicia; en nombre de la violencia no se siembra la libertad. La espada y la guillotina no sustituirán nunca a la pluma y la Universidad. Muchos siglos antes que Napoleón, otro guerrero de su misma talla militar, Julio César, después de haber dominado a los Galos, tuvo que decir: «Detrás de mi espada no dejo más que enemigos.» Y es que el sable no ha conquistado nunca corazones ni cerebros puros. Creo que la virtud tiene una regla: el conocimiento; y la lucha una fuerza: la bondad. Cultiva tu bondad como una fuerza poderosa, que, guiada por la inteligencia de la medida justa y cabal del supremo conocimiento: el amor a los demás. Pues existe una verdad, tan vieja como el mundo, que dice: «No puede haber conquista donde no hay amor.» No de otra manera se explica que la conmoción francesa inspirada en los principios de la Enciclopedia y creadora a la vez de los Derechos del Hombre para hacer de éste un ciudadano libre fuese agarrotado por las zarpas de hierro del nacionalismo. Y el nacionalismo no va hacia la conquista sino a la imposición. La conquista exige

tiempo; la imposición no se adviene a la entrega moral. Domina y viola para imponerse y someter a los demás.

Estamos, pues, en una era de contrarrevoluciones. ¿A qué se debe este permanente tejer y destejer? Analicemos el proceso esencial de la llamada Revolución Rusa. La U. R. S. S. es un peligro para la marcha social del mundo. Y conste que al hablar de Rusia lo hacemos desde el punto de vista de Estado totalitario condenable, no de pueblo sometido, al que amamos profundamente. El Ejército Rojo es el elemento más conservador y reaccionario de los Estados modernos. Su lema fundamental es la patria, la nación, el poder. En el seno del Partido comunista ruso queda muy poco, o casi nada, de lo que fue la trayectoria leninista. De marxismo no conocen nada, ni quieren saber. Bajo la máquina infernal del sistema totalitario hay un pueblo que no puede abrir la boca ni esclarecer el cerebro. Las ideas más o menos internacionalistas de Lenin, Trotsky y la vieja guardia comunista, fueron barridas por el huracán stalinista, creador del nacionalismo rojo. De la tecnocracia bolchevique no puede esperarse más que conservadurismo materialista hecho dialéctica repugnante de la historia contemporánea. El triunfo de las clases dominantes, el cúmulo de intereses personales y de Estado que ha creado la contrarrevolución bolchevique, sitúa a Rusia frente a la revolución mundial, dispuesta a obstruir el camino de la revolución social y socialista libertaria, no admitiendo que país alguno logre alcanzar un grado de civilización superior en lo ético, moral y cultural, para poder seguir sobreviviendo como Estado conservador y contrarrevolucionario. De ahí que las fuerzas sanas de Rusia comiencen a conspirar hoy como si se tratara de la época del zarismo. Es posible que los slogans no sean totalmente los mismos, pero el fondo de las ideas de justicia y libertad nace del mismo manantial de renaciente humanidad.

La Revolución Rusa ha sido escamoteada por los prestidigitadores del Partido bolchevique, que nada tiene de soviético ni de comunista en el alto sentido del vocablo. Mas sea como fuere, la Revolución Rusa se va abriendo paso en todas partes. Hay veces en que los revolucionarios, como los militares, al iniciarse la lucha combaten con la mentalidad y los métodos del pasado, más las exigencias de la organización plantean una nueva estrategia y las situaciones se encargan de hacernos ver el buen camino cuando alguien se empeña en caminar por trancas y barrancas.

La U. R. S. S., habiendo escamoteado la revolución, se ve obligada a combatir en dos frentes y en ninguno de los dos puede vencer: en el campo capitalista para no ser superada por las potencias llamadas democráticas; y en el ámbito social y revolucionario donde ha perdido fuerza, crédito, barcos, honra, ideas y métodos por haberse negado como sociedad soviética al servicio del comunismo son libertad. En esta hora de ahora, no hay engaño posible. Un comunista sincero no puede estar con la U. R. S. S., de la misma manera que un liberal humanista o un socialista libertario no

pueden compartir la trayectoria negativa de los Estados Unidos de América. La lucha por la libertad está planteada en otros frentes. No se halla representada por banderas sucias y desleídas, sino por los principios más respetables que ha descubierto la mente humana. La revolución mundial pasa por una fase crítica, pero puede y debe salir triunfante si se emplean todos los medios para que la «negra batalla» alumbre con poderosos resplandores.

POR EL BUEN CAMINO

CAMINANDO por el buen camino no solamente se avanza, sino que el caminante ni se desvía ni pierde a los demás. Estamos más que hartos de dar vueltas y revueltas.

Los papas de la infalibilidad político-religiosa dicen que todos los caminos conducen a Roma, o a Moscú. Eso son monsergas divinizadas por las capillas de sacristanes o militantes de las milicias del Vaticano o del Kremlin. En la lucha revolucionaria no hay curvas. El camino recto es el mejor. Que no se nos diga que ganaremos tiempo y ahorraremos vidas yendo por donde el enemigo nos espera para destrozarnos. A la justicia se va con los justos, como a la libertad se llega por el camino donde la tiranía no levanta barreras que se convierten en líneas de fuego protectoras del enemigo común de todos.

No es hombre de ideas el que cada día no realiza una buena acción.

La lucha social tiene una influencia profunda sobre la naturaleza humana. Luego hay que luchar para cambiar la naturaleza de las cosas, para que el hombre encuentre su verdadera trayectoria. Se trata de que logremos ser fuertes para liberarnos de la esclavitud y bondadosos para no engendrar ninguna otra forma de opresión.

El hecho de practicar la acción no nos incapacita para sentir y pensar. No hay acción valiosa si no está bien sentida y profundamente pensada. Queremos la liberación total del hombre. Para ello hay que realizar una revolución social universal. No se pueden tener cien caminos ni mil opiniones. Una buena idea vale más que todas las ideas malas, pésimas. Y sabido es que la buena ruta conduce a feliz puerto.

Se trata de que sirvamos al pueblo sin separarnos nunca de él.

No se construye la justicia sobre la explotación obrera, ni se levanta el derecho sobre el poder del más osado, ni la libertad renace cuando en vez de crear pueblos libres se forjan cadenas para amarrar cobardemente a los países sometidos y sojuzgados.

No más esclavos en nombre de no importa qué principio, y mucho menos cuando se invoca la libertad. Que las ideas sean para servir al hombre y no para equivocarlo. El movimiento de la manumisión social no puede hacer más concesiones que sólo a la derrota conducen. La libertad no se prostituye con la autoridad, como el bien se repele con el mal. Los asesinos en nombre de no importa

qué credo están de más en las filas de la emancipación bienhechora. Constructores de responsabilidades, sí; verdugos que humillan y ejecutan, no. Hay fuerzas que no pueden separarse y otras que no se juntarán jamás. El amor tiende a la paz porque no se ama en la guerra empleando armas homicidas. El trabajo va unido a la responsabilidad de gestión, como la libertad es inseparable de la armonía humana.

No hay poderes ajenos a la personalidad del hombre. La patria del poder político es efímera; la causa de la libertad universal es eterna. No más confusionismos. La hipocresía y la doblez han segado muchas plantas olorosas que hoy nos son necesarias para embellecer la vida. Seamos amantes de la libertad ajena como de la propia. Cuando veamos al mercader del templo antiguo o moderno jugando con los hombres para imponer sus intenciones, cabe ponerse en guardia y decir a todos los que pasan por el camino: «Ese es un impostor». Quien se sirve en lugar de servir es un dictador-zuelo en esencia y potencia. La revolución comienza en el hombre, se extiende en la calle, llega a todas partes llevando el mensaje de la vida nueva. No más fronteras, no más continentes, no más reinos mediocres donde el incapaz y el serafín hacen el oficio de hipócrita.

Tenemos la certidumbre de que un mundo nuevo nace. Esta idea la comparten hasta nuestros mayores enemigos. Pero son muchos los que piensan que lo nuevo debe venir venturosamente, sin desgarramientos ni violencias. Yo no sé cómo vendrá lo que ha de venir. Lo que pretendo es que llegue pronto y bien. Esa es mi mejor ambición. La más pura que puede tener un hombre de ideas. La sangre derramada por los mártires no anega. El pensamiento de los grandes hombres no desborda. La naturaleza tiene sus leyes y ellas orientan todo lo que nos rodea.

Hay que apoyar la nueva estructura del mundo socialista libertario dando a los hombres un trabajo positivo justo; un porvenir libre y venturoso. Todo lo que abre las puertas al futuro es sano y progresivo. No encontramos un colofón más apropiado para este estudio que el que tenemos ante nosotros como una pieza maestra escrita por uno de los más grandes creadores de la justicia y amigo entrañable de la libertad, Stefan Zweig:

«La voluntad de la naturaleza es la continuidad de la vida. No admite ella interrupción en su marcha ascendente, que una y otra vez pasa por encima de muertos. En tanto destroza, insensible a unos, exige de los demás una paciente dedicación a su labor diaria. Ella, que es indiferente para el sufrimiento de sus criaturas, ella sola tiene la culpa cuando a veces parecemos indiferentes.» Y nosotros no hacemos más que seguir su curso cuando en vez de mirar hacia el pasado de la esclavitud, que es tiranía, encaminamos nuestros pasos hacia la libertad del porvenir que es la base de un mundo nuevo que sólo pueden edificar los que han pasado por la escuela generosa, fuerte y dura de la vida. La rebelión contra la esclavitud conduce hacia la revolución para conquistar la libertad.

Por un combate anarquista

por José MUÑOZ CONGOST

Algunos comentarios al artículo de Vladimir Muñoz «El anarquismo y la historia» (Tierra y Libertad, de México, mayo 1968):

HETE aquí que de la lectura de las reflexiones referidas, casi llego a sacar la conclusión de que resulta hueru todo esfuerzo e innecesaria toda campaña revolucionaria.

Por una especie de fatalismo histórico, de determinismo de la revolución, que es geopolítica, todo entrará pronto o tarde en la normalidad de las relaciones humanas que significa el **anarquismo**.

Aunque nuestro compañero señala oportunamente que no se trata de una «poética utopía», la normal exposición del fenómeno evolutivo que nos describe parece afirmar como indiscutible e inapelable el advenimiento de la sociedad anarquista, cual si nada pudiera oponerse al hecho.

Con Bovio nos dice: «Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía se encamina la historia»...

Pero la historia la hacen los hombres. La historia es la síntesis de un combate permanente entre el hombre y el medio, los medios, por mejor decir, (medio social y medio geográfico) en la constante conquista de la comodidad.

Y el hombre, deformado por el peso secular de creencias, miedos, sujeciones, egoísmos, servidumbre aceptada, en suma, no juega en ese concierto de fuerzas que constituye la construcción de la historia, un papel colectivo y directo. Delega en ciertas minorías la misión de hacer historia.

Se le acostumbró por la fuerza de las cosas y la presión inconmensurable de parcialísimas ambiciones, a la abdicación permanente de su libre destino en favor de unos pocos.

La historia, así, desde sus mismos albores, entró en proceso continuo de deformación de la evolución real, y la hizo defectuosa, diforme, marchando a trompicones y por tortuosos senderos, con frenos impuestos y provocados retrocesos.

Tan sólo ciertos sobresaltos, verdaderas revoluciones, consiguieron periódicamente enderezar un tanto su marcha claudicante, abriendo nuevos senderos e incorporando la sociedad humana a la normal y lógica evolución de los conocimientos y de las culturas, más independientes que las normas de convivencia. Sufriendo cada vez el efecto de rémora de las fuerzas tradicionales empeñadas en el estancamiento.

Aún hoy, en que la formidable crisis planteada por la falta de paralelismo entre la evolución científica y técnica, cultural, y la de los contactos entre los seres humanos, llegó a un estado verdaderamente conflictivo, cada paso adelante que se da para incorporar al hombre social, al científico, al natural, es el resultado parcial tan sólo de un enorme esfuerzo revolucionario, disminuido de la reacción consiguiente de las fuerzas tradicionales del conservadurismo.

He aquí por qué, y aun habiendo gozado de la lectura de las líneas que motivan éstas, y sin querer decir que en ellas no fuera implícita la idea imperativa del esfuerzo necesario para la revolución, nos hemos autoinvitado a estas comentarios que creemos necesarios.

Leemos que... «la lucha libertaria del inmediato porvenir, no será, pues, gremial, como originalmente lo fue en los heroicos tiempos de la I Internacional, sino cultural: será simplemente «anarquista», sin adjetivos...»

No podemos coincidir con la apreciación, así como así.

No, porque el argumento de la máquina, la llegada a la cumbre de la cibernética, que sirve de argumento a muchos flamantísimos «neos» de un deformado anarquismo, para negar las razones mismas de unas tácticas de lucha que estimamos necesarias, no vale como argumento de alcance universal.

Aceptarlo como tal, sería limitar el examen del problema social humano a las esferas más aventajadas de la especie, a ciertas castas o clases, a ciertos países, a lugares geográficos, en lo que por lo que fuere se da el óptimum de condiciones económicas.

Decía un autor francés, uno entre tantos y tantos anticonformistas, que se sentía orgulloso de una civilización que le permitía en pocas horas viajar de París a Nueva York. Y afirmaba con ese orgullo que dan las convicciones bien arraigadas, que esa civilización es la del hombre, es nuestra.

Podía hablar en nombre de unas minorías, olvidando que hay millones de hombres para quienes esta convicción es aún un sueño, que no se sienten concernidos por ella, que se consideran al margen de la misma.

¿Qué pensará el negrito africano, o la mujer vietnamita en la tragedia provocada de sus exis-

tencias, de ese orgullo de un civilización que los condena a terrestre infierno?

No sólo millones y millones no se pueden sentir solidarios de esa civilización, sino que la niegan, como civilización esclava de unas minorías de privilegio. El problema económico, gremial, sindical, de hambre y de lucha por la conquista del pan, sigue poniéndose en muchos horizontes con la misma crudeza que hace casi 100 años... y seguirá poniéndose por la lentitud de las concesiones y pobreza de las conquistas sociales.

No sé, pues, a qué porvenir podríamos referirnos al afirmar esa ausencia de adjetivos en la lucha anarquista, que tan sólo los enemigos del combate permanente preconizan.

Nosotros, aquéllos que nos sentimos ligados aún, por convicción, a las concepciones bakuninistas, no podemos ver el problema bajo el mismo prisma. Sin crítica acre para quienes no piensen como nosotros.

Los anarquistas somos así, en la aceptación de vastísima gama de apreciaciones. Pero sin ocultar nuestra posición del hombre por la reconquista de su dignidad provoca a nuestro alrededor, y que nos hace lamentar, a veces, esa falta de esfuerzo masivo que la aportación sindical revolucionaria da a todas las acciones sociales.

Se nos retorcará quizá, que esa masa, esa multitud obrera cuya acción deseáramos, reunida por objetivos no siempre de principios y sí reivindicaciones temporales, no es específicamente anarquista.

Lo es, de manera indefinida, ya que la aspiración libertaria es consustancial con el hombre, y a través de la influencia de la militancia anarquista en su seno, rompiendo las cadenas de la inercia y del acomodamiento, puede orientarse hacia los objetivos del anarquismo.

La lucha será, como dice el compañero Muñoz, intelectual y ética, durante el período de la revolución constructiva y superados los momentos del combate contra los enemigos de la misma.

Pero ese proceso habrá que desencadenarlo. Ni la historia de por sí, ni ningún determinismo, vencerán la obstinada voluntad de los enemigos del progreso social, aprovechadores abusivos del progreso técnico.

Para mantener un estado de cosas, en el que reina como conjunto autoritario, el desequilibrio social, el malgasto y la mala distribución, lo fundamental para las grandes mayorías, hace falta un aparato complicado y gigantesco, coalición formidable de fuerzas, contra el hombre: el Estado.

Y para salvar ese obstáculo, que es hoy económico, social, científico, el hombre necesita también de un esfuerzo colosal, cuyos albores, afortunadamente apuntan en las nuevas generaciones.

La lucha así empeñada es y será por mucho tiempo, querámoslo o no, política, de clases, y por la supresión de las mismas.

Aceptaremos en principio toda idea de perspectiva histórica para el anarquismo por considerar de acuerdo con el trabajo que comentamos, que la anarquía es el futuro humano y la libertad, en-

traña misma del hombre y base natural de las relaciones entre todos.

Pero insistiendo en la imprescindible necesidad de la presencia anarquista en el combate, de la acción militante ácrata en todas las esferas de la realización involuntaria, en todos los hombres enamorados de la libertad y de la idea anarquista como factores determinantes de la auténtica construcción histórica. Evidente es a todas luces que los progresos sociales realizados en lo que va de siglo, han sido en mucho superiores a los que dejaba entrever el paso lento de la evolución histórica. Mas con todo y con ello, no guarda esta aceleración, ninguna proporción con la otra, la de la evolución del espíritu humano, de la ciencia y de la técnica.

Ambicionan hoy los hombres, y con justa razón, los viajes interplanetarios e incluso la instalación en la Luna. Las posibilidades científicas lo permiten casi.

Pero en contraste que sería risible si no fuese trágico, los hombres son incapaces de resolver racionalmente los miserables problemas de su misma supervivencia, de la subsistencia en indignidad material y moral de millones de entre los hombres, de una distribución anormal de las posibilidades, y de la organización de una explotación racional de las riquezas.

Mirando al cielo el mundo técnico ha perdido pie en la Tierra. Y toda su ambición puesta en las alturas vendió — moderno Fausto — por una eterna juventud de posibilidades, su conciencia humana a los señores del averno político social de todos los Estados, de todas las cumbres financieras. Y si es así, si no podemos negar esa tangible realidad, ni sus causas, de sobrado conocidas, no, vemos mal en ese reconocimiento tácito del sentido irreversible de la revolución, cuando nos consta el peso inconcebible de las tradiciones, de los intereses creados, freno de egoísmos imponentes.

Enemiga enmascarada de toda superación social efectiva, la sociedad de consumo, el neocapitalismo de los países privilegiados, concediendo comodidades y creando necesidades permanentes, parece ceder... Cesión modesta y parcial en cuanto al alcance; más modesta y más parcial, en cuanto al número de aquéllos a quienes alcanza. Esa cesión es triunfo de las clases tradicionales del conservadurismo, porque si elevó ciertas capas proletarias a un nivel «medio burgués», diólas los egoísmos, las inquietudes financieras de quien teme perder algo...

Y ha roto la solidaridad de los hombres del trabajo, creando incentivos extraños a la lucha del hombre por su dignidad, creando enormes pantallas que esconden la verdad de su ignominia en crescendo, y disfrazando la vergüenza del embrutecimiento del hombre, y de su desaparición y reemplazo progresivo por el factor de producción «zanjanguo moral».

Ese peligro de embrutecimiento que han visto bien claramente las nuevas generaciones, al rebelarse contra el proceso de adaptación que se les quiere imponer, tiene para nosotros capital importancia.

INCIDENTE DE LA CIRCULACION

EN día en que, al volante de mi coche, tardaba un poco más de la cuenta en arrancar, mientras que mis pacientes conciudadanos desencadenaban de inmediato sus bocinas a mi espalda, me acordé de pronto de otra aventura similar, acaecida en idénticas circunstancias. Una motocicleta conducida por un hambrecito seco, con gafas y pantalón de golf, me había adelantado y se había instalado delante de mí, en el disco rojo. Al pararse, el hambrecito había calado el motor, y se esforzaba en vano en ponerlo en marcha. Al pasar el disco al verde, le pedí con mi acostumbrada gentileza, que pusiera un poco de lado su motocicleta para permitirme circular. El hambrecito seguía poniéndose nervioso con su motor asfixiado. Me respondió pues... que me fuera a paseo. Yo insistí, siempre con educación, pero con un cierto matiz de impaciencia en la voz. Entre tanto, las bocinas empezaban a aullar detrás de mí. Con un tono ya más firme rogué a mi interlocutor que fuera más educado y que comprendiera que estaba obstaculizando el tráfico. El irascible personaje, sin duda exasperado por la evidente mala voluntad de su motor, me informó que si lo que yo andaba buscando era «una buena paliza» él me la daría de buena gana. Tanto cinismo me inundó de furor y bajé del coche con la sana intención de frotarle las orejas al intratable sujeto. No creo ser un cobarde (¿pero qué es lo que uno no piensa?), le sacaba la cabeza a mi adversario, mis músculos me han servido siempre bien. Pienso que la «buena paliza» habría sido más bien recibida que dada. Pero apenas había echado pie a tierra cuando, de la muchedumbre que empezaba a amontonarse, surgió un hombre que se precipitó sobre mí asegurándome que yo era el más bajo de entre los bajos y que no me permitiría que pegara a un hombre que tenía una motocicleta entre las piernas y que, por ello, se encontraba en desventaja. Hice frente a este mosquetero y, a decir verdad, ni pude verle. En efecto, apenas había girado la cabeza cuando, casi al instante, oí petardear a la motocicleta y recibí un violento golpe en la oreja. Antes de poder comprender lo que acontecía, la motocicleta se alejaba. Algo atontado por el golpe, me volví hacia Dartagnan cuando, al mismo tiempo, un exasperado concierto de bocinas se elevó de la fila, ya considerable, de vehículos. El disco pasaba de nuevo al verde. Entonces, aún un poco aturdido, en lugar de sacudir al imbécil que me había interpelado, volví dócilmente a mi coche y arranque, mientras que a mi pasó el imbécil me saludaba con un «pobre tipo» que aún conservo en la memoria.

Albert CAMUS

POR UN COMBATE ANARQUISTA

Y la causa del caos será siempre el dolor universal... y el remedio será la anarquía... Pero la anarquía no será mañana por sí sola, sino por la presencia permanente de los anarquistas en la acción. Sin vaticinios pero con la voluntad decidida de combatir.

Esa constatación de la necesidad de un esfuerzo revolucionario, como condición indispensable para la realización de la anarquía, es la que creemos no ha mostrado el trabajo al que nos referimos. Esa laguna es la que nos propusimos señalar en estos comentarios.

Porque nada se ha de hacer, nada se hace sin el hombre. No hay determinismos absolutos, ni leyes de fatalidad, como tampoco la voluntad lo puede todo. Pero puede mucho. Y ese poder de la militancia animada por la idea anarquista, ese poder del anarquismo organizado (y de la organización y el anarquismo nos ocuparemos en otra ocasión) puede mucho, y ese convencimiento es el que nos anima en la permanencia militante... por un combate anarquista.

Iberia: problema en pie

por
GUERRERO LUCAS

FRUTO de la indignación que ciertos hechos nos producen, de la obligada repulsa a las situaciones de escándalo que nos vienen siendo impuestas, he estigmatizado aquí en varios comentarios, alta y repetidamente, el visible deshonor del mundo llamado libre y la insondable indecencia del llamado comunista, en cuanto a su actitud — común — de abierta complicidad con el franquismo se refiere. Se ha brindado así expresión al legítimo sentir de una España siempre insumisa erigida en eco airado de las incalificables traiciones de que la causa de su pueblo sigue víctima por parte de un universo pretendido antifascista.

TAL es la necesidad que una vez más nos reclama. Toda una serie de gestos diplomáticos habidos en período muy reciente justifican que volvamos a enjuiciar severamente el consterante impudor que parece presidir las relaciones entre Estados. Sin duda tal evidencia está lejos de sorprendernos: La insolvencia democrática ha dejado de ser noticia.

Por otra parte, curtidos en la larga resistencia a la barbarie falangista; perfilados por la dura lección que implican las pruebas que nos van siendo asestadas, nos descubrimos dotados de excepcional lucidez a la hora de analizar las gestiones oportunistas de los grandes del momento.

Ello no obsta a que sigamos con pasión interesada sus espavientos políticos, tratando de retener, con verdadero espíritu contable, los que entrañan una afrenta particular hacia España o traducen menosprecio desmedido a los valores más esenciales del hombre.

En esta línea se inscribe la visita a la Península del canciller Kiesinger. De dar crédito al pomposo comunicado oficial difundido desde Bonn, los contactos con los mandos de Portugal y de España obedecen al propósito de crear una segunda estructura comunitaria de carácter defensivo «capaz de asentar la paz en la Europa del Occidente...»

Términos, cierto, ambiciosos, loables finalidades que, a pesar de las prudencias que estas proclamas suscitan y de lo harto sospechosas que intenciones tan piadosas — con tan discutible origen — aparecen finalmente, sabríamos suscribir, de no mediar el proceso de tácita aceptación de la ilegalidad franquista.

Moralmente, bastaría recordar la situación penosa de estos dos pueblos, la naturaleza hipócrita, retrógrada, autoritaria; la trayectoria opresiva de sus dos tristes regimenes para aplaudir las reservas que este viaje levanta en muchos hombres generosos: El paso del canciller por Lisboa coincidía con la muerte misteriosa de Daniel Sousa Teixeira, un joven opositor víctima de los «cuidados» de la P.I.D.E...

... La entrevista de Madrid había de desarrollarse con una tela de fondo de universidad rebelde, de malestar clerical y de incontables conflictos de trabajo de carácter claramente subversivo (huelgas, reivindicaciones NO YA AL MARGEN, sino EN CONTRA del sindicato oficial), en un país dividido, con regiones sometidas a las leyes de excepción, sociedad convaleciente de juventud expatriada y millones de exilados políticos y económicos, ante un pueblo despojado de todos y cada uno de esos Derechos del Hombre cínicamente cantados por el clan

facineroso que cabalga la Península.

La descocada gestión Kiesinger es completada por su ardiente intervención en favor del potencial americano en España. Ahora bien, es notorio que no existe causa más impropia ni más unánimemente reprobada por la opinión del país. España entera es colonia estratégica del Pentágono. En Torrejón se ha instalado el Mando de la 16 Fuerza Aérea estadounidense. Una extensa red de bases cubre nuestra geografía, donde se almacenan bombas atómicas y de hidrógeno...

... La base naval de Cádiz, albergue de submarinos equipados con cohetes atómicos «Poseidón», los puertos de Cartagena, Barcelona y otros varios, agrandados a este efecto, son en realidad los focos del expansionismo bélico de los Estados Unidos en aguas mediterráneas y cara al Oriente Medio. Sin olvidar — ¡qué tragedia! — que en virtud de los anexos adicionales al pacto existente entre ambos gobiernos, las fuerzas americanas han obtenido el poder intervenir militarmente contra nuestro propio pueblo, en el suelo nacional y por simple decisión de los amos del Pentágono, si la situación interna o las luchas sociales corren el riesgo de amenazar sus intereses en España.

Este esbozo prefigura el incalculable peligro para la normali-

dad, la paz, la seguridad y la sobriedad españolas que esta situación entraña. ¡Tal es el «dossier» infecto defendido ante el «caudillo» por un líder democrático bañado en moral cristiana y emisorio de un gobierno en buena parte socialista!

Mientras que, con su visita, el canciller alemán da un aval a la tiranía, la juventud madrileña destruye, públicamente, el retrato del dictador. La simbólica elocuencia de estos gestos paralelos merece ser distinguida. Sabido es que los poderes tienen opciones políticas, y que, en ellas la moral es un apéndice inservible. Justamente definida excremento del pensamiento, la política adultera, en un grado casi insufrible, las relaciones humanas.

Sin caer en la ingenuidad de clamar por una moral internacional renovada, el problema subsistente es de saber si el mundo libre se descubre reducido a proyectar sus creaciones generadoras de paz por la adopción aberrante de los residuos fascistas que son y serán factores de acusación y desorden, y permanente descrédito del ideal democrático.

Nos asiste, en cualquier caso, el derecho de denunciar estos burdos atentados al impulso emancipador mantenido por nuestro pueblo, eslabón en la cadena de abandonos a la causa de la libertad de España. Pequeña adición al fardo aplastante de indignidades que arrastran las democracias y del que bien pudiera ser que no lograran reponearse.

Hoy se puede proclamar que todo un mundo de intereses y de astutas desercciones se ha venido concertando para asegurar al régimen el provecho más completo de su agresión genocida. La inhibición democrática, que aseguró su victoria, se aplica aún en prolongar esta aventura pistolera. Verdad elemental es el interés del Occidente en mantenernos sojuzgados. Evidencia cegadora es la aprensión del mundo

libre — del otro ¿para qué hablar? — ante una España deslizada, libre y dueña de sí misma, y un pueblo recuperado a su vocación humanista y a sus conquistas sociales de médula libertaria.

Está claro que el slogan más comúnmente aceptado allende nuestras fronteras es que el propio curso del tiempo acabará con el problema. Que el régimen y el destierro harán cada uno su obra, consumarán el olvido, eliminando el espectro de viejos replanteamientos: El país en ebullición que es la actualidad de España constituye el más sonoro mentís a esas esperanzas.

Ni la opresión ni la dádiva han conseguido silenciar la rebelión interior ni lo que es más importante, divorciarla del exilio: Es una misión altísima la que estamos compartiendo sólo con permanecer irreductibles, afrontando la calaña legionaria que el pueblo español no ha absuelto, y la arbitrariedad castrense que nada ha legitimado.

La larga lección tiránica no hace sino confirmarnos en nuestras fidelidades. Digámoslo una vez más: el clamor de abdicaciones que redobla en las esquinas no logrará contagiarnos. Conocemos de memoria los variados intereses que, tomando sus deseos por realidades, decretan la defunción, en España, de la idea de libertad valorada del hombre y de su personalidad.

Contra todas las presiones persistimos en ser los intérpretes más fieles del alma de nuestro pueblo, de su orgullo y su profundidad sensual, su nobleza exacerbada, su generosidad loca, que seguimos decididos a redimir del desdoro franquista, como parece estarlo cada día más la generación de pos-guerra de la que, personalmente, me complace formar parte.

Por permitir el exilio especulaciones bastardas, no es inútil precisar que, en cuanto a nosotros respecta, siempre hemos sido

conscientes de sembrar por esos mundos sincera emoción de España. Procede que reiteremos que tendemos a la tierra que voz más autorizada definió como la sola que nos vaya a la medida, y cuyas realidades vivas sentimos en nuestra carne.

No hay tiranía que no sueñe con detener la existencia. No hay traición que no acaricie la pretensión desmedida de burlar al universo. A la una y a las otras nos es dado adelantar lo que los hombres que vienen tendrán por definitivo: la razón de nuestra lucha, verdad inmensa erigida ante los bárbaros del crimen. Las responsabilidades que se vienen contrayendo son harto considerables e hipotecan, desde ya, la construcción continental susceptible de ejercer un equilibrio racional entre los bloques en pugna por la hegemonía mundial.

Si el pragmatismo en vigor elimina prácticamente los argumentos morales, la aberración de un nazismo triunfante en el sur de Europa, sus consecuencias funestas para el contexto económico y político en formación son, en sí, un error masivo que los realistas a ultranza son capaces de entender.

Franco es sólo un episodio, un paréntesis tenebroso. El alto quehacer hispano ha de reintegrarse a los cauces de expresión manumisora que han sido constante histórica de su genio popular, de su grandeza de espíritu generoso y justiciero, de su activa humanidad entendida y aplicada a la dimensión de la vida.

Si nos sabemos hermanos de cuantos sufren el curso accidentado de este mundo, no absolveremos jamás las indiferencias culpables, las violencias elegantes, los sofismas destinados a encubrir las felonías doctrinarias y estatales.

...No absolveremos jamás a cuantos, so cualquier pretexto, no vacilan en ser causa de la aflicción de los hombres.

Revisión de ciertas palabras

por Eugenio RELGIS

«**N**O TENGO TIEMPO». — Apenas algunos entre mil, de los que repiten estas palabras, se dan cuenta de que no tienen un sentido lógico. Esta expresión constituye, generalmente, una manera de esquivarse fácilmente, de salvarse por tangencia de muchas dificultades. Casi todos usan y abusan de esta expresión por cobardía, por astucia, por pereza o, simplemente, por costumbre y dejadez.

El tiempo es el mismo para todos. Cada uno dispone, en un día, de la misma cantidad de tiempo cósmico y biológico. Para vivir, es decir, para trabajar, instruirse y divertirse, el individuo normal tiene todo el tiempo necesario. Es sólo por nuestras inclinaciones abusivas, por esa excesiva ansia de placeres o por el exceso de las «necesidades» artificiales, impuestas por la estructura social, que puede explicarse el desmesurado empleo de esta expresión. Hay tiempo para todo. Nunca falta el tiempo. El mismo tiempo puede ser mucho más largo o más breve, experimentado más intensamente o más lánguidamente, según el modo con que sabemos aprovecharlo.

«No tengo tiempo»... Con estas palabras nos empobrecemos nosotros mismos; y hasta aniquilamos el verdadero tiempo de que disponemos. Porque tenemos tiempo solamente para lo que queremos, podemos y debemos realizar. Podríamos decir que la existencia de las cosas y del mundo depende del tiempo de que disponemos para ellos. Dios mismo no tiene más existencia que una piedrezuela, si no tenemos tiempo de pensar en él.

Así, pues, la expresión justa: «tengo tiempo», recobra su sentido amplio, superior y activo. Ella resume nuestra conciencia íntegra, anhelosa en su misión creadora. Digámonos: «Si pudiéramos aprovecharnos mejor, mucho mejor, y mucho más intensamente, mucho más tiempo del tiempo que nos otorga el destino; si pudiéramos abarcar las realidades ilimitadas, incorporar, en nosotros también, las energías vitales de la eternidad. De esa eternidad restringida por el pobre hombre al tiempo social — estatizado, mecanizado y mercantilizado — siempre apresurado, y sin compasión alguna para ese descubridor de estrellas y galaxias, pero también desdichado inventor del calendario y del reloj de cada día y de cada instancia...

«**DIOS**». — La única expresión que nunca será suficientemente revisada. Ella sintetiza todas las

posibilidades, todos los tormentos e ideales, todas las decadencias y elevaciones del espíritu humano. La historia de la humanidad sería puesta en evidencia en toda su tragedia, a veces sublime, otras veces abyecta, si pudiese reunirse en una obra (que fuese más bien vital que metafísica, y que llamase incesantemente a la conciencia y al alma del lector) la evolución de esta «palabra» en el correr de los siglos.

«**Esta palabra es como el primer cristal que, arrojado en un crisol en el que hierven varios elementos, hace precipitarse nuevos cristales en una sorprendente armonía. Es como ese Infinito que reúne en sí mismo todas las infinitudes. Puede ser la estrella polar del caminante solitario, y el ojo, el nudo de todos los contrarios, el oasis de todos los perfeccionamientos.**»

Cuando esta palabra tenga un solo significado, fijado para siempre, la humanidad será detenida en su progresión: ella será entonces como el demiurgo sobre una cima, en medio de los ventisqueros o entre bellezas muertas y descompasiones lentas; se quedará allá, contemplando las vanidades del mundo, la Nada...

Pero Dios no es una palabra (el Logos es otra cosa). El es una realidad: es la vida misma, con su otro aspecto: la muerte. Igual que la vida, él debe evolucionar, buscándose sin cesar en formas nuevas y mediante nuevos sufrimientos. En cuanto al hombre, no debe olvidar esta primera verdad: bajo todas las apariencias de este Dios, existe la unidad primordial y permanente del universo.

«**Honor**». — La definición del honor es tan relativa y aun tan equívoca que insistiendo acerca de esta noción nos parece que quisiéramos fijar la espuma de las olas agitadas. Renunciamos a formular, solemne y concisamente, lo que menos que cualesquiera sentimientos — no se puede volcar en torpes frases convencionales.

Porque el honor pese a su apariencia según el lugar, el tiempo, la clase, la nación, la raza — es como esa fuerza de cohesión que reúne los elementos de un cuerpo en su unidad orgánica y funcional. El honor es el cimiento espiritual del carácter humano. No tiene otra ley que la que resulta de los murmullos espontáneos que nos llegan de las profundidades del alma, de los escondites del corazón templado por los padecimientos de tantas generaciones, del subconsciente en donde yacen las reminiscencias de las existencias anteriores.

El honor, el verdadero honor se evidencia a través de esa noble actitud del hombre que siente cuán serio es el simple hecho de su propia existencia sobre esta tierra siempre fructífera y siempre indulgente para con nuestros sangrientos extravíos. El se expresa mediante aquellas manifestaciones superiores en las cuales están concentradas todas las posibilidades de una humanidad más buena y más justa. El es también una manera de reaccionar ante los contrarios que amenazan nuestros valores interiores, nuestra armonía espiritual.

El honor humano encuentra su expresión suprema en el anhelo de elevación, de liberación y unificación con esa realidad cósmica que se nos aparece, por ejemplo, durante una montaña: un cielo plétórico de focos que centellean en la pureza etérea de los mundos ilimitados.

Sí, el honor de ver estas maravillas, de poder abarcar la belleza y presentir las intenciones de tantas fuerzas creadoras. Es entonces cuando verdaderamente volvemos a sentir intensamente el sentimiento del honor, en su significado integral. El está matizado también por ese impulso de adoración, de naturaleza religiosa para la mayoría, de índole ética o estética para los otros. En el fondo el honor es un sentimiento universal. Significa equilibrio intelectual, purificación moral, incesante esfuerzo de mantenerse y perfeccionarse.

Ya prevemos la irónica sonrisa de algunos lectores. Que no se nos objete que el honor es un sentimiento meramente social; que él no hace sino arreglar las correlaciones entre hombre y hombre, entre individuo y sociedad o entre varias colectividades político-económicas o nacionales. Precisamente porque sabemos cuánto se ha socializado, es decir, limitado y pervertido, este sentimiento del honor, hemos insistido acerca de su esencia universalista, dándole una justificación idealista, espiritual.

Las manifestaciones sociales del honor han llegado a ser tan dudosas, tan formalistas y espectaculares — meras transacciones o compromisos cómodos que estamos a veces atemorizados por el vacío que se extiende en las almas y las conciencias «modernas». El hombre primitivo tenía una intuición más real, más profunda del honor, pues él era antes que todo sincero, y las manifestaciones de su conciencia naciente estaban relacionadas con la naturaleza circundante, con el universo que, sin duda alguna, es hoy lo mismo que en aquellos tiempos remotos.

Nosotros hemos elaborado un «código» del honor, muy flexible y acomodaticio; una sucesión de expresiones y fórmulas sin contenido, una serie de máscaras que se sobreponen o se reemplazan según las circunstancias. Este honor moderno sirve de guía a los maniqués viciosos, a los cobardes y cretinos privilegiados — o a las bestias humanas azuzadas por las quimeras del Poder político económico, militar y eclesiástico, y que como los lobos en su jaula dan vueltas, arrogantes o rabiosos, en las instituciones de la cultura y de la civilización le-

vantadas por los esclavos que piensan y trabajan para ellos.

Pero no queremos «discutir» acerca del honor; eso se vive. El honor es directo e inmediato, como todo elemento de vitalidad. Sólo agregamos aquí una característica más bien psicológica. La raíz de este sentimiento no es el orgullo rígido y encogido, sino la humanidad; la indulgente, la compasiva, la divina humildad que todo lo comprende y siente también en sí misma toda la realidad trágica de la humanidad pero, asimismo, la armonía postrera de su vivir sobre esta tierra.

**

Algunas expresiones más, que reclaman revisión: «¡Siempre adelante!», un grito que profieren, hoy, los retrógrados, esto es: aquellos que marchan como el cangrejo.

«El asombro es el comienzo de la sabiduría», pero para el verdadero filósofo nada es ya extraño y asombroso.

«La sabiduría del pueblo», es, a menudo, la expresión del buen sentido (o del sentido común); pero, en la mayoría de los casos, es la imponente expresión de la necesidad colectiva. Son muy pocos los que replican (a la manera de Anatole France): «Una tontería repetida por un millón de hombres es siempre una tontería»...

«Obstinado como un asno», es más bien una cualidad que un defecto. Una cualidad necesaria en un mundo de cobardes y de parásitos. Por su obstinación burrera, el hombre ha soportado todas las calamidades, ha levantado pirámides y rascacielos, ha perforado túneles y ha vencido en el aire. La inteligencia sin obstinación, es como una llama sin aceite.

«¡Animal! ¡Bruto! ¡Bestial!», ponte en cuatro patas, en vez de ser igual al «amigo» o al «amo» que te apostrofa de este modo.

«Hombre ilustre», siempre cuando se habla de un hombre ilustre, me parece ver a un lustrabotas que se afana en dar brillo a los pesados zuecos de la vanidad.

«Hasta luego» (Hasta pronto, Adios, etc.), y, desde su ventana, la amada le envía un beso con las puntas de los dedos. Un beso que se parece, demasiado a menudo, a un ademán de despedida...

«Eternos pésames», en las cintas de las coronas fúnebres. La más estúpida de todas las hipocresías sociales y aún familiares. Es una falta de sentido y hasta de juicio. Meras palabras y error psicológico. Profanación de la muerte, que permanece, sin embargo, grave y callada en su secreto creador. Su eternidad está integrada por la vida y la nada, por el ser y el no ser. Esto lo saben los hombres sinceros consigo mismos y con el universo. Los hombres de «los eternos pésames», si (por un raro absurdo) son sinceros en sus pesares, desnaturalizan su propia existencia, malgastándola de la misma manera que el pelicano que devora sus propias entrañas...



ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,
«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por **FLOREAL OCAÑA**

¿POR qué y para qué la monarquía realizaba tan amplia movilización de tropas? Para defender las minas de hierro del monte Wisan, en particular, que eran explotadas por la «Compañía Española del Rif» formada en 1908 por el conde de Romanones, Honorio Riesgo, Mac Pearson y Clemente Hernández en contubernio con el monarca Alfonso XIII por la «gracia de dios», como lo es hoy el llamado generalísimo Franco que no evitará que caiga su régimen como cayó el primero.

La guerra con los moros se intensificó el 9 de julio de 1909. A partir de esta fecha sucumbieron gran número de soldados españoles. Y desde el 14 del mismo mes y año anarquistas, republicanos y socialistas intensificaron los mítines, las conferencias y las manifestaciones públicas, en toda España, contra la guerra.

Se habían llamado a filas hasta a los reservistas sin exceptuar siquiera a los casados con hijos. Estos, con sus madres, los seguían hasta el puerto de embarque llorando porque quedaban abandonados, en la miseria.

Los embarques de soldados hacia el «matadero» marroquí se realizaban aprisa en diversos puertos con el pretexto de castigar pronto y fuertemente a los moros rebeldes que defendían la independencia del suelo donde nacieron. Pero la guerra era impopular, odiosa y odiada por los trabajadores de todas las regiones hispanas, porque bien conocían la verdad: que sólo beneficiaba, monetariamente, a los proveedores de armas y municiones, a unos cuantos potentados y a los petulantes e ineptos oficiales militares del ejército monárquico para obtener ascensos a costa de no importa cuantas vidas de hijos del Pueblo español y de marroquíes que luchaban contra los invasores.

Las noticias que, extraoficialmente, llegaban a España, hablaban de grandes desastres sufridos por las tropas españolas, informaciones que eran confirmadas por los continuos embarques de soldados. Y la huelga general estalló en Barcelona. Durante una semana, del 25 al 31 de julio de 1909, el pueblo barcelonés fue dueño absoluto de la situación en la capital catalana. «Semana Trágica», la llamaron.

La impopularidad del conflicto bélico monárquico-marroquí obligó a los políticos hispanos de iz-

quierda, de todos los colores, a agitar contra el mismo; pero, en verdad, como siempre, persiguiendo fines políticos y no prácticos: pensando más en ganar votos en el futuro.

Cacarear o lorear en los municipios, en el parlamento y en el senado, concejales, diputados y senadores, y en la calle y otros lugares públicos con los sujetos que aspiran a ocupar estos puestos en el engranaje estatal, es una cosa y otra tomarse en serio, hasta las últimas consecuencias, de corazón, sin pensar en politiquear, los problemas de los trabajadores y de estricta humanidad.

Los generales de la monarquía estaban a la expectativa; temían, con razón, que la protesta y la rebelión se extendieran a toda España. Pero con excepción — que confirmaba la regla general — de uno que otro político, que dejando de pensar como tal: en la ambición de poder, se proyectaba como **ser humano**, la Política frenó la acción popular en todo el territorio hispano — como hizo, por miedo y «conveniencia» personal cada uno de los representantes, en julio de 1936, no dando a tiempo armas al Pueblo —, presentando como actitud del nacionalismo catalán el movimiento revolucionario barcelonés que sólo tenía carácter social, pacifista y solidario en favor de toda la España oprimida y, en particular, de su juventud inmolada en inhóspitas tierras africanas.

Comprobando los militares monárquicos que lo que temían no ocurría: que las provincias de las demás regiones hispanas se abstuvieron de seguir el ejemplo de Barcelona, que no tendrían que dividir sus fuerzas, transcurrida la semana revolucionaria, a éstas las volcaron sobre la industriosa, rebelde, consciente y solidaria ciudad catalana. Y empezaron a desencadenar, con furia, una bárbara gran represión contra los ácratas, en particular, que promovieron y empezaron la lucha gritando: «¡Abajo la guerra!... ¡Que vayan a la guerra los que con ésta se enriquecen!... ¡No más jóvenes hacia el matadero marroquí!», etc. Los libertarios cumplieron, una vez más, con sus deberes sociales y humanitarios luchando por la causa de todo el Pueblo español.

Fueron estos sucesos, apenas esbozados, los que sirvieron de pretexto al régimen monárquico, con la Iglesia y los militares — que veintisiete años después se alzaron contra la España del Quijote —,

para acabar con la vida del hombre justo y bueno que se llamó Francisco Ferrer Guardia.

No; no éramos ilusos ni locos ayer, en 1909; ni en 1917; ni lo fuimos en 1923-30, durante la dictadura de Primo de Rivera; tampoco en enero de 1932 proclamando el Comunismo Libertario en algunos pueblos de Cataluña; ni en 1934 y menos, muchísimo menos, en 1936-39: siempre levantamos la voz y el gesto, gritamos contra todas las injusticias y el crimen de la guerra, sí, pero permaneciendo también en la vanguardia de todas las acciones en defensa de la España que trabaja, sufre y piensa por sí misma, de la España humanista, la del Quijote que quiere ser libre y lo será pese al fasciofranquismo.

Creemos, sinceramente, que si Unamuno se apartaba de nosotros, de los Hombres de la C. N. T. y de la F. A. I. en el Café «La Rotonde» era, en gran parte, porque su conciencia le reprochaba, repetimos, habernos tratado injustamente. Demasiado sabía ya — y más se convenció en 1936 — que los libertarios, los consecuentes con el ideal ácrata, luchamos por el Bien para España y para la toda la Humanidad, y ¡no para apartar a unos políticos del poder con el fin de ocupar sus «altos» y más o menos «bajos» puestos como funcionarios del Estado por «nuevo» que se denomine! ¡Es una inmoralidad e inconsecuencia que jamás cometeremos!

Sí; Miguel de Unamuno fue injusto, demasiado injusto con nosotros y más tomando partido, en 1909, contra Francisco Ferrer Guardia.

¿Hemos recordado bastante sobre el pasado de Miguel de Unamuno en lo que atañe a los humanistas libertarios para que, al menos, queden, en parte, satisfechos sus bienintencionados críticos actuales y los detractores? Sepan, pues, que, a pesar de todo, hoy nos alzamos en defensa del ex-rector de la Universidad de Salamanca por considerar — repetimos y repetiremos tantas veces como sea preciso — que su reprochable comportamiento lo liquidó, totalmente, con las diez últimas semanas de su vida observando una ejemplar conducta humana.

Se le reprocha que demasiado tardó en hallar y seguir el **buen camino**. Ciertamente es que a pesar de su amplia cultura, que envidiamos noblemente, y que Unamuno es nombre vasco que significa «colina florida», en la cima de su saber genial no florecía su personalidad definitiva: la del Quijote íntegro, cabal, que dormitaba en lo más hondo de su ser. Apareció, repentinamente, para jamás dejar ya de serlo, a mediados de julio de 1936, al calor de las terribles situaciones que empezó a sufrir España. Con éstas chocaron las más valiosas energías de la psiquis unamuniana, y al impacto con las mismas, sin precedente en la vida de la sociedad española, se produjo en él, en Miguel de Unamuno, el sano equilibrio psíquico, ético y mental, la unificación armoniosa de todos sus valores afectivos superiores. Despertó el Quijote y se colocó, naturalmente, haciendo caso omiso a los riesgos, en la vanguardia social y humanista, con plena conciencia de poder triunfar.

Vivió entonces Unamuno su momento afectivo cumbre que no cambiaba ni por su propia vida

orgánica que habría podido conservar adaptándose al ambiente franquista, permaneciendo tan sólo en silencio en medio de éste. En ese instante, inmarcesible, situó por encima de su propio ser físico, sin pensarlo siquiera, por puro sentimiento de sociabilidad, bien entendida y practicada, el amor a España, que es decir a todos los españoles amantes de la libertad rodeados por el terror, por el dolor y por la permanente amenaza de la muerte fascista que miles de víctimas había ya hecho. He aquí el sublime ejemplo de Miguel de Unamuno: se solidarizó con éstas, con los caídos aunque caer también le costara por saber que aun caído no sería vencido, que el porvenir de España al Quijote pertenecía.

Unamuno había estado pasando, casi hasta el fin de sus días, de la duda y de la incertidumbre a la acción tronando contra cuanto le rodeaba a veces con singulares paradojas, en las que se comprendía, en algunas, sin advertirlo él mismo, y que, en verdad, desequilibraban su sistema nervioso haciéndole caer en un escepticismo anormal, negativo.

Sin embargo, los libertarios que estuvimos años y más años estudiando los destellos rebeldes, esporádicos, pero luminosos, geniales que aparecían en sus artículos, libros, y en su correspondencia, descubrimos el predominante contenido individualista anárquico en su ser, que brillaba con más intensidad que todo lo árquico que sus detractores, franquistas o no, pueden extraer de sus escritos.

Rebelde por naturaleza, Unamuno había estado rechazando ser lo que era como rechazó tantas otras cosas. Y lo hacía constar sin esforzarse, con el valor de la naturalidad, casi inconscientemente, a veces resistiéndose a admitirlo — he aquí una de sus paradojas que le comprendían también —, pero le ponía de relieve, con íntima satisfacción, al hablar del temperamento y del carácter español con preferente tendencia antiestatal. Y en este carácter — que tan señaladamente él lo simbolizó — más que en nada ni en nadie extraño al mismo, confiaba la salvación de España de todas las tiranías.

Sin embargo, durante la dictadura del general Primo de Rivera muchos españoles creían todavía que Unamuno nos consideraba a los libertarios carentes de espíritu constructivo y obstáculos para el progreso y el bienestar del pueblo español; y que hasta nos tenía ojeriza. Desmiente tal opinión lo siguiente que escribió el 19 de noviembre de 1928: «Primo, el grotesco Primo, habla alguna vez — lección aprendida — de los peligros del individualismo anárquico, pero el peligro es el individualismo jerárquico o simplemente el árquico.»

Por otra parte, opinando sobre causantes de males que padecer España y otros pueblos del orbe el 2 de abril de 1929 escribió en Hendaya: «El mal viene de Roma y ese fatídico Mussolini, ahora con el no menos fatídico Pío XI, quien está manteniendo a Europa en terrible agonía.»

¡Cuán falsamente nos presenta, pues, Ramón J. Sender a Unamuno como siervo del Papado a través de la Iglesia actuante en la anti-España! Unamuno nunca se solidarizó con el fascismo.

El 16 de marzo de 1930, encontrándose Miguel de Unamuno en Salamanca escribió lo que sigue: «España va a entrar en un periodo de reconstrucción de libertad y de justicia que puede ser de confusión. Y esto es tal que apenas tenemos tiempo, sosiego ni atención para fijarnos en lo de fuera. Tenemos que evitar el fascismo, ya que el bolchevismo no hay aquí temor. El temperamento más bien anarquista de nuestro pueblo lo rechaza.»

¡Buena y clara respuesta, anticipada, a los sujetos que, como Ramón J. Sender, difunden por el mundo la versión franquista de que Miguel de Unamuno se solidarizó con el Movimiento Nacional de la anti-España al iniciarse! ¡Demasiado sabía ya el ex rector salmantino qué podía esperarse de tal movimiento clérigo - militar - fascio - falangista! Y confiaba, repetimos, en el anarquismo para rechazar al fascismo.

¿Ignora el escritor Ramón J. Sender que Miguel de Unamuno había tomado posición, bien rotunda, sin lugar a dudas, frente al fascismo, hoy llamado franquismo, antes de que éste se alzara el 18 de julio de 1936? No creemos que lo ignore.

¿Y qué podemos pensar de Sender? ¿A quién o a quiénes sirve con su pluma, si no ignora tampoco que en las primeras horas del alzamiento reaccionario fascista estalló también la protesta de Miguel de Unamuno, ante las autoridades militares de Salamanca — que se apoderaron de ésta sin encontrar resistencia armada — al enterarse de que en esa ciudad dos amigos suyos, que no habían tomado las armas, fueron fusilados, inermes, sin previo juicio, como tantos otros miles de mujeres y hombres idealistas, acusados, simplemente, por curas y falangistas, de haber expresado ideas opuestas a las del franquismo antes de lanzarse éste a la calle para imponer las suyas a hierro y fuego?

Desde el primer momento que empezó a actuar el Movimiento Nacional genocida y liberticida, Miguel de Unamuno se opuso al mismo en la medida que le era posible a un solo individuo humano rodeado por tanta barbarie y crimen oficial. No pudo contenerse, y le respetaron la vida a pesar de que él también habló y escribió contra dicho movimiento fascista, antes de que se produjera, por que pretendían atemorizarle y atraérsele a su mala causa o al menos aprovecharse del prestigio universal de su nombre y de su apellido para darle un barniz civilizador al régimen de la anti-España.

¿Evolucionaba o no Miguel de Unamuno, ética e intelectualmente, hacia el anarquismo? Recordamos que en este buen sentido evolucionó Angel Samblancat, que en México escribió: «Fuera del anarquismo sólo se palpa el vacío.»

¿Acabó Miguel de Unamuno sus días siendo anarquista individualista como reconocía lo era, por temperamento, el pueblo español, afirmación que hizo un lustro antes de encarnarlo él con inquebrantable solución de Quijote?

Que la respuesta la dé cada persona, razonando por sí misma, sin influencias ajenas, libre de ideas hechas, fabricadas por otros sujetos; pero el caso es que ser partidario del Estado, de uno u otro sistema de tiranía, militando o no en un partido

político, con color cualquiera, significa aceptar un programa gubernamental o constitución política determinada, con leyes por cadenas, o bien una dictadura. Y Miguel de Unamuno, que rechazaba, con todas sus energías, los regímenes dictatoriales, al preguntarle un periodista por qué no le satisfacía tampoco la República Española proclamada el 14 de abril de 1931 contestó con firmeza: «Primero yo nunca he ingresado en ningún partido político. Porque siempre estuve a matar con los programas.»

Ramón J. Sender, contestándonos indirectamente, sin nombrarnos, ha escrito contra cuanto ya expusimos, en 1964, en defensa de la conducta y de la personalidad de Miguel de Unamuno al celebrar, en Morelos, el primer aniversario de su nacimiento.

(Gracias damos — se las dio el conferenciante, el que firma — al joven profesor mexicano, hijo de exilados españoles, que a la segunda charla presentó la revista «Comunidad Ibérica», que comentamos en seguida, como «testimonio serio de que Unamuno fue un entusiasta partidario de la sublevación fascista». Se lo agradecemos porque pudimos probar lo contrario y la miseria moral de Sender, de la revista y la de cuantos sujetos los siguen, bien pocos por cierto, que tratan de lograr el triunfo de sus mediocres y petulantísimas personas, y no el bien de la España del Quijote, de la que, con su actitud, se declaran enemigos).

En efecto, Ramón J. Sender, en un artículo titulado «Falta de exactitud», publicado en el número 18 de la revista «Comunidad Ibérica», que se edita en la capital de la República Mexicana, producida y dirigida por un tal F. Miró, dice en la página 43: «Se elogia a Unamuno y no tal o cual novela, poema o ensayo sino la figura humana en conjunto. Olvidando que Unamuno saludó con entusiasmo la sublevación de los militares y de los terratenientes (benedicidos por la Iglesia) y elogió a Franco.»

«Se elogia a Unamuno sin saber a ciencia cierta por qué. En materia de filosofía — sigue diciendo Sender — es más cómodo seguir la corriente que enterarse. Y la verdad es que la de Unamuno es una filosofía — si puede llamarse así — reaccionaria de principio a fin, de cabo a rabo. Y no sólo en lo social, económico o político, sino en lo religioso. Ninguna Iglesia cristiana cree en la resurrección de la carne, sino una minoría de beatas del viejo catolicismo medieval. Pues bien: Unamuno dice: «La resurrección de la carne es imposible y como es imposible por eso creo yo más en ella.» Ese irracionalismo de Unamuno sólo puede conducir a nuevas orgías de sangre como la de la plaza de Badajoz.»

«Sin embargo, algunos compañeros siguen entusiasmados con Unamuno y no pierden ocasión de agitar su nombre y de elogiarlo venga o no a cuento.»

Cuando defendemos a una persona después de estar plenamente convencidos de que liquidando todo un pasado de contradicciones y errores adopta una conducta humana mejor, para siempre, mejorándola más y más, lo hacemos con afecto y pasión, solidarizándonos con la misma, enteramente,

por lejos que de nosotros esté, ¡como si estuviera presente! y con más motivo si no vive para poder responder, adecuadamente, a sus críticos gratuitos y a sus detractores.

¿Cómo se atreve a escribir un escritor que pregona militar en la vanguardia social, que «elogiamos a Unamuno sin saber a ciencia cierta por qué y venga o no a cuento?» Por haber sido aludidos — el que escribe y cuantos compañeros coinciden al respecto — contestamos que agitaremos en toda ocasión que se nos presente el nombre de Miguel de Unamuno y elogiaremos su conducta postrera. Esta la defendemos frente a Ramón J. Sender — y a Miguel Jiménez Igualada — que al tratar de enlodarla de grosera y vil manera cae de bruces en el hondo charco de espeso y hediondo lodo franquista del que difícilmente podrá quedar limpio. ¿Cómo vamos a dejar de defenderle cuando escritores como Sender y el franquismo atacan a Unamuno desde distintos frentes para hacerle más daño!

Sender trata de irracional el pensar y el sentir de Unamuno, interpretándolo torcidamente, y lo coloca en el mismo lugar que a un Millán Astray, o peor, al decir que sus concepciones sólo pueden llevar a nuevas masacres colectivas como las que el franquismo llevó a cabo al alzarse contra la España del Quijote. Y Ramón J. Sender, que tales cosas monstruosas ha escrito sobre Unamuno sin poder, por consiguiente — como no lo hace en el artículo que le ataca — añadir siquiera unas palabras recordando el heroísmo humano de este preclaro ex rector salmantino al enfrentarse precisamente a Millán Astray y, en general, al régimen franquista, en octubre de 1936; sin merecerle respeto alguno su proceder ejemplar en la última hora de su vida, ¿cómo puede esperar lo respetemos los que seguimos vivos luchando contra lo que Unamuno luchó tan valerosamente?

No, no nos llame compañeros — al menos al que firma, que lo rechaza — porque no nos sentimos acompañados por él en la brega por una España libre de tiranías.

¿Podemos llamar compañeros a ciertos sujetos por el solo hecho de que sepan amontonar letras y palabras, más o menos bellamente, con sentido liberal y rebelde, y hasta con cierto fingido entusiasta tono emocional revolucionario? ¿Acaso no hemos visto a más de uno que las escribió y sigue escribiéndolas sólo por bien estudiado espíritu mercantil, como lo hicieron J. Miravittles y el puñado de sujetos de diversos campos políticos y sociales que mucho escribieron contra el franquismo, hasta en la prensa más extremista, en el exilio, y hoy lo cotizan yendo a «dialogar» — a negociar, mejor dicho — mansamente, con los servidores del Tío Sam y de la anti-España, al interior, con la venia de «Franco, ese hombre», que les da pasaporte, su permiso oficial para penetrar, «sin peligro», en el territorio español y puedan salir del mismo y entrar cuantas veces quieran en misión de «buena voluntad» por la convivencia de todos los españoles bajo su férula?

¿Compañero, Ramón J. Sender? ¿De quién o de

qué clase de sujetos? Porque el que como él escribe, en el presente, sobre Miguel de Unamuno, sólo puede aspirar a ser acompañado por los que acompañan y sirven al Tío Sam, al mismo Dictador IV del pueblo ruso, a los incondicionales adeptos al régimen franquista y a la revista «Comunidad Ibérica» que pretende pasar por libertaria — sin serlo — para vender a más alto precio su prestigio, ya que por sí mismo, valor alguno ético tiene.

«Comunidad Ibérica» o ¿vida común?, hoy mismo, respetuosa, tolerante, sociable, como si nada hubiera pasado en España desde antes y después de 1936 sin y con el enano de El Pardo y sus sayones, asesinos de centenares de miles de hombres enteros y de mujeres heroínas de tanto o más valor humano que el mismo Miguel de Unamuno, porque obraron en defensa de la España del Quijote sin importarles ser anónimos, que se recordaran jamás sus nombres? Sólo al recordar tanto sacrificio generoso derramamos lágrimas, como las vierten nuestros ojos en este momento, sin importarnos el escribirle aunque no falten los endurecidos por el medio autoritario que nos traten, desdeñosamente, de sensibleros al menos.

Aboguen por la actitud de compañerismo pro-franquista los políticos de todas las clases, que por alcanzar el poder son capaces de aliarse con el diablo representado hoy por «Franco, ese hombre», o al que lo sustituya, militar o consejo de militares y políticos para evitar, en un momento psicológico y social dado, que el pueblo español se erija totalmente en dueño de su propio destino, rechazando todas las clases de tutores.

Por nuestra parte, aunque alguna situación política favorezca la vuelta a España, por ética, sin pensar en exterminios que nada resuelven — lo cree sinceramente el que escribe — no daremos las manos amigas a las que estén manchadas con sangre de Quijotes como hoy mismo se las alargan y se las estrechan algunos traidores a la causa antifrancquista.

Y lo más probable es que la mayoría de los traidores actuales, por no decir todos, y otros de la misma calaña, que más o menos al descubierto hacen causa común con aquéllos, los más desvergonzados, al encontrarnos todos en España, al caer el régimen franquista, tratarán de recobrar la confianza de los que pensamos de la forma precitada asesinando a los que hoy dialogan y conviven con ellos. ¡El idealismo humanitario y la grandeza moral son extraños a los traidores!

No negamos que en los primeros tiempos de desencadenamiento de la tempestad revolucionaria, que llegará, serán inevitables actos de justicia popular. Pero la verdad es que los libertarios — no los de nombre, sin serlo — que por encima de todo nos importan los amplios y profundos cambios sociales, económicos y culturales; nosotros, los llamados «extremistas» por llegar al extremo de no vender nuestra conciencia a ninguna política y de luchar, como Durruti, y tantos otros Durrutis por el bien de España y de la humanidad toda gritamos desde siempre, y más ahora, lo que pensamos y sentimos de todo corazón, más con éste, con to-

das las energías de nuestro equilibrado ser sensible que con las potencias de la razón: que aunque pongamos en juego la existencia, como la expusimos en 1936-39 manteniendo, con firmeza, la posición antipolítica pese a todas las amenazas directas e indirectas que recibíamos, hoy, como ayer, y mañana más que en el presente, lucharemos, los que sigamos todavía en pie, contra el espíritu de venganza que a nada bueno conduce o sólo a encadenamientos negativos, porque no nos ahogamos en sangre todos y a todo lo bueno que entre todos los hombres buenos, que tanto abundan en España, podemos realizar.

Es preciso, sí, esforzarnos por reprimir los instintos y tendencias heredadas de agresión cultivando, desde ahora ya, los instintos efectivos de conservación, bien entendida, y las tendencias constructivas, de sociabilidad, fortificándolas con los hábitos correspondientes que contribuyan a for-

mar, en cada libertario y en todo individuo humano razonable y justo, la conducta humana mejor que se observe, firmemente, en el hacer social: no haciendo mal por mal, porque mal nos hicieron muchos sujetos coaccionados por el medio tiránico que los deshumanizó, en gran manera, sino todo el bien posible en bien de todos los españoles si de verdad queremos serles útiles antes de desaparecer violentamente o por natural ley biológica del concierto social al que algún día dejaremos de pertenecer. Pero que otros jóvenes animosos, verdaderos idealistas, de todas las edades físicas, puedan continuar la buena tarea emprendida por el bien-estar real de la comunidad ibérica y universal, pensar y sentir que también angustiaba a Miguel de Unamuno aunque lo nieguen Ramón J. Sender, Miguel Jiménez Igualada y otros dentro y fuera de España.

(Continuará)

Espigas del saber

El aire de la meseta, seco y esencial, toca una vez y otra con sus dedos sutiles de hipnotizador las pobres fibras de nuestros nervios y las va poniendo tensas, tirantes, vibrantes como cuerdas de arpa, como trenzas de ballesta, como jarcías de nave atormentada. Cualquiera cosa, la más leve, nos hace retemblar de los pies a la cabeza. El castellano queda, de esta suerte, convertido en un aparato peligroso: para él, vivir es dispararse. Acaso sea injusto pedirnos otra cosa que obras excesivas y actos de exaltación para la mayor gloria de ese dios terrible de Castilla que pasa en agosto a horcajadas sobre el sol, recorriendo sus dominios. Bajo sus atroces miradas de déspota los caminos se pulverizan, las hojas en el soto se abarquillan y ahogan, las riberas se evaporan y las almas se consumen en unos furiosos ardores. Dicen algunos que merced a esto tenemos los castellanos cierta gloriosa propensión al heroísmo.

Existe el prejuicio inaceptable de no considerar bellos más que los paisajes donde la verdura triunfa. Creo que influye en esta opinión cierto confuso resto de utilitarismo, ajeno y aun enemigo de la estética contemplación. El paisaje verde promete una vida cómoda y abundante. El menudo burgués indestructible, que se afana siempre en algún rincón de nuestra alma, favorece interesadamente nuestro entusiasmo hacia los esplendores de la vegetación. No le importa el valor estético de la verdura esmeralda; pero, hipócrita, la alaba, mientras piensa en la cosecha que ella anuncia, y aplaude el espectáculo con secretas intenciones alimenticias.

En cambio don Francisco Giner, para quien sólo lo útil era necesario, solía insistir sobre la superior belleza del paisaje castellano.

ORTEGA Y GASSET

«Sois, a partir de este día, dueñas de vosotras mismas. No tenemos promesas que exigirnos ni os hacemos recomendación alguna. Sois responsables de vuestros actos. Es cierto que os seguiremos con toda la solicitud que nos da nuestra ternura de padres, pero ello no podrá ser ni carga ni humillación para vosotras. Cuando el pájaro se ensaya por vez primera a volar ¿quién reprochará a la madre que, antes de verle lanzarse a surcar el aire azul, se asome ansiosamente al borde del nido? Pero pronto recobra confianza: Vuestras alas son fuertes, y sabrán manteneros por los libres espacios...»

(ELISEO RECLUS, a sus hijas, en el día del matrimonio de ambas).

RAYOS DE LUZ

por José López MONTENEGRO

TRES mil años antes de la era cristiana, no concían los hombres, todavía, el uso de los metales; sus instrumentos y sus armas se fabricaban con piedras, conchas, huesos de animales terrestres y espinas de peces. No hay, pues, más que 5 000 años, que empezó a emplear el metal, que fue el bronce. El hierro fue descubierto después.

Los sirios fabricaban en 1640 el vidrio, quienes concían ya de muy antiguo la materia tintórea llamada púrpura.

Los lidios tenían monedas de oro en 1500 antes de J. C. El gnomon, estilo o aguja que señala las horas en el reloj de sol, data de 1109 en China. 2602 años antes de nuestra era fue conocida en China la brújula y desde 2400 la seda. Conocían también los chinos el uso de los almanaques, de las campanas, y de las bocinas.

En 840 se encuentra la pintura monverona en Corinto. El nivel y la escuadra débense al arquitecto Teodoro de Samos en 718. El cuadrante solar reinventado por los griegos, a Anaxímenes de Mileto en 520. La distinción entre las venas y las arterias, débese a Praxágoras en 325. A Herófilo, las funciones de los nervios, en 320. A Erasistrato los vasos quilíferos y los movimientos del corazón, en 310. En 321 empiezan a fabricarse tapices en Pérgamo. 250 los relojes de agua en Egipto. Ctesibio, mecánico de Alejandria, inventa los órganos hidráulicos, en 234. Arquímedes el tornillo sin fin, el espejo ustorio, el areómetro y la polea móvil, hacia 220. En China se empieza la fabricación del papel de seda, en 201. Se emplea el mosaico en Grecia, hacia 200. Hiparco, de Nicea, inventa la trigonometría y el astrolabio y descubre la precesión de los equinoccios, en 142. Un chino inventa la porcelana, en 180. Hierón de Alejandria, en 120 el sifón. Y en el primer siglo, antes de nuestra era, un romano concibe la idea de las actas diarias, o sea el periódico.

Después de J. C. se ha conocido sucesivamente: el sistema astronómico de Ptolomeo, hacia el año 140. El arco o ballesta que data del siglo IV. Las campanas, cuya introducción o invención atribúyese a Paulín de Campanie, en 400. Los molinos de viento, en 650. El fuego griego descubierto por Callimaque, en 670. El papel de algodón, en Constantino-pla, el año 750. El alcohol, por el árabe Khazés,

en 824. La imprenta, en China, en 939. Los números árabes, en Franca, en 960. Los relojes mecánicos, cuyo invento es atribuido a Gerbert, hacia 990.

..

Al siglo XI pertenece la invención de las armaduras de guerra y las notas de música, por Guido de Arezzo, en 1024. Al siglo XII el papel de tela, en Basilea, el año 1170. Al siglo XIII la pólvora, en 1294, que se atribuye a Roger Bocón, a Schwartz y Alberto el Grande. Los anteojos, atribuidos a Alejandro Spina, en 1296; pero después se ha concedido la prioridad de este invento a Salvino degli Armati. Al siglo XIV pertenece el arcabuz, el alambre, el cañón y el estañaje de los vidrios (1338) y el mortero (1346).

..

Siglo XV.—El antimonio; los relojes de bolsillo; los cañones de bronce; el grabado en hueco (1410); la pintura al óleo, conocida ya en el siglo XII, pero que Van Eyck la hizo más fácil (1415); la imprenta tipográfica, por Gutenberg, en 1450; el primer periódico impreso en Estrasburgo, en 1457; el grabado sobre acero, en 1454; las bombas de aire, en 1456; el servicio de correos, en Francia (1464), y la carabina, en 1498.

..

Siglo XVI.—La bayoneta; el mosquete; el barco submarino por Sturmius; el sistema de Copérnico (1500); el torno para hilar, por Jurgen (1530); la medida del arco del meridiano (1538); el esmalte por Palissy (1555); el péndulo, por Galileo (1582); el microscopio, Jansen (1590); y la proyección de cartas marinas, por Mercator (1594).

..

Siglo XVII.—La indicación de las leyes de la gravedad, la invención de la balanza hidrostática, del compás de proporción y la demostración científica del movimiento de la tierra, por Galileo; los logaritmos, por Byrge, en 1606; la circulación de la sangre, por Harvey, en 1608; el telescopio, por Ddebbel, en 1609; las leyes del sistema del mundo, por Kepler, en 1610; los anteojos de los vidrios convexos, en 1631; el tinte color de escarlata y

el termómetro, por Drebbel, en 1621; las leyes de la refracción, por Snellins, en 1620; atribuidas también a Descartes, 1657; Snellins determinó el tamaño de la tierra por la medida geométrica y astronómica del arco del meridiano; el fusil, 1630; el barómetro y la pesadez del aire, por Torricelli, 1643; la máquina aritmética, el triángulo aritmético, la gravedad del aire y la prensa hidráulica, por Pascal, de 1641 a 1653; la máquina neumática y la máquina eléctrica por Otón de Guericke, 1654 y 1666; éste fue de los primeros en anunciar que la vuelta de los cometas podría predecirse con toda seguridad, como la experiencia ha demostrado; la teoría de la atracción universal y el telescopio de reflexión, por Newton, 1666 y 1672; la aplicación del movimiento del péndulo a los relojes y el resorte espiral a los de bolsillo, débense a Huyghens, 1675; la velocidad de la luz, en 1675; el cálculo integral, atribuido a Newton, Leibnitz y Bernouilli; el vapor como fuerza motriz, el mecanismo fundamental y la válvula de seguridad de las máquinas de vapor, por Papin, de 1681 a 1700; en 1693 Duquet propone la aplicación de la hélice a la propulsión de los navios; y el mismo año, Savery construye la primera máquina de vapor.

..

Siglo XVIII. — La estereotipia, por Juan Muller, 1705; el azul de Prusia, por Diesbach, en 1710; la aberración de las estrellas fijas, por Bradley, 1728; el péndulo de compensación y el cronómetro para determinar las longitudes en el mar, por Harrison, en 1734; el moldear en yeso, 1740; los puentes colgantes de hierro, 1741; el heliómetro, por Savery, 1743; Margraff fue el primero que extrajo la potasa de la sal de acederas, que encontró el ácido fórmico y que obtuvo el azúcar de la remolacha, en 1745; Franklin inventa el pararrayos en 1757; High, la máquina para hilar, llamada Jenny, en 1767; Watt, la máquina de vapor para calentar las habitaciones y el que descubrió la composición del agua; Jenner, la vacuna, 1776; el panorama por Breysig, 1779; las lámparas de corriente de aire y tubo débense a Argand, 1780, y a Quinquet, a las que éste dió su nombre; las baterías flotantes insumergibles a Arcón, 1782; los globos aerostáticos a los hermanos Montgolfier, 1783; a los mismos se debe la perfección en la fabricación del papel, la invención de la máquina neumática, y del ariete hidráulico, entre otros vadrios instrumentos; experimentos sobre el magnetismo animal, por Puysegur, 1783; el alumbrado de gas se debe a Lebon, 1786; los telares mecánicos a Artwright, 1787; la sosa artificial a Leblanc; el bote de salvamento a Greathead, 1790; en este mismo año se hace la primera aplicación del caucho a la industria; el telégrafo aéreo se debe a Chappe, 1791; las ambulancias militares, por Larcy y Persy, al año siguiente; la litografía a Senefelder, 1796; el galvanismo, a Volta, 1798; la máquina para fabricar papel sin fin, a Robert, 1799; y la lámpara Carcel, 1800.

..

Siglo XIX.—La luz eléctrica se debe a Davy, 1801, a quien se debe también una lámpara de seguridad para los mineros; el alumbre artificial, a Chaptal, 1801; los buques movidos por vapor, a Fulton, 1803, a quien se debe también un barco submarino, una bomba para volar los buques y un aparato para cortar los cables de un buque anclado; la locomoción a vapor, 1804; hecha práctica en 1830, por los perfeccionamientos de Seguin y de Stephenson; la máquina de coser, de Stone y Enderston (1804), perfeccionada por Howe en 1846; a máquina de tejer, de Jacquard, 1804; la peinadora mecánica, de Porthouse, 1805; el fusil de percusión, 1809; la máquina para hilar el lino, de Girard, quien inventó también una lámpara hidrostática, 1811; en el mismo año descubrió Courtois, el yodo y Chevreul el ácido esteárico, lo que sirvió a Gruithuisen para la fabricación de bujías esteáricas, en 1812; el estetoscopio, instrumento destinado a la auscultación en las afecciones del pecho y del corazón, se debe a Laennec, 1816; a Senefelder la cromolitografía, 1819; a Ørsted el electro-magnetismo el mismo año; a Ampere la telegrafía, eléctrica, 1820, pero hasta el 1837 no se inventó el aparato que debía resolver el problema, por Wheatstone; en 1822 inventa Fresnel el sistema de los faros lenticulares; Gay Lussac, un barómetro, un alcoholómetro, un clorómetro y un alcalímetro, de 1824 a 1840; Nieppee de Saint-Victor la heliografía, 1824, perfeccionada por Daguerre, que le dió su nombre en 1837; el acordeón fue inventado en 1825; el aluminio por Wöhler, la telefonía por Sudre y el fusil de aguja, por Dreyse, en 1836; le hidroterapia por Priessnitz, 1827; el primer ferrocarril de Manchester a Liverpool fue inaugurado el 15 de Septiembre de 1830; las cerillas fosfóricas inventáronse en 1833; en 1834 la foografía, por Talbot; en 1836 el revólver, por Colt; en 1837 la galvanoplastia, por Jacobi; en 1838 la pólvora de algodón, por Schoenbein; en el mismo año el estereoscopio, por Wheatstone, instrumento de óptica con el cual las imágenes planas parecen en relieve; en 1841 el armonium, por Debain; en 1845 la eterización, por Jackson; en 1831 descubrió el cloroformo Soubeiran y sus propiedades anestésicas Flourens, en 1847; en 1848 los puentes tubulares, por Stephenson; en el mismo año los fósforos amorfos y solodión, por Maynard; en 1851 el pantelégrafo, por Carelli, que transmite signos, rúbricas y dibujos de toda clase; en 1861 el motor de gas, por Lenoir; en el mismo año, la fotoescultura, por Willeme, y también el análisis espectral, por Bunsen y Kirchoff; el fusil Chassepot, del nombre del inventor, en 1864; la ametralladora, que unos atribuyen al coronel Verchere de Reffye y otros al capitán Schultz, empleada por primera vez en la guerra franco-prusiana de 1870; en 1865 el acero, de Bessemer; el barómetro aneroide de Breguet; la pila eléctrica marina para grandes facilidades telegráficas, de Duchemin; el telégrafo impresor, de Bonelli, reproduce los despachos con caracteres de imprenta; los esmaltes cristalizados, de Kuhlmann; las fotografías verificadas, por Marechal y Tessié du Motay, visible por transparencia

y reflexión; la pólvora inexplorable, por Gall; el bote insumergible, por Deschamps; otro bote salvavidas, por Moné; el buque submarino, por Eiber, destinado a poner a flote los buques naufragados; el observatorio o explorador submarino, de E. Bazin, destinado a alumbrar el fondo del mar, para cualquier clase de trabajos submarinos; en 1866 la máquina magneto-eléctrica, de Wilde; el motor eléctrico, de M. de Molin; el iridóscopo, de Houdin, con cuyo aparato puede observarse uno mismo los ojos (algunos años antes Helmholtz inventó el oftalmómetro); los tubos respiratorios, de Galibert, con los cuales se puede penetrar sin peligro en un espacio lleno de gas irrespirable; la piedra artificial, por Ransome, y un regulador para las máquinas de vapor, por Rolland; en 1867 el globo cautivo, de Giffard; el psicrómetro eléctrico, de Becquerel, para medir la fuerza elástica del vapor contenido en el aire; el meteorógrafo, de P. Schi, o registrador automático de los instrumentos e indicaciones de la meteorología; el fotograbado, por Garneir; Tessié Mota y el grabado heliográfico, invención iniciada por Senefelder y Poitevin; el esplanchnostómico, del doctor Milliot, instrumento para ver desde fuera las vísceras ocultas en la profundidad de nuestros tejidos, como el estómago y los intestinos (anteriormente se había ya inventado el laringoscopio, de Czernac, y el metróscopo del doctor Desormeaux); los latidos del corazón y el pulso, reproducidos por la fotografía, por el doctor Ch. Ozanam; el revelador del gas inflamable de las minas, por Ansel; en 1868 el termómetro, de Berthelot, para temperaturas superiores a la de la ebullición del mercurio; el antiincrustador magnético, de Baker, destinado a prevenir y destruir las incrustaciones calcáreas en las calderas de vapor; el reloj eléctrico, por L. de Combettes; la dinamita, mezcla de arena fina y nitroglicerina, por Nobel; el piano eléctrico, por Spiess; la aplicación de la electricidad a los grandes órganos, por Peschard y Barquer; en 1869 el monstruoso telescopio de Grupp, con el que se han podido obtener muy buenas fotografías de la luna; el teleconógrafo, de Revoil, para obtener dibujos de objetos lejanos; el motor aerohidráulico, de Coine, por medio del agua y del aire comprimido; colocación del cable trasatlántico francés, por Great-Eastern, cuya longitud es de 3 5664 millas marítimas, casi el doble del anglo-americano; el sistema de telegrafía trasatlántica, por Varley, que ha hecho posible la rapidez de los despachos en el cable antes citado, el igual que las líneas aéreas; el pantelógrafo, de Meyer, perfección del de Caselli; la máquina eléctrica de Carré, perfeccionamiento de

la de Holtz, adoptada como aparato generador de electricidad estática en laboratorios de física; el jargonium, nuevo metal descubierto por Sorby; la impresión fotográfica en relieve, por Voodbury, inauguración oficial del canal de Suez el 17 de Noviembre de 1879, que ha hecho célebre al autor del proyecto y director de las obras, Fernando de Lesseps; el 25 de Agosto de 1859 se empezaron los trabajos y el 16 de Agosto de 1869 se unieron las aguas del mar Mediterráneo y del mar Rojo en los lagos Amers; la esencia de trementina como antidoto del fósforo, por el doctor Andant; una máquina para imprimir varios colores a la vez; un aparato de seguridad para los pozos y minas, por Mathieu; y una lámpara de seguridad para los mineros, por Desens; en 1871, conclusión del túnel de los Alpes y su inauguración oficial el 17 de Septiembre; en 1872, el atmómetro, por Piché, nuevo instrumento de meteorología para medir la evaporación; elevación del globo Dupuy de Lome, el 2 de Febrero, para ensayar la dirección de los globos, consiguiendo con sus aparatos darle seguridad e imprimiéndole voluntad propia; en 1873, el pirofono de Kastuer, instrumento musical de un timbre nuevo, parecido a la voz humana, por medio de llamas; el telémetro de Gastaldi, para medir alturas y distancias, sin necesidad de aproximar los objetos sobre los que se quiere operar; ensayo, con un buen éxito, en Chicago (E. U.) de hacer marchar un tren por medio del aire comprimido, de Wettinghouse; la linterna salvadora, nueva lámpara de seguridad para los mineros, por Irvine, que indica la presencia del gas inflamable por medio de un silbato; y la máquina para reconocer rápida y exactamente la moneda falsa, de Napier; en 1874, la nueva máquina para comprimir el aire, del capitán Ereisson, empleada en los trabajos de perforación del San Gotardo, con excelentes resultados; las locomotoras sin fuego, por medio de agua hirviendo, de que se previenen sus calderas en depósitos establecidos al efecto en la línea, ensayada satisfactoriamente en los EE. UU.; el termómetro submarino, de Carpenter, que permite reconocer la temperatura del mar a cualquier profundidad; y el topo marino, de Toselli, importante invento aplicado a la pesca del coral y a cualquier trabajo que tenga que ejecutarse en el fondo del mar; en 1875, un nuevo heliofotómetro, de Graveci, destinado a medir la intensidad de la luz enviada por el sol; nuevas máquinas magneto-eléctricas, perfeccionadas por Gramme; el vidrio templado, por M. de la Bastie, que le da una consistencia igual al acero; el esperiscopio, de Woillez aparato destinado al estudio de la auscultación, anatomía y fisiología del pulmón.

A la conciencia de la humanidad

por **Bertrand RUSSELL**

EN todo el mundo crece el número de personas preocupadas por la paz y la justicia social, que consideran que el imperialismo de los Estados Unidos es precisamente el que está destruyendo la paz y la justicia. Para algunos la expresión «imperialismo americano» parecerá un cliché, porque no forma parte de la experiencia. Nosotros los occidentales somos los beneficiarios del imperialismo, y los despojos de la explotación son los instrumentos de nuestra corrupción. Pero como el imperialismo no forma parte de nuestra experiencia, no llegamos a reconocer lo acertado que el presidente Eisenhower estuvo al definir las fuerzas políticas y económicas como el «complejo industrial militar». Examinemos someramente lo que es el poderío americano.

En todo el planeta hay 3.300 bases militares y bases móviles cargadas de proyectiles y bombarderos nucleares para proteger la propiedad y el control del 60 por 100 de los recursos mundiales, que están en manos del capitalismo de los Estados Unidos.

El 60 por 100 de los recursos mundiales son propiedad de los que gobiernan al 6 por 100 de la población mundial. La agresividad de este imperio impone a la humanidad un gasto anual de 140.000 millones de dólares o 16 millones por hora. El gasto actual en armamentos es superior a la renta nacional de todos los países en proceso de desarrollo juntos. Excede todas las exportaciones mundiales de todos los productos. Excede la renta nacional de Africa, Asia y América Latina. El presupuesto militar americano es de casi 60.000 millones de dólares. Un proyectil Atlas cuesta 30.000.000 de dólares, es decir, la inversión total necesaria para montar una planta de fertilizantes nitrogenados capaz de producir 70.000 toneladas anuales. Comparemos estos datos con el Reino Unido, como ejemplo de país próspero: un proyectil anticuado equivale a cuatro universidades; un TRS-2 equivale a cinco hospitales modernos, un proyectil de tierra-aire a 100.000 tractores.

En los últimos catorce años, los Estados Unidos han gastado 4.006 millones de dólares en la adquisición de excedentes agrícolas. Millones de toneladas de trigo, avena, centeno, maíz, mantequilla y queso han sido almacenados o envenenados a fin de mantener los precios altos en los mercados mundiales. Se derrama un tinte azul sobre grandes cantidades de queso y mantequilla para inutilizarlos.

Para 1960 se habían almacenado en los Estados Unidos — se dejaron pudrir — 125 millones de toneladas de trigo, cantidad suficiente para alimentar a todos los habitantes de la India durante un año. Los dirigentes del capitalismo están destruyendo deliberadamente cantidades inimaginables de alimentos con el único fin de seguir lucrándose y detentando poder. Como si fueran buitres, un puñado de ricos se ceban en los pobres, en los explotados, en los oprimidos. Según Dag Hammarskjöld, una baja del 5 por 100 de los precios mundiales de los alimentos exportados por cualquier país daría al traste con todas las inversiones del Banco Mundial de las Naciones Unidas, así como todas las inversiones bilaterales y de otras clases. Eso es lo que temía Hammarskjöld. ¿Cuál es la realidad? En años recientes los precios han variado en contra de los intereses de los países pobres no en un 5 por 100, sino en un 40 por 100.

La producción industrial del capitalismo occidental se emplea deliberadamente no sólo para perpetuar el hambre que ya existe en el mundo, sino también para aumentarla en provecho propio.

En Sudáfrica mueren de gastroenteritis 10.000 niños todos los años. La viruela, que amenaza a muchos países, se podría suprimir con medio millón de dólares. Cientos de millones de personas que padecen pián podrían curarse con una inyección de penicilina que cuesta diez pesetas cada una. Quinientos millones de personas padecen tracoma. El 60 por 100 de los niños de Africa padecen insuficiencias proteínicas, como el kwashiorkor, el beriberi o la pelagra.

Cuando los capitalistas americanos monopolizan y envenenan los alimentos no sólo privan de ellos a quienes padecen hambre, sino que obligan a los países en desarrollo a comprar alimentos a precios altos. Unos pocos hombres destruyen, despilfarran y roban las riquezas de la tierra y las emplean para asesinar a millones de personas. Y en torno a toda la tierra hay 3.300 bases militares para evitar que los pueblos destruyan ese malvado sistema.

Examinemos el papel que desempeña la industria de guerra de los Estados Unidos. En 1954 se calculaba que el valor de las propiedades del Departamento de Defensa de los Estados Unidos ascendía a 160.000 millones de dólares. De entonces a aquí ese valor se ha duplicado. El Departamento de Defensa es la organización más grande del mundo. El Pentágono posee millones de hectáreas de tierra, de ellos doce millones y medio de hectáreas

en los Estados Unidos y más de un millón y medio en países extranjeros. El Pentágono es de tal extensión que el gobierno de los Estados Unidos cabría en uno solo de los cinco sectores de aquél. Sin contar el programa militar espacial, el presupuesto de 1962 preveía la suma de 53.000 millones de dólares para armamentos.

Así, pues, de cada dólar americano 63 centavos se destinan a armamentos y al espacio. Otros 6 centavos se destinan a los servicios del ejército, y más del 80 por 100 de los intereses que se pagan corresponden a la deuda militar. Se destinan 77 centavos de cada dólar a pagar gastos de guerras pasadas, de la guerra fría o de preparación de guerras futuras. Los miles de millones de dólares que van a los bolsillos de los militares americanos da al Pentágono un poder económico que afecta a todos los aspectos de la vida americana y a las vidas de todos los seres humanos. Los bienes militares de los Estados Unidos son tres veces mayores que los de los grandes monopolios, los de la U.S. Steel, la Metropolitan Life Insurance, la American Telephone and Telegraph, la General Motors y la Standard Oil. Su personal también es tres veces mayor que el de todas esas compañías juntas. Esta inmensa concentración mundial de poder y riqueza está directamente vinculada al gran capitalismo de América. El Pentágono concede a la gran industria contratos por valor de miles de millones de dólares. En 1960 se gastaron 21.000 millones de dólares en bienes militares. Diez grandes compañías capitalistas recibieron 7.500 millones de dólares, tres recibieron 1.000 millones de dólares cada una y otras dos 900 millones de dólares. En esas compañías trabajan 1.400 jefes militares de graduación superior a la de comandante, entre ellos 261 de nivel de general o equivalente (1).

La compañía más extensa, la General Dynamics, tiene en su nómina a 187 oficiales y jefes, 28 generales y almirantes retirados y a un antiguo secretario del ejército. La política americana y las bases militares constituyen un vasto complejo de poder inter-relacionado e interesado en perpetuar la carrera de armamentos por sí misma. Esa concentración de poder tiene inundada toda la economía del país. Las subcontratas de guerra afectan a todas las ciudades del país. El empleo que da afecta a millones de personas. Solo para el Departamento de Defensa trabajan 4 millones de personas. La nómina de 12.000 millones de dólares es el doble de la nómina de la industria del automóvil. Otros 4 millones de personas trabajan directamente en industrias de guerra. De ahí que haya 8 millones de personas cuyos empleos están vinculados a las aventuras militares de los que mandan en los Estados

(1) Véase el informe de la Comisión Investigadora Herbert, de la Cámara de Representantes, en el US CONGRESSIONAL QUARTERLY.

Nota de la Redacción: Este es el texto en castellano, del Capítulo 8 del libro «Crímenes de guerra en Vietnam». Edit. Aguilar. Versión de Manuel Aguilar, escrito por Bertrand Russell, a la edad de 95 años.

Unidos; ocho millones de empleos representan un total de 25 millones de personas.

La producción de proyectiles representa el 82 por 100 de todos los empleos industriales de manufactura en San Diego, California, y el 72 por 100 de los de Wichita, Kansas. Los contratos militares representan el 30 por 100 de todos los empleos industriales de seis estados, entre ellos California. Solo en Los Angeles, casi el 60 por 100 de los empleos dependen directa o indirectamente de la carrera de armamentos. He aquí cómo en su conjunto el país dedica más del 50 por 100 de su gasto público a fines militares.

Este gasto colosal es una inversión en la explotación y la dominación. Cualquier tienda de comestibles o surtidor de gasolina en América exige, en régimen capitalista, que se perpetúe la producción de guerra.

Este es el sistema mundial del imperialismo, sistema que cuenta a su vez con **un ejército invisible: la CIA. Su presupuesto, es quince veces mayor que el que destina a toda la actividad diplomática los Estados Unidos. Esta organización tiene comprados a miembros de las fuerzas armadas y de la policía en países de todo el mundo. Prepara listas de líderes populares a los que hay que asesinar. Conspira en la ejecución de guerras. Invade países.**

En América Latina, una banda de generales reaccionarios, por instigación de la CIA y del embajador Gordon, destruyeron el Gobierno democrático de Joao Goulart. En Argentina, los tanques americanos aplastaron al Gobierno civil de Arturo Frondizi por el solo hecho de que este portavoz conservador de los intereses de la clase media no estaba suficientemente sometido al capitalismo de los Estados Unidos. Se han visto brutales golpes de Estado militares en Ecuador, Bolivia, Guatemala y Honduras. Durante detenciones, los Estados Unidos han armado y apoyado a uno de los tiranos más bárbaros y salvajes de nuestro tiempo: Trujillo. Cuando dejó de interesarle le hicieron seguir el camino de Ngo Dinh Diem, pero los Estados Unidos siguieron siendo los enemigos del pueblo de la República Dominicana, como puede apreciarse en la arrogante intervención militar efectuada para aplastar a la valerosa revolución de abril de 1965.

El hecho de que esta descarada agresión haya sido tolerada por las Naciones Unidas y el que los Estados Unidos no hayan sido expulsados de esa organización por la flagrante violación de su Carta, demuestra que las Naciones Unidas se han convertido en un instrumento de la agresión americana, como la que ha perpetrado en la República Dominicana. La lucha del pueblo de ese país por la independencia cuenta con toda mi simpatía.

En el Congo, las tropas mercenarias a sueldo de los intereses belgas y americanos y con el apoyo desvergonzado del Gobierno británico han matado sin contemplaciones a cuantos habitantes del país hallaban a su paso. A ese fin se han empleado las heces del militarismo americano: la soldadesca mercenaria de Sudáfrica y de la contrarrevolución cubana.

En el Cercano Oriente, los intereses petroleros

americanos y europeos imponen a la población una pesada carga de miseria y tiranía. El imperialismo británico, que cuenta con el poderío financiero y militar de los Estados Unidos, no vacila en arrojar bombas de napalm y de gran potencia explosiva sobre el pueblo de Aden para sofocar un movimiento popular.

En el Africa del Sur se extraen incalculables riquezas de la zona del cobre de Rhodesia y Sudáfrica, y el Estado de Verwoerd sobrevive gracias a las armas que le da la OTAN. En el Asia Sudoriental, el régimen títere de Malasia se mantiene gracias a 50.000 soldados que le defienden, mientras que Indonesia ha caído en manos de generales derechistas merced al dinero americano. En toda la región de los mares del Sur de China toda fuerza patriótica y radical termina en prisión o en la muerte a manos de las potencias imperialistas. Los Estados Unidos se jactan de sus intrigas en el Magreb y anuncian descaradamente sus planes de subversión de todos los gobiernos nacionalistas.

He aquí lo que es el imperialismo rapaz, que no ha sido en parte alguna tan cruel y desenfrenado como en Vietnam. El imperialismo americano no ha escatimado en el Vietnam la guerra química, de gases y bacteriológica, ni las bombas de fósforo, napalm o defoliantes; sus fuerzas han destripado, descuartizado, impuesto el trabajo forzado, los campos de concentración, las decapitaciones, toda clase de crueles torturas. Se han arrojado bombas incendiarias, hasta la saturación, sobre clínicas, sanatorios, hospitales, escuelas y aldeas; aun así, tras veinticinco años de lucha, el pueblo del Vietnam resiste y ha resistido a tres grandes potencias industriales.

El del Vietnam es un pueblo heroico y su lucha es épica; es un recordatorio permanente y conmovedor del increíble espíritu de que el hombre es capaz cuando persigue un noble ideal. Saludemos al pueblo de Vietnam.

En el curso de la Historia ha habido muchos imperios y sistemas de explotación imperialista, crueles y rapaces, pero ninguno contó jamás con el poder tan inmenso como el que tienen los Estados Unidos. El suyo es un sistema mundial de opresión que representa una auténtica amenaza a la paz y un peligro real de guerra nuclear mundial.

He apoyado la idea de la coexistencia pacífica por estar persuadido de que en nuestra era nuclear el conflicto sólo puede llevar a un fin desastroso. Mi persuasión se basaba en la esperanza de convencer a los Estados Unidos de que llegaran a un acuerdo con los países socialistas y comunistas. Ahora se ve con pesar que no se puede persuadir a los Estados Unidos de que pongan fin a la agresión, a la explotación y a la crueldad. En todas las partes del mundo el peligro de guerra y de padecimiento emana del imperialismo de los Estados Unidos. Donde quiera que se padezca hambre, ex-

plotación y miseria, vale decir que la fuerza que oprime a los pueblos tiene su origen en Washington.

Por tanto, no se puede llegar a la coexistencia pacífica rogando al imperialismo americano que se porte mejor. La paz no se logra concibiendo esperanzas en la buena voluntad de aquellos cuyo poder depende de continuar la explotación de la producción de guerra. El sistema que oprime a los pueblos del mundo es internacional, coordinado y poderoso; pero es odioso y opresor y los pueblos del mundo se resisten de una forma u otra.

Es preciso forjar una resistencia unida y coordinada a esta explotación y dominio. **La lucha popular de los pueblos oprimidos eliminará los recursos del control del imperialismo americano,** con lo que dará apoyo a quienes en los Estados Unidos tratan de comprender y de derrotar a sus crueles gobernantes que les han usurpado su revolución y su gobierno. Este es a mi juicio, el medio de crear una paz segura y no una admisión débil e inmoral de la dominación americana, que ni puede ser fructífera ni tolerada por seres humanos.

Si la Unión Soviética, en su deseo de paz que es digno de encomio, trata de granjearse el favor de los Estados Unidos, menospreciando o incluso oponiéndose a la lucha por la liberación nacional y el socialismo, nunca se podrá lograr la paz y la justicia. El imperialismo americano nos ha dado todas las pruebas a que tenemos derecho para juzgar su carácter y sus acciones. Los pueblos del mundo son testigos de ello.

La guerra y la opresión son un aspecto muy antiguo de la historia de las cosas humanas y solo se las puede vencer con la lucha. Hay que luchar por lograr un mundo libre de la explotación y de la dominación extranjera, un mundo de bienestar de las masas de todos los continentes, un mundo de paz y fraternidad. Esa es la lección que nos enseña el imperialismo americano. No es una lección agradable, pero de nada sirve desconocerla.

El peligro de guerra nuclear no será eliminado teniendo miedo al poderío de los Estados Unidos. Antes bien, si el mundo rechaza sus valores y se resiste a sus actos, lo más probable es que quienes detentan el poder se vean inducidos a renunciar al holocausto nuclear. El imperialismo de los Estados Unidos tiene la ilusión de poder lograr el fin de derrocar a un pueblo mediante el empleo de armas que hoy constituye la fuente principal de peligro nuclear. Sin embargo, si los pueblos de Perú, Guatemala, Venezuela, Colombia, Vietnam, Tailandia, El Congo, Camerún, Estados Unidos, Gran Bretaña, de todo el mundo, se manifiestan, luchan y resisten, de nada servirá el poder nuclear. La posesión de ese poder destruirá a quien lo emplee. **¡Unámonos todos para resistir al imperialismo de los Estados Unidos!**

Una tarde con Eugen Relgis

por VLADIMIR MUÑOZ

(y II)

LA conversación gira ahora sobre Tolstoi, cuyo pensamiento y cuyos métodos son tan contrarios a los de los bolcheviques que tiranizan al gran pueblo ruso, que tanto amaron Tolstoi y Kropotkin. Hablamos de la guía comentada impresa en Moscú hace poco sobre el museo Tolstoi en Yásnaya-Poliana, cerca de la ciudad de Tula, a unos doscientos kilómetros al sur de Moscú. Ambos tenemos un ejemplar (su precio es muy módico), más que nada por el aspecto iconográfico, muy valioso. El autor relata ciertas simpatías de Lenin por Tolstoi y nada más sobre el marxismo. Lo demás es todo excelente. Por supuesto, nada se dice de las represiones, deportaciones y fusilamientos de los tolstoianos que quedaron en Rusia luego del golpe de estado bolchevique en octubre de 1917. Estos bárbaros llegaron a encarcelar hasta a la misma hija Alejandra, del gran pensador ruso. De todos los hijos de Tolstoi, solamente quedó Sergio en Rusia, los demás todos huyeron al extranjero. Y viendo la armonía que existe entre Relgis y Ana, la compañera de toda su vida, piensa uno que tal no fue el caso de la condesa Tolstoi con su esposo, León Tolstoi, quien le amargó tanto la vida que a lo último huyó del hogar, ya bien anciano, para morir en la estación de Astapoyo. Tolstoi había sufrido en carne propia lo que es el matrimonio autoritario sancionado por leguleyos y bonzos religiosos, y sus buenas razones tuvo para escribir esa gran novela que es «La sonata a Kreutzer».

Ahora hablamos de Ghandi, para quien Relgis ha preparado materiales con el fin de que el buen Mancuso los incluya en los «Cuadernos de los Amigos de Eugen Relgis». Las enseñanzas de Tolstoi, basadas en un cristianismo primitivo y al margen de las Iglesias oficiales (Tolstoi fue excolmugado por el Santo Sinodo), representan para Stefan Zweig el más puro de los anarquismos, el anarquismo llevado a su extrema dulzura. Pero lo que Ghandi captó bien de Tolstoi es el método preconizado: la resistencia pasiva, activa y pacífica contra las fuerzas del mal. Por cierto que ello no es nuevo en Tolstoi, pues ya lo encontramos en Aristófanos, en su amigo William Lloyd Garrison, en Henry David Thoreau, en Han Ryner, etc. El mismo Tolstoi en su libro «La gran tragedia», que la editorial de «La Escuela Moderna» publicó en Barcelona, reconoce su deuda con Thoreau. Y Ghandi se halla en el mismo caso, pues leyó el famoso ensayo thoroviano «La desobediencia civil» (editado por Henri Salt)

cuando era un estudiante en Inglaterra. Ghandi empezó a practicar dicha desobediencia civil siendo estudiante en Pretoria y luego la practicó con tal amplitud en la India con los resultados de todos conocidos. Hay que conocer la admiración de Tolstoi por Ghandi leyendo la carta que el primero le dirigió el 7 de setiembre de 1910 y que aparece publicada como apéndice en la biografía de Romain Rolland sobre Tolstoi. Luego de la muerte de Martin Luther King en EE. UU., hoy sólo queda en el mundo una gran figura prominente, como portabandera de tal filosofía: Eugen Relgis. Nadie como él puede escribir con más clarividencia sobre Ghandi (a quien conoció personalmente, como así a otro gran hindú, Rabindranath Tagore) y es de esperar que el nuevo «Cuaderno» que tan amorosamente prepara Mancuso, será una antorcha flamenca sobre esta gran filosofía.

Parece que Ana nos había oído hablar del pacifismo pacífico desde la habitación vecina; aunque ya preparada para salir, viene con una carpeta que pone en la mesa, para que yo la vea. Pero se sienta ella misma y empieza a enseñarme manifiestos de varios colores, periódicos efímeros, etc. Se trata de la colección de dichas hojas que hizo un pintor uruguayo cuando los sucesos de mayo de 1968 en París, y que la esposa del pintor prestó a Ana para que los viera. Curiosa colección. ¡Y qué gran acierto en haberla coleccionado! Aquí los que escriban la historia tendrán con qué documentarse. Mucha más verdadera historia se encuentra en los diarios y periódicos que en los libros. Hace poco lo leí en un libro de Maraño: «Gran parte del inmenso material anónimo, de ese cemento casi informe que sirve de cuerpo a la verdadera historia y que no está en el documento al estilo de las academias clásicas, queda recogido en las colecciones del periódico diario. La historia verdadera, la que hasta ahora no se ha podido hacer, se hará mañana, gracias a los periódicos». («Dos monólogos sobre la prensa y cultura», Madrid, 1945). Ana me lee fragmentos y su buena media hora lo hace como deleitándose con dichos papeles históricos y ¡tan recientes! Pero ya de nuevo se levanta, le cede el sitio a Relgis y se aleja con su carpeta repleta con la historia de los sucesos parisinos de mayo.

INDUDABLEMENTE que la humanidad pasará aún por mucho tiempo por las explosiones violentas, puesto que las fuerzas atávicas y conservadoras la fomentan y la crean, mantienen a la so-

ciudad esclavizada mediante la violencia armada y legalizada. (¿Quiérese mayor violencia que las guerras periódicas de los Estados?) La exasperación de los pueblos provocará nuevas revoluciones, a las que no escapan incluso los Estados bolcheviques, debido a la superviolencia que emplean para someter a sus pueblos más esclavizados que los de Occidente. Pero la cultura se irá abriendo camino y las luchas definitivas serán mediante ella, completamente pacíficas. El advenimiento del hombre humanizado no será un mito, sino esplendente realidad. Tal es la trayectoria básica de Eugen Relgis, quien ya en su generación y en la nuestra dirigió a sus hermanos, los seres humanos, esa fraternal llamada hacia la humanización: «Ahora, no mañana, comenzarás a humanizarte. No esperes la orden ajena; obedece alegremente a tu propia inclinación. ¡Hay tantas generaciones que murmuran en tu corazón y tantos tesoros reunidos en torno tuyo, que esperan par areflejarse en tu conciencia! Libérate, no sólo de los grillos que entorpecen tus pies: — ¿qué puede un cuerpo libre si el espíritu se halla encadenado? Ama e ilumina sin descanso a tu prójimo: — ¿qué puede un espíritu libre en una sociedad ignorante y esclavizada? Sé hombre, y tan multilateral como te sea posible — pero sobre todo, aplicate a realizar tu tarea cotidiana. Y podrás decir a no importa quién y no importa cuándo: Me he elevado por encima de mi propia individualidad, harta de malas herencias. Me he elevado por encima de la clase, en la cual me situaba mi trabajo. Me he elevado por encima del Estado, cuyas leyes me humillan, me oprimen y me rebelan. Me he elevado por encima de la patria, en la que nací casualmente — y por encima de la sociedad, que especula sobre todas mil necesidades y sobre todos mis actos. Me he elevado por encima de la raza que me ha modelado — y no conservando de todo esto sino lo que es bello, verdadero y bueno, lo he fundido todo en mi humanidad, que permanece activa y fiel en esta Tierra donde mi especie ha crecido. Y si alguien reclama tu carta de nacionalidad, repícale simple y resueltamente: No la tengo. Pero quiero ser, porque es así que me siento un **ciudadano de la humanidad**, libre y sin embargo solidario, en la suprema armonía del mundo».

Me levanto, pues, para despedirme y marcharme, pues comprendo que tal vez Relgis haya de acompañar a su esposa al cenáculo femenino intelectual. Pequeña plática ahora, a la salida de la habitación, sobre noticias menores. La próxima llegada de su hijo Alejandro, que reside en Buenos Aires y que periódicamente viene a verles, los pequeños nietos (pues ya los Relgis son abuelos), y otras micronoticias. Después de despedirme de Ana, allá viene el bueno de Relgis hacia el ascensor a despedir al que se va y, otra vez, alarga su mano fraternal. Cuando Relgis se despide, despide a un hermano en humanidad. Desciende lentamente el ascensor, abro el portal y de nuevo me encuentro en la calle Gaboto, por la que encamino para ascender al ómnibus 300 de UCOT y reemprender el regreso.

Ahora hace sol, la acera está asoleada y unos niños de rubios bucles juegan a mi lado con esa despreocupación y belleza de la infancia. ¡El mundo de los niños! Precisamente tengo en mi portafolio la gran obra de Kropotkin titulada «Los ideales y la realidad de la literatura rusa», publicada en Buenos Aires el año 1926 (editor M. Gleizer que he adquirido hace poco en un librero de viejo y que ha tenido dos coleccionistas anteriores (ambas mujeres). Lo llevo conmigo para así, de haber acaso un asiento disponible en el ómnibus, ir leyéndolo, pues deseo interiorizarme de los conceptos que Kropotkin tenía sobre Tolstoi. Pues bien, ¿sabéis lo que dice Kropotkin al respecto de los niños en opinión de Tolstoi? Lo siguiente: «En todas las literaturas existen excelentes descripciones de los años infantiles. La infancia es un periodo de la vida que muchos autores han tratado en forma feliz. Y sin embargo, nadie ha logrado describir, como Tolstoi, la psicología de los niños desde su propio punto de vista. En Tolstoi el niño mismo expresa sus sentimientos infantiles, y lo hace en forma tal que obliga al lector a juzgar la conducta de los adultos conforme a las maneras de pensar del niño.» Pero he aquí que se acerca el 300 de UCOT y, casi vacío esta vez, puesto que, olvidaba que al regreso recién inicia en un lugar cercano su itinerario.

Me acomodo, pues, en uno de los asientos últimos y pienso en los Relgis. La esposa, Ana, ha sufrido hace poco serias molestias físicas, debido a los achaques propios de la vejez. Lo mismo le pasa a Relgis, quien se encuentra ya en la década de los setenta. Pero hasta donde le es humanamente posible, permanece activo. Como decía Bakunín: «Para un revolucionario el solo descanso está en la muerte.» Pues no háy duda de que Relgis es asimismo un revolucionario, pero lo que revoluciona son las conciencias, los pensamientos, fecundándolos con su savia humanista. Para Relgis, indudablemente, no llegarán nunca «los cuarteles de invierno», mientras por sus venas circule una gota de sangre. ¡Ejemplo de vitalidad! Pero lo que tiene y tendrá vigencia, lozanía, fecundidad, son sus ideas, esparcidas generosamente en multitud de revistas y periódicos en diferentes idiomas, y recogidas en el molde más conservador de los folletos y libros que, al alcance están de cuantos quieran leerlos.

Y mientras el ómnibus se va alejando de la casa de Relgis, saco yo ahora el hermoso librito «La Internacional Pacifista», editada por la prestigiosa editorial «Estudios», de Valencia, antes de la Revolución de 1936, que también tengo en mi colección y que he traído conmigo para que me acompañe en mi visita a Relgis. Lo saco del portafolio para leer una hermosa poesía del asturiano Eloy Muñiz dedicada a Relgis, de ese notable compañero Muñiz, que desapareció para siempre en Oviedo o sus alrededores, cuando las bárbaras tropas fascistas irrumpieron en la secularmente rebelde Asturias. Con esta bella poesía terminaré este ya largo estudio. Helo aquí:



La verdadera España

— La verdadera España empieza con el emperador y sigue igualmente gloriosa con Felipe II. Esa es la España castiza que debe servirnos de ejemplo y a la cual queremos volver.

— No, la España castiza, la España «española» sin mezcla de extranjerismo, es la de los cristianos mezclados con los árabes, moros y judíos, de la tolerancia religiosa, la del engrandecimiento industrial y agrícola y de los municipios libres, la que muere bajo los Reyes Católicos. Lo que viene luego es la España teutónica, flamenca, convertida en una colonia de Alemania, sirviendo como soldado mercenario bajo banderas extranjeras, arruinándose en empresas que nada le interesaban, derramando la sangre y el oro por los compromisos del Sacro Imperio Romano Germánico. Comprendo el encanto que ejerce el emperador sobre los caracteres estacionarios, adoradores del pasado. ¡Una gran persona el tal don Carlos! Valeroso en el combate, astuto en la política, alegre y campechano como un burgomaestre de su país; gran comedor, gran bebedor.

Pero no había en él nada de español. La herencia de su madre sólo la apreciaba como buena para explotarla. España es una sierva del germanismo, pronta a dar cuantos hombres se la pidan y a satisfacer empréstitos y tributos. Toda la vida exu-

berante almacenada en este suelo por la cultura hispano-árabe durante los siglos la absorbe el Norte en menos de cien años. Desaparecen los municipios libres; sus defensores suben al cadalso en Castilla y en Valencia; el español abandona el arado y el telar para correr el mundo con el arcabuz al hombro; las milicias ciudadanas se transforman en tercios que se batían en toda España sin saber por qué ni para qué; las ciudades industriales descenden a ser aldeas. Los campos se quedan yermos por falta de brazos, sueñan los pobres con hacerse ricos en el saqueo de una ciudad enemiga y abandonan el trabajo; la burguesía industrial se convierte en plantel de covachuelistas y golillas, abandonando el comercio como ocupación vil, propia de herejes, y los ejércitos mercenarios de España, tan invictos y gloriosos como desarrapados, sin más paga que el robo y en continua sublevación contra los jefes, infestan el país con un hampa miserable, de la que salen el espadachín, el pordiosero con trabuco, el salteador de caminos..., el hidalgo hambrón y todos los personajes que después recogió la novela picaresca.

— ¡Pero, Gabriel de los demonios!, dijo indignado el Vara de Plata, ¿negarás que don Carlos, que edificó el Alcázar de Toledo, y don Felipe, que vivió en este mismo claustro, fueron dos grandes reyes?

— No lo niego, fueron dos hombres extraordinarios, dos grandes monarcas; pero mataron a España para siempre...

Y tras los césares grandes, venían los chicos: el fanático Felipe tercero, que daba el golpe de misericordia expulsando a los moriscos; Felipe IV, un degenerado y el miserable Carlos II... La nación, desde treinta millones de habitantes había bajado a siete millones en poco más de dos siglos. Las expulsiones de judíos y moriscos por la intolerancia religiosa; la Inquisición con el miedo que inspiraba; las continuas guerras con el exterior; la emigración a América con la esperanza de enriquecerse sin trabajo; el hambre, la falta de higiene, el abandono de los campos habían realizado esta rápida despoblación... Fue un período de barbarie, de estancamiento mientras que Europa se desenvolvía y progresaba. — Blasco Ibáñez («La Catedral»).

Una tarde con Eugen Relgis

Eugen Relgis

Infatigable luchador homérico
por la paz de los pueblos, conturbada;
tienen sus gestos un carácter épico
en esta edad de pugna encarnizada.

«Odio a la guerra es su fulgente emblema;
«Paz en los pueblos», su viril divisa;
Amor en el dolor es su poema
que irradia en el fulgor de su sonrisa.

El progreso interior es su bandera
que flamea arrogante y altanera
al soplo arrullador del ideal

de ver todo el globo saturado
de un fraternal amor, humanizado
y feliz en la paz universal.

« POLVO Y CAMINO »

por CAMPIO CARPIO

ESTE camino con polvo que levanta libertad, volando sobre pedruscos, baches y hendiduras, pertenece al amigo «refaixeiro» también, Jesús Prado Rodríguez, hortelano de ojos perdidos en la lejanía, poeta igual que R. Lone y su compañera de quienes son familiares espirituales y arcipreste de los de antes, que hacían milagros como eremitas, cultivando la lechugueta y la castaña; la uva especial para vino y la otra para mesa; que hacían curaciones con hierbas, mucho antes de que existieran brujas que echaron a perder todo lo bueno que tenían las grandes almas en este mundo, y otras virtudes sacras, en aquellos idos tiempos de caballerías, de romances y de puertas donde había una argolla que servía de picaporte aldabón, de clavijón y de lugar intocable para la ordinaria justicia de la plebe politicante y ministerial.

Eran aquellos tiempos que tan bien cantó Ramón Cabanillas en su «Vento mareiro», en su «Na terra asoballada», en su «No desterro», donde había casas grandes entre las pequeñas, pero todos tenían algo que ofrecer al necesitado, desde la justicia prohibida al rey hasta el trigo para cocer pan moreno; donde se cultivaba la vid, el buen canto coral y las bellas muchachas. Ahora todo eso parece haberse perdido porque Prado Rodríguez, en la página 44 de su libro dice que «Ningún clérigo español — lo será por humildad; más o menos sólo él cree — que sólo él es la verdad. — Todo cuanto yo aprendí — fue dentro de la clausura; — aprender ingrata ciencia: es censurable locura. — En esta España de los militares: de los obispos y la frailería — entre rezos y altares — Dios es un ogro y Cristo una alcancia. — Unos trabajan la tierra — otros el hambre trabajan; — no ponen viñas los prestes, — ni militares ni castas — sólo laboran los pobres — en la miseria de España.

¡Puede ser eso posible en un mundo que promete tanto con una juventud que puede serlo tranquilamente hasta los 80 años en muchos lugares de la tierra, que ya no estamos contentos con tener a la luna esperando que la iluminemos con usinas eléctricas y otras industrias podrá prometernos todo lo que de su suelo queramos, desde lugares donde pasar vacaciones a lo mejor hasta minerales preciosos con qué construir aquí casas, viviendas de cine... y ser libres como los pájaros de S. Fco de Asis, y en España, en aquel lugar de la tierra donde «nada más tiene el hombre» que alas, manos, nervios, pobreza y viento en su boca reseca, helada de congoja y enferma de esperar...!

Este librito de 126 páginas lo editó nuestro amigo y compañero Antonio Zamora en sus prensas de «Claridad», de Buenos Aires, San José 1627, y su precio es de 250 pesos argentinos. A principios del año 1969, que esperamos stem-

pre sea mejor en proyección de libertad y de bienestar para todo el mundo, publicará mi «Lumbre de Eternidad», un tomo de ensayos, similar a los «Labradores del Espíritu», con el mismo calibrado de «Pasión y Poesía» y de la «Antología Poética» de Guerra Junqueiro, nuestro máximo bardo ibérico, tan poco conocido por lo inmenso y multiforme.

Este ejemplar de Prado Rodríguez que comentamos, tiene todavía fresca la tinta, ya que apenas cuenta con un mes de existencia. Y es un breviario de emociones, una especie de libro de cabecera que conmovió a Antonio Zamora, creyente en todas las congregaciones donde se hable de libertad, de humanidad y se de un empujoncito más a la revolución que avanza tanto más cuanto nosotros sus portavoces y portaestandartes nos quedamos atrás. Va precedido de una semblanza emotiva de Alberto Aguirre Villafañe, que nos habla de este doliente peregrino gallego, hambriento de horizontes, como ánima penando.

Prado Rodríguez es hombre de exilio forzado para salvar su vida propia y cultivar lo eterno. Pertenece a ese ejército, a esas legiones ibéricas que desde hace tanto tiempo vienen fertilizando el mundo del pensamiento. Piedra sobre piedra, él está tratando de levantar sólidas murallas por herencia que preserven a las futuras generaciones de tanta derrota, de tanta ignominia. Nos parece que no tiene descendientes legítimos a juzgar por sus versos, pero es predicador de oficio como profesor en un instituto de enseñanza norteamericano, misión por demás tan digna que no hay sermón de la montaña superior al de la didáctica, pese a ser pronunciado a nivel del mar como está Nueva York.

El dice que «es seminarista, pero no oveja, cual muchos que aun existen, pero con raíces de árbol seco». Nos cuenta de su vida desde los nueve años. Su padre trabajaba el cepillo carpintero. Era (dice en sentido figurado) hijo de pobres y explotado. Como él también lo fue Matias Usero Torrente, amigo de Marín Civera y mío, y fusilado no obstante. Era de la misma capellanía en donde nació el enemigo público número uno de la región. Pertenece Matias Usero a esa vasta dinastía alimentada con marisco crudo y vino acidulado, que hace volar al hombre de aquellos contornos y lo subleva y lo lleva, de la forma que sea a todos los rincones del mundo, desde Nankin a Curazao; desde Bhering hasta Pakistán. Porque en toda esa área hay gallegos de los que piensan y cantan con pulmón usado como paracaídas. Rebeldes, serios como muro de lamentaciones, nerviosos como muiñeiras. Nos parece que eso le falta a nuestro héroe Prado Rodríguez. Que se lo pregunte a Mercedes y a Lone, que residen «arriba, muy arriba, en el collado y donde la ciudad casi se aleja, don-

de estuve cuatro días hospedado». Y particularmente lo celebros. Si no, que se lo pregunte al virtuoso Pau Casals que, para averiguar cuantos años cuenta tiene que mandarle unos rezongazos a su violoncelo, que es su maestro, manager y mandamás en arte y en ánima viva.

Prado Rodríguez tiene suya toda la luna llena, «tiene la luz del mundo y la sal de la tierra» como propiedad adquirida por expropiación, toda la anchura de las galaxias. Ramón Cabanillas también mandó la sotana al clavo y se puso a escribir versos nuevos y de los buenos; Pondal ha papado más hostias sin consagrar, .. que son las sabrosas, por supuesto — y adobadas con albariño, aquel vino blanco más barato que en cada momento en que el camarada asoma la copa, la taza, el vaso o la cunca a los labios, no hacen más falta ya brujas, curas ni médicos para ahuyentar las enfermedades. Si tuviéramos albariño o ribeiro de aquella calidad resucitarían todos nuestros paisanos, amigos o compañeros, y jamás fallecerían. Como Prado Rodríguez recordará, el otro vino gallego — que aunque europeo nada tiene que ver con el Mosela, Oporto, Málaga y el de todos los valles encantados desde Besarabia a la Bretaña, Rán y otros todos destinados a la exportación — gracias al cielo, es el peor veneno que se cosecha para tomar como tal. Hasta se rechaza para pronunciar la misa. De ahí que haya que recurrir al mejor entre los malos, que son el ribeiro y el albariño: vinos del proletariado, que revientan piedras «fend-as pedras» dijeron Cabanillas (de Cambados) y Rogelio Ribeiro, (de Redonde-la) casi vecino de Vigo, Cabanillas sólo nombra al «espe-deiro» porque a la uva cosechada verde al montón, como viene; con una carga atómica de sulfato de cobre y cal viva, mezclados con azufre, integran un tipo de caldo bordelés que es más explosivo que nitroglicerina. Pero es el único vino que puede adobar a las hostias y que, con hostias y este vinacho atómico crecimos con el estómago ulcerado generaciones y generaciones de gente honesta, incluyendo hasta a poetas, como Prado Rodríguez.

Y le cuento todo esto a Prado Rodríguez porque en la página 110 dice que perdió «para siempre tus claros senderos — Galicia adorada, Galicia armoniosa — y soy de otro espacio y de otros luceros — donde el extranjero es sólo una cosa», pero tan valiosa como el verso, la imaginación, la constelación idealista de mártires que se ofrecieron en holocausto con la confianza y sonrisa de los creyentes — recientemente Ubaldo Gil, José Villaverde (El Rabioso), Heraclio Botana, O Cruzas — y que no tienen cotización en la bolsa de valores transaccionales de ningún régimen despótico como pertenecientes que son de la Confederación Anarquista Ibérica. Es cierto que Gali-

cia cuenta con mucho condado, ducado, arzobispado, pero aun cuando su vida se le hizo para encierro, el momento está llegando, la Defensa de Madrid no se ha olvidado, ni la de Asturias, Santander, Irún, Toledo, ni la carretera de Valencia, ni las matanzas de Andalucía ni Badajoz, ni ninguna de las regiones donde el sol está naciendo.

Todo ese paisaje de alambradas con columnas de hierro está carcomido. De la cultura romana con oriente griego que nos vino, ya muy tarde a lo largo de la costa mediterránea y nos dejó signos vivientes aún a lo largo de las riberas del Miño, Orense y Lugo, tenemos la otra que nos vino del norte, la de «Los Héroes», de Carlyle, la escandinava de Escocia, Dinamarca, Suecia y Noruega. Que no nos dejó puentes ni caminos militares que todos conducían a Roma, sino dólmenes y senderos invadidos por hierbas y arbustos por donde rodaban pesados carros de verde madera de roble como los que construyó el padre de Prado Rodríguez y llanta de hierro tirados por bueyes. Por bueyes gallegos, los únicos que se salvaron en el Arca de Noé, justamente porque entendían el idioma y se quedaron tan pasmados del milagro merced al ingenio del hombre que hasta hoy, a través de tanto cruce genético aun conservan su figura primitiva, con su mansedumbre, su bondad de cooperar con su salvador con sus ojos pasmados oteando horizontes lejanos como todo gallego bien nacido que tiene el mar a sus pies y la libertad delante de su mirada, hacia Labrador, Groenlandia, y los pueblos europeos el noreste o los del sud.

«La libertad espera», igual que la novia, que se le conquiste. La libertad espiritual y económica, que es nuestra novia. La otra, que nos ofecen por decreto, como amnistía, reglamentada es «sombra de la tragedia». Todo eso ya es nuestro y el balde sería lamentarnos porque el ladrón, el capitalista, como el tirado, que es encarnación de todo eso, ni perdona ni cede. Lo que robó lo conquistó a sangre y fuego. Y por eso desafía, insulta y enjuicia y asesina. Para conmoerlo ni una lágrima ni un lamento. Cuando tenga que caer, las campanas no han de tañir a difuntos, sino a júbilo, a resurrección, vibrantes en todos los espacios. Y sus ecos han de escucharse en Europa y América desde el Valle de los Caídos hasta Jericó.

Documento contagioso por su intimidad es este de Prado Rodríguez que no nos dice lo que debemos hacer, sino lo que estamos haciendo como un tumulto de volcanes circundando la tierra. Que no hay poder que pueda detenerla porque, como dijo el poeta, la revolución no duerme ni de día ni de noche. Y el editor Antonio Zamora así lo entendió al infundirle forma y vida.



POETAS DE AYER Y DE HOY

Solos en el laberinto

Viejo amigo Platero
con aire de verdes distancias...
de nuestro borriquillo España;
piedra que canta aquí dentro
con aire de verdes distancias...
¡Juan Ramón!

La amistad es un pan integral
abierto y perfumado que mira
una nube que pasa,
un cielo que suspira...

Ilusión de Antonio, ilusión
lírica de Juan Ramón.
¡Ilusión que a España mira!

¿Quién olerá la gloria
de vuestras tardes españolas
donde el dolor se retira?

¿Qué hicieron los desalmados
de vuestra flauta de caña
y de vuestra lira?

Aquella tarde estampada
en un ardor silvestre,
entre mirtos y jaras
con vosotros se respira.

Las rosas inmortales se han teñido
de sangre amoratada,
y en nuestro jardín expira
todo corazón que quiera
apartar vuestro amor de la quimera
y de la mentira.

Platero en Collioure,
pastaría
en cierto prado
por un espíritu puro
con pura alegría.

Abarrátegui

Consejo heroico

A mi hijo.

Di siempre la verdad
Dila siempre y en todas partes.
Nunca de proclamarla te hartes.
Odia la falsedad.

Huye de la frivolidad.
Sea tu guía y norte
la verdad, la áspera verdad.
Lo demás no te importe.

Y aunque pierdas la libertad
y sea tu sacrificio vano,
al esclavo y al tirano
arroja al rostro la verdad.

Y aunque dolor añade quien atesora ciencia
tú desprecia del bruto la tranquila existencia
y ama la tormentosa que lleva a la Sapiencia.
Y aunque la verdad atormente,
frente a ella, desnuda, audazmente
di a tu ojo: «¡Mira!»

Y aunque por mirar quede ciego
repítele la orden con fuego:
«¡Mira, ojo mío, mira!»

José CHUECA